

EL ÚLTIMO QUERUSCO

EL GERMANO QUE SE ENFRENTÓ A ROMA



ARTUR BALDER

Lectulandia

Año 16 a. C. La frontera de Germania es sacudida por una invasión: queruscos, usipetos y téncteros se unen para causar un funesto desastre militar que acarreará la pérdida del Águila de Plata, el estandarte máspreciado de la Quinta Legión Alaudae.

Marcus Lollius, responsable del ejército, será desplazado, y en su lugar un ambicioso conquistador, un insaciable y joven romano, Drusus Claudio Nerón, hijastro del todopoderoso Augusto y heredero al solio imperial, se hará cargo de la ofensiva más terrible jamás emprendida contra el peligroso norte del continente. Sin embargo, el melancólico viaje iniciático de Segimer, un legendario líder querusco, tras la muerte prematura de su joven esposa a consecuencia de un complicado parto, le llevará a comprender el ambiguo significado del nacimiento de ese hijo, Arminius, así como el designio letal de su propia vida.

El último Querusco muestra con dramático realismo el enfrentamiento de dos mundos antagónicos: el lector conocerá las tribus de Germania y sus postulados religiosos y mitológicos, las orgías de Roma, los excesos de Livia y de Julia, asistirá al devastador paso de Drusus, presenciará su ascenso al poder, conocerá al hombre que se enfrentó a Roma, mientras la infancia de su hijo, Arminius, es forjada en un mundo que vive permanentemente su última hora.

Lectulandia

Artur Balder

El último querusco

El germano que se enfrentó a Roma

SAGA DE TEUTOBURGO I

ePub r1.0

Arnaut 05.08.13

Artur Balder, 2005

Retoque de portada: Redna G.

Editor digital: Arnaut

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

El hombre tiene mil planes para sí mismo; el destino, sólo uno para cada hombre.

MENCIO, 372 a 289 a. C.

Fue el indiscutible libertador de Germania. No desafió al pueblo de Roma en sus tímidos comienzos, como otros reyes y caudillos, sino cuando el Imperio alcanzó su máximo apogeo. No ganó todas las batallas, pero en aquella guerra fue invencible. Treinta y nueve años duró su vida, doce su poder. Todavía hoy su nombre es celebrado por todos los pueblos bárbaros...

TÁCITO, *Anales*, II. Hacia el 110 d. C.

Nota preliminar

Roma pudo eliminar su cuerpo, pero no borrar su nombre.

Incluso conscientes de que la historia es escrita por aquellos que vencen, pudiendo omitir cuantas faltas e injusticias se cometieron en el camino hacia esa victoria, los historiadores romanos más prestigiosos, como Dión Casio, Estrabón y, sobre todo, Cornelio Tácito, no hicieron sino transmitir la imagen de un libertador, de un enemigo digno de Roma, cuando se refirieron a él.

Es imposible comprender un hecho sin disponer de referencias que lo ubiquen en un entorno. Pasa con todas las dimensiones, también con las *históricas*. «Grande» y «pequeño» son cualidades únicamente relativas a un entorno dado. Nuestro mundo es inabarcable para un niño, y sin embargo insignificante para quienes se dedican a la observación del cosmos. Me di cuenta de que sería imposible que lector alguno comprendiese la trascendencia de las hazañas de aquel hombre al que me voy a referir si no dispusiese del adecuado marco histórico, el cual se ha respetado a lo largo de la narración con total fidelidad tanto a la historia romana como a las hipótesis arqueológicas sobre los germanos.

Ésta es la vida, no obstante, de un hombre que antes fue niño, desde su nacimiento hasta su muerte. De un hombre de carne y hueso que agotó todas sus fuerzas persiguiendo un fin, y que fue fruto, protagonista y víctima de su propio entorno. Y no hablo de un emperador, sino de un querusco* nacido en las tierras libres de Germania Interior. Cómo lo bautizaron sus padres no lo sabemos, pero los historiadores romanos jamás olvidaron su nombre como ciudadano romano, y nos lo recordarán, entre el rencor y la admiración que producen los personajes invictos, como *Arminius**^[1].

Pasó a la historia por liderar la resistencia contra una fuerza superior, la del Imperio Romano. Libertador de todos los pueblos septentrionales en una batalla que detuvo para siempre el avance de Roma, sentó la piedra angular de las invasiones bárbaras, que pusieron el punto final de la cultura romana. Las consecuencias de ésa, llamada en los libros de Historia la Batalla de Teutoburgo (y por muchos arqueólogos e historiadores, como Ernst E. Jung, *la Batalla del Destino*), fueron (y son todavía hoy) inmensas. Considerada junto a Waterloo o Berlín una de las cincuenta batallas decisivas para la historia de la Humanidad, la Batalla de Teutoburgo es autora de la Caída de Roma, del advenimiento de los reinos germánicos de la Edad Media, del auge del Imperio Británico y de que hoy en día todos los ordenadores hablen en un idioma, por lo demás considerado universal, el inglés. Si Arminius no hubiese decidido, contra toda lógica, apadrinar aquella revolución y asestar un golpe mortífero a las legiones del todopoderoso Augusto, anteponiendo los intereses de un pueblo diezmado como el germano a su riqueza y prestigio personales, los anglos* y

los sajones, etnias próximamente emparentadas con los queruscos, no habrían conquistado lo que hoy es Gran Bretaña algunos años después, con todo lo que ello significaría para la historia posterior, y hoy en día los pueblos del norte de Europa hablarían lenguas derivadas del latín. Arminius había conquistado su propia página en los libros y enciclopedias de Historia, una heroica e intachable mención que, a pesar de los esfuerzos de Roma, ya permanecería inolvidable. Añadió la página, tan extraña como fascinante, del vencedor absoluto, épico, total, que, por encima de Aníbal o Vercingetórix, más allá de ganar una batalla, había logrado lo que hasta entonces nadie había conseguido: liberar a un pueblo definitivamente y mantenerlo a salvo de las garras de Roma. La trascendencia histórica de aquella victoria supera, por ello, lo que concierne meramente a un ocasional triunfo* militar.

Quienes quieran encontrar en ello una reivindicación nacionalista, se equivocarán. Equiparar a Arminius con la propaganda de cualquier imperialismo moderno es tan absurdo y abstruso como confundir a la víctima con el agresor, pues los ideales que movieron la revolución germánica fueron los de un pueblo a punto de ser privado de su identidad, de su tierra, de su idioma y de su libertad bajo la opresión de un imperio invasor, de una fuerza dominante que deseaba el expolio de otros pueblos a costa de su superioridad tecnológica y militar, de un *imperio*; de ahí lo absurdo de convertirlo en propaganda *imperialista*, como fue el caso del III Reich. Los germanos de aquellos tiempos, recién surgidos de la Edad de Hierro Prerromana, fueron una cultura hoy extinguida, arcaica, tenaz y, políticamente, al igual que Roma en sus mejores momentos, federal y republicana, que valoró en gran medida su independencia. La lección que hoy nos enseña, en un mundo globalizado, quizá resulte romántica. Pero quienes quieran asistir al enfrentamiento de esos dos mundos, el romano y el germano, éstos se arrojarán a una época dura y violenta en la que los hombres y las mujeres eran muy diferentes a los hombres y las mujeres actuales, aunque me atrevería a asegurar que, en contra de lo que nos imaginamos, en muchos aspectos también eran muy similares. Se enfrentarán a una sucesión de hechos reales, de placeres, envidias, grandezas, conspiraciones, venganzas y crueldades obradas sobre ellos y ellas, que fueron los protagonistas de una época. Cada parte de la obra describe los hechos con una estricta fidelidad a la sucesión cronológica, y es evidente que en algunas partes el autor ha tenido que servirse de cierta erudición para poder argumentar la *hipótesis* inevitable que es inherente al acto narrativo y, en última instancia, también creador.

La vida del hombre que liberó a su pueblo, renunciando a su prestigio individual en Roma, está aquí presente. Les mostraré al caudillo vencedor y al hombre fracasado. Esta obra servirá como tumba para sus recuerdos; lo que en ellos se contiene es válido para cualquier ser humano, fueran sus circunstancias grandes o pequeñas, pues trata ante todo del precio de la libertad, algo que, como se decía al

principio de esta nota preliminar, es tan relativo como las cualidades de su entorno. Hablaré de aquel héroe, lo mostraré en su fuerza y en su debilidad, y lo haré con el honor con el que alguien así merece ser recordado hasta el fin de los tiempos.

Pues él venció a Roma.

A. B.

Lucentum, 15 de julio de 2005

Nomenclatura germánica y latina: toponimia, personajes y pueblos.

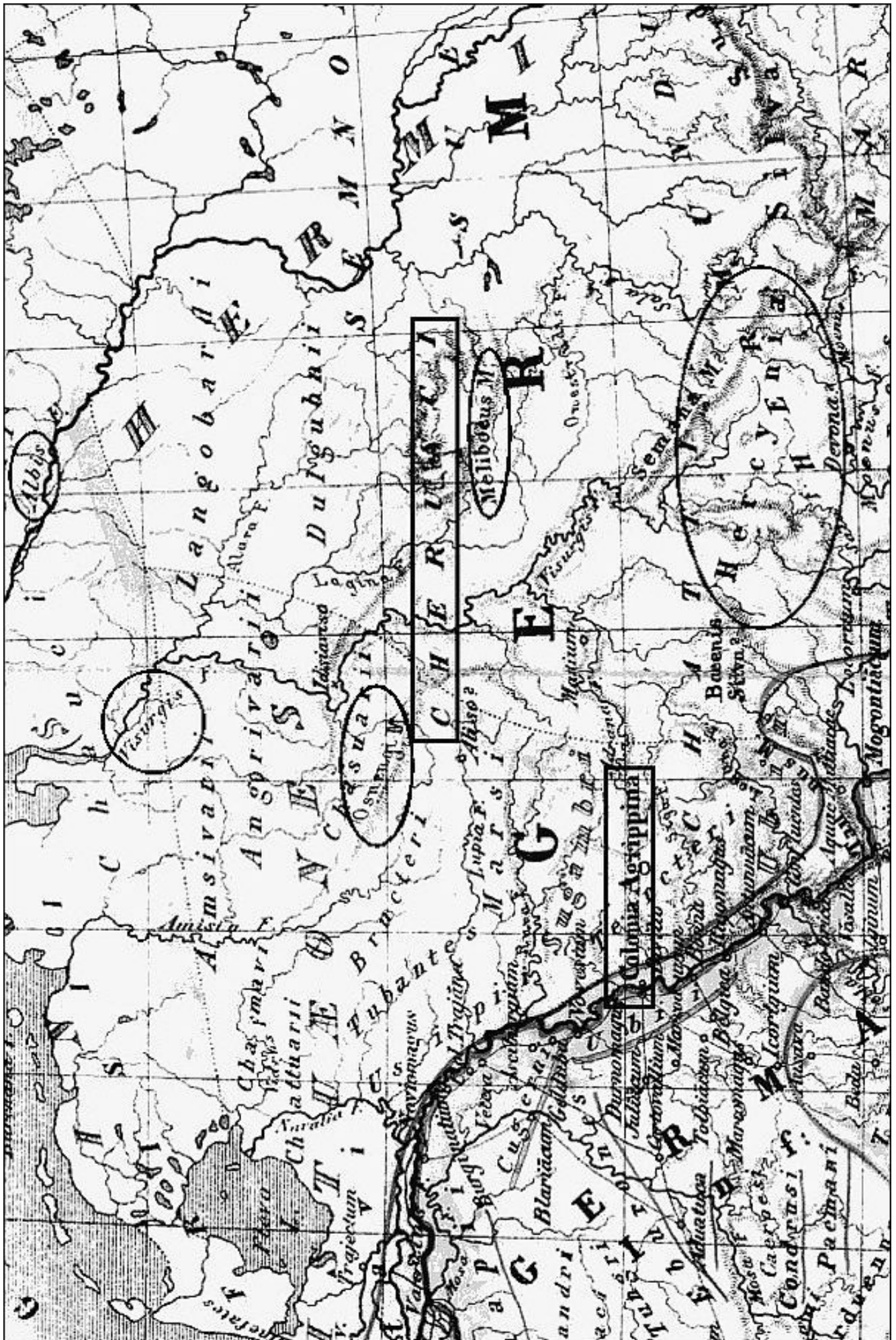
Todos los nombres geográficos usados en este libro, así como las tribus germánicas, galas y rætias mencionadas, son auténticos, y han sido recogidos, transcritos y usados de acuerdo a la nomenclatura romana anotada por Tácito en su *Germania* y por la enciclopedia *Loeb Classical Library*, y según los detallados mapas del Atlas der *Alten Zeiten* depositados en la Staatliche Bibliothek de Berlín, uno de los cuales reproducimos en las primeras páginas para mejor orientación del lector.

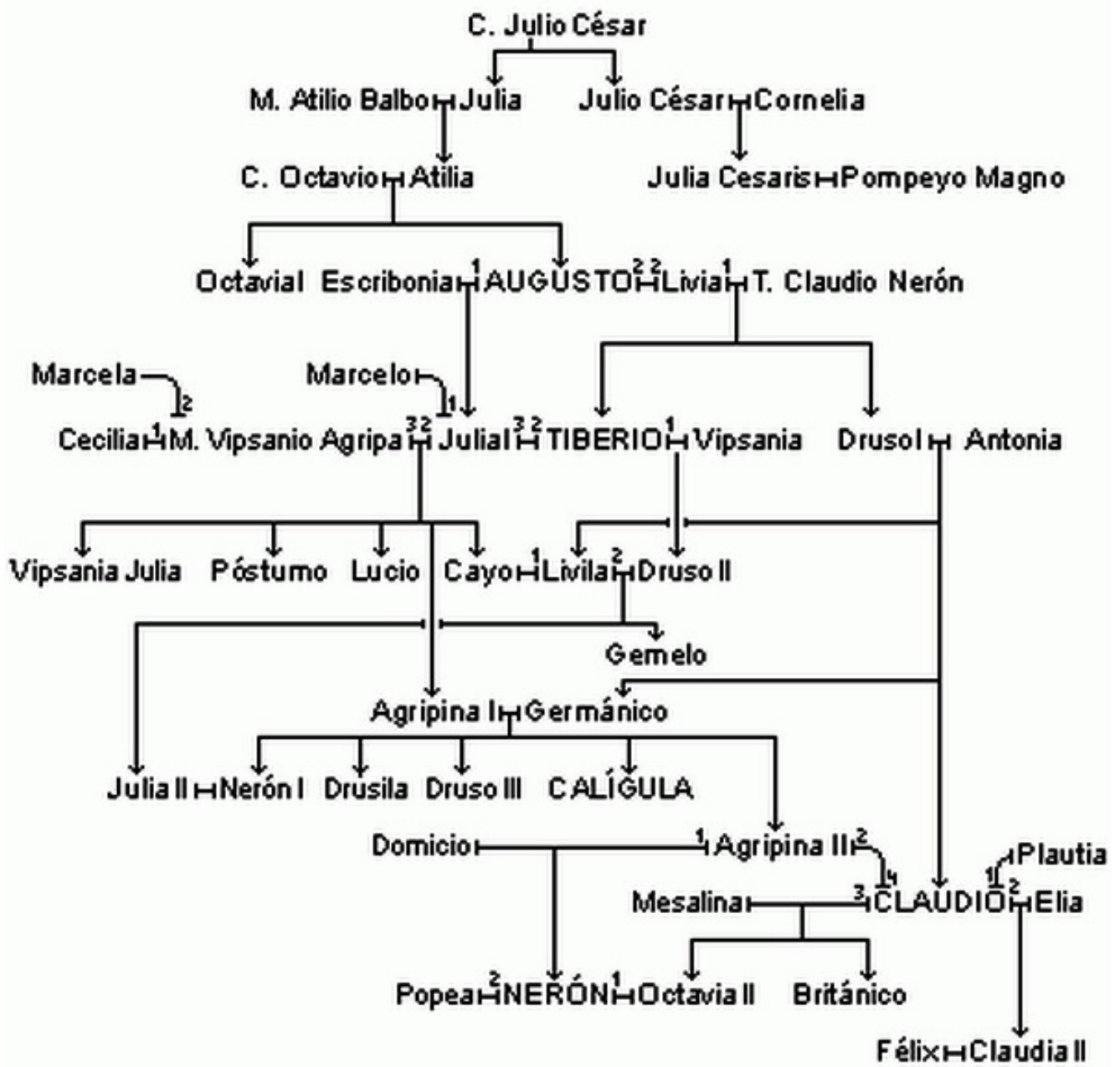
Dado el escaso uso de la nomenclatura germana existente en la literatura española, el autor ha seguido su propio criterio de traducción para nombres de personajes, de lugares y de pueblos germanos, en concordancia con los diccionarios de germánico e indogermánico.

Así mismo, los nombres de lugares fundados por Roma normalmente son referidos según su nomenclatura latina original, del mismo modo que muchos de los nombres de generales, senadores, funcionarios y, en general, personajes del mundo romano recreados en la historia.

A su vez, se ha decidido respetar los caracteres rúnicos latinos y una adaptación fidedigna de los nombres germánicos legados por las escasas fuentes históricas supervivientes al Tiempo.







𐀀 𐀃 𐀆 𐀇 𐀉 𐀊 𐀋 𐀌 𐀍 𐀎 𐀏 𐀐 𐀑 𐀒 𐀓 𐀔 𐀕 𐀖 𐀗 𐀘 𐀙 𐀚 𐀛 𐀜 𐀝 𐀞 𐀟 𐀠 𐀡 𐀢 𐀣 𐀤 𐀥 𐀦 𐀧 𐀨 𐀩 𐀪 𐀫 𐀬 𐀭 𐀮 𐀯 𐀰 𐀱 𐀲 𐀳 𐀴 𐀵 𐀶 𐀷 𐀸 𐀹 𐀺 𐀻 𐀼 𐀽 𐀾 𐀿

WULFMUNDÆ

18 - 6 a. C.

**WULFMUNDÆ:
LA CUNA DEL LOBO**

GERMANIA



18 a. C., Wulfmunda*

El vaho de las ciénagas flotaba entre los árboles. El fondo del valle apenas había despertado con el inoportuno graznido de un córvido; algunos de sus familiares empezaron a aletear ruidosamente entre las brumas, contrariados por el desatino. El gran cazador merodeaba cerca, y era en realidad su proximidad y no la del astro todopoderoso, lo que había alertado al vigía de la bandada. Las cercas, burladas por unas sombras ágiles y lobunas, zigzagueaban descendiendo por los prados de la colina. Unas huellas furtivas eran lo único que visitaba aquel pantanoso paraje en la hora más negra de la noche.

Asaz corpulento y vigoroso, un hombre de mediana estatura abandonó la morada de piedra pisoteando la hierba crujiente de la madrugada, y deambuló en la oscuridad con indolente indiferencia. Le propinó una patada a un montón de leña y volvió a mirar alrededor. Sus greñas colgaban cubiertas con una piel negra que le caía sobre los hombros. Por encima de las cejas asomaban la mandíbula superior y el hocico rugoso de un lobo, que en otros tiempos más afortunados había sido el legítimo y único dueño de aquella piel.

Ante la cercanía de cualquier otro amanecer le habría interesado el estado del cielo: los momentos previos a la entrada triunfante del sol mostraban hacia dónde soplaban los vientos, si la cacería sería propicia, e incluso, a veces, había descubierto, formada entre retazos de nubes, la silueta de un ciervo o de un gran jabalí, presagiando quién se cruzaría primero con el vuelo mortal de su venablo. Sus ojeras, siempre muy pronunciadas, eran engañosas, pues bajo las cejas pobladas se movían unos ojos dominantes y vivaces, y era uno de esos hombres que, una vez alcanzada cierta madurez, no parecía detenerse en una edad definida. Ancho y barbudo, su rostro estaba marcado por una larga cicatriz en la mejilla derecha, quizá de un tajo que llegó a marcarle el párpado pero que, milagrosamente, dejó intacto el ojo. Un singular torque de oro rodeaba su cuello. Le colgaba sobre los hombros la gran piel de oso a modo de capa, y sus piernas y su tronco estaban cubiertos por cuero y tela bastos, bien ceñidos por un ancho cinturón al que daba cierre la inconfundible fíbula áurea propia de un régulo querusco.

Resopló, silbó, se restregó la cara. Inquieto, aferró en sus manos nudosas la pesada hacha bipenne y trató de partir aquel tronco de un golpe. Intentaba ocupar su mente, pero no pareció servirle de mucho. Arrojó lejos el tronco y el hacha, y se volvió impaciente, a largos trancos, como si no estuviese dispuesto a esperar ni un

minuto más.

El fuego del hogar ardía en el centro de la gran morada de piedra. El torbellino de llamas y humo se esfumaba por una abertura en el techo. El tejado de zarzo inclinaba sus dos aguas hasta el suelo desde las macizas parhileras, hundiendo en la tierra las vigas de roble que soportaban su peso. Escudos coloridos y emplumados *gæsos**, así como una larga espada, colgaban del muro formando la panoplia del guerrero. Sobre el suelo, empedrado con anchas losas irregulares, temblaban unas sombras humanas. Al fondo había varias personas atendiendo a una mujer. Yacía ésta sobre un lecho acogedor formado por grandes pellejos de uro*, con las piernas abiertas, entregada, como un sacrificio, a las torturas del parto. Dos jovencitas la mantenían erguida por detrás y parecían animarla con palabras benignas. Otras dos mujeres, más mayores, iban y venían al fuego con calderos llenos de agua caliente en los que mojaban las telas con las que la puérpera era atendida. Una de aquéllas escurrió un trapo empapado en sangre. A una cierta distancia, otro muchacho y tres niñas, que a punto estaban de convertirse en mujeres, vástagos todos del mismo régulo querusco (aunque desde luego de uniones anteriores), observaban los avatares del alumbramiento entre admirados y curiosos.

Segifer, el niño rubio, se volvió inquieto hacia la puerta. El hombre-rayo había penetrado lentamente en los aposentos del régulo. Éste lo saludó con una mirada en la que había más interrogantes que sorpresa. El santón de la aldea tenía el aspecto de un viejo astroso, aunque en realidad no lo fuese. La barba gris le colgaba hasta la cintura, al igual que la hirsuta cabellera. Detrás de todo aquel pelo que se acumulaba largo y erizado en las cejas, las orejas y los brazos cargados de ajorcas de oro en forma de serpiente, se tensaban los tendones de un anciano delgado, nervudo, digno, de mirada terrible y acechante en la profundidad de unos ojos de ballesta. Las uñas, como era su costumbre, parecían crecer hasta que se le partían, por eso tenían un aspecto negro y afilado en los extremos de unos dedos largos, que se enroscaban sobre el muñón de un báculo disecado en la raíz del roble. Había ristras de hojas vivas de muérdago colgadas de sus cabellos, y se cubría con el sago blanco de los nacimientos. Pesados torques de oro y numerosos collares le colgaban bajo las barbas, tejidos algunos de ellos con plumas, garras y picos de cuervo. A pesar de la límpida blancura de su atuendo, un desagradable olor precedía al adivino.

—La hora se acerca —dijo con voz cavernosa en la lengua antigua.

Después se allegó hasta la parturienta y extendió los brazos sobre sus piernas, emitiendo una especie de murmullo tranquilizador.

Segimer, harto y exasperado, volvió a abandonar la sala en busca del aire fresco de la madrugada con el que aliviar tanta incertidumbre y tanta ceremonia. Había estado a punto de reprochar al santón que el parto fuera tan largo, pero temía a los

dioses. La paciencia nunca había sido su mejor aliado.

Al cabo de un rato, una de las mujeres se apresuró en busca de agua. La puérpera pareció tensarse en un tortuoso espasmo de dolor. Su frente se perló con un brillo febril, y un gemido largo y lastimero llenó la sala. Las alas de su nariz se abrían y cerraban con energía, como si en toda aquella enorme estancia no hubiese suficiente aire para ellas, y los resoplidos parecían los de un caballo a galope tendido. Encerró en sus puños las manos de las muchachas que la animaban, como si fuese a romperlas en el desesperado esfuerzo final.

Afuera el régulo paseaba a lo largo de las cercas. Hubo de nuevo un silencio prolongado, como si todas las bestias nocturnas aguardasen una señal. Sabía que la llegada del sol siempre se rodeaba de un cierto misterio. Era como si los animales lo supiesen, e interrumpían durante aquellos instantes sus más tempranos juegos, persecuciones, correteos y rencillas. Ningún cazador se atrevía a saltar sobre su presa en ese momento, ninguna bandada levantaba el vuelo cuando se acercaba el momento sagrado en el que la gota de oro y fuego emergía de las tinieblas impenetrables de las ciénagas de Germania. De pronto, un graznido lastimero rompió aquel momento sagrado, inviolable, haciendo caso omiso a la cercanía del sol. Ningún animal se atrevió a secundar el sacrilegio con otro grito.

El hombre se había quedado absorto contemplando el cielo, y el grito le sobresaltó. Se volvió y penetró en la casa. No había sido la señal de ningún pájaro sino el llanto de un recién nacido el que había roto el silencio de tan insolente manera. Tras algunos arrebatos de fuerte y desesperado llanto, el ojo del sol ya había parpadeado sobre el horizonte derramando su agua de oro, y la criatura pareció tranquilizarse.

De vuelta al hogar, el régulo de Wulfmunda se restregó la cara, satisfecho por fin de la espera. Su mirada resucitó al contemplar la criatura, redonda y bien nacida, en los brazos de la madre. Los ojos cerrados del recién nacido ya se debatían en su ceguera, ya pugnaba el pequeño, ahora plegando una pierna y contrayendo ligeramente el cuerpo, ahora batiendo los brazos con la inconexa torpeza de quien se sabe indefenso, en ese combate incesante que siempre se libra entre la nueva vida y el mundo desconocido. El padre había tenido en cuenta, desde que comenzasen los dolores, que el primer hijo de una mujer joven siempre era el más difícil de traer al mundo, pero a menudo, si salía sano y salvo del complicado percance, también era el más fuerte de la futura prole. Al régulo le pareció divino como el sol que se asomaba sobre las colinas, audaz al batir sus brazos como el polluelo del águila con sus ridículas alas, tal y como lo había visto una vez sobre un nido.

Después de limpiar la sangre de la que había nacido y de que el adivino cortase el último vínculo carnal que lo unía a su madre, ya había sido arrojado al mundo. Las

mujeres lo envolvieron en una muñida piel de lobo forrada en su interior con plumas de pato silvestre. La criatura, encerrada en aquel nido de pelo salvaje en el que todavía sobresalían las fauces de su anterior dueño, un joven lobato, más parecía ser la presa de una fiera que el retoño de un hombre. Sin embargo, el calor parecía reconfortarlo, y su padre lo cubrió con los retazos de piel en que se habían convertido las patas del lobato.

—No es precisamente pequeño —se le ocurrió decir al hombre, en un tono que parecía intuir los pensamientos de sus hijos—. ¿Os creéis que fuisteis más grandes que él al salir a la luz? Podría decir que es el doble que todos vosotros juntos. Y además no llora... ¡Fijaos! No llora.

Los niños no dijeron nada, pero se miraron unos a otros confundidos.

—Y pesado. Es bien pesado —aseguró alzándolo y sintiendo su cuerpo en las yemas de los dedos—. Será bastante grande. ¡Un auténtico lobato!

La madre observaba con ojos entornados al pequeño, deseosa de que la inspección del padre acabase y lo devolviese a sus brazos anhelantes. Pero el padre se volvió hacia la entrada. Las matronas, impacientes e inquietas, le lanzaron una mirada censoradora.

—¿Qué haces?

—¿Dónde vas? —le preguntó su hermana, con las cejas apretadas sobre el puente de la nariz.

—El niño acaba de nacer, no debes pasearlo por ahí por muy buen aspecto que tenga —dijo otra.

—Dejadlo en paz, Hartlind, el niño debe saludar el día. Ha nacido justo al alba. Debe respirar el aire de los lobos, que han pasado esta noche por nuestras cercas... Eso significa que es un lobato. Me he pasado toda la noche viéndolos descender al fondo. Han entrado a los prados y han aceptado la pieza que cacé para ellos. Rara vez vienen tan cerca. Los he visto gruñir mientras el jefe de las manadas, uno tan negro como la sombra de Wulfmund, se llevaba la pata del jabalí, aceptando el sacrificio. Lo primero que debe ver este nuevo lobato cuando abra los ojos es el sol.

—¡Pero hace frío...! —exclamó la madre tenuemente, tratando de levantar los brazos exhaustos. El esfuerzo no le había dejado fuerzas para mostrar toda la oposición que hubiese deseado en ese momento.

—¡No es cierto! Está despejado y el gran sol va a levantarse. Wuotanc* forja armas para los dioses y debemos aprovechar la ocasión. Es un signo. Lo cubriré bien —dijo el padre mientras caminaba impetuosamente hacia la salida. Sacudió la puerta, que se abatió violentamente, como si se tratase de una cuestión que requería la máxima urgencia, y avanzó a largos trancos por el prado, sonriente y satisfecho.

Antes de apuñalar las nieblas inciertas del valle, el sol comenzó a extender su aura de fuego por encima de las colinas. Al querusco le gustaba imaginar que

Irminur*, el colérico padre de las guerras, el dios supremo, había obligado a su indolente y divina parentela a trabajar en la fragua durante toda la noche después de un copioso banquete, como recompensa a sus actos ociosos. Más tarde los había conminado a que vertiesen el crisol de hierro fundido detrás de los montes. El sol chorreaba su hirviente colada como una fontana inagotable. Irminur ordenaba a los Ases*, sus familiares, que forjasen nuevas espadas al comienzo del día, para pertrechar dignamente a sus héroes a la llegada del fin del mundo, el temido *Ragnarok**, cuando el sol se hundía de nuevo en las aguas del oeste, bajo cuya superficie habitaba el dragón que roe sempiternamente las raíces de los árboles, en las entrañas de la Tierra, antes de que Tanfana*, la Madre, brotase otra vez de las ciénagas con el hálito brumoso de la noche, envuelta en una siniestra luz azulina.

Era difícil que aquel hombre no pensase en armas, cacerías y mal tiempo en los cielos. Como muchos otros régulos germanos que adoraban al padre de la guerra, quería sentirse digno de una de las armas de Irminur, pero esa mañana cerró los ojos y deseó ardientemente algo más: agradeció al dios su nuevo hijo y le suplicó que no olvidase forjar un arma todavía más afilada para su vástago con aquel acero fabuloso.

Después de la bendición se sintió agotado. Había pensado más de lo habitual, decidió que se sentía hambriento y que era hora de una buena comida tras la noche entera en vela.

Cerunno, el hombre-rayo, escribió unas runas en la frente del recién nacido, de nuevo acunado por los cálidos brazos de su madre. Después arrojó diversas hierbas al fuego que calentaba el hogar del jefe y se marchó sin pronunciar palabra alguna.

Todavía faltaban dieciocho años para que tuviese lugar el nacimiento de Cristo. Sólo dieciocho años antes, en pleno verano, había nacido otro niño en apariencia insignificante para las altas alcurnias de Roma, un querusco de más allá de los montes Melibocus* y Asciburgius*, en las tierras libres de lo que el Imperio Romano había llamado Germania Interior: los inciertos territorios situados al oeste y al norte del Rhenus*, las vastas y cenagosas llanuras encadenadas al este del Visurgis*, sobre las que nunca se habían prolongado las sombras de sus omnipotentes estandartes. Jamás sabremos con certeza qué nombre le dieron sus padres, pero los historiadores romanos no olvidaron al futuro hombre que había nacido ese día en el innoble anonimato de la barbarie, y nos lo recordarán más tarde como *Arminius*.



18 a. C., Roma

—La *gens** Julia, mis ilustres antepasados, la estirpe fundadora de Roma a la que pertenecía César, no es sino descendiente del sacro Rómulo que dio muerte al sacrílego Remo, del mismo hijo de Eneas. Lo que te encargué iba más allá de las pretensiones de cualquier artista, aunque fuese el más grande habido, y superaba las intenciones que presidieron la razón de Homero, pues Roma es cien veces Grecia. Cerraste para mí y para la tradición del pueblo romano el círculo de las motivaciones que tan bien explican los avatares de las guerras que sacudieron el seno de las curias, sólo así se entenderán los resultados y las confrontaciones civiles, los errores del pensamiento senatorial, las señales que marcaron la llegada y el triunfo de Julio César, su traición y, finalmente, la creación del Imperio.

—Y junto al mandato de Roma está su primer emperador, igual que detrás de toda la luz está el sol.

—Amigo Virgilio, he admirado tus poemas y la fuerza de tus palabras desde que llegaron a mi encuentro. Yo sé que entenderás que un curso solar deja huellas de fuego desde Rómulo y avanza a través de las generaciones, dejando un rastro ígneo como la profecía. ¿Es casual que nuestro antepasado fuese hijo del mismo Eneas?

—No lo es —respondió el poeta con convicción—. Como tampoco lo es el hecho de que tú representes el ascenso más glorioso que haya caído sobre la frente de mortal alguno, romano o no, superando la gloria de cuantos te precedieron; como dejaste de ser Octavio para ser Octaviano, heredero de Julio César, y de ser Octaviano para convertirte en Augusto, por nombramiento del mismo Senado.

—Escribiste la *Eneida* en honor a todos mis antepasados, eso es la grandeza, y olvida a Augusto... —dijo el emperador, reclinándose en el banco y posando sus ojos luminosos, grises, ecuóreos, más allá de las ágoras de la loma y de sus verdes arrebatos arbóreos.

El poeta, sin embargo, no apartaba su mirada de los rasgos que caracterizaban al dueño del mundo.

—No se puede olvidar al que inspira toda grandeza y al que corona tan largo viaje desde la cuna del que cargó a costas con su progenitor Anquises, el que perdió a la amante Créusa por las calles de Troya; el que hizo vela portando el arma sobre los albores tempestuosos hasta desembarcar en el pantanoso Lacio, la espada de Troya con la que sería fundada la única y verdadera estirpe imperial de Roma.

—Veo que no desdeñas a Ennio*.

—Hay en el bárbaro y antiguo poeta una fuerza que muchos de hoy quisieran para sí mismos.

—Así es. La fuerza del alma que tanto escasea: debemos dar un ejemplo a los romanos de hoy con la Roma de ayer; no permitiré que sea denigrada la fuerza de sus costumbres, de sus ritos itálicos que han llegado a gobernar el mundo; que no olviden que ser romano conlleva otras obligaciones morales actualmente en obstinada decadencia.

—Te agradezco que rescatases el manuscrito de las seguras llamas y, junto a su devoradora presencia, de la destrucción a la que condenaría tanto trabajo. Gracias a tu dominio hoy existe mi *Eneida*, de lo contrario la habría convertido en un soplo de ceniza.

—Sobre milenios como sobre blanda cera imprimiré tu obra su huella, y quedará hasta el fin de los tiempos en la memoria de todos los hombres, mientras existan hombres bajo el sol.

—Y cuando no los haya, ¿qué nos importa su memoria...?

—Menos aún que el olvido para quienes alcanzaron el verdadero poder que se impone al bronce de la gloria, porque es más duro que el bronce.

Augusto volvió a detener sus ojos en el poeta. Había en su mirada un destello de crueldad implacable oculto por la suavidad de sus rasgos, atípicos en los castrenses hombres de poder que había conocido Roma hasta entonces, desde Escipión hasta Mario y Sila, desde Craso a Julio César.

—También te debo a ti buena parte de la instrucción de Drusus, que ha sido brillante y digna del hijo de un emperador.

—Ningún mérito ha tenido mi trabajo, cuando un muchacho es tan sobresaliente desde su primera infancia —dijo con humildad el poeta.

—De nada sirven las cualidades del pupilo sin la formación del maestro —repuso el emperador—. Imagina un niño bárbaro. Imagínale en la estrechez de sus castros, humillado entre las tareas más rudas y los comentarios más supersticiosos, ajeno a todo cultivo del pensamiento, ajeno a todo cálculo y a todo remedio del peso y de la fuerza, de la recta y de la curva... Nuestros ejércitos vencen a pueblos más numerosos, pero peor formados. Junto al ejercicio de la deducción pitagórica habita el cultivo de los espíritus más estoicos, de los que resisten el embate de las olas con entereza, de los que no se desconciertan en el clamor de esa infinita batalla que es la vida, como bien reconocía Heráclito de Efeso. Y esos mismos son los que levantan el trazado de los puentes, de las calzadas que agilizan la marcha de nuestras legiones por el perímetro fronterizo, de los acueductos que traen el agua indispensable, y obran los milagros de la razón y del esfuerzo sobre cuyos sillares se afianza nuestro Imperio. Tú has dado al joven Drusus esos pilares que sostienen su pensamiento; tú lo has dotado de las ideas que después le servirán en el camino hacia la gloria.

—Pero, además, Drusus es un hombre de armas —repitió Virgilio, vehemente—. Drusus tiene la ambición del triunfo, por sus venas fluye la energía de los cesares...

—Lo he distinguido a menudo.

—No es como el temperado Tiberio —aseguró el poeta—. Cual caballo núpida, el nervio lo gobierna y a veces me ha costado enseñarle que debe aprender a contenerse. Que el poder no es puro nervio, sino contundencia en ese momento prudente que asegura el triunfo.

—Reservo una parcela del mundo para él, que sólo un César podrá conquistar.

—Al igual que tú subyugaste a los cántabros en el norte de Hispania, finalizando lo que ni Julio César ni Pompeyo pudieron concluir, lo enviarás a algún confín en el que mostrar sus armas en nombre de Roma... ¿no es así, Augusto?

—No será igual, Virgilio. No lo será, porque reservo para él cien Cantabrias y cien Asturias juntas: a él le entrego la conquista de toda Germania, la creación allí de cinco nuevas provincias.

—Germania está detrás del Rhenus, y se extiende con mil patrias varias, hasta hundir sus lenguas de tierra en las aguas espumosas del mar del Norte, junto al Quersoneso Címbrico y la misteriosa Scandia*, donde no ha llegado ningún romano, y, en cambio, sí el geógrafo *græculus** Phyteas de Massilia*, el audaz navegante. Hermunduria, la salvaje Querusquia*, la insurrecta Sugambria*, Tencteria, Sajonia, los bosques márseros de Hercynia, el reino marcómano*, las tribus usípetas*, téncteras*, longobardas*, sajonas*, godas*... muchos son los pueblos a los que no gustan los yugos y cadenas de Roma. La frontera debería pasar por encima de todos sus ríos, el Lupia*, el Amisia*, el Visurgis, el Albis*, y más allá, hasta las islas de los avionios, hasta incluso el Viadrus* y el Vístula, más allá del Ænus*... El honor es tan gigantesco como el desafío, y no hay desafío sin peligro... Una hazaña propia del mismo Alejandro* de Macedonia. Digna del propio Marte, sí. Ya lo creo. Pero Germania es muy grande, Augusto, y Drusus, demasiado joven —insinuó el anciano.

—Virgilio, Germania es grande, y grande ha de ser el elegido de Augusto. Si debe sucumbir, que lo haga frente al gran enemigo que se agita en las fronteras del norte, como el más grande hijo de Roma. Pues si vence, el honor que habrá de tributarle Roma sólo podrá ser igual de grande, y yo, después, en la última hora de mi mandato, le entregaría el poder imperial, y nadie podría ponerlo en duda.

—Así se haga, pues, y que los dioses le sean propicios a Drusus.

Augusto se levantó e invitó al anciano a caminar entre los árboles. Abandonaron el agora y sus bancos, al tiempo que los esclavos se ponían en pie y la guardia pretoriana y bátava* se disponía a seguirlos. Uno de los esclavos fue amonestado con suavidad por Virgilio. Era un muchacho rubio de extraños ojos azules. Pareció despertar del sopor que le inundaba durante las copiosas conversaciones de su señor, y se apresuró a ayudarlo, ofreciéndole el bastón.

—¿Lo ves, Augusto, gran amigo?

El emperador posó sus ojos en el joven esclavo y se detuvo en sus rasgos.

—Difícil le es al germano pasar bajo su yugo —dijo Virgilio, posando su mano benigna sobre los cabellos del muchacho, cuyo rostro se iluminó de pronto con una amplia sonrisa, ignorante de cuanto oía, pues era sordo.

Ya habían dejado de oírse los rumores de las esclavas de Julia en el peristilo y un viento que hacía murmurar los pinos de los vergeles se asomaba tímidamente a los baños del *atrium** privado, ondulando la superficie del estanque. La luz de la tarde, cuyas sombras se prolongaban tras la academia de mármol, encendía la piedra jaspeada y el agua transparente. Un holocausto rojo amenazaba el cielo de Roma, a punto de derramar la sangre de mil sacrificios voluptuosos que humedecerían los retazos de nubes, tendidos cual plumas de avestruz que alivian el tórrido calor del verano. Muchas tabernas se llenaban de forasteros y lugareños en la ciudad que bullía día y noche. Por los puentes se agolpaban los carros de mercancías, sorteando las aguas del Tiberis*. Los antorcheros prendían sus luces, las villas se iluminaban con cientos de palmatorias y las *insulae** de varios pisos recibían a sus moradores más pobres.

Sin embargo, en la lujosa *domus** de Julia los esclavos se afanaban limpiando las ya pulcras losas del baño, evitando cualquier posible mácula de humedad, antes de que los pies desnudos los manchasen con sus pasos ingratos. El argentino rumor de los caños se vaciaba eternamente en el estanque prohibido que sólo existía para la privacidad de su señora. También lo era de su marido, Agrippa, pero aquellos eran los dominios de Julia, y nadie se atrevería a traspasarlos sin su consentimiento.

Varias esclavas prepararon el agua con perfumes y aceites, arrojaron flores frescas a la superficie centelleante mientras el sol se ocultaba tras el ala del peristilo, en el incendiado occidente. Julia apareció tal cual era su desnudez, con pasos gráciles y soberbios, indiferentes y seguros. Posó sus pies en el primer escalón del baño y se despojó de sí misma, clavando sus ojos en el cielo áureo. Ese rojo, el lascivo rojo de Roma, el rojo de las batallas de occidente, amenazaba con desbordarse y teñir el cielo con los estentóreos esputos de un viejo sol moribundo y saciado de sus excesos, que allí se entregaba al baño.

A una señal de la joven, una de las siervas se alejó hacia las sombras del peristilo. Las plantas, que surgían de tinas de alabastro, creaban allí tinieblas verdosas al amparo de los techos. Poco después la impaciencia de Julia quedó satisfecha. Tres sombras ominosas aparecieron más allá de las columnas. Dos de ellas parecían vigilar a la que se hallaba en su centro. Ésta avanzó hasta la luz. La gran capa con que se había cubierto, para ocultar tan fastuosa e incongruente presencia, cayó al suelo. Allí apareció un vástago de Hércules, un atleta de fuerza sobrehumana, cuyo cuerpo estaba marcado por la lucha y la supervivencia y modelado por los esfuerzos propios de un galeote. Sus manos eran tan grandes que podrían haber estrangulado al león de

Nemea, y podía adivinarse la sonrisa embriagada bajo el casco hoplómaco, con cresta, aletas y tupida visera cerrada.

Julia sonrió azorada como si un nuevo miedo recorriese su cuerpo. Adoraba los cuerpos desconocidos, necesitaba la novedad y la conquista. Quizá hubiese heredado de su padre aquel afán por la subyugación. Experimentaba el miedo a lo que hacía por el hecho de estar aún más prohibido que utilizar a sus propios esclavos. Medio sumergida, extendió su brazo hacia el gladiador, y le ordenó que entrase en el baño. Apenas éste se había introducido en el agua, cuando la mirada insinuante y temerosa de la joven patricia contrastó con aquellas piernas que se abrían directamente ante él, ordenándole lo único que querían. Un gesto de la joven bastó para que el sediento gladiador retirase la visera de su casco. Tan pronto como había visto sus ojos de matador, las aguas del baño se sacudieron violentamente entre sus piernas abiertas, y un grito mal sofocado brotó de su pecho, al tiempo que el cielo se empapaba en sangre.

—¡Diocles!

La hija de Augusto era la mujer más admirada y codiciada de Roma, y si la aparición de su padre recordaba al mítico Eneas, la de Julia traía el recuerdo de una Grecia muy antigua, la más noble, la que encontró en Helena a su más venerada representante. Por ella estalló una guerra en la que murieron los hijos de los dioses, como Aquiles, y si Augusto no hubiese sido el emperador y dueño del mundo, también las habría habido en Roma a causa de Julia. Su cuerpo era sinuoso y a la vez delgado, elegante como los pasos de ciertas aves. En sus pómulos proporcionados y rosos, en la rasgadura de sus párpados y en la longitud de su frente, en todo su rostro equilibrado habitaba un canon de belleza superior y egregia, una fuerza gélida en las facciones pulcras que sólo hablaban del inmortal poder, del poder que irradian ciertas mujeres capaces de prometer la elevación y el ensalzamiento a la talla de dioses a quienes a ellas se aproximan tan sólo con una mirada. La mirada de Julia era la mirada de la diosa de la victoria, verdosa, azulada, grisácea, como el hielo temprano entre las plantas del estanque; era una mirada fiera, de pantera hambrienta, y también una mirada distante, melancólica, que se perdía atravesando los objetos y las personas, igual que miran las esculturas de los templos de Grecia. Sus cabellos caían en rizos de oro, sobre los que acostumbraba espolvorear aquel mismo metal molido, y estaban ungidos en algún aceite sirio de tenue pero inconfundible aroma.

Julia era el trofeo con el que habría sido coronado el más grande vencedor de Roma. Casada a los catorce años por Augusto con su primo Marcelo, el hijo de Octavia y de Marco Antonio, nunca supo si lo había amado o no; pasó de ser su compañera de juegos a su esposa en poco tiempo. Pero Marcelo murió dos años después, cuando apenas en ella comenzaban a despertar las fuerzas que habían estado

ocultas, cuando las potencias de su belleza empezaban a emerger y a manifestarse con tal estruendo que su sola presencia valía para acaparar la atención del mundo entero a su alrededor. A todos sorprendió que al poco tiempo su padre volviese a esposarla, esta vez con su amigo de confianza Marco Vipsanio Agrippa, un hombre mucho más mayor que ella, acaso su mejor general en las batallas de la cruenta guerra civil, el vencedor de Marco Antonio en Accio y el que empujó a Bruto al suicidio; pero no por ello dejaba de ser un pellejo ajado y jactancioso, servil y castrense, que nada tenía que ofrecer a la diosa en que se convertía la hija del emperador, la isla paradisíaca a cuyos arrecifes venían a romper los oleajes deseosos de las mareas de Roma.

La muerte de Marcelo había destrozado los planes de la *gens* imperial. El hijo de Marcelo y de Julia, el nieto de Octavia y de Octavio, habría sido la combinación ideal y el heredero perfecto para la concepción política de Augusto: no sólo el poder absoluto quedaba en manos de la familia de los elegidos descendientes de Eneas, sino, por añadidura, habría sido el descendiente racial más puro, engendrado en el seno mismo de la *gens*. Pero el luto con que había cubierto a los Julia la muerte de Marcelo había entenebrecido la mente de Augusto, y hacia dónde se habían desviado sus intereses, eso sólo los dioses podrían saberlo.

Aunque lo cierto es que en Augusto tan evidente como su inteligencia era su superstición. Abandonó a Escribonia, la madre de sus hijos Julia y Julio, tres días después del nacimiento de este último, y pidió a Livia, embarazada de pocos meses del que nacería llamado Drusus, que se divorciase de Claudio, con quien el emperador llegó a un acuerdo a cambio. Pero quién era en realidad el padre de Drusus, eso era motivo de discusión. Se comentaba que la relación entre Livia y Augusto había comenzado tiempo antes de la petición de divorcio, y que ante la previsión de que el futuro niño fuese un varón, Augusto decidió anticiparse y apoderarse del que podría llegar a ser su verdadero y favorito primogénito y de la que sería su madre.

Si había réplica en la tierra con la que pudiese rivalizar la belleza de la joven Julia, ésa era Livia Drussila. El sol se había posado en sus cabellos, y sus ojos azules eran profundos como mares tempestuosos, pero había en su madurez un atractivo terso como las líneas de su cuerpo, y la ambición y el deseo de grandeza superaban en ella cualquier medida. Su porte sólo podía ser el de la madre de Aquiles, a pesar de que el Tiberis hubiese crecido treinta y ocho veces desde que viera la luz, y como madre que era había dado dos hijos que gozaron de la inclinación de Augusto: Tiberio, primero, y Drusus, después. Naturalmente, eran los hijos de Claudio Nerón, pero Augusto decidió adoptarlos y cobijarlos bajo las alas de su águila todopoderosa, especialmente a Drusus. La emperatriz Livia había burlado el matrimonio del que todavía fuera llamado Octavio con Escribonia, y vigilaba a la joven Julia, de cuyo

vientre podría haber salido ya el heredero que eclipsase la luz de sus soles, Drusus y Tiberio.

Agrippa era un hombre recio y recto en el más puro estilo castrense, pero viejo y antiguo. Julia había empezado a desear muchas otras cosas que aquel hombre no podía darle, y también había aprendido a odiar a su padre tiempo atrás. Ya habían nacido de su unión Cayo y Lucio, y también la pequeña Julia. Aquellos eran los frutos de un matrimonio indeseado, pero obligatorio. Sin embargo, llegaban a los oídos de Julia los rumores que circulaban a la sombra de la familia imperial, y podía suponer que Livia preparaba el terreno para el fracaso de sus hijos. La emperatriz conseguía poner en evidencia los insaciables deseos de Julia, insinuando la dudosa autoría paterna de aquellos niños. A pesar de toda la discreción que la joven y hambrienta hembra ponía en la satisfacción de sus lascivos sueños, siempre parecía espiar atento el ojo secreto de Livia, que pagaba fortunas a los esclavos domésticos para que le revelasen los planes de la hija del emperador. Qué llegó de todo aquello a los oídos de Augusto, nadie lo supo, pero no fue de los labios de Livia. La emperatriz destilaba el veneno y lo diluía en las corrientes, mostrándose siempre servil y sumisa ante su consorte, consciente de la agudeza de su marido, que no dejaba ningún detalle al arbitrio del destino. Sin embargo, no hubo castigos para Julia, ni desprecio, y Agrippa pasó cada vez más tiempo en las campañas de las fronteras del Imperio, a donde Augusto lo enviaba como su mano derecha.

Con la suprema ambición de quien contempla a su futuro heredero, el cuidado que Augusto había depositado en la crianza de Drusus superaba el amor de un padrastro cualquiera. Pocas ocasiones habrá visto la educación semejante apasionamiento en la formación de un niño, acaso en el Alejandro de Grecia, o en los emperadores de oriente. Los más cultivados augures* fueron su mano y su guía. Los ritos itálicos presidían la mente de aquellos que debieron modelar su infancia y su primera juventud, para que le transmitiesen toda la belleza que en ellos había sido heredada, la fuerza del amanecer y las premoniciones del crepúsculo, las estrellas y su insinuado destino, que le concediesen el Tiberis en invierno y en verano, todas las razas de la tierra, las del norte y las de populosas ciudades, que supiese de Atenas y de Alejandría. Círculos de filósofos y oradores, bajo la tutela del longevo Virgilio, le enseñaron las ventajas y trampas de las enseñanzas de los maestros estoicos, las argucias de los cínicos y las licencias con que los epicúreos se valían para sortear las inclemencias de la vida y de las pasiones. Hizo que le entregasen el mundo en su rotundo saber, palmo a palmo y como él debía entenderlo, pues sólo así le entregaría después Roma entera, Roma heredada en el más preparado de sus hijos, en el elegido. Y con la misma intención con la que levantaba a aquel muchacho y lo introducía en cada anillo de poder, con la misma razón de la que se valía para gobernar el mundo,

supo el emperador, antes de serlo, que debía destruir al vástago que con igual o más afecto había sido criado en las cunas de oriente, conteniendo los rituales antiguos de cien reyes y miles de años, los misterios de Tebas y la sensual sabiduría de Alejandría y de Menfis, al que había nacido junto al Nilo: Cesarión, el príncipe idolatrado por Cleopatra, el hijo que, para conveniencia de Augusto, jamás debió engendrar su tío abuelo Julio César. Vergüenza de Roma, aquel muchacho, que había surgido de tan extraordinaria unión, depositaba una cultura antigua y poderosa y una tentativa de poder que podría ensombrecer el nuevo Imperio e incluso reclamarlo por derecho, habiendo brotado de su sangre más pura, la de Julio César. Augusto persiguió a Egipto y persiguió a Marco Antonio, y acabó con la vida del príncipe Cesarión, ordenando su asesinato, creyendo así cercenada, de una vez por todas, la última cabeza de aquella milenaria serpiente moribunda que era el Nilo. Sus dinastías no volverían a emerger de las tinieblas, y se perderían como el polvo sacrosanto del desierto que cubría sus sepulcros, barridas por el viento de nuevos tiempos. Tampoco las armas y el Imperio habían sido descuidados durante los años en que el futuro heredero se convertía en hombre. Agrippa, el propio Augusto o Sentio Saturnio, uno de sus generales, adivinaban en Drusus al fogoso militar que se avecinaba en la adolescencia, al hombre que portaría el *imperium* militar y que arrastraría las legiones hacia el triunfo, vistiendo la *toga picta**, a diferencia de Tiberio, su hermano mayor, menos amigo de la sangre y más familiarizado con el pensamiento, devoto de las artes y amigo de la reflexión.

Augusto preparaba todos los pasos para encaminarse hacia el poder absoluto, y el que entonces había sido triunviro fue proclamado *Primus Imperator*, cargo que el Senado le había prorrogado por cinco años más. Como padre adoptivo de su propio hijo, robando a Claudio Nerón la esposa, resultaba extraño, a su vez, el hincapié que Augusto hizo sobre las leyes relativas al matrimonio, como la *Lex Iulia* o la *Lex Papia Poppaa*, con severas multas para los senadores que practicasen el adulterio o careciesen de descendencia filial. La segunda limpieza del Senado le había permitido desembarazarse de los sectores contrarios al modelo político del Principado, así como compartir la *potestas tribunicia* con Agrippa durante cinco años más, nombrando cónsules a los hermanos Gneo y Publio Cornelio Léntulo.

El gineceo de la gran *domus* de Julia había recibido al día siguiente una de sus concurridas reuniones de mujeres. Los trofeos traídos por Agrippa de Dalmatia, Iliria y Panonia adornaban la gran sala en la que mosaicos de artistas pompeyanos mostraban la imagen de un Mercurio apresurado y de un Vulcano que conversaba con el Marte Vencedor.

—Has oído hablar mucho de Cleopatra, ¿verdad?

La voz de Julia se abrió paso hasta una muchacha joven y exquisita, de largos

rizos oscuros, sobre cuyos ojos, avergonzados ante la sola mención de aquel nombre, se había posado todo el poder de su mirada.

¿Cómo podía Antonia no haber oído hablar de *Cleopatra*? La sutil malicia de Julia había acariciado la piel de su rostro como una cuchilla. ¿No era acaso ella, Antonia, la hija de Marco Antonio y de Octavia? Cleopatra era la gran puta de Egipto, la venenosa serpiente del Nilo... la mujer que consiguió burlar a su madre, la mujer más virtuosa y paciente de Roma, la hermana del egregio Cayo Julio César Octaviano, ahora universalmente conocido como Augusto, gracias a una pasión enferma que habitó entre las piernas de su padre desde que se hizo hombre.

Las muchachas y mujeres reunidas murmuraron, intercambiando miradas de inteligencia y risas indiscretas. Sólo las más mayores permanecieron enhiestas e inflexibles, desconcertadas por la inclemencia de la hija del emperador. Julia se había tendido, contra las costumbres, en uno de los *lectus*, soslayando el cuerpo sobre el codo izquierdo, dispuesta a disfrutar de aquel momento.

—Hace tiempo que en nuestra familia no se habla de serpientes ni de víboras. Ya hay bastantes en los jardines, ¿no es así, Julia? —respondió al fin la joven, cosechando un primer triunfo.

—¡Cleopatra Séptima! —exclamó Julia con insolencia. Las esclavas depositaron bandejas de fruta y se miraron con complicidad—. ¿Acaso no fue ella la que Julio César mostró a Roma como la mujer más bella de la tierra? Dicen quienes la vieron que desprendía majestad y que era tan atractiva que hasta los animales se inclinaban ante ella...

—No me extraña que fuesen los animales quienes más complacidos se sintieron con su presencia —dijo de pronto Antonia, sin darse cuenta de que dejaba su costado a descubierto para la siguiente puñalada de Julia.

—Animales como Julio César y como Marco Antonio, tu padre.

Los rumores cesaron entre las damas, y el calor trepó a las mejillas de Antonia en medio del silencio.

—Dicen que eran muy buenos animales... O más bien —continuó Julia tras el golpe— odiamos a Cleopatra porque Roma la envidió desde el primer día que se cruzó ante sus ojos. Quizá no fue ella culpable de nada, salvo de ser superior entre todas las mujeres, y de ser capaz de hacer enloquecer a los hombres más grandes de su tiempo, convirtiendo su vientre en recipiente de todos sus sueños. Como tantas otras reinas del Nilo, tantas Berenices, Arsinoes y Cleopatras...

—No fue el sueño del más grande de todos ellos, de Octavio, mi tío —dijo Antonia controlando su vergüenza—, que impidió que sus drogas continuasen enloqueciendo a mi padre, y no olvides que fue él quien mandó que a Cesarión, el hijo de aquélla y de Julio César, se le diera muerte, como fuera un insulto para los descendientes de Eneas.

—Los descendientes de Eneas... —repitió Julia con desdén inaudito, la que era comparada con el reflejo impoluto de la Helena de Troya.

—¿Cómo puedes hablar así de tu propia stirpe?

—El problema es tuyo Antonia, y el placer es mío.

—El placer es tu problema, Julia —dijo Antonia, volviendo a triunfar. La mayoría de los comentarios entre las que asistían al duelo circulaban directamente aplicados a los oídos.

—Y el tuyo que no soportas oír hablar de Cleopatra —insistió Julia—. La historia no la olvidará, porque vivió sus pasiones tan sinceramente que nada de lo que se diga será capaz de empañar el recuerdo de su grandeza. ¡Ninguna vulgar meretriz habría conquistado el corazón del mismo Julio César! Ese apasionado y presumido...

—¡Julia! —exclamó Calpurnia.

—¿Quién me hace callar? —exclamó la joven, casi como con un latigazo y una irónica sonrisa—. ¿Y por qué habríamos de olvidar el destino de tus hermanos egipcios, Antonia? Eran tan hijos de su padre como lo eres tú. Yo desprecio tu desprecio.

En aquel momento irrumpió en la sala un joven no excesivamente alto ni de significativa corpulencia bajo la *toga virilis**, pero su rostro afable tenía un aspecto concentrado y esgrimía una mirada veladamente agresora bajo las cejas de halcón. Había en su presencia un donaire de prepotencia que era capaz de seducir hasta el mismo aire a su alrededor, al que cortaba al hablar con hábiles movimientos de manos propios de un experto orador. Era Drusus, que entró seguido de su instructor, un sabio y pitagórico *græculus* de Helicarnaso, discípulo de Losso de Cuma*. La mirada de éste, al contrario, parecía la de un obediente perro aburrido de sus quehaceres.

—Dejadme que os salude a todas, especialmente a mi hermana Julia y a mi amada Antonia.

Drusus se allegó a Antonia, que se levantó y le tendió el brazo.

—Todas nos disculparán si nos marchamos, ¿no es así? —dijo Drusus tomando a Antonia.

—No lo es, hermano —dijo Julia—. Pues con Antonia tengo los mejores debates de la reunión.

—Precisamente por eso, querida Julia, te he traído a alguien de tu agrado. Conocedor de tus placeres de la conversación, te ofrezco un hombre a la medida de tus deseos.

Los rostros de las damas se iluminaron ante el elegante sarcasmo de Drusus. Los ojos del sabio pitagórico continuaron absortos en mil cálculos y se posaron en Julia como lo hacen los de los peces muertos en el mercado.

—Te dejo en compañía de Atístocles, un sabio *grammaticus** que colmará todos

tus deseos, y que, sin duda, te ayudará a olvidar el vacío ocasionado por Antonia. Ahora, disculpadnos.

Al entrar en el pasillo, Antonia acarició los dedos de Drusus y lo miró llena de orgullo y satisfacción. Atrás quedaba la venenosa concurrencia femenina, sonriéndose ante un insulto que sólo el propio Drusus podría permitirse con la hija del emperador.

Mas Drusus había aprendido de su padrastro, entre otras muchas cosas, a tratar a las mujeres. Y especialmente a su hermana política.



16 a. C., Valle del Mosella*, Galia Cabelluda*

Dieciséis años antes de que Cristo naciese, un mediodía brillaba con fuerza inusual abriéndose paso entre nubes dispersas sobre la provincia de Galia Bélgica, también conocida como Germania Inferior, en el norte de la región geográfica de la Galia Cabelluda.

Era un gran valle de un verde indeciso, amarilleado por las quemaduras de la canícula* abrasadora, lo que se extendía ante el paso inflexible del *aquilifer**. Desde los campamentos de Moguntiacum*, en la ancha lengua de tierra que encerraba el Rhenus, hasta Augusta Treverorum*, la marcha había sido cómoda y los legarios* galos se habían sucedido con premura a lo largo de la excelente calzada*; pero hacía más de un día que las hondonadas mecían el lecho del río Mosella, obligando a los soldados, sin ayuda de vías pavimentadas, a caminar por terreno salvaje en grupos más estrechos. El río se dejaba acunar por aquellas lomas junto a las densas espesuras de las Colinas de Arduenna*, mientras descendía al encuentro del Rhenus.

Aquel verano secaba su hierba en los agrestes valles galos; un calor parecía brotar del sur y disipar las permanentes nubes del norte. Quizá el excelente buen tiempo, además de haber aportado cosechas benignas a los bárbaros del norte, les había provocado un nuevo y misterioso ardor, una necesidad de audacias. Roma creía conocer aquel temperamento. De vez en cuando, una tropa de bárbaros se agitaba y cruzaba el Rhenus. Entonces los destacamentos se movilizaban en su busca y los obligaban a retroceder. Pero aquella ocasión había sido diferente. Las noticias hablaban de algo más que un montón de brutos envalentonados, y el saqueo había obligado a abandonar sus tierras a muchos campesinos tréveros*. Las pérdidas de cabezas de ganado se contaban por cientos, y los civilizados cuestores de Argentóme* se preguntaban para qué lo hacían, si jamás conseguían llevarse tanto ganado vivo a sus tierras a la otra orilla del Rhenus. Era habitual que tras ellos quedasen amontonados los cadáveres del botín que no podían cargar con sus penosas almadías* sobre el caudal del ancho río. Las nubes de carroñeros anunciaban montículos que se secaban al sol, en medio de un hervidero de cuervos y buitres. El sacrificio de tantas reses llevaba a la desesperación a los habitantes de las tierras saqueadas. Los galos de las fronteras malvivían bajo el poder de la administración romana y la violencia de los germanos, apresados como entre el yunque y el martillo. La invasión de aquel año había ido demasiado lejos, y el propio emperador había ordenado la movilización de varias legiones para aplastarlos y más tarde, como en los tiempos de Julio César, desarrollar una misión de castigo en sus propias tierras devastando sus campos y sus poblados antes de retornar. La incursión de los

germanos había alcanzado el rango de *invasión*.

Aquel año, durante el poder de los cónsules edictos Lucio Domitio Ænobarbo y Publio Cornelio Escipión, se había iniciado una guerra. Lo que parecieron pequeñas incursiones de pillaje se transformaron en masivas marchas de germanos que cruzaban el Rhenus y penetraban en el norte de la Galia Bélgica, la franja noroeste de la Galia Cabelluda. Los sugambrios* habían sido los responsables, el contumaz pueblo de los montes Visurgos, que se levantaban formando un anillo inaccesible en el corazón de Germania, quienes capitanearon la invasión, y, junto a ellos, los restos de los usípetos y de los téncteros que habían sobrevivido a las matanzas de Julio César, en el año 55 a. C. Primero se levantaron en armas y asesinaron las guarniciones romanas que vigilaban sus territorios, cruzaron el Rhenus e iniciaron una oleada de sitios, destrucciones, incendios y saqueos como nunca antes se había vivido en la región fronteriza, asolando Belliginum, Vasalia, Beda, Ausava e Icorigium. Mientras Polibio Silio Nerva obtenía victorias en el este contra tauriscos, vindélicos* y rastios en el turbulento frente de las provincias de Panonia y Noricum, un nuevo peligro atraía la atención del Senado en las peores fronteras de Roma: el inicio de lo que sería la Tercera Guerra de Germania.

Animado por el calor, el portador del estandarte más valioso de aquel ejército, un poderoso *aquilifer* a quien todos conocían como Cazarratas, sudaba complacido bajo el peso de la panoplia, las numerosas *phaleræ** y la distintiva piel de leopardo. Era el centurión* de centuriones, el *primus pillus**, el militar más capaz y válido de toda su legión. Imaginando la sequedad de los desiertos, su mente se extasiaba en imágenes radiadas por una luz cegadora. Las pieles tostadas de las mujeres de Numidia resbalaban por su mente. Los ojos negros surgían y le miraban con sumiso placer, mientras el azul profundo del cielo, herido por un puñado de rayos, enmarcaba el punto fulminante del sol africano. Su cuerpo se sometía a la marcha implacable, rígida, sosteniendo el emblemático estandarte, y el aburrido entorno, por fin más seco, le permitía evadirse. Sus entrañas de soldado le exigían acción, satisfacción de los instintos, por fin el sabor agridulce de victorias y sangre. Ya estaba harto de las prostitutas de Carnuntum, de las *palæ** de Lutecia* y de los avariciosos *lenos** de todos los lupanares de Lugdunum*. Él era un veterano, y el mayor placer lo experimentaba en los cuerpos que se resistían. Como el halcón, sabía que las palomas no morían por la fuerza de las garras, sino cuando su corazón se paraba en el acto, *in situ*, en el momento del impacto, al ser atrapadas. Despojar de dignidad a la juventud, eso agitaba su sangre; de igual manera entrenaba a los jóvenes *triarii** que se incorporaban a su cohorte*. Humillaba a los principiantes con violencia, los rompía a marchas forzadas. Se reía de ellos cuando caían y levantaban la mirada, llena de odio, y veía sus labios polvorientos. Entonces los azotaba con sarmientos de vid. Así se

forjaban hombres como él, y él era, con seguridad, el mejor hombre que había conocido en toda su vida, el más valioso (después del emperador, el sagrado Augusto), y la expresión más acabada de un *hastati**. No debía haber hombres de otra índole en su entorno. Así era él. Así era un centurión a la verdadera usanza: atroz y gozador. El estandarte de plata brillaba.

El Águila de la Quinta Legión *Alaudæ* avanzaba por el valle, erguida con orgullo. A diferencia de la mayoría de las legiones que habían sido fundadas por Julio César durante su gobierno de las Galias, el símbolo de la Quinta no era el toro, sino el elefante; a cierta distancia, tras el paso de doce cohortes, le seguía, servicial, el estandarte de la Primera Legión *Germánica*. Los nudillos del *aquilifer* la aferraban blanquecinos y tensos. Cual vástago del mismísimo Marte, sus rectangulares facciones aceradas esbozaban la falsa sonrisa de una tensión constante. Llegar a ser el portador del Águila le había costado más de diez años de campañas de guerra. Había disfrutado de las glorias póstumas brindadas por los triunfos de Julio César en las Galias y en Britania*, y había atesorado sueldo y botín. Pero lo más valioso para aquel *hastati* era el placer de matar, de ser una uña afilada en las garras del Águila Imperial, el portador del estandarte en la popular *Quinta*.

La Quinta Legión había sido creada en el año 52 a. C. por Julio César, y aunque al principio fue llamada con mucha lógica *Gallica*, dado que estaba engrosada por numerosos contingentes de caballería galos, luego cambió su nombre por el de *Alaudæ*, ya que éstos lucían sus típicos yelmos con alas de alondra; esa es la razón por la que recibió su nuevo sobrenombre, *alaudæ*, alondras, en latín. Había participado en el sitio de Alesia, donde cayó el más grande símbolo de la resistencia de las Galias frente a Roma, Vercingetórix. Después participó en Hispania en la Batalla de Munda, contra los hijos de Pompeyo; más tarde venció en África* en la Batalla de Thapsus, donde se enfrentó a una armada de elefantes, razón por la cual cambió el toro por el elefante como animal simbólico. Con Augusto, la Quinta *Alaudæ* tomó parte en las decisivas batallas de Filipos y de Actium, para partir más tarde bajo el mando de Marco Antonio a las campañas contra los partos. Finalmente, y tras participar con Augusto en la larga guerra contra los cántabros y los astures, la Quinta volvió al norte bajo el mando de Agrippa, donde combatió en la frontera de Germania y fue acantonada en Colonia Agrippina. Poseía, por todo ello, el prestigio militar de su historia; era un símbolo de la disciplina y del poderío romano. Apenas había conocido la decadencia de la derrota junto a Marco Antonio en el gélido invierno de Partía, pero antes Julio César le había otorgado su vigor y fuerza operativa gracias a marchas incesantes y a una rigidez espartana. Aquella legión entera llegó a moverse como un solo hombre, y había sido una de las unidades favoritas de los generales romanos más famosos de la historia. A menudo se decía, con esa arrogancia tan descarada y juvenil, tan romana, que ir rodeado por la quinta

legión equivalía a ser invencible.

Tras las cáligas* del portador venían en marcha, bajo el sofocante y extraño calor de aquel día en Germania, las cohortes de las legiones, pesadamente armadas, formando una oruga metálica de casi dos millas*. Al paso de la tercera cohorte de *hastatii*, apareció la litera de Marcus Lollius, acarreada por una escuadrilla de esclavos africanos. Había sido cónsul* de Roma en el año 21 a. C., compartiendo el edicto del Senado con Quinto Emilio Lépido. Era el legado pro-pretor de las Germanias Superior e Inferior, las provincias en proyecto más septentrionales del Imperio, y el responsable de varias legiones acantonadas en diversos puntos cercanos al Rhenus. A diferencia de sus aguerridos soldados, él viajaba tumbado en la gran litera techada, rodeado por su guardia personal montada a grupas de los ligeros caballos de Galacia*, una raza más próxima a oriente que portaba ligeros escuadrones, tan efectivos en ataque y retirada como los escorpiones de sus desiertos. Los tribunos, a su alrededor, no parecían más animados que él. Sin embargo, sus ojos aburridos revelaban una suspicacia y una desconfianza que otorgaban cierta dignidad a su mando. Pero indiferentemente de su auténtica valía, era difícil saber si Lollius tomaba sus decisiones como un verdadero militar, o si el instinto y el miedo le obligaban a adoptar aquella actitud. Había resuelto las dificultades de Galatia más con la seducción del oro que con el éxito en los campos de batalla, pero a Roma y al Senado los métodos no le interesaban, siempre y cuando los resultados fuesen satisfactorios.

—Mario —llamó.

—Pro-pretor Lollius...

—¿Cuánto tiempo hace que partieron los rastreadores?

—No más de media mañana.

—Deberíamos saber de ellos. Nos acercamos al Rhenus, y el encuentro con esos bárbaros no está lejos. ¿Crees que se han retirado?

Un gesto indefinible cruzó el rostro del tribuno, y respondió:

—No se retirarán sin su botín, y en esta ocasión ha sido muy grande. Es imposible que hayan conseguido trasladarlo todo en tan poco tiempo, y no sacrificarán a los animales capturados, a no ser que se vean obligados por nuestra presencia.

Lollius parecía descontento con la respuesta. Habría preferido oír que su sola presencia los levantaría en una huida precipitada como una bandada de patos salvajes. Deslizó la cortina y esbozó una sonrisa mientras posaba su mirada por las estribaciones herbosas de las lomas, sobre cuyos hombros asomaban siluetas de bosques espesos. ¿Quién no huiría ante la Quinta Legión de Roma, despavorido, a ponerse a salvo?

—Pareces conocer bien a tu enemigo... Sí, claro, Mario, por ello te escogí,

supongo. ¿Cuáles de esos bárbaros son los que nos esperan?

—No estoy demasiado seguro, Marcus Lollius. Es difícil saberlo. Con seguridad habrá sugambrios, por lo que nos contaron los galos. Cuando los campesinos tréveros no se defienden, eso es porque la hueste de los germanos...

—¡Germanos! ¡Hueste! —exclamó de pronto el pro-pretor con un gesto de desprecio; su voz se volvió exigente y mordaz—. ¿Quién inventó ese cuento? No son más que tribus salvajes, despreciables bárbaros que no saben ni contar con los dedos. Lo dije en Roma, lo digo aquí y lo diré mañana, si es necesario, ante la Columna Rostral. Es necesario acabar con ellos. No rechazarlos. Aniquilarlos. Matarlos a todos, si no respetan el Águila de Roma. En adelante llámalos bárbaros o salvajes... Para mí, Germania no existe hasta que sea civilizada. Continúa.

El legado se preguntaba por qué todos los altos mandos que se acercaban a Germania intentaban comportarse como si fuesen réplicas de Julio César. Se armó de paciencia.

—Esos salvajes acostumbran reunirse para consumir las invasiones de saqueo —continuó—. Su hueste será numerosa...

Los ojos del reclinado Lollius se clavaron en el legado como lances de balista.

—Si vuelves a mencionar esa palabra, hueste, mandaré que te azoten con vides hasta que te arranquen la piel de la espalda y dejaré que me forren unos zapatos con ella.

Los ojos del joven Mario se quedaron paralizados bajo las cejas. Un temblor en el labio inferior era el único testigo de su ira contenida. Pero hizo de tripas corazón y continuó acentuando sus palabras, una tras otra:

—Muchos deben de ser los bárbaros, muchos, Marcus Lollius, los que nos esperan, cuando los tréveros huyeron de manera masiva. Siempre son varias tribus las que se unen para una campaña invasora. Eligen un jefe por votación, un jefe para esa misión. A veces también participan pequeños grupos de tribus que habitan en el interior... las tierras pantanosas de los teutones, según dicen. Pero nadie fue tan adentro, ni siquiera Julio César.

—Lo que hizo César no será nada en comparación con lo que obtendrán mis legiones. No voy a ser indulgente. Octavio lo dejó bien claro. Nada de pactos. Esta vez debemos arrasarlo cuanto se tenga en pie a la otra orilla, eliminar sus asentamientos, obligarlos a desplazarse, para desencadenar enfrentamientos entre las diversas tribus al ver sus territorios amenazados e invadidos por sus vecinos. Y si consiguiésemos tomar sus pueblos por sorpresa, entonces podríamos contar con un buen cargamento de esclavas y niños. Pero los hombres deben morir.

—¿No haremos esclavos?

—Ningún varón. No sirven a nuestros deseos, y su coraje debe ser humillado. La humillación vale más que la esperanza de un deseo. Además, conviene eliminar la

posibilidad de que vuelvan a reunirse por mucho tiempo. Octavio tiene grandes planes para el norte. En verdad, Mario, éste es el primer paso de una caminata que conducirá a Roma al dominio de todo cuanto se extiende más allá del Rhenus.

Una voz anónima se elevó entre la multitud. El grito fue respondido por otros soldados. La visión alteró el orden perfecto de las cohortes en marcha. A lo lejos, Lollius y sus tribunos pudieron distinguirlo con claridad. Un caballo de galope incierto descendía las lomas de hierba.

Conforme iba acercándose, algo en la postura del jinete los obligaba a dudar. Se balanceaba, como saludándolos, y algunos soldados le respondieron. Pero después se hizo evidente: al jinete le faltaba la cabeza para ser un jinete normal.

Con un grito rabioso de Lollius se propagó su orden por el valle. Los centuriones y los decuriones *hastati* la repetían como un eco. La legión entera se detuvo en el fondo del valle verde como una serpiente que teme ser descubierta. En la vanguardia, Cazarratas se detuvo en seco, clavó el estandarte de plata y oteó las alturas, abriendo las alas de su nariz, como si pudiese oler a su enemigo. Siempre sostuvo la idea de que los salvajes del norte olían al sebo y barro con los que se untaban el rostro para entrar en combate.

Durante un momento interminable no sucedió nada. Lollius, enfurecido, miraba los despojos del rastreador trévero. El campesino se sostenía como un muñeco empalado, y el caballo, contento de hallarse cerca de los escuadrones, feliz de andar a su antojo e ignorante de todo aquello, alternaba la marcha con unos bocados de hierba.

Habían atado el cuerpo a unas ramas, manteniéndolo enhiesto, con el brazo en alto, en la posición del ave, y unas correas se encargaban de amarrarlo bajo la silla de montar. En el lugar donde debía estar la cabeza zumbaba una nube de moscas e insectos. El escarnio se paseaba ante sus rostros: la suprema Quinta Legión y la servil Primera Legión *Germánica* recibían su saludo.

Lollius iba a exigir que eliminasen esa burla de su vista, cuando varios legionarios se abalanzaron sobre el caballo y echaron al suelo el atroz saludo. Entonces nuevas voces se oyeron en las cohortes. Los brazos señalaban las alturas del valle.

Como si se hubiese desprendido de aquel sol radiante, una chispa prendió en las alturas. Pero el fuego pronto se hizo espeso, y la chispa comenzó a rodar. Detrás de ella fueron surgiendo más de aquellas bolas. Ardían como hogueras esféricas, e iniciaban suavemente su descenso por el ribazo para precipitarse hacia el interior del valle.

Gritos ensordecedores estallaron entre las legiones. Los centuriones organizaron rápidamente a sus divisiones. Descargaron los escudos de sus espaldas y comenzaron a formar en tortuga. Los grupos iniciaron una amplia organización circular. Los

escuadrones de caballería se desplegaron por detrás, protegiéndose, capitaneados por Lollius, que saltó torpemente de la litera y mandó que le ciñesen la coraza de bronce. Apenas aquello había sucedido, cuando las primeras esferas se abalanzaron sobre ellos como leones de fuego. Eran extremadamente grandes, del tamaño de un caballo. Estallaban en llamas al colisionar. Un humo denso de hierba, no del todo seca, surgía siseando de las estructuras ardientes. Algunas conseguían saltar por encima del primer dique y rodaban sobre el techo de escudos rutilantes. Después se desplomaban. Debajo había gritos desgarrados. Quienes no conseguían librarse del peso ardiente de las bolas intentaban huir provocando el caos. Parecían densamente rellenas de una paja aprisionada por correas e impregnadas de resina. Las bolas que se habían detenido al chocar contra el frente de escudos continuaban ardiendo y obligaban a retroceder a la primera fila. Nuevos globos de fuego rodaron sobre ellos. La avalancha producía el desorden, y era tan intensa en un punto que había abierto una brecha en el frente de escudos.

Lollius experimentaba una bien disimulada desesperación. Incapaz de dar órdenes, deseaba con ansiedad que finalizase aquella sorpresa. No se sentiría seguro hasta que los salvajes, desordenados y furibundos, se abalanzasen sobre ellos. Al menos ésa era la forma como habían peleado hasta entonces, y la maquinaria de los ejércitos romanos sabía demoler a su oponente con organización y disciplina.

Una densa cortina de humo encerró el valle. Era un humo espeso de plantas frescas. Los corazones de las bolas de fuego estaban llenos de hierba, y el calor abrasador les permitía extender aquel gas entre las tropas desconcertadas. El alto sol palideció como la llama de una lámpara velada, y los augures creyeron que Júpiter les daba la espalda.

Una cadena de brazos pasaba de mano en mano cubos de agua desde el río. Muchos puntos ardientes empezaron a declinar, pero el humo se hizo más intenso. Por eso nadie los vio llegar. No hubo gritos ensordecedores ni furibundos, ni un desorden que los anunciase, como había descrito Julio César en sus crónicas. Ya estaban lo suficientemente cerca en la ladera, y los bárbaros arrojaron sobre las cohortes una lluvia de piedras, flechas y proyectiles metálicos de diversa índole.

Lollius escrutaba el humo sobre él, cuando vio cómo una caballería bárbara irrumpía más abajo, amenazando con aislar las cohortes más alejadas, en vanguardia. Cayeron a galope tendido. Atravesaron la vociferante infantería enemiga casi pisoteándola, y estallaron como una ola sobre el muro de escudos. Por detrás nuevos caballos saltaban relinchando sobre los cuadrúpedos caídos. Algunos de ellos irrumpían sobre las cohortes en medio de un estrépito de relinchos y de lanzadas que ensartaban a unos y otros. Sus bestias no parecían amedrentarse ante los gritos de los legionarios. Varias lanzas traspasaron los pechos de los caballos; los brazos hacheaban el cuello a los legionarios que se ensañaban con los que habían caído. Las

mazas se alzaban y descendían sobre los yelmos, con un sonido seco y un sangriento estallido rojizo bajo la piel de acero. La brecha continuó abriéndose en el ejército de Roma hasta alcanzar el río del fondo del valle, en cuyas aguas espumosas entraron las patas poderosas de los caballos.

Lollius decidió mandar los escuadrones al ataque, para evitar el avance de aquella caballería de suicidas. Los centuriones retrocedieron, el cuerpo central de la Quinta Legión de Roma se arrugó como un semicírculo de acero tras el humo y las piedras, mientras que las cohortes de la Primera Legión *Germánica* protegían la retaguardia al comienzo del traicionero valle. Era evidente que los bárbaros se habían propuesto dividir el ejército romano asestando un golpe mortífero: querían cortarle la cabeza a aquella víbora que reptaba por el fondo del valle en busca de sus tierras, dispuesta a inocular todo su veneno al otro lado del Rhenus.

Al poco tiempo, nuevas hordas de infantería cayeron con ímpetu arrollador. Sus únicas prendas eran cabezas de lobo y de oso a modo de yelmo y faldas de piel, pero luchaban a pecho descubierto y bramaban furiosamente en el ataque. Los legionarios se enfrentaban a hombres pesados. Eran más altos que el resto y usaban espadas muy largas que manejaban a dos manos. Las cabezas comenzaron a rodar. Un frente de hachas y espadas restallaba entre gritos que se despedían de la vida. Las formaciones en tortuga continuaron retrocediendo, aporreadas y abiertas en algunos flancos, acribilladas a lanzadas, y los escuadrones de caballería tocaron retirada.

Lollius, en medio del desastre, se preguntaba qué haría para recuperar las cohortes de delante, así como las tropas auxiliares* de campesinos tréveros que las acompañaban. No podía creer lo que veía. Incluso amparado en la prudencia, aquellos salvajes habían arrojado contra él un ataque bien organizado que parecía gozar de la aprobación de los dioses. Pero, como en todo jefe romano, había sólo una cosa que dominaba su mente en aquel momento y era el centro de todas sus preocupaciones, sobre la que reposaba el peso de la mayor vergüenza que podría sufrir: el Águila de Plata, el estandarte de la legión, no podía caer en las manos del enemigo.

Cazarratas había visto llegar los cilindros de llamas, y con sólo dos voces había puesto en posición a toda una cohorte. Apretó el estandarte como si fuese una prolongación de su cuerpo, montó a un caballo y empuñó el gladio*. Con el cuerpo tenso retrocedió cierta distancia, mientras el caos crecía a lo largo del frente. Cuando escuchó el descenso de la caballería bárbara ya no albergó ninguna duda. No habían descuidado el ataque de vanguardia por equivocación, sino todo lo contrario. Los germanos querían partir en dos su legión, cortarle la cabeza, y después aplastarla.

Cazarratas se hizo con el mando absoluto. Los otros centuriones maniobraron bajo su criterio. El estandarte resplandeciente se abrió paso hasta el frente, y el centurión ordenó un asalto masivo a los *hastatii*, consciente de que si optaban por

ponerse a la defensiva, aquellos bárbaros los tendrían a disposición después de un tiempo. Cazarratas ordenó un asalto a muerte, a cualquier precio, por el honor de la Quinta Legión, invocando a Escipión y a Julio César. Abrir una brecha entre la marea invasora, y reunirse con las cohortes al otro lado. En realidad sólo protegía un deseo que nunca habría confesado a sus legionarios: salvar el estandarte de la Quinta Legión, salvar el Águila del Imperio, salvar su propio orgullo, aunque todos tuviesen que ser sacrificados en el intento.

Las primeras filas ensartaron muchos caballos, y ellos mismos fueron decapitados por las hachas. Los brutales sugambrios recibieron tajos de muerte. Sus greñas revueltas y sus trenzas volteaban al aire, los ojos furiosos se encontraban en el caos, un instante antes de mostrar el vacío de la muerte. El encarnizado enfrentamiento devino en vulgar matanza. Los romanos avanzaban a costa de muchas bajas, introduciéndose como la punta de una lanza mortal en el pecho de la horda atronadora. Los téncteros arrojaban sus caballos sobre ellos, coceándolos y aplastándolos. Detrás de los legionarios empujaron los campesinos tréveros, mezclándose en el confuso oleaje humano de gritos, injurias, mandobles, sangre y barro.

Cazarratas sobrevivía en medio del infierno destructor. Mas el Águila de la Legión, erguida, fue avistada por los bárbaros, y un torbellino de cólera envolvió la avanzadilla suicida del centurión. ¿A quién pertenecería el orgullo de arrebatarse el símbolo? La plata repujada y esculpida relucía y brillaba, y las manchas de sangre la hacían aún más atractiva, como si el ave de presa, encerrada en el metal, sobrevolase el infernal dominio de la guerra empapándose en su esencia, contemplando el sacrificio que en su nombre se hacía. El trofeo más valioso se bamboleaba allí en medio, sostenido por un grupo no muy numeroso. ¿Cuántas veces habían visto los bárbaros aquellos estandartes del orgullo caminar al frente de las legiones que habían castigado sus tierras? Muchas, y jamás habían conseguido hacerse con él, invicto y arrogante, tanto en la victoria como en la calculada retirada. Si lo consiguiesen, esta vez la humillación sería profunda.

Voces raucas de usípetos y queruscos estallaron en unas gargantas iracundas. Imitaban con fiereza el aullido del lobo y el rugido del oso. Uno de ellos, ancho como el tronco de un recio tejo, con el rostro untado de negro y una piel de lobo sobre los hombros, capitaneó la iniciativa. Muchos brazos se tensaron empujando largos estacones contra el flanco de *hastatii* que protegían al centurión Cazarratas. Éste descargó su gladio. La sangre estalló y un brazo enemigo fue amputado. Los rostros embadurnados olían a muerte. Podía respirar el aliento de sus gritos. El suelo, reblandecido por la hierba aplastada y la tierra húmeda, removida, dejaba que los pies se clavasen, impidiéndoles moverse con la acostumbrada libertad. Aquello no se

parecía a las tierras secas del sur en las que Cazarratas combatía a su antojo. Entre los extraños dibujos que recubrían aquellos rostros y barbas ralas de los bárbaros, los ojos enajenados, a veces claros, a veces oscuros, llameaban de odio.

En una última embestida los legionarios alcanzaron el límite exterior de la horda. Cazarratas clavó la cabeza del estandarte en los cuartos traseros de uno de los caballos enemigos, que se encabritó arrojando a su jinete. La espada del centurión abrió mortalmente el rostro del mismo. Una maniobra de rescate vino hacia ellos desde las cohortes de Lollius. Pero en ese momento varios de aquellos queruscos cayeron sobre él. Las muñequeras de cuero quemado, revestidas con guarniciones de púas, golpearon el rostro desprevenido del centurión, y un puñal centelleó abriéndole la carne en la facción derecha. Una maza, en lo alto, iba a aplastarle el cráneo. Ladeó el cuello, mientras una fuerza anónima clavaba una punta de acero en su pantorrilla derecha, obligándolo a perder el equilibrio. El bárbaro al que había amputado el brazo se había arrastrado hasta él y había aferrado su pierna izquierda. Después le mordió la pantorrilla con todas sus fuerzas, hundiendo su dentadura hasta las encías. Gracias a ello Cazarratas perdió el equilibrio, cambió de posición y la maza cayó con todo su poder sobre su hombro izquierdo, descabezando el yelmo, que le arrancó la oreja, y descoyuntándole después el brazo. Su grito de dolor mientras caía y un momento de debilidad bastaron para perder el precioso estandarte, el orgullo de Roma. Pero su brazo estaba inútil, muerto, con el hueso separado del tronco, y su hombro, aplastado. Varias manos ansiosas, como garras, le arrebataron el estandarte con violencia, mientras las botas lo pisoteaban como a un cerdo lisiado en el fondo de una piara. Tras una confusión que casi le hizo perder el sentido, sintió que alguien tiraba de sus brazos y lo arrastraba fuera del infierno.

Su visión confusa sólo discernía cuerpos desmembrados. Las piezas de los uniformes romanos brillaban rojizas entre la hierba. Cualquier otro hombre habría muerto en aquel asalto por los cuatro costados; pero Cazarratas era único, estaba curtido, el ancho y robusto Cazarratas era inmune a la mayoría de las heridas que no trajesen la muerte inmediata. Sólo unos pocos habían salido con vida alrededor, y caminaban lentamente mientras se le nublaban las imágenes. El sabor de la derrota se extendía por su boca, el sabor de su propia sangre, que le manaba por el carrillo abierto. No sabía si respiraba por la nariz. Le faltaban dientes, y no habría podido decir si le habían cortado la lengua, o simplemente no la sentía. Oía gritos por doquier, y le parecía que un nuevo muro de enemigos se interponía entre las cohortes abandonadas a su suerte, al otro lado, y los soldados de Lollius que habían venido a socorrerlos. Pero no era a ellos a quienes habían venido a salvar, sino al sagrado estandarte de la Quinta Legión.

Finalmente, lo habían perdido. Pero aquel símbolo había salvado al centurión Cazarratas, que ahora entornaba los ojos, y musitaba una oración inconexa al Júpiter

Tonante.

Por vez primera en muchos años, Cazarratas lloraba amargas lágrimas. Habría preferido morir a experimentar aquella burla. Perdido el estandarte, golpeado como una mula, arrastrado por el fango y vencido como un esclavo, el soberbio *aquilifer* de la Quinta Legión perdió el sentido y no recordó nada más.

Valle arriba, la retirada de Lollius se llevaba a cabo sobre sus pasos. El sol se envolvía en la capa de oro del oeste. Las tropas auxiliares se habían perdido junto a muchos de los mejores soldados de la Quinta. Las pérdidas ascendían a varios miles de hombres, a cambio de una rotunda derrota. Muchos de los mejores *hastatii* y *triarii* habían quedado encerrados en la trampa de los bárbaros. Aun después de intensificar un último ataque, lo único que pudieron rescatar fue una nueva multitud de muertos. Miles de jóvenes *vélites** y cientos de campesinos galos de las familias tréveras habían muerto empuñando sus armas. Durante varios días mantuvo el general un campamento en las alturas de las lomas, esperando así ofrecer una impresión menos penosa ante Roma. Podría alegar que persiguió a sus enemigos, algo que nunca hizo. Pues era consciente de que no tenía la superioridad numérica que Roma precisaba frente al coraje y la astucia de aquella numerosa hueste bárbara. Sabía que no muy lejos los salvajes celebraban la victoria, mientras cruzaban el Rhenus sobre improvisadas almadías, trasladando así un numeroso botín de cabezas de ganado. Unas trenzas de humo sobre las lomas verdes anunciaban los funerales de sus muertos. Marcus Lollius empezó a preguntarse si realmente sería tan fácil, en adelante, controlar a los germanos.

Por vez primera rompió el juramento que se había hecho, y pronunció su nombre amedrentado.

—*Germania. Germania Magna.*



16 a. C., Valle del Visurgis

Tras el ascenso de unas lomas boscosas, el camino alcanzó la última cumbre. Los bueyes mugieron y resoplaron al coronar el calvero, tras una vuelta, al pie de las desnudas paredes rocosas que miraban sobre los últimos valles del Visurgis. Segimer detuvo su caballo, y, a una señal de su brazo, la cansina compañía de carros y rebaños hizo un alto. Respiró profundamente aquel aire, dejando que inundase sus pulmones como un soplo cargado con los olores de la tierra y el agua que lo habían hecho crecer. La gran estela de piedra de sus clanes se elevaba junto al camino, como una advertencia para los viajeros incautos: allí había sido esculpida la silueta de Wulfmund, el hombre-lobo de Wuotanc y antepasado de aquellas estirpes queruscas, cuyas fauces mordían al invasor, y sobre él, una cruz gamada de ocho puntas se levantaba coronando el mundo con su sentido circular y su curso solar. Los costados de la estela mostraban inscripciones rúnicas.

Unos fresnos frondosos agitaban sus ramas contra las ondulantes estribaciones del incierto horizonte. Hacia el oeste, las tierras descendían de nuevo progresivamente hasta las Colinas del Ciervo y las planicies de los hombres-caballo, donde muchos vivían en aldeas de madera sobre plataformas flotantes, en el inmenso lago Flevo*, antes de llegar a las costas del enfurecido mar. Allí el verde oscuro iba fundiéndose con un azul pálido en el que se suspendían capas de nubes como hilachas de lana. Debajo, tendido como una alfombra, el valle y sus llanuras engañosas se alternaban con bosques, gargantas rocosas y serpenteantes trazos de agua. Unos hilos de humo se suspendían en el aire inmóvil de la tarde, trepando perezosamente desde el fondo. Las manchas grises, dispersas en el paisaje, demostraban la existencia de unos poblados intactos a lo largo de la lánguida cuna en la que los dioses les habían concedido un hogar sobre el ancho pecho de la tierra. El más grande de todos ellos se hallaba al pie de una loma solitaria, sobre prados verdes bien despejados, cercado por bosques, terrenos inciertos y aguas oscuras. Contaba con más de trescientas casas dispuestas en orden circular en torno al corazón de la aldea, en cuyo centro, frente a una construcción común mucho más grande y larga, había un espacio despejado en el que se alzaban varios astiles de considerable altura.

Habían transcurrido varias jornadas desde que cruzasen el Rhenus. El trabajoso traslado de los animales capturados, que habían contado por miles, había costado un arduo esfuerzo a las anárquicas hordas, construyendo almadías, clavando postes, anudando maromas y extendiendo la cuerda guía sobre las aguas caudalosas. Pero el

río fluía tranquilo al final de la época estival. Los torrentes de las grandes montañas no traían aguas turbulentas, y las lluvias se demoraban en el norte. Después del obligado esfuerzo, en un amplio prado cercado por las boscosas laderas de la orilla derecha, procedieron al reparto del botín. Según el pacto. Como estuvieron de acuerdo salvo pequeñas reyertas, el único inconveniente serio surgió ante aquel estandarte de la Quinta Legión. El Águila de Plata se quedó clavada en medio de las hordas bárbaras. A su alrededor, el espíritu de la victoria comenzó a invocar la envidia y el desacuerdo. Nadie parecía dispuesto a renunciar al trofeo, que apreciaban más que todo el oro de los druidas galos amontonado en el Bosque de los Carnutos*, más que las mil libras de oro que salvaron a Roma del sitio de los galos capitaneados por Breno, centurias atrás. Las tribus más numerosas acapararon por derecho el poder sobre el símbolo, pero los téncteros no renunciaron a ella, argumentando que fueron ellos, con ayuda de los queruscos, quienes arrebataron en el último momento el Águila. Los sugambrios no accedieron, pues según sus cuentas no la habrían perdido si en su mano hubiese estado la oportunidad de obtenerla, y, además, se proclamaban promotores y dueños de la invasión. Eso les otorgaba el derecho a elegir. Segimer, régulo de los aventureros queruscos, ordenó a los suyos tranquilidad en medio de la cólera, y los téncteros iniciaron una pelea con los jefes sugambrios en la que finalmente se vio envuelta buena parte de la hueste. Segimer se dirigió hacia los carros y los animales con otros régulos de tribus que, como las suyas, habían participado minoritariamente en la invasión, y tomaron lo que consideraron desde el comienzo su legítima parte, tal y como la habían pactado. Sin más deliberaciones, reunieron sus rebaños y sus cargas de botín e iniciaron el camino de regreso, convencidos de que los grupos más numerosos podrían amenazar cuanto les correspondía. No supo nada más de aquel estandarte, que por otro lado parecía estar maldito, como cualquier símbolo de culto romano. Quizá porque sabía que eran los queruscos quienes lo habían atrapado le importaba ahora bien poco en qué manos recayese como última propiedad: él, Segimer, régulo del clan del lobo negro, había sido quien lo arrancó de las manos de aquel condenado y obstinado romano. Le divertía que los grandes caudillos sugambrios se peleasen por un triunfo que verdaderamente sólo le correspondía a él.

Después los queruscos continuaron su camino. Poco a poco las millas habían ido quedando atrás, lejos de las tierras del Rhenus, y los senderos zigzagueantes de la Germania Interior fueron dividiendo la partida. En cada encrucijada unas cuantas docenas o unos cientos de guerreros escogían otro sendero. Tras las colinas de la Selva Negra de Nerthus*, con sus intransitables bosques de abetos, en los que la luz del sol, incluso a mediodía, apenas se dejaba representar en el senado de las sombras con la lanzada tímida de algún rayo extraviado, estandarte del sol en las tinieblas de los árboles, Segimer y los demás régulos queruscos cruzaron los montes Visurgos y

llegaron a las inmediaciones de sus valles en el norte, cuyo aire tanto deseaban volver a respirar. Las tierras de los queruscos se extendían en las llanuras pantanosas interpuestas entre los cursos del Amisia y del Visurgis, al noreste de la cordillera de colinas que formaban el séquito del monte Melibocus, más allá de las crestas y gargantas en las que encontraban su nacimiento esos ríos, llamadas Teutoburgo*, el intrincado dédalo de altas rocas y florestas impenetrables, impresionantes desfiladeros y hondas ciénagas que componían el sagrado Bosque de los Teutones*. Mucho más allá, en el oeste y el norte, donde los paisajes se volvían más suaves y las aguas que descendían de tantos bosques húmedos y abruptas serranías se estancaban por las llanuras como desorientadas serpientes en busca de los cauces de los ríos grandes y perezosos, peregrinando hacia los anchos mares en el fin del mundo, habitaban los frisios*, los angrívaros* y los amsívaros*, la patria verde de los hombres-caballo.

Recorriendo el valle del Lobo Negro, el principal camino que descendía por éste desembocaba en una suerte de calzada. Pero no era un sendero de piedra bien trazado al estilo romano, por supuesto, ni tampoco una trocha barrota, salvaje y primitiva: el ingenio de aquellos hombres, afilado tras centurias de convivencia con el inhóspito terreno, les había llevado a tensar largas ristas de bloques de madera, unidas por gruesas maromas que ataban al pie de los troncos más viejos, sobre las zonas pantanosas, para poder sortearlas. Allí las ruedas de los carros traqueteaban como el teclado desafinado de un gigante. Parecían cruzar un alegre terreno crecido de plantas altas, de hojas puntiagudas, de flores muy luminosas, pero en realidad era un puente sobre aquel fondo barroto y traicionero, una extensa ciénaga en la que ninguna res habría conseguido dar más de tres pasos seguidos sin hundirse hasta la cornamenta. Luego la senda entablillada se ensanchaba, se ramificaba y su rastro desaparecía en las aguas pantanosas y oscuras. Quienes conocían el lugar sabían que bajo las charcas el buen camino continuaba hasta la aldea, ahora empedrado con anchos bloques graníticos que recubrían el único vado natural. Era una prueba para los forasteros: quienes no fuesen guiados por un habitante del valle, no habrían sabido cruzar jamás los últimos fosos que creaban las ciénagas, hundiéndose en el fango.

La verdadera pradera, verde y firme, recibió a Segimer y los suyos con vítores y aullidos, gritos y abrazos. Los cuernos resonaron por el valle, el vagido de las flautas y el tumulto ceremonial de las luras* capturó sus oídos mientras el botín se mostraba y se atesoraba: el oro de las joyas, extrañas piezas de orfebrería traídas del sur, las piedras talladas, las monedas de plata romanas, con sus perfiles de cabezas peladas y sus inscripciones incomprensibles, docenas de caballos espléndidos, algunos muy pesados y fuertes, de un color canela y gran alzada, y otros más ligeros y veloces, totalmente negros, y medio centenar de bueyes que tiraban de una veintena de carros

en los que venía cargado el trigo y la cebada, el excedente de alimento que garantizaba el paso del invierno, todo ello era festejado por la comunidad. A diferencia de otros pueblos germanos, los queruscos no hacían esclavos debido al escaso espacio vital con el que contaban en sus seguros territorios pantanosos.

Excepto quienes no habían regresado de una cacería emprendida hacia una de las cimas más afiladas en la cordillera del monte Melibocus, llamada Thangrund, en una partida formada por los más jóvenes de la aldea, todos se habían reunido para recibirles. Segimer golpeaba los puños de sus amigos, reverenciaba a los ancianos, acariciaba los rostros de muchas mujeres de su familia.

La anciana madre había gobernado el consejo de mujeres durante la ausencia de Segimer. La adoración de Nerthus, la Tierra, había aguardado la llegada de los guerreros. En el interior de la gran sala, Thusna esperaba junto a las llamas, rodeada por las ancianas. Lucía el torque de oro macizo, en cuyo centro colgaba esculpida la cabeza de lobo, y se cubría con el manto de lana. El régulo querusco se inclinó ante ella y desenfundó la larga espada ceremonial que guardaban como una reliquia. *Zankrist** —así se llamaba el arma— fue puesta sobre el faldón rojo de lana, y Thusna entregó al régulo el torque de oro. El hombre recobraba la autoridad patriarcal y familiar a cambio de renunciar al arma. La mujer sólo entregaba el poder al hombre a cambio de la renuncia a la violencia en el seno de la familia. Con semejantes símbolos ante sus ojos, el clan vio cómo la espada que había pertenecido al hombre-lobo fundador del clan, el temible Wulfmund, volvía al sagrario del tesoro, a la panoplia que presidía el *Thing**, al que sólo se podía entrar desarmado. Y allí descansaría hasta la llegada de una nueva guerra. Después Segimer presentó a los guerreros y entregó el botín de oro y plata. Thusna le cedió la parte que le correspondía como régulo, y después mandó atesorar el resto. Cerunno ojeaba las monedas romanas, maleándolas entre sus dedos nudosos, al tiempo que balbuceaba sonidos que nadie podía comprender.

—*Divi Angusti...* —murmuraba—. *Imperator Mundi...* Que los herreros fundan este rostro detestable, y que forjen torques con la cabeza del lobo —sentenció con desprecio, entregando el saco de monedas a un fuerte anciano ciego.

Finalizada la solemne ceremonia, Segimer abandonó la sala, fuera de cuya severa oscuridad reinaba el alegre ambiente de una cálida bienvenida. Sin embargo, echaba de menos a alguien, aunque sospechaba que su nuevo vástago continuaba acaparando toda la atención de su círculo familiar. El pequeño Erminmer, favorito entre sus pensamientos, a quien todos llamaban cariñosamente *Armin**, apenas había cumplido dos veranos, pero ya se parecía al jefe querusco que se consideraba autor de sus días. Ardía en deseos por verlo más grande y grueso, rollizo, exigente en aquella pequeña prisión de madera que le había tallado él mismo con su lezna más afilada, para evitar

que se extraviase o que se escapase a gatas. No recordaba que ningún hijo suyo fuese aventurero a tan temprana edad, y habría jurado que ni siquiera el rubiales de Segifer, su primer hijo, había demostrado jamás tanta predisposición a no dejarle tranquilo ni un momento del día. Por eso le había construido aquel fortín de madera en el que podían dejarlo cómodamente seguro, en compañía de sus juguetes, lo bastante cerca del fuego, si hacía frío, sin que por ello estuviese en peligro, pues a ciencia cierta sabía que no habría dejado a su madre en paz ni un solo momento. Y había mucho que hacer, y más aún durante la ausencia del padre.

Eso le había hecho reflexionar sobre los romanos. Aquellos imbéciles con cimeras emplumadas. Todos repetidos, todos exactamente iguales. La primera vez que los vio se rió con demasiadas ganas. Pero después había estado usando su dura cabeza, y había empezado a temerlos. Las noticias que algunos traían sobre el comercio con aquéllos no le convencían. Pagaban bien el ámbar y las pieles de oso... pero, ¿de qué servía comerciar con alguien que dispone de inmensos ejércitos? Y además, un soldado igual al otro. Un hombre igual a otro. Todos en filas. Después en grupos. Después en columnas. Le abrumaba aquel orden. No les importaba cuántos morían. Los reemplazan por otros nuevos, exactamente iguales. Segimer empezaba a pensar que fabricaban hombres gracias a alguna brujería extraordinaria, como le había advertido su adivino y consejero, el druida ivernio Cerunno. En tal caso, comerciar con alguien que puede robarte todas tus ganancias cuando le venga en gana no le parecía ningún negocio de provecho. Y la mayor parte de los nobles queruscos, los *herzogs** y líderes de otros valles, pensaban lo mismo. También las tribus marcómanas, y los sajones y los longobardos del norte. Los romanos habían barrido las Galias, y allí los galos que no se ocupaban de gorrinos y bueyes, de recolecciones y labrantíos, esos tenían que vivir a la manera de los vencedores, reducidos a comerciantes advenedizos o a mercenarios baratos, cuando no a simples sirvientes, o, peor todavía, a esclavos. Por ello se decidió a formar una buena tropa de queruscos, reclutando a muchos jefes y a los jóvenes que se educaban en las armas, y así se unieron a los sugambrios y a los téncteros en una incursión más allá del Rhenus. Que los queruscos apoyasen a quienes más cerca se hallaban del peligro romano le pareció beneficioso en más de un sentido a su arcaica concepción de las fronteras. No sólo por el botín (en aquella ocasión había sido magnífico) sino también porque de esa manera vencían a un enemigo común que, tarde o temprano, los amenazaría también a ellos en sus propias tierras, si el destino se lo permitía.

Segimer espoleaba los animales con leves golpes desde las riendas, portando su propio botín de caballos y bueyes, y su carga de oro, sestercios y joyas hacia su ancestral hogar, que había sido la morada de su padre, Segismund, y la de su abuelo, Segibrandt. A fin de cuentas era el régulo, y sus derechos sobre el tesoro eran los

mayores. Y aunque pensar demasiado le agotaba sobremanera y despertaba un hambre lobuna en su estómago, no pudo evitar continuar con sus cavilaciones.

Aquí y allá se veía un tejado puntiagudo entre los árboles frondosos, del que brotaba el humo de un horno. La cosecha se avecinaba rica en los pocos campos propicios para el cultivo; las cercas de ramas trenzadas encerraban muchos cerdos gordos; los perros venían saltando junto al carro de Segimer, como si en su alegre locura fuesen capaces de echarse bajo las ruedas; los manzanos silvestres inclinaban sus ramas cargadas, o a medio recolectar. El otoño se avecinaba propicio, pensó el régulo querusco. Sólo habían muerto tres miembros de su partida, y debido al calor había tenido que incinerarlos semanas atrás. Pero sus hijos y mujeres abandonados dispondrían de muchos bueyes para prosperar y estaba seguro, como jefe, de que aquel año sería sin duda mejor que el anterior. Les ayudaría a enmendar sus vidas, les procuraría oportunidades, nadie en su valle quedaría hambriento mientras él, Segimer, fuese el gran *herzog*, el líder de los clanes del lobo.

Como gobernador del *Thing*, en su tosca noción de la economía, ése parecía ser el principio regente: que cada año fuese siempre mejor que el anterior y que los enemigos siempre estuviesen lo más lejos posible del hogar. Como supremo régulo del valle, también se encargaba de administrar, junto a otros jefes, el botín de la comunidad, acumulado en la casa del consejo, especialmente los alimentos. Las familias que habían perdido a sus hombres guerreros en la batalla dispondrían de todo lo necesario para alimentarse, y sus viudas podrían encontrar otro marido, si en las ceremonias rituales de los esponsales aparecía un candidato interesado. Los muertos y su memoria eran respetados, si habían caído de manera honrosa, empuñando un arma. Lloraban a los que partían con las valkirias, pero seguían adelante renaciendo con los nuevos niños. Así volverían a la vida al año siguiente los que habían fallecido el año anterior, decía Cerunno, el adivino.

En aquella ocasión el hielo y el frío no los sorprenderían sin suficientes provisiones. «No hay nada como ser libre», pensó al fin al ver su propia casa. Nada se parecía a eso. Los romanos no podían entenderlo. Sólo quería estar otra vez junto a su mujer, y descubrir a su nuevo retoño con el doble de tamaño que cuando se despidió de ellos, unos meses antes.

Abrió la cerca y sus hijas lo recibieron alborozadas. Las piernas le pesaban después de tan largo viaje, pero estaba tan alegre y lleno de energía que no pudo leer nada en sus rostros, a pesar de que todo lo que debía saber estaba ya allí escrito.

Penetró en la gran morada. La cabeza de un lobo, disecada por Cerunno, continuaba mostrando sus fauces erizadas sobre el dintel de la entrada. Los muros de piedra, de los que colgaban utensilios, armas y pieles, velaban por la paz penumbrosa bajo los techos espesos de ramas y barro. El fuego ardía y crepitaba ruidosamente,

devorando unas ramas de tejo. Era como si no se hubiese apagado desde su partida. Su hermana Hartlind se inclinaba sobre un circo de madera.

Segimer olvidó todo y fue hasta allí. Abrazó a su hermana y la alzó, depositándola a un lado. Después se inclinó lentamente sobre el lecho de madera que él mismo había tallado semanas atrás. Allí estaba, como escondido, un rostro grueso con ojos acuosos y desmesuradamente abiertos. Acaba de despertarse, así que parecía más tranquilo de lo habitual. A Segimer le pareció que su propio dedo era demasiado grande al acercarlo al rostro del bebé. Siempre pensaba cosas así ante sus hijos cuando eran tan pequeños, y se avergonzaba de ello sin comprenderlo. Pero se sabía sucio del camino, y alejó el dedo. Entonces una manecita surgió entre las telas y lo atrapó firmemente. El hombretón habría jurado por todos los dioses que su hijo había reído, y que, además, había pronunciado perfectamente el nombre de su padre. Y conociendo a Segimer, nadie le habría contradicho. No sólo era el régulo del valle, sino además el animal más terco de su especie. O quizá más bien por ello el *Thing* del valle lo escogía como *herzog* un año tras otro. En aquellos tiempos un líder era bueno si jamás daba su brazo a torcer.

Pero ahora dejó que su hijo le apretase el dedo, e incluso que se lo doblase. Parecía querer impulsarse para levantarse.

—Armin, todavía eres pequeño para ir de caza —dijo el padre en un tono que sus hordas de guerreros habrían considerado digno de largas risas—. Tendrás que esperar en tu cuna. Sólo un poco, ¿vale?

Hartlind lo miraba con una extraña expresión. Al fin se sentó en un taburete y se inclinó junto a su rostro. Segimer sólo había visto unas pocas veces en su vida esa mirada, y nunca fue para decir algo bueno.

—Tu mujer, hermano, ya no está.

Segimer se alzó lentamente, quizá creyendo que al alejarse de ella cesaría lo inevitable.

—Ha partido con los lobos, hermano.

—No podía... mi mujer —dijo inconexamente.

—Sabes que había perdido mucha sangre.

—Pero estaba bien cuando la dejé...

—Nunca superó el nacimiento de Armin. Le dio la vida a cambio de la suya. Sabes que a veces ocurre cuando una mujer trae un niño por vez primera. Tuvo una recaída este año, ¿lo recuerdas?, y sangró de nuevo. No superó aquellas semanas, y al poco de vuestra partida empeoró y se marchó. Me he ocupado de tu casa y de tus hijos. Están tristes.

Un extraño y largo silencio se apoderó del mundo. Hartlind retrocedió asustada. La furia incendiaba los fieros ojos del querusco.

—Maldición de los dioses... —murmuró el régulo, y de pronto la espesa ira que

fluía por sus sienes estalló arrojando taburetes y mesas en una ráfaga destructora. Hartlind se cubrió temiendo ser golpeada por la furia de su hermano. De su garganta brotó un rugido desesperado, largo, como el de una bestia malherida. Con los brazos tensos como arcos, se calmó tan bruscamente como había estallado, como si el tiempo se hubiese detenido alrededor en una rueda de plomo, tan profundamente que toda vida comenzó a abandonar el brillo de sus ojos, y se sintió pesado y enfermo. Armin, perturbado por el ruido, lloraba desconsoladamente en la cuna. Hartlind se allegó al pequeño, lo envolvió con una prenda y lo abrazó.

—Armin también la echa de menos, pero ya no le hace falta la leche de su madre, así que saldrá adelante. Es un bebé fuerte. A veces llora por la noche, y es porque la busca y conoce su olor. Yo lo abrazo y lo envuelvo con una de sus prendas, y él se tranquiliza pensando que su madre está aquí de nuevo. No aceptó que se marchase, así que guarda bien esas telas de tu mujer.

—Yo tampoco puedo aceptarlo —murmuró Segimer aplastándose los nudillos.

El hombre apoyó ambas manos sobre sus rodillas, como si de pronto su propio tronco le pesase desmesuradamente. No supo lo que sentía mientras su rostro se quedaba falto de expresión, salvo a la altura de las cejas de oso, que se obcecaron sin remedio. La mirada le pesaba más que cualquier arma que jamás hubiesen aferrado sus manos.

Y así se quedó durante muchos días.

No hablaba con nadie, ni siquiera con sus hijos. Tampoco comía. Ninguna atención prestó al pequeño Armin, que había sido el sol de sus días y el sueño de sus noches. Sintió que aquel pequeño egoísta le había robado a su mujer a cambio de una promesa infundada. Para él toda luz se había extinguido. Le había prometido a Segifer, el rubio, que tallaría unas espadas de madera y un escudo redondo con los que iniciar sus juegos de guerra. Pero no pareció oírle cuando vino a reclamárselas. Sus ojos continuaban fijos en el horizonte, como los de un ciego desesperanzado.

Después empezó a permanecer durante todo el día tumbado junto al fuego; no tomó parte en las últimas cacerías ni asistió a los banquetes. El invierno depositó sus primeras nevadas en las elevaciones de los alrededores, y un cielo gélido y grisáceo se apoderó de los días mientras los cendales de niebla cegaban el pie de la colina.

Un día, el querusco se marchó. Durante algún tiempo nada más se supo de Segimer, y muchas eran las voces en la aldea que hablaban de la mala fortuna del régulo, y si podía o no desaparecer de la aldea a su antojo, abandonando obligaciones tan importantes como impartir justicia o iniciar las ceremonias de los guerreros o los repartos de víveres. Faltaba la voz que mandaba y la mano que separaba; faltaban la voluntad y la autoridad del *herzog* que gobernaba los clanes del lobo negro.

Algunas semanas después apareció en compañía de varios régulos del clan del

ciervo. Sostuvo una conversación con Cerunno a la luz de las llamas. Después se reunió con Thusna y su consejo. Era la primera vez que se habían reunido todos los guerreros de Wulfmunda en la gran sala del *Thing* con la llegada de las nieves. Cuando abandonó el consejo, el pesado torque de oro que lo entronizaba ya no lucía sobre las pieles que protegían su ancho pecho. Poco después el líder desapareció.

Su hijo Segifer y sus hijas Ilfraud, Krimilda y Zilda lo contemplaron por última vez sobre su caballo favorito, uno negro y alto, de músculos especialmente poderosos en el cuello y las patas, sin carga de pieles ni tampoco de armas, excepto un hacha, y lo vieron desaparecer al galope como un fantasma en la noche. Segifer no había soportado que no les dedicase una sola mirada, ni tampoco una palabra, y era consciente de que los dejaba en manos de su tía Hartlind. Sintió algo extraño que nunca antes lo había conmocionado de aquella manera. Estaba solo. El niño apretó los labios y se opuso por instinto a una agobiante sensación que le deformaba los músculos de la cara y le colapsaba el cuello, hasta que los ojos se le encharcaron y un agua salada que le corría por las mejillas se le mezcló con la abundante saliva.



15 a. C., Eriales del Albis

Tras abandonar Wulfmunda y renunciar al mando de los clanes, Segimer desapareció con su caballo. Cabalgó como un proscrito solitario. Se convirtió en un viajero sin nombre. La furia ardía por su interior, como un fuego prendido en las entrañas o un hierro candente que los dioses movían a su antojo. Sentía ira, una ira incontrolable y feroz. Un extraño deseo de autodestrucción. Deseaba morir de frío, ensartado por los cuernos de un uro, aplastado bajo el galope de las manadas de caballos salvajes, desgarrado por una osa que protege a su osezo, fulminado por el rayo de Tor*. Pero al fin, fuese como fuese, librarse de sí mismo.

Exigió a su leal caballo que cabalgase, y el fiel animal le obedeció día y noche. No hubo pausa y sintió el cansancio del cuadrúpedo. Vadeó las aguas del Alara sobre un lecho de piedras espumosas y penetró en las inhóspitas llanuras de los longobardos. Atravesó los cauces perezosos de aquellas tierras húmedas, y vio los cielos tormentosos del inefable norte, hacia donde las nubes se dirigían formando una fúnebre procesión. El animal daba muestras de fatiga, pero no cesó en su empeño. Hubo tormentas al caer la noche, pero los rayos evitaron encontrarse con él. Se precipitó empuñando su hacha a galope tendido por la oscuridad. Los truenos hacían trastabillar al obediente animal. Los gritos de Segimer desafiaban a Wuotanc y a Tor, los increpaba, los maldecía y corría al encuentro de sus rayos. Aquí y allá, como con el súbito parpadeo de un sol blanquecino, la tierra y el cielo se iluminaban por un instante antes de sumirse otra vez en las tinieblas. Por fin el caballo cayó abatido por el cansancio tras la descomunal carrera, y Segimer le suplicó que no le abandonase.

A la mañana siguiente, el querusco despertó aturdido en medio de la soledad de los eriales. Un viento helado le arañaba la piel amoratada. El caballo se alzó trabajosamente, y él lo montó. Le pidió una vez más que corriese, pero el animal se mostró incapaz, herido, atosigado. Segimer quería morir con él. En la despejada llanura las ráfagas de viento empezaron a golpearlos, soplando desde el implacable norte hacia el que se dirigían. De pronto, el gran caballo se derrumbó sobre sus rodillas delanteras, echando a su jinete por tierra. Segimer pegó su frente contra la testa del magnífico animal, y su rostro humano, despiadado y enfurecido, se contrajo al fin, incapaz de aguantar por más tiempo la tensión que le devoraba el pecho y que palpitaba entre sus sienes. Bajo la barba hirsuta, sus facciones se arrugaron como viejos jirones de tela y vertió amargas lágrimas en un llanto furioso que parecía romperlo en mil pedazos. Abrazaba la cabeza del caballo y su musculoso cuello, acariciaba sus orejas puntiagudas y atentas, respiraba su cálido aliento, besaba sus párpados. Pasó la mano por su hocico, y uno de los quejumbrosos resoplidos del

animal escupió sangre en la palma de su mano. Reventado por el esfuerzo, el fiel caballo abandonaba lentamente a su amo.

Segimer se alzó, perturbado, enloquecido; tomó la gran hacha de combate, decidido a poner fin a los sufrimientos del confiado amigo. Siglos después pocos podrán entender el vínculo de un hombre tribal como aquel, de un germano, con su caballo; quizá los más aficionados a los perros, pero sólo muy de lejos. Pocos entenderán la fidelidad del animal, sus saludos y su alegría al ser montado, cómo compartía su vida con el jinete al que portaba hasta el peligro, y al que alejaba, alegre y temerario, de la muerte. Segimer alzó el hacha, tambaleándose. Recordó a su mujer desaparecida, y un nuevo acceso de dolor le desgarró el rostro. Soltó el mango, y el hacha cayó a su espalda. Se inclinó y apretó la cabeza del caballo contra su pecho, y así permaneció absorto e indiferente al Tiempo de este mundo.

La barba se le había congelado cuando despertó con un escalofrío, titiritando. Su brazo estaba cubierto por una escarcha pegajosa y rojiza. Era la sangre de su caballo. El vuelo de unos buitres le persuadió de que él todavía estaba vivo, y más solo que nunca: sólo quienes querían desollar sus entrañas le ofrecían tétrico saludo desde una prudente distancia. También entre los hombres mortales es ésta una regla a tener en cuenta. Pobre del que pierde a sus fieles y verdaderos amigos... Tardó tiempo en hacerse con ramas y troncos de arbustos, y más aún en encender la hoguera en la que su cabalgadura fue incinerada. Así se despidió del compañero, y continuó caminando con el raído saco a la espalda.

Un nuevo paisaje se extendió ante sus ojos. El cauce del Albis, caudaloso y ancho, se abría ante él como una brecha plumiza en la llanura verde, rizada aquí y allá con crestas de espuma que delataban la presencia de los torbellinos. Detrás, las praderas parecían no conocer fin, y ascendían levemente en busca de las nubes bajas y tormentosas. Tuvo que recorrer su cauce hacia el este, hasta dar con el único vado que conocía. De pronto, se encontró con unos jinetes que acababan de cruzar el río. Se aproximaron a él y lo rodearon. Sus caballos eran fuertes y orgullosos, de anchos cuellos y cortas patas. Segimer se detuvo, indiferente como un mendigo al que no le interesa su propia vida.

Los jinetes barbados y rubios se cubrían con pesadas pieles de oso, y sus yelmos carecían de alas o cuernos. Eran metálicos y cónicos, con incrustaciones de piedras preciosas, y todos mostraban una prolongación que protegía el puente de la nariz y que desfiguraba el aspecto humano de sus rostros. Uno de ellos se detuvo ante Segimer, cortándole el paso. Sus fieros ojos azules lo escrutaron.

—¿Quién eres?

Por toda respuesta obtuvo un obcecado silencio.

Uno de sus compañeros desenvainó la larga espada, y las puntas de las lanzas se

acercaron. Los ojos despiadados se clavaron en el querusco.

Segimer dejó caer el saco y se desató el manto lentamente. Sus cabellos greñosos le cayeron sobre la espalda y el torso desnudos. Vieron las cicatrices, la pálida piel descubierta, la amplia caja torácica del guerrero. Segimer extendió los brazos y miró a su interlocutor con indiferencia.

El jinete intercambió rápidas miradas con sus compañeros.

—Si no te matamos, ¿qué harás? —preguntó al fin.

—Viajo hacia el norte. Hasta que Wuotanc me dé muerte —respondió lánguidamente el querusco.

—Allí vivimos los sajones, los reudigios, los anglos y los vidusios. No queremos intrusos solitarios. Pronuncias el nombre del padre de la guerra como lo hacen los queruscos. ¿Quién eres? ¿A quién has matado para huir de ese modo buscando el rayo y la lanza de Wuoddan?

—No lo sé.

El jinete vaciló. La mirada de uno de sus compañeros le insinuó que lo ensartaría en su lanza a la señal. Pero no lo ordenó, para sorpresa de los otros.

—Los queruscos sólo pueden cruzar este río desarmados y sin sus ropas. De lo contrario, tendrás que morir aquí y ahora —afirmó el jinete, con la esperanza de provocar una lucha, desafiándolo y humillándolo.

—Mis armas ya no me sirven —dijo Segimer quedamente.

Avanzó hacia el ancho vado y se introdujo en los torrentes gélidos que se empujaban sobre las grandes piedras. El jinete desmontó atónito y echó un vistazo a las armas del misterioso viajero. Las arrojó al río, donde desaparecieron rápidamente. Los jinetes vieron, entre risas, cómo el hombre cruzaba el río con grandes dificultades. Uno de los remolinos de agua lo arrojó y lo desplazó unas yardas, pero se hizo a nado con la otra orilla. Allí lo vieron caminar sin mirar hacia atrás.

Al fin los jinetes lo perdieron de vista, y continuaron hacia el este, en busca de Biunderup, el Monte del Oso.

Segimer no volvió a ver hombres ni mujeres en varios días. Ni tampoco animales, salvo el vuelo de los pájaros. Cada vez se sentía más débil, y juzgaba injustos y monstruosos a los dioses, que lo obligaban a despojarse de su propia vida en tan largo camino. Si quería encontrarse con sus muertos caídos no podía darse muerte a sí mismo, y ésa era la razón por la que se arrastraba por la tierra, desgarrándose el cuerpo y la mente. Debía encontrar su última hora a manos de los dioses. Por fin moriría de frío, innoble muerte, pero había tanta fuerza en aquel cuerpo que incluso desafiando al norte resultaba costoso acabar con él. Cada mañana se despertaba cubierto de hierba, enredado entre los arbustos, como si en sueños e inconscientemente pugnase por sobrevivir, y se maldecía a sí mismo al verse vivo

otro día.

Una tarde se introdujo en una espesura de viejos troncos. Las lomas verdes y unas colinas rocosas que sólo podían ser moradas de trolls habían quedado atrás, y cayó abatido entre los arbustos espinosos. Su cuerpo al fin estaba diezmado. Una fuerte tos le convulsionaba a cada paso. Sus pulmones silbaban o estallaban con un sonido bronco y sucio. La piel le caía amoratada sobre los amplios costillares. Sus ojeras estaban lívidas, y el hielo había acertado su barba, pues al congelarse le partía los pelos hirsutos. No sentía las manos ni los pies. Se durmió por fin, extrañamente satisfecho, convencido de que lo hacía para siempre.

Vio un antebrazo poderoso que empuñaba una antorcha, y un fuego que se propagaba en una pira de breñas y troncos, y la pira ardió y sintió el humo de su propia carne muerta rodeándole. Por fin la ansiada hora llegaba. Su propia y digna muerte le daba paso al encuentro con los dioses. En el humo vacilante su visión se extendía sobre el mundo, como si hubiese saltado al cielo desde los montes más altos que conocía. De pronto todo cambió, y las nubes se desplazaron con enloquecida velocidad sobre su campo de visión, arrastrándose sobre la tierra, y la tierra misma cambiaba allí abajo, colinas, ríos, montes, abismos y praderas se sucedían bajo la inmensidad de unas nubes relampagueantes. Entró en el banco de niebla, azotado por los vientos, y atravesó la caliginosa oscuridad de la tormenta, y de pronto una blancura nívea se abrió paso hasta enceguecerlo, incendiando los vellones de nubes alrededor y una bóveda celestial. Y en la incertidumbre a través de la que se precipitaba, apareció la imagen de su mujer. Grandiosa y pura como sólo ella era. Serena y hermosa, llena de vida. Sus sublimes ojos azules, húmedos, intensos y fuertes, ardían con la energía de cien soles, arrojando la omnipotente mirada de la victoria; sus labios finos y rosados sonreían confiados; las alas de su nariz se abrían emocionadas, aspirando con el anhelo de siempre el viento altitonante que agitaba sus pulmones; los torrentes auríferos de sus cabellos rodeaban sus hombros, flotaban al viento como estelas de oro, y los brazos desnudos se tendían hacia él, sólo hacia él, incitadores y seguros, desde el pecho blindado por la argéntea cota de malla. Un alto yelmo alígero, del que se alzaban las plumas del águila, coronaba la extraordinaria visión de su joven esposa, ahora convertida en la gloriosa valquiria* que lo conduciría hasta el Padre de la Guerra, hasta la Sala del Combate, hasta más allá de los círculos del mundo, donde aguardaría la llegada del fin del Tiempo bajo el techo cubierto de escudos, donde ella le escanciaría cada día el sagrado *medhu**, el hidromiel de los dioses...



15 a. C., Gundabrup

—Segimer —dijo una voz femenina—. Despierta.

Había escudos en el alto techo, y una gran sala lo rodeaba. No era como la había imaginado. La luz le resultaba mortecina y gris. Apenas había abierto los ojos con dificultad. ¿Se sentían los hombres tan débiles en los aposentos de los dioses? No, era culpa suya, todavía veía tan borroso e incierto... Pronto la vería otra vez. Alta y espléndida. Redentora y redimida. Pugnó no sabía con qué fuerzas para esclarecer su visión. Una figura se inclinaba sobre él, y tardó en volverse nítida. Por fin estaba allí, quizá en una de las torres de las nórdicas elevaciones de Wuotanc, convaleciente tras haber visto la Blanca Luz de la que le hablaba Cerunno, la potente lumbre celestial que engegecía a los hombres mortales cuando viajan hacia la sala de los héroes, condenados a vivir bajo el manto de las nubes grises del Tiempo, a la ceguera terrenal, la de los vanos deseos y de la impotencia de la sangre y de la tierra. Por fin libre como un dios entre los dioses...

La mujer que se inclinaba sobre él no era Ella. Trató de mover los labios para articular algunas palabras, pero el querusco no lo consiguió y obtuvo una respuesta sin necesidad de pronunciar la pregunta, y, al oírla, decidió no esforzarse más en hablar.

—Segimer. Estás en Gundabrup, la fortaleza de los sajones. Guntram, mi padre, te ha protegido del frío y de la noche. Los perros de mi hermano Gunther fueron quienes te encontraron con su agudo olfato. Una presa los condujo hasta ti durante la cacería. Han tenido que amputarte algunos dedos de los pies que el frío había devorado, pero sobrevivirás, y podrás andar otra vez y empuñar la espada.

Segimer no hizo esfuerzo alguno para decir lo que pensaba. No podía sentir mayor abandono y tristeza. Se sintió frustrado y abatido. Decepcionado. Wuotanc, sin lugar a dudas, le exigía una muerte digna. Lo expulsaba de sus dominios. Lo separaba de su valquiria.

Algunos días más tarde, las terribles heridas causadas por el frío y el deambular errante habían remitido. Los pedazos de ciervo asado comenzaron a restablecer sus fuerzas, y Segimer volvió al reino de los mortales. Sus pies cicatrizaban, y él caminaba pisoteando el dolor.

Gundabrup era la fortaleza más grande de los sajones. El querusco había estado allí en contadas ocasiones, y la última fue hacía largos años. Su relación con el Rey del Norte, como conocían a Guntram, el *kuninc** de los sajones, siempre había sido cordial. Jamás hubo conflictos entre los queruscos y los sajones mientras ellos fueron sus mandatarios, y una ancestral alianza hablaba de su unión ante los enemigos

comunes. La ciudadela contaba con muchas casas extendidas sobre las suaves lomas que miraban hacia los bosques espesos, más allá del nacimiento del río Agidora. Segimer se preguntaba cómo había podido llegar tan lejos sin morir de frío, y no concebía cuánto tiempo había transcurrido. Muy cerca de los cientos de casas de Gundabrup, la tierra se cortaba abruptamente sobre los acantilados de Giolfaar, donde las olas del mar del Norte rompían entre las numerosas islas de los herulios, que formaban una suerte de puente sobre las corrientes marinas, tendido hacia la península de Scandia. Allí, en el oeste, había oído que se levantaban las gigantescas elevaciones de los dioses: fortalezas de hielo, hierro y roca que arañaban las nubes, mirando soberbiamente por encima de ellas, hacia las tierras de los hijos de Tuisto, los hermanos de Germania.

Además, Gundabrup contaba con la fortaleza más grande que había visto jamás. Era el símbolo de la grandeza de los sajones. La construcción imitaba el estilo de las moradas de piedra, pero sus muros eran tres veces más gruesos y el doble de altos que los de la casa del consejo de Wulfmunda; las parhileras de sus techos estaban reforzadas con una carpintería robusta a base de troncos secos de roble y clavos del tamaño de un brazo, y las dos aguas del techo, que caían hasta clavar sus guías en la tierra, habían sido cubiertas con capas de cierto cieno muy impermeable, hileras de tablones, plantas secas y curtidas pieles de uro, formando una gruesa y cálida techumbre sobre la que crecía, de una fina capa de mantillo, un tapiz de hierba. Desde el cielo, ningún pájaro habría distinguido el palacete sajón del terreno que lo rodeaba. Los sajones decían que esa era la razón por la que, en sus cientos de años de existencia, Tor nunca lo había alcanzado con uno de sus malhadados rayos. Dos aberturas en los extremos de los altos muros de piedra, proporcionaban salida a los humos de las tres hogueras que ardían sin pausa durante todo el año. Segimer pudo ver los anillos de empalizadas que protegían Gundabrup, los pantanos situados al norte, sus rebaños de caballos y de bueyes, los grandes establos, los prados cercados, sus gentes trabajadoras, que lucían largas melenas y coletas rubias. No había hombres de pelo castaño, como entre los queruscos, y tampoco se afeitaban. Mostraban espesas barbas trenzadas y anchas fíbulas de bronce granulado, que los hábiles herreros nórdicos elaboraban con gran arte y esmero.

Durante aquellos días Segimer meditó acerca de su destino. Lamentó la muerte de su caballo, y decidió acatar los deseos de los dioses. Tras haber visto a su mujer, cuando se creía muerto, un nuevo deseo lo dominó poco a poco, hasta convertirse en una explosiva fuerza. Masticaba enérgicamente y empezó a ayudar en las tareas de reconstrucción de uno de los grandes vallados, que había sido destruido por el último temporal. Vio el mar, respiró profundamente, y regresó una tarde a Gundabrup. Cuando el ocaso se encendía tras las tinieblas de los bosques, en el oeste, llegó la hora gélida en que la bóveda celeste se iluminaba sin la presencia del sol. Bandadas

de pájaros graznaban y se perseguían entre los penachos negros de los árboles. Desde el alto de la colina, cerca del palacete sajón, presencié la llegada de Guntram. Cientos de caballos pesados, de anchas musculaturas y peludas patas propias de las razas nórdicas, descendían del norte, y los gritos de bienvenida se alejaron por el crepúsculo anónimo. Uno de los escuadrones trepó hasta las puertas del palacete. Los rituales de los hechiceros saludaron la llegada del *kuninc* y de sus guerreros. Buena parte de su familia le seguía. Poco después, el rey ya había penetrado solemnemente en su morada.

—Segimer —dijo una voz que le resultaba extrañamente familiar. El querusco se volvió inmediatamente y contempló a la mujer que le hablaba. Era Ingwint, una de las hijas de Guntram—. ¿Recuerdas a mi hermano, Geiserich?

Segimer escrutó al rubio que se situaba junto a ella, indolentemente apoyado en la firme pared del caserón. Incluso en las penumbras, distinguió el perfil de su curtido rostro, los rasgos firmes, la nariz ancha, los acerinos ojos azules.

—Conozco a este hombre. Él me invitó a cruzar las aguas del Albis por el vado que utilizan los moradores del norte.

—Estuve a punto de matarte —afirmó Geiserich rotundamente. Pero no me pareciste peligroso para nadie, salvo para ti mismo. Ahora me entero de que los dioses te aprecian más que a otros mortales, o te quieren vivo por alguna razón.

Segimer sonrió sarcástica y amargamente.

—Los dioses sólo otorgan lo contrario de lo que los hombres mortales codician. Dejan vivir al muerto, matan al que desea vivir.

Geiserich se echó a reír, sacudido por una ráfaga de repentina alegría, con el gusto propio de quien se ríe de la muerte en sus propias narices.

—Parece mentira que hayas tardado tanto en darte cuenta de eso —afirmó—. Sólo se vive según el antojo de los dioses.

—En verdad Segimer disputa con los dioses y los desafía —añadió de improviso Ingwint, y los ojos del querusco se le clavaron—. Segimer ya no vive como tú, hermano, Segimer odia el destino impuesto por los Ases, porque le arrebataron a su joven esposa. Conozco a Segimer desde hace muchos años, cuando vino con mi padre de las cacerías y era sólo un joven... aún lo recuerdo.

—Terco es el querusco, si se cree que puede andar por encima de los designios de Wuodan —terció el hermano, otra vez endurecido como la piedra.

—Hasta aquí me ha traído Wuotanc, y no sé a dónde iré —dijo quedamente Segimer.

—No necesito ser adivino ni consultar las runas para saber a dónde irás esta noche: a hablar con mi padre, Guntram, el *kuninc* de los sajones.

Las antorchas ardían a lo largo de la gran sala. Los fuegos doraban jabalíes. La

grasa goteaba acogedoramente, los cuernos se desbordaban con el *medhu* escanciado por las mujeres de Gundabrup, los perros trituraban huesos por los rincones. Segimer aguardó la llegada de Guntram, y lo distinguió rápidamente, rodeado por sus hijos Geiserich, Gunther, Gerowech y Gundewech. Otra vez apareció ante él la silueta del gigante nórdico cubierta con la piel de oso, la ancha frente despejada, los ojos distantes y funestos, la barba trenzada hasta la altura del corazón. Sólo cuando se aproximó pudo advertir las huellas del paso del tiempo en su rostro, los surcos de las arrugas, la sagacidad de sus ojos, adquirida en años y años de lucha hasta unificar a todas las tribus de la península de Cimbria. Miró penetrantemente a Segimer y se acercó hasta estar a tan sólo unas pulgadas de su rostro. De pronto lo abrazó con fuerza. Luego se retiró fríamente, sin mirarlo, a su trono, un sillón colmado de pieles de oso que presidía los banquetes. Junto a él se sentaba una gran mujer rubia de ojos velados y espesas cejas, y sus cinco hijas se ocupaban de escanciar el hidromiel en el cuerno del que bebería y de servir la carne en la bandeja de oro de la que comería.

—Comed hoy por nuestro invitado —pidió con profunda voz. Los cuernos se alzaron alegres. Su hijo Geiserich sonrió con vanidad, orgulloso de haber atraído la atención de su padre—. Comed a la salud de Segimer el Querusco, del clan de los lobos negros, cazador y guerrero, *herzog* en las faldas del Monte del Oso, en los pantanos y llanuras de los hombres-caballo.

El rostro de Geiserich se contrajo y sus ojos se volvieron otra vez fríos y duros.

—¡Segimer! —exclamó de pronto el rey—. Comed a su salud, todos vosotros, porque nuestro invitado ha sido conducido hasta nosotros por el mismo Wuoddan. — Muchos miraron a Segimer con incertidumbre y sospecha—. Segimer fue hallado muerto en los bosques por los perros de caza de nuestro hijo Gunther. Allí estaba, tendido, desnudo, y muerto de frío. Pero tan pronto como los perros lo husmearon, su sangre se agitó y su corazón se movió. Aquí estuvo delirando durante días. Le dije a Ingwint que lo cuidase, le dije quién era, pues lo reconocí incluso en ese estado, que más parecía un cuervo desplumado que un cazador; después partí al norte, a visitar a los vidusios y a los eudosios, con los que por fin hay paz, y cuando vuelvo encuentro a Segimer otra vez vivo.

—Agradezco tu ayuda, oh Guntram... —dijo Segimer.

—¿A quién agradeces mi ayuda, loco? —exclamó de pronto el sajón.

—Sólo a Guntram y a los hijos de Guntram agradezco su ayuda...

—¡Maldición! —estalló de pronto el rey—. ¡Mil veces maldita sea tu cabeza, querusco! No es a mí a quien tienes que agradecer nada, ni a mis hijos, es a los sagrados dioses, entiéndelo por fin.

—Nada hay que quiera agradecer a los dioses...

—¡Bastardo! ¡Loco infame! ¡Imbécil! —exclamó Guntram, alzándose de su trono y moviéndose amenazadoramente hacia Segimer—. ¿Cómo te atreves a insultarme

así? ¿Cómo osas desafiar a los dioses bajo el techo de mi pueblo? ¿Quieres acarrear la peor maldición? ¿Atraviesas las aguas y los bosques para imprecicar a los dioses en mi casa? Nadie se ha atrevido jamás a dañar el nombre de Wuodan en este salón, y los rayos de Tor lo evitan en la tormenta, y tú, terco lobato despellejado, ¿injurias al padre de los Ases por satisfacer tu ira en este lugar?

Guntram desenfundó su espada majestuosamente sin apartar los ojos del rostro de Segimer, y colocó la punta del arma en el cuello del querusco.

—¿Qué clase de hombre crees que eres para menospreciar el destino impuesto por los Ases? —inquirió en una pausada e implacable letanía—. Los hombres nacemos para morir. Las mujeres nacen para morir. Así se renueva el mundo. Tu soberbia, pues en el fondo sólo es eso, soberbia, me indigna. Que un jefe querusco, y yo conozco a los queruscos, renuncie a la espada ceremonial de los clanes de Wulfmund, es la rebelión de un hombre contra los dioses, es una indignación que puede causarnos enorme maldición. Una maldición viviente serás, ¿y por qué crees que esta espada no te ha atravesado, loco? Porque si te mato contradigo el deseo del Padre de la Guerra, que te quiere vivo para deshonorarte, y entonces su ira caerá sobre todos nosotros. He visto muchas cosas, pero nunca que un régulo de Wulfmunda abandonase su poder y su designio, sus obligaciones, dejando a su pueblo, a sus hijos e hijas... Eres un despreciable desagradecido, Segimer. Mi ira sobre ti. ¡Pero ya sé que no debo matarte! —Y con las últimas palabras una ráfaga de ira le hizo arrojar su espada al suelo. La reunión entera se había quedado muda de asombro. Nadie comía ni bebía. Guntram se arrodilló ante su espada y la empuñó nuevamente—. Un guerrero debe ser humilde ante sus armas.

Besó devotamente la hoja de la espada. Después se alzó y volvió a ocupar su trono. Y habló:

—Segimer hijo de Segismund, escucha lo que los santones y adivinos de Gundabrup me aconsejan que te ordene, pues éste es para ti el designio de los dioses. Mañana partirás, antes de la salida del sol, hacia el lejano sur. Debes enfrentarte al enemigo de todos los hijos del norte. Roma está allí, junto a las aguas del Río Grande. Partirás para pelear contra Roma, y si tu maldición ha de caer sobre alguien, que sea sobre ese odioso Augusto. Si tienes que encontrar la muerte, y eres demasiado soberbio como para darte muerte aquí y ahora con esta espada que tengo en mi puño, porque no quieres renunciar a los salones de los héroes en los que el Padre de las Tormentas acoge a los dignos muertos... entonces pelearás contra Roma.

—Contra Roma. Allí encontraré el final —dijo Segimer. Dio media vuelta y abandonó la sala.

Nadie supo dónde había dormido, pero antes del amanecer Segimer apareció en los establos. Tomó las pertenencias que su viejo amigo le encomendaba, armas,

provisiones, pieles y un enorme caballo negro, cuyo brío parecía irrefrenable, y desapareció por el camino que conducía de nuevo hacia el sur.



15 a. C., Selvas de Hercynia

Había atravesado los territorios de los varinios, la región de los cien lagos boscosos al noroeste del Albis, y después había recorrido las landas hasta internarse en las tierras de los semnonios y de los suevos*. Siguió hacia el poniente por un vasto yermo solitario, atravesando descoloridas planicies de brezo y roca partida, azotado por vientos furibundos. Rojeaba el alba cuando vadeó las aguas espumosas del Onestrudis y trepó los montes Semana siguiendo el cauce del Sala. Tras las cumbres tormentosas y solitarias y el cauce del Visurgis, que en su curso alto ya era un torrente poderoso pero no infranqueable, penetró en las selvas de Hercynia.

No hay ya bosque alguno sobre la tierra que se pueda comparar con la impenetrable profundidad de Hercynia. No hubo legión romana alguna que librara jamás batalla, persecución o asedio a la sombra de sus árboles. Gigantescos, milenarios, densos, sombríos eran los habitantes de Hercynia: sus árboles eran los únicos reyes a lo largo de millas y millas. Si había abismos y ríos, colinas y montes pedregosos, todo ello quedaba cubierto por la inmensa extensión de la selva, y si, como sostenían muchas tribus germánicas, hubo alguna vez dragones en la tierra, entonces vivieron en aquel lugar. Las cacerías que se aproximaban a Hercynia sólo penetraban en sus lindes. Si una presa o rebaño huía bosque adentro, pocos eran los jinetes que continuaban tras sus huellas. Sus límites se detenían al sur y al este junto al cauce del río Moenus, al norte en las faldas de los montes Semana, junto a las aguas cristalinas del Visurgis, y se extendía hacia el oeste envolviendo los montes Taunus*, cuyas cimas miraban hacia el sur sobre el cauce del Rhenus, hasta la frontera natural del río Adrana y las selvas de Becenis. Pero la zona más densa era la que se extendía en el este, junto al Moenus, que se había convertido en una frontera natural y estratégica entre los territorios más salvajes de la Germania occidental y el comienzo de la Germania oriental, con el dominio de los suevos, de los hermúnduros* y, sobre todo, de los marcómanos*.

Segimer había visitado sus flancos durante algunas de las cacerías más temerarias, pero nunca se había adentrado tan profundamente como lo había hecho desde hacía varios días. La luz le abandonó, y las sombras de unos abetos gigantes y negros le obligaron a extraviarse una y otra vez, siguiendo trochas de animales que sólo le conducían hasta el borde de desfiladeros rocosos, por cuyas laderas despedazadas se estrangulaban unos a otros los nudos de las raíces milenarias y una cubierta intrincada maleza. Otras veces se encontraba con fríos arroyos cuya senda de

crystal se sumergía caprichosamente en el bosque. Los cantos de los pájaros le sorprendían, y podía jurar que muchos de ellos no los había oído jamás. Decidió seguir el curso de las aguas, pero al ver que casi todos los cauces acababan, en aquella zona, por buscar la confluencia con el Visurgis, se dio cuenta de que debía ir en dirección contraria, hacia el sur. Durante varias jornadas avanzó trabajosamente río arriba. Había peces en los remansos, y a menudo los saltos de agua excavaban pozas profundas, de un verde casi negro, por lo que debía hallar un rodeo por una ruta alternativa a través de la enmarañada floresta. Por la noche dormía envuelto en las pieles de oso, escuchando las idas y venidas de la alimañas nocturnas; no escuchó llamadas de lobos, por lo que dormía de un tirón, intranquilo, hasta que se despertaba rodeado por la luz crepuscular. Con suerte, veía algún rayo de sol extraviado que crepitaba en el vaivén de las aguas, pero nada más.

Ambos sucesos ocurrieron al mismo tiempo: un día el bosque clareó a la sombra de troncos robustos y milenarios, cuyo follaje ocultaba el cielo como las nubes de una tormenta, y sus provisiones de carne seca se acabaron. No había pensado en ello, hasta que sintió hambre otra vez. Continuó su camino bosque adentro, seguro de que el sur se extendía en aquella dirección. El bosque parecía un nicho verde cuya bóveda se sostenía sobre infinitas columnas. Los arbustos se levantaban aquí y allá de la alfombra cubierta de hojas que era el suelo, pero los troncos gigantesos continuaban dominando el paisaje, que se cerraba a corta distancia. Por fin en un claro vislumbró la silueta de un venado, y decidió servirse de la ocasión para comer. Pero no estaba acostumbrado a cazar en medio de una cubierta de hojas secas que casi le llegaba hasta las rodillas, y el animal alzó la testa al advertir su presencia, y desapareció detrás de los árboles con una sonora carrera. Tomó al caballo por las riendas y avanzó persiguiendo las huellas. Le resultaba fácil reconocerlas, pero imposible alcanzarlas. El apetito empezó a obsesionarlo, y perdió todo sentido de la marcha hasta que cayó la noche.

A la mañana siguiente, el hambre se le retorció en el estómago. Anduvo durante horas, y esta vez descubrió un rebaño de ciervos. Pero todo fue en vano. Furioso, Segimer montó el caballo, empuñó la lanza y cabalgó tras los ciervos, que se dispersaron en todas direcciones ante su llegada. Uno de ellos era un poderoso macho de esbelta cornamenta. Cuando las hembras y los retoños desaparecieron, fue él quien atrajo la atención del cazador. Seguramente lo hizo para proteger a su prole. Parecía querer confundirlo, dejando que se aproximase, y huyendo después con un cambio repentino de dirección. Segimer bramaba como en los tiempos de Wulfmunda, dirigía el peligroso trote y empuñaba la lanza dispuesto para el golpe mortal. Larga fue la carrera, y recorrieron un gran trecho por el espacio claro bajo los gigantesos robles, hasta que el ciervo simplemente desapareció. Segimer trazó algunas batidas en círculo para asustarlo, si se había ocultado en las malezas, pero nada de eso sucedió.

Al fin la furia del querusco estalló y su grito de guerra amenazó inútilmente la vasta soledad que le rodeaba.

Extrañamente, se sintió observado. Hizo girar a su montura exhausta, y vio que ante él se extendía una trocha que no era de animales. De pie en el centro, rodeada por varias docenas de hombres, había una mujer. Su piel era muy blanca y sus cabellos rojos se unían en una larga trenza. Era ancha, aunque no gruesa; tanto sus caderas, como sus pómulos, como su frente. Una túnica blanca, cerrada en la cintura por una cuerda, cubría su cuerpo. Parecían escoltarla varias docenas de arqueros. Los hombres presentaban un aspecto feroz, con las cabezas rapadas excepto una pequeña cresta roja en el centro, el rostro uncido con una tintura roja. Segimer habría dicho que la mujer era bella, si no hubiese encontrado tan extraviada su mirada.

Pero el querusco había vuelto a sentirse audaz, y extrajo la larga espada sajona. La mujer caminó solemnemente hasta él, mientras docenas de arcos apuntaban al cuerpo semidesnudo del invasor.

—Soy Segimer, hijo de Segismund, querusco, del clan de los lobos negros, en Wulfmunda.

—¿Desde cuándo emprenden cacerías los lobos queruscos en los bosques de Nerthus? —inquirió la mujer. Sus ojos azules eran oscuros, y Segimer estuvo seguro de que se trataba de una hechicera, y de que se encontraba en algún santuario mársero*.

—Sólo hay un lobo querusco, Segimer, y está extraviado en tus bosques en busca de comida. Segimer busca a los romanos. Segimer quiere morir luchando contra los romanos, pues a eso me han condenado los régulos del norte. Nada más quiere Segimer. Si lo matáis ahora, él habrá conseguido lo que quería, pero sería mejor que mi maldición cayese sobre los hijos de Roma.

La mujer extendió su mano abierta, imperiosamente.

—Entonces dame tus armas y abandona el caballo, y yo te enseñaré el camino hacia tu fin.

Segimer le entregó la espada y la lanza. Desmontó y le ofreció las riendas sin pestañear.

Tras recorrer una senda musgosa, los árboles se hicieron más frondosos, y una exuberante selva comenzó a envolverlos. El rumor de las aguas que discurrían en canalillos de piedra, cargados de hojas secas, se fue apagando en el sonido aplastante de un trueno que parecía no tener pausa. A cada paso su clamor se hacía más dominante, y la humedad comenzó a cargar el aire. El sendero se introdujo en un muro de vegetación, como si de un túnel subterráneo se tratase, en parte excavado en la tierra barrosa que sus botas hollaban, y luego dio una vuelta y emergió a un claro. Dos columnas de piedra sostenían teas ardientes. El sendero circulaba alrededor de

una gran laguna. Frente a él, reconoció la fuente de aquel sonido estruendoso: columnas de agua se desplomaban desde gran altura formando una cortina azulada que rompía batiendo en torbellinos de espuma. Alrededor, las aguas huían perezosamente hasta los arroyos y canales que se abrían en el interior de la selva. En el centro mismo de la laguna, se levantaba un árbol milenario e inmenso cuya especie a Segimer le resultó desconocida. Si era un árbol de los pantanos, nunca había visto nada igual. Se alzaba estrangulando un promontorio de tierra; sus raíces, como pellejos mudados de innominados dragones y de serpientes prehistóricas, se retorcían sumergiéndose en las aguas profundas; sus ramas se alzaban poderosamente, como una imponente expresión de majestad y dominio sobre el mundo. Los pájaros de colores graznaban y chillaban saltando de una rama a otra. Las paredes rocosas que encerraban el santuario, por las que saltaban las colas de agua, así como el espeso entramado del follaje, impedían la entrada directa de la luz, salvo unos pocos rayos que cruzaban por encima de la cascada. Allí Segimer descubrió, asustado, el signo de Heimdall: un rastro del puente que conduce a la morada de los dioses, el arco iris, apenas esbozado entre la cortina de agua. Alrededor del árbol se suspendían unos ligeros jirones de niebla, y el hálito de las aguas, un vapor gélido y fantasmal, empañaba todo el escenario.

Segimer reaccionó y siguió a la extraña mujer. Sin lugar a dudas detentaba el mando absoluto, como había oído acerca de los márseros. El culto a Nerthus, la madre Tierra, era el centro de las adoraciones de todas las tribus de aquel pueblo extraño, del que se sabía poco, pues vivía en las profundidades de las florestas, en la orilla derecha del Rhenus, sobre todo en Hercynia.

—Ese árbol que ves sobre las aguas, lobo querusco —dijo la sagrada mujer— es la Columna de Irminur. Con sus ramas sostiene la bóveda del cielo, extraída de la cabeza del gigante Ymer, con ellas recoge las nubes, que fueron el cerebro de Ymer, y trae la lluvia a los bosques, que es su memoria. Con sus raíces sujeta la tierra para que no se caiga, y bebe del agua que trae del cielo. Todos los seres están atados al árbol de la vida.

La mujer continuó andando, hasta que el sendero se introdujo en las rocas y penetró en una gran cueva, detrás de la ruidosa cascada. Más adelante, la cueva se retorció sobre sí misma y accedía a un vasto salón subterráneo. La bóveda estaba cubierta de pinturas incomprensibles y antiguas. Una tosca escultura femenina, de grandes pechos, tallada en madera y pintada de azul, atrajo la atención de Segimer. La caverna, iluminada por antorchas, recordó al querusco que ya estaba en las entrañas de la tierra y en el reino de Nerthus.

La mujer sacrificó un ciervo en su nombre y lo mandó asar. Después embadurnó el rostro de Segimer y el de otros cinco guerreros que se sentaban junto a él con la

sangre del animal, mezclada con un limo arcilloso extraído del lecho del estanque. Les extendió una bebida, y el hambre de Segimer despertó otra vez con una fiereza leonina. Comieron abundantemente los trozos de carne asada hasta saciarse. Luego la extraña mujer unció sus cabelleras y dibujó signos en sus pechos descubiertos; espirales, puntos, círculos en los que la materia tintante goteaba por la piel y por los dedos de su autora. Les ofreció una última poción caliente, y Segimer sintió que la cabeza le pesaba y que el mundo a su alrededor se desvanecía rápidamente.

No supo cuándo ni cómo sucedía aquello, pero en la completa oscuridad brotó un fuego azul. La escultura oronda que había visto en el vasto salón parecía haber cobrado vida. El rostro de la hechicera apareció ante él, pero sus cabellos ya no estaban recogidos en una larga trenza, y en lugar de rojos parecían violáceos y oscuros. Los ojos azules parecían más claros en el rostro, y una extraña risa atronó sus oídos y su mente abotargados. Sueño o no, lo cierto es que la poderosa mujer abrió las piernas y se montó sobre el querusco. Se levantó la túnica y dejó caer la prenda de los hombros. Turgentes pechos temblaron en la incierta visión de Segimer, mientras su verga se introducía en un tenso recinto de fuego que se movía en todas direcciones y que lo subyugaba. El querusco deseó aquel cuerpo con todas sus fuerzas y más allá de toda medida, pero se sentía incapacitado para moverse, y la luz azulada continuaba iluminando con sus llamaradas los gemidos de la mujer. Mientras duraba la posesión, Segimer recordó a su caballo, sin saber por qué, y al fin sus manos apresaron los pechos turgentes que temblaban frenéticamente sobre él, y las introdujo en la tela, apretando los muslos pálidos y amplios. Las llamas azules parecieron quemarlo. El fogonazo lo encegueció, y sólo escuchó un grito largo, grave, tenso, salvaje, en la garganta de la sirvienta de Nerthus, mientras las caderas giraban enérgicamente y un ardiente placer lo sacudía antes de derrumbarlo en las tinieblas.



15 a. C., Locorum, valle del Moenus

Niebla fue lo único que vio al despertar. Un frío gélido, mortal, se le clavaba en la piel. Sombras de vaho caminaban no muy lejos, deslizándose en su visión como espectros invisibles. Al fin sus compañeros lo alzaron, y una bebida caliente lo espabiló de pronto.

Mas la niebla era tan cierta como el frío. Se cubrió con el manto de oso y echó un vistazo a sus armas. Todavía estaba uncido con aquellas pinturas sanguinolentas. Avanzaron sin hablar hasta el linde de los bosques. Los arqueros márseros los guiaron hasta unas praderas sobre las que flotaba una espesa bruma. La soledad de la mañana no era interrumpida siquiera por el grito de algún pájaro. Tenía la sensación de que había despertado en un lugar ajeno al mundo. El querusco se dio cuenta de que estaba en compañía de otros guerreros que, como él, realizarían un ataque suicida. Pero, ¿contra quién los enviaban los márseros? ¿Para qué la ceremonia de Nerthus? Desde hacía algún tiempo, no distinguía lo cierto de lo falso. Tras descubrir la muerte de su mujer, se había adentrado en un territorio neblinoso de la existencia, y cuanto le acontecía era extraño, doloroso, incomprendible. ¿Acaso los dioses abren caminos extraños para los que abandonan la senda impuesta por el destino?

No tuvo tiempo para continuar pensando. Recordó el Águila de Plata de la Quinta Legión, cuando combatió con su pueblo frente a los romanos. Sus hijos desfilaron por su mente, uno tras otro, y por vez primera se preguntó qué habría sido de ellos... Se le ocurrió que otro jefe hubiese tratado de asesinarlos, en venganza a su abandono de los clanes, y para hacerse con el poder y empuñar a *Zankrist*, el arma de Wulfmund. Tras recorrer una a una las cicatrices de su alma, Segimer desenfundó la larga espada sajona y avanzó en la niebla, en silencio. Le pareció que iban surgiendo más y más de aquellos guerreros. El jefe mársero les ordenó que se detuviesen. Delante, en la niebla, se oían voces que hablaban una lengua bien diferente. A una señal, comenzó la carrera. Segimer corrió a través de la incertidumbre con el arma alzada. La niebla espesa se abría y cerraba a su paso, y pronto se toparía de lleno con los romanos. Una salva de flechas los cubrió y escucharon los primeros gritos ante ellos. El querusco tropezó en su carrera con un cuerpo romano abatido y cayó de bruces. Ese hecho lo salvó de las puntas de lanza que, como una empalizada horizontal, ya empezaban a recibir el asalto de los germanos. Las flechas zumbaron alrededor. La espada de Segimer se ensartó en un cuerpo romano, tomó su gladio y un tajo alcanzó el rostro de otro contrincante. La algarabía de gritos, el clangor de las armas, el piafar de los caballos, dominaron el aire de la mañana gris. Varios de aquellos lanceros fueron muertos por el querusco. Un mársero fue decapitado a escasos pasos de él, y

una salva de flechas silbó ocasionando muertes en la niebla. El querusco giró en redondo, desenvainó la espada del cuerpo muerto, y sintió que la tierra temblaba. Súbitamente, como una aparición, un jinete romano se abalanzó sobre él. El querusco lanzó el grito de guerra, unió sus manos en la empuñadura, invocó la furia de los dioses. Blandió el acero por encima de su cabeza y se arrojó con la espada hacia el cuadrúpedo. Un infame chasquido partió las patas delanteras. El jinete rodó por tierra. Segimer avanzó en la niebla, los ojos desorbitados, se plantó ante el jinete aturdido, que apenas había conseguido levantarse, y cruzó un tajo. La cabeza y el cuerpo se desplomaron, pero ya no descansaron en el mismo lugar.

Por la espalda, una punzada helada le sacudió las costillas. El hacha germana, blandida por un furioso decurión, se hundió a la altura de los pulmones. Otro tajo de gladio romano le desgarró los ligamentos del hombro; Segimer soltó el arma al perder el control del brazo y cayó de rodillas esperando sentir el golpe mortal. La hora había llegado. Al fin se merecía partir con los dioses, hacia los brazos de su valquiria. Le pareció distinguir su silueta alígera cabalgar entre la niebla. Era Ella. De pronto, una batida de márseros aniquiló a sus atacantes. Las filas de romanos desaparecieron entre las brumas; el uso de las catapultas se preparaba tras las húmedas empalizadas de Locorum. Segimer vio una extraña luz abrirse paso en el velo de niebla, como un gigantesco halo dorado que flotaba alrededor de un punto central, amarillo y distante. Aferró algo que yacía en el barro con su mano derecha y lo apretó contra su vientre. Las siluetas de las torres del campamento romano se esbozaron cual gigantes ominosos. Los márseros recogieron algunos cuerpos caídos en combate, antes de que las piedras golpearan el terreno alrededor. Segimer, como un bulto ensangrentado, fue alzado sobre el lomo de un caballo, y conducido a las sombras brumosas tras un breve galope.

Lo último que recordó fueron palabras que no comprendía. La tierra parecía cubrir su cuerpo, como si le aplastasen las heridas con barro y hojas. Se sintió atado a un caballo, y el trote continuo lo aturdió hasta que ya no pudo percibir ningún signo más de aquel mundo que se sumía en las tinieblas.

IX

14 a. C., Wulfmunda

El valle del lobo negro se había envuelto en una densa niebla que lo volvía inaccesible al paso del hombre e invisible al ojo del buitre. Los aguilonos de las casas de Wulfmunda, con sus tejados a dos aguas que descendían hasta clavar las macizas traviesas en la tierra, las estacas de los campos, las cercas tapizadas de húmedo musgo, las anchas copas de robles, abetos y alerces... todo se desvanecía en el manto gris que reptaba por el valle. Ni siquiera los perros parecían querer hacer ruido. Con la llegada de la niebla se creía que los espíritus de las ciénagas abandonaban sus fosas. De vez en cuando, unas mujeres del consejo recorrían el camino, entre los caserones fantasmales, para depositar en las charcas pantanosas las ofrendas a Nerthus.

La mayor parte de los niños se había agolpado en el hogar, la gran casa que se erguía en el centro de la aldea, junto al prado de la hoguera, y en la que se reunía el *Thing* del valle, los clanes del lobo negro. La hierba crecía trepando por las aguas del tejado hasta cierta altura. Allí debajo, una jauría de niños gritaba y se revolcaba absorta en sus primeros juegos. Discutían acaloradamente, se enseñaban los dientes, se golpeaban, se abrazaban o se contaban mentiras. Escuchaban a ratos el canturreo de Cerunno, capaz de hablar la lengua de los cuervos, según él decía; aprendían las primeras palabras en los labios del hechicero, del hombre-rayo, del adivino responsable de guiar aquellas tribus a través de las nieblas de la vida incierta y misteriosa, quien vigilaba absorto el caldero de las lluvias depositado sobre las brasas.

También el pequeño Armin estaba allí. El grupo de los niños incluía a todos aquellos que no podían alejarse demasiado de las faldas de sus madres, a los que no podían rendir como hombres ni tampoco empezar a intentarlo, lo que sucedía de manera paulatina a partir de los diez años, incorporándose a las tareas más benignas de las que componían el día a día de las familias germanas, que incluían el cultivo de pequeños campos, el pastoreo y mantenimiento de los rebaños, la caza y los oficios curtidores, textiles y metalúrgicos más elementales. No faltaban las idas y venidas de los chicos más mayores cargados con herradas de agua, ni tampoco los que se afanaban en afilar las hojas de cuchillos y hachas. Traer leña y acumularla en los secaderos era algo muy habitual, y siempre podía combinarse con juegos improvisados.

Pero los más pequeños, como Armin, todavía podían jugar.

Cerunno, además de un santón y un adivino, era el instructor de la aldea. Oían en su boca la fábula del pato silvestre y la serpiente venenosa, cuentos de tesoros ocultos

en el fondo de los estanques, historias del oro de los druidas y del oro del Rhenus, rumores que sólo se escuchaban bajo las zarzas sobre árboles que caminaban, y de cosas extrañas en las sombras de la floresta que únicamente los tejones podían entender, de niños raptados que habitaban en las madrigueras del zorro. El adivino tallaba por las noches curiosas figuras de madera. Se servía de una lezna muy afilada para recortarlas, y, gracias a la barrena, era capaz de incrustarles ojos de madera carbonizada, o pequeños cristales de ámbar. El niño podía dibujar con sus figuras hasta que los ojos de carbón se gastaban. Había monstruos de toda índole; osos rampantes, lobos faucirientes, hombrecillos con espadas. Armin disfrutaba con aquellos muñecos. Jugaba hasta quedarse dormido, momento en el cual su instructor o su tía Hartlind lo alzaba y se lo llevaba a casa, hasta su lecho de plumas de ave, que el propio niño ayudaba a mantener mullido, depositando cada día que así podía nuevos montones de plumas lavadas. Los patos abundaban de visita por el valle y Segifer ya era un buen tirador con su arco de tejo.

Los oscuros días de Germania se sucedían monótonamente con la llegada del otoño. Los parches de sol se hacían más escasos, y después de mañanas brumosas llegaban tardes más breves y grises a medida que avanzaba la estación de las tormentas. Las lluvias torrenciales se abatían con furia durante muchas jornadas de áspero trabajo en los prados. Los pastos se encharcaban; senderos y campos se volvían esponjosos colchones de barro. Los hombres tenían que pelear con el terreno y con los pesados bueyes para encerrarlos en las parcelas más elevadas, y evitar así que los animales, llevados por su habitual falta de precaución y su innata estupidez, descendiesen las lomas hasta donde los grandes tejos señalaban la cercanía de las ciénagas, tachonadas con bancos húmedos de hojas caídas y de vainas podridas, caducos semilleros de la última primavera. Porque aquellos bueyes, en su mayoría procedentes del botín arrebatado a los galos en los territorios tréveros, no estaban acostumbrados a las asperezas de los valles queruscos, irrigados por tantas aguas cambiantes. También había bueyes del norte, de otras razas a las que veneraban; eran los más apreciados. Pero estos sementales eran usados para mejorar a los futuros terneros, porque sus cabezas y sus cuartos eran más anchos, sus cornamentas, retorcidas como el dibujo de un caracol, y sus pieles disponían de un pelo largo, áspero y greñoso que los protegía del riguroso frío de aquellas regiones; rara era la ocasión en que uno de aquellos bueyes del norte caía en una ciénaga. Sabían pisar seguro; olían la falsa tierra pantanosa antes de hollarla.

Los terrenos sobre los que se asentaban los castros queruscos estaban aislados en el fondo de los valles. Eran firmes y habían sido despejados de fresnos, abedules y sauces, pero entre los poblados, esparcidos como las semillas de aquel pueblo aventurero por el capricho del viento a lo largo de una ruta serpenteante, mediaba el

lento curso del regato engañoso y del riachuelo encharcado, por allí fluía el drenaje de las laderas, permanentemente irrigadas por el agua de las lluvias, de las nieves y de los deshielos; entre cada una de las aldeas del clan del lobo negro se interponían humedales, barrizales y profundas ciénagas, a menudo encubiertas por charcas sucias cuyo fondo era impredecible. Los senderos zigzagueaban de un lado a otro hasta conducir a los caminantes hasta la siguiente aldea.

Wulfmunda, la aldea natal de Armin, era en verdad una isla de frutales, pastos, breñas y labrantíos firmes al pie de una colina. Era la isla de los vivos que flotaba sobre el Reino de los Muertos, el pastoso e inmenso pudridero que era el mundo y del que, paradójicamente, brotaba la colorida vida, mudando con el transcurso de las estaciones y haciendo alarde de esa misteriosa virtud que es la eterna diferencia. Así la describía Cerunno, el hechicero, pues las ciénagas abrían puertas al reino subterráneo por el que sólo se caminaba cuando uno había sido deshonrosamente condenado a muerte por la tribu.

La isla era ancha y larga, y agrupaba en su parte oriental unas centenas de casas y patios cómodamente espaciados entre sí, numerosos campos vallados para los bueyes, boscosas barreras naturales de alisos enanos, álamos temblones, vetustos tejos y espesos fresnos, alfombrando la pendiente de la colina que se levantaba al norte, y en cuya cima se erguía el ancestral monumento de los teutones. Lo componían un círculo de piedras bajas que rodeaban al ingente bloque megalítico: la Columna de Irminur, el dios de la guerra para todos los pueblos germanos *herminonios**, *istævonios** e *ingævonios**, los hijos de Mannu*, los nietos de Tuisto*. Era un bloque negro y sólido, de una extraña materia montañosa que no abundaba en las blandas regiones de los territorios queruscos, una soberbia roca lacerada por las garras del rayo, al que parecía atraer en cada tormenta. Los hierros de cualquier índole se movían en su cercanía, como si la presencia de la piedra los atrajese o los repeliese. Protegiendo a Wulfmunda, la isla de los vivos, de la cólera de los dioses, evitaba que los venablos de Irminur golpearan las casas y las incendiasen. En busca de aquella piedra peregrinaban muchos de los errantes hombres-rayo, sacerdotes y brujos como el grandevo Cerunno, que recorrían la antigua Germania tras las huellas de enigmas y conocimientos divinos. Se sospechaba que el propio Irminur había grabado sobre la piedra, mediante la escritura del rayo, muchos de los caracteres rúnicos con los que se creaban las fórmulas mágicas que habrían de ser pronunciadas en los entierros o en la guerra, o que debían quedar incisas en las hojas de las espadas de los régulos germanos. A la isla accedía un solo camino, una única ruta zigzagueante que atravesaba los pantanos del valle sin sumergirse en las tinieblas del barro. Todos sus vados estaban empedrados bajo el agua, o cubiertos por pontones de madera; invisibles para el intruso, conspiraban por la seguridad de las tribus queruscas.

Un enorme caballo emergió partiendo la bruma. Su galope golpeaba la tierra. El sonido de los cascos se perdía sordamente en el aire cargado de agua. Los jirones de los pantanos remolineaban y se cerraban rápidamente tras su paso. Un hombre colgaba del costado de aquel caballo. Tenía la pierna derecha herida, la cabeza mal apoyada sobre las crines mojadas. Unas pieles de oso le cubrían el torso y la espalda desordenadamente.

Como guiado por la suerte, el caballo recorrió el largo vado removiendo las aguas sucias y trepó por la orilla fangosa. Después emprendió un nuevo y decidido trote.

Se detuvo bruscamente ante una valla retorcida y descuidada. El animal relinchó con furia, inquieto. Su pesado corpachón chocó de costado contra una de aquellas tramas de troncos mal enlazados. El hombre pareció descolgarse dificultosamente, desprendiéndose de las riendas. El lomo derecho del animal estaba empapado en sangre. El charco goteaba por la pata hasta teñir el casco.

El hombre se desplomó como un muñeco abandonado.

Hacheado en el costado, donde mostraba una profunda herida que partía varias costillas, cuyas astas asomaban entre espesos cuajarones de sangre y tierra, el malherido yacía inconsciente junto al fuego, en el centro de la sala del consejo de Wulfmunda. Un montón de hierbas había sido el único dique para aquella incisión en la carne todavía viva, junto a un pedazo de piel de lobo. Enajenado, parecía delirar palabras sin ningún sentido. Llevaba las piernas cubiertas con los pantalones de piel propios de la temporada de las nieves, a la manera de los moradores del norte. Su rostro estaba amoratado y abierto en varias partes. Una espesa capa de cieno y grasa de oso le embadurnaba la frente, las mejillas y la barba. Sobre el hombro derecho asomaban los ligamentos blanquecinos. Un tajo de espada había separado del hueso, sin llegar a partirlo, buena parte de la robusta musculatura. La profusión de sangre se había solidificado en costras ennegrecidas, recubriendo de ríos rojizos el brazo entero, como si todas las venas se hubiesen abierto de golpe y mostrasen su sagrado interior, los receptáculos por los que, ignota pero ubicua, fluía la mensajera de la vida.

El pulso parecía haberse agotado; las yemas de un viejo que hundía sus dedos sarmentosos en el cuello, en la boca o en las mismas heridas apenas podían captarlo.

Las telas empapadas en agua caliente habían lavado todo su cuerpo, disimulando aquel aspecto de animal eviscerado con el que llegara. Después, el viejo dejó que la piel de oso que lo había protegido durante su camino lo cubriese de nuevo. Un tenue temblor comenzó a sacudir el cuerpo sobre el que se habían posado las garras quebrantaduras de la lucha. Los caldos espesos fueron escanciados entre los labios

del malherido; también los labios de sus heridas fueron lavados con aquellos brebajes, y las fórmulas mágicas resonaron en la sala de piedra, mientras la luz gris se desvanecía en las puertas y el resplandor rojo se propagaba en torno al fuego como un círculo bienhechor. Muchos hombres y muchas mujeres pasaron en silencio caminando alrededor del fuego, para después besar las manos del moribundo. Sólo una palabra era murmurada por el hechicero: *berserker** «transfigurado en animal».

Finalmente, el viejo pidió a todos que abandonasen la sala, y entraron varios niños. El mayor era muy rubio, y sus ojos zafios se abrieron desmesuradamente al descubrir al hombre tendido. Los ojos de la niñas se vidriaron de dolor y sus púberes pechos se alzaron y descendieron trabajosamente, tratando de mantener quieta la desesperación que se agitaba en su interior. El más pequeño descubrió a su padre. Se adelantó unos pasos y puso la mano en su rostro. Deslizó la palma sobre las macilentas facciones, con la extraña angustia de quien encuentra lo que ha perdido, a punto de volver a perderlo de manera definitiva. Aquel par de ojos tan brillantes se abrieron llorosos, pero las cejas se cerraron violentamente, como si una parte de su ser no estuviese dispuesta a aceptar lo que a todas vistas era el inevitable fin.

Los ojos del hombre no se abrieron, y los temblores abandonaron su cuerpo. El viejo tomó de manos de Thusna la gran espada ceremonial que perteneciera a Wulfmund, el padre fundador de los clanes del lobo negro, la inmarcesible *Zankrist*, y la tendió sobre su pecho, cerrando después las manos del moribundo en torno a la empuñadura.

Pasaron muchas horas sin sueño y volvió el día sobre sus pasos, alanceando los mantos de bruma que se demoraban sobre las ciénagas. La aldea permanecía desierta, abandonada, y comenzó a ser sacudida por el zumbido del viento. Pasó de largo el sol sobre las colinas queruscas y un cielo tormentoso de formas cambiantes se deslizó a gran velocidad por encima del niño. Se había pasado la noche tumbado en el prado, y sentía el cuello tieso y las piernas agarrotadas por el frío. No había podido dormir junto a sus hermanos. Extraños pensamientos invadían constantemente su imaginación. Las nubes cambiaban de forma, y se desvanecían en haces y velos lluviosos justo cuando él iba a reconocer claramente la silueta de un animal acosado por la tonante jauría de los dioses. Desde el sur, como el paso de una gigantesca caballería, llegaba el susurro amenazador y lejano del trueno.

El viejo lo llamó y el muchacho saltó rápidamente. Fue el primero en entrar en la sala, y su premura se convirtió en vehemente agitación. Su padre tenía los ojos abiertos. Temiendo dañarlo, el niño se puso muy cerca de él, mas sin rozarlo, no fuera cierto que aquella frágil vida pudiese desvanecerse al más leve golpe. El rostro se volvió hacia él y la mano se levantó buscándolo, hasta posarse pesadamente sobre sus cabellos revueltos y húmedos.

La voz del padre surgió como un fuerte susurro:

—*Irmin dez siegurn sîn!*

Cerunno se inclinó sobre Armin y le dijo:

—«El que de la muerte venido ha, para vencer sólo lo hace».

Los ojos del niño se volvieron feroces como los de un lobato, y las cejas volvieron a juntarse sobre el puente de la temprana pero aquilina nariz. El hombre-rayo repitió su mensaje con voz amenazadora y cavernosa, para que todos pudieran oírle:

—El que viene de la muerte sólo lo hace para vencer. El dos veces nacido vuelve para proteger su estirpe. Si los ríos de sangre muerta vuelven a correr por sus torrentes, si el tronco caído florece, es porque lo envía el As de los Ases para la victoria. La sangre renacida en el muerto es señal de guerra y de triunfo.

Los dedos nudosos del adivino tomaron a Armin por los hombros y lo alejaron del padre, que volvió a entornar los ojos. Las ancianas del consejo formaban una pared ominosa, negra. De los rostros cubiertos por túnicas brotaba un extraño coro de cánticos y recitativos. Comenzó Cerunno a escribir en el suelo caracteres rúnicos, sirviéndose de un puntal carbonizado entre las brasas. Formó un gran círculo que encerraba el fuego y el lecho del hombre. Varios de sus mensajeros, otros hombre-rayo o sacerdotes de las aldeas de muchos valles queruscos, aparecieron en la puerta a la luz de un relámpago devastador. Mientras el trueno retumbaba golpeando la tierra, se inclinaron y murmuraron y agitaron sus báculos. Cerunno permaneció a solas junto al malherido. No dejó que ninguno de los hijos del hombre abandonase el lugar que les había asignado. Los niños y mujercitas pudieron sentarse, y no supieron cuánto tiempo transcurrió así, mientras esperaban y observaban a su padre.

Cesó la canción del trueno sobre las colinas y comenzó a llover a cántaros. Muchos fueron los régulos que hicieron aparición en la sala, e irrumpieron con pasos fuertes y largos. Cuando reconocían a Segimer tendido en el círculo rúnico, sus ojos parecían ir a salirseles de las órbitas. Armin no lo entendía, pero mucho tiempo después se preguntaba por qué todo el mundo suponía que su padre debía estar muerto. ¿Acaso conocían la batalla de la que volvía? ¿Cuál había sido el extraño destino de su padre tras la muerte de su madre, durante aquel tiempo? Entraron primero los *herzogs* del valle, y todos iban cubiertos con pieles de lobo que chorreaban el agua de las lluvias. En el exterior se multiplicaban los vozarrones potentes y el pesado golpe de caballos que relinchaban, el tintineo de metales que se tocaban, los acentos desconocidos sobre palabras que los muchachos no conocían. Los que se cubrían con una cabeza de jabalí y los del clan del ciervo no eran tan numerosos, pero también vinieron. Eran más altos y delgados, y según pudo constatar el pequeño Armin, de cabellos oscuros. Los clanes del ciervo y del jabato eran aliados de los lobatos, y también se consideraban queruscos. Así mismo, llegaron los

de la nutria y los del tejón. Una alianza ancestral unía al lobo con los otros clanes, porque el lobo era el cazador tribal y sometía a todos los animales del bosque, por fieros que fueran, a su círculo de poder, con la excepción del oso, cuyas tribus habitaban más al norte y no se sometían a alianza alguna con los clanes del lobo. Mas de todos los lobos, el clan del lobo negro Wulfmund era el clan dominante; de los miembros de sus castas guerreras surgía, en caso de batalla, el *kuninc*, el rey, el señor al que los demás debían seguir hasta la muerte si era necesario, en un devoto juramento que ponía a Wulfmund y a Irminur por testigos.

El *fürst** querusco habló con dificultad, y el silencio de la sala fue absoluto. Thusna y las madres habían cesado de implorar a Irminur con sus rezos.

—Soy Segimer, y he vuelto. Viví con los oseznos del norte. Partí después solo, hacia el sur, hacia el país de los márseros. He visto al dragón.

Las lenguas murmuraron.

—Buscaba la muerte en la batalla. Quería morir, y aquí estoy, vivo en la muerte.

Cerunno se alzó como una ominosa sombra, sus dedos sarmentosos se engarbaron alrededor del báculo y alzó la cavernaria voz:

—Habla a tu pueblo, todos los aliados del lobo lo escuchan hoy. Diles lo que viste.

—En medio de la niebla, la serpiente de acero he visto detrás del Gran Río. Como Nidhogg*, la que roe las raíces del árbol que sostiene el cielo con sus ramas, se cubre de escamas brillantes. Tiene colmillos y expulsa fuego. Ha devorado pueblos enteros. Las llamas de su ira arrasan campos y casas, animales y tierra. Avanza y destruye. Nosotros tuvimos una batalla cerca del puente... Pero creo haber visto la serpiente inmensa más allá del Gran Río, la que vendrá hacia nosotros.

Cerunno retiró la piel de oso que cubría el cuerpo convaleciente de Segimer, y todos retrocedieron ante la visión de las profundas heridas mortales. La terrible voz del adivino volvió a apoderarse de ellos.

—Ha venido de la muerte para salvarnos. Roma viene hacia el norte, y lo que Segimer ha visto no ha llegado todavía. Habrá grandes guerras y los ríos se volverán rojos. He visto la profunda herida en su pecho, y al aire manar entre la carne desgarrada; he visto los ríos de nuestros valles dibujados en su piel con su propia sangre. Es el sufrimiento que se avecina, y la herida en el régulo de Wulfmunda es el comienzo de la guerra para los hermanos-lobo, pero no el fin, y he leído en sus entrañas la victoria.

—Todos lo hemos visto —afirmó otro viejo que coronaba sus cabellos grises con un festón de fresco muérdago.

—No cabe la duda en nosotros. Es Segimer, el antiguo régulo, y el padre de los queruscos en la guerra —abundó otro santón de espesos bigotes, rostro cadavérico y boca sin labios—. ¡Mirad sus heridas! En ellas está escrito el mensaje de los dioses.

He visto el martillo de Tor.

—He visto la lanza y la runa —aseguró un tercer hechicero.

—Sólo Wuotanc e Irminur podrían haberlo traído desde las ciénagas. La valquiria lo guió de vuelta, herido, a lomos de su corcel —arengó Cerunno, presa de un vehemente ímpetu—. ¡Los queruscos han sido avisados, y con ellos todos los hijos de Wuotanc!

Cerunno avanzó hacia los jefes y marcó todas sus frentes con una tintura roja que había elaborado con la sangre de Segimer. Entonces varios retrocedieron, renegaron y trataron de abandonar la sala.

—Con el aviso podéis hacer lo que queráis —dijo el adivino, clavando en aquéllos sus ojos de balista.

—¡Sólo quieres dominar a todos los lobos queruscos! —exclamó de pronto un régulo. Sus cabellos eran rojizos y una barba hirsuta le llegaba hasta la altura del corazón.

—Somernos a tu voluntad, Cerunno... eso es lo que deseas —dijo otro que reunía sus cabellos mojados en dos espesas trenzas.

—Unirlos quiero bajo un único *kuninc* —repuso el druida.

—Deja que la serpiente se coma a los sugambrios —insistió el régulo pelirrojo de torva sonrisa—. Nos dieron muchas guerras hace tiempo.

—Los dioses han hablado y su designio no ha de ser discutido por una nutria miedosa. Debí temerlo, con la lluvia se mueven ágilmente las ratas bajo el agua —repuso Cerunno.

—¡Que el dragón devore a los téncteros! —exclamó el de las dos trenzas.

—¡Y a vosotros! —gritó de pronto Cerunno, y sus ojos parecían arrojar fuego, y su rostro iracundo irradiaba energía y furia como una hoguera. Una espada fue desenfundada.

—¡Atrás! —exclamaron otros empuñando sus hachas—. ¡Detente, Ucróner! No lo hagas.

—Nadie puede entrar en el consejo armado... —afirmó uno de los jefes, sorprendido por la conjura de las armas.

—¡Y a vosotros, lobatos grises, y a los jabatos también, que os devore la serpiente romana, dado que sois demasiado cobardes como para trocearla con vuestras hachas! —repitió el brujo—. ¿O creéis que se detendrá ante alguien? Será el fin para todos vosotros y para vuestros hijos. Tú, Ucróner, ansiabas empuñar a *Zankrist* desde hace largos años. ¿Éste era tu plan? Grande es tu envidia y absurdas tus pretensiones.

—No te atrevas a maldecir el nombre de mi familia, Cerunno... —esputó amenazadoramente Ucróner, el de los cabellos pajizos.

Muchos guerreros comenzaron a abandonar la sala enfurecidos, en busca de sus armas. Otros permanecieron en su lugar. Los de Wulfmunda se agruparon a favor del

adivino.

Cerunno se introdujo en el círculo rúnico y alzó una rama envuelta en llamas. La mano del adivino parecía aferrar las mismas ascuas ardientes sin inmutarse.

—Yo soy el árbol al que el rayo no pudo torcer ni quemar. No hay filo aquí que pueda cortarme, ni arma que pueda herirme. Entra en este círculo y hazte pedazos, enemigo. Yo domino el fuego que espanta a los lobos y a las ratas acuáticas de este y de todos los valles. Colmillos no pueden morder lo que llamas no pueden quemar.

El gigantesco régulo mantuvo su mirada y se aproximó al círculo. Las llamas centelleaban en sus ojos ennegrecidos por la cólera. Miró entonces a Segimer, y volvió su espada violentamente contra el moribundo. Dio el diestro mandoble con el fin de ensartarlo. Estalló un tumulto en la gran sala. Cerunno se retorció furiosamente y arrojó la tintura roja sobre el pecho del agresor; acto seguido la rama ardiente golpeó a Ucróner.

Hubo un estallido de chispas. La rama se hizo pedazos, y entonces un gran fuego brotó de su cuerpo envolviéndolo en llamas. Entre el estupor y el pánico, soltó la espada, se echó las manos a la cabeza, giró sobre sí mismo y gritó desgarrándose la garganta. Pero las llamas continuaban trepando por sus costados, alimentándose de sus prendas, de sus pieles de nutria, de su barba roja, de sus pestañas. El fuego se había posado en mitad de su rostro, consumiéndole la piel a través de la tintura ardiente del adivino, hinchándose y ensombreciéndose como una costra.

—Venenos de víboras y sangres diversas, jugos espantosos nos mostrarán el verdadero rostro de la envidia y de la traición —dijo Cerunno, señalándolo siniestramente, con la violencia de una maldición.

Ucróner presionaba con tal fuerza las palmas de sus manos contra el rostro, que nadie pudo ayudarlo. Hasta que al fin las separó y no pudo evitar un espantoso alarido. Uno de los ancianos hechiceros torció el rostro al ver las marcas de la carne quemada, deformada en pliegues, donde aparecían tumores lívidos semejantes a las picaduras de las peores víboras. Thusna se avino con el agua fresca y mojó el rostro, librándolo de las últimas llamas.

Algunos régulos retrocedieron amedrentados sin dar su espalda al hombre-rayo y abandonaron la sala ruidosamente.

—¡Fuera, pusilánimes! ¿Habíais olvidado que ésta es la sagrada sala del consejo, y que aquí se debe entrar desarmado? ¿Habíais olvidado que aquí se imparte la justicia en el tribunal de los clanes? ¡Pues recordad lo que habéis visto! —exclamó Cerunno—. ¡Que nadie derrame sangre en esta sala! —dijo en medio de los gritos desesperados, al ver que algunos de sus oponentes amenazaban con iniciar una batalla—. Si queréis salvar a este traidor que es vuestro líder, sacadlo de esta sala sagrada y rociarlo con miel y savia de concólvulo antes de que se consuma como la turba. No es digno que el hijo bastardo de una rata de río muera esputando su rencor en este

sagrado lugar.

Los gritos de Ucróner estaban poseídos por la histeria y una furia enferma que lo deshacía por dentro, a la par que por fuera era el fuego el que se encargaba de atormentarlo. Sólo con media docena de guerreros se consiguió inmovilizarlo y arrastrarlo a su salvación.

Una vez fuera, el agua detuvo el ardor que abrasaba al gigantesco régulo. Se retorció y bufaba como un uro malherido, escupiendo su ira y maldiciendo el mundo. La mitad de su rostro parecía un rastrojo de piel quemada; un ojo permanecía cerrado, como si los párpados se hubiesen quedado pegados al fundirse la carne. Se había convertido en un monstruo furioso, pero el dolor lo consumía y en los cobardes es más fuerte el miedo que la ira. Se volvió hacia Cerunno, que ahora estaba asomado a la puerta, portando otra antorcha. Hizo ademán de tomar su puñal, pero varios de sus hombres lo detuvieron, aferrando sus hombros, sus brazos y sus piernas. Todos los demás retrocedieron ante la presencia de Cerunno.

—Así se ve cuánto vale tu madera; ancho es tu tronco, mas arde con demasiada facilidad. Te lo advertí, nutria. Ahora vuelve arrastrándote sobre tus huellas, antes de que me arrepienta y acabe de dar forma al resto de tu cara.

Los gritos del hombre se convirtieron en alaridos de rabia y desesperación. Fue envuelto y arrastrado hacia los caballos. Muchos otros régulos miraron al adivino con ojos entenebrecidos por el miedo, pero ninguno de ellos se atrevió a pronunciar palabra alguna.

De nuevo en el interior de la sala del consejo, fue el propio Segimer quien volvió a hablar:

—Erminer y Segifer, Segifer y Erminer, mis hijos. Tomad. Las arrebaté en mi último esfuerzo. Son las téseras de un romano. En el que no conseguí darme muerte encontré este símbolo. Cuidad de vuestras hermanas y de todo el clan del lobo negro. La unión ha de manteneros firmes, igual a vosotros que a todos los queruscos, si queréis salvaros de la muerte. Igual que esas dos piezas encajan la una en la otra, así pensé yo en vosotros. No aprendáis lo que hoy habéis presenciado. Ayudaos el uno al otro.

Los niños se aproximaron y tomaron de las manos de Cerunno una pieza cada uno. Cerunno puso a Segifer frente a Armin, y les obligó a posar una mano sobre el hombro del otro, mientras con la otra sostenían las téseras de bronce unidas. Sus hermanas y sus tías los miraban con orgullo entre la multitud reunida en la sala. Cerunno sacralizó la herencia del mando. Qué se esperaba de ellos no lo sabían, pero a partir de aquel día ya nadie los miró de igual manera. Se les exigiría que representasen las cualidades de su padre, que fuesen los guerreros que algún día defendiesen los valles queruscos del dragón romano, que fuesen príncipes de los pueblos del norte, o incluso reyes.

—Del norte has venido, Segimer —dijo el adivino—. Allí algunas tribus no conocen a Roma. Ellos todavía saben lo que nosotros hemos olvidado.

X

14 a. C., Roma

—¡Pagué por él mil sestercios* cuando lo adquirí en Ravenna! Ese luchador parto ha pasado por los mejores cuarteles y ha matado docenas de gladiadores hasta llegar aquí. ¿Cómo decirte con buenas palabras que tu precio es infame, por no decir miserable?

—Puedes decirlo como quieras. Pero se va a enfrentar a Diocles y a otros de nuestra armada de juegos, la mejor entre las mejores que ahora pelean en Roma, y no en esos circos de provincias. —El lanista trenzó sus dedos y se miró los pulgares, a los que hacía girar impacientemente, sin prestar atención a los ojos del tratante de esclavos, en los que, ya lo sabía, pronto ardería la chispa fenicia del viejo rencor contra Roma.

—¡El precio que me ofreces es inaceptable! —bramó aquél, estallando como un volcán.

—De acuerdo —dijo el lanista, tratando de evitar una de las aparatosas discusiones de mercadeo justo antes de su *gustatiáum*, lo que le alteraría el estómago y le impediría disfrutar de la comida—. Veo tu oferta por el parto, pero tú ves mi precio por los otros, a los que compro por precio único...

—¡Eso equivale a lo mismo!

—Ésa es la oferta dada, la mejor de todas y la última.

—¿Qué...? Por Tanit y por...

—¡Por todas las satrapías de Persia, Erthagus! Deja fuera a los dioses, y mucho más si son fenicios, que estos juegos son auspiciados por el mismo Augusto, amo del mundo y emperador de Roma.

—¡Desde que tenéis a vuestro sagrado Augusto, los romanos ya no necesitáis a los dioses...! No puedes obligarme a aceptar ese precio.

—Ya me he cansado, me he hartado de discutir —dijo el lanista alzándose del taburete, tratando de parecer más ofendido y harto de lo que en verdad estaba—. Si lo prefieres, dejo que los pretorianos te los confisquen y que te encierren unos días ahí abajo, antes de que partas de ronda por los circos africanos a pudrirte entre putas sucias y lechos de pulgas. Discutes por discutir, Erthagus, fenicio de cien cerdas, chusma cartaginense de los mares: tus luchadores son mediocres, viejos, astrosos, malolientes, salados e inútiles para lo que queremos, sólo hay que verles esos dientes y esas uñas... ¿quién daría un puñado de ases* por ellos...? ¡Lo tomas o lo dejas! Y ya sabes lo que significa que lo dejas, me veré obligado a...

—¡Haya acuerdo! ¡Acepto!

—*Væ victis**, viejo fenicio, *væ victis!* —El empresario se volvió, agitando una

mano en busca de sus auxiliares—. ¡Aquí! Llevad a estos a la puerta de los gladiadores y dejadlos separados. Este es el precio pactado. Que paguen al buen Erthagus.

Un remolino de ayudantes, sudorosos y atareados, se cernió en torno al contratante a la espera de las instrucciones que acostumbraban salir entre los dientes torcidos del romano como proyectiles de balista.

—Preparadlos para el combate póstumo, serán de la última remesa, ¡y al fin acabarán estos juegos...! He de reconocer que estoy cansado. ¡Insaciable Roma! Al parto ése, dejadlo aparte y alimentadlo con carne de buey. De la buena. Cerdo para los otros. Mañana debe sentirse fuerte. Quién sabe, a lo mejor apuesto algo por él.

—¿Por ése? —inquirió uno de los ayudantes en un tono lleno de desprecio, como si hubiesen insultado a su propia madre.

—¡Estoy harto del soberbio Diocles! Algún día debería morir degollado en la arena, ya empieza a fastidiarme su buena suerte.

—¡Diocles no tiene suerte, Diocles es el Hércules romano! —exclamó el entusiasta, profundamente ofendido.

—¡Bah! Sandeces de plebeyos idólatras —repuso el lanista ante la mirada contrariada de su ayudante—. Ese Diocles morirá como cualquier otro, y de nada le servirán las plegarias de Fortuna a Caronte*, ni los favores de su amante... que viene a ser lo mismo. Su suerte cambiará, oídme, cambiará... No se es favorito de los reyes ni de los dioses durante toda la vida... Fortuna un día se cansa y te quita de golpe todo lo que te ha dado.

Las cómplices sonrisas que intercambiaron algunos ayudantes fueron breves pero elocuentes, mientras tiraban de las cadenas y guiaban la veintena de hombres, rumbo a la ancha puerta que reunía el tráfico de mercancías humanas y animales con que se alimentaba aquel león de cien cabezas que era la ingente mole de piedra del Coliseo de Roma.

Nada tenían ya que ver aquellos juegos, organizados por Augusto y amparados por su propia riqueza, con las primeras *venatio** que atrajeron, durante la mañana de la República, la atención de los romanos en sus horas de ocio. Lo que en un principio habían sido exhibiciones de destreza guerrera en forma de cacerías o simulados combates, devino vulgar espectáculo en la más grandiosa de las acepciones, arma política de distracción para la plebe y proliferación de la teatrocracia. Ningún augur habría presagiado la carnicería en que se convirtieron los juegos, palabra en cuyo origen había significado entre los helenos la libre competencia y el entrenamiento de las facultades del hombre, así como su exhibición. Ahora, en los juegos, podían ser sacrificados cientos de atletas dedicados a vencer o morir. Ya los había habido multitudinarios, pero la expansión y el poderío del nuevo Imperio exigían multiplicar

su grandeza en lo concerniente a cada aspecto de la vida romana, y Augusto fomentó la saciedad del pueblo y su distracción. En los últimos años algunos aurigas habían amasado auténticas fortunas al frente de sus cuadrigas vertiginosas, para perderlo todo tras una fatídica curva que los arrojaba de la cabina y los destrozaba bajo el galope de los corceles adversarios. Las carreras enloquecían a los romanos, pero aún más la pasión por los combates mortales del Coliseo, los *ludi gladiatorii**. En su mayoría, los gladiadores eran esclavos o prisioneros de guerra, entrenados duramente en los cuarteles especializados de la famosa escuela de Ravenna, o llegaban al centro del mundo tras un largo itinerario, salvando la vida por los circos de otras provincias, como Hispania, África o Siria.

Augusto se había propuesto celebrar los juegos más extraordinarios de la historia de Roma. También en eso su ambición se manifestaba irrefrenable. Cuanto él hiciera, o cuanto se hiciera bajo su mandato, debía ser más grande que cualquier otro precedente, y en aquella ocasión quiso conquistar un nuevo honor.

Hacía siete días que los juegos habían dado comienzo, tras un edicto especial del Senado comunicado meses atrás. Para no facilitar más la tarea de los ladrones, la vigilancia de la ciudad se había multiplicado, dado que las calles se quedaban desiertas durante las muchas horas en las que trascurrían los juegos. Roma entera se congregaba en las gradas. Con capacidad para setenta mil personas, era como si el Coliseo diese cabida a diez legiones de plebeyos y patricios ansiosos de sangriento espectáculo, y en contra de lo que algunos organizadores habían pensado, la tensión de los espectadores iba en aumento y crecía día tras día a medida que se acercaba la octava y última jornada, tras la cual se proclamarían los vencedores absolutos de la matanza. El sol se había levantado, alto y glorioso, como el más sediento de los espectadores, apuñalando el *vellum** del Coliseo con manojos de implacables rayos. El toldo, recientemente reparado por orden del emperador, prolongaba sus pértigas con bastas franjas de gruesa y ruda tela, y protegía a los espectadores de su ardiente mirada, a cuyo paso, en el transcurso de aquellos siete días, dos mil gladiadores y condenados *ad bestias** habían dejado su vida en la arena. La amarillenta superficie del fondo se oscurecía con la sangre derramada, hasta que los organizadores hacían sonar las trompetas para que los carros circularan por el perímetro, arrojando panes a las multitudes, y los esclavos apilasen los cadáveres y esparciesen modios* de arena a centenares con los que renovar el aspecto de la palestra. Se llegaba a decir que por el intrincado dédalo de pasadizos que había bajo la arena del Coliseo comenzaban a filtrarse goteras de sangre humana, algo que no había sucedido jamás y que excitaba los encendidos ánimos romanos, siempre en busca de un exceso superior e inigualable.

El parto había despertado de un inquieto sueño, había comido abundantemente

cuanto le ofrecieron y dedicó horas enteras de la clepsidra a armarse cuidadosamente, todo ello bajo la estricta vigilancia de uno de los ayudantes, quien, a su vez, proporcionaba al luchador cuanto pidiese. El parto hablaba poco y sólo quiso agua fresca tras la comida.

Su rostro era firme como el basalto. Atrás habían quedado la derrota de su pueblo y la captura de su familia. Poco permanecía en él de lo que hubo en otro tiempo, aparte de su destreza con las armas y un insaciable deseo de matar a cambio de vivir. Su rostro había sido quemado por el viento y el sol de Mauritania, y sus ojos eran oscuros como obsidianas; los cabellos, revueltos y polvorientos, formaban una marea negra sobre la frente y el cuello. Al que guardaba sus últimas horas se le antojó que podría ser un descendiente de Vulcano, tal era el aspecto de su fuerza, como un volcán dormido que pronto entraría en erupción, y había en su calma y en su distanciamiento un aura de dominio y un total desprecio a la muerte. El joven encargado de los gladiadores había visto cómo la agitación de la mayoría de ellos crecía con el desarrollo de los juegos, a medida que se acercaba la hora de salir a la arena, y en cierto modo lo entendía, porque él mismo era aficionado al teatro y sentía aquel miedo extraño recorriéndole los miembros antes de salir al escenario ante las cuchicheantes élites que presenciaban los dramas mitológicos. Pero aquel parto, como el famoso actor Galericus, superaba a todos cuantos había vigilado y servido en sus celdas lujosas. Era imperturbable.

Los rugidos de las multitudes inundaban con su distante clamor el laberinto rocoso de galerías que se sumergía bajo la arena del Coliseo. Las numerosas celdas, los refectorios, las cocinas, los pasillos, las trampas ocultas bajo la arena, las bestias encerradas o los presos que eran condenados a ser devorados por aquéllas ante las carcajadas de las multitudes... todo parecía guardar un mortal silencio, amedrentado ante el rugido de la verdadera e ignota bestia, la más grande de todas y las más temible, sin disponer de fauces ni de garras: el público de Roma. Sus bramidos estallaban y sus risas y sus aplausos retumbaban de una manera que pocos pueden imaginar si no lo han vivido desde aquellas reas cavidades, como quizá se escuche la locura inconsciente de la vida en los pasadizos de ultratumba, conducentes a los patíbulos de la muerte donde todo ser humano, tarde o temprano, debe rendir cuentas. Pero aquel luchador parto continuaba mostrándose impasible.

Había escogido la palestra del mirmillón: el reluciente casco con el símbolo de pez, un largo escudo rectangular, las *fasciæ** para proteger las piernas y la espada recta. Después probó sus armas, realizó unos ejercicios, y volvió a esperar pacientemente.

Un murmullo continuo parecía aliviar a las multitudes. Al cabo de un rato aparecieron antorchas vacilantes al fondo del pasillo y tras ellas, varias docenas de pretorianos escoltaban al emperador de Roma, al que seguían los contratistas en pose

aduladora y emitiendo un rumor de risas y palabras zalameras.

El que vigilaba al parto saltó de su asiento azorado y temeroso.

—Éste es —dijo el lanista deteniéndose ante la celda.

Los ojos de obsidiana volvieron a la realidad en un parpadeo y observaron con indolencia al amo del mundo. Una sonrisa fría permanecía esculpida en el bello rostro de Augusto, que inspeccionaba la figura del gladiador.

—¡Levántate! —gritó impaciente el contratista—. ¿Es que no sabes ante quién estás?

El emperador vestía la sencilla toga blanca con hilo de oro y recibía la presencia del gladiador con calculada pose, el mentón adelantado como el casco de un trirreme que apunta al horizonte. Pero el parto no se levantó, causando la ira del contratista.

Los pretorianos retiraron las barras que lo encerraban y se disponían a obligarlo a arrodillarse ante el emperador, cuando éste ordenó:

—¡Deteneos! Este hombre es libre de quedarse sentado. Yo lo he comprado. Es mío ahora y le concedo el derecho al descanso. Ya no infringe ninguna ley contra el emperador, porque el emperador le concede ese derecho. Dejadme entrar.

Los guardias intercambiaron miradas de desaprobación. La temeridad de Augusto a veces los ponía en un serio compromiso. Comerciantes, ayudantes y contratistas murmuraron inseguros, pero varios senadores de confianza sonrieron ante la grandeza del que era su líder y su verdadero dios viviente.

Augusto penetró en la cámara del gladiador flanqueado por seis pretorianos de altos cepillos violáceos en los cascos de bronce. El parto se levantó, y al hacerlo comprobaron que aquella figura arrugada en cuclillas era mucho más grande de lo que parecía, pero continuaba sin haber nada espectacular en su cuerpo y sus músculos, salvo el tamaño de sus manos y sus ojos, negros como los cristales volcánicos de Pompeya.

—He oído que luchas bien por tu vida. Hoy no lucharás por ella.

—Lucharé por mi muerte —dijo de pronto el parto en un claro latín—. Vienes a pedirme que sucumba ante el campeón de Roma.

Augusto sonrió complacido por la inteligencia del luchador, pero más aún al saberse dueño de un ardid que ni un hombre inteligente habría imaginado, y avanzó unos pasos escrutando sus ojos negros, sin respetar la distancia a partir de la cual un movimiento de aquella espada podría costarle la vida. A veces debía demostrar a todos que él, Augusto, además de emperador, era valiente.

—Me inclino ante tu inteligencia. Mi hija, Julia, hacía esta visita a menudo a quienes querían competir con el vencedor de Roma, Diocles Hércules Itálico. Lo sé ahora. Creo que muchas luchas fueron amañadas como tú dices, pero ése no es el estilo de Augusto.

—Quizá la hija de Augusto tuviese sus razones para proteger a Diocles.

El atrevimiento del gladiador, pronunciado con suficiencia e ironía, ruborizó a todos los presentes, pero cuando parecía que la ofensa había prendido en el alma del emperador, como el soplo de un fuelle sobre las ascuas de la soberbia, fue su risa lo que ocupó toda la sala.

—Estos juegos me han proporcionado grandes satisfacciones y tú me darás la última de ellas. Quizá tengas razón, y para ello te ofrezco un trato. Dado que eres de mi propiedad, así te digo: serás libre si vences dignamente a Diocles, y tendrás la ciudadanía romana.

—¿Para qué quiero ser libre si tengo a mi familia, que tus legiones me arrebataron, viviendo como esclavos en Ostia?

—En justa lucha perdisteis los partos, y mucha sangre romana fue vertida en esas batallas. Ganaron quienes tenían que ganar. Ahora doblo mi oferta: haré cuanto por mi palabra fuera posible para hallar a tu familia entera y devolvértela en iguales circunstancias que las tuyas, libres para seguirte, libres como nuevos romanos.

El parto entornó los ojos.

—Sabes que acepto, pero quisiera saber si será cierto lo que dices.

El rostro del emperador se afiló al pronunciar sus últimas palabras, consciente por fin del punto débil del inmutable gladiador.

—Tan cierto es como que tienes la palabra del emperador de Roma, tu dueño, y tan cierto es como que si pierdes, cuando tú mueras, mandaré que tu familia tenga igual destino.

Augusto dio media vuelta y abandonó la sala. Las sonrisas de los senadores acompañaron el cuchicheo de los tratantes de esclavos. Los barrotes se cerraron y el resplandor de las antorchas desapareció como el espejismo de un extraño sueño.

Drusus contemplaba extasiado el arco de fuego que el sol proyectaba en la mitad opuesta del Coliseo, sobre la ardiente arena. Setenta mil hijos de Roma se agitaban en las gradas que, desde allí abajo, junto a las balaustradas de la logia imperial, parecían levantarse hasta el cielo. Ilustres togados y senadores, sacerdotes y conscriptos, ricas hembras patricias y hetairas de lujo, matronas, abuelas y meretrices con ojos pintados al estilo de Alejandría, jóvenes damas con los cabellos a la última moda de Atenas, mancebos y esclavos domésticos, todos ellos ocupaban las gradas hasta donde podía distinguir los rostros de las familias nobles, en cuyos ojos centelleaban miradas como chispazos dirigidos a él y al resto de la familia imperial. Pero más allá, donde las cabezas le parecían hormigas y espigas de trigo, se agolpaban gentíos descomunales, oleajes de brazos, guardias en cada entrada, se alzaban y decaían los tumultos, se comía y se bebía, emborrachábanse los más animados, flameaban los pañuelos y las prendas eran arrojadas a la arena. El pueblo entero, ilustre o no, rico o pobre, estaba allí reunido, y desdichados se consideraban aquellos que no podían asistir a semejante

orgía, que quedaría recogida en los anales de los historiadores latinos como una de las más grandes celebraciones del espíritu romano.

Drusus había sido sentado junto al mismísimo emperador de Roma. Su padrastra era para él como un dios por el que daría la vida, el portador de todos los cetros y de todas las magistraturas, la mente que gobernaba y disponía el mundo, y le había cedido el honor de sentarse a su derecha, presidiendo como *editor** los juegos de gladiadores más grandes jamás presenciados. Detrás se sentaban su madre Livia, su tía Octavia y su esposa Antonia; su hermanastra Julia acompañada de sus tres hijos, Cayo, Lucio y Julia la Joven, el marido de aquélla, el ajado y marcial Agrippa, también su hermano Tiberio, a quien muy bien sabía que disgustaban semejantes espectáculos, y algunos senadores de confianza y amigos, como el poeta e instructor Horacio y el rico Mecenas, con sus esclavos, Calpurnia Pisón, viuda de Julio César, muchos nobles de la *gens* Julia, militares y favoritos, legados imperiales, y vio personajes de la sociedad romana, como el grueso Lúculo, el rey de los banquetes, a la sombra de los portadores de abanicos de plumas de avestruz que aliviaban el calor tórrido, maloliente, ázimo, acumulado en las profundidades evisceradas del Coliseo.

El emperador Augusto entró acompañado de su guardia personal. Las trompetas belísonas emitieron su llamada característica y una ovación desenfadada se apoderó del espacio. Entre las gradas privilegiadas los esclavos servían un variado *gustaticium* a base de jamón, pasteles, *garum** queso, miel y vino. Diríase que el rugido de mil leones o el estremecimiento de un terremoto envolvía el aire como un huracán capaz de ensordecer las siete colinas de Roma. Augusto se allegó a la balaustrada, de la que brotaban los estandartes aquilinos, y con estudiada pose de escultura helénica saludó a las masas enervadas, manteniendo el rostro pétreo que muestra la serena grandeza de las mejores obras de Praxíteles, extendiendo hacia el pueblo ambos brazos y haciéndolo suyo. En ese momento invitó a Drusus a levantarse, presentándolo como si los juegos enteros fuesen en su honor; una inmensa ovación siguió a la primera. Drusus sintió que se mareaba en el torbellino de gloria que lo elevaba a la talla de un semidiós, y por ellos trató de ensanchar su alma para aferrar todo aquel oleaje que estallaba sobre él. Roma entera sabía que Augusto comunicaba su deseo al pueblo: ése era su favorito y tendría ocasión para demostrar sobradamente su valía. A su vez, la aparente adopción eliminaba los jirones de sospecha que planeaban por las cabezas de los miembros del Senado y el miedo a que la familia imperial fuese acusada de practicar la vulgar y autocrática monarquía. La adopción era un signo republicano, mientras que la herencia directa en un hijo de sangre sería una clara manifestación de monarquía racial. Pero los más sabidos comprendían la sonrisa de Augusto, posiblemente el legítimo padre de Drusus, pocos meses antes de pedir a Livia que se divorciase y de llegar a un acuerdo con su marido, Claudio Nerón.

Tras sentarse, el maestro de ceremonias abandonó la balaustrada y dirigió a los

espectadores el toque de su trompetilla anunciadora. Iba vivamente coloreado y sus pestañas eran largas como crines; sobre la testa lucía la corona de laurel. El actor, pues tal era su profesión, se encaró a las multitudes expectantes a voz en grito y con exagerados gestos propios de una gran tragedia.

—¡Las últimas remesas de gladiadores saldrán a la arena! ¡Tras nueve días, el décimo verá llegar al rey entre los matadores, al más fiero tigre del Imperio, al más rápido de los tracios, al más pesado de los samnitas y al más raudo de los mirmillones...!

La multitud se impacientaba y comenzaba a rugir. No faltaron las hortalizas que llovieron en busca del *græculus*; los más ansiosos deseaban la continuación de los juegos. Las trompetas de Augusto impusieron silencio ante el discurso del actor Galericus.

—¡El emperador de Roma, sagrado Augusto, y el Senado de Roma invitan al pueblo a contemplar el ansiado final de estos juegos, los más grandes de la historia, cuando el último vencedor irá al combate póstumo en busca de la gloria, cuando los vencedores de los últimos días, los campeones más grandes, se enfrentarán a muerte hasta que aparezca libre el dueño del Coliseo! ¿Será Diocles, el Hércules romano?

Las ovaciones volvieron a repetirse ante la sola mención de Diocles, y ya ni las éneas trompetas de Augusto pudieron frenar los apetitos de destrucción que remolineaban sobre las catervas amotinadas, enceguecidas por el deseo de espectáculo y sangre.

—¡Así pues, con esta llamada doy por comenzado el final de los juegos! ¡Ábranse las puertas de la muerte! ¡Es el principio del fin, la apoteosis, lo más alto! *Deus ex machina!* ¡Que entren los gladiadores!

El actor Galericus volvió a la entrada de los maestros e hizo sonar su trompetilla tras trepar al palco de los suyos, donde se hacinaban contratistas del espectáculo, tratantes de esclavos, sus privilegiados familiares y los funcionarios del Coliseo.

Las puertas se abrieron.

El gladiador parto se ajustó el casco mirmillón, recordando, como siempre hacía, la leyenda de Aquiles. Después se vio inmerso en un tumulto de piernas y brazos que corría entre gritos y olores nauseabundos, en un hálito de fieras allí encerradas, de excrementos, sangre y mataderos, avanzando por los pasadizos de un ovillo de piedra que se desenredaba en busca de la luz del sol, y, a diferencia de Teseo, no sería la libertad lo que allí le esperaría al final del laberinto, sino la prueba final a vida o muerte.

De pronto una arcada cegadora derramó luz entre las cabezas erguidas y acorazadas. El resplandor creció hasta que, bajo el rastrillo de sus fauces de acero, se vio arrojado a un gran terreno despejado en el que muchos otros luchadores brillaban

aferrando sus armas, desorientados por el ruido descomunal que hacía temblar el suelo arenoso. Todos los gritos parecían dirigirse directamente contra ellos. Una trompeta los convocó y se agruparon bajo el palco imperial. El parto recuperó su acostumbrada calma, levantó el brazo y pronunció las palabras esperadas:

—*Ave Cæsar, morituri te salutant**!

—*Audax Iapeti genus**... —se dijo Augusto a sí mismo—. Ver morir a los hombres es tan instructivo como verlos nacer, Drusus —habló entonces el emperador en tono confidencial, después de devolver el saludo a los gladiadores—. Hijo, observa cómo estos hombres disponen de sus armas, porque cuando estés en el campo de batalla al que pronto irás, igual suerte que a ellos te puede guiar a ti.

Un general debe ser consciente de sus fuerzas. Sus legiones son sus brazos y sus piernas, y deben responderle como si fuesen un único hombre, y cuando las circunstancias lo acosen debe saber que guardar la calma es tanto o más importante que encegucerse. Pronto lo entenderás.

Drusus asintió con ojos ávidos. Siempre devoraba cada palabra que su padrastro le dedicaba y la aherrojaba en su mente como el tesoro máspreciado. Ahora se inclinó para contemplar el temible espectáculo.

Habían acabado los ejercicios con que los gladiadores probaron sus armas y sus músculos bajo un vendaval de insultos y vejaciones que procedía de las multitudes, ansiosas de combates. Entonces el maestro de ceremonias anunció las parejas establecidas para las luchas, se retiraron a una suerte de claustro enrejado quienes aguardaban su turno, y entró la primera pareja de contendientes.

Reciario contra samnita siempre era una combinación atractiva. El reciario escogido era negro y fibroso, y su uso de la red le valió más de una puñalada de gran peligro. A punto estuvo el samnita de morir por uno de aquellos descuidos, pero consiguió herir al reciario con su gladio tras un feroz mandoble. Se hizo silencio. Los gritos de los luchadores inundaron el aire, como si las multitudes aspirasen el aliento de sus animales sacrificados. El samnita ya era favorito en las apuestas. Pesado y corpulento, bien protegido por la pechera y el casco de aletas, se sabía casi vencedor, cuando un movimiento imprevisible de fatal puntería clavó el puñal de su rival en su muslo izquierdo y el cuatridente del herido rayó con furia su rostro, desfigurándolo. Un murmullo sacudió el Coliseo tras el grito de dolor; las apuestas se torcían, muchos romanos veían sus sestercios en la letrina. El negro y hábil reciario clavó de lleno el gran tenedor en el hombro derecho del samnita, que perdió el gladio bañado en sangre. Tomó el puñal y lo puso en el cuello del adversario, que quedó postrado ante él, de rodillas. Eran docenas de miles los que se habían visto defraudados por el samnita, y cientos de miles los sestercios que cambiaban de manos, así que los gritos e insultos inundaron como una furiosa marea el Coliseo, y los puños cerrados

extendían los pulgares hacia abajo.

—*Iugula! Iugula! Iugula**!

Las miradas se dirigieron hacia el palco imperial. Durante aquellos largos instantes el luchador reciario mantenía sus ojos clavados en los del adversario, horrorizados, casi vacíos, suplicantes. Sobrepassado el primer momento de la furia del combate, para el vencedor dar muerte al vencido se convertía, si había restos de humanidad en su interior, en una tarea sucia, propia del peor de los esclavos. Augusto cedió el honor a Drusus. Este se alzó con el brazo extendido y mostró haber aprendido la primera lección de todo buen político: no contradecir, sino adular los deseos de las masas. *Pollice verso**.

El puñal se hundió en la espalda del vencido, de la que brotó el esperado chorro de sangre tras el último grito de unos pulmones que se ahogaban en un baño de muerte.

—¿Has oído hablar de Marcus Lollius? —preguntó Augusto, sin prestar atención a los tumultos de las masas.

—El derrotado de la Quinta Legión —dijo Drusus, recordando el desastre acaecido en el norte, cerca de la frontera del Rhenus.

—Los bárbaros le arrebataron el Águila de Plata y los estandartes de Roma —continuó el emperador—. Pero, además de la vergonzosa derrota, esto ha puesto de manifiesto nuestra debilidad en el norte. Desde la partida de Julio César, nadie ha conseguido pacificar el *limes** del Rhenus. Los germanos son pueblos inquietos que a menudo se aventuran contra nuestros cuarteles o saquean los territorios galos. Siempre aguardé esta hora, y siempre supe que debíamos actuar en el momento preciso. ¿Sabes cómo sería el legado que conquistase Germania?

Los ojos de Drusus, valientes y expectantes, se posaron absortos sobre los de su idolatrado mentor.

—Sería como Julio César —dijo el emperador—, pues ofrecería a Roma el dominio de toda la tierra hasta el norte, y eliminaríamos el peligro que supone ese territorio junto a las grandes estepas de Sarmatia que se extienden más allá de Noricum* y de Panonia*. Ese vencedor traería millones de esclavos a Roma, hombres fuertes y mujeres recias, así como muy hermosas otras, como he visto en mis campañas de Hispania contra los cántabros, pues algunos jefes galos traían esclavas germanas capturadas en las invasiones de Julio César. Ese conquistador sería reverenciado como uno de los más grandes de nuestra historia.

Augusto fijó su mirada tentadora en los ávidos ojos de halcón de Drusus con el experto cálculo del mejor cetrero.

—Hijo, pronto viajaré a Lugdunum para quedarme allí una temporada y organizar la gran invasión de Germania. Pero no seré yo quien capitaneé esa gloriosa marcha de

Roma al frente de las legiones.

Drusus sentía que su corazón latía desbocado. Una ovación de la multitud anunciaba el final de otro combate. Augusto se alzó y vio el disgusto de las masas. Extendió el brazo y el puño cerrado con el pulgar apuntando hacia abajo. La muerte satisfizo al Coliseo.

—A quien he elegido para este empeño de Roma no será Lollius, que desea restablecer su honor, ni Sentio Saturnio, que combate en la frontera del Rhenus desde hace años, ni al jovencísimo y brillante Paterculus. Será Drusus Claudio Nerón, mi hijastro, quien llevará mi anillo y el manto púrpura, así como la coraza de plata con la cabeza de Medusa esculpida, la que lució el mismo Julio César en su conquista de las Galias, la que petrificó a sus enemigos.

Drusus parecía haberse quedado sin habla. Ya no era capaz de oír el escándalo que animaba al Coliseo entero, a merced del nuevo combate.

—Acepto el mandato, si mi emperador así me lo pide —dijo al fin, como si de un instante a otro hubiese dejado de ser un joven impresionable.

—Sólo tú y unos pocos de confianza lo saben. Déjame hacer. Partiremos hacia Lugdunum muy pronto, pero antes nos despediremos dignamente de Roma, para que nuestro recuerdo no pueda ser borrado con facilidad.

La hecatombe continuaba empapando la arena. Un nuevo pulgar inclinado ordenó el degüello del último vencido. Las masas se mostraban sedientas, ansiosas por presenciar la catártica batalla final, y cualquier vencido les parecía despreciable frente a la premura por llegar al punto culminante de una matanza que ya duraba ocho días. El maestro de ceremonias anunció ahora una batalla entre varios grupos a modo de interludio, antes de pasar a los combates finales. Un mirmillón con el símbolo del pez en el casco había ganado los últimos enfrentamientos, acaparando la simpatía de un amplio sector del público y la orientación de muchas apuestas.

El parto se movió como una roca frente a un galo gigantesco que blandía una larga espada y gritaba su furia. Sus pasos firmes parecían clavarse para saltar después a una nueva posición. Sus golpes eran tan fieros que consiguió herir al gigante de yelmo cónico tan malamente, que cuando llegó la hora de su ejecución debió esperar el golpe de gracia a cuatro patas, como un buey sacrificado.

El senador Sexto Quintilio Varus se volvió hacia su hijo Publio y otros dos senadores.

—Augusto nos distrae para que no reparemos en el desastre militar de la Quinta Legión. Hacía mucho que no era derrotada de esa manera una legión emblemática, y se ha perdido el Águila de Plata...

—Estos juegos no son ni más ni menos que unas *annonas** pervertidas —abundó Cneo Polibio, retocándose la espléndida toga como si con cada mandoble del nuevo combate hubiese sido salpicada por la sangre que allí se vertía.

—¿Quién se atreverá a sentir herido el orgullo de Roma, cuando dos mil hombres son sacrificados en ocho días? —terció Quintilio Varus—. Ya sabéis cómo ha financiado estos juegos... Augusto deja que sus colaboradores más cercanos se hinchen de dinero como esponjas, para exprimirlos después en el momento idóneo.

—Tu puñal, Varus, atravesó el pecho de Julio César en defensa de la República y del Senado, y ahora Augusto se sirve de cuanto quisimos destruir para burlarse de nosotros.

—Pero nada hay que se pueda hacer. Hijo, ¿qué te dijo de la administración de Siria?

—La audiencia no fue muy larga, pero el emperador se mostró animado por los nuevos tributos. Por lo demás, padre, Siria será una provincia de buen proceder en el futuro, no dudes que así será.

—Cuidado con esos fanáticos... ya sabes que Herodes el Grande es un astuto embaucador. Si Augusto viese errores en nuestra familia no perdonará el momento y lo aprovechará para vengar sus causas.

—Es menester mantenerse al margen —añadió Polibio—. Nos engaña la apariencia del bien. Esa detestable hambre de gloria nos ha robado la República para regalarnos el Imperio.

—Quién sabe, quizá llegue la hora adversa de Augusto, y entonces... *Caveant consules! Debellare superbos**...

La hora del combate final había llegado casi con cierta premura. Los tributos que la muerte se había cobrado en el Coliseo superaban las cuentas antiguas, y aquel día, el último, había pasado de hora en hora tiñendo con el rojo de los sacrificios las sombras que avanzaban por la arena. Varios carros de esclavos penetraron en el recinto y lo recorrieron arrojando panes a las multitudes. Otros esclavos corrían a acumular los cadáveres que serían retirados en grandes carretas de carga. Pies y manos inertes colgaban por los costados de la primera que abandonaba el escenario, y un reguero goteaba entre las líneas inscritas en la arena por sus ruedas. Les aguardaba la difícil tarea de desarmar a los muertos y lavar sus prendas, así como enviar las armas melladas a las herrerías. Pero en el lenguaje del tiempo nada perdura, la palestra fue renovada, los grumos de tierra y sangre barridos y retirados, y recubiertos con arena amarilla traída *ex profeso* desde las playas de Ostia.

Julia había asistido con moderado interés al desarrollo de la jornada. Compartía con Tiberio una cierta indiferencia hacia el espectáculo, aunque los cuerpos habían llamado su atención desde niña, cuando su padre la llevaba de la mano a visitar las

mazmorras subterráneas del gran edificio. Tenía recuerdos confusos, y sintió miedo ante aquellos hombres, aunque el eco de las multitudes vociferantes le había producido un terror desconocido y superior.

Esperaba bajo su aspecto indiferente y atento que Diocles hubiese sido absuelto en una de las luchas previas. No deseaba que llegase hasta el final, porque eso significaba a menudo, en juegos de aquella magnitud, una lucha a muerte. Y el público de Roma no aceptaba la proclama de un nuevo campeón sin humillar a fondo al vencido, salvo que se celebrase un singular combate. Y mucho peor si el vencido había sido favorito, y su derrota despertaba las iras de los que apostaban dinero a su favor. Pero el desarrollo de la jornada había conducido hasta la nefasta situación. Cinco combates más habían convertido al mirmillón parto y a un secutor* dacio en los últimos favoritos, y la victoria del combate entre aquéllos fue propiedad del parto. Ahora la arena había sido renovada de nuevo para el combate póstumo.

Augusto se incorporó ante Roma, a la que deseaba sorprender. Las multitudes volvieron a rugir. Se abrieron las puertas del infierno y se alzó el rastrillo. Dos jaulas penetraron en el recinto. Se situaron en lugares opuestos del círculo y al abrirse liberaron dos leones. Asustados por los gritos, hambrientos y nerviosos pero con poderoso porte, los reyes africanos trotaban dando muestras de una ferocidad tal que pocas veces se había visto en dos machos de tan portentoso tamaño. Fue entonces cuando una tercera jaula avanzó hasta el centro mismo, se abrió y arrojó un niño a la arena. El muchacho se quedó paralizado por el terror, quieto como una piedra, mientras el carro chirriante volvía y desaparecía. Los leones todavía parecían aturcidos por los gritos de la chusma, irritados, y se evitaban uno al otro, de modo que no abandonaban la patrulla del perímetro, hasta que uno de ellos, sin causa aparente, emprendió un galope con el que se aproximó demasiado al muchacho, quizá con objeto de intimidarlo u olerlo mejor en medio del confuso mar de hedores que se acumulaba en el fondo del Coliseo. El niño se derrumbó ante la visión del león y se quedó sentado, presa del pánico. Uno de los guardias hostigó con una pértiga al otro felino, que reaccionó blandiendo su potente musculatura y sus garras con una fiereza y una brutalidad que incendió los ánimos de los espectadores.

Hubo confusión durante aquellos instantes en todo el Coliseo. Había gritos encontrados, y pulgares apuntando hacia arriba que pedían la liberación del joven condenado. Entonces Augusto se apresuró a mostrar su pulgar hacia arriba. Fue en ese momento cuando se abrió una de las celdas de abajo y allí apareció el héroe que enervaba las masas. Iba ataviado como el mismo Hércules. Las fauces del león asomaban sobre sus cabellos oscuros, los grandes caninos superiores enmarcando sus cejas, y portaba las armas del gladiador hoplómaco: escudo, coraza, cuero y la *ocrea* metálica protegiendo la pierna derecha. Avanzó con pasos fuertes y decididos hacia el

muchacho. El público romano estalló de júbilo. Uno de los leones se aventuró en busca del gladiador. Trazó un círculo y de pronto se abalanzó con un zarpazo. La espada de Diocles hirió la pata de la fiera, que con un profundo rugido trató de intimidar al luchador. El otro león se aproximó cautamente, clavando su mirada ominosa y dominante en la presa más pequeña, aprovechando la distracción del protector. Diocles obligó al muchacho a volverse un ovillo y lo ocultó entre sus pesadas piernas.

Un nuevo toque de la corneta hizo que el contrincante mirmillón entrase en la arena. El desafío de Augusto estaba claro, primero tendrían que vérselas con los leones y después entre ellos. Así quedaría garantizado un extenuante combate.

El parto amenazó sorpresivamente a uno de los leones, que huyó dando unas zancadas para volver a la carga. Mientras Diocles giraba sobre sí mismo sin poder abandonar al niño, el mirmillón buscaba el combate con las fieras. El público vibró cuando se lanzó a mandobles contra la más agresiva, y una ovación le saludó al alcanzarla con el filo de la espada. La bestia sólo retrocedió para volver a la carga.

La atención del público se desplazó hacia Diocles cuando el otro león posó las garras sobre sus hombros y proyectó sus fauces contra aquéllas que le equiparaban al matador de Nemea. No pudo valerse de la ocasión para enfiar los pulmones de la fiera y su gran peso, tratando de evitar que cayese sobre el niño, le venció. La bestia acosaba a su víctima con saña entre rugidos y zarpazos. Toda Roma se preguntaba si asistía al fin de Diocles.

Julia se alzó instintivamente, raptada por un miedo que superaba lo que había conocido hasta entonces. Si tras su gélida belleza latía un corazón, en aquel momento despertó y la sacudió acortándole la respiración. Su marido reía animado por la escena; a fin de cuentas, pudo constatarlo, ella no era la única espectadora que sufría el momento. En ese momento su padre, Augusto, se volvió y la miró con sus ojos grises y luminosos.

Esa mirada bastó para que Julia lo comprendiese todo.

La sangre de Diocles había comenzado a mancillar la arena virgen. El león lo arrastraba a zarpazos, y el niño gritaba presa del pánico: cuando elevó el rostro, el auténtico horror descendió sobre él con las fauces abiertas y los ojos de furia del león vencedor. En ese preciso instante la expresión del animal cambió. Un espasmo cruzó sus ojos y sacudió su cuerpo, al tiempo que se apartaba jadeando. La cabeza y la lengua le pesaban. Arrastraba las patas. Por fin se desplomó como una montaña. Detrás vieron la figura impasible del gladiador, su silueta cegada por la cercanía del sol, que brillaba junto a su yelmo de mirmillón como la corona de un nuevo Zeus. El niño y Diocles vieron cómo se volvía con el brazo extendido hacia el palco imperial. El estupor de las multitudes se tornó atronador aplauso. Más allá yacía muerto el otro

felino. El parto había salvado de la muerte al mismísimo Diocles.

Julia sonrió satisfecha y ruborizada. Muchos pulgares se alzaban para ambos gladiadores, indicando que renunciaban a la lucha entre el parto y Diocles, quien se había atrevido a sacrificar su vida con tal de salvar al muchacho, pues sólo esa estoica determinación le había hecho fallar frente al ataque del león. Todos sabían de sobra lo hábil que era Diocles en los combates de fieras, donde había llegado a pelear él solo contra tigres, leones y toros.

Augusto miró fríamente al mirmillón, que permanecía saludándolo como una estatua impasible, a la espera de su decisión. El emperador recuperó el temple de su raza y se inclinó por imponerse. Mandó que retirasen al muchacho. Pidió combate a muerte entre Diocles y el mirmillón.

Julia atravesó la nuca de su padre con una mirada llena de odio. Hubo general desconcierto en las gradas, riñas, disputas, peleas y, finalmente, nuevas apuestas. El público no estaba de acuerdo con la decisión del emperador. Habría preferido mantener vivos a los dos formidables gladiadores, haberlos proclamado vencedores. Pero Roma sólo tenía un vencedor, y ése era Augusto.

Diocles y el parto se miraron aborrecidos. Se sintieron forzados como vulgares esclavos. Diocles mostraba heridas profundas y tenía que pelear hasta el final con el que unos momentos atrás le había salvado de los mordiscos de la muerte. Exquisita Roma. Divina Roma. El parto reflexionaba en sus jirones de pensamiento cómo Roma destruía a los pueblos y a los hombres, desmembrando su honor, sembrando la discordia entre sus mandatarios, obligándolos con astucia a sucumbir ante sus tentaciones y deseos. Igual sucedía allí mismo, en la arena, donde el amo del mundo los obligaba a ser menos que personas, menos que fieras hambrientas como los leones, que habían sabido luchar a medias contra sus contrincantes para convertirlos en su alimento. El parto había sido un hombre de guerra en su pueblo antes que esclavo, y conocía el honor. Dejar morir por capricho a otro hombre que peleaba contra un enemigo común, como ahora habían sido los leones, eso era deshonor, y obligarlo a combatir contra él, desgarrado por los zarpazos, no estaba a la altura de su concepción de la lucha. Entonces imaginó junto a su propio cadáver los de sus hijos, y sintiéndose miserable cargó con todas sus fuerzas contra Diocles.

Fue un combate desigual y dramático. El público asistió a la derrota injusta de su ídolo. Julia tomó la mano de su hija y abandonó el palco imperial, camino de los pasillos que conducían a las salas interiores. No hubo prácticamente tumultos cuando el parto hirió a Diocles en un costado, ni tampoco cuando éste se levantó a pesar de todo y trató de defenderse, ni cuando un grito de furia y dolor brotó de su pecho desgarrado. La ovación no fue atronadora cuando Diocles cayó de rodillas, rendido por el esfuerzo, el abandono y la pérdida de sangre.

El público de Roma pedía con unanimidad el perdón para el vencido. Sólo los

sectores más radicales y los borrachos exigían la muerte de Diocles, que tantos espectáculos había entregado al Coliseo. Augusto se levantó y corroboró la decisión del pueblo, perdonando al vencido. El parto permaneció exhausto y firme como la estatua de un Marte Vengador en medio de un desierto ensangrentado.

Julia aguardó la llegada del cuerpo de Diocles, y lloró al verlo, todavía vivo. La crueldad de su padre había agitado su interior de tal modo que no se sabía dueña de sí misma. Aproximó su rostro egregio al del gladiador tras pedir que abandonasen la celda, y le mostró a la niña, la pequeña Julia.

—Salúdala, Diocles, pues es tu hija.

—Mi hija... —murmuró el malherido—. Nunca...

—No. Nunca te lo dije, y jamás te lo habría dicho si no hubieses estado así... Pero no debes irte sin saberlo.

Los ojos azulados de Julia se habían llenado de fuego con la luz de las palmatorias, y las lágrimas resbalaban por sus pómulos tersos y limpios.

—Yo te amé, Diocles, aunque nunca quise que lo supieses, para evitarte mayores sufrimientos. Sólo deseaba que disfrutases de mí.

—Julia...

—Dime, amado Diocles, dime ahora...

—Todas las horas de la vida duelen... pero la última mata —consiguió decir el gladiador—. Cuídala...

Los físicos entraron en la celda. Sus ayudantes cargaban con todo tipo de utensilios y ungüentos, pomadas y bebedizos.

—Lo vamos a dormir con mirra y mandrágora —afirmó uno de ellos.

Julia se retiró con su hija. Otro de los físicos se aproximó a ella en el pasillo y le dijo:

—A pesar de la gracia del sagrado Augusto, no sobreviviré. Las heridas son muy profundas y ha perdido mucha sangre.

—Mi padre sabe lo que hace, lo sabe —dijo Julia amargamente, mientras veía cómo antorcheros y pretorianos escoltaban al mirmillón vencedor.

Reinaba la luna sobre los jardines de la opulenta *domus* de Lúculo. El aroma del jazmín y del opopónaco se mezclaban con el susurro de los pinos, cuyas copas sombrías se recortaban contra un cielo místico, azul profundo, en el que hasta las estrellas palidecían a causa del fulgor que clareaba los paseos empedrados, los rincones furtivos de los amantes y los regatos grises formados por los estanques. La extraordinaria mansión de Lúculo requería de amplios jardines que condimentasen el aire con que alimentaba su exquisito olfato y permitiesen el óptimo crecimiento de

sus árboles frutales traídos de Damasco. Así, la foresta de columnas y arcos, coronada por figuras mitológicas de mármol, se asomaba a las sombras de la noche desde el espacio privilegiado en el que servía sus platos exquisitos. Y mientras Diocles era cubierto con el manto mortuorio, un magnífico banquete era servido en la mansión de aquél que había llegado a adorar la cocina como la más suprema entre las artes.

Lúculo había engordado tras su retiro a Roma desde las provincias orientales, decidido a morir en el placer de los sabores después del hambre sufrida en las campañas militares de los desiertos de oriente y la sitibunda escasez de sus áridos paisajes roqueros. Había mantenido arduas discusiones con los poetas, sosteniendo que los manjares ofrecían el veraz y supremo arte, por encima de la filosofía y de la poesía, y que la combinación de sus sabores desbancaba la complejidad de las rimas exactas y de los ritmos más pulcramente acentuados de las sátiras o de las églogas*. Para Lúculo, sólo la danza y la música podían aproximarse a una concepción del banquete en el que, lejos de la concepción platónica, la palabra humana debía amenizar el placer de la comida, y nada más. Sostenía con sus adeptos epicúreos que el placer centrado en el momento de la vida, en busca de la apoteosis de la inmediatez, era la verdadera y absoluta obra de arte, y que la comida era la gran desconocida por redescubrir entre las artes mayores del Parnaso, por lo que junto a sus musas Clío y Urania, por encima de Calíope y de Melpómene, había añadido a *Lucúlupe*, la musa de los sabores, en honor a su propia dedicación, casi sacerdotal, y a su pretensión descubridora. La placentera comida era la verdadera ambrosía*, la gran catarsis del epicureismo, pues junto al alimento indispensable aunaba el profundo y eterno placer de la naturaleza reinventada en el seno de la cultura superior: no había otra manifestación de una necesidad humana en la que pudiese recrearse un arte tan refinado como cualquier otro ingeniado por los ociosos griegos, ni siquiera el sexo, a su juicio. Sus alegatos en el Senado contra la anticuada ley Licinia, que fijó en el año 95 a. C. un límite a la cantidad de alimentos que se podía servir en el transcurso de un banquete, le habían convertido en el campeón de las noches de Roma.

Hasta tal extremo había llegado su entrega, que una noche, sintiéndose mal servido por sus afamados cocineros, les preguntó la razón de tan mediocre sencillez y de tanta fatalidad en la sucesión de los platos, a lo que sus sirvientes le respondieron que habían obrado así por no haber invitados ni grandes banquetes anunciados para la ocasión, a lo que él les contestó con suficiencia:

—Esta noche, Lúculo cena en casa de Lúculo.

A lo largo de su vasto salón de mármol rojo de Siria, aparecían erguidas todas las musas de las artes rindiendo tributo a una hermosa manifestación escultórica. Sólo

Terpsícore, a su derecha, y Euterpe, a su izquierda, musas de la danza y de la música, se inclinaban servilmente ante aquélla a la que Baco ofrecía una copa de vino, a la extraordinaria y carnosa Lucúlope, divinidad de las artes suntuarias del sabor, reveladora de los misterios y de las maravillas de la *agri cultura**, emperatriz de la *re coquinaria**.

—Apicio, atiende a estos platos, pues propongo novedades que marcarán el rumbo de los gustos a lo largo de la historia —dijo Lúculo a un joven patricio, estudioso de la cocina y hábil escritor.

La selecta y escogida compañía romana ya se había congregado en el hermoso cenáculo. Unas palmatorias concentraban su luz tenue y palpitante al pie de Lucúlope y de Baco, a cuyo alrededor se disponían los preeminentes *lectus* en los que se recostaban los invitados, dejando libre el espacio central del *triclinium**, la reflectante superficie de mármol en la que se ofrecerían música y bailes exóticos.

Sus elegidos ya eran adeptos de la nueva filosofía, y muchos de ellos asistían prendados por la búsqueda del placer. Cuántos nombres, hoy desconocidos, acaparaban fortunas ilimitadas para la época, y muchos de ellos, por no decir *todos* ellos, se entregaban al desenfreno de los placeres, a sabiendas del invencible protectorado de las legiones sobre inmensos latifundios que sus esclavos explotaban a cambio de comida. Vivían la época gloriosa del albor del Imperio, eran los espíritus triunfantes en el mediodía de la cultura romana, en la sobreabundancia de las pasiones y en la riqueza sin límites. El nuevo culto que abanderaba Lúculo y que muchos otros secundaban por todo el Imperio. Era la opción bella de los ricos, de los poderosos, de los que se habían columpiado en el balancín del sistema romano. Abajo quedaban los infames, los hambrientos y los vencidos, los mutilados, los masacrados y los esclavizados: sacrificios a la gran vida eran todos esos en el altar del Tiempo, en un mundo contradictorio que parecía premiar aquel nuevo sistema global que gobernaba a los pueblos y los sometía a sus superiores legislaciones.

Ya habían ocupado sus *lectus* el poeta Ovidio y el millonario Mecenas, también estaban allí los enamorados Drusus y Antonia, cuando Julia entró rodeada por su guardia personal. Su belleza atrajo la atención de cuantos allí se congregaban; sus cabellos habían sido mojados con un aceite al estilo de Atenas, y el vestido abierto dejaba perfilar su torso espléndido. Los pendientes brillaban como luciérnagas, y el maquillaje de sus ojos impedía suponer las lágrimas que había vertido por Diocles. Sin embargo, Julia era enigmática, la obra maestra de su padre, y había heredado la impenetrabilidad de sus pensamientos, profundos y oscuros como los pasadizos de un templo egipcio.

Lúculo ordenó el comienzo del banquete, y los esclavos sirvieron un variado *gustaticium* a base de huevos, aceitunas de Betio, dátiles de África, albaricoques y pistachos, acompañados con tartaletas de *allec**, *libum**, *moretum** y *epityrum**. Los

comensales intercambiaban conversaciones de complacencia, cuando entraron los bailarines. Lúculo los sorprendió con un conjunto indoiranio que representaba con sus bailes la adoración y el mito de Mitra, invocando la luz, el sol y la muerte del toro, al que el dios perseguía. Fue servido un puré de habas aderezado con flores de malva, ligústico y semillas de hinojo, que los esclavos, a una señal de Lúpulo, rociaban con chorros de aceite de oliva. Después llegó el cabrito al estilo parto; los comensales tomaban con los dedos los jugosos pedazos a medio tostar por fuera y crudos por dentro, que mojaban en una salsa hervida con pimienta, ruda, cebolla, ajedrea, pulpa de ciruelas de Damasco y *laserpicium**. Se escanciaron en las copas cretenses, revestidas de imágenes, vinos de Fundi, no aguados, desde luego, como se servían normalmente en las tabernas y posadas de los caminos de Roma, sino densos y recios, de un sabor que perduraba tras el paso de los pedazos de carne. Los rostros se alborozaban y la música acompañó las contorsiones y mimos de los bailarines, cuando fueron servidas las láminas de pulpo cocido con jengibre picado y salsa *garum*, y el jamón con pastel de bigo, la sopa de cebada, el vino negro de Trifolio y las dulcísimas *encytum** a base de harina de farro, queso y *mulsum**.

XI

14 a. C., Roma

La interpretación del *Laureolus* en uno de los teatros al pie de la colina del Palatinado había acaparado la atención de los entendidos. Obras como aquélla empezaban a ganarse la atención del público, pues combinaban la parte hablada con el mimo, y permitían la actuación a las mujeres, que en el caso de las tragedias estaba prohibida por la ley. Galericus, el magistral actor griego que más partidarios tenía en la ciudad de Roma y que, a su vez, oficiaba como maestro de ceremonias en el Coliseo, interpretaba el papel de un ladrón homicida al que terminaban por condenar a muerte. Galericus era odiado con margen de diferencia entre los actores de la escena romana, porque pretendía erigirse en campeón de las musas y favorito de los públicos a costa de su banal prostitución en el Coliseo, donde, según el criterio de sus difamadores, se ofrecía al escarnio de las incultas masas a cambio de amplificar su fama. Pero el veterano actor, protegido por importantes personalidades como el arquitecto Marco Vitruvio Pollio, autor de la conocida obra *De Architectura*, dedicada a Augusto, conocía bien la envidia, elemento indispensable e ineludible en el drama de la vida humana, y se preguntaba retóricamente, al escuchar aquellos hipócritas comentarios, si acaso no eran las mismas élites que sus rivales ensalzaban como la aristocracia del teatro aquéllas que se presentaban en el ardiente Coliseo en busca de jolgorio y espectáculo sangriento. De modo que, con o sin el permiso de Apolo y las musas, esa noche decidió dar una lección a quienes así pensaban y a la misma historia de las artes escénicas.

Con la nueva representación del *Laureolus*, las gradas habían sido ocupadas por muchos de los que se dedicaban al teatro, no sólo de los aficionados de costumbre, sino también de los actores que odiaban al famoso Galericus. Las clases cultas y los hombres de letras ocupaban las primeras gradas, pero, en general, el teatro no se había llegado a llenar del todo.

Mientras la voz de Galericus declamaba contra los dioses, convertida en el instrumento sonoro de un vulgar asesino y ladrón, Drusus se inclinaba sobre el hombro de Antonia y le susurraba palabras de amor.

—Basta —le decía ella entre risas, hasta que un siseo intolerante y anónimo obligaba a Drusus a ceder ante los encantos de la bella Antonia, que ya se había convertido en su mujer. Augusto al fin lo había conseguido: había unido a su hijo con la hija de su hermana Octavia. Otra vez el destino de sus designios imperiales volvía a estar donde siempre debía haber estado.

—Antonia, quiero saber algo.

—¿Qué es? —repuso ella sin mirar a su marido.

—Se trata de Lugdunum.

Antonia se volvió hacia los ojos de Drusus.

—¿Lugdunum? Es una ciudad bárbara.

—Es una ciudad romana, Antonia.

—Llena de bárbaros.

—Augusto me ha pedido que le acompañe en su viaje, partiremos pronto y nuestra estancia allí será larga.

—¿Qué tienen que hacer mi tío y mi esposo en ese lugar?

—Oíste hablar del desastre que avergonzó a la Quinta Legión *Alaudæ*, pues Augusto planea reforzar las fronteras del Rhenus, a la que seguirá la más grande invasión de Germania. ¿Y por qué crees que Augusto nos concedió el nombre de *Germánico* para nuestro primogénito? Porque ya sabía lo que me reservaba: la conquista que me hará grande ante los ojos de Roma y del mundo entero.

Los alciónicos ojos de Antonia se entristecieron. Recordó las campañas de su padre y su muerte en Egipto.

—No quiero que partas ahora, queríamos otro hijo...

—Y lo tendremos, pero Roma vencerá en el norte bajo mi mando. ¿Qué hay más grande bajo el sol para un hombre? Antonia de mis ojos, ¿no ves lo que significa para mí, para nuestro hijo, para nuestra familia, para Roma...? Augusto desea que los planes permanezcan en secreto y nada más puedo decirte. Quiero saber si querrás venir a Lugdunum. Quiero que me acompañéis, los dos, mi familia. Después nos estableceremos en Colonia Agrippina*, la ciudad más grande en el norte, y siempre puedes regresar a Roma cuando vaya a nacer nuestro segundo hijo, si así lo prefieres.

La voz de Galericus se volvió agónica, y las muchachas abandonaron el escenario y el mimo. Un silencio expectante ocupaba el teatro bajo las estrellas, cuyo brillo enmudecía ante las antorchas del escenario.

—¿Qué me dices, Antonia, esposa?

Escucharon un golpe seco en el escenario, al que no prestaron mayor atención, absortos como estaban en sus propias preocupaciones.

—Yo sé que los deseos del emperador son los deseos de nuestra familia, y si debo ir, iré. Pero...

De pronto se desató un tumulto en las gradas. Varios espectadores se alzaron escandalizados. En la escena, Galericus había sido ejecutado. Antonia sintió la presencia de un pensamiento nefasto, si acaso aquel suceso fuera un mal presagio, pero lo desterró de su mente. La condena a muerte del asesino que representaba se había llevado a cabo con tal realismo, con tal precisión, que cuantos no quedaron estupefactos ante el hachazo del verdugo se alzaron clamando contra el polémico

actor. Máscara y cabeza habían rodado por el escenario y allí se habían quedado, en pos del público, clavando los ojos vacuos de la divinidad en las multitudes. Los espectadores de las gradas más alejadas protestaban por el tumulto. Ovidio y otros partidarios de Galericus aplaudían y vitoreaban a grito en voz, mientras el horror crecía en las primeras filas, donde veían el cuerpo decapitado del que manaba un charco de sangre, más trágico que los pañuelos purpúreos que extendían con motivo de esas ejecuciones y muertes fingidas. El resto de actores miraba con el rostro pálido la macabra ocurrencia, y dos de las actrices cayeron de pronto desmayadas. El estupor iba en aumento, junto con la confusión y la ira. Los ovidianos no tardaron en arrojar objetos contra los detractores de Galerico, al que proclamaban el mejor actor de todos los tiempos.

—Retirémonos, Antonia, ya tendré bastantes batallas con los germanos, como para tener que morir por las pedradas de los ególatras del teatro —dijo Drusus, arrojando una mirada de desprecio a su alrededor.

Ambos se reunieron con los más precavidos, a menudo pertenecientes a las familias más poderosas, que no querían verse envueltos en una de aquellas enloquecidas riñas del mundo del teatro, y que ya se introducían por los pasillos de la salida, donde aguardaban hileras de esclavos y porteadores de literas.

La riña continuaba y el tumulto de los detractores y defensores del verdadero teatro griego se agolpaba frente a la escena, observando el cuerpo cercenado y la sangre extendida. Algo que les hubiera aburrido en el Coliseo, les sumía en el caos y la duda en el teatro donde se representaban las traducciones de Sófocles y de Eurípides, la sacrosanta escena donde los hombres se volvían un *medium* por cuya boca eran pronunciados los pensamientos de las musas y de Apolo. Varios guardias habían entrado alarmados. Se sospechaba que Galericus se había mandado decapitar al final de la obra con objeto de superar cualquier otra representación de ésta, cuando de pronto el propio actor entró en escena ante el asombro del público. Se hizo el silencio.

—Aprovechando el glorioso final que esta trama dispensa a su despreciable personaje, hemos decidido ejecutar en escena a este verdadero ladrón y asesino que esperaba su última hora *ad bestias* en las mazmorras pretorianas —dijo inclinándose ante los espectadores enmudecidos.

El vendaval de injurias que llenó el aire no tuvo precedentes. La disputa llegó a las manos entre poetas y oradores, senadores y enconados actores, que se abofeteaban y se tiraban de las togas. Fue la guardia urbana la que tuvo que intervenir para sofocar el disturbio que asolaba el elegante teatro.

Pero el escándalo le valió la gloria a Galericus, quien, sin mayor embargo, fue encarcelado durante un tiempo prudencial por aquel acto, hasta que al fin los

diferentes permisos y prefecturas consideraron que el crimen del actor no había sido más grande que aquél que hubiesen perpetrado las fieras, y, a fin de cuentas, también se había realizado de manera pública, con lo que pudo disfrutar de su gloria hasta el fin de sus días. Quienes lo habían odiado continuaron haciéndolo, pero su fama de revolucionario en las artes escénicas le valió el respeto de las nuevas generaciones, que cada temporada exigían la presencia de la catarsis realista, mucho más acorde con el gusto romano por lo aparatoso y lo obsceno.

Drusus y Antonia habían llegado hasta su villa, en la ladera oriental de la colina del Palatinado. Allí se situaban la mayoría de las casas de la *gens* Julia, pues desde siempre se decía que Rómulo, el hijo de Eneas, había vivido con el recuerdo de Troya, mirando hacia el oriente y el Peloponeso de donde vino su padre sobre los mares. Allí los descendientes del fundador despertaban ante el sol naciente, el símbolo de su dominio sobre la tierra, del imperio de la familia en la que nacieron los hombres más brillantes de la historia de Roma y sus más valiosas mujeres. Augusto regaló aquella villa a Drusus y a Antonia, junto a una gran fortuna y esclavos de confianza, y puso a su servicio una guardia pretoriana, para el que secretamente ya había sido elegido *legatus imperialis** en la invasión de Germania Magna.

Abandonaron la litera y dejaron atrás a los guardias de altos penachos, cuyas facciones metálicas, a la luz de la luna, intimidaban a Antonia. Una vez en los jardines, Drusus se detuvo bajo los pinos y tomó las manos de Antonia. Reclinó la cabeza y respiró el aire de las peonías y de las lilas, el fuerte aroma de los jazmines que se enraizaba en sus pulmones con la fuerza de un afrodisíaco. La luna volvía a gobernar y las estrellas centelleaban engarzadas en la negra trama de intrincados ramajes. Una tenue brisa comenzó a levantar un susurro al demorarse agitando las copas de los pinos.

—Mi Antonia.

—Drusus.

—El mundo es hoy perfecto y debería acabarse así. Este y ningún otro sería el fin del mundo para nosotros, sin ningún más allá que fuese diferente de cuanto vivimos.

—No quiero pensar en un fin contigo, amado, sólo en un eterno empezar.

—Tienes prohibido morir de amor, Antonia.

—Si no tengo razones para vivir, moriré de amor sin ti, Drusus.

—Una mujer tan magnífica como tú no puede morir de amor. Los dioses te repudiarían y llorarían ese error, y te devolverían a la vida.

—Dices tonterías...

—Digo lo que siento, aunque suenen como tonterías. A veces, Antonia, siento una energía divina de inundar cada rincón de mi cuerpo, y me pregunto si es la misma fuerza que corría por los torrentes de Julio César, por las venas de Escipión, de

Alejandro, si acaso podré llevar a cabo cuanto me propongo, o si tan sólo es un espejismo de mi voluntad, de esa voluntad que me impulsa cada minuto y que es tan extraña como poderosa. Si fracasase, no me lo perdonaría.

Los ojos de Antonia se volvieron tan severos como los de su madre, el ejemplo de la entereza que había representado Octavia toda su vida.

—No digas eso, porque si es así acabarás destruyendo al hombre que conozco. Recuerdo el relato de las derrotas de mi padre. Marco Antonio regresó como un guiñapo a la cuna de sus más fatuos sueños, azotado por el viento de la incertidumbre, hacia Alejandría, renunciando a todo. No debes caer en esa trampa, la de los vencidos, y teme los sueños de Augusto.

—¿Cómo puedes decir algo así? —exclamó Drusus sobresaltado—. ¿Temer a quien me otorga la oportunidad con la que cuentan sólo unos pocos a lo largo de la historia?

—Te somete a una dura prueba, y yo quiero al hombre, no al legado imperial, quiero al padre de mi hijo, no un sacrificio por la patria que nadie sabrá reemplazar.

Drusus desenvolvió algo bajo su toga blanca, y se lo extendió a Antonia. Ella lo tomó emocionada y lo miró.

—Es un precioso camafeo, el más bonito que he visto —dijo ella, iluminando de nuevo su mirada. La obcecación con la que se había opuesto se ablandó encharcando sus ojos resignados.

—Lo ha labrado el mejor orfebre de Roma sobre piedra de ágata. En el blanco verás a Drusus triunfador volver de las Germanias, y a Antonia con sus hijos en brazos, que corre a abrazarlo.

—Es una preciosa joya, Drusus —dijo, abrazándolo—. La guardaré siempre pendiente de mi pecho, como un destino inalterable que nada podrá cambiar. Que ahí ahuyente el miedo a perder la ilusión.

Drusus la rodeó con sus brazos y sintió la cálida y tersa presencia de aquel cuerpo bello y amante hasta la última fibra de su ser.

Se ocultaron entre los árboles y miraron las estrellas echados sobre la hierba fresca. Drusus se reclinó y contempló embelesado el paso de la brisa entre las hebras de cabellos negros que enmarcaban el rostro de Antonia, iluminado por el amor más sincero que había conocido nunca. Sus ojos claros eran cálidos y todo su rostro irradiaba la luz de su sonrisa.

Se inclinó y la besó apasionadamente, mientras ella lo recibía entre sus piernas con la misma pueril ansiedad de los primeros días del amor.

XII

14 a. C., Lugdunum

Lugdunum se revisó a fondo durante las semanas previas a la llegada del emperador. El desastre de la Quinta Legión no podía quedar en el olvido. El hombre más poderoso de la Tierra se dirigía al frente de las cohortes pretorianas y de la Cuarta Legión *Victrix* y Segunda Legión *Augusta* hacia aquella ciudad en el valle del Rhodanus, al pie de los montes Cebenna, en la baja Arvernia, para coordinar un plan que traería consigo grandes modificaciones en los mapas del norte.

Los administradores de la ciudad no dejaron resquicios en las murallas, revisaron cada aspecto urbano de la próspera Lugdunum, con la certeza de que Augusto era el más grande reformador de la ciudad más poderosa del orbe, y sería consciente del más mínimo desliz. Las termas se limpiaron, las letrinas, los desagües y las cloacas fueron revisados y canalizados hasta los arroyos, más allá de las empalizadas; limpiaron de forasteros dudosos las casas de visitas, expulsaron a las hetairas y obligaron a levantar campamentos para todos ellos a una distancia prudencial, o fueron deportados al norte, a Alesia*, Vesontio y Bibracte*. Se sometieron a estricta vigilancia las entradas de Lugdunum y el palacio del prefecto fue habilitado con lujos extraordinarios, para amortiguar el drástico cambio que sufriría el emperador.

Augusto era un trabajador nato, un organizador minucioso. No protestaría por la falta de lujo, aunque la sufriese, pues era bien conocida su prédica estoica, aunque sí que esperaba un orden y una disciplina dignos de Roma. El prefecto y sus funcionarios sabían que desde el primer momento, al igual que sucedía en la gran metrópoli, las cohortes pretorianas tomarían el control de Lugdunum y de sus entornos. Los caminos serían sometidos a varios registros, y muchos ilustres togados, ostentosos amigos del comercio y galos de la mejor condición, serían desplazados por el exhaustivo aparato de seguridad del emperador. Pero aquello estaba en las cuentas de la situación. No les importaba en absoluto. ¿Quién podría oponerse a cualquier objeción de los pretorianos? Nadie, y no importaban las astutas diplomacias que se habían puesto en marcha con los poderosos del lugar. A partir de ese momento, Lugdunum se hallaría en un estado indefinido de excepción, en el que la organización del emperador estaría prioritariamente por encima de cualquier otro interés local, y cualquier tráfico de personas o mercancías por el valle del Rhodanus sería revisado por las legiones.

El prefecto había soñado con un retiro dorado en Roma, cercano ya, teniendo en cuenta su edad y su *cursus honorum**. El valle del Rodhanus era la principal vía comercial que unía a Roma con el centro y norte de las Galias y hacia el sur con Arausio* y Arélate*, desembocando en la vía de comunicación del Mare Nostrum

occidental, que la conectaba con Hispania, en occidente, o con la Gallia Cisalpina, en oriente, costeando en busca de la Vía Appia*, la reina de las calzadas, que se introducía en la península itálica, en línea recta hasta las puertas de Roma. Con el control de tan rico comercio, no sería sino un broche de oro para la carrera de Sixto Aulio el hacer lo más benigna y placentera la estancia de Augusto y de todo su séquito en la ciudad que administraba con tanto celo. Después de esa oportunidad, además de oro, dispondría de influencias vitalicias y de amigos en todas las esferas de Roma.

Había pasado los días perturbado por aquel celo organizativo que enloquecía la ciudad, y el gran día había amanecido con un sol limpio. Echó un vistazo a la vía por la que circulaban tantos cargamentos valiosos. Todo parecía de un orden impoluto. Incluso las fachadas del entorno del palacio romano habían sido mejoradas, con el objeto de conceder a la ciudad un brillo y un lustre como no lo había tenido antes. La vía empedrada atravesaba Lugdunum de puerta a puerta, los adoquines estaban bien encajados unos con otros, y los trabajos forzados de mantenimiento de vías hacia el norte y el oeste continuaban a gran distancia. Augusto venía a trabajar, a preparar algo grandioso para el norte, y esperaba mensajeros veloces todos los días. Según había oído, había jornadas en las que Augusto sólo dejaba de dictar órdenes para comer, y esto lo hacía de manera frugal. Qué gran hombre. El más grande, el símbolo de la nueva Roma, del Principado y del Imperio. Había que ser capaz de responder al exigente desafío, y lo había conseguido. Por primera vez en los últimos siete años, él, Cneo Sixto Aulio, prefecto de Lugdunum y gobernador de la Galia Lugdunensis, había trabajado. Era prodigioso. Incluso habría jurado que algo de ese esfuerzo había influido en su abundante masa corporal, de la que tan orgulloso se sentía. Tantas estupideces estoicas y la nueva moda de las formas, el matrimonio y el renacimiento de los mitos itálicos, con el único objeto de volver a los romanos más prudentes y dignos, se le antojaba intolerable. Él prefería disfrutar, trabajar con mesura, y, a ser posible, tumbado.

Pero ante la vista de la vía renovada se sentía orgulloso. Las columnas pulidas. El mármol brillante. Los adoquines en su sitio, sin intersticios. Los tejados bien asegurados. Las patrullas de vigilancia en sus rondas. Lo había pensado y lo había ejecutado. Podría recibir a Augusto con serena autoestima en su toga blanca. Y el día había llegado. Se volvió en busca de sus estancias marmóreas, acarició los senos de Minerva, y con un racimo de uvas en sus gruesos dedos y el paso devoto de un sacerdote del placer, retrocedió por el académico pasillo, flanqueado de esculturas y pedestales, hacia la sala donde aguardaban varios calculadores e ingenieros. Por fin se vería libre de tantas reuniones aburridas.

Hacía horas que el mensajero había llegado a galope tendido. Los relevos

calculaban que Augusto alcanzaría la ciudad hacia el mediodía. Antipolis, Forum Iulii y Aqua Sextiæ.*, donde Augusto protagonizó un homenaje a las victorias de Mario sobre los teutones, casi noventa años atrás, habían conducido a las legiones hasta la desembocadura del Rhodanus. Desde allí, las cáligas de los legionarios avanzaron rápidamente hasta Arélate, donde pasaron de largo, y efectuaron una parada en Arausio, lugar en el que Augusto recordó la derrota que Roma sufrió en sus destacamentos para la defensa de las provincias transalpinas, donde cayeron ochenta mil legionarios ante la fuerza del ejército celta-germano en el año 105 a. C. Augusto juró solemnemente que había llegado la hora de que Roma venciese en el norte y extendiese su dominio hasta los mares que separaban los últimos territorios de los teutones de las lejanas montañas de Scandia.

Algunos días después y con la noticia confirmada, toda la ciudad de Lugdunum se agolpó en las calles: la última marcha sólo se detendría para levantar sus campamentos en los campos verdes de los alrededores. Los chiquillos recorrían los exteriores preocupados por sus juegos, excitados, a la espera del grandioso desfile. Multitudes de buenas ciudadanas y ciudadanos romanos invadieron con sus mejores vestiduras las calles de Lugdunum. Las patrullas de legionarios se prepararon en formación alrededor de la ciudad, como si hubiese sido invadida recientemente. Las calles se atestaron. No había suficientes anillos, pulseras o colgaduras para engalanarse en aquella ocasión. No importaba el sol castigador del final de verano, el mediodía era el momento más digno para la llegada de un hombre como aquél, de la autoridad que, con mano sabia, había sabido hacerse con el poder absoluto, y gobernarlo. Ya horas antes el tumulto había comenzado a inundar los entornos de la vía principal, y los mejores puestos, los que se extendían frente a la escalinata del palacio romano de la Prefectura y sus columnas, ya estaban ocupados por esclavos que reservaban el lugar a sus señores. Hubo azotes para quienes no obtuvieron sitio en primera fila, e incluso algunos desafortunados encontraron la muerte. Para un ciudadano romano de primer orden no era posible permitirse esa falta: no estar, aunque fuese por unos instantes, frente a los ojos del emperador.

Ahora no quedaba ni un ápice libre. Los toldos se habían extendido para procurar sombra a las damas romanas, a los más ricos, sostenidos por esclavos curiosos que, apostados rígidamente junto a sus pértigas, estiraban el cuello para otear por encima de la abigarrada multitud. El espectáculo crecía por momentos. Si muchas casas habían sido desalojadas por estar habitadas por personajes dudosos, galos que, aunque ricos, mantenían algunas de sus costumbres, no importaba, porque el listado de gente rica y comerciantes ávidos que deseaba mudarse a Lugdunum durante la estancia de Augusto era enorme, y se había convertido en un nuevo y lucrativo negocio para el prefecto. Las multitudes se agitaban, los gritos se elevaban con cada caballo que entraba a galope por el ancho espacio abierto reservado para la entrada de

las cohortes.

Esta vez parecía seguro. El grueso prefecto apareció sobre las escalinatas, y ya no cupo la menor duda. Cuando los representantes de Roma en aquellos territorios estuvieron presentes sin falta alguna, el clamor hizo temblar las masas en un primer oleaje. Augusto se acercaba. El prefecto era un economista de sus energías, y habría sido capaz de recibirlo tumbado. De modo que si estaba allí en pie, en presencia del calor y la potente luz del mediodía, era porque, sin lugar a dudas, el momento se aproximaba.

Las voces continuaron festejando la hora largamente esperada.

Desde las murallas y desde las ventanas altas llegaban gritos de júbilo. Las cohortes habían aparecido en marcha. Se aproximaron con paso firme hasta la ciudad, rodeándola como una marea chirriante junto al cauce del Rhodanus, subiendo y bajando las suaves pendientes como una serpiente de acero de la que brotaban las diez cabezas de la hidra, e hicieron una pausa. Retóricamente, el legado imperial Drusus Claudio Nerón penetró en la ciudad sobre un semental blanco y anunció la llegada del emperador. Fue recibido e invitado conforme al protocolo que tanto gustaba a Augusto. A su imperiosa señal, las cohortes se pusieron en marcha. Los pasos se volvieron más rígidos. Los mentones orgullosos continuaron apretados, las cabezas inmóviles de los guerreros itálicos de más confianza, los que vigilaban el centro absoluto de Roma, formaron hileras en marcha en marcial desfile. Qué osadía la de Augusto, abandonar Roma para administrar las fronteras. Aquello era digno de la confianza que él sentía en su pueblo, y de la fe que el mismo Senado de Roma tenía en él.

El clamor se alzó de la multitud como un rugido victorioso. Magnífico. Atronador. Incesante. La línea de lanzas que los legionarios formaban a ambos lados de la vía despejada fue apretada por el exaltado gentío. Un diluvio de flores comenzó a revolotear ante los pasos implacables de los pretorianos, que con su indiferencia marcial parecían provocar todavía más aquella excitación colectiva. Ese ritual galo había sido estrictamente prohibido por el prefecto, para evitar que alguien lanzase armas arrojadas, como flechas, o piedras. Pero superaba a las fuerzas del orden. Las mujeres echaban flores y laurel y puñados de pétalos, y ya nadie podía detenerlos, cuando el viento los barría y los esparcía como un triunfo bajo los rígidos pasos.

Las primeras cohortes de la Segunda Legión y la Tercera Legión *Augusta*, que escoltaban al emperador, desfilaron por la ciudad, mientras el resto de las tropas acampaba en torno a ella, creando un gigantesco perímetro de seguridad de cinco campamentos. La emoción no decreció fatigada por el paso de las inacabables filas. El ejército de Augusto parecía interminablemente largo, cuando una nueva *ovatio** calentó los ánimos, y desató la locura entre los espectadores. Tirados por caballos blancos, los carruajes del emperador y de sus más allegados colaboradores y

representantes del Senado hicieron aparición, flanqueados por caballeros y tribunos. Después entró la lujosa caravana de literas techadas, una de las cuales, notablemente más suntuosa que las demás, se detuvo ante las escalinatas, y con ella el movimiento de todo el ejército y el paso de las cohortes pretorianas. El prefecto y sus allegados descendieron la escalinata y entraron en la vía. De las literas descendieron numerosos personajes; la multitud, al menos, podía ver sus pies y calcular sus pasos detrás de las literas. Cientos de pretorianos formaron una fila acorazada, codo con codo, detrás de las guarniciones que mantenían a la multitud en su debido lugar.

Augusto había descendido. También su hijastro Tiberio. Antonia, esposa de Drusus, y su hijo, el pequeño Germánico. Los senadores Polibio Craso, Léntulo Sila, Iúgulo Cepión. Numerosos tribunos de familias patricias, legados de siete legiones, generales, músicos, escribanos, arquitectos e ingenieros se reunieron ante las escalinatas. El prefecto se aproximó y se inclinó ante el emperador. Los brazos se alzaron y el saludo fue secundado por todos a su alrededor.

—*Ave, Cæsar!*

Tras devolver el saludo, Augusto puso su mano sobre el hombro del gobernador. El cortejo se reunió y ascendió la escalinata solemnemente, en medio del vendaval de la multitud. Las flores se acumulaban atrás en un torbellino multicolor que el viento barría sobre las cabezas de las multitudes y de los legionarios. Por fin el mismísimo emperador de Roma se volvió y saludó con el brazo alzado la devota *ovatio* que le prodigaban los gentíos. Mientras desaparecía tras las columnas, un huracán pareció responderle y no cesó su entusiasmo en mucho tiempo.

La luz entraba a raudales por los arcos cubiertos de la suntuosa sala en la que se había reunido el poder de Roma. Una brisa jugaba en las gasas casi transparentes que cubrían los arcos. El furor de las masas había descendido, pero todavía resonaba en el aire como el ímpetu de un mar agitado extramuros.

Dispuestos en un gran círculo, los asientos fueron ocupados por altos cargos de Augusto, así como por aquellos que lo aguardaban. A su derecha, destacaba su hijastro Drusus. Su mirada de halcón, así como su imponente presencia, ataviado con la coraza de plata repujada que había lucido Julio César, delataban su ambición. A su izquierda, aguardaba Tiberio, más sereno que su hermano. No lucía los distintivos del legado imperial, pero había en él una contención y una reflexión propia de los mejores políticos. Los senadores se habían dispuesto junto a Drusus: Craso, Sila, Cepión, y los cónsules edictos

Marco Livio Druso *Libio* y Lucio Calpurnio Pisón *Pontífice*. Jamás había sido ocupado aquel palacio por tan nobles personajes. Sentado enfrente, junto a sus colaboradores en el gobierno de la provincia, estaba Sixto Aulio, su rostro grueso investido de apática indolencia y un esfuerzo de solemnidad en los carrillos

hinchados. Los gobernadores de todas las Galias colindantes a Germania Inferior se encontraban allí reunidos, así como el mismo Lollius, gobernador de Galia Bélgica, a quien los sugambrios habían arrebatado el estandarte de la Quinta Legión *Alaudæ*.

—Grato ha sido el recibimiento de la ciudad de Lugdunum —dijo el emperador.

—Roma te saluda en todos los rincones del mundo, y si estás aquí, emperador, estás en Roma. Nada se ha descuidado para que sea lo contrario. Allí donde ha sido clavado el estandarte de Roma, allí está sólo Roma, y nada más.

La respuesta de Sixto fue entusiasta. Augusto volvió a pasear la mirada por el semicírculo opuesto de gobernadores, y detuvo sus ojos sobre Lollius. Éste pareció incómodo en su sillón, y sintió vergüenza al encontrarse con los ojos rapaces de Drusus.

—Estamos aquí para ordenar el norte. No habrá más desastres en el futuro. Roma está inquieta, y su emperador vela por sus inquietudes —dijo el senador Cepión.

—Roma no se arredrará ante ese desastre. La Quinta Legión volverá sobre sus pasos. Porque Roma siempre vuelve —añadió de pronto Lollius.

—No te invita a tales discursos tu derrota ante esos salvajes sugambrios —habló Drusus.

—Quizá. Pero debes recordar que fui el pacificador y fundador de la provincia de Galacia, y convertí el ejército de Deiotarus en una de nuestras mejores legiones: la Duodécima Legión *Deiotariana*, nombrada así por el Senado de Roma en honor al antiguo rey de Galatia.

—Y yo, Augusto, mandé entonces cerrar las puertas del Templo de Jano, pues hubo paz en todo el Imperio después de la hazaña. Lollius, amigo, no te sientas ofendido por las palabras de Drusus, pero es posible que el norte necesite una nueva estrategia y una nueva política.

—Roma mira hacia el norte —dijo el senador Léntulo Sila—. La amenaza de los bárbaros desaparecerá en los próximos años.

—Estoy aquí para preparar con los generales mi administración de la fuerza, y para decirles que Drusus ha sido elegido legado imperial por el Senado de Roma para ejecutarla. Junto a esos asuntos promocionaré a Lugdunum como colonia romana y como nueva capital de la Galia Narbonensis, articularemos la red de calzadas de las Galias y la recaudación de sus impuestos, el *vicessima Galliarum**.

—Moriré o venceré en el empeño —añadió Drusus—. Germania Inferior y Germania Interior serán provincias del Imperio dentro de unos años, formando el perímetro de seguridad que requiere la frontera del Rhenus hasta el Danuvius*, fortaleciendo las provincias galas alpinas así como las provincias transalpinas en el este, Noricum y Panonia.

—Obedeceré a Drusus, si así Roma lo quiere —dijo Lollius.

—Y todos nosotros lo apoyaremos. ¡Roma siempre vence! —añadió Sixto Aulio.

Un clamor apagado se alzó entre los gobernadores.

—Corre despacio, Drusus —dijo Augusto entonces, reclinándose, y su mirada parecía perdida más allá de aquella sala—. Los bárbaros han interrumpido la paz de Roma; ha comenzado una nueva guerra contra el norte que debe ser definitiva. Roma no precisa nuevas provincias allí, sino la seguridad de que nada puede violar sus fronteras. Nuestras legiones deben llegar hasta el mar del Norte, y reducir a todos los pueblos que se interpongan a su paso. Habrá que domarlos, obligarlos a trasladarse de un lugar a otro, disuadir a sus jefes, y crear nuevas legiones a partir de sus propios pueblos. Enemistarlos a unos contra otros, eso no será difícil. Que el oro y el derecho trabajen. Sabemos desde hace tiempo que rara vez consiguen unirse, y que se detestan con facilidad. Esto puede facilitar nuestra tarea. Pero no subestimaremos a nuestro enemigo. Dispondremos a nuestros ejércitos y los entrenaremos, calcularemos cada paso antes de que llegue la hora de que Drusus de comienzo a la invasión. Levantaremos más fortificaciones a lo largo del Rhenus. Durante algún tiempo esperaremos que las especificaciones de nuestros espías nos faciliten mejores planos de aquellos territorios inciertos. La sorpresa vale más que la fuerza, pero para eso necesitamos planificar cada paso y organizar las legiones para que soporten aquellas inhóspitas regiones, en las que los germanos son expertos. La conquista del doble anillo que ha de proteger el norte del Imperio llegará, y será pronto. Y tú, Drusus, serás la mano de hierro con la que Roma aferrará su conquista. Acaba victoriosamente lo que victoriosamente empezaron Mario y el sagrado César; ganaron ellos las Guerras Primera y Segunda, y ahora dejo en tus manos la ejecución, en ejercicio militar, de la Tercera Guerra de Germania. Y ha de ser la última. Recupera para Júpiter Tonante el estandarte de la Quinta Legión.

—*Delenda est Germania**! —exclamó Cepión. Y aquella frase fue repetida por todos, como en otros tiempos fue arrojada por Catón al final de todos sus discursos contra Cartago, su más odiado rival, la ciudad que el Senado mandó aniquilar y borrar de la faz de la Tierra. Cepión pertenecía a aquella sección de senadores que, como Catón una centuria atrás, era partidaria del terror y de la fuerza para expandir el poder de Roma.

Ahora el Senado volvía su mirada recelosamente hacia el norte, dispuesto a destruir de manera definitiva la resistencia que amenazaba las fronteras de Roma, eliminando así un frente por completo. Si consiguiesen aquello, Roma sólo tendría enemigos en Asia. El sueño de Augusto había cobrado forma.

XIII

12 a. C., Lugdunum

—No hay vino máspreciado para mí que aquel llamado *Malvasía*, el de Rodas. Blanco, afrutado, meloso, siempre fresco incluso bajo el influjo de Sirio, en el verano más caluroso. No te dejaría esas ánforas* ni aunque tuviese que renunciar a muchos denarios* de plata, amigo.

—Verdad, y yo no te lo permitiría. El hombre victorioso en la vida debe retirarse con sus pertenencias. Y mejor en vida, no como los egipcios, que esperan a morir para encerrarse con sus tesoros... Los estoicos nada saben del placer.

—Mejor sus vinos, y que todo el estoicismo de Rodas quede para esos filósofos que siguen a Panecio*... Pobres locos.

El prefecto se apoyó trabajosamente en uno de los esclavos y se tumbó en su amplia litera. Una vez allí, respiró profundamente y miró las calles alrededor. La mañana se levantaba fresca y diferente en Lugdunum.

—Te dejo una ciudad agradable, Cayo. Vas a disfrutar aquí, y vas a crecer. Me alegro de que en esto seas mi heredero. He depositado muchos años entre estos muros, y ahora la partida me resulta extrañamente agradable. Por supuesto, anhelo Roma. Pero, Cayo, sube aquí y concédeme un capricho, el último y nada sacrificado: que me acompañes hasta que la ciudad desaparezca de mi vista, hasta que los campos que conozco ya hayan quedado atrás, cuando la calzada que me lleva para no volver de esa curva y el pasado sólo sea eso, pasado. No quiero sufrir dolor alguno, Cayo, y una cierta pena siempre habita en el corazón del hombre que siente, a diferencia del corazón duro.

—Por supuesto, amigo, que te acompañaré.

Cayo se levantó y el joven prefecto pronto estuvo reclinado sobre unos cojines de la litera, frente a Sixto Aulio. El rostro del ex prefecto se contrajo por un instante; los ojos parpadearon vivaces en el rostro ancho y ligeramente perlado por el sudor. Después su voz murmuró algo a los esclavos. Estos desaparecieron de los costados tras las cortinas, y elevaron la litera tan suavemente que, de haberla, no se habría derramado ni una gota por los bordes de una copa rebosante de vino. Toda la compañía, formada por varios carros para sus pertenencias y una aguerrida cohorte, se puso en marcha.

Sixto Aulio había celebrado su marcha diez veces en los últimos diez meses, con espléndidas y ruidosas fiestas, y lo celebraría cien veces a su regreso a Roma con las más extraordinarias orgías. Había prometido a Roma que la sorprendería con sus

importaciones, y se había jurado que sus banquetes y sus lujos impondrían un nuevo gusto por la refinada barbarie con la que aderezaría sus extraordinarias intervenciones al amparo de la noche. E incluso iría aún más lejos. Con sus sucesiones de platos y la imaginación que invertiría en ellos, se proponía superar los banquetes de Lúculo, el gordo más famoso de Roma. Aunque jamás lo había revelado, aguardaba por ciertos placeres hacia los que sentía una inclinación secreta. Atesoraba en su mente una conquista del placer que nada tenía que ver con la ambición de Drusus ni con la de Sila, ni la de ningún otro cónsul; ansiaba un placer *máximo* para el que se reservaba, y cuya perpetración aguardaba con la misma sobriedad que un cazador. Además, él sería el «emperador de lo prohibido», si acaso esa expresión pudiera ser difícilmente superada en una ciudad como Roma. Quería ser la contrafigura de Augusto, la vivida oposición a su descarada y envilecida hipocresía, con la que la familia Julia se había arrogado el poder. Pero era gracias a personas como él, Sixto lo sabía, que Roma mejoraba con los años, que viajaba extáticamente por encima del mundo hacia una forma de civilización inimaginable para el pasado. Ya había hallado la fórmula mágica, el santo y seña, que cada invitado debería saber para introducirse en el paraíso de las delicias con el que arrojaría a su selecta sociedad, con la que se accedería a la púber inocencia de los eternos descubridores, al corazón tembloroso de sus alácrcelas bacanales: *nitimur in vetitum*. «Arrojaos a lo prohibido, abrazadlo con todo vuestro ser, y después despertad deseosos de la carne condimentada de vuestros sacrificios», pensaba el romano, ensayando su discurso con la pasión de un consagrado actor. Recordaba el mito de Cibeles, su turbulenta relación con Atis, y el misterioso nacimiento de Agdistis, el andrógino monstruo sexual.

Desde que Augusto abandonara Lugdunum y le invitase a regresar a Roma, sus días habían mejorado. La vida junto al emperador y sus ayudantes, una multitud excelente pero aburrida, había hecho de los últimos años una dura prueba para su existir deleitado y tranquilo, pero le había reportado excelentes beneficios. Los cofres sellados con millones de sestercios daban buena cuenta de ello, como las inmensas riquezas que ya le aguardaban en su villa, los latifundios itálicos, los miles de esclavos, el comercio de muchachas y muchachos, los tesoros acumulados en sus saqueos y negocios. Y el más grande de todos aquellos beneficios era el tiempo que había arrebatado a Cronos antes de entregar su pellejo a Caronte: un retiro dorado en Roma, y la entrada en el Senado como excusa perfecta para condimentar las noches de la *oppidum magna**, como llamaban en las Galias a Roma, con el más orgiástico de los devenires.

—Ahora los años que se avecinan serán los más grandiosos. Vendrán emperadores que querrán haber vivido como Sixto Aulio.

El joven Cayo, de facciones pulimentadas y enérgicas, volvió en sí. Sixto había colocado una de sus manos sobre las viriles rodillas de su sucesor. Supuso que

aquellos pensamientos lo turbaban y volvió a comedirse.

—Lo que viste ante Augusto por mí, repítelo tú con su hijo, su favorito, Drusus. Ya sabes que es ambicioso. Carece de la madurez del gran Augusto, pero posee la fuerza y la violencia que Roma precisa en sus frentes. Ambiciona el éxito y la gloria, y juraría por Júpiter que la conseguirá. No había visto en mirada alguna esa arrogancia y esa destreza para mandar. ¡Ah! Sí, por cierto, lo había visto. En Julio César.

—¡Julio César! —exclamó Cayo, y se apretó el puño contra el pecho, y su rostro se contrajo.

—El que fue muerto. Esa ambición de los hombres, ese absurdo no saber contentarse... Hazme caso, Cayo, tú que eres como mi hijo griego, heredero y alumno, deja que te legue mi mejor consejo: a la sombra de los más poderosos es donde mejor se está, y que ellos, con su arrogancia y tesón, se disputen la gloria, y que soporten los venablos de Zeus sobre su piel, que se quemen con sus rayos en sus ansias incendiadas, como los pollos sagrados de un mal augur en el asadero.

—Así lo haré.

—Procura a Drusus cuanto te demande. No estará ya mucho tiempo en Lugdunum, pero adula sus delirios, como a los niños, y déjale mandar en todo. Vive bien, disfruta el comercio y adminístralo, desgasta tu mano estrechando manos, no empuñando armas, y tus labios, Cayo, tus labios hermosos, cánsalos de palabras bellas, no de sufrientes marchas al sol que los agrietarán. Así vivirás, y viviendo, podrás decir que habrás vivido.

—Sixto Aulio, eres para mí como un padre, te venero como a un dios, y te escucho como a un oráculo.

El grueso rostro del hombre acumuló sus carrillos en una risa jugosa y plácida.

—¡Qué rápido aprendes, Cayo! —dijo al fin entornando los ojos astutos—. No dudo de tus virtudes.

—Drusus dispondrá de mi afecto y de mi dedicación.

—De toda, y olvida las envidias y los celos, déjalo mandar, déjalo avanzar por el mundo en su nube de fuego que todo lo incendia, pues él se cree el elegido de los dioses, y nosotros sólo somos los elegidos de la vida, como predicó Epicuro.

—Y ahora, tú que sabes y te marchas, dime, Sixto, maestro, ¿estará la guerra suficientemente lejos?

—Nunca habrá estado tan lejos. Augusto ha preparado durante los últimos tres años, en persona, aquí, a pocas millas de las fronteras, el plan que ahora Drusus llevará a cabo con mano de hierro. Que me derrita este sol si el mismo Marte, con su yelmo alado y su bronce belísono, no vuela ya con Vulcano hacia Germania, dispuesto a arrasarla. Augusto quiere convertir el doble anillo en su táctica básica, quiere reducir toda Germania a perímetro seguro de la frontera del Rhenus, y para

ello necesita destruir a sus pueblos, reducirlos a esclavos y trazar nuevas calzadas. Entre el eje del Rhenus hacia el Danuvius y la vía del comercio que sube por Castra Regina* se extienden la Germania Interior y la Germania Superior. Allí habitan demasiados bárbaros, y más allá, hacia el norte. ¿Recuerdas la derrota de Lollius? La Quinta Legión fue vencida en Germania Inferior, en los valles del Mosella. El buen Augusto sabía lo que esto significaba. Ahora todo debe estar dispuesto. Las legiones que va a capitanear Drusus ya están acantonadas. Nada hay que lo detenga. Y nada lo detendrá.

—Ya lo vimos partir con las cohortes. Drusus fue hacia el norte como el mismo Marte.

—Por todo ello, querido Cayo, no ha de preocuparte la guerra, salvo por las muchas muertes que descenderán por la vía hacia Roma.

—¿Será una guerra rápida?

—No te engañes. Será larga, y costará mucha sangre a Roma. Pero eso, a ella, le da igual. Ha habido demasiada calma últimamente, desde que se iniciara la construcción del *Ara Pacis** y desde el cierre del templo de Jano Bifronte... y Roma necesita ponerse a prueba. La fuerza de Roma necesita enemigos. Pero si eso te preocupa, los germanos llevarán la peor parte, y desde luego tú no los verás, salvo encadenados.

—Qué extraordinario reino, Germania. He oído cosas fabulosas.

—Es una tierra rica. Bellas mujeres y buenos hombres, fuertes, los he visto, de variado aspecto, aunque siempre tercos como las mulas, demasiado borrachos, y pendencieros hasta la muerte. Son peores y son mejores que los galos, y eso es peligroso. Menos productivos y más belicosos que ellos. Pero también yo he oído hablar del oro del Rhenus, una variedad que se persigue en los arenales de las orillas, y que es roja, bellísima, y no faltan razas de bueyes de un sabor jugoso, y trabajos en hierro y bronce y piedras de ámbar de buena factura... Te aguarda en eso buen provecho. Pero no lo olvides, en ese momento el oro te vendrá comerciando con los esclavos. Serán bien pagados en Roma, muy bien pagados. Yo seré uno de tus mejores clientes, necesito muchos para mi nueva villa en las colinas. Las niñas y niños rubios, como los sirvientes de Júpiter Máximo, servirán a mis deseos. Apártame las mejores, eso te exijo. Ni siquiera Augusto ha de anteponerse a mí en tu lista, que él ya tiene bastante con su propia hija...

Ambos rieron largamente.

—¿Julia?

—La misma.

—Julia. Debí imaginarlo.

—No te lo dije antes para evitar tu estupor ante el emperador. No te habría valido una expresión dudosa en el rostro al presentarte como mi sucesor válido en

Lugdunum, la capital de la Galia Lugudunensis. Pero ahora puedes saberlo. Todos lo sabemos, circula entre muchas familias de senadores ese secreto. Augusto la casó con su mano derecha, el viejo de Marcus Vipsanius Agrippa, cuando ella tenía dieciséis años, pero se sabe que él mismo engendró en su hija a Cayo y a Lucio, uno tras otro.

—De ahí que Agrippa siempre haya estado destacado fuera y lejos con las legiones.

—Y siempre fue el hazmerreír de Roma, porque Julia lo engañó a menudo.

—Ahora Agrippa ha vuelto a ser destacado con las legiones, en Panonia.

—¡Pobre Julia! Siempre maltratada por el destino... Creo que no ha soportado a ese hombre monstruoso que es su padre. ¿Sabes, Cayo Sempronio? ¿Sabes cuántos miembros de nuestras familias engendrarían sus herederos en sus propias hijas...?

—Me atrevería a decir que ninguno en la mía, y ninguno en la tuya.

—Ninguno. Que nos traigan esas preciosas esclavas... y nos ocuparemos del placer. Pero sólo el heredero de Julio César podría ser tan repugnante y retorcido. Un estoico digno de Crates... Prefiero ser un sincero cínico* a un hipócrita y virtuoso estoico. Su sentido del poder me revuelve el estómago. Y ahí has visto cómo Augusto ha partido precipitadamente hacia Roma en cuanto ha oído de la muerte de Agrippa. Lleva demasiado tiempo fuera. Ha trazado su plan y puesto a sus hijastros, Drusus y Tiberio, al mando de las legiones que vigilan el norte. Lo que Livia quiere, la ambiciosa Livia, es reservar la gloria para sus hijos y hacerlos herederos de Augusto. Pero para eso tendrá que terminar de destruir a los herederos de sangre del propio Augusto. Y lo primero será desprestigiar a Julia.

—Livia y Augusto son como dos asesinos.

—El matrimonio en el poder y por el poder es un asesinato. Ambos se quieren sólo para usarse mutuamente. Livia es hermosa como el sol en su madurez, pero es maquinadora y fría como la madre de Aquiles. Y no exagero si te digo que veremos mucha sangre en toda esa familia manchando sus ricas togas...

—Como con César...

—No así, desde otras familias, pero sí desde dentro. Los hijastros ansían el *imperium* y el *paludamentum**, sobre todo Drusus; está sediento de triunfos, y Livia quiere que ellos sean vencedores y herederos. Julia está enloquecida, convertida en la ramera de su propio padre, y sus hijos, Lucio y Cayo, estarán en peligro ante los deseos de Livia.

—Que se queden con el sol, maestro, que brilla allí arriba. Nosotros nos conformaremos con el oro, que resplandece casi tanto como el sol, pero sin necesidad de quemarse las manos al intentar alcanzarlo.

—Así es la gloria, amigo Sempronio, como el sol con el que se queman los codiciosos, como el sol que derritió las alas de ese estúpido de Ícaro. Cuanto más cerca estás del poder, mayor es la ceguera. Déjalos pasar y aguarda el momento.

Sigue las máximas de Diógenes.

»Y ahora mira. Ya vamos a adentrarnos en lugares más frescos. Las sombras de los árboles nos recuerdan que hemos avanzado. Echo de menos los ciparisos de Roma, las antorchas en la noche, las veredas perfumadas...

Sixto Aulio hizo que la compañía se detuviera. Afuera, el paisaje había cambiado. Las praderas que rodeaban Lugdunum, peladas de árboles por razones de seguridad, habían quedado atrás, y después de una vuelta la calzada se había aproximado a una arboleda donde se oía el soplo del viento en los alisos y el crujido de encinas centenarias.

—Adiós, maestro. Saluda a Roma de Cayo Sempronio, a toda mi familia y a la tuya, y envíame tus noticias.

—Adiós, nuevo prefecto de la Lugdunensis. Toma un caballo y vuelve con tu guardia. Ya no veo la ciudad. Me has salvado del sufrimiento de despedirme de ella. Ahora sólo quiero dormir mucho, comer bien y pensar en Roma.

El joven besó largamente los labios del que fuera prefecto.

Después descendió de la litera, subió a su caballo y galopó seguido por la turma* de su guardia personal.

XIV

12 a. C., Cordillera del monte Melibocus

La recuperación de Segimer fue lenta y ardua. Durante meses, Cenanno, el santón de Wulfmunda, escrutó los pensamientos del guerrero y vigiló las mortales heridas. Poco a poco, los surcos se convirtieron en sanguinolentas cicatrices, que terminaron por secarse. El consejo de los clanes veló por el retorno del lobo negro, y protegió su convalecencia desde las fauces de la muerte, que fue considerada un augurio extraño y terrible. Si las grandes batallas anunciadas por Cerunno se aproximaban, él sería el líder idóneo, pues era capaz de escapar a las garras de Hella*, la que custodiaba, en las fosas de los pantanos, las puertas infernales de los elfos negros y todo el submundo. Cerunno escuchó la voz del régulo cuando hablaba en sueños, y echó sus runas de piedra, en busca de los designios divinos, y si los encontró, a nadie se lo dijo. Al despertar, Segimer prohibió que ninguna mujer recién nacida adoptase el nombre de su esposa fallecida, bajo pena de muerte, pues ya era un nombre de valquiria, e inviolable a los mortales, y evitó que fuese pronunciado. Segimer se preguntó todo aquel tiempo acerca de su destino, e interrogó su alma en las largas noches de delirios en las que sus fieles guerreros montaban guardia en torno a la casa del consejo, temiendo las represalias juradas por Ucróner, el vengativo señor de los clanes de la nutria, malherido por Cerunno.

Después el querusco volvió a sus obligaciones como líder con inusitado vigor. Impartió justicia y presenció los sacrificios. Se preguntaba si al fin su vida llegaría al destino escogido, pero ya estaba convencido de que no se encontraría de nuevo con la valquiria que era su venerada mujer si abandonaba a sus hijos y renunciaba a los deberes que los dioses le imponían. Por alguna razón, el fatalismo se asentó en su alma con la misma fuerza con la que lo hizo la locura exterminadora que le llevó a errar en busca de la muerte. Mas sabía que no podía darse muerte a sí mismo, y eso lo atormentó. Ahora nadie, excepto Cerunno, entendió la verdadera motivación de su vida: la búsqueda de la muerte iba acompañada de una aceptación incondicional y enérgica del destino.

Mucho tiempo después, su recuperación ya fue absoluta. Volvió a empuñar el arma ceremonial y la *framea** de las cacerías, y encabezó la primera gran batida hacia los límites septentrionales de la cordillera del monte Melibocus. Vieron cómo las llanuras del Visurgis quedaban abajo, en la distancia, convertidas en una niebla azulada bajo la atmósfera enrarecida, y sintieron el golpe de los vientos. Gailswintha y otros de los mejores jinetes iniciaron la llamada de los cuernos y atravesaron los

montes. Recorrieron faldas boscosas y abruptas que desaparecían en las nubes. Los penachos de vapor se arrastraban por encima de sus cabezas, y sintieron la ira de Tor amenazando al mundo. Tras algunos días en los que abatieron ciervos y jabalíes en gran número, alzaron un campamento de caza en el que varios de los guerreros más viejos se quedaron ahumando la carne. Segimer partió hacia las cumbres tormentosas, y fue Gailswintha el que hizo sonar su cuerno de caza con una llamada inconfundible que sólo significaba una cosa: uros.

Los jinetes formaron y corrieron hacia Gailswintha. Su cuerno bramaba frenético repitiendo la llamada, y los cuernos de sus compañeros le respondieron. Segimer se distanció del grupo gracias al formidable caballo, cuya destreza saltando piedras y arbustos no tenía par, y se vio galopando por una pradera que descendía entre grupos de árboles distanciados. Vio a un rebaño de ciervos emprender la huida, saltando hacia los espesos abetos. Se introdujo en la nemorosa espesura, y allí delante, no muy lejos, vislumbró a Gailswintha con la lanza y el cuerno, esquivando las embestidas de un inmenso uro macho cuyos cuernos podían ensartar a dos caballos pesados del norte con un solo cabezazo. Segimer rotó precavidamente entre las malezas, para distraerlo de Gailswintha, cuyo caballo, amedrentado, trastabillaba entre macizos silvestres y piedras descarriadas; al veloz galope, el ejemplar, cubierto por un denso pelambre y blandiendo sus afilados pitones, le pareció el más grande que había visto en toda su vida. Sin duda alguna, como él, era el jefe de la manada, por eso se había quedado cortando el paso al cazador, para permitir que las hembras, los jóvenes y los terneros huyesen a la profundidad. A fin de cuentas, pensó Segimer, la lección de los dioses era verdadera como el mundo que le rodeaba, ahí tenía un claro ejemplo. La maldición caía sobre el régulo que abandonaba a su pueblo, fuera un uro, un lobo o un hombre.

Los uros que se detenían para combatir jamás se acobardaban. Aquél se volvió buscando el caballo amenazador y rompió la espesura con tal fuerza, que un árbol joven, enganchado en su cuerno, chasqueó ruidosamente antes de hacerse astillas y caer derribado. El animal parecía una montaña en movimiento, tal era su poder.

Varios jinetes entraron en el círculo amenazador. Segimer ordenó que se dispersasen, pues si eran demasiados el uro disponía de mayores posibilidades de alcanzarlos. Una lanzada voló y se clavó en el lomo del toro salvaje. No pareció sino empeorar las cosas. El animal se revolvió imprevistamente y alcanzó un caballo en los cuartos traseros; cayó este relinchando. El uro lo embistió con tal furia, con tal saña, que los jinetes se quedaron paralizados ante el alarde de violencia que dominaba a la bestia. Presenciaron la matanza del caballo con dolor, y la ira prendió en los ojos de Segimer. Mientras el toro salvaje continuaba ensartando el cuello del caballo, todavía vivo, entre horribles relinchos y sacudidas, el régulo querusco espoleó su cabalgadura y se lanzó hacia el escenario de la batalla. Conocía el punto

débil de los uros: su ira. Se enceguecían de tal modo con un enemigo, que eran incapaces de prestar atención a su entorno, y en ese momento, sólo en ese momento, eran vulnerables, a un alto precio para el que se aventuraba a alancearlos. A Segimer le pareció una buena ocasión para morir en combate. Alcanzó el costado, presencié el sufrimiento del caballo, y vio cómo una de las furibundas cornadas desgarraba el pecho del jinete, que hasta ese momento había permanecido ileso entre las pezuñas de los animales.

En ese momento, Segimer extendió el brazo hacia atrás y, girando sobre sus caderas con todas sus fuerzas, descargó la lanzada sobre el puente del grueso cuello del uro. Allí atravesó la piel y se hundió en la carne de la garganta. La bestia brincó hacia atrás inmediatamente, y el inmenso peso de su cuerpo se abalanzó contra la cabalgadura del germano. Segimer recorrió un buen trecho en su caída, y su caballo fue abatido. Los furentes mugidos del uro aterrorizaron la floresta, y la lluvia comenzó a caer sobre la espesa vegetación. Apenas pudo el querusco rodar sobre su propio cuerpo para escapar del radio de acción de la bestia, cuando su caballo ya trotaba a salvo. En ese momento, Gailswintha pasaba junto a él y su azagaya partía de su puño cortando el aire. Fue tan certero el golpe que se hundió de costado entre las mandíbulas del rumiante, y ahí se quedó atravesada. Tres, cuatro, ocho, doce lanzas se clavaron en el corpachón del uro, que trataba de embestir a sus agresores, aunque sus fuerzas se debilitaban. Cuando la batalla parecía ganada, otra embestida traicionera consiguió herir un caballo y desmontar a un jinete, que resultó herido en la caída, cuando las pezuñas traseras del uro cayeron sobre sus costillas. La lluvia comenzó a gotear con insistencia, y la cacería se prolongó durante varias horas en las que otras doce lanzas volvieron a ensartarse en la dura carne de la pieza moribunda, hasta que al fin, tras recorrer varias millas de impenetrable selva, se derrumbó resoplando y desangrándose por la boca. Gailswintha desmontó y descargó varias veces la enorme hacha de combate, hasta que la cabeza se separó del cuerpo de la presa.

Segimer lo encontró jadeando junto al trofeo.

—Pido al régulo de Wulfmunda estos cuernos para mi nuevo yelmo.

Segimer miró al joven jinete, al que había visto crecer desde niño, y se acordó de sus hijos, Segifer y Armin. Sintió, por vez primera en mucho tiempo, una honda satisfacción expandiéndose en el fondo de su pecho exhausto.

—Son para Gailswintha, por su coraje en singular combate —afirmó.

Dos días les costó trasladar el despiece del uro hasta el campamento de caza, pero aquellas noches de lluvia tostaron pedazos de su carne en los fuegos que encendían al amparo de las tiendas de piel. Después se pusieron en marcha por los escabrosos eriales de los montes, sorteando sus gargantas y sus desfiladeros, hasta que llegaron

al paso que los sorteaba hacia el oeste, donde se extendían los dominios de los lobos queruscos. Pero aquella tarde se volvió negra como la noche, y las nubes estallaron. Renunciaron a la idea de cruzar por el paso, y decidieron rodear los montes por sus laderas, siguiendo la ruta alternativa del sur, que visitaba las tierras de los clanes de los ciervos queruscos, donde mandaba Hadubrandt, siempre en buena relación con Segimer.

Pero poca o ninguna importancia tenía que atravesasen estas tierras con o sin el permiso de aquellos clanes. Nadie saldría de viaje un día como aquel. Presenciaron desde el sendero, en las faldas montañosas, el estallido de cientos de fucilazos, con los que la atmósfera superior se desvelaba de sus mortajas nubosas como el rostro de una divinidad de la muerte, pálida y huesuda, implacable y omnipotente. Las fugaces estrías de fuego se alzaban hasta la cima del mundo. Y de pronto latían en una distancia inconmensurable, a lo largo de las inmensas llanuras por donde serpeaban los afluentes del Albis, fluyendo hacia el norte. La caída del primer rayo, no muy lejos, les heló la sangre. Los caballos renunciaron a trotar, aturdidos por golpe del trueno. El cielo parecía ir a derrumbarse, cuando en la luz mortecina de la tarde, ya al amparo de cientos de fucilazos, vieron que una nube descendía en la llanura no muy lejos, en medio de una confusión de sombras de vaho y vapores caliginosos.

Segimer había oído a su padre hablar de la Columna de Irminur, de la ira con la que Tor aniquilaba poblados enteros, y los borraba de la faz de la tierra. Pero jamás lo había visto con sus propios ojos.

—¡Galopad! ¡Galopad! —gritó inconexamente.

Seguramente nadie escuchó lo que decía. El viento alcanzó tal fuerza en unos momentos, que la columna de cazadores se dispersó. Sólo algunos consiguieron seguirlo y descendieron por una gran pradera.

—¡Alejaos de los árboles! ¡Irmînsûl! ¡Irmînsûl!

En medio de la confusión, vislumbraron un poblado ubicado en la ladera. El rugido de los vientos parecía capaz de tumbar a los caballos. Al fin la Columna de Irminur se precipitó sobre los campos. Era una nube que giraba sobre sí misma, con tal fuerza que cuanto se oponía a su paso era arrancado de la tierra y arrojado al cielo. Segimer desmontó su caballo y se ocultó entre las rocas, donde trató de retener al cuadrúpedo, hasta que éste huyó despavorido y desapareció. Sólo quedaba implorar que la nube no fuese directamente hacia ellos. De las casas del poblado, como hormigas, docenas de hombres, mujeres y niños huían en todas direcciones, como las hojas cuando las arrastra el viento. El nefasto torbellino relampagueó y trepó por la ladera. Alrededor de Segimer caían grandes ramas, estacas, piedras que el viento volteaba. La columna del tornado emergió en toda su magnitud y pasó por encima de la parte baja de la aldea. Las casas volaron deshechas. Pieles, techumbres, enseres, todo saltaba arrastrado por las furiosas ráfagas de viento. Después el ciclón penetró

en la floresta, donde la fuerza de los árboles apenas pudo resistirse a su violencia destructora, y fueron ramas enteras y troncos lo que llovió por todas partes con estruendo. Los truenos redoblaron sobre las montañas, y la oscuridad se hizo completa.

Tardaron días enteros en reunirse de nuevo, y Segimer ordenó a los cazadores que socorriesen a los moradores del poblado arrasado. A su criterio, la vieja alianza entre los lobos y los ciervos queruscos debía fortalecerse en ocasiones como la catástrofe o la guerra.

XII

12 a. C., Wulfmunda

La partida de caza regresó perseguida por las brumas, que treparon lentamente por el lecho del valle, hasta desbordarlo. Las cimas de las colinas circundantes emergieron entonces cual islas en medio de un vasto mar de pesados jirones tempestuosos. Había sido la última cacería previa al invierno, un ritual que obligaba a los jóvenes a enfrentarse con las fieras, en caso de paz. La hilera de caballos entró en el valle. Llamó un cuerno; otros le respondieron desde lejos, resonando por encima del telón gris cerrado sobre los árboles. Las altas rocas que se levantaban como fortificaciones naturales en el este, la parte más elevada del valle, amplificaron las llamadas con unos ecos insistentes que se perdían en la lejanía. Poco tiempo después, se supo en todas las aldeas que los cazadores habían vuelto.

En medio de la festiva agitación general, las hijas de Segimer, Ilfraud, Krimilda y Zilda, eran las muchachas más ruidosas. El fuerte hombretón, cuyas profundas heridas habían sanado milagrosamente con los cuidados de los santones, ostentaba un nuevo rasguño en la frente; las abrazó a las dos con sus poderosos brazos, y una risa atronadora vino a desentonar entre las voces animadas y femeninas de sus hijas. Así reconocía Armin a su padre, que no tardó en levantarlo hasta lo alto, arrojarlo y volverlo a recoger varias veces. Una risa incesante empezaba a sacudir los miembros del niño. No podía evitar sentir que el estómago se le revolvía de alegría; había descubierto a tiempo cuánto le gustaba ser volteado por su padre. Entonces aprovechaba para agarrar un manojito de barbas y tiraba de ellas con fuerza, a lo que el padre, entre risas y fingidos lamentos, respondía con una rendición que satisfacía y excitaba al niño. Después perdonaba la vida a su padre, y el ritual seguía con un levantamiento boca abajo, pues el hombretón lo tomaba por sorpresa por ambos talones, los sujetaba con una sola mano, y con la otra revolvía los cabellos de sus hijos mayores, les tiraba de la nariz y los provocaba a nuevas bromas y peleas. Mientras tanto, Armin, boca abajo, se enfurecía y gritaba y reía; el padre caminaba a largos trancos, tirando de sus hijos hacia los carros que cargaban con numerosas piezas de caza.

Segimer lo dejó caer al suelo, y una nueva fascinación apareció ante los ojos del niño. Una nueva y terrible fascinación. Tan extraño le resultó aquello. Descubrir los cuerpos muertos de los misteriosos animales, que él mismo apenas conseguía distinguir por casualidad en su entorno, cuando furtivamente desaparecían en la maleza, allí exhibidos. Inmóviles. No habría sabido decir si era un primitivo pudor lo que se traicionaba ante la desnudez de los animales abatidos, o una tristeza motivada por la ilusión destruida ante aquella visión. Montones de liebres, patos, ciervos y

venados se amontonaban sobre las carretas tiradas por parejas de obedientes garañones. Un rebaño de caballos salvajes, a los que habían dado captura, coceaba y relinchaba arrastrado a duras penas por fuertes cuerdas; los poderosos machos tenían tanto nervio que el furor se les salía por los ojos, los belfos y los ijares, con sólo que alguno de aquellos hombres rudos se aproximase a sus potros o a sus hembras, a lo que respondían con un piafar con el que trataban de clavar las pezuñas al intruso y estamparlo contra el suelo. También habían practicado la caza del uro, acosándolo en sus propias trochas y bramaderos del monte Melibocus, una caza que se había saldado con la muerte de un tremendo ejemplar, heridas graves en tres de los guerreros de la aldea, y la muerte de un veterano hermano-lobo, uno de los mejores guerreros de Wulfmunda. Había muerto en singular combate, como un héroe, pero la profunda cornada lo había traspasado. El uro era conocido por su rijosidad y su violencia, y no huía ante la llegada de los guerreros cazadores, sino que se enfrentaba a ellos. Sólo excelentes jinetes y lanzadores de azagaya se aventuraban en su captura, y, a veces, como era aquel caso, les costaba la vida. Extrañamente no habían encontrado osos, lo que Cerunno interpretó como un mal augurio, aunque nadie reparó en sus comentarios, e insistió el adivino en que la abundancia de uros era un presagio de grandes guerras.

Docenas de jabalíes habían sido abatidos en la redada del último día. Muchas de las piezas ya mostraban sus entrañas evisceradas y sus pieles habían sido desolladas; una gran cantidad de carne fue ahumada y salada en el campamento de caza, al norte, en las engañosas praderas del monte Erzung y del monte Biunderrup, por cuyas umbrías habían galopado en busca de alimañas, más allá de los eriales por los que fluían, sobre espumosos lechos de piedras, los grises Ríos del Caballo. Las pieles ásperas de los animales se amontonaban en una de las carretas; los colmillos sanguinolentos asomaban en los hocicos entreabiertos; las lenguas colgantes todavía desprendían un vaho caliente al remover sus cuerpos. Algunos ojos estaban cerrados, pero la mayoría se habían quedado abiertos al ser sorprendidos por la muerte. Al niño Armin le daba la impresión de que lo observaban impasiblemente. Tenía la sensación de que aquellos ojos lo miraban. Los más terribles eran los ojos de los venados. No soportaba la mirada de los enormes ciervos. Sus ojos eran tan inocentes, tan apacibles. Y a su vez, un nuevo sentimiento crecía junto a aquel sufrimiento ante la muerte: el del hambre. Desde pequeño se había acostumbrado a unir aquel respeto por los animales muertos con el sabor de sus entrañas, de su carne cortada en pedazos, chorreante de grasa, dispuesta en largos espetones sobre el fuego, rodeado de risas, *medhu* y alegría. Pero ahora sentía la mirada impremeditada de la muerte, con su vacío aterrador, inservible, intocable y sagrado.

Su rostro pálido, de anchos carrillos, de niño bien alimentado, enmarcado por una enredadera de greñosos y castaños cabellos húmedos, se acercó al ojo de un joven

ciervo. Allí, en la película cristalina, se vio a sí mismo, reflejado. Su propio rostro, deformado por la esfera del ojo muerto, le resultó monstruoso, y se asustó. Junto a él descendió otro rostro, lentamente. Un rostro terrible, alargado. Una aparición. Una mirada hosca que lo escrutaba penetrantemente. Los ojos se agrandaron como bultos, y de la cabeza, de la que colgaba una barba enmarañada de hojas y raíces, vio cómo surgía una cornamenta de ciervo. Era el espíritu del ciervo, era un monstruo que lo miraba fijamente y se acercaba a él, el dios de los bosques que volvía para vengar a sus criaturas. En ese momento se volvió y tropezó con las piernas pesadas de su padre.

Junto al niño se inclinaba, agachado, el adivino. Otra vez era Cerunno. Su rostro, todavía muy cerca del suyo, ya no estaba deformado por la esfera del ojo muerto del ciervo, y se volvió más duro y terrible. Continuó observando al niño con paciente insistencia. Sus barbas se movieron y de su boca desdentada y vieja comenzaron a salir palabras.

—¿Qué mirabas?

—El ojo —dijo el niño, con la mirada fija en la oscura esfera, albergando así la esperanza de desembarazarse de la terrible mirada del adivino.

—El ojo no debes mirar. Eso sólo lo mira Cerunno. El ojo de los muertos mira hacia atrás y hacia delante. Nunca aquí y ahora. Lo que ha pasado y lo que pasará. El ojo de los muertos sólo debe ser consultado por el hechicero, por el adivino, por Cerunno el Sabio.

Mojó su pulgar en un tarro espeso, y musitando unas palabras extrañas en la lengua antigua, pintó la ojera derecha del niño con aquel líquido maloliente. Después se volvió a los carros cargados de animales y comenzó a cantar y a moverse de un lado a otro, balanceando su cornamenta como un venado, mientras asperjaba gotas de aquel líquido sobre los animales.

Armin sintió de nuevo el ruido de las voces alrededor, mientras su padre lo arrastraba hacia el amplio corro de hombres, donde el enorme Segmus y el nervudo Grumber se disponían a comprobar quién arrojaría más lejos una gran piedra. Armin fue alzado sobre los hombros de su padre para presenciar mejor el espectáculo. Los bailes improvisados habían cesado, y Segmus lanzó la piedra con un gruñido de esfuerzo. Todos aplaudieron y lo vitorearon. Otros lo llamaron «gordo», aprovechando el tumulto general, y la mirada de Segmus se volvió ridículamente suspicaz por unos instantes, aunque volvió a contentarse con la salva de vítores y hurras. Tomó a una joven, la alzó con ambas manos y dio varias vueltas con ella. Por fin la depositó en el suelo e invitó a Grumber a realizar su lanzamiento. Grumber se alejó ante la multitud hasta la enorme piedra. Fingió que era muy pesada, provocando la risa y la satisfacción de Segmus, pero la levantó y la arrastró trabajosamente hasta

muy lejos. De pronto se echó a reír, se subió de puntillas a la piedra, e hizo un gesto obsceno a Segmus. Dijo que él ya había lanzado la piedra, y que había llegado mucho más lejos de lo que Segmus llegaría en toda su vida. Arrugó el rostro, se atusó el bigote y adoptó una pose burlona. Ahora los espectadores rieron todavía con más ganas. El rostro de Segmus se puso rojo como la grana. Fácilmente burlado, Segmus era como un uro del norte, y embestía de frente. En ese momento Grumber les enseñó a todos una pequeña piedra, y la lanzó con fuerza. Sonó un golpe seco, y una señal roja se encendió en la frente de Segmus. El gigante se tambaleó. Grumber fue hacia él en medio de la risa general y lo abrazó y lo besó como a un niño pequeño. Por fin Segmus se repuso, e iniciaron una absurda pelea, revolcándose por el barro como los cerdos de una piara. Los cuernos resonaron, las trompetillas y los metales repicaron, algunos se pusieron a bailar en corros.

Después las piezas de caza empezaron a ser repartidas, y aquel trabajo se prolongó durante la tarde neblinosa. Por la noche se encendieron todas las antorchas en la casa del *Thing*. Los asadores daban vueltas sobre el fuego y enormes jabalíes chorreaban su grasa entre las brasas, mientras su piel se tostaba y su carne palpitaba, caliente y jugosa. El *medhu* era escanciado en cuernos de buey hasta que rebosaban, el suelo se tornaba resbaladizo y algunos caían de costado para gloria de la reunión, desparramando el contenido de sus propios cuernos. Se contaban gestas de caza, ciertas y falsas, y se tragaba en nombre del Wuotanc vengador y del Tor altitonante, del relampagueante Ziu* y de Irminur, padre de los Ases, y del paciente Heimdall y de Frigg* la de grandes pechos, y de otros muchos dioses.

Armin jugaba con sus amigos entre el bosque de piernas robustas, a la cacería, y soñaba con apresar uno de aquellos enormes jabalíes. La noche fue larga a la luz de las llamas. Los jabalíes asados desaparecieron y sólo hubo huesos en las fuentes de madera, en las que se habían amontonado las tajadas de carne; varios toneles de hidromiel se vaciaron, y hasta los perros roían satisfechos los restos del festín. Uno a uno, todos fueron cayendo dormidos, y en aquellas noches benignas la sala del consejo permitía el sueño a los habitantes de Wulfmunda, por lo que la mayoría, incapaz de moverse, se quedó allí a dormir. Armin empezaba a dormirse cuando escuchaba gemidos de mujeres. No sabía dónde estaban sus hermanas. Las llamas del fuego parpadeaban a punto de extinguirse. Unas ascuas bermejas palpitaban donde había ardido una hoguera. Armin se durmió entre extrañas voces de mujeres, palabras de hombres que no hablaban y a las que ningún hombre contestaba, sino otra vez otros gemidos de mujeres.

Un enorme jabalí se le apareció a Armin en sueños. Su imagen era la más esbelta y grandiosa que hubiese contemplado jamás, su tamaño superaba el de cualquier ejemplar que hubiese visto, y había en la fortaleza de aquel galope y en la obcecación

de aquella testa erizada un nuevo poder y un señorío que seducía todas las pasiones de su corazón desconocedor y salvaje de niño solitario, inspirando la obediencia al señor del bosque. Galopaba entre troncos torcidos, musgo y hojas secas. Desbrozaba con sus colmillos la selva entera; la floresta parecía abrirse en canal tras su paso. Le pareció al niño que las pezuñas eran de oro. Los colmillos, de acero, relampagueaban como puñales en el agua soleada. Sus greñas de alambre desgarraban la sombra como un golpe de hacha. Sus ojillos furibundos parecían amenazarlo, y un brillo en ellos le recordaba que podían arder como coléricos carbúnculos.

Súbitamente, el inmenso animal se detuvo frente a él. Incluyó la cabeza, amenazándolo. Restregó las pezuñas contra la tierra de sus antepasados. Su mirada ardió con el rojo de los hierros fundidos, y un estrépito lo despertó cuando saltó hacia delante.

A la mañana siguiente una nueva claridad inundaba la sala. No había nadie alrededor. Los hombres y las mujeres habían desaparecido. Ni siquiera veía a sus hermanas, ni a su tía Hartlind, ni a ningún otro niño. Armin se restregó los ojos y metió la cabeza en un cubo de agua. Salió al prado. Le saludó el mugido de unos bueyes que meneaban sus rabos indolentemente. Le gustaba mirar hacia el oeste, pues allí el valle descendía y desde la loma se veía una gran distancia.

El aire de la mañana estaba limpio otra vez. En los ojos de bronce del niño los rastros de bruma eran barridos por una brisa gélida. Por encima, las nubes se arrastraban a gran velocidad, hacia el oeste, dispersas, agujereadas como quesos, superponiéndose en capas densas a través de las cuales se escapaba el parpadeo del sol recién nacido, como un ojo que se despierta. Un haz de rayos se abrió paso allí entre las nubes, y cayó como un telón de fuego. Detrás sucedió lo mismo, y muy cerca, ante él. La mirada del sol atravesaba los piélagos tormentosos con lanzas que descendían, se clavaban, y se movían inundando la tierra de color. Mientras transcurría el momento mágico, la mano del hechicero se posó sobre su hombro. El viejo se puso en cuclillas, los ojos fijamente clavados en el horizonte, la barba erizada por el viento.

—Allí, ¿lo ves?, los ojos de Wuotanc miran las montañas solitarias de Teutoburgo, el Bosque de los Teutones, y lo iluminan después de la tormenta. Noche y niebla han pasado. Los padres de los queruscos, de los caucos, de los téncteros... fueron los teutones. Sus espíritus están allí, descansan en los bosques profundos y sagrados, en los que muy pocos cazadores deben entrar.

—Parece muy grande, maestro. ¿Podría yo cazar un jabato allí?

El adivino rompió en una larga y plácida risa, y fue la primera vez en su vida que Armin lo vio reír.

—Mastica esta pequeña semilla cuando te retires a dormir. No la tragues; mantén

sus pedazos bajo tu lengua, y deja que Irminur te reconozca entre los mortales —dijo Cerunno, y le alcanzó una diminuta fibra que Armin guardó celosamente en el bolsillo.

Aquella noche se durmió rumiando el regalo del adivino, y le visitaron de nuevo extraños sueños.

Vio una especie de gigante, mitad toro, mitad hombre, de talla más que humana, untado de negro. Un yelmo en el que se enroscaban enormes cornamentas de macho cabrío surgió de las tinieblas. Se movía lentamente, con la pesadez de un coloso. La profundidad de un extraordinario bosque lo envolvía, un bosque que a los ojos interiores de Armin le pareció el abuelo de todos los bosques, tan viejos eran sus troncos, tan tupidas y decrepitas las excrecencias que colgaban de las densas copas. Asustado, Armin soñó que aquel gigante desaparecía en las sombras de los torcidos árboles. El cielo, por encima de impenetrables tinieblas, se volvió rojo rusiente de hierro recién martillado, y la bóveda del mundo llameó con clamor de truenos ante la aparición en combate de los sagrados Ases.

Presenció hileras de gigantes encolerizados, grandes como colinas, que amenazaban con sus puños al cielo. Vio bolas de metal fundido que surcaban el aire arrojadas por sus manos ciclópeas y nudosas, una tormenta de hierros que se abatía a su alrededor. Pero de las tinieblas imprecisas de aquel mundo brotó una cúpula de rayos, un altar titánico de nimbos tormentosos que se precipitaban en revuelta y atronadora caída. Había a su cabeza un carro tirado por enormes machos cabríos, cuyas riendas tensaba un as de barba roja que blandía el pesado martillo. El rayo y el trueno brotaban del chirrido de sus ruedas. Un ejército de nubes traía retumbando el galope de mujeres armadas de largos cabellos cuyas hermosas frentes coronaban yelmos alados, y más allá, por encima de la procelosa marea que se abatía sobre los rudos gigantes, descubrió el galope de un caballo de ocho patas más raudo que todos los vientos, a cuya grupa iba montado un anciano de porte orgulloso y meditabundo. El Padre de la Guerra, tocado con el yelmo penígero, lucía las alas del águila, un parche cubría la cavidad opuesta de su rostro y una hirsuta barba la mitad de su pecho; empuñaba la larga lanza de las ranas, contemplaba el cielo y la tierra con su único ojo.

Armin se sabía insignificante en la profundidad de su sueño, y no obstante, cuando aquel viejo, a la vez decrepito y omnipotente, se volvió en su busca desde las nubes, al sentir que la mirada del ojo divino, perturbado, caía sobre él, lo entendió todo: cuanto le había parecido distante, temible y frío le resultó de pronto ardiente, funesto y colérico. La mirada del ojo único se encendió como un torbellino de fuego y sacrificios, cuyo rayo lo envolvía y lo apresaba, haciendo hervir los torrentes de su sangre igual que lo hace una mortífera ráfaga de ira.

XVI

12 a. C., Roma

Roma se convertía en una orgía. Sixto Aulio la había encontrado en el mejor de sus momentos, y consideraba providencial la llegada de su retiro. Observaba con buenos ojos el relajamiento de las estrictas costumbres impuesto por los ritos itálicos, y aplaudía el auge del lujo, de la ostentación y del derroche. Quienes podían permitirse una grulla, abandonaban el insulso pollo; quienes podían pagarse un corzo, renegaban del fiel cordero; y los atunes de Caledonia hacían furor en los mercados, donde se decía que los filetes de aquellos pescados eran diez veces más sabrosos que los de cualquier carne asada, incluido el antílope africano. Fueran o no pescados en tan lejanos mares, lo cierto es que las subastas adquirían precios exorbitantes. Así era Roma, y no es que Aulio en ese aspecto desdeñase el gran mercado de hetairas y efebos, de atletas y mujerzuelas que la ciudad, como un ardiente prostíbulo, ofrecía en las cuatro direcciones, pero sus aspiraciones le pedían mucho más, y aguardaba sus cargamentos de esclavos venidos del norte. Mandó que se leyese poesía a todas horas durante su estancia en las obras de su imponente sueño arquitectónico, que había succionado millones de sestercios desde que iniciara su construcción, algunos veranos atrás. Las *Elegías de Amor a Cintia*, del poeta oficial Sixto Propertio, habían pasado de moda, mientras que las *Elegías de Amor a Delia*, del refinado y jactancioso Albio Tibullo, todavía causaban furor entre los jóvenes y entre aquéllos que pretendían serlo eternamente, lo que se había convertido en una tendencia generalizada de las clases nobles.

El impresionante tamaño de la *domus*, con sus tres peristilos y sus dos enormes atrios, había despertado los rumores de la selecta vecindad que la rodeaba, pero Sixto Aulio, el dueño de aquella propiedad que rivalizaba con las suntuosas moradas de la familia imperial y fruto de la unión de dos villas adyacentes gracias a las obras de un ilustre y poco escrupuloso arquitecto de origen hispano, famoso por sus arreglos en Gades* y Augusta Emérita para los Balbo, ya había encontrado la forma de ganarse a sus vecinos para las causas del placer, invitándolos a sus primeros banquetes. Sin detrimento de aquéllos, la verdadera inauguración, con la que sentaría el estandarte de la rivalidad contra el grueso y sofisticado Lúculo, rey de las veleidades hedonistas y marcapasos de su fama, estaba por llegar. Sobornaba esclavos ajenos con objeto de informarse de los ingredientes más exóticos, tenía espías en el puerto de Ostia para no perderse los cargamentos más solicitados que llegaban, según se decía, a través de las columnas de Hércules, desde Ivernia*, Britania y Caledonia*, o por la ruta africana, desde Egipto, Siria y las costas orientales del Mare Nostrum, y había empezado a formar a sus propios amos de cocina y a muchos otros sacerdotes privados que

conformarían su propio senado del placer. Sin embargo, aquella mañana Sixto debió lavarse los gruesos carrillos con agua fresca antes de la salida del sol. Todavía con el pomposo *subligar** entre las piernas y la ligera toga interior del sueño, llamó a su esclava favorita.

—Aféitame, Galusa; no quiero parecer un bárbaro.

Tras el perfecto trabajo de la barbera, Sixto se enfundó las sandalias de cuero, con el distintivo *calceus** de marfil, hechas a medida por el mejor zapatero de la Subura, y después se retocó los pliegues de una majestuosa toga de lana en la que resaltaba el bordado de la tira púrpura, distintivo que la ley sólo permitía a los senadores. Aquel sería el gran día en su *cursus honorum*, pues ingresaba en la sagrada comunidad del Senado de Roma, que aguardaba su discurso de admisión sobre el estado de las Galias y las previsiones del norte. Como prefecto de Lugdunum, sus opiniones serían recibidas con gran interés.

En el *impluvium** todavía no se recogía luz alguna, y Sixto Aulio se conformó en el *triclinium* con unas delicias de queso con *mulsum* y un poco de agua de las ánforas que le traían expresamente desde las fuentes de los Alpes Cottiaz. Las paredes todavía esperaban retoques de mosaicos compuestos por artistas de Pompeya y Sicilia, al igual que las policromías aplicadas con tierras aceitosas representando los mitos de Príapo y Cibeles, aún por finalizar, y no acababa de sentirse satisfecho con las esculturas depositadas sobre pedestales en los ángulos de los pasillos. Aquel escultor, a su parecer un pretencioso *græculus*, se le antojaba demasiado frío, habiendo convertido los corredores de su mansión en ágoras de un anticuado estilo ateniense. Buscaba piedras verdes y rojas veteadas de blanco y pulimentados basaltos negros con los que dar variedad al interior de su templo, piedras preciosas de muchos quilates y bien talladas, incrustadas en las cuencas de sus ojos, actitudes más enérgicas en todas sus poses, fueran o no eróticas o atléticas. La comodidad no le bastaba en su búsqueda de la perfección de los ritos de Baco. «Oriente», se repetía a sí mismo. Oriente. Su suntuario resplandor de amatistas, su brindis de colores, su lujo inefable, cadencioso, lleno de detalles. Por el contrario, aquellas academias atléticas disonaban con el mármol rojo de Siria con que había tapizado los suelos de su retiro, en honor al vino y sus más puros matices, sobre cuya superficie cristalina deseaba caminar hasta el último día de su vida.

Un tropel de esclavos preparaba su salida hacia el Capitolio, que debía ser triunfal en su republicana sencillez. Sixto Aulio se despidió del estanque y tomó el discurso que aguardaba sobre la mesa de volutas del *tablinum**. Se echó en la litera, y los portadores iniciaron su viaje por las clivosas calles, rodeadas de jardines y villas suntuarias, hacia la colina del Capitolio.

Apenas el disco éneo se había asomado sobre el oriente, centelleando por un mar

de tejados irregulares, arcos y columnatas, basílicas y templos, cuando la actividad del corazón del Imperio ya se había iniciado con diligente premura. Atrás quedaron los atascos urbanos y el gentío del vil populacho que tanto le espantaba. Eran muchos los que se dirigían a sus trabajos administrativos, a las prefecturas y a los cuerpos del Derecho Romano. La litera de Sixto Aulio se cruzaba con personajes ilustres al penetrar en el Foro: otros porteadores descendían lentamente para dejar paso a los senadores que se reunían en corros, o militares de alto rango que caminaban erguidos. Las patrullas pretorianas registraban a cada togado que accedía al interior del Senado. Hermosísimas mujeres ostentaban joyas con las que ornaban sus peinados recogidos, algunos corceles blancos relinchaban; había tráfago de gente que iba y venía con pergaminos y noticias. Sixto Aulio degustó el momento, como era su costumbre. Observó reclinado el horizonte de basílicas, victorias, pedestales y templos, sobre los que el sol de bronce ponía sus acentos de cálido brillo, elevándose en la armonía del poder absoluto con el que Roma, religión y ejército, dominaba el mundo.

Descendió de la litera y avanzó con pasos cautos hacia la escalinata de la recientemente reformada Basílica* Æmilia, que conducía al *sanctasanctorum* del Senado. Apenas había subido unos peldaños, cuando una voz y un brazo amigos vinieron a socorrerle en su lento ascenso.

—¡Sixto Quintilius Varus! —exclamó Aulio con su mejor sonrisa.

—Eres bienvenido al Senado —afirmó el grueso interlocutor. Varios conscriptos se unieron a ellos y saludaron al que ya casi ostentaba el mismo rango que ellos.

El grupo observó de reojo un conjunto de senadores de cuyo capcioso mutismo sólo brotaron miradas de desprecio.

—Los grandes terratenientes de la *gens* Julia...

—Los asesinos de Graco —musitó otro senador junto a Sixto Aulio.

—Los *optimates** —aclaró al fin Sixto Aulio.

—Pero hoy celebramos la entrada de Sixto Aulio —dijo Varus—. Y con ello, celebramos la entrada de un miembro y de un defensor de la verdadera República.

—Tu trabajo junto a Augusto ha merecido su apoyo para tu entrada, y eso sólo elogia tu perseverancia, Sixto Aulio. De sobra era sabida la inclinación de Augusto a alejarnos del poder.

—Pero, finalmente, Augusto optó por reconciliarse con la República, y da muestras de tolerancia con nosotros —dijo Aulio.

—Avancemos hacia el lugar —dijo Varus, empujando amigablemente a Aulio.

Pero un súbito y creciente tumulto obligó a los senadores a volverse a los pies de la escalinata. Allí, varios pretorianos escoltaban una noticia que no tardó en abrirse paso de boca en boca.

Marcus Vipsanius Agrippa había muerto durante la insurrección de Panonia. El levantamiento en armas había costado caro a las legiones, cuyas pérdidas no eran

elevadas, aunque habían sido dolorosas para la familia imperial.

—Agrippa muerto, el fundador de la colonia de los ubios junto al Rhenus, el vencedor de Marco Antonio y de Cleopatra en las aguas de Accio —dijo Sixto Aulio.

—El comodín de Augusto... —dijo Varus en un tono suspicaz. Los senadores intercambiaron miradas de gran significado, pero no hubo palabras innecesarias.

—Pobre Julia —dijo Sixto Aulio con una extraña mueca en el rostro—. ¿Quién endulzará ahora las noches de la mujer más bella del orbe?

Los más de seiscientos miembros del Senado habían tomado lugar. Sixto había sido invitado a ocupar uno de los bancos prominentes en su discurso de admisión, cuya llegada se demoró ante la noticia de la muerte de Agrippa, a la que una intervención de Augusto ofreció singular duelo. Para él fueron solicitados y concedidos los sacrificios del honor en el Panteón, con los que Roma premiaba a uno de los castigadores de los homicidas de Julio César. Después llegó el turno de aquel nuevo nacimiento en la comunidad senatorial, y Sixto Aulio ocupó la tribuna discursiva, tomando la palabra cedida por el mismo Augusto, quien durante las primeras fases de la *oratio** pareció sumido en sus propias deliberaciones. La muerte de Agrippa era un duro golpe en su entorno, pues había sido su mejor hombre de confianza durante los inestables años de las guerras contra Brutus, en Macedonia, y contra Marco Antonio, en Oriente.

De pronto, la voz de Sixto Aulio atrajo su atención.

—Nadie en Roma desconocedor será, en tal caso, de la importancia que encierra el norte del Imperio: allí habita la hidra de cien cabezas que llamamos Germania. Los germanos han ocupado desde decenios el lugar de la dificultad. Fueron los creadores de nuestro *dia nefas**, no lo olvidemos, y aunque fueran vencidos por Mario, no tenemos todavía la cadena que ha de colgar de sus cuellos incivilizados y salvajes. La Galia Lugdunensis ha sido pacificada por el sagrado Augusto y por el pueblo de Roma; hemos enviado durante ese mandato miles de esclavos que hoy habitan en todas nuestras provincias, pero insisto, padres conscriptos, en que Germania puede y debe ser dominada por Roma, que la creación de las nuevas provincias al norte debe ser urgente, y que tanto el emperador como el Senado han tomado la decisión adecuada empujando hacia allí sus legiones, sus fuerzas y su *imperium*. Quizá haya llegado la hora de que Roma vengue aquel terrible día en que fue sitiada por los bárbaros de Breno, y al igual que Julio César conquistó las Galias, otro no menos romano deberá conquistar las Germanias, civilizarlas, y pacificarlas.

Un aplauso unánime saludó la parada oratoria del nuevo senador.

—Así pues, como anunciaron varios miembros de este sagrado Senado que participaron de la planificación de esta campaña en Lugdunum y cuyos rostros reconozco hoy con alegría ante mí, aquí otra vez, ¡que Germania sea conquistada para

mayor gloria de Roma y del único Imperio nacido para gobernar todo el orbe!

El aplauso permaneció durante muchas horas de gloria resonando en el interior de Sixto Aulio.

XVIII

12 a. C., Moguntiacum

Durante aquellos tres años, la preparación de la invasión había sido supervisada directamente por los legados de Augusto y por los cónsules decretados por el edicto del Senado, Marco Valerio Messala *Appiano* y Publio Sulpicio Quirino. Fueron exigentes, exhaustivos y metódicos como cazadores.

Los *castelli** romanos habían sido fortificados según las elaboradas planificaciones de Julio César durante el sitio de Alesia. Se habían excavado fosos más profundos al pie de cada *agger** y trincheras de *tribulus** en los perímetros exteriores, ocultos por falsos ramajes, para inutilizar los eventuales ataques de la temidas caballerías germánicas. Los puentes sobre el Rhenus habían aumentado en número y capacidad, fortaleciendo los contrapesos y vigas que se imponían a la corriente desde el fondo en su lado opuesto. Triplicada su vigilancia del *limes* en que se había convertido el Gran Río, los sorpresivos ataques de Germania, con cuyo inicio quedó destruido el prestigio del pro-pretor Marcus Lollius, no se repitieron, y las tribus de la discordia que formaban el contumaz pueblo de los sugambrios fueron contenidas durante los siguientes tres años. Desde Augusta Treverorum habían llegado los últimos batallones auxiliares hasta los campamentos en los que estaban siendo acantonadas las fuerzas de Roma, que desde entonces había concentrado sus mayores contingentes frente a Germania: casi diez legiones, en un Imperio que disponía de veinticinco legiones para defender su gigantesco perímetro, da una idea bastante clara de lo que había llegado a representar la amenaza de Germania para las inquietudes de Roma. Por ello, junto a los refuerzos de la frontera del Rhenus, continuaban el entrenamiento y la planificación.

Durante el invierno, Drusus había dado el último empujón a las legiones de asalto que se preparaban frente a Germania Inferior. A un paso de su destino, no dudó en realizar rápidas incursiones de ejercicio. Hubo pequeñas pero cruentas batallas, y las aldeas más cercanas al Rhenus habían sido arrasadas cuando no entregaron una rendición incondicional de sus armas. Tal fue el caso de algunos dominios a orillas del gran río, como los del querusco asentado en territorios del Rhenus, llamado Segest, que tenía labrantíos de cereal e incluso plantíos de vid que daban un rico vino blanco, bajo la supervisión de un augur de Drusus, cuya producción vendía a bajo precio a los oficiales; pero a cambio de aquella forzada hospitalidad había salvado a su pueblo y sus tierras de convertirse en un campo de maniobras para las legiones que, lo quisiera o no, atravesarían sus territorios rumbo al interior de Germania. Sin embargo, todo ese despliegue de fortificaciones no era nada en comparación a lo que estaba por llegar.

Al fin Augusto había partido. Permanecieron en intendencia los procónsules Cayo Valgio Rufo, Lucio Volusio Saturnino y Cayo Caninio Rebilio, aunque éste debió abandonar la línea del Rhenus hacia Panonia y Armenia, donde ardían nuevos disturbios. El discurso del *Imperator* ante el Senado y ante el pueblo de Roma levó los ánimos. Había prometido que Roma muy pronto sería agasajada con espectaculares victorias y botines que sus ciudadanos escapaban a imaginar en el más fabuloso de sus sueños. Algunos meses después habían llegado las ordenes imperial y del Senado, por las cuales le eran concedidos a Drusus Claudio Nerón, como *legatus imperialis*, los poderes para la invasión y sometimiento de Germania y con ellos el mando de la Primera Legión *Germánica*, la Segunda Legión *Augusta*, la Cuarta Legión *Macedonia*, la Cuarta Legión *Victrix*, la Quinta Legión *Alaudæ*, la Duodécima Legión *Fulminata*, la Decimosexta Legión *Gallica*, y las Decimoséptima, Decimooctava y Decimonovena legiones, cuyos contingentes estaban acantonados en los valles del Rhenus, con sus respectivos generales, y la capacidad de decisión sobre el campo de batalla, bajo la supervisión de los procónsules, así como el *paludamentum* y la *toga pretexta*, el sagrado manto púrpura y la toga bordada con hilo de oro, símbolos de aquel imperio militar, y los estandartes del senado, empuñados por los *signifer**.

Esa noticia guardaba un significado inequívoco: aquella ancestral clepsidra del Tiempo que era el Rhenus había anunciado la última hora de Germania.

Los ubios*, germanos deportados y principales moradores de Colonia Agrippina, estaban obligados, desde la alianza con Agrippa, a servicio militar en las legiones, y ahora formaban grandes regimientos de tropas auxiliares en la Primera Legión *Germánica* y la Decimosexta Legión *Gallica*. Las caballerías se habían engrosado, atraídas por las nuevas soldadas de Augusto: hasta doscientos veinticinco denarios al año costaba la vida de un jinete y su caballo, siempre y cuando sobreviviese, con los gastos de manutención y dignos funerales, caso que se hallase el cuerpo, a cargo del emperador. Con ello y las obligaciones selladas con Roma por los pueblos galos sureños vencidos por Julio César, las unidades Decimoséptima, Decimooctava y Decimonovena se reforzaron, así como con los contingentes procedentes de la Hispania, pues hubo jinetes celtiberos, cántabros y astures, y llegaron arqueros cretenses y honderos baleáricos con la Cuarta Legión *Macedonica*. Sin embargo, los más numerosos fueron los galos tréveros, belovacos* y ambianos que se unieron con sus robustos corceles al variado contingente de caballería de la Quinta Legión *Alaudæ*; fueron muchos los menapios*, lingones y secuanos, de la confederación de los *belgæ**, que vinieron con sus largas espadas hechas a la manera de los herreros celtas, y todavía más numerosos los aduatucos* y nervios* con sus largas coletas pajizas (a diferencia de los germanos, estos galos mostraban el rostro afeitado a

excepción del espeso bigote), tocados con yelmos de bronce de los que brotaban alas de alondra, empuñando la *cætra** redonda y el pesado *gæso*. La paga era buena y las Galias ya habían sido conquistadas y hechas tributarias, ¿por qué no vengarse de los germanos y cobrarse el botín de aquella campaña, que sería el mejor negocio de los últimos años? Drusus había prohibido que advenedizos y oportunistas se uniesen a la tropa, como la sanguijuela al buey que atraviesa el pantano: no habría prostitutas ni buhoneros, ni baratos adivinos, ni jugadores en busca de legionarios hastiados y aburridos. Impuso su disciplina castrense hasta el límite y prometió repartir su botín como *premium* especial a cada soldado, pero no permitió distracciones, pues deseaba una victoria rotunda e inmaculada. Aquellos contingentes de tropas y de abastecimientos habían ido acantonándose en los nuevos campamentos. A veces, eran tan numerosos que pernoctaban en campo abierto, fuera de los cercos de estacas, pero los germanos parecían haber desaparecido en sus profundas selvas y colinas del otro lado. No hubo sorpresas hasta que un día los mensajeros galoparon con sus rollos de pergamino marcados por el sello de Drusus, en los que estaba escrita la orden de reunión, en griego para evitar sorpresas si caían en manos enemigas.

Los terrenos más llanos frente al puente del Rhenus, al norte de Moguntiacum, en los campamentos de Castellum Mattiacorum* y de Bonna*, habían sido talados. Los bosques se habían convertido en cargas de empalizadas, miles de estacas, flechas, lances de balista y *tribulus*. Ocho legiones se dispusieron en orden para llegar a la otra orilla. Una vez allí, se dividirían para vigilar el *limes* en retaguardia, una parte en busca de Vetera Castra, en el oeste, y aguardar la llegada de los refuerzos prometidos por el Senado bajo el mando de su hermano Tiberio desde Panonia, e introducirse en Germania Interior como las garras de un augur en las entrañas de un buey sacrificado, en busca del corazón. Era el comienzo de la invasión más ambiciosa que Roma había preparado para el norte.

Al otro lado, tras las aguas caudalosas del Rhenus, Germania aguardaba en silencio.

Drusus avanzó con calculada y soberbia pose sobre un enorme semental blanco, el poderoso mentón apuntando al horizonte, el reluciente casco empenachado bajo el brazo, donde los rayos se detenían brillando en los leones rampantes y en las hazañas del mismo Perseo allí esculpidas. Mandó a todos los generales y tribunos que aguardasen su señal, y ordenó silencio a los timbaleros. Cientos de máquinas de guerra, balistas, las más pesadas catapultas de tendón, onagros y escorpiones, docenas de escuadrones de caballería gala e hispana y miles de legionarios, lo observaban. El joven legado imperial, a un paso de la divinidad, sostuvo con placer el momento de la metamorfosis. Sobre un montículo, en el que había sido clavado el estandarte del *Imperium*, Drusus se encaró al ejército. Los aparatosos pectorales repujados de su

coraza de plata refulgían bajo el sol, y como si la cabeza de Gorgona envuelta en víboras allí esculpida fuese capaz de lanzar la maldición que a los ojos de Medusa y sus hermanas Euríale y Esteno se atribuye, el inmenso ejército permaneció inmóvil ante él, como conjurado en piedra. Más de sesenta mil hombres fijaban sus ojos en Drusus, conscientes de que tenía el destino de todos ellos en su mano, como las riendas de aquel poderoso caballo, y de que los conduciría a la victoria o a la muerte. Los estandartes de plata de ocho legiones brillaban delante, así como los cincelados éneos con las siglas SPQR, en alusión al Senado y al Pueblo de Roma, y los numerosos vexilos de señalización votiva que facilitaban los movimientos a una hueste tan numerosa como mortífera, flamearon acariciados por un viento extraviado que procedía del norte.

Allí, solemnemente, Drusus miró al sol, recordando que sólo a las águilas de Júpiter, las que desollaron al arrogante Prometeo, les estaba permitido hacer algo así, y le dijo:

—Germania no es más que una hidra de cien cabezas a la que Drusus decapitará sin descanso hasta ver caer exangüe y desecada por tus rayos, ¡oh supremo dios!

Asentó el casco en sus parietales y se ajustó el barboquejo, apretando bien el correaje bajo su mandíbula. No dejó que el *paludamentum* púrpura entorpeciese su agilidad sobre el caballo y ajustó las cinchas. Arrancó el *Imperium* de la tierra y lo alzó. Después enderezó el paso de su corcel hacia el puente. Solo. Como si él mismo se dispusiese a devastar toda Germania.

Cayo Ænobarbo se adelantó unos pasos tras Drusus, siguiéndolo con la mirada. El joven augur elevó el *lituus** y fijó su mirada en la bóveda azul, despejada, que se prolongaba sobre todos ellos. A su izquierda vislumbró el vuelo de unas aves, al otro lado del Rhenus, y alzó ambos brazos como sólo lo hacen los profetas, sacudiendo la toga rayada con rojo y púrpura, antes de gritar a las legiones su vaticinio:

—¡Ved las águilas sobre Germania! ¡Marte está con Drusus!

Una ovación brotó de las huestes, repitiendo aquellas frases casi mágicas que parecían abrir la válvula por la que escaparía toda la presión contenida en aquellos largos minutos bajo el mediodía.

Sólo entonces los tribunos dieron la orden y cien timbales vibraron bajo los golpes de esclavos negros capturados en las fuentes del Nilo, a un ritmo pausado pero incontenible. Poco a poco, las legiones fueron agrupándose, situándose y poniéndose en movimiento. El grueso del ejército se estrechó mientras avanzaba sobre las olas del Rhenus. La hilera parecía interminable, con sus más de quince millas de longitud. Era una máquina de guerra cuya invencibilidad nadie pondría en duda, un todo que actuaba como una unidad perfecta, como un solo hombre: Drusus. Aquel ambicioso romano había entrenado hasta la saciedad a sus legiones, había azotado a quienes protestaron contra su disciplina, relegado a otros, degradado a muchos. Había

infundido en el ejército del Rhenus el miedo a la desobediencia y el miedo a la derrota. Los había condenado a curtirse y a entrenarse con trabajos forzados, recurriendo a cuanta fuerza hubiese en ellos para que no se mantuviesen ociosos jamás: excavando fosos, acumulando piedras, levantando muros, afilando estacas, cortando árboles, despejando anchos terrenos en torno a las fortificaciones que vigilaban el Rhenus desde las cimas de las colinas, para evitar las emboscadas... Si ahora sus fuerzas no estaban preparadas para la guerra, no lo estarían jamás.

Desde un alto en las lomas del otro lado, los vigías sugambrios vieron cómo el ejército más grande que Roma había enviado hacia el norte caminaba firmemente hacia sus tierras, convertido en el centelleante dragón de sus propias sagas: la serpiente de acero se deslizaba hacia el interior de Germania con las fauces abiertas.

La respuesta a las audaces e indómitas invasiones sugambrias y al robo del Águila de Plata, perdida bajo el mandato de Marco Lollius, llegaba en toda su magnitud. La respuesta del César sería implacable. Roma había vuelto.

Drusus no se aventuró al frente del formidable ejército hasta que las alianzas con los bátavos, en los territorios del oeste, no fueron firmes, dejando seguras las espaldas de los ejércitos romanos durante las invasiones que acontecieron en años posteriores. Tomaron rehenes de los frisios, cuyos asentamientos se hallaban en las costas tormentosas situadas entre las desembocaduras del Rhenus y del Amisia, y pactaron nuevas alianzas con las que garantizar la aniquilación del corazón de Germania. Drusus fomentó la construcción de puentes y fortificaciones en las inmediaciones de las provincias, mejoró el estado de las calzadas y dispuso de un gran despliegue de ingenieros que calculaban sus movimientos y el gasto de provisiones, así como la adecuación de las máquinas bélicas al nuevo terreno que les aguardaba.

Los sugambrios decidieron mostrar abierta resistencia, con lo que cruzaron el Rhenus al este de Moguntiacum. Drusus desvió el curso de la marcha y los venció entre los campamentos de Divitio* y de Bonna, dispersándolos. Desde allí continuó hacia el norte y ocupó los dominios de los bátavos, volvió a cruzar el Rhenus y descendió hacia el territorio de los usípetos, donde causó la primera incursión devastadora. Después, siempre sin alejarse demasiado de la orilla derecha del Gran Río, arrasó buena parte de los territorios sugambrios, tubantes y catuaros.

Tras aquel aniquilador preludeo, el implacable legado decidió, al fin, un ataque sorpresa contra el corazón de Sugambria. Aquellos montes de los que brotaban las aguas del Amisia, del Lupia, del Alisio y, más hacia el norte, del Visurgis, se convertían en el muro que separaba a las legiones de los terrenos más llanos del norte, y que Roma consideraba más accesibles para sus máquinas de guerra. Drusus quiso dominar el intricado dédalo de sierras, desfiladeros y bosques que creaban Teutoburgo y las cordilleras de los montes Melibocus, Asciburgius y Visurgos. Llegó

la hora de ir más lejos que Julio César. Desde Colonia Agrippina, que había convertido en sede permanente de la flota fluvial, descendió hasta el Atlanticus y cabotó hacia la desembocadura del Amisia. Allí conquistó la isla Burkana, que era, como las todas las islas frisias, una solitaria mancha rocosa perdida entre la furia del Oceanus Germanicus, y los legionarios remaron río arriba por territorios salvajes que hasta entonces ningún romano había visto antes. Las legiones desembarcaron a la altura de los montes Osnengi y arrasaron el territorio de los brúcteros* tras dos batallas en las que Drusus dio muerte a su enemigo con dura y sistemática estrategia.

Durante la siguiente campaña, Drusus aprovechó las victorias anteriores y repitió sus asaltos contra los sugambrios y los usípetos, cuyas poblaciones aniquilaba en medio de sangrientos holocaustos. Siguiendo hacia el norte los cursos de los ríos Rura, Siga, Adrana y Laguna, devastó con fuego y metales los indomables pueblos del corazón de Germania, hasta que alcanzó las orillas del Visurgis al pie de los abruptos montes Semana. Sin embargo, durante la retirada, su ejército escapó a una emboscada de las armadas sugambria, querusca y catta* reunidas, a las que golpeó tras rehacerse en medio de increíbles circunstancias. Drusus comenzaba a adquirir la gloria de Julio César, su nombre infundía serenidad entre los legionarios. Era capaz de vencer en las situaciones más sorprendentes. El joven legado no se inmutaba ante las emboscadas de sus enemigos, y continuaba hostigándolos con celoso afán destructor. Durante el día revisaba cada aspecto del ejército, durante la noche memorizaba los mapas, cada río, cada afluente, cada loma, cada desfiladero del que tenía noticia. Roma empezaba a considerar a Drusus otro militar elegido por los dioses para engrandecerla y asegurarla, y Augusto acogía las noticias con la satisfacción de un orgulloso padre. «Drusus el conquistador, Drusus el invencible», se repetía en los mercados y en las termas de todo el Imperio.

Reanudó las masacres en los territorios usípetos y ordenó la deportación de cuarenta mil sugambrios, que convirtió en esclavos. Levantó un puente sobre el Lupia y avanzó hacia el sur diezmando de nuevo las poblaciones sugambrias y tencteras. Volvía sobre sus pasos con objeto de aniquilar al enemigo y reducirlo; columnas de fuego y humo como jamás se habían visto trepaban hacia el cielo, y eran visibles desde muchas millas, como augurios de la peor ruina, del fin del mundo, del ocaso de los dioses. En busca de moradores ocultos y guerreros fugitivos, Drusus mandaba en verano prender fuego a los bosques, después de haber reducido a ceniza los pocos poblados que quedaban en pie. Desde aquellos territorios se dirigió hacia el este contra las tribus queruscas del sur, alcanzando de nuevo las corrientes del Visurgis al final de la temporada lluviosa. Debido a lo avanzado del año y la escasez de vituallas, se vio obligado a retornar, tras fundar los campamentos de Mattium a orillas del río Adrana. Fue una hora difícil, la primera angustia que vivió Drusus en la sucesión de victorias que protagonizaba. A sus espaldas, los guerreros sugambrios, supervivientes

a la furia destructora del romano, se aliaron de nuevo con algunas de las tribus queruscas, que también contaron con los régulos del norte, ubicados, como el clan del lobo negro, en los pantanos de más allá de los montes Melibocus y Asciburgius, así como la armada de los márseros, que surgió de las temibles selvas de Hercynia, en el este, y embistieron la hueste en un paso rocoso al sur de Teutoburgo. La situación se volvió desesperada, pero consiguió el genio militar de Drusus, sorprendentemente, hacerse con el control de la batalla y exterminar buena parte de sus enemigos, así como alcanzar el Rhenus sin grandes pérdidas.

A la orilla derecha del río fundó el legado imperial, como centros de asalto, los campamentos de Alisio, en el oeste, junto a la desembocadura del río del mismo nombre cuyo caudal revertía en el Amisia.

Para unir con mayor fuerza a los galos y así fortalecer las retaguardias, asegurándolas frente a las conquistas de Germania, Drusus ordenó levantar un altar de la ciudad de Roma a todas las colonias de las Galias y en honor a sus sesenta tribus, así como la celebración de extraordinarios juegos en todas sus colonias y ciudadelas, los cuales deberían tener lugar anualmente para conmemorar la unión entre las Galias y Roma.

Mientras tanto, Tiberio dirigió tres campañas contra Panonia y Dalmacia, haciéndose cargo, como legado imperial y cónsul elegido por los padres concriptos del Senado, de las encendidas guerras que, tras la muerte de Marco Vipsanio Agrippa, marido de Julia la Bella, todavía humeaban en aquellas provincias. A él se debieron las grandes fortificaciones de Carnuntum y de Aquinctum. Augusto, para dirigir sus pasos, trasladó su residencia a Aquileia* durante aquellos años.

XVIII

11 a. C., Wulfmunda

Armin se volvió hacia su mejor amigo. Una mirada bastó para decidirlo. El plan estaba claro y la complicidad de los niños nunca ha requerido muchas palabras. No hizo falta siquiera una para tomar la decisión. Tal era el lenguaje de quienes se educaban en la perentoria necesidad de la caza.

El perro parecía dormido. Sin embargo, ellos ya estaban acostumbrados a esa argucia. Había que desconfiar de él. A *Grungnir*, como buen guardián que era, le gustaba hacerse el dormido para confundir a los invasores. Segmus, el campesino propietario de aquel excelente pastor de bueyes —un perro medio lobo que guardaba celosamente las reses e impedía con feroces ladridos y mordiscos, si era necesario, que las tozudas bestias abatiesen el cercado y se precipitasen en las ciénagas mortales — había desaparecido con el tiro de arar para preparar unos labrantíos al otro lado de la colina. Su mujer y sus hijas estaban fuera, lavando en el arroyo. Muchos se reían de Segmus porque sólo tenía hijas, nada menos que seis en total, aunque el obstinado campesino parecía muy contento con su prole. Carecía del orgullo de los régulos, que ansiaban hijos varones en los que dejar caer el peso de sus espadas y de su dominio como nobles. Cuando las chanzas llovían sobre él durante los banquetes de la aldea, él aseguraba, antes de encolerizarse e iniciar un pugilato, que los hombres no bastaban, y les recordaba que eran incapaces de traer nuevos guerreros al mundo sin hermosas y magníficas mujeres como sus hijas. De modo que si ellos estaban orgullosos de sus vástagos guerreros, él lo estaba de sus mujercitas, que se convertirían en las madres de los futuros guerreros y en las dueñas del poderoso consejo de Nerthus, regentado por la anciana Thusna.

La cuadrilla de niños se deslizó por debajo de la valla.

Si el perro los vio, al menos no dio señal alguna. Ellos habrían jurado que no. El problema era su costumbre de dormir con los ojos entornados, y era capaz de vigilar incluso dormido. Quizá por eso se había convertido en el gran desafío de la pandilla a la que pertenecía Armin. *Grungnir* los acosaba cuando entraban en los prados de su señor, que para ellos era un lugar de paso obligado si pretendían encontrarse con los chicos del clan del jabato, la aldea más próxima al otro lado de las lomas que lindaban al norte con otros pantanos.

Al final, como en muchas otras ocasiones, fueron Armin y Ortwin los que tuvieron que hacerse cargo de la peor responsabilidad. Los chicos más mayores los llamaron «cobardes» y los incitaron a ello insistentemente.

Abrieron el saco de tela, lo desplegaron y Ortwin avanzó lentamente hacia el terrible can. Ortwin tenía una misteriosa capacidad para pasar desapercibido entre los animales, y, a veces, incluso se le acercaban, si estaba quieto, y lo husmeaban; los pájaros llegaban a posarse en sus hombros, si él estaba quieto. También tenía fama de ser absurdamente temerario. Para Armin era una especie de brujo, aunque los adultos todavía no habían reparado en sus extrañas cualidades. Armin le seguía de cerca, y después se puso a la par de su paso.

Por fin estuvieron a unos pies del perro. Pudieron oír los resoplidos, y les pareció que su cabeza era demasiado ancha y su cuerpo y sus patas más poderosos de lo que estaban acostumbrados a ver. Se suspendieron a un paso de él. Entonces Ortwin, que sentía cómo el corazón le latía desbocado, se lanzó con certeza emitiendo un resoplido que parecía aliviar toda la tensión de la caza y enfundó la cabeza del enorme perro en un saco. Armin tiró de los cordales y la cabeza del animal quedó firmemente bloqueada. Los gritos de excitación crecieron cuando unos quince muchachos más se precipitaron hacia allí. Rodearon al perro y le tendieron cuerdas. *Grungnir* gruñía cada vez con más furia. Sus fauces se abrían debajo de la gruesa tela y se cerraban con un horrible golpe de dientes. Dos muchachos lo asieron por la cola, mientras una de las cuerdas surtía efecto y bloqueaba sus patas traseras. Entonces Armin vio cómo uno de los muchachos más mayores tomaba una piedra y la alzaba. Con gran fuerza la arrojó sobre el animal. Como éste se había vuelto en un giro desesperado, la piedra lo golpeó de lleno en el lomo.

El perro emitió un sonido que nunca antes habían oído. Fue un terrible gañido de dolor, y se retorció con humildad. Armin se sintió extrañado en medio de la confusión. El chico mayor, que tanto les había incitado a realizar la peligrosa hazaña de encapuchar a *Grungnir*, se reía coreado por otros de su cuadrilla. De nuevo tomó una piedra, más puntiaguda, el chico pelirrojo, y otros de sus secuaces hicieron lo mismo.

—¡La cabeza! ¡La cabeza! ¡Dadle en la cabeza!

Una especie de excitación se apoderó del grupo. El animal se debatía. Gruñía dolorido. La histeria electrizó el momento homicida. Los chicos más pequeños retrocedieron, o sonrieron estúpidamente, inconscientes de lo que pasaba. Todo había empezado siendo un juego, y eso debía ser. Sólo un juego. La siguiente pedrada alcanzó al perro en el cuello, y otra golpeó con un horrible chasquido la base de su mandíbula inferior. El animal daba vueltas aturrido, tratando de esconderse, retorciéndose y gimoteando de dolor. A Armin ya no le parecía la bestia implacable de los cuentos de la aldea, sino una criatura indefensa, un animal bueno que sólo hacía su trabajo ayudando a su dueño e impidiendo que muchos bueyes se ahogasen en las ciénagas...

En ese momento Armin vio cómo Rotram, el jefecillo pelirrojo de la cuadrilla de

los mayores, alzaba de nuevo una enorme piedra. Rugía en el pesado esfuerzo y su rostro lechoso se descompuso enrojecido.

Iba a aplastar la cabeza del perro.

Armin sintió una ráfaga de ira que le sacudía los miembros, y golpeó con su lanza a la velocidad del rayo el rostro del muchacho pelirrojo. El varazo fue tan fuerte que le reventó la nariz, y la señal de la vara se quedó impresa con sangre a lo largo del rostro. El grito aniñado y la caída de la piedra sobre su propia cabeza, fueron dos hechos casi simultáneos. Afortunadamente, se le vino la mole de roca sobre el cuello y el hombro, y no tuvieron que lamentar su muerte.

Como si un hechizo se hubiese roto, todos los ojos se posaron en Armin. El perro continuaba gañendo y suplicando, desesperado, y el muchacho mayor lloraba con las manos en el rostro. Un chorro de sangre le manaba entre los dedos, recubriéndole los antebrazos, y todos pensaban lo mismo:

—¡Buscad la nariz! ¡Buscad la nariz!

En medio del caos se miraron unos a otros. Algunos tanteaban a tientas la hierba en busca de la horrible nariz pecosa, que suponían había saltado de la cara del muchacho como un tapón sangriento. Pero Armin no se preocupó por eso, sacó un cuchillo y cortó las cuerdas que sujetaban las patas traseras del magnífico pastor de bueyes. El animal se levantó a tientas, parecía recobrar la confianza en sí mismo. Por fin tiró del cordal con tiento y deshizo el nudo que mantenía cerrada la capucha sobre su cabeza. Se sacudió y se desprendió de ella. Liberado, el perro se volvió aturdido en todas direcciones. El miedo estalló en la jauría de niños. Como *Grungnir* ladrara y gruñese, Armin y los más pequeños tuvieron que correr entre las patas de los indiferentes bueyes hacia la parte baja de los prados guardados por aquel perro. El chico mayor se levantó trabajosamente, y corrió tras ellos seguido por dos o tres de sus amigos. Armin, Ortwin y los otros ya se habían puesto a salvo tras el vallado, pero el chico de la nariz rota venía corriendo, y *Grungnir* se había fijado en él de entre todos los demás, y lo acosaba con saña. Quizá el olor de su agresor era inconfundible para el espléndido perro.

No pudo llegar a saltar la valla. *Grungnir* cerró sus fauces alrededor de la pantorrilla de Rotram. Los dientes caninos atravesaron la bota, y el muchacho gritó aterrorizado. Su rostro se había vuelto aún más horrible, teniendo en cuenta que ahora podían ver su herida abierta y la abundante sangre que le entraba en la boca y le caía por el cuello. Pero al menos Armin pensó con cierto alivio que no había perdido la nariz: a fin de cuentas estaba allí, aunque no en su sitio. Ahora le preocupaba más que perdiese la pierna.

Alguien arrojó una gran piedra contra *Grungnir*. Armin tiraba con todas sus fuerzas del muchacho, rodeándolo con sus brazos. *Grungnir* aflojó su dentadura en un momento de debilidad, y eso bastó para que Armin y Ortwin y los demás chicos

grandes sacasen al muchacho pelirrojo del peor apuro de su corta vida.

Se llamaba Rotram y era un auténtico perturbador. Le gustaba *ser* el jefe, no sólo jugar a parecerlo, y con ello manejar a los otros. No; Rotram era arrogante por naturaleza, y el hecho de ser el mayor del grupo le había otorgado ciertos privilegios. En varias ocasiones había sido asustado por *Grungnir*; desde pequeño sentía odio por aquel perro. Sin embargo, en aquellas ocasiones en las que había sido sorprendido por el animal en sus propios territorios, aparte de asustarlo con feroces ladridos, jamás le había mordido o dañado de cualquier otra manera, a pesar de que podría haberlo matado con sólo haber cerrado sus mandíbulas en torno a su cuello. *Grungnir* poseía un extraordinario sentido de la justicia, que por supuesto los niños desconocían. Salvajes y violentos, ellos vivían peligrosamente aquella época en la que reían tan pronto como lloraban, sumidos en los dolores y alegrías de la ignorancia.

La precipitada huida de aquella horda de jóvenes bárbaros fue un caos, con el encolerizado y herido Rotram cargado a hombros; ninguno tuvo la menor intención de volver por el mismo camino. *Grungnir* ladraba furiosamente. Así que se precipitaron en el interior del bosque. Pronto Armin sintió cómo su peso cedía sobre la tierra, cómo las botas gruesas iban dejando unas huellas profundas, dentro de las cuales aparecían canalillos de agua. Conocía aquel camino, pero las ciénagas tenían la costumbre de moverse. Recordaba las palabras del brujo. Cerunno les decía, desde que tenían memoria, que las ciénagas en las que la tierra negra y pantanosa se volvía como un agujero eran puertas al infierno, puertas a las raíces del mundo. El reino nocturno tenía allí sus fauces abiertas, y nadie debía pisarlas, si no quería entrar.

Armin tuvo que retroceder cuando un paso le sumergió de pronto hasta la rodilla. El peso de Rotram se volvía peligroso sobre su hombro. Retrocedieron y decidieron rodear los troncos más robustos, pues en torno a ellos se prolongaban ribazos más secos y duros. Pero la situación cambió peligrosamente. Una parte del grupo se quedó acobardada, bajo los árboles, y Armin, Ortwin y el herido Rotram se precipitaron hacia delante. El resto había escogido otro camino y dejaron de oír sus voces, a pesar de que gritaban sus nombres. Ahora decidieron concentrarse en sus propios problemas.

Había sauces y fresnos gigantescos en torno a ellos. Extendían un tejido impenetrable de ramas del que bajaban revoloteando pequeñas hojas amarillas y alargadas. Las hojas se quedaban pegadas en la tierra húmeda y caldosa. Por allí las raíces robustas se retorcían, se levantaban y se hundían de nuevo en los fangos como dragones y serpientes que descienden en busca de bebida. Ortwin y Rotram se dejaron caer sobre una raíz y se apoyaron suplicantemente en el tronco añoso de un sauce. Armin se aventuró. Le parecía que tan sólo unos pasos más adelante el suelo del bosque volvía a endurecerse, y que habrían dejado atrás aquel traicionero lodazal.

Los primeros pasos le animaron. Las hojas pegadas en el suelo no le sirvieron de aviso. Entonces el siguiente paso le sumergió rápidamente hasta la rodilla, trató de retroceder y volvió a hundirse, esta vez casi hasta la cintura. Lentamente, el frío cieno iba rodeándolo como el abrazo de una serpiente. Ortwin y Rotram buscaron una rama con desesperación. Armin estiró el cuello y de pronto el cieno lo absorbió. Movía las manos con dificultad, y sentía bajo las piernas la fuerza de la succión que lo tragaba. El lodo más líquido trepó hasta sus orejas, y Armin gritó su furia y su ansiedad. Se retorció con todas sus fuerzas antes de ahogarse y Ortwin cometió la imprudencia de arrojar al cieno para asir sus manos. Lo consiguió, pero sólo para prolongar unos granos de arena más la angustia de su amigo, pues también él comenzó a hundirse. Ortwin tendió su brazo a Rotram. Este podía aún asirla y tirar de ambos, pero dudó. Se restregó la sangre de la nariz, y se quedó mirando los ojos suplicantes de Ortwin y escuchando los gritos de Armin, a punto de ahogarse.

Fue en ese momento cuando tendieron una lanza o un bastón hasta él. Armin se restregó los cabellos sucios, llenos de hojas amarillas, y asió el asta con todas sus fuerzas. Retrocedió con firmeza y Armin salió airoso del percance. Lo mismo hicieron con Ortwin. Después el hombre les indicó por dónde debían pasar para no hundirse, sin conceder la menor importancia al rostro ensangrentado de Rotram, y les ordenó que les siguiese. Armin se detuvo frente a Rotram, cubierto de cieno negro, mientras el hombre mayor desaparecía en una cueva. Ortwin miró el rostro amedrentado y Rotram parpadeó indeciso. En ese preciso instante Armin estampó su puño en la cara medrosa, derribándolo con el golpe. Los aullidos de dolor de Rotram espantaron a todas las bestias del pantano.

—¡Eres una enorme mierda de rata! —le escupió Ortwin, venciendo la tentación de propinarle una terrible patada en la cabeza.

Y ambos se dirigieron a la cueva.

Los árboles que ahora veían eran los abuelos del bosque, inmensos y robustos, como columnas talladas en imperfectos losanges y zigzags que sostenían una oscura bóveda preñada de alegres gorjeos, apuñalada aquí y allá por la luz del sol. La boca de una caverna se abría allí entre ingentes muescas rocosas. Adentro resonaba la canción del hierro sobre las piedras, y un resplandor rojizo palpitaba en las tenebrosas paredes opuestas, al fondo.

—La fragua de Gristmund —dijo Rotram, olvidando por un momento su nariz. Los había seguido en silencio—. Hace años que no la veía. Vine aquí con mi padre. A por armas.

—¿Es aquí donde se hacen las espadas? —preguntó Armin en voz baja, pero nadie le respondió. El hombre había desaparecido en el interior de la cueva. Volvió a resonar el clangor tonante de los martillos.

Los muchachos penetraron en la cueva con la medrosa solemnidad de quien se

introduce en un sacrario, dispuesto a contemplar el primer sacrificio. Tras una vuelta en las sombras, descubrieron la fragua.

Era el mismísimo templo del fuego. Varios hombres robustos de espesos bigotes y barbas golpeaban con paciente insistencia una extraña forma roja sobre un gran yunque. Con cada golpe brotaban cientos de chispas que se alejaban como puñados de llameantes hormigas. Manos encerradas en mitones apresaban las tenazas del crisol ardiente lleno de bronce, de hierro y de oro, o preparaban las piezas en el horno. Las cabezas de hierro de los martillos, duras y centelleantes, alternaban sus golpes dando forma a hojas y barras, eslabones y arados triformes, aperos, leznas, jilgatos y agujas.

Detrás de ellos, un hombre miraba continuamente el infinito. Estaba sentado. Absorto. Sus ojos azules brillaban recubiertos de una espesa película acuosa bajo los gruesos párpados; las bolsas de las ojeras le caían pesadamente hasta donde brotaban los primeros pelos de una espesa barba blanca. Sentado junto al fuego, mostraba su pecho desnudo y los tensos tendones de una vigorosa musculatura que el tiempo había conseguido ajar, pero no desheredar de tanta fuerza como había acumulado.

Todos aquellos hombres taciturnos ostentaban una marca negra en el hombro sudoroso: era el signo de los herreros, las gotas de hierro fundido que en el ritual sacrosanto dejaban caer sobre su carne, como símbolo de la alianza con el metal y sus misterios. Aquellas gotas depositaban su signo en los hombres elegidos por los Vanes* de la tierra y sus espíritus deformes, habitantes de las grietas que se sumergían hacia los reinos subterráneos. Debían tolerar sin aspavientos ni lágrimas la caída de las gotas de ardiente metal líquido antes de ser reconocidos por la cofradía de herreros, acto sin el cual era un sacrilegio forjar cualquier metal, lo que las comunidades germanas penaban con severos castigos o incluso con la muerte. Una espada que no hubiese sido forjada por un herrero marcado podría traer la maldición y la ruina en combate a todo un pueblo. De mayor rango era el orfebre, aquel que trabajase con el escaso oro, pues el metal precioso sólo se dedicaba a la creación de forjas ceremoniales en las que recaía el mando y el poder tribal de sus portadores: los régulos y sus esposas, así como los sacerdotes. Sobre sus hombros debía caer la rutilante gota de oro fundido, la cual, según se decía, ardía de nuevo cada año con la llegada del verano, pues se creía que el oro era el sudor del sol, su fuerza depositada en la materia metálica de las montañas.

Junto a ellos había un deforme enano de esquiva mirada. Era un ser horrible a la vista, en cuyos ojos ardía una chispa burlona. Tenía todos los miembros demasiado robustos para ser un hombre normal; su espalda estaba especialmente retorcida. Su barba ocultaba un rostro feo, perturbador. Las cejas parecían partidas, aunque eran espesas, y se apretaban en unos pliegues de fatiga y obcecación sobre el puente de la nariz chata, de cuyas alas abiertas brotaba un pelo abundante que se trenzaba con un

bigote hirsuto y negro. Una especie de capucha, de cuyo extremo colgaba una borla de bronce, le ocultaba los cabellos sucios de hollín. Afilaba una larga hoja de acero sin apartar la mirada de los zagales.

El niño Armin se adelantó unos pasos y ordenó con imponente voz para su edad:

—Haced una espada para mí.

Todos, incluso el viejo Gristmund, que estaba ciego de mirar las llamas, el enano y los herreros, se echaron a reír.

XIX

10 a. C., Sugambria, Germania Interior

Las legiones se habían abierto paso en suelo germano. Durante aquel año, Drusus, convencido del debilitamiento que había causado a los pueblos del norte, decidió dedicar la energía de las legiones a fortificar la frontera que unía el Rhenus con el Danuvius. La llegada del cónsul edicto Africano Fabio Máximo no hizo sino levantar ciertas tensiones entre la intendencia, cuando Drusus parecía haberse erigido en emperador del norte de las Galias y de Germania. De no haber oído tantas veces los rumores de que Drusus era el verdadero hijo y heredero del emperador, Fabio Máximo habría jurado que aquel implacable joven se proponía instaurar otra guerra civil. El cónsul no autorizó nuevas invasiones y exigió la seguridad de la frontera por medio de fosos, barreras, empalizadas y fortines. Drusus, no obstante, obtuvo permiso directo de Augusto para capitanear una nueva incursión en el este contra los catts, que no fue excesivamente gloriosa: el perímetro arrasado parecía abandonado por las tribus y la gran selva de Hercynia resultaba inaccesible para las legiones. Como Drusus supo que muchos habían decidido desaparecer en las selvas profundas que tapizaban las abruptas colinas, decidió ir en su busca, como si de una cacería se tratase, y se dirigió hacia el este, siguiendo el curso del Rhenus.

Los mapas parecían bastante claros en lo concerniente a aquel territorio fronterizo, y no tardaron en avanzar con avidez hacia el interior. Descendió hasta Bingium, evitando los traicioneros desfiladeros de los montes Taunus, y una vez alcanzada Moguntiacum, sus legiones siguieron el curso del río Moenus, rodeando las profundas selvas de Hercynia. Los sugambrios y los catts pronto verían llegada la ocasión de la más profunda venganza de Roma. Desde las incursiones de castigo realizadas por Julio César, ya sabían que la serpiente de acero de las legiones necesitaba aniquilar sus aldeas reduciéndolas a montones de ceniza. Así que habían mantenido varias de las más antiguas en los emplazamientos de siempre, con la esperanza de que los romanos se conformasen con arrasarlas. Pero Drusus las encontraba vacías; no había allí ni mujeres ni niños, ni animales, ni apenas pertenencias valiosas. Conocedoras del plan de los sugambrios, las legiones empezaron a recorrer los valles a ambos lados de la ruta principal que se adentraba en Germania Interior. No fue necesario accionar las grandes maquinarias. El uso de la caballería y de las cohortes bastaba para barrer las hondonadas. Las hordas rezagadas de bárbaros eran exterminadas, mientras que la armada sugambria iba reuniéndose en los altos de las colinas de Hercynia, cuyos caminos conocían mejor que los romanos. Drusus aguardaba la hora de la batalla decisiva, cuyo preciso momento otorgaba a la decisión de los pollos sagrados de Cayo Ænobarbo, su augur, y dejaba que los

legionarios fuesen devastando cuantas aldeas apareciesen a su paso. La captura de esclavas permitió a Drusus regalar a sus legiones varios centenares de mujeres recién capturadas. En su mayoría, las sugambrias y las cattas eran rubias. Muchas de ellas eran rudas como cíclopes, otras tenían un aspecto enfermizo y alargado, pero unas pocas eran poderosas mujeres de anchas caderas y firmes senos, en cuyos ojos brillaban un azul o un verde embriagadores, y una altivez que seducía sin ambages. Estas últimas despertaron rencillas entre centuriones y oficiales, que pretendieron un reparto más a su gusto por encima de quienes las habían capturado directamente sobre el terreno, que habían sido jefes galos de las *auxilia*. Drusus ejerció su derecho y decidió mantener cautivas en su guardia personal a la mayoría de aquellas féminas, a las que reservaría como premio para los mejores legionarios, llegado el final de su campaña, y aseguró que no toleraría esa clase de enfrentamientos entre sus oficiales. A partir de aquel día dos de esas jóvenes visitaron su tienda cada noche que él lo requería.

A la espera del invierno, Drusus ordenó el fortalecimiento de los antiguos campamentos en el cauce fronterizo del río Moenus y mantuvo vigilada la retaguardia hacia el Rhenus. Venció a las tribus de los turgones, que huyeron buscando la protección de los boios y los marcómanos. Así fueron reforzadas, equidistantes entre sí, las fortalezas de Locorum, en la desembocadura de un pequeño afluente, el Sala, de Segodunum y de Devona, la más próxima a los montes Semana y al inicio de la cordillera de los montes Sudeta*. Con ello, Drusus encerraba a sus enemigos en las rutas fortificadas de los cauces, actuando como un concienzudo cazador. De esta manera bloqueaba la ruta del este a los pueblos que perseguía, en la frontera con los marcómanos y los hermúnduros. Continuó avanzando con sus legiones hacia el noroeste, siguiendo el curso del Visurgis, empujando a los sugambrios hacia el norte y, finalmente, la rebelión estalló. Las primeras nieves ya habían manchado el paisaje. Los retazos de un verde indiferente se sucedían con aquel blanco indeciso.

Una mañana se nubló como si la oscuridad hubiese caído de nuevo y la nevada se volvió severa. Los legionarios miraron con desconfianza el cielo, preguntándose si los dioses los abandonaban al arbitrio de salvajes divinidades nórdicas. Mientras los torbellinos se cernían sobre ellos, Drusus se abrió paso hacia los generales y llenó sus oídos de órdenes precisas. El lodo húmedo se manchaba, la nieve se fundía momentáneamente bajo el peso de las ruedas.

Una horda de sugambrios y téncteros emergió de las paredes del valle. Habían enfrentado victoriosamente las cohortes establecidas en vanguardia y arrojaron las cabezas de los legionarios muertos sobre los escudos y las empalizadas del campamento.

Roma se dispuso para el asalto.

—Ya lo sabíamos —dijo Drusus ajustándose el yelmo y apretando las cinchas doradas—. Los mensajeros nos advirtieron del combate y hacía meses que soportábamos la lentitud de esta invasión. ¿Estás de acuerdo, Cornelio?

—Hemos conseguido impacientarlos. Pensaban dejarnos pasar el invierno en este campamento, pensaban que nos desmoralizaríamos con la llegada del frío, pero les respondimos con una persecución bien organizada. Cuando han visto que la destrucción de sus auténticos castros estaba en marcha, han roto el silencio.

—Ya no aguantaban más —terció Drusus con una sonrisa indiferente. Se echó sobre los hombros una espesa piel blanca—. Ahora hay que vencer. Es necesario que no haya supervivientes en esta jornada, y que sea todo lo larga que se precise. El plan está trazado. Creen que el frío y la nieve juegan en contra nuestra y además nos hemos situado en un llano al pie de sus colinas: les gusta atacar desde los altos, caer sobre nosotros, como hicieron con Lollius y la Quinta Legión *Alaudæ*. Han mordido el cebo. Dejadlos que se aproximen y que se enfurezcan, después aplastadlos con lanzaderas, balistas y catapultas. Poned a los arqueros en posición. Cuando creáis que el asalto ya no tiene mayor efecto, enviad la salva de fuego. Será la señal para que yo entre con toda la caballería. Cabalgaré sobre esos bárbaros y los aplastaré como la hierba.

—¡Ave, Drusus!

—¡Ave!

Drusus volvió con los generales, montó enérgicamente el corcel y salió a galope tendido, seguido de varios escuadrones hasta donde se situaban el resto de las turmas, que los sugambrios suponían vigilando la retaguardia hacia el Rhenus.

La organización de las cohortes operó en orden perfecto. Se abrieron en centurias para recibir las hordas, y se cerraron para masacrarlas. Tras el asalto de los *hastatii*, las catapultas de tendón estallaron y una lluvia de piedras aplastó las últimas filas de téncteros. Docenas de bárbaros caían atravesados por el disparo mortal de enormes balistas, ocultas tras los parapetos cubiertos de pieles y cueros mojados y provistos de ruedas, con los que podían aproximarse hasta donde mejor convenía. Aquellas lanzadas, disparadas contra las masas vociferantes, lograban atravesar de parte a parte una docena de hombres antes de agotar la fuerza de su vuelo mortífero.

Las tres legiones se abrieron a lo largo del valle y enfrentaron la embestida de la marea sugambria, creando un tempestuoso mar en guerra. Tras el descenso de la pendiente, los guerreros germanos cayeron sobre las empalizadas empujando arietes. Habían salvado el foso a medio excavar y entraron en combate cuerpo a cuerpo.

Los últimos escuadrones de caballería treparon en un largo rodeo las lomas de las que procedía el ataque, y aguardaron a que cesasen los proyectiles de fuego y piedra para emprender el asalto. La última lanzadera hizo volar un gran proyectil incendiario sobre los árboles. La nieve caía. Los caballos relinchaban inquietos en la penumbra

de los bosques. Un frío feroz les mordía las manos. Por fin, el incendio brotó en la falda de la colina tras el impacto del proyectil. El vuelo de unas lechuzas desató la euforia de los augures. No hubo más llamas en el aire azulado, oscuro, gélido.

Drusus desenfundó el gladio y encabezó el furioso galope que descendía desde las cimas boscosas hasta el valle ensangrentado. Un nuevo clamor se alzó y vibró. La irrupción de la caballería fue decisiva. Los golpes barrían cabezas y brazos, las espadas refulgían enrojecidas, pocos eran los caballos que caían, y podían contarse por docenas los bárbaros abatidos. La armada de Sugambria pronto estuvo sumida en el caos, aplastada entre la imponente maquinaria de las cohortes, que comenzaron a abrirse para dividir la masa enemiga en grupos más reducidos, y la mortal cacería de las turmas de caballería gala, nómada, hispana y romana.

Drusus gritaba enfurecido sobre su caballo. La sangre se extendía en largas manchas sobre la nieve. Los miembros yacían desperdigados. Los caballos empezaban a tropezar con montones de cuerpos mutilados que formaban una marea de carne muerta.

Casi dos días enteros duró aquella carnicería, en la que Drusus no permitió que se hiciesen esclavos. Salvo quienes consiguieron huir, el resto, más diez mil guerreros sugambrios, incluida la mayoría de sus régulos, sucumbieron en la batalla.

El legado de Augusto no abandonó el campo hasta que la victoria fue total. Supervisó el exterminio más indigno sin remordimiento alguno. Para él, sólo había una forma de vencer a los irracionales bárbaros: aniquilándolos. Apenas había recibido una herida en el muslo derecho, y perdido dos caballos en el transcurso de la batalla. Aguardó estoicamente en la tienda. Sudaba a pesar del frío intenso. La nieve había estado cayendo levemente durante todo aquel tiempo.

—Traed a los generales, si están en disposición de ello —dijo a su guardia personal.

Hubo gritos desgarrados durante muchas horas: los legionarios ejecutaban las órdenes de Drusus, y debían eliminar por completo la armada sugambria. Para ello, era necesario reagruparse e impedir la huida de quienes hacía horas se veían vencidos. Cuando muchos sugambrios, desesperados, comprendieron que Roma no hacía esclavos en aquella ocasión, el horror del combate fue todavía mayor, pues los enfrentamientos se encarnizaron, dado que muchos preferían morir luchando o darse muerte a sí mismos que ser apresados y ejecutados como animales, para ser devorados más tarde por los cuervos y los buitres. Las decurias de legionarios no cesaron hasta que el deseo de Drusus se hubo cumplido.

El campamento se levantó a pesar de las muchas bajas y heridos, y las legiones se

pusieron en movimiento hacia el norte. Drusus hizo caso omiso de las lamentaciones de muchos centuriones, que pedían una pausa tras la batalla para restablecer sus unidades.

—No, mis legionarios, no habrá pausa. Ni la habrá hoy ni la habrá tampoco mañana, así que ahorraos las súplicas —dijo entornando los ojos—. Ahora toda Sugambria es nuestra. Debemos adelantarnos a nuestros enemigos potenciales. Sus vecinos nos considerarán una amenaza mucho mayor. Lamentarán no haber apoyado antes a los sugambrios y a los téncteros con una verdadera alianza. Hoy sabrán que estamos a las puertas de sus aldeas, los márseros y lo caucos, o, más al oeste, los queruscos, por ejemplo... Los sajones, los longobardos, los teutones habitan en el norte y son tribus numerosas. No tardarán en saquear las aldeas sugambrias, ricas en reses de toda clase... Debemos movernos ya y rápido, así que sacad los látigos pues azotaré a quienes pretendan entorpecer los deseos de Roma y de su emperador. Algún día me agradeceréis esta premura.

—Necesitamos apoderarnos de todo ese botín, de toda la carne que encontremos para abastecernos bien ante la llegada del invierno y poder resistir el frío durante la retirada hacia el Rhenus... —dijo Cornelio.

—¿Quién ha dicho que nos retiramos? Continuaremos avanzando —dijo Drusus, posando su mirada de halcón sobre los campos nevados. Después miró fijamente al legado, como si lo atravesase—. No importa cuántos heridos tenemos ni cuántos muertos haya. Les daremos un digno funeral a los que cayeron, y cargaremos con los heridos hacia el interior.

—¿Hasta dónde, Drusus? —preguntó el general, exasperado. Un hilo de ansiedad hacía temblar sus cuerdas vocales.

—Hasta el Albis —respondió Drusus afianzándose sobre el caballo. Todos se miraron desconcertados. Roma jamás había llegado tan lejos. Era la más soberbia de las osadías que habían oído—. Una vez alcanzado el Albis, descenderemos toda Germania Inferior, hasta los valles del Amisia y del Lupia, y luego hasta el cauce ya fortificado del Adrana, donde nos esperan las guarniciones de Mattium. Nuestras campañas serán gigantescos círculos cada vez más estrechos, con los que iremos arrasando y conquistando los puntos más difíciles del mapa. Estamos encerrando las selvas de Hercynia y las llanuras cenagosas del Visurgis, rodearemos los montes Melibocus y pagaremos una visita a esos traidores queruscos. Sus tribus son adversas y sabemos poco de ellas en el norte, y es mejor no darles la oportunidad de reaccionar. Especialmente he oído hablar de los queruscos que habitan más allá de los montes Melibocus. Son fieros y numerosos, como los sajones del norte, detrás del Albis. Ninguno de esos pueblos debe tener la oportunidad de organizarse contra Roma.

—Pero Augusto no quería llegar tan lejos...

—Tampoco el cónsul Africano... —objetó el general Quinto Násica.

—¿Quién lo dice? ¿Quién sabe mejor que yo lo que Augusto desea? ¿Acaso no soy su hijo y fui señalado por su dedo para ejecutar su pensamiento? Aquí soy la mano y el ojo del emperador de Roma. Su voluntad en persona. ¿O tengo que explicaros qué significa *legatus imperialis*?

—Las legiones serán vulnerables si una alianza de los bárbaros nos asaltase desde el este y el oeste. Aún hay muchos vivos, Drusus, debes detenerte y no cegarte —dijo el viejo general.

—No lo harán —respondió Drusus tajantemente—. ¿Desde cuándo se unen a tiempo? Los bárbaros de Germania Interior e Inferior se odian entre ellos. Muchos estarán celebrando esta matanza, inconscientes de que después iremos a por ellos. Y debemos aprovechar la sorpresa, y no perder ni un momento. ¡Enviad mensajeros a Vetera Castra*, a Colonia Agrippina y a Roma! El Senado debe ser informado del final victorioso de la invasión. Decidle que Drusus corta las cabezas de la hidra germana una tras otra, y se las servirá a Roma en bandejas de oro.

Los campos se habían cubierto de nieve, y los incendios de la batalla apenas habían conseguido extenderse. La sangre congelada centelleaba en largas manchas púrpuras. Los cuerpos, medio cubiertos por el manto blanco, ya estaban rígidos, y se agrupaban en pilas o en amplias extensiones. Los legionarios todavía tomaban botín de guerra. Tras la noche la luz de la mañana daba mejor oportunidad para el saqueo de los muertos. Encontraron algo de oro en forma de anillos, ámbar incrustado en los yelmos, y gran cantidad de armas de muy buena factura, así como pieles y botas que no tardaron en utilizar dado el incipiente frío invernal.

—¡Abandonad esa tarea de animales carroñeros! —exclamó Drusus, mientras las hileras de legionarios se ponían en marcha valle arriba—. ¡Os prometo una gloria que muy pocos han recibido! ¡Estas legiones serán recompensadas por Roma y ahí delante hay tesoros inmensos que os pertenecen! Porque toda Sugambria yace indefensa, a la espera de nuestra llegada. Os aguardan mujeres que ya son vuestras y mantos con los que cubriros. ¡Así que dejad esos muertos para los buitres! ¡En marcha! ¡Pagaré yo mismo mil ases de plata a quien encuentre el estandarte de la Quinta Legión *Alaudæ*!

Taloneó al caballo, que se encabritó y saltó hacia delante.

10 a. C., Wulfmunda

Un buen número de niños se había reunido para presenciar la decapitación. Los moradores de Wulfmunda y de otros castros cercanos habían abandonado sus quehaceres diversos, fuesen los que fuesen, para estar presentes en acto tan solemne. Había cientos de personas hacinadas en los prados que se sumergían directamente en las ciénagas. Tras el último retazo de verdor, se extendía la espesa tierra negra que se tragaba en pocos pasos a cualquiera que por allí osase caminar. El gentío del pueblo procedía de varias aldeas. Los lobos negros y los lobos grises, los del clan del jabato y los del clan del ciervo, todos estaban reunidos. Había varias docenas de jefes situadas en la primera fila. Sentados junto a los hechiceros, sobre sus escudos, dejaban que los muchachos como Armin les escanciasen el sagrado hidromiel al que llamaban *medhu*, en los cuernos de buey, de los que bebían abundantemente. Los hijos de los régulos podían participar así en las ocasiones especiales como aquélla, y eso les permitía familiarizarse con los hábitos de sus progenitores. Uno de los jefes mostraba la mitad del rostro deformada por una gran quemadura. Quizá por tener un ojo con los párpados pegados abría desmesuradamente el otro. Era Ucróner, del clan de la nutria, y junto a él se sentaba su rancio heredero, Sesítaco.

La nieve había cedido, y el invierno blanquecino se volvía transparente agua goteando desde los altos de los montes.

Por fin resonó la llamada de varios cuernos. Un carro tirado por bueyes descendió la loma y se adentró en los prados. Su carga era humana. Unos diez hombres iban maniatados y amontonados como presas de caza allí detrás. Armin observó que a pesar del desaliño de sus cabellos cortos y las diversas heridas que mostraban, todos eran parecidos. Más morenos de lo habitual, especialmente dos de ellos, y ataviados con vestiduras semejantes, protegidos con petos que insinuaban las formas de la musculatura del torso, no le parecieron en absoluto lugareños.

Uno de los jefes se alzó y agitó los brazos. Se hizo el silencio en la multitud. Los presos fueron situados a golpes en el centro del círculo de régulos.

—Son romanos.

La multitud volvió a murmurar, la curiosidad movía sus cabezas. Las mujeres señalaban a los presos entre risas. Otras lo hacían con una expresión de desconfianza. Uno de los captores extendió a Cerunno, el régulo de los druidas y sacerdotes, un cilindro rojo en el que venían encerrados unos pergaminos amarillentos. Cerunno observó el sello que había cerrado los documentos, y después extendió los pergaminos uno a uno. Cerunno habló:

—No son mensajeros importantes —dijo al fin—. Sólo espías que fueron

abandonados por sus guías galos o márseros pagados con monedas de oro en las que brilla el rostro de su régulo. El sello es de un romano llamado Drusus Tiberio Nerón, el bastardo de Augusto.

—¿Cómo puede un bastardo ser el representante de un régulo? —preguntó uno de los *herzog* reunidos.

—¿Cómo pueden considerar a un bastardo su propio hijo y enviarlo a la guerra en su nombre? —inquirió otro.

—¡Malditos romanos! —exclamó otro.

—Responder a vuestras preguntas, difícil es —dijo Cerunno—. Así es Roma, y sus familias no se parecen a las vuestras, ni sus costumbres. Allí los hombres se acuestan con los hombres, los padres con sus hijas... aunque también hay terribles guerreros entre ellos, como ese Drusus...

Las risas estallaron en el círculo de régulos y se contagiaron más allá entre las gentes sencillas que escuchaban todo aquello. El comentario de Cerunno era repetido hasta la saciedad.

—Pero debéis temer a Roma, os lo aseguro —sentenció el adivino, volviéndose hacia los presos.

—¿Qué haremos con ellos? Fueron capturados en las Gargantas del Jabato Rojo, cerca de los territorios de los caucos. Allí han pasado muchos como estos romanos, miles de ellos. Las columnas de humo que se levantan son sus fuegos, que han devastado las aldeas de los sugambrios.

—¡Está bien, que acaben con los malditos sugambrios! —exclamó de pronto el régulo del rostro quemado, Ucróner. Su odio contra Cerunno y Segimer no se había aplacado. En cada reunión del consejo de los clanes contradecía sin éxito las ideas del adivino más influyente de Querusquia.

—También han atacado a los caucos, y los queruscos somos aliados de los caucos —dijo otro jefe después de levantarse. Era Hadubrandt, *herzog* del clan del ciervo.

—¡Los caucos roban y cazan en los territorios de la nutria y nadie nos escucha! —volvió a gritar Ucróner. El tuerto se encolerizaba.

—No estamos aquí para discutir nuestras alianzas ancestrales con los caucos —dijo de pronto Segimer—. No se ha reunido el *Thing* de los clanes queruscos para poner eso en duda...

—¡Sí que lo ha hecho! —exclamó otro jefe de largas coletas llamado Asgard, del clan de los jabatos—. Si no es así, ¿qué sucederá cuando los romanos vengan a nuestra tierra? Debemos decidir hoy si apoyaremos a los caucos o no.

—No los apoyaremos —insistió Ucróner—. No todos tienen problemas con los romanos. Fijaos en Segest, ese jefe, tiene buen trato con ellos...

—¡Segest se ve obligado a ello porque vive junto a la frontera del Rhenus! —exclamó de pronto Ingomer, el hermano de Segimer y tío de Armin—. Yo viajo allí a

menudo, lo conozco y Segest ha salvado a su clan de una muerte segura adaptándose a Roma.

—Pero nosotros somos libres, y podemos continuar siéndolo —insistió Segimer.

—En primer lugar, ¿qué haremos con estos romanos? —terció un rubio llamado Galthar.

—¿Quién los capturó? —inquirió Ingomer.

—Nosotros —dijo Hadubrandt—. Eran espías, una partida de espías que preparaba los mapas para ese a quien llaman Drusus. Drusus *el Romano*, el hijo del emperador de Roma, del Rey del Mundo. Es como el enviado de su dios supremo.

Muchos se echaron a reír.

—Drusus querrá de vuelta a sus romanos —dijo Ucróner—. Drusus no nos ha hecho nada. Los de nuestro clan queremos paz con Roma. No quiero que todo mi pueblo acabe degollado como los sugambrios. Una vez ellos muertos, si nos acomodamos a Roma dispondremos de sus territorios... Caza, tierras, metales...

—Todo eso es para Roma, serás un esclavo de Roma —aseveró Cerunno, controlando su ira, que asomaba a las profundidades de sus ojos negros como los destellos de unos carbúnculos a punto de estallar.

—Y si no quiere hacernos nada, ¿para qué nos envía espías? —insistió Ingomer.

—Para atacarnos —dijo Segimer quedamente y se puso en pie mostrando a *Zankrist*.

De pronto un clamor se levantó entre los jefes y varias espadas fueron alzadas.

—Deben ser decapitados, y si quieres ser amigo de los romanos —miró fijamente a Ucróner—, puedes ir tú solo a besar el culo del Rey del Mundo...

—Ese bastardo llamado Augusto, o príncipe... —rió Hadubrandt.

Hubo risas, pero el tuerto del rostro quemado se lanzó con la espada hacia un pequeño e insolente interlocutor. Varios de sus hombres consiguieron detenerlo.

Un romano levantó el rostro y pronunció unas palabras que sólo Cerunno pareció entender:

—Malditos bárbaros, se llama Cayo Julio César Octaviano *Augusto*, es el emperador del mundo y vendrá a cortar vuestras cabezas y sus águilas os sacarán los ojos.

Cerunno clavó su mirada halcónida en el preso, se acercó a él y tiró de su cabellera morena. Su voz cavernosa le contestó en latín a la altura del oído:

—Dile a Júpiter y a tu emperador que cuando eso suceda tu cabeza ya habrá rodado colina abajo cercenada por los hombres-lobo de Wuotanc.

La multitud observaba a Cerunno. Nadie entendía el latín, y también por ello el adivino gozaba de un respeto casi sobrenatural entre los queruscos.

—Adelante, régulos queruscos —dijo en la lengua germánica que todos podían entender—. Haced justicia con los invasores.

Un clamor se levantó de la multitud.

«Wulf, Wulf, Wulf...», repetía el pueblo como un coro trágico.

—Contemos los brazos alzados —señaló Segimer.

La mayoría decidió dar muerte a los romanos. El hacha de justicia de filo negro fue traída y un enorme campesino decapitó a los romanos sobre un tocón de fresno. Uno tras otro. Los golpes sonaron secos. Los rostros macilentos y groseros de los romanos se quedaron inertes en la hierba. Armin se quedó pasmado al ver rodar las cabezas, cuyos párpados todavía temblaban. Luego arrojaron sus cuerpos y sus cabezas a la ciénaga, donde desaparecieron tragados por la tierra fangosa.

El silencio fue roto al fin.

—Se ha hecho justicia —dijo Segimer, enfundando a *Zankrist*—. Y respecto a los caucos, renovaremos nuestra alianza con ellos. Hoy mismo viajaremos para reunimos con sus señores.

La multitud se dispersó y los réculos se marcharon convencidos de que un viento druídico soplaba desde el sur. La comitiva de caballos se alejó por el valle, y las resonantes llamadas de cuernos se perdieron en la lejanía. Por fin Armin se quedó solo ante las ciénagas, mirando la tierra negra en la que habían desaparecido aquellos hombres, y así permaneció largo rato, sentado, hasta que cayó la noche.

Quizá se había quedado dormido, pero un susurro en las tinieblas lo despertó. Ante él las ciénagas se extendían como una gran sombra de la que surgían las siluetas de los árboles espesos recortándose contra el cielo, de un profundo azul oscuro, como una bóveda en la que habían sido incrustados muchos cristales centelleantes. Volvió a escucharse aquel sonido, y Armin creyó ver la forma ágil de una bestia que se movía más allá del límite del prado, y unos ojos oblicuos y amarillos que lo observaban fijamente. No le cupo la menor duda, era el lobo negro, el señor del valle.

Volvió a escrutar las sombras, pero los ojos habían desaparecido. Armin regresó a su hogar con la cabeza llena de extraños pensamientos.

Los valles del clan del lobo negro se extendían alrededor de la aldea de Segimer. Era su animal sagrado, y habitaba allí desde la sombra de los tiempos; lo consideraban su espíritu protector y su mentor. El lobo negro se agrupaba en manadas, en los altos rocosos que dentaban las colinas solitarias del Bosque de los Teutones. Los hombres que se habían establecido en sus valles lo veneraban porque era el gran cazador y el antiguo señor de aquellas tierras. Pensaban que sus espíritus procedían de los lobos negros, y que su fuerza y ferocidad podrían acompañarles a la batalla si le eran fieles en su vida como hombres. Cuando un lobo negro aparecía muerto, éste era el mayor honor que podía hacerle el destino a hombre alguno, pues le prestaba su piel para protegerlo. Entonces la limpiaban y la ponían a secar. Después, el hechicero la sacralizaba con rituales e inscripciones rúnicas, y se la entregaba a su

dueño. Normalmente el hocico y la mandíbula superior quedaban sobre la cabeza de su portador; en el lugar donde habían estado los ojos del lobo eran insertadas piedras de ámbar amarillas, y el resto de la piel del lobo, hasta la cola, cubría la espalda del nuevo dueño, utilizando las patas para acomodarla a las prendas inferiores. A menudo se utilizaban restos de piel para recubrir las botas, que llegaban hasta las rodillas, confeccionadas con otras pieles y bien cosidas con largas agujas de bronce. Las prendas de hilo eran tejidas en telares de contrapeso, en los que cada una de las gruesas hebras estaba atada a una pequeña piedra, y eran teñidas con tintes vegetales, por lo que los colores más comunes eran los que abundaban en el entorno, los térreos y verdosos, e incluso los azulados con la participación de algunos frutos cuyas tinturas permitían ciertas variaciones. Armin se preguntaba, en tal caso, qué podría significar el encuentro con un lobo negro vivo que lo observaba con aquellos ojos feroces y amarillos. Sentía una fascinación tal por aquel animal que el miedo no bastaba para detener su interés, como aquel día en que Rotram estuvo a punto de aplastar la cabeza del mejor pastor de bueyes de la aldea y de todo el valle... sintió una misteriosa devoción por el perro, y un deseo de protegerlo de aquella injusta y deshonrosa muerte.

Entró en el establo de su padre y se echó a dormir junto a los regios bueyes nórdicos, envuelto en un montón de hierba recién segada. Olía a estiércol, pero siempre le había resultado muy caliente y acogedor.

Con casi ocho años, un niño como Armin empezaba a colaborar en muchas de las tareas domésticas que ocupaban a sus familiares adultos. Segifer, su hermano mayor, había sido enviado por una temporada a las tierras del sur, donde Ingomer, su tío, era jefe de varias aldeas entre las tribus de los supervivientes usípetos y de las estirpes queruscas ahí establecidas, con objeto de ser adiestrado en el uso de las armas, por lo que Armin empezaba a desempeñar trabajos más duros que antes recaían sobre las cada día más anchas espaldas de su hermano. Limpiar los establos de abundantes bostas y mantener limpios los abrevaderos era algo que le mantenía ocupado buena parte de la mañana. Después recogía leña, la ponía a secar, la partía con el hacha más pequeña, o ayudaba a sus hermanas con los tejidos, portando el agua desde el arroyo, para lo que se hacía con varias herradas, el carro y el tiro de los bueyes. También se ocupaba de los barriles en los que fermentaba el *medhu*, que debían ser girados y removidos cada cierto tiempo, o en los que debía diluir una miel espesa y negra, según el gusto de su padre. Armin rara vez estaba quieto. Se había procurado una hoja de acero que le servía como cuchillo, y se ayudaba de ella para muchos quehaceres. De amplia constitución, era un niño delgado, pero fuerte, elástico y de hombros bien cargados. Ágil y nervioso, jamás se daba a la pereza, le gustaba contradecir y tenía evidentes dotes de mando.

Al menos aquella mañana sus cualidades innatas le sirvieron de mucho.

Cerca del mediodía, escuchó gritos al otro lado de la colina. Abajo, donde más salvajes crecían los árboles, en uno de los prados, varios de sus amigos gritaban. La pandilla de los chavales más ociosos revoloteaba como un avispero en torno a un extraordinario suceso. Cuando Armin llegó al lugar lo comprendió: uno de los magníficos bueyes había entrado en la ciénaga y corría peligro mortal.

—¡Está a punto de hundirse! —grito uno.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Armin, recogiendo los cabellos largos y greñosos en la espalda.

—Fue idea de Rotram —dijo un chico más mayor.

—¿Y de quién si no sería esa idea? —preguntó Armin retóricamente, mirando fijamente a Rotram. El pelirrojo lo odiaba desde aquel desafortunado día en que acosaron a *Grungnir*, pues desde entonces su nariz ya no estaba en el mismo sitio.

—Estábamos galopando...

—Galopar sobre los bueyes está prohibido... —dijo Armin, no sin echar un vistazo a sus mejores recuerdos en ese sentido, consciente de que era una de las mejores diversiones a las que podían entregarse si los mayores estaban fuera y lejos.

—Nos habíamos subido todos sobre el buey, y entonces llegamos hasta aquí, y se metió en la ciénaga...

—Si este semental se ahoga, es posible que Rotram sea arrojado a las ciénagas —dijo Armin seriamente—. El castigo por la muerte de un buey como éste puede ser la muerte. Te cortarán la cabeza y te echarán al reino de los muertos, y entonces ya no importará si tu nariz está torcida o no.

Rotram arrugó el rostro confundido. En su estupidez y desesperación no sabía si sentir odio hacia Armin o si echarse a llorar. Su rostro comenzó a enrojecer más de lo habitual.

De pronto el buey emitió un mugido desesperado, como si estuviese harto de sus deliberaciones. No era momento de grandes diálogos, y Armin decidió pasar a la acción. Ya no había tiempo para ir en busca de gente mayor, no llegarían para salvar la situación, y eso Armin lo sabía. Los cuartos traseros resbalaron y el corpachón de la enorme res retrocedió hacia el terreno más blando. Ya no se veía el rabo, y su hundimiento sería rápido, como el de una piedra. El animal meneaba la testa con todas sus fuerzas, pero su pesado cuerpo era insalvable.

Armin trató de tomarlo por los cuernos y otros intentaron ayudarle, pero aquello no servía de nada, a no ser que quisiesen que el animal les cornease la cara. Por fin Armin se hizo con la cuerda de la que se habían servido para atarle las patas y subirse a su lomo, hizo un lazo y le apresó los cuernos. Después tendió la cuerda, rodeó el tronco de un aliso y pidió a sus compañeros que tirasen de ella con todas sus fuerzas. Sintieron que el animal dejaba de ceder y las poderosas pezuñas delanteras rascaron

la orilla verde del prado, triturando desesperadamente la hierba. Los chavales enrojecieron de esfuerzo pero no cesaron, y al fin el buey consiguió salir traqueteando y mugiendo, y se alejó por los pastos dejando un rastro de barro. Se sacudió el pegajoso fango y trotó colina arriba en busca del rebaño. Después de encerrarlos en su vallado, escucharon un sonido que jamás antes habían oído.

Era como metálico, y más chillón y claro que los cuernos de caza. Los sonidos se sostenían suspendidos en el aire con un ritmo diferente. Armin les pidió que lo siguieran bordeando los prados que se mantenían junto a los cenagales, en el fondo del valle. Por alguna extraña razón decidió evitar el camino.

Llegaron por fin a la aldea. Estaba solitaria y silenciosa. Pero la gente, en su mayoría mujeres, niños y unos pocos ancianos, se había reunido allí en el prado central, junto a las casas. Vio a sus hermanas. Alegre por aquella aventura victoriosa, Armin se sentía como un auténtico héroe. Reía en medio del mutismo de los adultos, pues todos los guerreros habían partido con los régulos queruscos y los hombres-rayo, como Cerunno, hacia los territorios caucos el día anterior. Nadie habría imaginado que algo así pudiera llegar hasta aquel lugar. ¿Cómo podría haber sido...?

Las risas se borraron de los rostros de los niños. Algo sucedía que acaparaba toda la atención y que hacía que ellos ya no existiesen. Los ojos estaban fijos en unos hombres anchos, cubiertos de brillantes corazas, coronados por yelmos extraños y cimeras empenachadas que nunca antes habían visto. Armin pensó si acaso no serían todos el mismo hombre, pues parecían iguales. Sorprendido, sintió algo que nunca antes había experimentado. La debilidad y el miedo, la proximidad del peligro como jamás antes lo había sentido.

Algunos se servían de unos traductores galos que parloteaban la lengua de los queruscos con mucha dificultad, otros deambulaban por el terreno ojeando las casas. Había más al pie de la colina, y el sonido de las extrañas trompas chillonas delataba la presencia de un buen número de hombres acorazados con faldas de cuero, cascos redondos y escudos cuadrados. Sesítaco, el rancio hijo de Ucróner, permanecía alejado, pero lo reconoció. Ucróner los había guiado a través de los pantanos. Era una venganza cuyo origen conocía muy bien.

Romanos traídos por Ucróner.

El niño Armin no necesitaba recurrir a su imaginación para constatarlo. Cerunno había puesto todo su empeño en enseñarles qué era un romano y cómo aparecía. Cerunno era un hombre-rayo del sur en busca de los pueblos libres, un sacerdote que procedía de más allá del Gran Río, y él los había conocido. Cerunno era en realidad un ivernio, un culto druida celta, llegado desde lejos en tiempos pasados y decía

haber sobrevivido al exterminio en la fortaleza de *Alesia*. Aquel nombre se había grabado en la infancia del niño Armin como un sinónimo de horrores diversos, todos ellos creados por un romano que forjaba miles de romanos a su imagen y semejanza, un brujo romano llamado Julio César. Y su mente saltó como un rayo de Alesia a Wulfmunda.

Uno de ellos caminó directamente hacia él. Parecía ir a pisarlos. Los niños se apartaron a su paso, pero Armin se quedó quieto, como hipnotizado, con los ojos entornados ante la visión de aquel ser brillante, moreno, de facciones cuadradas. El romano lo apartó de un simple golpe. El niño cayó a un lado. Un reguero de sangre le manó por el canalillo de los labios. El romano se dirigía hacia una joven que estaba detrás de él, sosteniendo una jarra y un cuévano de frutos silvestres. Era Ilfraud. La más pequeña de sus hermanas. Muchos ojos se posaron sobre ellos. Armin se sintió confuso y no sabía si oía o no, pero el peligro le acarició la nuca y le susurró algo al oído. El resto de los chavales huyó a las malezas y se dispersó como el polvo seco bajo un pisotón.

Armin se quedó solo. Cuando volvió en sí se dio cuenta de que su hermana ya no estaba allí. Se puso en marcha entre las malezas que separaban varias de las casonas, y dejó atrás el corazón de la aldea. Al fin escuchó unas voces que discutían. Las siguió y espió en una de las casas. Se asomó a la sala, y allí vio que el romano apresaba a Ilfraud por una muñeca y con la otra mano le mostraba algo que sostenía entre los dedos.

—*Argentum**.

Había oído aquella palabra en otras ocasiones. Pero no sabía qué podía ser. El grosero romano se había librado del yelmo y arrinconaba a su hermana, mostrándole una brillante moneda. Ella dejó caer el cuévano y no apartó los ojos del soldado. Su rostro enrojeció y trató de gritar cuando la manaza se posó sobre su boca. Comenzó a debatirse violentamente. El brazo del soldado la redujo. En ese momento un gran romano entró en la sala. Mostraba una gran cicatriz en el rostro, y sus hombros eran desiguales. Uno de sus brazos se movía con dificultad. Se aproximó a la rabiosa Ilfraud y trató de dominarla.

—¿Qué tal si tranquilizo a esta puerca, Cazarratas?

—¡No la golpeéis! —ordenó el centurión—. Que disfrute lo que se le viene encima...

Mientras el primero cerraba la boca de la joven y sujetaba sus brazos, otros dos legionarios aferraron sus piernas y las abrieron, dejando al descubierto sus labios vírgenes. Cazarratas se disponía a disfrutar cuando oyó que alguien se aproximaba por detrás.

—¡Mira lo que he encontrado! ¡Mira esto! Estaba mirando desde la ventana —

dijo un legionario de cara macilenta mostrando a Armin. Lo había apresado y lo llevó hasta dentro. Armin insultaba en una lengua que no entendían y movía unos brazos que no podían causar ningún mal. Su cuchillo se había desprendido de su cinto al ser atrapado.

—Así que te gusta, ¿verdad? No lo dudo, pequeño —dijo Cazarratas, y pasó la mano por el rostro de Armin. El muchacho se sintió por primera y última vez en su vida paralizado por el asco y el miedo. De pronto se le nublaron los ojos, sintió aquella furia. Escupió en la mano del hombre y se agitó como una fiera.

—¡Salvaje bárbaro! —exclamó Cazarratas. De pronto le propino una poderosa bofetada, y después otra, bien calculada, dejando que los nudillos le abriesen el pómulo. Ilfraud enrojeció desesperada.

—Pues mira esto —dijo el centurión. A su alrededor el hedor de aquellos hombres le embriagó de asco. Cazarratas se levantó la falda de cuero y mostró su gran verga erecta. Las risas estallaban sobre ellos. El captor de Armin lo alzó e inclinó su cabeza entre las piernas de su hermana. Armin estaba tan furioso e impotente que escupía espuma y rabiaba un dolor que le reventaba en las entrañas. De pronto el centurión se impacientó con Ilfraud y le dio un puñetazo en el pecho, alzó las piernas con violencia, apresando sus esbeltas pantorrillas, y la abofeteó con saña una y otra vez. Armin sintió la sangre de su hermana salpicándole el rostro. Los brazos que lo aferraban volvieron a alzarlo. Cazarratas mostró su enorme e hinchado falo, lo agarró y lo situó apuntando como un ariete entre las piernas de la adolescente, que volvía a resistirse inútilmente.

—Ven, muchacho, hoy te vas a hacer un hombre —dijo el centurión torciendo su rostro con un espasmo de ira y placer, al tiempo que apresaba con la otra mano la cabellera del niño. Empujó hacia abajo la cabeza de Armin hasta que pudo oler el sexo de su hermana. Las risas estallaron alrededor. Voces nerviosas. Frenéticas.

—¡Mira este *cunnus**!

El enorme pene se introdujo a la fuerza en el interior de su hermana. Armin recordó las heridas abiertas de los animales... Cerró los ojos, pero el fragor con el que ella se debatía le impedía evadirse y caer desmayado, que es lo único que quería. El romano violó implacablemente a Ilfraud. Ya no necesitaron sujetarle la boca, pues era tal el dolor que la muchacha sentía que no podía más que gemir y respirar entrecortadamente. Cazarratas se sacudió sin pausa como un toro, mientras apretaba sus pantorrillas con dedos codiciosos, hasta que vertió toda su ira en las entrañas de la niña. Después escupió sobre ella.

—Esto sí que ha sido excelente... Vaya sorpresa. Una buena bárbara... Dejadla —dijo respirando profundamente—. Ya no creo que se os resista, porque veo que le ha gustado, pero...

Entonces la golpeó con el puño. Ilfraud cayó de espaldas como un muñeco. De su

nariz manaba profusa sangre. De pronto, uno de los legionarios, nervioso, saltó entre sus piernas y la violó mientras recorría su rostro ensangrentado con la lengua. Después fue el otro soldado el que profanó aquel cuerpo. Por último, el que apresaba a Armin se deshizo del niño y alzó a la muchacha.

—¡Pon una *méntula** romana en ese *podex** germano, Fabio! ¡Vaya princesita bárbara!

La inclinó sobre una mesa y la penetró por detrás con fuerza mientras los otros se divertían a su costa. Armin, en el último momento, vio cómo uno de los romanos lo miraba torcidamente y acariciaba la empuñadura de su gladio. El muchacho corrió de pronto hacia la ventana, saltó y huyó al bosque a esconderse, mientras el último gemido del violador resonaba a sus espaldas.

XXI

10 a. C., Roma

Ovidio y Polibio se encontraron en una de las esquinas y, tras besarse apasionadamente, avanzaron por las avenidas del Palatinado. Las antorchas se habían encendido en las lámparas y la ciudad hervía con la cercanía de las celebraciones saturnales. Muchos eran los que se dirigían hacia los tabernáculos de las cofradías, y no pocas las literas cuyos portadores se apresuraban para llevar a sus ilustres señores a los banquetes nocturnos. Tuvieron que abandonar la pendiente oriental para alejarse por los campos del sur, en los que las villas eran más espaciadas, y el terreno sobre el que estaban construidas, menos caro. A través de unos jardines, la nueva vía los condujo hasta una avenida sosegada, en la lujosa zona residencial de los *Carinæ*. Tras la cumbre norte del monte Opiano, mirando al oeste, se extendían sus dominios entre el Velia y el Clivus Pollius. La noche descubría, tras sus velos de sombra, esculturas y pedestales adornando una vía empedrada que se sumergía en busca de una villa apartada entre pinares oscuros. Unas llamas, depositadas en lámparas de aceite, iluminaban por el suelo un camino hasta el lugar buscado. Allí descubrieron cierta agitación, en la entrada de la gran villa. Una suerte de maestro de ceremonias recibía a cuantos llegaban. Parecía conocerlos a todos y desprendía alegría por las comisuras de su oronda sonrisa.

Ovidio y sus compañeros se aproximaron retocando los pliegues de sus togas.

—*Nitimur in vetitum**, *Galericus!* —exclamó el poeta.

—Aquí viene el maestro de las rimas —dijo el actor al abrazarlo, y tras besarlo fraternalmente continuó—: Me habría visto en serios apuros si no hubiese contado con vuestra presencia. Sixto Aulio me rogó que vinieseis. Para él es *muy* importante, ya me entiendes.

—Y bien lo sé, *Galericus*, lo sé —respondió el poeta sin apartar los brazos amistosos de los hombros del actor.

—El deseo de reunir a lo más selecto de Roma era el sueño de nuestro anfitrión, y me refiero precisamente a Virgilio. Sixto Aulio quiere ir mucho más lejos que Lúculo...

—¿Hasta dónde? —interrumpió Polibio, siempre audaz.

—Poeta valeroso, como tú quiere ser él en la filosofía de la vida, quiere crear para nosotros el más allá de lo prohibido en el placer y en el arte de lo sublime. Sixto Aulio quiere morir con nosotros algún día, gozando de la vida en sus más hondas profundidades, bebiendo en sus manantiales más ocultos, hasta ahora prohibidos por los dioses a los hombres mortales —respondió el actor.

—Mi presencia no se debe a la curiosidad, sino a la participación de sus

principios —dijo Ovidio—. Estoy más que convencido de lo que busca Sixto Aulio, y así espero que en el buen tino de tu lista de invitados se halle la ausencia de los que sobran.

—¿Y *ella*, Ovidio querido, vendrá *ella*? —preguntó Galericus anhelante.

—No lo dudo, y si no es así, es que yo habré dejado de ser su mejor amigo y su confesor —dijo el poeta.

—Que te oigan los dioses. Se han visto estrellas desprendiéndose del cielo desde que cayese el sol, el mejor augurio que podríamos esperar. ¡Entrad! ¡Por favor, entrad!

Lámparas y antorchas bien distribuidas iluminaban a media luz los pasillos que se adentraban en el recinto de la opulenta *domus*. Solícitos esclavos les lavaron los pies y las manos en aguamaniles de oro, y los condujeron, bajo la tutela de un hachón, por el sombrío corredor. Al movimiento de aquella luz vacilante aparecían las imágenes de soberbias esculturas esculpidas en la más variada piedra. Destacaban sus ojos, brillantes gracias a preciosas incrustaciones de un ámbar recolectado en las playas nórdicas, de amatistas, esmeraldas y *adamas* traídos de Escitia y de la India; admiraron las poses tremebundas y dramáticas con que Hércules combatía la Hidra o el felino de Medea, o una Venus provocadora que se secaba los talones tras el baño. El mármol rojo reflectaba aquel mundo de perfecciones escogidas como una dualidad onírica veteada de blanco, en la que el brillo de las luces dejaba acentos extraños que ningún ojo podría descifrar. Tras otra vuelta, Ovidio y Polibio penetraron en una gran sala envuelta por columnatas que miraban a un jardín exterior, igual que los templos, con un agora de atléticas academias, y en cuyo luminoso corazón, que era un soberbio *triclinium* rodeado por docenas de *lectus*, se extendía la superficie, mil veces pulida, de un mármol inmaculado y blanquecino. La escultura de Baco presidía la sala con díscolo rostro, como si a sus pies un mar de uva brotase y estallase con sus pasos tendenciosos de borracho converso. Pero había alrededor detalles rústicos y peregrinos, recuerdos de largos viajes, de confines tan salvajes como remotos. Diríase, incluso, que de una cierta brutalidad. Hacia el fondo se abría un pasillo cubierto de pieles de oso y de uro, traídas *ex profeso*, según el senador, desde el Quersoneso Címbrico y la desconocida Scandia. Dos esclavos sostenían la cadena de una hermosa e inquieta pantera que parecía ser la celosa guardiana de los corredores que conducían a las cocinas. Las pinturas murales se centraban en el mito de Príapo, que aparecía representado con el gran falo en erección, y de Cibeles en las diversas fases de su turbulenta relación con Atis.

Muchos personajes comenzaron a abarrotar la sala, a la espera del anfitrión. Lujosas túnicas, togas bordadas con oro, mantos púrpuras, abanicos de suntuosas plumas, bastones de plata, collares de turmalina y zafiro, pelucas adornadas con

variada joyería, ojos de esclavas sumisas y de muchachos complacientes pintados a la usanza de Alejandría y de las reinas de Egipto, brazaletes empedrados... ocupaban aquel templo que se presentaba como la antesala de una grandiosa orgía. Al igual que sus acompañantes, las romanas venían tan maquilladas que sus rostros parecían máscaras irreconocibles. La moda de usar cosméticos se había adueñado de Roma. Las influencias de Oriente ya formaban parte de los hábitos de las clases ociosas, cuya mayor preocupación empezaba a ser el placer, el embellecimiento y el capricho.

Los esclavos extinguieron varias llamas y la luz decreció. La invitada de honor hizo su entrada en la sala del *triclinium* consagrada a Baco. Allí estaba. Era Julia, espolvoreado el cabello con oro molido y humedecido con aceites orientales, el torso atrapado en una redecilla de plata; los pináculos erectos de los pezones sobresalían pintados con cosmética roja, los ojos ribeteados con polvo de plata. Disfrazada de Cleopatra, vestida de oro y seda, imitando la grandeza de la legendaria reina del Nilo, la hija del amo del mundo llegó acompañada de su guardia personal, formada por varios dacios de temible aspecto, a los que pidió que la abandonasen durante la reunión. Cuando los murmullos iban a propagarse de boca en boca, entró el gran anfitrión. Sixto Aulio, el senador rebelde, apareció rozagante, vivo, como un actor en su escena favorita, los escasos cabellos acaso humedecidos en aceites de Siria, con ligeros toques de *stibium** en los párpados y en las pestañas largas como crines. Junto a él caminaba su perro, al que consideraba su mejor compañero. No podía existir mayor burla a la *præfectura morum** acaparada, como tantas otras, por Augusto, que su viva persona, tampoco mayor insulto al Senado, pero Roma ya era tan falaz como sus leyes, como sus promesas y como todas sus alevosías. Fofó, pero radiantemente juvenil, Sixto Aulio se disponía a inaugurar su propia religión y su propia vivencia de los cultos al epicureísmo que Roma adoptaba en todas sus esferas.

—Bienvenidos a la casa del humilde Cayo Sixto Aulio, en la que en vuestro honor se celebrará la Gran Bacanal. No rivalizaremos aquí con ese exquisito gordo que es Lúculo, gran amigo a su vez, pues el lema inscrito en el frontispicio bajo el que habéis caminado reza así: *Arrojémonos en lo prohibido*, vayamos más allá y no tengamos miedo, en busca de la inocencia perdida a cambio del deber y la moral austera que preconizan quienes a costa del espíritu castrense se obcecan en ser dictadores. Aquí seremos libres, sin comicios, sin *præfectura morum* y sin plebe. Os veo a todos, mis amigos transfigurados en busca de vosotros mismos, Marcio, Fundanio, Tito, Polibio, Paterculus, Nasidieno, Licinio, Flaco, Vetus, Antistio, Trogo, Vergilius, Horacio, Propertio, Tito, Statilio, Messala, en fin, todos vosotros, y tú, Escribonia, y vosotras, exquisitas Livila, Messalina y Agrippina, majestuosa Calpurnia... Disfrutad todos, amigos sinceros, pero permitidme que nombre reina de la bacanal, hoy sin sorteo, a la gran Julia, cuya belleza eclipsaría diez soles, y sólo su presencia me inclina a pensar que causa la noche de los cielos. En otras ocasiones

seguiremos un concurso para escoger al rey y a la reina, pero hoy lo seremos Julia y yo por razones obvias.

Hubo risas descaradas entre los invitados.

—Seré emperador por una noche...

Se aproximó a Julia y tomó galantemente su mano.

—Sabed que mis amigos me han prohibido que hoy se celebre un sorteo, pero vedme como humilde esclavo, y que todos los años de duro empeño sólo sirvan para serviros en bandejas de plata algunos momentos de sumo placer. Habrá sorpresas, mientras rey y reina presiden este banquete. Divertíos y dejad que las luces se extingan a vuestro alrededor. Ha de comenzar la bacanal de Germania.

A una señal del rey, otras luces fueron apagadas. Daba la impresión de que todo había sido cuidadosamente preparado, de que en aquel lugar era previsto hasta el más mínimo detalle. Sixto Aulio y Julia se aposentaron en los tronos respectivos del rey y de la reina, que presidían dos hileras de *lectus*. Un tropel de muchachos y muchachas entró danzando entre los esclavos que comenzaban a servir comida en las mesas de los invitados. Sus túnicas eran ligeras y sus pestañas estaban bañadas en el llamativo *stibium*. Eran intensamente rubios, y demasiado jóvenes como para ser hombres y mujeres. La carne púber alcanzaba los pedazos de carne de jabalí de Lucania, hervidos con *mulsum*, los lomos de platija y de rodaballo, los hígados de oca cebada con higos, las limpias ijadas de liebre de Apulia, los mirlos de tostado buche y los pichones sin rabadilla hasta las insaciables bocas de los comensales, que pronto empezaron a producir gran escándalo en su afán por disfrutar. Mientras las muchachas iban y venían entre las mesas, varios esclavos germanos aparecieron como sombras ominosas. Tenían los cabellos largos y sucios, iban cubiertos con taparrabos de piel de lobo y empuñaban grandes hachas bipenne. Tras ellos emergieron cuatro mujeres de anchas caderas y firmes senos.

Mientras la danza de las hachas tenía lugar en el centro de la sala, varios músicos, también germanos, sacaron sus luras ceremoniales y soplaron emitiendo un sonido extraño y profundo. El público atendía al espectáculo de las hachas. Un error en aquellas contorsiones y cruces, un paso mal dado en la sucesión de la danza, y la profusión de sangre habría causado gran jolgorio entre los comensales, cada vez más excitados por la visión de aquellos hombres musculosos cubiertos de pelo, o la visión de aquellas mujeres de mirada intensa y fiera, con sus muslos tersos, sus pantorrillas bien torneadas, sus melenas de fuego que superaban el dorado castaño de las hembras galas... Rubios salvajes, que nada tenían que ver con los rubios patricios, con la raza áurea de los más nobles de Roma. Varias voces exigían a Sixto Aulio esclavas y esclavos de Germania, a lo que el senador respondía con promesas de cargamentos que llegarían desde Lugdunum muy pronto gracias a la Conquista de Drusus. Las cráteras se desbordaban con vinos de Falerno y de Fundi, cuando la danza de las

hachas dio paso a una exuberante exhibición de sexo. Uno de los bárbaros fornicó violentamente a la hembra que esquivaba todos sus golpes. Parecía que el ritual guerrero de la sexualidad culminaba con un triunfo del jefe bárbaro. Mientras aquél penetraba una y otra vez a la hermosa mujer, y sus senos turgentes se agitaban rítmicamente en una nueva danza, otra de las mujeres se ofreció al sacrificio. También ésta fue penetrada entre gemidos, mientras la otra hizo lo propio de una *irrumatrix**. En ese momento, varias de las elitistas romanas que se recostaban licenciosamente en los *lectus* se aproximaron a los machos germanos, apartaron a la rubia y gimiente hembra, y levantaron sus túnicas.

Sixto Aulio disfrutaba con aquella irrupción de bestialidad y de primitivismo, convencido de que los pueblos incivilizados debían liberar a Roma de sus ataduras morales. ¿Pero no era todo aquello la inmoralidad desatada de la propia civilización...? Se comía y se bebía con abyecta pasión, y la sucesión y abundancia de comida era tal que muchos no sabían si decantarse por los delicados dedos que depositaban el alimento en sus bocas o por los mismos sabores. Se servían pasteles carnosos de sesos de alondra hervidos con miel y vino blanco, lenguas de flamenco rosa y de ruiseñor, hígados de pato calientes, ubres de cerda rellenas de pasta de jilguero y pichón, fuentes colmadas de flores rociadas con miel, antílope de Mauritania asado al estilo dacio en caldo de naranja, fuentes de cangrejos desmenuzados, anguilas y quisquillas, vinagreta de habas y chirimía, atún que se decía de Caledonia con salsa *garum*, leche de jirafa y trompa de elefante asada, láminas de testículos de león...

Los dientes podridos de Sixto Aulio habían sido repuestos por piezas de marfil sujetas con hilo de oro, y su físico había sido invitado a la bacanal. Los coloridos chorretes de salsa recorrían ubicuos la papada del rey anfitrión, formando goteantes regueros que le discurrían por el cuello y que le goteaban por la túnica o sobre la cabellera dorada de un adolescente que devoraba con avidez su pene, casi al ritmo con el que él hundía su boca insaciable en unas ubres de vaca rellenas de carne y de exóticas salsas.

La imaginación y el exotismo de cuanto se les ofrecía incitaban el deseo de comer más allá de la saciedad o del hambre. En el *vomitorium**, los comensales se introducían plumas de pavo real en la garganta para provocar el vaciado de sus estómagos, y así volvían renovados para continuar con los más de cincuenta platos, sin incluir los postres, que había prometido Sixto Aulio.

Cráteras y copas de cristal pompeyano, soplado por los maestros del sílice de la humeante montaña, y aguamaniles de oro y plata, forjados por los diestros herreros del Lacio, recorrían llenos de vino la sala en manos de los solícitos esclavos, pues el anfitrión había prohibido que se bebiera dos veces del mismo vaso, y había prometido que si algún criado lo permitía sería azotado por el propio comensal o ante su vista,

como era el caso de una joven a la que despojaron de su túnica para propinarle diez latigazos. Los gritos de aquélla se unían a los numerosos gemidos de placer que inundaban el centro de la sala. El patricio que la azotaba encontraba un gusto especial en aquella joven forzada, que había mirado con cierta aversión, bien disimulada, cuanto sucedía a su alrededor. Así que se inclinó sobre ella y se levantó la túnica, mostrándole su gran miembro viril en erección. Como la púber se resistiera, fue Sixto Aulio quien pidió a varios guardias que la castigasen con la satisfacción del invitado, pues se había resistido al merecido castigo, y, sin otra explicación, dijo que aquello iba contra las leyes domésticas de Roma. De modo que el patricio, sintiéndose ya el protagonista de la orgía, rivalizó con el poderoso germano que fornicaba, una tras otra, a las matronas romanas. Penetró con violencia a la muchacha, y aún pidió que no la golpearan a pesar de los gritos, pues la gran bacanal se enriquecía sobremanera con los gemidos de aquella violación. Se sacudió sobre ella, y, antes de alcanzar el clímax, pidió la venia a Sixto Aulio para que otros que se animaban participasen de tan grande placer. Hasta siete fueron los hombres que se introdujeron entre las piernas de la joven exhausta tras abofetearla. Después se la llevaron, y hubo muchos aplausos.

A la manera de los germanos, fue traído un espetón en el que se había asado un jabalí con su piel; y cuál fue la sorpresa cuando los germanos que se hallaban en el centro de la sala fueron a abrirlo, pues había sido relleno con serpientes, ágiles pero inofensivas culebras de agua, que provocaron una estampida en el gran *triclinium*. Sixto reía a carcajadas junto a otros cómplices, mientras muchos de sus azorados y exquisitos invitados huían abandonando sus placenteras degluciones de diversa índole, o bien conseguían vomitar instintivamente, lo que les causaba estupor y una risa casi infantil.

Los esclavos recogieron las culebras una a una y las introdujeron en sacos. El desenfreno más salvaje había pasado, y a una discreta señal de Sixto las palmatorias fueron apagándose una tras otra. Las penumbras despertaron un nuevo interés por la conquista, y llegaron nuevos manjares que compartieron con los burlados germanos. Varios patricios iniciaron una complicada cópula múltiple con una de las rubias y recias hembras germanas, mientras que los amigos de Polibio y de Ovidio formaban un corro de hombres desenfrenados en otro lado de la sala, sirviéndose de los machos germanos, a los que no dejaban comer. Se pedía más *garum* y más carne asada de jabalí de Lucarna con *laserpicium*.

Sixto se reclinó junto a Julia, egregia y a la vez oculta bajo aquel maquillaje. Casi como por casualidad introdujo sus dedos grasientos entre las piernas de la joven. Una esclava volvía a lamer su miembro bajo los pliegues de la túnica. Los ojos de Sixto se arrastraron sobre Julia como la mano de un manco en el más ambicioso de sus

sueños.

—Déjame, joven Julia, que te entregue al mejor de los germanos. ¿A quién quieres, reina?

Julia sólo se había fijado en uno de aquellos esclavos que servían la comida; le agradaba su corpulencia atlética y sus cabellos, largos como los de una mujer.

—Ése es el que elijo.

—Te lo concederé con una condición, que has de aceptar sin saber cuál es.

Julia rió.

—¡Sorpresa tras sorpresa! ¿No es así, mi rey?

—Así es, mi reina, nada aquí debe ser común o repetido, y, por tanto, vulgar — respondió Sixto Aulio.

En medio del escándalo de la bacanal, que se hallaba en su máximo apogeo y en el que cada cual sólo se preocupaba por satisfacer tanta excitación y deseo, el rey y la reina de la orgía se retiraron a uno de los pasillos contrarios al *vomitorium*, y pronto se hallaron en una sala tenuemente iluminada, completamente cubierta de pieles de oso. Había excelentes mosaicos de jardines protegidos por Príapo, el dios de la unión, con su gran falo entre las manos. Sixto Aulio se sentó e hizo que trajesen al esclavo que Julia demandaba. El germano entró en la sala. Entonces Aulio puso una venda en los ojos de Julia, que sonreía perturbada y seducida por las caricias del esclavo. Unió sus manos en el vientre, donde Aulio las ató con firmeza.

El anfitrión hizo una señal a su esclavo, se despidió sonoramente y fingió marcharse. Después cerró la sala. Observó con delectación el delirio de Julia, cuyos labios buscaban los labios del hombre deseado, y disfrutó con aquellos preámbulos voluptuosos. Veía a la mujer más hermosa de Roma cubierta de oro, con sus cabellos aceitosos, sus piernas torneadas por el mejor alfarero, las marcas de sus músculos impresas bajo la piel, los zapatos alzados que imitaban a Cleopatra sin haberla visto, los pezones erectos en su pecho abundante bajo la redecilla de oro, que sobresalían como en el centro de una tela de araña. Entonces presenció cómo ella demandaba al esclavo que hiciese lo que quería, a lo que en verdad había venido, y el esclavo la volteó y la puso de rodillas. Y lo que allí sucedió no debe ser contado.

La gran bacanal estaba en su máximo apogeo. Sixto Aulio se incorporó al servicio de los postres como si nada hubiese sucedido, y poco importaba durante cuánto tiempo había estado ausente, porque nadie lo había notado. Tal era el deseo y el frenesí que obcecaba a los romanos y a sus esclavos y esclavas.

Las horas avanzadas de la noche fueron anunciadas por la clepsidra. Una hermosa mujer germana, de anchas caderas y grandes pechos, había sido escogida por el rey de la fiesta para la catarsis final. Fue tendida con la cabeza vendada; parecía haber bebido mucho vino con mirra y opio, y reía sin cesar. El momento más elevado de la

orgía se aproximaba, y con él aparecieron los sacerdotes que Sixto Aulio presentó como *germanos*, aunque sin duda alguna eran corruptos galos que se hacían pasar por tales. Iban cubiertos con amplios sagos de lana, y sus barbas grises les colgaban hasta la cintura. Elevaron los brazos cubiertos de ajorcas de oro y sacudieron sus torques, entonando las plegarias a los dioses bárbaros. La libertad de culto también permitía semejantes situaciones en la Roma que todo lo absorbía, la Roma consumista que devoraba el mundo con todos sus condimentos, reduciendo cualquier civilización a mera barbarie, ocultando en el pretexto de su superioridad tecnológica la más vil de las corrupciones políticas y sociales.

—Lo que habéis visto es algo que toda Roma deseará haber conocido —explicó Sixto Aulio—. Así es como las mujeres germanas, de ciclópea estatura, engendran a los sementales de sus pueblos, a los jefes más terribles, ¡copulando con animales! ¡Con lobos, ciervos, caballos salvajes...! Hay clanes en Germania que proceden del lobo y del oso, y la fiereza de aquellas tribus misteriosas que habitan en el norte del norte procede de este ritual. Los sacerdotes que veis proceden de las tribus angrívaras y amsívaras, las que habitan junto a las costas del mar Germánico, al norte de las desembocaduras del Rhenus y del Lupia: ¡los hombres-caballo! Terrible es el enemigo de Germania, y mejor será que sus pueblos sean civilizados por Roma, y que sirvan aprendiendo a ser personas refinadas que disfrutan de la poesía y de la música, que saben aderezar sus comidas. Por ello esa mujer que veis ahí es ahora, en su horrible fertilidad, la portadora de uno de los padres de ese pueblo. ¡Es la hora del sacrificio!

—¡Las Germanias deben ser reducidas, como lo fueron las Galias! —gritó una voz exaltada.

—*Venus Victrix!*

—¡Que nos traigan a sus jovencitos al mercado del Subura!

—¡Tráenos esclavos desde Lugdunum, Sixto Aulio!

—*Venus Regina Mundi!*

—Mis amigos dispondrán de cuanto me pidan: pieles, esclavas, niñas y niños, recias mujeres y viriles barbudos de aquellas aciagas comarcas, bueyes y ovejas y toda clase de piedras de ámbar que ellos coleccionan. Sixto Aulio os lo traerá. ¡Pero ahora ved a esta mujer!

Uno de los esclavos de su guardia personal se aproximó al centro de la gran reunión. Levantó el hacha sobre el cuello de la mujer, que sonreía y gemía mirando confusa alrededor. La dejó caer y su cabeza rodó tras el limpio corte.

—No será en Roma donde daremos cobijo a esos hombres-lobo y hombres-caballo. Salgamos ahora a los jardines iluminados por la luna. En los baños aguardan sorpresas agradables para los que deseen contemplar el amanecer desde el jardín de Sixto Aulio.

En tropel siguió la desastrosa multitud a su anfitrión, y tras ellos vinieron las guardias personales de muchos de los próceres reunidos. Hubo más bebida y más excesos en los baños bajo la luna, pero muchos invitados iban cayendo abatidos por el cansancio y se quedaban tumbados en los bancos de hierba, entre los olorosos macizos de peonías y rosas silvestres, y el tumulto se convirtió en rumor, y al fin los rumores fueron extinguiéndose, al tiempo que sobre el hombro de las lomas aparecía el ojo resplandeciente del sol matutino, extendiendo una bóveda de fuego, ya ansioso de nuevos sacrificios.

Cibeles, el símbolo de la fecundidad, fue adorada en los últimos discursos de Aulio en los jardines. Recordó, a los que ya empezaban a ser sus adeptos, que en las ceremonias sus fieles eran rociados con sangre de las víctimas sacrificadas, para purificarlos. Ovidio relató que Júpiter intentó violarla, pero ella se reveló y el esperma cayó sobre una roca, de la que brotó el monstruo Agdistis. Ovidio afirmó que, furiosa porque su amante Atis le había sido infiel con una ninfa, le cortó el miembro viril. Y Aulio deseó, entre risas, inaugurar un culto secreto a Agdistis.

A otros, el anfitrión Aulio les presentó a los *spintrias**, senadores que se dedicaban a inventar todo tipo de cópulas monstruosas y actividades lascivas, y que prometían hacer más gratos sus últimos años, que esperaba fuesen suficientemente largos como para disfrutar de cuanto se le antojase. El éxito de aquella noche había garantizado la gloria de Sixto Aulio en la alta sociedad de Roma. Lúculo, el exquisito, el purista del gusto, el refinador de las recetas y el degustador de todas las músicas selectas, el gran sibarita, había sido ampliamente desbancado por aquel nuevo rival, capaz de ofrecer a los miembros de su amistad el culto desenfrenado a lo secreto, con el frenesí con el que se practicaba en las provincias, alejadas de la *præfectura morum*, y, a su vez, con la grandeza con la que sólo en Roma podía llevarse a cabo. De modo que optó el campeón Sixto Aulio por derrocar a Baco de su trono idolatrado, y renovar el culto en Agdistis, para los que se lanzasen en brazos de lo prohibido, y decidió sin duda alguna llamar a aquellas orgías las *aulia agdistiæ*.

Poco antes del amanecer, los marciales miembros de la guardia dacica habían recibido órdenes de Julia. Los portadores de su litera abandonaban silenciosamente los jardines de Sixto Aulio, en busca de la colina del Palatinado.

En la sala en la que Julia había sido satisfecha y ultrajada hasta límites que desconocía, varios germanos yacían traspasados por las dagas, rodeados por un charco de su propia sangre. Con ello, Julia consideró que aquel esclavo y sus ayudantes, autores de su extraña vivencia, recibían el castigo que merecían, y no sentía el deber de pedirle permiso a su dueño, Sixto Aulio, como las leyes exigían, pues a fin de cuentas ella era la hija del emperador de Roma y del dueño del mundo.

10 a. C., la matanza de Molda

Molda y su colina, el centro del clan de la nutria, cresteaban tras una desaliñada espesura de alerces. Segimer entró en la aldea a caballo, rodeado de su guardia, con *Zankrist*, la espada de Wulfmund, a la espalda. Atravesó el arroyo y ascendió lentamente por la loma. Como siempre, le pareció que aquellos clanes, gobernados por la codicia y la soberbia de Ucróner, malvivían en peores circunstancias de las que les correspondieron como dignos hombres y mujeres que eran, estirpes queruscas al fin y al cabo. Avanzó casi con parsimonia, con los ojos clavados en el alto de la colina de Molda, sobre el que se levantaba, como un castillo de estacas, el consejo del clan. Quizá se lo sugería la rabia, pero le pareció poder sentir la opresión de Ucróner, el tirano, en cada ráfaga de aire de aquel lugar. Unas mujeres cargadas de leña cruzaron amedrentadas su senda fangosa, que culebreaba entre los grupos chozas camino de la empalizada superior. A medida que avanzaban, muchos eran los guerreros del clan que se deslizaban entre las cabañas, rodeándolos, oteándolos, acorralándolos. Una silueta se alzó en la torre endemoniada de Molda.

Segimer y sus acompañantes cruzaron los dedos de sus manos en la nuca, en señal de rendición. Los guerreros, a una señal que sin lugar a dudas procedía de lo alto, fueron acercándose precavidamente. Segimer continuó adelante, distanciándose unos pasos de su propia gente. La gran cabalgadura se detuvo. Un resoplido siniestro brotó del hocico cuando la mano de uno de los secuaces de Ucróner se tendió para tomar las tiendas. Las piezas de metal tintinearón en las bridas de cuero. Fue un largo instante. Segimer se quedó quieto, los ojos inmóviles y distantes, fríos, bajo las fauces del lobo que cubrían su testa. Desenlazó las manos, empuñó el mango de una maza que llevaba oculta entre los pliegues de su capa de lobo, y la descargó con todo su peso y fuerza sobre la cabeza del mal palafrenero, que a penas tuvo tiempo para zafarse y cuyo casco se hundió bajo el golpe, reventándole la bóveda craneal.

Un instante después, el ataque ya se cobraba vidas en toda Molda. La mayoría de los campesinos huyeron a sus sucias chozas, otros esgrimieron sus cuchillos, pero no atacaron a los lobos queruscos, que combatían contra los guerreros de Ucróner. Los cuernos de caza resonaron y una armada de varios cientos de lobos queruscos emergió a caballo de todos los flancos y trepó por las faldas de la colina, sacudiendo el acero y alanceando a todos los seguidores del funesto Ucróner. Segimer abandonó el caballo y empuñó a *Zankrist*. Un defensor cubierto con pieles de nutria se arrojó contra él, pero el querusco lo esquivó y le abrió el abdomen de un tajo al sesgo; a otro le arrojó la espada, en la que se quedó ensartado y gimiendo. Desenfundó el arma y corrió seguido por el intrépido Gailswintha en busca de la cima de la colina. Evitaron

las salvas de flechas, y comenzaron a trepar la empalizada, saltando desde los tejados de paja, a la que llegaban otros muchos lobos queruscos por todo su perímetro. La voz que ordenaba allá arriba, ronca y aterrorizada, era la de Ucróner, y el que dirigía a los sucios violadores y sicarios de Ucróner era su hijo, Sesítaco; pero además oía palabras en otra lengua muy diferente.

Segimer trepó ágilmente y hundió la punta de la espada entre las piernas de un arquero que se apostaba justo encima. Su cuerpo y su grito se precipitaron abajo, rodando como un saco de sufrimientos que nadie quisiera compartir. Gailswintha y Segimer saltaron al interior de la empalizada. Docenas de lobos queruscos accedían al recinto, los aullidos ensordecían el aire claro de la tarde, y varios secuaces de Ucróner depusieron sus armas... cuando estuvieron seguros de que no podían matar a nadie más.

A una señal del régulo querusco, fueron degollados.

—¿Qué clase de régulo eres, Ucróner, que tienes que vivir protegiéndote de tu pueblo, encerrado en esta fortaleza? ¡Sal, rata cobarde! ¡Ha llegado tu hora! ¡Segimer, el lobo, te busca!

Entonces salieron varios personajes de extraño aspecto, rodeando el rostro perturbado y horrible de Ucróner. Eran rastreadores romanos tocados con pieles de animales con las que se protegían del frío, pero romanos a fin de cuentas. Informadores de Drusus que se jugaban la vida a cambio del oro con el que habían comprado la información que tan bien pagarían los tribunos de las legiones. Violadores, comerciantes, compradores de vidas. Empuñaban sus gladios, nerviosos, y miraban confundidos al enorme Ucróner, pensando, sin lugar a dudas, que aquello no estaba incluido en el precio pactado.

—¡Traedlos a todos!

Aquellos que no entregaron el arma fueron ensartados por las lanzadas de los lobos queruscos. Las puertas se abrieron. Ucróner arrojó el arma, su rostro monstruoso y quemado contraído por el miedo y por la ira. A patadas hizo Segimer que su vencido descendiese la loma. Rodó por el fangal como una rata lisiada entre las garras del gato cazador, mientras el barro y las bostas de los caballos se le enredaban en la barba y se le metían entre las honorables pieles. Su hijo Sesítaco se atrevió a mirar a los ojos del querusco, y el puñetazo que éste le propinó le reventó la nariz y le obligó a rodar colina abajo junto a su padre, recibiendo empujones, golpes y patadas.

Atravesó el núcleo de chozas, pues no había casas a la buena usanza de los queruscos en aquella aldea, ante la mirada estupefacta de pobres campesinos, cansadas curtidoras, diezmados cazadores, herreros, tejedoras...

Llegó hasta el prado, en el que se levantaban las estacas de los estandartes. La

multitud rodeó a Segimer. Los lobos queruscos, a caballo, irrumpieron en el círculo. Una mujer gritaba entre los lugareños. Era gruesa y rubia, su rostro estaba rojo como la grana y lloraba como quien no siente verdadero dolor, sino rabia por perder lo que ha creado con esfuerzo. Era la esposa de Ucróner, la madre de Sesítaco, la gran señora de Molda. Gailswintha la rodeó con los brazos y la retuvo. Ésta cayó de rodillas, implorando y a la vez maldiciendo, recurriendo a toda la fuerza de su cuerpo y de su espíritu para detener la matanza.

—¡Los romanos, fuera! —sentenció la voz de Segimer, sin apartar los ojos de la envenenada mirada de Ucróner. Los aceros resbalaron por las gargantas de los romanos. Algunos dieron unos pasos inconexos antes de derrumbarse bañados en su propia sangre.

La manaza del querusco, ennegrecida por el barro y por la sangre, se cerró en torno al grueso cuello de Ucróner.

—El perdón no sirve de nada. Los que son como tú no cambian. Lo único que se obtiene con el olvido es permitir a la envidia que te muerda con su veneno pasado mañana... Hora de venganza, hora de muerte, noble Ucróner. ¿Ves a tus hombres? —le preguntó el querusco con una extraña sonrisa. Después gritó—: ¡Matadlos a todos!

Los secuaces, en su mayoría pertenecientes a la familia del régulo, fueron pasados a cuchillo por los hermanos-lobo de Segimer.

Los gritos histéricos de la mujer contrastaban con las miradas impasibles de los moradores de Molda.

—¡Aquí tenéis a vuestro violador! ¡Aquí está el que os ha robado y mutilado, lo sé! ¿Quién será el último en hacer justicia? ¡Yo he venido a hacer mi justicia! ¿Y vosotros? —gritó el régulo querusco—. ¡Olvidad a esa loca, dejadla gritar! ¿Dónde están vuestras hijas ultrajadas, vendidas...? ¡Hora es de que restablezcáis vuestro honor!

Un campesino se adelantó con la extraña expresión que ostentan los hombres cuando, tras un largo período de injusto encarcelamiento, corren desbocados, libres de la humillación: la indignación mantiene de nuevo presos a la mayoría de esos hombres el resto de sus vidas, presos en la cárcel del pasado. Se aproximó a Ucróner. Se quedó inmóvil ante él, indignado, tan profundamente indignado que no se podía mover. Segimer sabía que se trataba de un buen hombre. La mayoría de los artesanos lo eran, pero carecían de la furia de la casta guerrera. Sucedió así desde el principio de los tiempos. Ucróner, con toda su talla, lo humilló una vez más. El pequeño hombre no se atrevió a golpearlo y respiraba entrecortadamente. En ese momento el macizo puño de Segimer, cerrado como la cabeza de un martillo, se hundió de un golpe súbito en el soberbio pecho de Ucróner, deshinchando todo su orgullo, que barbotó a resoplidos por la boca como si hubiesen reventado un viejo fuelle.

Sesítaco, de sangre más joven, temblaba iracundo, rabioso como un fogoso

animal al que un cepo le atrapa las piernas. Un herrero se allegó hasta Ucróner. Un espasmo de locura invadió los músculos de su cara, los ojos, desmesuradamente abiertos, por los que manaba el rencor desbordado de muchos años. Alzó una piedra y le golpeó con ella la cara. El tumulto estalló entre el populacho, que empezaba a enloquecer; igual que la olla que galopa sobre las llamas, hervía ahora en ellos la sangre.

—No será necesario que un régulo querusco se manche las manos contigo... —dijo Segimer, arrugando una torva sonrisa—. Voy a ver...

Otra piedra se descargó contra su rostro, aplastándole la mandíbula. De la boca del ajusticiado manó profusa sangre; escupió muchos de sus dientes, que se quedaron formando unas manchas pardas al mezclarse con el barro.

—... cómo tu pueblo...

Un cuchillo atravesó el muslo derecho del reo, obligándolo a caer de rodillas. Incluso en medio del desesperado grito, pudieron oírse las últimas palabras del querusco:

—... te despedaza... ¡Bastardo!

Segimer se retiró. La ira envolvió a golpes a Ucróner. Su propia mujer era arrastrada por la cabellera por otros lugareños de Molda, y había quien le metía barro en la boca para que dejase de gritar.

Segimer retuvo a Sesítaco. En el joven tirano las entrañas se revolvían ante la masacre a la que eran sometidos sus progenitores. Segimer se preguntó qué nefandos actos podría haber cometido durante años contra su propio pueblo, para que la insurrección estallase con tal odio aniquilador. Por fin pidió paso hasta la gran estaca de los estandartes. En lo alto de la colina, una inmensa hoguera ponía volutas de humo blanco en el imperturbable azul del cielo. La fortaleza del reyezuelo se consumía. Ucróner yacía desfigurado y traspasado por muchas puntas, en medio de un charco de sangre parda por el cieno. Su mujer había sido estrangulada y muerta a golpes por los amotinados. Y todos exigían, con certeza llenos de miedo, la muerte de Sesítaco, que respiraba entrecortadamente y forcejeaba con toda su energía contra los brazos de sus captores. Segimer lo ató al poste. Se puso frente a él y lo miró a los ojos, en cuyas sombras temblaban espasmos de una voluntad innominada, y depositó implacable y lentamente todo el peso de su propio cuerpo en el filo de *Zankrist*, ya apoyado contra su garganta.

XXIII

10 a. C., Wulfmunda

Con decidido tajo degolló la hoja el cuello, del que manó a chorro la sangre viva. A pesar de ser oscura, brillaba misteriosamente. Los chillidos del animal encendieron la alarma en el bosque, y un rebaño de venados emprendió la huida con estrépito a través de la maleza.

Armin apenas tuvo tiempo de retirar el cuchillo. Su grito de furia desgarró la selva primigenia, húmeda, asfixiante, de Germania. La embestida del jabalí, entre gruñidos desesperados, le obligó a cortarse accidentalmente su propia carne, y allí, en la hoja brillante, ambas sangres, bestia y hombre, hombre y bestia, se mezclaron. La fiera saltó adelante, poseída por un último arrebató de ira, y la pantorrilla del muchacho estuvo a punto de ser destrozada por el paso de los acerinos colmillos. Una jauría de jóvenes cazadores aulló tras la presa malherida.

Protegido por una máscara de barro, experimentaba el ardor de la cacería. Detrás de aquel camuflaje, que ocultaba su pálida piel, podía moverse en la espesa selva sin brillar como un forastero en los ribazos de luz. Bajo aquella máscara de barro negro, él era otra bestia. Allí se convertía en uno más. Bajo su nueva piel podía pelear en igualdad de condiciones en el corazón del bosque primitivo, un corazón enmarañado y contradictorio, como el suyo. Y había experimentado que, igual que un actor, como cuando danzaban alrededor del fuego, una nueva fuerza le dominaba los miembros. Se convertía en otro, cuya identidad todavía desconocía, y así se descubría a sí mismo. Quizá era la conversión en sus propios instintos más primitivos, en sus necesidades más apremiantes. En su propio odio, que le había cambiado la mirada desde que viera a los hombres brillantes. Romanos. Ahora soñaba con encontrar aquel hombre resplandeciente junto a su hermana. Los gritos de ésta no se habían apagado en sus oídos interiores, aunque jamás habían vuelto a mencionarlo. Y quizá ella lo habría olvidado, a juzgar por su comportamiento, de no ser porque había momentos en los que se encontraba con la mirada fija y tensa de Armin. Sus ojos la escudriñaban, y ella sabía que eran conscientes de sus más íntimos sufrimientos, de aquellos recuerdos. Y sus gritos todavía atronaban la memoria del nuevo Armin. Ahora anhelaba el encuentro del hombre acorazado, socarrón y resplandeciente. Deseaba con todas sus fuerzas hallarlo a solas en la ignota umbría de su bosque, en el santuario de sus ansiosas persecuciones, de la fugitiva y mortal meditación; allí donde los dioses y los hombres jugaban a perseguirse cubiertos con máscaras de animales en el juego de la vida y de la muerte.

Aquella vez habían herido un enorme macho. Un auténtico *eber**. La excitación los había llevado a hacer algo mucho más peligroso que acosar un jabato emancipado que anduviese rezagado en la manada. Era aquel un gigantesco ejemplar de colmillos amarilleados, largos como los puñales de un traidor. Armin había aguardado durante horas. Se había untado de lodo para confundir el olfato de su presa, y se había acercado a ella lentamente, metamorfoseándose en planta y en tierra, con la paciente grandeza de un cazador implacable. Finalmente, había conseguido lanzar su cuchillada al cuello. En medio de la carrera el animal pareció voltearse, asustado como por un fantasma. Su reguero de sangre salpicaba la hierba. De pronto el jabalí emergió chillando contra el resto de los cazadores. Apenas pudo echarse a un lado. Sus compañeros no se salvaron de la embestida. Uno recibió un corte profundo en la pantorrilla y otro fue pateado con violencia. Armin no tuvo tiempo para intentar atravesarlo con su lanza. Con la boca seca por el miedo y la excitación, volvió sobre sus pasos y se lanzó a la carrera. No supo decir durante cuánto tiempo lo persiguieron en las sombras, pero el acosado animal sabía defenderse, y giraba en redondo para embestirlos. No se daría por vencido hasta que cayese exangüe. Pero Armin se ocultó. Una vez más, el debilitado animal se volvió contra él. El niño no dudó en echarse a las ramas y pudo protegerse con un tronco robusto, pero en esta ocasión se atrevió a arrojarle con todo su peso sobre la lanza en el momento en el que el jabalí pasó junto a él. Punta y asta se hundieron en el animal, que cayó de aquel costado hasta partir la lanza. Armin se vio tendido junto a los berridos del animal, que, herido de muerte, trataba de huir agitando las patas. El niño Armin rodó sobre sí mismo y se puso en pie, tenso y flexible a la vez, como una rama de fresno. Varios rostros embadurnados emergieron de las sombras. Un círculo expectante de máscaras se inclinaba alrededor del desesperado jabalí. Las caras pintarrajeadas parecían exhaustas. Los muchachos, todos más mayores que Armin, lo miraban admirados, echando rápidas ojeadas a la bestia que allí yacía, humillada y furiosa, temiendo que volviese a levantarse. Un charco de sangre se extendía alrededor, y la piel recia del animal se tornaba de un espeso tono granate. Los estertores de la bestia convulsionaban su panza velluda.

Un hacha descendió sobre el cuello del animal, y después no se oyó nada más. El bosque guardó silencio, y su espíritu pareció replegarse hacia la profundidad en tinieblas. Las divinidades de la floresta habían sido vencidas.

Lo despedazaron. Armin, a diferencia de su pandilla de desarrapados y audaces compañeros, que porteaban sobre parihuelas algunos testigos pesados del despiece, tomó un pedazo unido a la cabeza. Se lo echó sobre los hombros, y entró en el

poblado experimentando un nuevo placer inusitado.

Le parecía que aquel ritual lo transformaba. Él mismo había reunido el coraje de vérselas de cerca con aquel enorme macho. Él había tenido los redaños de aproximarse lentamente, conteniendo la respiración y los latidos de su corazón, hasta colocar la hoja mortal en el cuello de la fiera.

Él. Armin. El jefe. A la cabeza de sus compañeros victoriosos, traía la presa sobre sus hombros. La sangre del jabalí le chorreaba por todo el cuerpo. La sentía cálida y dulzona, y le encharcaba aquellas botas, sacadas de las patas de un oso. Le caía por el rostro. Las mujeres se asustaron al verlo. Los hombres sonreían después de descubrir que no estaba herido. Todo el mundo se detenía y le miraba, pues había una reunión en el prado central de la aldea, en la encrucijada de todos los caminos del valle. Avanzó con gesto impertérrito, degustando la gloria. Las muchachas, incluso más mayores, se detuvieron ante el espectáculo. El puño se cerraba todavía sobre la empuñadura de su cuchillo de caza. La cabeza del jabalí era enorme y la lengua asomaba colgando. El tamaño de la hazaña era evidente incluso para un ciego como Gristmund. Una pieza así no era tarea para niños; era un peligro mortal.

El padre lo miró con la extrañeza de quien cree conocer a su propio hijo, y un día se ve sorprendido por una misteriosa revelación. Estaba sentado junto a otro jefe de densa y distinguida barba amarilla, que miraba a Armin con ojos suspicaces y divertidos, ligeramente burlones. La actitud de Armin, aunque resultaba satisfactoria para un padre como Segimer, no dejaba de ser nueva para todos, y algo divertida en un niño de apenas nueve años. Proyectaba abiertamente un desafío. Los estaba desafiando a todos con su victoria.

Aquel régulo era Segest, enviado por los márseros y las estirpes queruscas de los territorios del sur, cerca de las propiedades de su tío Ingomer. Junto a él había una niña. Era pequeña y hermosa, y sus ojos parecían esmaltados con un azul intenso, y ribeteados por unas pestañas largas. Era su hija, Thusnelda. La pequeña no se separó de su padre. Sus ojos eran inocentes y curiosos, y su semblante, serio. Sus cabellos le caían en dos largas trenzas de un rubio rojizo.

Armin apartó la mirada de ella, consciente de que todo el mundo lo observaba, y miró a su padre fijamente a los ojos. No le había perdonado aquel día en que la partida romana visitó el valle, y lo culpaba por no haber estado allí para protegerlos, a pesar de que nunca supo nada de la violación de Ilfraud. Ella había desaparecido en los bosques durante una temporada, y cuando volvió las marcas de los golpes habían desaparecido. Después de aquella traición, Ucróner fue decapitado por Segimer, y el clan de la nutria pasó a ser dominado por el clan del lobo negro.

El padre sonrió.

—Vaya, así que tenemos un nuevo jefe querusco. Bien, viajero Segest, te presento a mi hijo, Erminer, el pequeño, pero todos lo llaman Armin.

—Por Tor que este es el aguilucho del que oí hablar.

—El mismo.

—Ingomer nos habló de él. Ya veo que le crecen las alas.

Segimer dirigió la palabra a su hijo con cierto tono burlón:

—Entonces, Armin, ¿qué habría de hacer yo, hijo? Me marchó de la casa, ¿no es así, oh gran Armin, pues en adelante tú empuñarás a *Zankrist* en mi nombre?

Los otros muchachos sonrieron detrás de Armin, reconfortados por el reconocimiento de aquel éxito. Aunque llenos de rasguños y magulladuras, había valido la pena. Entonces todos los muchachos gritaron a la vez:

—¡*Hi*, Armin! ¡*Hi*, Armin! ¡*Hi*, Armin!

Los ojos de Armin continuaron fijos como los de un halcón. Segimer vaciló.

Si no hubiese sido un niño y por añadidura su propio hijo, a Segimer le habría bastado aquella mirada para iniciar una batalla.

—Tengo un deseo —dijo el niño solemnemente.

—Di cuál es —respondió el padre, alzándose.

—Quiero invitar a estos amigos a comer de mi cacería en nuestra casa; nosotros lo asaremos.

—Acepto la invitación, Armin, hijo de Segimer —dijo Segest, y acarició el cabello de su hija con la otra mano después de hacer una pequeña reverencia a Armin.

Cerunno, el viejo hechicero, se aproximó a ellos. Los muchachos se apartaron, mientras el hombre avanzaba con paso cansino y amenazador.

Se detuvo frente al impertérrito Armin y mojó las yemas de sus dedos rasposos con la sangre del jabalí. Después pintó de negro la mitad del rostro del muchacho, y las cavidades de sus ojos, y dijo:

—¡*Hi*, Armin!

—He oído que exterminaste el clan de Ucróner, incluyendo a su hijo y a todos sus familiares —dijo Segest mientras se servía unas tajadas de jabalí asado.

—Ucróner era un gran traidor —dijo por toda respuesta el querusco.

—¿Qué sucedió? —insistió Segest.

—Traicionó a los queruscos. Trajo a los romanos hasta Wulfmunda. Eran rastreadores, él les proporcionaba información, hacía de guía, y ellos le pagaban con monedas de ese Augusto... Ya sabes. Tú lo sabes mejor que nadie. No te faltan monedas de Augusto.

—Segimer, escucha. Jamás imagines que soy un traidor. He sobrevivido en la frontera, he salvado a mi familia, no podía enfrentarme a Roma entera...

—Por eso te convertiste en su aliado.

—¡No soy un aliado! ¡Por las barbas de Tor, Segimer! Respetan a mis clanes, nos

dejan en paz, vivimos, que no es poco...

Varios guerreros se rieron descaradamente de Segest.

—¿Qué hay de malo en salvar a mi familia, oh tú, gran Gailswintha? Te doblo en edad, joven guerrero...

Gailswintha sacudió la testa, tomó sus pedazos de carne y abandonó la sala del consejo.

—No olvides dónde comes y quién te alimenta, Segest... —dijo Segimer sin mirar a su invitado—. Aquí somos libres, y no nos convencerás de que vivir bajo el yugo de Roma es algo tan agradable... Empiezo a pensar que los romanos te quieren como embajador.

—Drusus, el odioso Drusus... —dijo Segest—. Ese no desea la *pax* de la que habla. He venido a preveniros, a informaros, a deciros todo lo que hay que saber, si algún día la alianza pretende atacar el Rhenus. Porque me avergüenzo de lo que veo, primo, me avergüenzo de lo que Roma hace con los sugambrios... Matanzas, matanzas y matanzas... Drusus sólo desea convertir Germania en su provincia personal, como hizo Julio César en las Galias.

Los ojos de Cerunno se encendieron con sólo escuchar aquel nombre, y sus cejas de oso estrangulaban el puente de la nariz.

—¡Maldito sea su nombre! ¡Una y mil veces! El cobarde de Alesia...

—El vencedor de Vercingetórix... —añadió Segest, chupándose los dedos tras un succulento bocado—. Drusus quiere el mismo destino para Germania.

—No lo conseguirá mientras las tribus renovemos nuestra alianza —dijo Segimer.

—Pero la alianza ha llegado tarde a los sugámbríos, a los brúcteros y a los téncteros —apostilló Segest—. Drusus ya ha hundido sus garras en el corazón de Germania, tiene los bosques de Hercynia rodeados por las rutas militares del Moenus y del Adrana, y con ello ha aislado el reino de los marcómanos.

—Son sólo campamentos de estacas, Segest —añadió Segimer.

—Son ocho legiones, Segimer, ocho legiones... —afirmó Segest haciendo aspavientos—. Ocho legiones que se mueven de aquí para allá. De momento, Drusus ha viajado con la Quinta hasta más allá del río Onestrudis, quiere cruzar el Albis.

Los ojos de Segimer se clavaron en Segest, y sus mandíbulas dejaron de masticar. Echó un largo trago de *medhu*, e interrogó con su mirada al informador.

—Lo que digo es cierto, ha ido demasiado lejos. Si tenéis que hacer algo, hacedlo ahora, antes de que lleguen más legiones. Tiberio ha movilizado otras unidades con los barcos hasta la desembocadura del Rhenus, y planea entrar por las playas en tierra firme, e invadir a los ansívaros, a los angrívaros, a los chasuarios... Si Tiberio logra acercarse por el oeste, y si Drusus lo hace desde el este, será el fin de los queruscos, y poco tiempo después de los longobardos, de los sajones, de los cimbríos... Toda Germania será reducida a un montón de esclavos.

Cerunno miró a Segimer a los ojos.

—Se acerca la hora de que la Alianza de los Ases* se reúna, y de que la venganza caiga sobre Roma.

XXII

10 a. C., Roma

Cuando regresé a Roma de Hispania y la Galia, luego de haber realizado felices empresas en esas provincias, bajo el consulado de Tiberio Nerón y de Publio Quintilio, el Senado decretó que debía consagrarse en honor de mi regreso el Altar de la Paz en las proximidades del Campo de Marte, y dispuso que en él los magistrados, sacerdotes y vírgenes vestales* celebrasen cada año un sacrificio.*

Augusto fijó sus ojos grises y luminosos en el pergamino y observó su propia letra. *Res Gestæ Divi Augusti, De las obras del Divino Augusto, con las cuales sometió toda la tierra del orbe al Imperio Romano, y de los gastos que hizo a favor de la República y del Pueblo*, había sido el título del texto secreto. Aunque sólo se daría a conocer tras su muerte, redactaba los pragmáticos párrafos en vistas al futuro, pues de cierta parte del pasado ya no cabía duda alguna.

En el *tablinum* de su gran *domus*, allí pasaba las horas meditando la situación de las fronteras, las leyes convenientes, las intrigas políticas que habrían de encumbrarlo. El munificente Augusto planeaba una inmensa celebración para los triunfos de Drusus. Habría solemnes escenas en el templo de Júpiter Tonante. Las últimas noticias decían que la conquista de Germania era total. Drusus parecía haber llegado al mar del Norte y la doma de Germania había dado comienzo. Ahora que los destacamentos de las legiones se emplazaban por todo el paisaje, creando las rutas comerciales y de suministros, ya sería imposible frenar la civilización de Roma. Era el sino de los dioses. Nada podría resistirse a la fuerza de Roma, y sentía la caída de Germania como el golpe de gracia a la política exterior del Imperio.

Mandó que se preparasen naumaquias en el anfiteatro Flavio; en el Coliseo se había reparado de nuevo el *vellum* para que más de ochenta mil personas presenciasen los juegos más grandiosos de los últimos años: los *germani*, a los que acudirían miles de condenados sugambrios.

—Adelante, pasad —dijo el emperador.

Varios miembros de su guardia personal, compuesta por germanos bátavos, entraron en la sala. Uno de ellos enfrentó los ojos grises de Augusto y asintió quedamente.

—¿Los mismos senadores de los que hablamos?

El bátavo, cual mudo habitante de las pirámides de Egipto, volvió a asentir.

—Mantened la vigilancia. Si desean matarme, será su propio puñal el que atraviese a esos traidores. Yo no caeré en las escalinatas del Forum como Julio César.

Los republicanos deben ser domesticados, y no quiero escándalos públicos. Los partidarios de Marco Antonio y los *optimates* deben ser reducidos de una vez por todas. Muchas fueron las dagas que atravesaron a mi tío, y no todas fueron vengadas.

Toda Roma ya hablaba de las inclinaciones de Julia. Su fama se había multiplicado y eran muchas las leyendas que circulaban por los triclinios y las tabernas. Se decía incluso que su única afición era satisfacer su sexo, y que pagaba a un leño para que le prestase una habitación en uno de sus prostíbulos, donde aguardaba a todo tipo de mercenarios y viajeros en busca de orgías, para abandonarlo al amanecer en secreto.

Mucho había llegado a oídos de Augusto, cuyas preferencias se inclinaban a la búsqueda de un buen marido para Julia. Cayo, Lucio y Postumo ya crecían y reservaba para ellos el comienzo del *cursus honorum*, pero Julia necesitaba un hombre digno de la familia imperial, y Augusto no tardó en proponer a Tiberio, su hijastro, que se divorciase de su mujer.

Tiberio no era como los demás. No le gustaban los espectáculos sangrientos, ni tampoco la poesía o las artes sofisticadas que gozaban del aplauso de las clases elevadas. Tampoco parecía pertenecer a la gélida *gens* Julia. La familia imperial no era de su gusto personal, y aborrecía tanto a Julia como cualquier otro hombre felizmente casado. Su matrimonio había sido estable y benigno en aquellos tiempos agitados, y aquella proposición le indispuso. Su madre, Livia, apoyó la resolución imperial, que en lo personal valía tanto como cualquier ley del Estado propugnada por el Senado.

Tiberio, presente bajo el mando de Drusus, el legado imperial, en las Germanias, había demostrado ser un militar competente aunque no tan brillante ni tan denostado como su hermano. Pero no pudo volverse contra el deseo del emperador, y temiendo los venenos y puñales que amenazaban a su mujer y a sus hijos si desoía la petición, formalizó el divorcio para desposar a Julia. La situación no mejoró para la hija del emperador, cuya fama fue acallada momentáneamente, pero cuyas actividades extramatrimoniales no se detuvieron.

Roma se había convertido en una ciudad que pervertía cuanto entraba en los dédalos sinuosos de sus colinas, y los años de la prosperidad económica engrosaban las arcas de los más poderosos, que compraban cuanto estuviese a su alcance. No sólo las clases patricias se volcaron en la ostentación, el lujo y los placeres, también los miembros del orden ecuestre y los comerciantes y mercaderes que se enriquecían con aquel tráfigo imparable que ocupaba la ciudad día y noche.

Tiberio aceptó la campaña de Germania, en apoyo a su hermano, para así olvidar la ruina en que había sido convertida su vida personal, pero se alegró de haber puesto fuera de peligro a su mujer y a sus hijos, y decidió dejar sola a Julia, para demostrar

al emperador que, con o sin marido, Julia siempre sería una vergüenza y hacía lo que le venía en gana. Y en el fondo, todo lo que quería Augusto era evitar que su alocada hija mancillase su propio nombre y su gloria. Su egoísmo se anteponía a cualquier hecho, y estaba dispuesto a todo con tal que sus planes llegasen a buen término, tanto en lo legislativo como en lo personal.

10 a. C., Wulfmunda

El otoño volvía a visitar la tierra con su luz rezagada, sus colores térreos y sus vientos aciagos. Desde el calvero de la colina de Wulfmunda podían divisar el valle entero alrededor.

Choperas amarillas en las vallejadas de las lomas. Manchas de follaje caduco recorriendo el paisaje. Oro de quejigos. Vainas rojas de encinas. Laderas boscosas y casas dispersas. Campos vallados y bueyes que pastaban. Rijosos carneros. Laberínticas hileras de espesos árboles. Y el comienzo de la floresta, del bosque profundo, primigenio, inaccesible, y de sus ciénagas, de sus hondonadas fangosas y de sus pantanos. Detrás se encadenaban, unas a otras, las colinas abruptas de los montes Melibocus, interponiéndose a sus miradas hacia el sur. En el noreste, las coronas rocosas se erguían como columnas de un mármol sucio, sobre las que descansaban unas nubes difusas, ocultando el curso del Albis. Al oeste se mostraba, abierta y despejada, la llanura verde de los hombres-caballo, con el trazo parduzco de los montes Osnengi sobre el horizonte, más allá del curso del Visurgis. Persiguiéndolo en los días claros, vislumbraban en el suroeste las sombras de los montes de Teutoburgo, el Bosque de los Teutones, con unos trazos largos, dentados, de un verde muy oscuro flotando sobre un mar de neblinas. El cambiante mapa de humedales, charcas y terrones ennegrecidos, restregados, se desvanecían en el lejano azul del noroeste, más allá de las herbosas llanuras de los frisios y los caucos.

En el centro de la loma se erguía un bloque megalítico: la Columna de Irminur.

El enorme monumento al Padre de la Guerra estaba rodeado de una hierba alta, espesa y elástica que el viento sacudía. Ningún ganado podía pastar allí, a excepción de los animales salvajes. Detrás, hacia el norte, la loma descendía ligeramente en un bosque de fresnos y hayas, y, más allá, la colina madre se derrumbaba en las llanuras de los lobos. Las nubes parecían querer acariciar la cumbre. Se arrastraron rápidamente como gigantes de niebla y vaho, ociosos viajeros que escrutaban los mortales y terrestres asuntos.

Aquella era la Piedra de los Ancestros. El bloque megalítico que convocaba a los espíritus de los antepasados. El dedo enhiesto que, como una advertencia y una amenaza, tocaba el cielo y la tierra. Armin se había tumbado al pie de la mole. La hierba se agitaba sobre él, azotándolo, acariciándolo, según fuera el capricho de los vientos. Sentía el rugido del aire, lo escuchaba con placer. Desde siempre, aquel sonido lo había tranquilizado, ayudándole a evadirse. Por encima de la silueta rocosa,

las nubes comenzaron a invadir el espacio y unos torbellinos agrisados circularon alrededor. Desde aquella posición, tumbado ante el cielo, parecía ser la tierra lo que se movía en lugar de las nubes. Armin pensaba que la piedra iba a desplomarse sobre él de un momento a otro. Pero la piedra, que había sido puesta allí mil años atrás por los teutones de Cimbria, según los relatos del adivino Cerunno, la piedra en torno a la que aullaban los lobos negros, las reencarnaciones de los régulos queruscos, no podía ser arrastrada por el viento ni partida por el rayo. Se quedaría allí hasta el fin del mundo, ajena a los avatares del tiempo y a las vicisitudes de los hombres mortales, indiferente a la vida y a la muerte.

—¿Dónde está el Sol, joven Erminer, hijo de Segimer, a quien llaman Armin? — La voz de Cerunno lo envolvió como brotando del zumbido del viento. Pero Armin no se asustó. Ni siquiera se sobresaltó. Desde que había dado caza al gran jabalí, sentía que el miedo había quedado atrás, en el pasado de su vida.

—Está oculto.

—¿Dónde, niño Armin?

—Detrás de la tormenta.

—¿Y qué hacen las nubes, ocultándolo?

—Traen al rayo y a la lluvia.

—El Sol seca la tierra, y la Tormenta la moja. El Sol ilumina la tierra, y la Tormenta la oscurece. Si las nubes no recogiesen el agua de los mares, no cabría allí tanta agua como llevan el Río Grande y los otros cauces. Siempre pugna el mar proceloso y amenazador por desbordarse con sus olas gigantes, pero ahí están las nubes robándole agua, para evitar que su fuerza crezca y se trague la tierra, donde viven los hombres y los animales y los árboles, que son las criaturas predilectas de los Ases y de los Vanes.

»Hay dos círculos que gobiernan el ancho mundo a tu alrededor. Uno es de fuego y de oro, y es el Sol quien lo mueve, el Fuego del Herrero, y el otro es de agua y de niebla, son la Tormenta, y es el Caldero del Adivino. Cerunno los llama a los dos, y tiene un caldero para atraer las tormentas, y un círculo de fuego en el que encierra a sus llamas. Las nubes traen el agua que aísla nuestras aldeas, ellas crean las ciénagas profundas en la tierra, los fosos que nos protegen. La visión misteriosa para el guerrero: el Sol y su levantamiento, el Sol y su aparición, son formas de su propio destino, o más bien de su propio deseo. Pon el Sol en tu cabeza si algún día un régulo tienes que ser, porque ilumina alrededor y te otorga la posibilidad de descubrir la manera de vencer. La runa del Sol es la runa de la fuerza y del poder. Quienes nacen bajo sus líneas, en el centro del verano, cuando la sombra de los monumentos a los antepasados se proyecta hacia las marcas de los hombres-rayo, están tocados por el signo que gobierna la voluntad de los hombres. Muchos de ellos han nacido para

gobernar. Son los líderes.

—¿Y qué es mejor, el Sol o el Agua?

—A veces conviene una cosa, a veces conviene la otra.

—¿Y qué vale más, la fuerza o el poder?

—La fuerza engendra el poder, y no hay poder sin fuerza.

El augur dio unos golpes en el pesado caldero de plata. Armin se puso en pie. Un bajorrelieve de curiosas formas recorría todo su contorno, y brillaba mientras el agua giraba en su interior. El dios Mannu estaba allí esculpido, entronado, y sus tres hijos lo rodeaban.

—Mira allí. —Cerunno señaló un ángulo del cielo en el suroeste. Unas pesadas columnas de humo se levantaban en aquella dirección, y se arrastraban por el cielo—. No son las nubes de los dioses, son el fuego de nuestros enemigos. Roma incendia las aldeas de los márseros rebeldes.

Los golpes continuaron resonando en el caldero.

—Invocaremos la tormenta del norte, a los espíritus de la guerra, a Skuld* y a Nodgnir*, las valquirias que habitan en las cimas del Monte del Caballo, para que cabalguen sobre el fuego y frenen el voraz avance de los aliados de Loki y de Surtur*.

La nube negra entoldó colinas y valles, y Cerunno entornó los ojos ante su llegada. El cielo continuó oscureciéndose y las masas tormentosas fueron agolpándose y avanzando hacia el sur. La luz se borró en los pocos horizontes en los que, como un telón difuso y dorado, ardían unos rayos perdidos. La cumbre de la colina arañó el vientre de las nubes.

—Apresurémonos ahora, Tor se acerca.

El relámpago cayó en el valle con todas sus vetas y láminas de fuego. El chasquido y una explosión ensordecedora echaron a Armin al suelo, y un golpe de aire huracanado comenzó a barrer la cima de los vientos. El cielo se ennegreció por encima, abriendo paso el fuego lívido de los rayos; en el sur, la luz quedó cercada por una armada de espesos, amenazadores, turbulentos nimbos. De pronto, la lluvia se abatió sobre ellos con persistente furia, sacudida por un enjambre de truenos.

Cerunno alzó el caldero y lo sostuvo en lo alto mientras el cielo lo colmaba de agua.

Todavía tronaba cuando accedieron a una grieta que conducía a las entrañas de la colina. Cerunno apartó los matorrales y se introdujeron en las tinieblas. Las chispas de un pedernal encendieron la hojarasca en un nido de piedras refractarias. Armin descubrió amedrentado unas siluetas humanas en las sombras de la gruta. Eran los hombres blancos de Cerunno. Había oído hablar de ellos. Su piel era tan blanca como la leche, sus cabellos, descoloridos, y la simple luz de las llamas les obligaba a

cubrirse los ojos. No soportaban la luz del sol, y vivían en la sombra de la caverna, ayudando a Cerunno en sus diversas tareas. La familia entera, compuesta por un hombre, una mujer y tres niños, era considerada sagrada por los queruscos, y sólo aparecían en las reuniones nocturnas del consejo, acompañando a Cerunno, junto a una yegua blanca que el santón ocultaba en su establo, en otra cueva al pie de la sagrada Colina de Irminur.

Cerunno vertió el agua de lluvia en varios recipientes, dejando sólo unos dedos para el ritual que le ocupaba. Arrojó muchas y diferentes hojas al interior del caldero, y posó su panza sobre las llamas.

Los niños blancos se sentaron frente a Armin. Parecían delicados y sus ojos le recordaban a los de algunos pájaros.

—¿De dónde vienes, Cerunno? Tú no eres de aquí.

—Misteriosas preguntas nos hace el niño-lobo llamado Armin, ¿verdad, pequeños?

Los niños sonrieron, y en el rostro de Cerunno se borró, por un momento, la intensa concentración y acechanza con la caminaba por el mundo exterior.

El adivino continuó removiendo el caldero. Al cabo de un rato detuvo su parsimonia y posó su mirada herrumbrosa sobre los ojos radiantes de Armin.

—El niño Cerunno vino por encima de las olas del mar, desde más allá de los mares del oeste, en los que cada día se hunde el sol. Yo no nací aquí como tú, niño Armin. Yo no soy un hombre-lobo. Soy un druida, un cuervo de la tormenta, un portador del rayo.

»Cuando Cerunno era niño, vivía en una isla que es el rostro de una diosa madre cubierto de frondosos árboles. Por sus arrugas fluyen las fragantes aguas espumosas en los lechos de piedras. El aliento de sus sueños se convierte en nubes de lluvia y en el vaho de las florestas. Allí había yeguas blancas y bueyes blancos, todos ellos sagrados, y grandes piedras en los altares de espesuras interminables cuyo interior está prohibido a los hombres mortales, ajenos al druidazgo*; sobre las superficies de aquellas rocas ancestrales manaba la sangre de los sacrificios con la que se condimenta el hidromiel de los héroes. Pero Cerunno dejó Draughlan y se embarcó en Drumanagh, atravesó un mar enfurecido y llegó a nuevas costas de altos acantilados en el norte, en un país que los romanos llamaron Britania.

»Cerunno descendió los montes de los dioses caledonios, junto a los abetos gigantes de Crom Loch, ante la alta ciudadela de Mac Cromla, donde héroes cuyos nombres no mencionaré, porque me fue prohibido, recorrían las laderas del monte Morven, azuzando los raudos carros de los que tiraban briosos caballos, empuñando el venablo mortal y la larga espada, luciendo el yelmo del que brotan las alas de acero. Cerunno y su padre atravesaron montañas donde habitan guerreros que cubren su rostro con una máscara de cieno verde, donde las nieblas empañaban milenarios

encinares y se escuchan los lamentos disipados de los espíritus antiguos; y más allá, sobre las espumosas olas del mar proceloso, Cerunno llegó hasta las costas de la Gran Tierra, donde los ríos eran anchos como los mismos mares que había atravesado. Conocí muchos pueblos de niño, durante aquel viaje de la mano de mi padre, que buscaba el *nemeton** de los druidas carnutos*, el centro del mundo en el que se reunirían las fuerzas de todos los celtas, desde las grandes islas de las que procedíamos hasta el corazón montañoso y sus cordilleras que arañan las nubes del cielo, en cuyas laderas escarpadas hay unas vetas de oro de las que nace el Río Grande. Pero aquellos tiempos fueron oscuros para los pueblos guiados por nuestra fe y nuestros dioses, cuando los romanos enviaron sus serpientes a la conquista de sus tierras. Yo viví, junto a mi padre, la invasión de Roma, y mi padre se unió con los arvernos, un pueblo rebelde que luchó contra las culebras metálicas y venenosas de Roma, cuyas escamas son de acero. Vivimos en los bosques de Gergovia y Arvernia, combatimos junto a las huestes de los lingones y los vangiones*, y allí los druidas sirvieron al guerrero del yelmo de oro, del que brotaban dos alas de alondra: Vercingetórix llamado, el azote de los romanos. Su nombre se había guardado junto a los héroes del pasado que se enfrentaron a Roma y a sus dioses, como Albiórix, Boiórix, Ariovist y Teutobold. Pero Vercingetórix, ah sí, Vercingetórix fue el más grande de todos, porque su corazón rebosaba la nobleza de Belenos y en su cabeza ardía la ira de Tutatis, y luchaba por librar a los pueblos de los druidas del podrido yugo romano. Tenía las manos de un noble, y el rostro quemado por el viento y el sol encerraba las ascuas de sus ojos. Era un guerrero. No temía a la muerte. Estaba dispuesto a morir en cualquier momento, vendiendo cara su piel. Cerunno comió junto al héroe de los héroes cuando fue un niño, durmió junto al héroe de los héroes mientras se defendía del romano odioso, de Julio César. Pero Roma fue más fuerte, y en el alto castro de Alesia viví un gran horror, cuando el romano, en lugar de luchar contra la valentía de Vercingetórix, decidió encerrarla con una muralla de estacas, vigilada por docenas de campamentos. Se sirvió de todas las astucias que sólo una cabeza de víbora puede concebir, para evitar que los ejércitos que venían en ayuda de Vercingetórix pudiesen acceder a la fortaleza de Alesia, y así decidió matar de hambre a su enemigo. En lugar de pelear con el héroe, decidió encerrarlo en una ratonera. Excavó fosos llenos de estacas y afiló grandes agujas aserradas, cuyas puntas habían sido endurecidas al fuego para evitar que los caballos galopasen sobre ellos. Con sus catapultas arrojó animales muertos al interior de las murallas de la sitiada Alesia, consiguiendo así que las enfermedades prosperasen entre tanta gente debilitada por el hambre.

»No sé cómo sobreviví a la vergüenza. Y comprendí la palabra de los griegos: *hecatombe*, el gran sacrificio. Cuando Vercingetórix supo que el destino era inevitable, se sintió vencido, pero decidió entregarse al romano con objeto de salvar a

su gente. Su pueblo era más importante que su orgullo. Julio César aceptó su entrega, pero mintió, mintió como tantas otras veces he visto mentir a los romanos. Siempre mienten; todo cuanto hacen es una mentira enorme; se traicionan entre ellos y se sirven unos a otros con objeto de beneficiarse personalmente. Su falsa religión no es más que una utilidad para poder usar a todo su pueblo, y así fue que Julio César entró en Alesia y asesinó a todos los guerreros que depusieron las armas, confiados en su palabra... Pues el romano quería demostrar a cuantos presenciaban aquello qué escaso era el valor de Vercingetórix. Sabía que si hubiese accedido, el héroe galo habría sido muy grande, pero pasando a cuchillo a toda su gente les demostraba a ellos y a toda la historia que prestase oídos, que aquel rebelde galo, que aquel valeroso hombre no valía nada, pues ése era el precio que daba a un trato con él. Nada. Yo fui de los pocos que sobrevivieron, entre mujeres y niños, y quizá no me mataron porque tendría el aspecto de un muerto, o porque mi padre, antes de ingerir las hierbas que lo llevarían al otro mundo, me obligó a beber un poderoso filtro junto a muchos otros niños, que nos daría ante los vivos y durante muchos días el aspecto de los muertos. Pero él no quiso regresar; con la partida de Vercingetórix también había llegado su hora.

»Cuando desperté, mareado y nauseabundo, no había más que ruinas a mi alrededor, y sólo encontré el horrible y fétido olor de la muerte. Creí que me asfixiaba así, envuelto como en un sepulcro de cadáveres de vientres hinchados. La muerte me envolvió hasta vaciarme las entrañas, y cuando vi el sol y el cielo azul fuera de aquel túmulo horrible, un cuervo vino a posarse cerca de mis hombros. Me moví a tontas y seguí al pájaro, que me condujo cautamente a la sombra de los bosques mandubios, hasta el nacimiento del Mosella. Las guarniciones de romanos ya no repararon en los supervivientes, que podían contarse en unos pocos miles, y me limpie en las aguas de un arroyo. En las sombras de los bosques encontré comida e hice fuego, envolví mis andrajos en torno a mi cuerpo y me procuré un báculo, y anduve sin orientación alguna adonde me llevó aquel cuervo divino, mensajero de unos dioses a los que no conocía. Pronto entendí la lengua de algunos pájaros, y gracias a ellos me abrí paso hacia el norte. Muchas otras cosas sucedieron en mi vida, pero aquel fue el principio de una crisis que no se resolvió hasta que un día oí hablar de los germanos, y poco a poco busqué la libertad del norte, consciente de que algún día un destino semejante aguardaría a los pueblos septentrionales y a sus dioses. Supe que mis cuervos eran los mensajeros de la tormenta y que mi báculo era el portador del rayo.

»Atravesé las tierras de los vangiones y fui hacia el oeste, en busca de los grandes maestros druidas, que vivían en las sombras de la gigantesca selva de Arduenna. Allí me encontré con los maestros de la confederación de los carnutos, la santa escuela de la que aprendí durante años. Supe de la cosecha del muérdago según el curso de la luna y pasé largos meses meditando en las cámaras subterráneas, dormí bajo los

dólmenes, me fue forjada la hoz de oro para la primera fiesta de Beltaine, y por fin conocí el *drumeton* secreto de los carnutos. Un día fui cubierto con el sago blanco de los nacimientos, y fue sacrificado por Belenos y Tutatis un toro blanco. Su sangre fluyó sobre las piedras del altar, y me bañé en ella. Después, a la luz de la luna, comí de su carne y las vírgenes me lavaron en el estanque próximo. Allí, sin secarme, me eché a dormir, y en aquel sueño sagrado supe el destino del mundo, y vi al héroe que nacería en el norte, al vengador que libertaría los pueblos del yugo de Roma. Supe entonces cuál era mi destino, y abandoné a mis maestros Arbogast y Ridegástrix, los hijos de la rueda de fuego.

»Tras muchas aventuras, Cerunno se hizo más viejo y más sabio. Pero anduvo como un mendigo por los caminos. Antes de marcharse, aprendió en Colonia Agrippina la lengua de los romanos gracias a un esclavo griego dedicado a las curas, a cambio de plantas que causaban el sueño y que aletargaban los dolores de sus enfermos, y que sólo Cerunno sabía encontrar en la profundidad de los bosques; pero después cruzó el Rhenus y desapareció de su mundo, en busca de nuevos enigmas que resolviesen sus deseos. Abandoné mi sombra: arrojé a las aguas del ancho río la toga con la que disimulé entre los romanos, y me puse el sago de los nacimientos que me entregaran mis maestros druidas. Di un paso, y entré en la salvaje y desconocida Germania.

»Me perdí en los bosques de Hercynia. Los lobos me acosaban, sin atacarme, y las manadas me despertaban en medio de la noche. Uno de ellos me vigilaba en las sombras, con ojos amarillos y extraños. Quién me miraba a través de esos ojos, traté de escrutarlo con mis artes, pero los sueños que me produjeron la nepenta y el muérdago sólo me dejaron acercarme a unas divinidades que desconocía.

Los dioses en cuyos territorios me adentraba sólo me enviaban a sus más profundos secuaces. Seres que no describiré me hablaron en las entrañas de la tierra. Vi signos desconocidos entre las raíces del mundo. Cambiantes códigos rúnicos que me atormentaban. Lucífugos, ásperos horrores. Ciegas cavidades, lenguas de animales que sacudían mis sueños. Por fin una noche hice un sacrificio a aquel lobo de ojos de ámbar, y me invitó a seguirlo. En las noches de luna veía su figura monstruosa erguirse y caminar como una bestia sin nombre que me sacó del extravío de los bosques y que me llevó hacia otro país solitario.

»Un día nublado, el hombre-lobo me condujo hasta una presa malherida entre los árboles, en las colinas pedregosas del lejano norte. Era un gran uro. Se debatía ensangrentado, y escuché los cuernos de caza de muchos guerreros que lo perseguían. El primero en llegar apareció a caballo, empuñando la *framea*. Yo lo vi y él me vio. Avancé hasta el uro con mi cuchillo ceremonial. Éste se quedó quieto e inclinó su poderosa testa sangrante ante mis dedos extendidos, le ofrecí una muerte digna como sacrificio, y lo degollé ante sus ojos. Se debatió la gran bestia antes de derrumbarse

vencida. Mostré en lo alto la hoja ensangrentada a tu padre, pues no era otro sino él aquel cazador, y él me saludó. Un trueno cuyo rayo nadie presenció estalló sobre nuestras cabezas, y las nubes negras se despedazaron. Así conocí a tu padre, el joven régulo de los hombres-lobo, y él me pidió, tras la muerte de su hechicero, que ocupase su lugar en Wulfmunda. Fue un glorioso día, pues supe que él sería padre de héroes y que en su estirpe nacería un enemigo de Roma más mortífero todavía que Aníbal*, un hombre mortal cuya talla arrojaría sobra sobre los estandartes rotos de Roma. Mi viaje había llegado a su lugar, tal y como las divinidades me advirtieron durante aquel primer sacrificio blanco hecho en mi nombre por los padres druidas que me formaron.

Al día siguiente el sol brillaba. El oro de los labrantíos se agitaba como un oleaje bajo el soplo del viento, y Armin no tuvo mejor idea que precipitarse a través de los campos, en una fogosa carrera. Cuando por fin sintió que desfallecía, se dejó caer rodando entre las espigas. Permaneció así durante mucho tiempo, como si hubiese entrado en el «otro mundo» del que hablaba Cerunno, hasta que le pareció escuchar una voz apagada o una risa oculta alrededor. Avanzó a gatas y descubrió el origen de aquellos sonidos que se mezclaban con el paso del aire y el ardor del sol.

Había una joven tendida frente a él. El sol se desplomaba sobre ella como un fuego abrasador, y su piel clara brillaba como si fuese a arder de un momento a otro. Tenía los ojos cerrados, y una larga cabellera rubia se derramaba sobre sus hombros. Mostraba los pies descalzos, las largas piernas se plegaban juguetonas y se había subido la falda, en busca del calor del sol. Armin contempló su turgente pecho, descubierto, firme, arrebolado por el mediodía.

Nunca había visto nada igual, y sintió el extraño deseo de tocarla. Quiso allegarse a ella y tumbarse bajo el sol acariciando todo su cuerpo, mientras ella lo abrazaba. No supo si le recordaba a las madres de la aldea, o si, además, una fuerza más intensa lo atraía y lo empujaba contra ella.

De cualquier manera, estaba prohibido. Los jóvenes no debían acercarse a las mujeres hasta que no obtuviesen el rango de guerreros y la mayoría de edad, pues se creía que el contacto entre los cuerpos detenía el crecimiento de los hombres, más tardío que el de las mujeres, impidiéndoles alcanzar la plena fortaleza y madurez de sus cuerpos.

De un momento para otro, las advertencias de Cerunno y las estrictas reglas de la comunidad le importaron un comino. Armin se acercó a ella y cayó a su lado como un golpe de viento. Sobresaltada, la joven miró al niño. Sus ojos eran azules y la expresión de su rostro infundió gran alegría en Armin. Ella sonrió sin prestarle más atención, y volvió a reclinar su rostro en busca del sol.

—No deberías estar aquí —dijo al fin.

Armin continuó observándola, alegre y a la vez preso por la turbación que le producía la cercanía de aquel poderoso cuerpo.

—No diré nada —dijo él en un balbuceo.

La risa sofocada de la joven sacudió sus muslos y su pecho, y Armin volvió a sonreír contemplando toda aquella plenitud.

—Tú eres el aguilucho sin mamá, ¿verdad? Eres Armin, el hijo de Segimer —dijo la joven. El sonido de su voz parecía cargado de una melosa profundidad que confundía al niño. Ahora reconoció a la joven, pero jamás habría imaginado que tras aquella gris muchacha que había visto en los corros de niñas que descendían a por agua se ocultase algo tan espléndido como lo que ahora veía. Era Ingrid, sólo unos pocos años mayor que él... y, sin embargo, tan cambiada.

Armin se limitó a asentir.

Ella continuó sonriendo, quizá seducida por el sacrilegio que se le ofrecía, curiosa por la temeridad del muchacho solitario. Entonces se inclinó sobre él y besó sus labios. Después fueron las manos de Armin las que apresaron ávidamente el pecho cálido de la joven. Era extraordinario poder recorrer con los dedos las sombras que el sol delineaba en sus músculos tersos, a lo largo de sus piernas, sus costillas, las irregularidades de su cuello. Ella se inclinó y volvió a besar su boca, introduciéndose en ella profundamente, mientras él, presa del estupor y del deseo, sentía cómo las manos de la joven le apresaban aquel miembro agarrotado de su entrepierna, mientras ella comenzaba a agitarse alrededor suyo, envolviéndolo y dominándolo como hacían las águilas cuando extendían sus alas al caer sobre una presa en el campo, evitando que escapasen. Y si Ingrid era un águila, entonces él sólo deseaba pelear cuerpo a cuerpo bajo sus alas de fuego.

La aldea entera se había reunido al caer la noche. El silencio del día contrastaba con aquel nuevo alboroto en el último prado que se adentraba en las ciénagas, frente al vado, dedicado a los sacrificios y a los muertos. El régulo querusco había levantado, con ayuda de otros hombres, un enorme muñeco de madera de doce pies* de altura. Era una réplica de los gigantes que, según las enseñanzas de Cerunno, Tor acostumbraba abatir con su martillo.

Sobre la tosca estructura fueron fijados montones de paja muy apretados con hebras de abedul y tiras de cuero. Lo habían vestido como un romano, e incluso lo arroparon con unas túnicas rojas, trofeo de anteriores combates. Encerraron en el interior del muñeco varios animales que habían muerto de enfermedad. Eran dos cabras y algunas gallinas. Después fue el hechicero quien inició una danza en torno al muñeco, canturreando y salpicándolo con sus aceites.

Por fin arrojó una antorcha y la figura se convirtió rápidamente en una columna de fuego. Todos bailaron alrededor hasta que los palitroques cayeron consumidos, y

Cerunno se sirvió de una pala para empujar las ascuas ardientes a la ciénaga. Después volvieron al centro de la aldea, y celebraron un banquete hasta entrada la noche.

Los jabalíes habían rotado en sus espetones, chorreando la grasa por sus costados, así como unos patos silvestres y varios cuartos de buey. Cerunno ofreció una bebida a los guerreros. El vagido de las luras, las antiguas trompas ceremoniales de los germanos, se incorporó al canto de los más viejos y de las madres. Aquel rumor apelaba a la divinidad sus ritos más arcaicos y sus deseos inconfesos. El santón bendijo un espeso *medhu* destinado a los guerreros, que les traería la *enfermedad de los dioses*; Gristmund, el inviolable y santo herrero, dejó caer en el recipiente de la pócima unas gotas de hierro líquido, fundido por aquel mismo fuego que los iluminaba y que había asado la carne de sus presas. Poco después de haber bebido unos sorbos, los elegidos comenzaron a bailar poseídos por un extraño furor iracundo en torno a la hoguera. Cubiertos con pieles de animales, los cuerpos de los guerreros se inclinaban y saltaban sacudidos por espasmos; alrededor, el poblado entero daba palmas y ululaba, mientras los hermanos-lobo alargaban sus extremidades en el aire, engarfiaban sus dedos a modo de garras, y aullaban ejecutando la danza de Wulfmund.

10 a. C., Sugambria

Docenas de candiles y palmatorias iluminaban intensamente el interior de la tienda del legado imperial; había allí más luz reunida que en todo el cielo nublado que entoldaba los aciagos valles germanos.

Drusus, sentado en la silla curul*, cuyos marfiles sesgados subrayaban el *imperium* con el que Augusto le había agraciado, vestía la *toga pretexta*, inmaculadamente blanca y en todo su perímetro ribeteada con el hilo de oro propio de su imponente soberanía militar. Departía con oficiales y geógrafos, recomponiendo las noticias de las últimas partidas de rastreo. También se hallaban allí reunidos esclavos que se ocupaban de servir los más mínimos deseos de los presentes, varios togados, centuriones luciendo sus *phaleræ*, miembros de su guardia personal y legados, así como su augur, el joven Cayo Ænobarbo, que ostentaba el *lituus* del sacerdocio. Sobre una de las mesas se extendía la curtida piel de oso en cuyo cuero los geómetras y cuestores iban dibujando el nuevo mapa de Germania.

—Una partida de rastreadores ha localizado la población más grande de los sugambrios.

Drusus se volvió. El aire frío había conseguido abrir grietas ensangrentadas en sus labios, y su rostro se había contraído visiblemente. Pero sus ojos continuaban fijos y expectantes como los de un ave de presa.

—Habla.

Varios espías de origen germano se abrieron paso escoltados por puntas de lanza y espadas amenazantes. La tienda temblaba bajo el azote de un viento invernal. El zumbido del aire se adueñaba del silencio.

—Nuestros informadores han demostrado a una partida de auxiliares y a varios legionarios rastreadores que los últimos restos de la armada sugambria protegen el grueso de su población. Se haya detrás de las últimas elevaciones de los montes Visurgos, al pie de las sierras de las que nacen el Lupia y el Amisia.

—En el sur del monte Melibocus. Coincide con nuestra intención de lanzarnos contra los márseros y los brúcteros. Dejaremos que las legiones de Tiberio naveguen Rhenus abajo desde Colonia Agrippina y desembarquen en nuestra retaguardia, al norte de la desembocadura del Amisia. Envíales nuncios; que ellos ataquen las armadas de los angrívaros y de los amsívaros. Son fieros jinetes, pero una vez destruidos, sus aliados podrán eliminar todas sus aldeas en aquellos territorios. No quiero una caballería germánica contra mis tropas. Después avanzaremos rápidamente contra los cattos y los hermúnduros, hasta situar nuestra frontera en el Albis y el curso de su afluente, el Sala, desde donde podremos tomar los montes

Sudeta. ¿Qué noticias tenemos de los marcómanos?

—Nada nuevo o que deba inquietarnos. Los espías sostienen que las tribus están donde siempre, más allá de los Sudeta y de las selvas de Hercynia. No han atacado nuestras fortificaciones del Moenus, respetan la frontera que hemos impuesto al corazón de Germania.

Drusus clavó su mirada ansiosa en el suelo, el cual habían cubierto con pieles de oso.

—Escuchadme, generales. Debemos continuar siendo rápidos como el pensamiento que ilumina a los dioses. Sé que una alianza entre los queruscos y otros pueblos salvajes del norte con los marcómanos del este aunaría una peligrosa armada. Especialmente sabemos que los marcómanos disponen de muchos miles de hombres de armas, más de sesenta mil, el equivalente a ocho legiones de bárbaros, y eso podría ocasionar demasiados problemas. No debemos dejarles que aprendan a pensar. Deben disfrutar de nuestra empresa contra sus enemigos, los sugambrios, y que piensen que sólo queremos una venganza por su invasión y el robo del estandarte de la Quinta. Enviad representaciones oficiales en nombre de Augusto al Rey de los Marcómanos. ¿Quién es ahora?

—Pero Africano Fabio Máximo no lo tolerará...

—¿Y a quién le importa? —preguntó Drusus con insolencia—. Esto es una guerra, y el único propósito es vencer. Si el cónsul no es capaz de pensar por sí mismo, entonces yo pensaré por él. Y no quiero sorpresas en el este.

—Ha habido cambios, por cierto, Drusus —respondió el general Messala Estatilio—. El viejo *kuninc* de los marcómanos, como llaman a sus cónsules, falleció meses atrás... Ahora el poder ha sido proclamado en un joven arrogante y ambicioso, llamado Marbod, conocido en las Galias como Marborenduus.

—No es una buena noticia. Si es joven, ansiará la gloria, y los marcómanos están muy unidos. Recordad a Tarquino el Soberbio, en la vieja cuna de la República: la monarquía, si es demasiado joven, es peligrosa. Son una fuerza demasiado potente en el este.

—Y más allá están los godos, Drusus, y al norte de los queruscos, sus aliados, los sajones y los longobardos, hijos de los cinabrios*... —dijo Quinto Násica.

—¡Lo sé! —exclamó de pronto Drusus, colérico—. ¡Escúchame, general! Tu vejez me agria el vino y tu mirada me entumece los huesos más que este frío miserable. No sé qué haces aquí, pero te voy a decir lo que yo quiero que hagas. Drusus Claudio Nerón te ordena, general, que no digas jamás lo que no se te ha preguntado estrictamente. Si esta misión entregada por el sagrado Senado y por el padre de la patria, para mayor gloria de Roma, no te satisface, márchate. Haré que te escolten hasta el Rhenus. Quienes no están dispuestos a morir por Roma, sobran en mis legiones.

Después Drusus apartó con desprecio su mirada del viejo general y se dirigió a la reunión. Todos aguardaban expectantes.

—Pon en marcha el ejército. Nos vamos contra el viento. Acabaremos con los sugambrios, e id avisando a los rastreadores de sus deberes; dad por sentado que en pocos días mi caballo abrevará en las orillas del Albis.

Tras agotadoras marchas y contramarchas en el riguroso mal tiempo con el que Germania iba envolviéndose, la impericia de los soldados novatos costó muchas vidas durante traicioneras emboscadas. Drusus evitó la persecución de las pequeñas divisiones rebeldes, pues desconocía el terreno, pero a los pocos que logró capturar dio el trato que sólo se reservaba a las más despreciables alimañas. Aquel tipo de pequeñas batallas no convenía a su ejército, podría desgastarlo causando demasiadas bajas gratuitas, y creía más conveniente derrotar a Sugambria golpeándola firmemente en el corazón. Se disponía a cortar una de las cabezas dominantes de la hidra germana a la que se había propuesto abatir. Aniquilado el grueso de su armada, ahora sería bien sencillo hacerse con un inmenso botín de esclavos si localizaban las poblaciones a tiempo.

Tras unos pocos días las legiones llegaron al lugar. El valle parecía una concentración de aldeas. Algunas de ellas dejaban hilos de humo en el aire, pero algo en el vuelo de los pájaros hacía pensar a los adivinos que estaba prácticamente desierta. No fue necesario un asedio pormenorizado. La gran mayoría había huido a los bosques. Drusus ya era consciente de que no conseguiría exterminar la población, sobre todo mujeres y niños, como se había propuesto, porque el paisaje ofrecía la posibilidad de huir a las entrañas de los bosques intrincados y espesos, un paisaje que no beneficiaba la maquinaria del ejército de Roma.

Las cohortes saquearon cuanto fuera de utilidad, desde armas hasta pieles, telas, reservas de comida, y cientos de animales. Desde ese punto de vista, el abastecimiento, en pleno arrecio del invierno, había sido exitoso. Los grupos rebeldes acuartelados fueron acosados entre burlas y apresados o muertos. Enojado por aquel balance humano, Drusus mandó cortar las manos de todos cuantos quedaron presos, después los mandó degollar, hombres y mujeres, y los apiló en el centro del valle. Todas las casas, granjas y patios, verjas y graneros ardieron elevando una espesa cortina de humo negro en el cielo de Germania.

Una parte del grueso de sus tropas rodeó los montes y se enfrentó a los brúcteros y a los márseros. Especialmente las hordas brúcteras sufrieron elevadas bajas, y las piras de muertos se acumularon por la ruta mortífera de la legión. Las bajas romanas continuaban siendo despreciables, y mientras ello fuera así, Drusus conservaba fuerte su esperanza de una victoria rotunda. Mas aún no había apuntado en su lista de triunfos la ansiada matanza civil con la que demostrar a toda Germania la

implacabilidad de su avance y el carácter de su representante. Vencidas las armadas, los supervivientes desaparecían en los espesos bosques y eso empezaba a perturbar sus sueños. ¿Qué sucedería si los enemigos se aunasen en las sombras de esas selvas? ¿Cuántos miles podrían reunirse contra él y, además, desde cuántos flancos atacarían?

—Nos marchamos hacia el Albis inmediatamente. Enviad nuncios de la *pax romana* a los pueblos del norte.

Un aire gélido descendió contra ellos. Los legionarios se cubrieron con cuanto habían capturado, pero todo el botín de pieles fue insuficiente cuando los torbellinos nevados los azotaron en una claridad azul, nórdica, húmeda. Pertrechadas con potentes máquinas de asedio, catapultas, balistas, regimientos de zapadores, carros de impedimenta, rebaños de animales... las tres legiones que dirigía Drusus en persona resultaban pesadas en aquel clima y en aquel paisaje. Los mapas ya no servían, y casi nadie parecía haber oído hablar del emperador. No eran pocos los días en los que se veían obligados a retroceder en busca de un paso más ancho, rodeando murallas boscosas o terrenos escarpados, evitando pantanos que empezaban a quedar ocultos bajo un blanco regular.

Sin embargo, tras varias jornadas llegó una de las mejores noticias desde que comenzase la invasión. Una cohorte de vanguardia volvió con un objeto envuelto en espesas pieles. Drusus desmontó y lo tomó con ambas manos. Los cielos se habían nublado otra vez, pero en la escasa luz su rostro marmóreo esbozó una sonrisa satisfecha. Retiró las pieles y contempló el estandarte perdido de la Quinta Legión *Alaudæ*. Lo elevó y lanzó un grito de furia y alegría al mismo tiempo. Sus augures invocaron a Marte. Los legionarios lo imitaron, el ejército entero pareció responderle. Mandó acampar y ordenó el sacrificio de varios bueyes, así como la preparación de una comida que superaba la ración normal. Quienes no formaron parte del perímetro humano que montó guardia aquella noche, disfrutaron del primer día de fiesta en nombre de Augusto y de Drusus desde hacía varios años.

Drusus Claudio Nerón, favorito de Augusto y favorito de los dioses, descansaba más allá de los fuegos en los que continuaba el asado y la bebida. Había concedido varios barriles de vino de Trifolio y de aceite de Betio a la consagración de los sacrificios, y aunque no eran mucho para tantos legionarios, bastarían para levantarles el ánimo. Pero el legado imperial se había retirado con su copa colmada a las sombras del campamento. Adivinaba la hilera de vigías en las sombras, con las lanzas clavadas en la nieve, como mudos testigos de la noche. Los cúmulos de nimbos se desplazaron, y por encima de los vapores tenebrosos emergió una luna errante. Los campos de más allá aparecieron como fantasmales tiras pálidas, y las sombras

impenetrables de los bosques emergieron como un ejército inmóvil que los vigilaba. Imaginaba a Summanus, el dios del trueno nocturno, persiguiendo a Fulgura, su amante de pies de fuego, que huía de él eternamente, habitando en el fulgor del rayo. Así han sido siempre el amante y la amada. Él mismo se sentía en Germania como el hijo de Tempestes, Summanus, siempre en pos de Fulgura; tan intangible y a la vez tan cercana como el ardor del rayo le resultaba la victoria que perseguía en medio del atronador rugido de las legiones.

—Tu hijo, Claudio, ha recibido tus honores, y tu mujer, Antonia, te envía nuevas desde Colonia Agrippina, Drusus.

—La hija de Octavia y de Marco Antonio, la fiel y virtuosa Antonia —dijo Drusus pensativo—. Háblame de esos honores, Mario.

—Augusto y el Senado han corroborado a tu hijo el título de *Germánico*, en nombre de tus victorias, y como augurio de esta guerra.

—*Germánico* —repitió Drusus soñadoramente—. A Augusto no le bastaba con el nombre de su nieto, ¡el Senado nos entrega el título! Como Publio Cornelio Escipión *Emiliano Africano Numantino*, ya hereda mi hijo las victorias de su padre. Qué gran momento, Mario. Sin embargo, a veces pienso que las victorias no deben ser anunciadas. Son de mal porvenir. Por ello, cuando llegan los triunfos, me alejo con los vigías, e incluso hoy, con el estandarte recobrado, casi me he arrepentido de haber concedido pausa a nuestra marcha. ¿Cuánta ventaja concederá nuestra alegría a los enemigos? Eso me nubla los pensamientos.

—Poca ventaja, oh Drusus. Muy poca.

—A veces, un poco basta para que cambie la suerte y el destino de una cosa. Y eso es algo que no me perdonaría. Vencer, sólo vencer. Cada signo de la victoria no es sino un reflejo de la victoria, un espejismo. No quiero que esos destellos me detengan, que me cieguen. Necesito la victoria absoluta, y no la tendremos hasta que reforcemos la frontera del Albis y nos extendamos por su margen, separando a los pueblos germanos del este de los del oeste, ubicando una provincia romana como un gigantesco estandarte en el corazón de Germania, prolongando su sombra sobre el oeste a la mañana, sobre el este al caer el día.

—El plan de Augusto es soberbio.

—Es real y justo. Separados esos pueblos, el riesgo disminuye notablemente para las Galias, y el peligro de invasión de los germanos desaparece. Pero para ello es importante mantener pacificado el este, y especialmente a los marcómanos, y a su nuevo rey, Marborenduus. Me interesan más esas noticias que los anticipados laureles y las coronas de Roma.

—No ha habido movimientos en el este. Pero la palabra de Marborenduus no ha llegado hasta nosotros, ni hasta ningún otro puesto de Roma.

—Ya se me hacen largas las horas hasta que otra vez vea a las legiones en

marcha. Escucha: mañana despierta a los que abusaron del vino con azotes de sarmiento, y que los gritos avisen al resto. No quiero rezagos. El recuerdo de este sacrificio festivo a Júpiter debe ser como un sueño. Quiero al ejército en marcha de inmediato.

El avance cadencioso de los legionarios por aquel terreno agreste y desigual obligó a Drusus a una marcha más pausada. El asedio de varias hondonadas pantanosas finalizó con el uso de las catapultas o la muerte por hambre de sus habitantes. El viento helado continuó soplando con fuerza en los altos de las colinas en los días sucesivos y no hubo enfrentamientos inmediatos. Del sur llegaban buenas nuevas sobre las maniobras de la legión en retaguardia: las aldeas y valles de los téncteros también habían sido saqueadas e incendiadas.

Las gentes de la ecumene civilizada podrían disfrutar del botín de Augusto, capturado por Drusus en Germania. Además, ello contribuiría al erario público con millones de sestercios en oro. El triunfo que deseaba su madre Livia, que tanto había hecho por él: lo vería entrar en Roma sobre la cuadriga, coronado por el laurel de la victoria, con el manto púrpura bordado en hilos de oro...

Para que un general obtuviese el *triumphator*, debía haber liquidado al menos cinco mil enemigos en una sola acción militar. Y con tal de hacerlo, contabilizaban ancianos, mujeres y niños. Cualquier cosa era válida con tal de obtener la gran victoria.

La gente del Amisia, diezmada por las campañas anteriores, había recibido a Roma sin prestar gran resistencia. Mientras tanto, su hermano Tiberio había vuelto victorioso de Panonia, y dirigía una flota por el Rhenus hasta su desembocadura, para navegar con ella después hacia el norte buscando las costas de Germania Inferior. Los márseros estaban divididos, sus jefes discrepaban ante el fulgurante éxito de la armada de Roma. Muchos de los ubios y de los cattos, sobre todo los más cercanos a las orillas del Rhenus, habían decidido pactar la *pax romana*, ante la evidencia de que, de lo contrario, el exterminio de sus pueblos era seguro. A cambio, el jefe de aquella coalición germana, Segest, había conseguido el grado de ciudadanía romana para su familia y para otras castas guerreras de los queruscos allí acomodados, y un trato de favor en el pago de impuestos. Roma empezaba a negociar para obtener la fragmentación de su enemigo potencial. Una vez sorprendido, era necesario dividirlo, y la mejor forma de hacerlo era premiar de manera desmesurada a quienes respaldaban sus términos y exigencias. Esto humillaba a los rebeldes, los enfurecía, propiciando las tensiones internas, las envidias y las matanzas. Los asesinatos comenzaban a multiplicarse en el sur; las muertes por la espalda se sucedían como el

día a la noche, y el nombre de Segest comenzaba a ser impopular.

Había llegado el tiempo de hacerse con el dominio absoluto de Germania. Las masacres humeaban por todo Germania Interior. Se podía dar por cierta la afirmación de que el orgulloso pueblo de los sugambrios había sido descuartizado y todos sus asentamientos destruidos por el fuego. Los sugambrios, los usípetos, los téncteros, los brúcteros, los tubantios y buena parte de los hermúnduros, habían sido obligados a retornar a las cuevas de los bosques, a la vida bajo los árboles, y su población había sido diezmada. Quedaban pocos hombres, pero muchos niños y mujeres. El invierno terminaría la obra de Drusus. La mayoría de los niños no sobreviviría, y la escasez de alimentos, de caza, la carencia de reservas y de pieles, de herramientas... los arrastraría a una miseria como jamás habían vivido. El odio había ardido en la sangre de los supervivientes, un odio que Roma conocía en los vencidos, pero no de aquella manera. Roma consideraba que el rencor de sus enemigos subyugados acababa por corroerlos, y que su imperial soberbia caminaba por encima de aquellas cabezas.

El sometimiento fue impuesto con dureza, y las ordenanzas administrativas de Drusus comenzaron a crear los primeros tribunales. Las cohortes entraban en los poblados y ejecutaban su ley. Los impuestos de Roma se tomaban en mujeres y niños y hombres, se hacían esclavos, y las granjas eran saqueadas. Los legionarios orinaban en las piras de muertos decapitados, cortaban las manos de los jóvenes demasiado bravos. Ya llegaría la civilización. Más tarde. Primero era necesario domeñar, destruir, humillar la conciencia de los pueblos. Comenzaba la fundación de una nueva provincia, una de las más salvajes del Imperio, y ya Augusto había advertido a Drusus que era mejor barrer el terreno y después plantar, que tratar de enderezar aquellos pueblos que habían crecido como árboles torcidos.

La llegada a las orillas del Albis coincidió con el advenimiento del invierno más cruel que jamás habían sufrido. La tormenta de nieve impidió las celebraciones, y ahogó el grito victorioso en las gargantas castigadas e hinchadas por la inclemencia nórdica. Drusus había ocupado por completo la Germania Interior. Las últimas batallas habían sido simples emboscadas, y sabía que tenían por objeto entorpecer su avance, mientras adelante los pueblos fantasmales iban quedando vacíos, y la población huía sobre los carros con todas sus pertenencias, dispersándose en las sombras de los mapas que los cuestores de Drusus tan ostentadamente desplegaban cada anochecer frente a los guías y los veteranos en las campañas del norte. La alianza de los caucos y los cattos había permitido la huida de aquéllos al norte del Albis.

Pero Drusus detuvo su caballo ante las orillas neblinosas, y comprobó que las aguas se habían congelado.

—Abrevarás en esta margen, aunque no lo quieran sus dioses.

Drusus mandó traer el estandarte de plata de las legiones, y descargó su puntal varias veces, partiendo el hielo. Se retiró el casco y contempló a Perseo y las leónidas hazañas allí esculpidas. Al pasarse los dedos entumecidos por los cabellos comprobó cómo el frío y el cansancio se habían posado allí como una escarcha de sudor mal lavado. Pero hundió el yelmo en el agua y se lo ofreció al caballo. El animal relincho y bebió las aguas del Albis.

—He de compartir mi victoria contigo, tal y como te prometí. Te dije que abreviarías aquí, y así lo haces, y, si es necesario, el Águila del Imperio parte el hielo.

Al incorporarse, un repentino mareo se adueñó de su mente, pero no cedió y se mantuvo firme, balanceando su mirada por la orilla opuesta. Le pareció que la figura de una gran mujer de talla más que humana, envuelta en túnicas azotadas por el viento, caminaba hacia él sobre el hielo con pies descalzos. Se detuvo y escuchó su voz ominosa, sintió su mirada omnipotente:

—¿Adonde vas, insaciable? No te ha sido concedida la Visión...

—¿Quién eres? ¿De dónde sales...?

De pronto Drusus sintió que el rugido del viento se llevaba sus propias palabras, y la voz clara y poderosa que había oído desapareció junto con la imagen. Mandó que sus augures realizaran sacrificios en aquel lugar, y aguardó la respuesta de Cayo Ænobarbo, pero no volvieron a comunicarse con la divinidad. Los sacerdotes temieron que Drusus se hubiese encontrado con una diosa bárbara.

El augur elevó el *lituus* y escrutó los vientos.

—Auster y Africus, vientos del sur, han dejado de visitarnos por la mañana. Favonius y Vulturnius se enfrentan y luchan deshaciendo el soplo del sur. Aquilo, el viento norte, empuja cada vez con mayor fuerza contra nosotros, arrastrando a las aves de Roma. —Entonces se volvió y miró a Drusus—. El retorno, Drusus, es hora del retorno.

—¿Y el mar del Norte? —exclamó de pronto el general, como enloquecido—. ¿Por qué...? ¿Quién me lo impide, dioses bárbaros y malditos? ¡Debemos llegar al mar del Norte y embarcarnos de vuelta al Rhenus! ¡Esa era la victoria de Drusus! ¡Esa era la victoria! ¡Maldición de los infames dioses! ¡Sacrifica a los gallos sagrados y mira en sus entrañas! ¡No me equivoco!

—Basta, Drusus, basta... No atraigas más peligros sobre ti... El mundo tiene sus propias reglas, y están por encima de los hombres mortales.

—¡Al Hades con el hombre mortal! ¡Vil gusano!

—Silencia tu ira, Drusus, y acata los mandatos de los dioses.

El general se volvió furioso contra la masa de hielo del río Albis, y arrojó su espada con furia hacia la otra orilla, zumbando al cortar el viento norte.

Drusus permaneció allí algunos días, por vez primera indeciso y atacado por unas fiebres. Al poco tiempo llegó un mensajero con instrucciones directas de Augusto. El

emperador le ordenaba personalmente la retirada hacia el Rhenus, considerando una heroica pero innecesaria temeridad el haber avanzado con sus legiones hasta el Albis en pleno invierno.

La época del frío fue, al menos en esta ocasión, el mayor aliado de Roma. Entre los germanos, la mortandad de niños, enfermos, heridos y ancianos fue enorme. Éstos habían sido desplazados de sus asentamientos y privados de todas sus provisiones poco antes de la llegada de un cruel invierno. Drusus no había necesitado más preocupaciones para diezmar Germania Interior. Había creado puestos fortificados donde antes estuvieron los principales enclaves de la población sugambria, ténctera, brúctera... obligando así a los supervivientes a permanecer ocultos en los bosques. Pero las aguas se congelaban, la leña estaba mojada y las grutas, si no eran suficientemente profundas, se volvían gélidas. La caza escaseaba, y las manadas de lobos se volvían más osadas y feroces. Muchos decidieron entregarse como última solución. La doma fue entonces tan dura, tan romana, como debería imaginarse. Pocos fueron los hombres que depusieron las armas, pero quienes lo hicieron fueron juzgados por los tribunales de las milicias. Las hachas de los lictores* cayeron y los legionarios cercenaron sus manos. Nunca más empuñarían un arma contra Roma, que los culpaba de la invasión que trajo la vergüenza a la Quinta Legión *Alaudæ* algunos años atrás, rompiendo la *pax*, así como de haber ocultado el estandarte de plata.

Se permitió la entrada a las mujeres, que se entregaban con la condición de poder traer a sus hijos. Algunas madres se sostenían en la nieve, rodeadas de montones de niños que no eran suyos. Traían la esperanza de pueblos enteros en los que muchas madres ya habían caído incluso en el combate por defender los poblados. Sin guerreros, sin hombres, no cabía esperanza alguna. Los romanos las dejaron entrar. Cuando las puertas se hubieron cerrado, quienes espionaron desde las sombras de los bosques sólo escucharon gritos y locura humana. Las espadas cortas se abrieron paso mordiendo la carne de los niños más pequeños. Las mujeres se abalanzaban sobre los legionarios. Las risas de éstos continuaban disonando en una lluvia de tajos y puñetazos. Las niñas y niños más mayores y las mujeres eran llevados a la vista de los centuriones y los pretores. Algunas permanecían en las tiendas de los jefes destacados, otras eran entregadas a los legionarios. Las pocas que pudieron sobrevivir sólo sirvieron como meretrices de guarnición. Durante los meses de parada en los que Drusus pretendía desmoralizar la población germana, dejando que el ruido de aquella violencia se extendiese entre las tribus vecinas, mujeres, niñas y niños se vieron sometidos al más feroz abuso sexual. Y cuando ya no servían a aquel uso, fueron asesinados.

Cuando algunas mujeres vieron aquello, decidieron quedarse en los bosques. Muchas murieron con sus parentelas, pero otras sobrevivieron. Una de ellas era más

mayor y había sido la esposa de un régulo sugambrio de los valles del río Sala. Había maldicho el nombre de aquel romano muchas veces, entre lágrimas desesperadas, cuando su marido y sus hijos habían caído en combate, y cuando su casa había ardido. Pero aún más cuando su hija, desobedeciéndola en su desesperación, se había entregado al campamento romano de Segudunum, en el valle del Moenus, levantado a las afueras de aquellos bosques, con muchos de los niños, y entre ellos habían estado sus propios nietos. Después de presenciar aquel exterminio, las lágrimas se habían secado. Ni siquiera su poder matriarcal había podido retenerla, y había visto desde las sombras de los árboles cómo los niños más pequeños eran acuchillados por los romanos. Conocía el destino de su hija y de las otras dos muchachas mayores. Entonces, por primera vez, se maldijo a sí misma, culpable de haberlas dejado partir. La recia mujer se refugió en una cueva, en las profundidades de la gélida floresta de Hercynia, en cuyas sombras tantos fugitivos encontraron salvaje asilo. A su cargo habían quedado doce niños. Ninguno era ya descendiente directo de su sangre, pero eran los supervivientes de su tribu. Los duros ojos de la mujer sostuvieron la mirada implacable, y la mano aferró el cuchillo sobre el cuello de uno de los muchachos. Lo había dormido con una de sus pócimas y lo había apartado de los otros. El hambre empezaba a amenazarlos a todos, y salvo unos pocos murciélagos y algunas lombrices, no había podido alimentarlos con mejores hallazgos. Cerró los ojos de hierro, y la hoja se deslizó suavemente por el cuello del niño. Su voz comenzó a entonar palabras extrañas, y con su sangre elaboró un unguento protector que pintó las runas en las frentes de los otros niños. Durante varias semanas se alimentaron de aquel sacrificio; después de otro, mientras los nombres de los dioses eran rememorados entre súplicas, y el ardiente caldo de murciélagos les ayudaba a resistir las jornadas en las que el cruel invierno soplabla su hálito mortífero en la entrada de la caverna. Aturdida por aquel acto, no dejaba de pensar que era mejor que muriesen para salvarse unos a otros, a que fuesen atravesados por una vil espada romana y arrojados al río como trapos inservibles. Ése no podía ser el final de su familia, de su tribu, de toda Sugambria. Y uno y otro día juraba la mujer venganza, y maldecía el nombre de aquel romano y de toda Roma. *Drusus*. El odio le secó las lágrimas, mientras veía que su prole salía adelante, y en sus ojos azules se encendió el brillo del acero.

La captura masiva de algunas divisiones de tropas sugambrias hambrientas dio lugar a los primeros cargamentos de esclavos. De cualquier manera, Drusus cambió de opinión y prefirió dejar morir a la mayoría de aquellos desgraciados, pues no le parecía beneficioso alimentarlos durante el invierno, cuando sus legiones estaban más necesitadas de mantener en equilibrio las provisiones. La época para los esclavos sería la primavera, cuando los supervivientes hubiesen recuperado cierta lozanía en

las mejillas. Y de cualquier manera, quería aniquilar Sugambria y todo el peligro que aquella región significase. Los esclavos serían tomados entre las tribus situadas al oeste, cercadas entre las sierras bajas del Albis y el gran océano. Especialmente codiciaba la cabeza de los queruscos. Drusus sabía que aquellos pueblos apoyaban las invasiones de sus vecinos sugambrios en las Galias del norte, pero que, por hallarse más alejados del *limes*, jamás habían sufrido el poder de Roma. Drusus ardía en deseos por someterlos. Aquello sería el broche de oro para su triunfo militar. Vengar a Roma poniendo un yugo sobre el arrogante cuello de los queruscos, de los angrívaros, de los amsívaros, de todos los caucos, situando los campamentos a un paso del legendario Quersoneso Címbrico, donde habría desembarcado trescientos años atrás el venerado navegante y geógrafo griego Pytheas de Massilia, a las puertas de la misteriosa Isla de Thule*, la patria de los hiperbóreos.

Tiberio descendió de la nave y caminó hasta los montículos verdes. En aquella ensenada el oleaje remitía. El mar encrespado había rugido contra ellos, pero al fin las planicies se extendieron a lo largo de una costa arenosa en una vastedad inconquistada. El viento empujaba las nubes rápidamente sobre un inhóspito paisaje de hierba, olas, salitre y tierra. Tras cabotar desde los confines del Rhenus, más de sesenta trirremes* y birremes* embarrancaron en la arena bajo el cielo nublado, empujadas por una feroz marejada que había amenazado con tragárselos desde que abandonasen la triple desembocadura. La playa se extendía hasta el confín como una toga amarillenta ribeteada por la espuma de las olas gigantes. El rayo orlaba los pesados nimbos tormentosos que caminaban por el horizonte, cual báculo vacilante en el que se apoyaban los dioses del norte en su lúgubre marcha hacia el fin del mundo.

—Los augures han hablado: los pollos sagrados comen su grano y no se dejan intimidar por los rayos ni por la lluvia —se oyó la voz del mensajero entre el zumbido del viento.

Tiberio paseó su mirada lacónica por el inhóspito mundo que le envolvía.

—Si los dioses así lo requieren, Roma se pondrá en marcha —dijo. Luego afianzó la coraza de bronce repujado sobre su pecho—. Si mi hermano ha continuado venciendo, nuestro avance vendrá en su ayuda y la sorpresa será grande entre los bárbaros. Que todo se haga como previmos.

El desembarco de la Décima Legión *Gemina* trajo consigo gran cantidad de máquinas de guerra. Tiberio sabía que aquellas regiones eran poco montañosas, y que la columna podría avanzar con seguridad sin perder el control de las *tormenta**. Además, contaba con el debilitamiento de las tribus situadas en el este de Germania

Interior, con lo que su plan, quizá menos deslumbrante que el de su hermano pero no por ello menos útil, consistiría en hacer uso de toda la ingeniería bélica y destruir los emplazamientos germanos, obligándolos a huir hacia el norte, donde esperaba que se produjese, debido al desplazamiento poblacional y al carácter belicoso de los germanos, una guerra interna que terminase por debilitarlos todavía más.

La Décima Legión *Gemina* había desembarcado en Britania con Julio César. Muchos de sus miembros ya habían sido licenciados, pero otros, ya veteranos, recordaban perfectamente lo difícil de los desembarcos ante los labrantíos britanos, y el encono de aquellos pueblos a los que era difícil causar quebranto sin padecerlo igualmente. Tiberio se sorprendió ante la vastedad de las costas en las que desembarcaron sin dificultad alguna, y pudo avanzar tierra adentro. La alianza con los frisios le permitió atravesar las praderas desoladas por el viento del Oceanus Germanicus, hasta el curso de un pequeño afluente del lago Flevo, el Vidrus, donde comenzaban los dominios de las tribus chamavas y catuarsias. Más allá cruzaron el curso del Amisia, en busca de los angrívaros y amsívaros, en las estepas de los hombres-caballo. Los primeros enfrentamientos no tardaron en llegar, pero no fueron todo lo cruentos que cabía esperar de aquellas tribus aguerridas y casi nómadas, cuyos poblados aparecían abandonados en medio del viento. Tiberio mandaba quemarlos, pero era consciente de que los amsívaros y los angrívaros huían con facilidad a poner a salvo a sus familias, pues disponían de muchos caballos. Al cabo de algunas semanas, el repliegue comenzó a inquietarle, y todos los signos le anunciaban que una caballería cada vez mayor se ocultaba a la espera del momento propicio en que dar mortífera cacería a los ejércitos de Roma.

Los augures no vislumbraron el vuelo de las águilas, y ningún lugar parecía propicio para levantar un templo a Marte. Las estelas indicaban la cercanía de las tribus quesuarias, al pie de los montes Osnengi, hasta que uno de los mercaderes menapios, que viajaba en calidad de guía, le advirtió que se acercaban a los dominios de los queruscos, uno de los pueblos más feroces de Germania, y que allí se multiplicaban los bosques profundos y las planicies llenas de fosas cenagosas en las que sólo ellos conocían los caminos. Sus pesados artilugios no avanzarían por aquel terreno maldito, y Tiberio decidió dirigirse hacia el sur de los dominios queruscos, en busca del pionero campamento de Aliso, más próximo al Rhenus, donde se hallaba la hebilla del nuevo cinturón con el que Roma pretendía encerrar sus fronteras.

Los castros y aldeas que estuvieron en las inmediaciones de las líneas de avance de los romanos fueron destruidos. Tiberio avanzó subdividiendo su armamento en tres unidades que caminaron en paralelo. En las cercanías del Amisia los ataques comenzaron a intensificarse: las caballerías bárbaras descendían por sorpresa y descargaban lluvias de venablos sobre las cohortes, cobrándose un botín de muchas

vidas. Eran jinetes con el rostro cubierto con una mascarilla de tierra verdosa o azulada. Llevaban cascos cónicos con prolongaciones que les cubrían el puente de la nariz, y atacaban con el pecho descubierto, sin protección alguna. Las oleadas de jinetes eran cada vez más numerosas, y Tiberio cometió el error de enviar ataques de caballería en su busca. No sirvió de nada, porque muchos romanos acabaron cayendo con sus monturas en profundas ciénagas, donde los demonios germanos pintados de azul los alanceaban como a vulgares gorrinos caídos en una cochinería. Las cabezas de los muertos llovían después sobre los escudos romanos, también sus manos y sus ojos, que los amsívaros colgaban de sus venablos para amedrentar a los invasores. Tiberio decidió compactar de nuevo el grueso de la legión, reduciendo el acierto de la caballería amsívara.

Un día, vislumbraron al sur un cendal de un verde más oscuro que aquél al que ya se habían acostumbrado en los horizontes. Se replegaba sobre las quebradas, y cruzaba un extenso manto de fantasmales neblinas, sobre las que parecía flotar como un espejismo.

El mercader menapio respondió a las preguntas que formulaba Tiberio, que siempre estaba atento al paisaje, procurando hacerse una idea lo más acertada posible de aquel mundo, que cada día le parecía más propio de la barbarie nórdica que de los refinados dioses del Mare Nostrum.

—Esas neblinas blancas rara vez levantan el vuelo, y son ciénagas muertas. Por allí se accede a los dominios queruscos, donde el barro se extiende como un foso natural en torno a todo el país.

—¿Y hay buenos terrenos en su interior, protegidos por esa barrera de fosas?

—No es así, Tiberio Nerón —respondió el guía con determinación—. Los queruscos viven en las ciénagas, entre el Amisia y el Visurgis, en los eriales solitarios de sus afluentes, los ríos Alara y Lagina, los Ríos Negros, y sólo ellos conocen los caminos que conducen de un poblado a otro. Cualquier forastero podría ahogarse en ese país con sólo dar unos pocos pasos.

—Menapio, escucha esto si quieres ser sabio —dijo Tiberio—. Roma se levanta sobre los terrenos del pantanoso Lacio. Gracias a la *cloaca máxima** fueron desecados sus cenagales... eso que ves ahí no es nada para el arado de Rómulo, que trazó el perímetro original de Roma. Con nuestra técnica podemos desecar el terruño de los queruscos y convertir su hedionda fosa de mosquitos en un vergel y en un paraíso.

—En tal caso el arado de ese Rómulo deberá tener el tamaño de mil elefantes.

—Lo tendría, si ello fuese necesario. Pues Roma siempre vence. Roma siempre consigue aquello que se propone, por difícil que parezca. Y ahora dime, ¿esas estribaciones verdes de más allá? ¿Quién habita allí?

—Nadie, pues son las serranías de una selva sagrada: Teutoburgo, el Bosque de

los Teutones, así lo llaman los bárbaros, pero jamás estuve allí. En ese lugar perduran los altares de una alianza ancestral que une a todos los hijos de Herminon, el dios de la guerra que protege a todas las tribus del interior de Germania, y al que también llaman Irminur.

—¡Bárbaras sandeces! ¿Los teutones a los que Mario venció en Aqua Sextiæ...? Esos son y nada más. Veneran falsos ídolos estos queruscos... Algún día les devolveré los cuerpos de sus régulos en tinajas llenas de vinagre y sal, para que los conserven en memoria. Más les valdría respetar el Águila de Roma. Llama a los geógrafos y que anoten todo esto con claridad, pues la expedición traerá mapas de lugares que nunca antes habían sido conocidos por Roma. Anotad: en *Germania Inferior, Saltus Teutoburgensis**... un lugar peligroso y arduo. No sería bueno que las legiones se adentrasen por ahí...

XXVIII

10 a. C., Roma

Frecuentemente combatí en tierra y en mar, en guerras civiles y externas en todo el Mundo, y victorioso perdoné a todos los ciudadanos que me pidieron perdón.

Preferí salvar en vez de destruir a los pueblos extranjeros que podían ser perdonados sin peligro.

Res Gestæ Divi Augusti

XXVIII

10 a. C., Wulfmunda

Unos bloques de turba de aspecto cristalino ardían en el hogar. El fuego proyectaba en el centro de la gran sala un círculo bienhechor contra las sombras gélidas. Un garfio removió las ascuas, y el torbellino de favilas centelleó. El padre de Armin aguardaba el cónclave de los régulos afilando sus armas. A medianoche se reuniría el *Thing* de los valles queruscos con los aliados del norte y con los del oeste.

Estaba siendo el invierno más cruel de los últimos años. La primera gran nevada había cubierto de blanco el mundo, y un gris de plomo viejo mantenía preso el reino de los cielos. Copos gruesos como el puño de Armin flotaban en el aire gélido desde hacía varios días, y los vientos huracanados ululaban en los rincones de las casas, entre las piedras, bajo las puertas, por las rendijas, como si Fenrir* el Rabioso, el hijo del Loki*, hubiese escapado de las prisiones y cerrojos con que el padre de los Ases lo mantenía cautivo. Las últimas cacerías ya habían quedado atrás. Muchos campesinos habían traído sus reses de los establos hasta sus hogares, para dormir rodeados de vacas y bueyes, porque su presencia ayudaba a mantener calientes las salas y, por añadidura, los animales necesitaban la cercanía del fuego de turba.

Poco antes de la hora señalada, el camino hasta la sala común de Wulfmunda había sido ribeteado por antorchas, y Armin se preguntó por qué aquella noche estaba envuelta en tal solemnidad. Había visto cómo la gente se asomaba desde las ventanas, entre las rendijas de las puertas, pero la nieve les había impedido ver algo más que aquellas antorchas llameando tímidamente en medio del vendaval. La nieve había vuelto a caer, cuando las trompas resonaron. En medio de la fantasmal escena, el sonido de aquellos cuernos de caza no le resultó familiar. Pronto aparecieron, subiendo por el camino, unas hileras de sombras. Los caballos, extraordinariamente musculosos y anchos, paticortos algunos y otros de gran alzada, hollaban arrogantemente la nieve. Armin descubrió que muchos de ellos eran especialmente peludos, y que alrededor de los cascos tenían las patas recubiertas de espesas pelambres en las que se adhería el hielo y la nieve. Sobre aquellas cabalgaduras nórdicas se sostenían grandes hombres arrebuados en espesos mantos de viaje y pieles de oso. Se cubrían con altos yelmos de cobre de los que crecían desplegadas anchas alas de aves que nunca había visto. Cada uno de ellos traía ligado otro caballo que cargaba con venablos y fardos, presumiblemente llenos de provisiones, cuerdas, utensilios, hachas, mantas. La larga hilera se detuvo frente a la sala de reuniones de la aldea, sobre cuyo dintel habían sido colocados los cráneos de los lobos y las pieles

más antiguas allí atesoradas, así como los del buey, el venado, el oso, el tejón, el castor, la nutria.

Armin se introdujo en la sala por uno de los portones traseros que accedían al granero en el que se atesoraban las provisiones comunales de trigo y cebada, así como algunas reses dedicadas a los banquetes y sacrificios. Desde allí accedió junto a Grumber, el campesino que se ocupaba de los asados, y a su hermano Segifer hasta uno de los rincones de la sala. Como hijos del *herzog*, tenían derecho a asistir a las reuniones para aprender, pero no se les permitía hablar. El castigo que pesaba sobre quienes se atrevían a pronunciar palabra en una reunión entre los grandes jefes podía estar cercano a la muerte, incluso para el hijo de un *herzog* querusco y de un anfitrión.

Los tres fuegos se encendieron, y Grumber colocó sobre ellos largos espetones de carne. Cuando la grasa comenzó a chorrear sobre las ascuas siseantes, emitiendo breves llamaradas, nadie faltaba al cónclave.

Los rúgulos del norte y del oeste se habían reunido. Allí estaban los caudillos de los angrívaros y de los amsívaros, los que cabalgaban grandes caballos en las llanuras verdes del oeste, cerca del mar. Anunciaron que otro dragón romano había salido de las aguas del ancho y furioso mar. Muchos *herzogs* queruscos recordaron las palabras de Cerunno, el hechicero, cuando premonitoriamente habló de las alucinaciones de Segimer tras su retorno malherido. Decían que venían desde el mar hacia los territorios queruscos. Los jefes caucos, cuyos territorios se extendían entre el Visurgis y el Albis en su curso bajo, habían recurrido a la Alianza de los Ases, el rito ancestral por el cual todas las tribus germánicas del oeste, los *istævonios* y los *herminonios*, estaban unidas bajo la protección de Irminur, el dios de la guerra, el padre de los hombres mortales. Estaban convencidos de que enviaría una hueste de hombres desde su mansión en el lejano norte, en la misteriosa Isla de Thule, donde un techo inmenso, cubierto de escudos de héroes vencedores, se tendía sobre sus cabezas, en el vasto Walhall*, la Sala de la Guerra. Y entonces los pueblos del norte acudieron a la llamada de los caucos, y aunque la paz jamás había sido segura al norte del Albis hacia la península de Cimbria, en aquella ocasión el *kuninc* de los sajones había descendido con una hueste numerosa de cinco mil guerreros, y todos los *herzogs* longobardos se habían unido con cuatro mil guerreros más. Ahora los caudillos se habían reunido. Habían pedido asilo y permiso para traspasar los bosques y ciénagas del dominio del Lobo Negro, y allí discutir el pacto con queruscos y cattsos.

Los jefes estaban sentados en el suelo en un gran círculo, y Grumber había ordenado a los muchachos que le ayudasen a escanciar el hidromiel en los cuernos. La bebida medio fermentada y caliente animaba los rostros ateridos de los viajeros.

—Habladnos de vuestras batallas —dijo Segimer.

Tras comenzar con la palabra del anfitrión, todos cedieron el honor al rey de los sajones. Su yelmo de cobre se prolongaba sobre la gruesa nariz con una lámina afilada, y dos alas de halcón disecadas brotaban de ambos costados.

—Drusus ha llegado hasta las orillas del Albis y quiere separar a los Ases del Este de los Ases del Oeste. Roma teme a las tribus del norte. Drusus no podría mantener su fuerza desde Sugambria, pero la sorpresa era Tiberio, su hermano. Descendió las aguas del Gran Río hasta el mar con sus naves, y allí remó hasta el norte. Desembarcó en el oeste del oeste, y ahora avanza por sorpresa hacia aquí. Vencimos en Holgernda y en las colinas de Molda, los obligamos a abandonar las rutas del norte. Con esto creemos que nuestros países están a salvo, pero en realidad sólo estaban tanteando el terreno y las fuerzas, lo que en verdad quieren es someter a los queruscos y a los cattos y a los caucos. Poner una pesada cadena alrededor de vuestros cuellos. Su ruta se queda más al sur, pues los valles del Lobo Negro están en el norte de los dominios queruscos, pero el resto será devorado por la serpiente de Roma, mientras Drusus avanza desde el este.

Segimer miró gravemente al *kuninc* sajón.

—Y ahora quiero hacerte dos preguntas, amigo Guntram, rey de los sajones del norte. ¿Qué sabemos de los Ases del Este, los *isgævonios*, y de los pueblos del este, sobre todo del rey de los marcómanos, y por qué nos ayudas con tus armas y la sangre de tus guerreros si tus dominios ya están a salvo?

Guntram rió de pronto ruidosamente. Le gustaba la franqueza directa del querusco. Echó un trago tan largo que el *medhu* se desbordó por la comisura barbuda de sus labios. Luego miró a Segimer.

Los ayudantes de Grumber empezaron a repartir jugosos pedazos de carne entre el círculo de jefes.

—No me gustan los romanos, como tampoco me gustan los marcómanos.

Su boca se abrió con una franca sonrisa en la que faltaban algunos dientes.

—Los romanos no se detuvieron ante los hijos de los druidas, no se detendrán ante vosotros, y no se detendrán ante nada. Quien los tiene como vecinos, ya conoce su futuro. La paz romana es la paz del buey que camina con su yugo. Por otro lado, me parece justo que los cattos y los queruscos apoyen a los sajones con un presente que nos recompense ante tantas incomodidades, un tesoro que, después de la guerra, será llevado al norte.

—Y será repartido con los longobardos —añadió Argulf, uno de los duques longobardos. Su yelmo carecía de alas, pero las llamas relucían en sus incrustaciones de piedras preciosas—. Pues también los longobardos participan en la alianza para expulsar al dragón romano.

—Los marcómanos están siendo comprados por Roma —continuó Guntram. Su potente y pesada voz impuso silencio de inmediato—. No serán fieles a alianza

alguna. Roma los teme porque son una armada numerosa, pero los agasaja con privilegios, y su nuevo rey, Marbod, al que los romanos llaman Marborenduus, es un joven ambicioso y estúpido, que no sabrá prever la estrategia de Roma. —Volvió a tragar largamente de su cuerno—. Pronto tendréis que pagar impuestos a Roma. Las rebeliones sólo servirán entonces para que puedan acusaros de traidores y para que puedan ajusticiaros con derecho o sin él. Habrá esclavos, muchos esclavos, sirvientes en las colinas de Roma.

—¿Cómo sabes tanto de Roma, señor? —preguntó Armin impremeditadamente, mientras servía el hidromiel. Y sólo después de decirlo oyó su propia voz, tan grande era su curiosidad. Entonces reparó en su terrible falta y miró a su padre con ojos medrosos.

Varios jefes protestaron.

—¿Quién ha hablado en el *Thing*?

—¿Cómo osa ese siervo levantar su voz?

—¡Alto! —rugió Guntram—. Es el hijo de Segimer, y se ejercita en el arte de saber. Algún día será un jefe, y un jefe que no piensa es un estúpido y no sirve para nada. Yo decido responderle —dijo el rey de los sajones, y volvió su mirada a Armin—. Responderé a tu pregunta entonces. Pero debes volver a proponerla. Que todos la oigan.

Armin notó cómo las miradas inquisitivas se clavaban en él. Su padre lo contemplaba fijamente y con gravedad, pero había orgullo en sus ojos. El niño pareció librarse de la tensión que lo dominaba, relajó sus hombros y enfrentó los feroces ojos del rey sajón.

—¿Cómo sabes tanto de Roma, señor? —Y su voz resonó austera y seria en la sala.

—Porque no soy tan tonto como el resto de los sajones.

Hubo risas entre los jefes, y el propio Armin sonrió hasta que pudo verse el cerco de sus dientes.

—¡Basta de risas! —bramó Guntram—. Sólo al rey de los sajones le es lícito reírse de los sajones. Hay otra explicación para eso, pequeño guerrero. Yo fui preso por los romanos y luché junto a Ariovist, el Rey de los Suevos, contra Julio César.

Muchos rumores se desataron a lo largo de la sala, pero la potente voz del rey los hizo callar.

—Yo luché contra Julio César —arengó vehementemente poniéndose en pie, mientras apuraba su cuerno y extendía su brazo hacia Segifer, con intención de que volviese a colmarlo del delicioso hidromiel fermentado—. ¡Y escuchad! ¡Escuchad!

Desenvainó su larga espada y arrojó el cuerno a las llamas, poseído por un arrebato de cólera. Alzó el arma a dos manos, en la posición del halcón, la que se adoptaba para atacar desde arriba con todo su peso. A Armin le parecía que aquella

sólo podía ser la imagen viviente de Irminur, la de un semidiós presto al combate.

—¡Escuchad! ¡Yo vencí a Roma!

Las espadas se desenvainaron, las hachas fueron alzadas, en medio de un furor belicoso y extraño, un éxtasis que Armin nunca había visto brillar en los ojos de los hombres mortales. Durante algunos minutos no supo nada más de lo que había pasado, y pareció que aquella frase se había quedado grabada en el joven acero de su alma. «Yo vencí a Roma».

No podía haber más gloria contenida en tan pocas palabras.

El coro de guerreros sajones y longobardos comenzó a repetir aquella frase como si de un ritual se tratase, sacudiendo las armas contra los escudos:

—¡Venció a Roma! ¡Venció a Roma! ¡Venció a Roma!

El gigantesco sajón obligó a Armin a arrodillarse ante las llamas. El corazón del muchacho latía desbocado. Mientras tanto, su hermano mayor, Segifer, los miraba con extraños ojos. Guntram tocó suavemente con su espada los hombros de Armin y luego dejó descansar la hoja de plano sobre su cabeza. El rey se despojó de uno de sus anillos y lo puso en las manos del muchacho. Fuera de su dedo parecía enorme y pesado. Era de un oro rojizo; una trenza de filigranas rodeaba un pedrusco relampagueante y rojo. Después alzó el arma y le pidió que se levantase:

—Armin, hijo de Segimer. Eres mi más joven aliado, y si algún día me llamas a la guerra tendré que asistir, y también lo harán mis hijos. Y tú, Segimer, ves que entrego la alianza a tu hijo para que sea más duradera que tú y que yo. Nuestros hijos combatirán juntos, como todos los Ases. Y ahora tráeme otro cuerno de *medhu*, niño, por Nerthus que me muero de sed.

Mientras los demás tomaban asiento de nuevo, Guntram continuó con su relato:

—Allí luchamos contra Julio César, ese calvo bastardo hijo de una perra, pero el ejército de Roma es una serpiente obediente. Cumplen las órdenes de sus caudillos y jefes, son capaces de detener el impulso de una espada en plena matanza; no experimentan el furor de nuestros guerreros en la lucha, ni la rabia ni la cólera cuando se derrama la sangre. Fui apresado y durante varias semanas permanecí bajo cadenas en la ciudadela de Lugdunum, después me llevaron como esclavo hacia Aqua Sextiæ al sur. Pero conseguí escapar, y después un largo viaje en las sombras me trajo de vuelta hasta el Rhenus. Tuve que volver a nado con otros fugitivos hasta las tierras de los sugambrios, y más allá, recorriendo los bosques hasta los dominios suebos, cruzar los ducados longobardos, donde me entregaron un caballo, y alcanzar Sajonia, que vivía una nueva oleada de batallas contra los cimbrios. Por eso puedo decir que aquello me sirvió de mucho, porque aprendí de los romanos en su compañía, y sé que los conozco. Y si no los expulsamos, nos dominarán a todos, y aún así, sé que volverán. Todavía no sé si ha nacido entre nuestros pueblos el hombre que conseguirá vencerlos y detenerlos por siempre, pero nuestro deber es, hasta que eso suceda, o

para que eso pueda llegar a suceder, luchar unidos.

—¡Asistiremos a la batalla! —exclamó Segimer, y varios aullidos estallaron en la sala. Se puso en pie y tendió a Guntram su brazo.

Cerunno trajo un cofre cubierto con una piel de lobo. Varios guerreros queruscos lo abrieron y entregaron al *kuninc* una cadena de oro de muchos eslabones. En cada eslabón había grabadas diversas inscripciones rúnicas y extraños dibujos, de tal forma que toda la cadena, al unirse, parecía un precioso dragón. En sus escamas quedaba inscrito el mito ancestral. La forja de una espada, el quehacer del orfebre, el héroe y la misma espada clavada en el corazón del dragón; su cabeza era otro precioso eslabón en el que, a modo de ojos, se habían introducido dos hermosas piedras azules. Segimer desenganchó los eslabones. Uno por uno, fue entregándolos a todos los jefes que participaban en aquella unión. Aquella cadena era el símbolo de la Alianza de los Ases, la antigua unión entre los germanos del oeste, y era una cadena que los hacía libres de las cadenas de Roma, pero esclavos de sus aliados hasta la muerte.

Cerunno llenó los cuencos con una bebida de sangre. Los jefes ingirieron el bebedizo sin pestañear. Segimer volvió a tomar asiento, y Armin y Segifer corrieron por la sala escanciando el sagrado *medhu* en los cuernos alzados. El bebedizo de Cerunno dejaba un sabor amargo y ardoroso en las gargantas.

—Hacia el sur Roma ha conseguido aliados —dijo Hadubrandt

—Mucho hemos oído hablar de Segest, el querusco que se asentó a orillas del Rhenus.

—Ingomer, mi hermano, frecuenta sus tierras y está hoy entre nosotros.

Ingomer se adelantó y habló:

—No creo que Segest sea un enemigo, y jamás traicionará a los germanos. Lo sé. Sólo ha salvado a su pueblo en la frontera con las legiones. De cualquier otro modo habría sido asesinado.

—Pero ha respaldado a las legiones que exterminan Sugambria —dijo Gernot.

—Las legiones habrían sido igualmente exterminadoras con o sin la ayuda de Segest —dijo Ingomer—. Así algún día ese puñal se puede volver contra Roma.

—Pronto tendrá Segest la oportunidad de demostrarlo —aseveró Segimer—. Las batallas se avecinan.

Armin lo recordaba muy bien. Segest era el padre de aquella muchacha llamada Thusnelda. Los vio tiempo atrás, en el prado de las reuniones, sentados junto a su padre, el día que volvió de la cacería con la cabeza de jabalí sobre los hombros. Segest había sido un emprendedor jefe querusco que se asentó con sus estirpes a orillas del Rhenus. Ambicioso como era, todos imaginaron que volvería ante la amenaza de Roma, pero en contra de lo que cualquiera dedujo Segest se acomodó a sus enemigos, protegiendo por un lado las aldeas marceras que se hallaban en sus

nuevos territorios, y evitando la guerra con los romanos, a los que agasajaba complacientemente. Oportunista o astuto, Segest había conseguido fortificar una isla de paz en el lugar más inverosímil de aquel mundo, la frontera del Rhenus, y se decía que su comercio con las legiones florecía fabulosamente, así como sus yacimientos de oro y sus nuevos cultivos. Se habían reído cuando imaginaron al querusco empuñando un apero, algo indigno de un guerrero, pero a instancias de los augures romanos había cultivado varias plantas que lo enriquecían y salvaban a sus protegidos de una muerte segura o de la esclavitud en el mejor de los casos.

Algunos días más tarde el temporal había amainado. Los queruscos se unieron a una gran hueste que venía del norte. Armin vio partir a su padre. Desde la Columna de Irminur, observó cómo la hilera de caballos descendía hacia el este y desaparecía bajo el manto de los bosques. Aún les aguardaban arteros desfiladeros y bosques profundos hasta enfrentarse con el ejército de Tiberio, en el sureste. Miles de queruscos partieron hacia aquella batalla en las orillas del Amisia, cuyo curso estaban siguiendo las cohortes desembarcadas al norte de la desembocadura del Rhenus.

XXIX

9 a. C., 24 de marzo, *Dies Sanguinis**

El ardor de la primavera abrasaba de nuevo la tierra. El verde avanzaba con la retirada de las nieves en los montes. La época de los riachuelos multiplicaba el cauce de los ríos, que bajaban con fuerza por cada hondonada. Los torrentes estallaban contra las piedras musgosas en el fondo de los bosques, las ramas goteaban, el aire indeciso se movía cargado de olores vivientes. Torbellinos de insectos zumbadores poblaban los prados. Las flores alfombraban cada parcela reverdecida a la que la luz del sol, ardiente y renacido, pudiese acceder.

Drusus Claudio Nerón *Germánico* había sido nombrado cónsul aquel año, compartiendo el gran poder con Tito Quintilio Crispino *Sulpiciano*. El Senado reconocía así su éxito en las campañas de Germania, y daba la espalda a las quejas por insumisión insinuadas por Africano Fabio Máximo. Tiberio regresaría a Roma victorioso desde Panonia, y Augusto preparaba un inmenso triunfo para sus hijastros; esperaba satisfecho la hora en la que su hijo Drusus entrase sobre la cuadriga, ataviado como Júpiter, recorriendo la Vía Sacra, precedido por los lictores y coronado por el divino laurel de los primeros hombres de Roma.

Recorría el joven cónsul, de camino a la gran ciudad, la Germania Interior pacificada. Sólo quedaban reductos rebeldes en el oeste y el norte, donde los príncipes queruscos, los cattos, los sajones y los longobardos se habían unido, albergando a los fugitivos vencidos en el sur. Tiberio había perdido una importante batalla junto al Amisia, en la que los queruscos habían alcanzado renombre bélico, pero aquello no hacía sino acrecentar su propio prestigio militar. Él, Drusus, se había mantenido invencible. ¿Qué importancia tenía aquella franja en el norte y el oeste, poblada por los queruscos, los sajones y sus aliados vencidos? Muy poco en aquellas circunstancias. El plan de Augusto había vencido. La frontera del Rhenus estaba más que asegurada gracias a las garantías que ofrecería la nueva provincia de la Germania Sugambria, que separaría como un dique las fuerzas de los germanos del este de los del oeste, fortificando una nueva frontera en el Albis con las tribus del norte. Administrar la región desde aquella posición sería sencillo para Roma. La derrota de Tiberio, sin ser decisiva para el plan general, le beneficiaba políticamente, impidiendo que ningún otro triunfo eclipsase el fulgor de su solar triunfo. La gloria de Drusus se acrecentaba, como la de Julio César en otros tiempos. Roma adoraría al vencedor de los germanos.

Los ríos auríferos de la cordillera del Taunus ya estaban al servicio de las

fundiciones de monedas de oro y plata, que sólo podían ser acuñadas por la familia imperial. Los mares procelosos del Oceanus Germanicus se convertirían en vías marítimas para cargamentos de esclavos, ámbar, reses y pieles.

Drusus sentía el aire fresco de la mañana alrededor, mientras su caballo trotaba. Detrás le seguían varios escuadrones de caballería. Cruzaban hacia el sur la ruta más transitada por el ejército romano. Cada cuarenta estadios* un nuevo puesto fortificado en el que abrevaban los caballos, y las señales garantizaban el estado de la vía con cierta previsión. Se aproximaban al corazón de la antigua Sugambria. Varias aldeas aparecieron en el fondo de un valle boscoso. Junto a una de ellas, situada en lo alto de una loma rodeada de arroyos y pastizales, se había erguido un campamento romano. La fortificación, con su corona de estacas, era bien visible desde lejos. El camino atravesaba la aldea de parte a parte antes de llegar a las puertas del campamento.

En aquella aldea se había hecho justicia. Drusus detuvo el galope para observar a uno de sus más preciados centuriones. Era pesado y fuerte, pero movía el brazo derecho de una manera poco común. Lo reconoció al instante.

Había ejecutado a varios jóvenes rebeldes. Primero les había cortado las manos. Después, aquel centurión tomó un gran látigo y se fue hacia los que todavía estaban encadenados a un poste en el centro del prado, en el que habían mandado reunir a toda la población para que presenciasen el castigo.

—¡Cazarratas! ¡Enséñales la mano larga! —gritaban unos legionarios veteranos entre risas.

—Apuestas a muerte —dijo uno.

—Cinco sestercios a que Cazarratas mata a ese idiota antes de cincuenta latigazos.

—*Podex!*

—Yo apuesto diez a que está muerto con treinta.

—¡Métele una *méntula* romana en el *cunnus!*

Cazarratas se volvió a ellos. Sus risas socarronas se volvieron esquivas.

—Yo apuesto veinte a que lo he matado antes de quince golpes. Mantuvo la mirada con tal violencia sobre sus soldados que nadie se atrevió apostar en contra.

—¡Ése! —gritó.

Aisló a un muchacho pelirrojo. Varios soldados lo desnudaron. El muchacho daba patadas y trataba de morderlos, rabioso como un perro. La multitud presenciaba el inminente castigo y se agitaba, los gritos comenzaban crisar el aire de la tarde. Uno de los legionarios recibió una patada. Consiguió aproximarse más al joven, le bloqueó las piernas, agarró el pene del reo y tiró de él con todas sus fuerzas. La humillación causaba regocijo y carcajada entre los legionarios. La multitud se

encrespó indignada, pero varios erizos de lanzas apuntaron contra los aldeanos.

Cazarratas descargó sobre el condenado un azote tras otro hasta llegar a diez. Lo dejó exhausto con aquellas correas incrustadas de puntas de acero, mientras la espalda se le abría ensangrentada; el muchacho se retorció como un gusano que evita ser pisado por segunda vez. Luego el centurión se volvió, entre divertido e indolente, se apretó el casco e impuso su castigo lentamente. Cada golpe desgarraba al reo más profundamente. Las astillas de acero se quedaban incrustadas en la carne. El cuerpo dejó de debatirse. Un silencio mortal se apoderó de la gente. El llanto contenido comenzó a desbordarse. Los ojos claros, que abundaban, ardían llenos de odio. Un nuevo golpe brutal alcanzó la cabellera del ajusticiado; a conciencia, Cazarratas buscaba algo más que desgarrar su espalda. Tiró del látigo, pero las puntas de hierro se habían hundido en el cráneo. Tensó las correas, pero no salían, y el cuerpo ensangrentado pareció exánime. Con desprecio, Cazarratas dejó caer el látigo. Uno de los legionarios se aproximó al reo. Ya no tenía pulso.

—Me debéis unos sestercios —dijo el centurión.

Entonces desenvainó la espada, ante la mirada atenta de Drusus, y se aproximó para decapitarlo.

Drusus se abrió paso rodeado de su caballería sin prestar mayor atención al espectáculo. Los legionarios habían convertido el centro de la aldea en un circo de diversiones con motivo de la toma de esclavos. Los que se habían resistido a la orden del Senado se convertían en escarmiento y escarnio viviente hasta que morían de dolor o decapitados. Como se resistieran, la orgía de violaciones y asesinatos había alcanzado un grado extremo. Las legiones habían gozado del apoyo de Drusus para ejercer la máxima violencia a su antojo sobre la población. Drusus odiaba a los sugambrios y a los téncteros, y no le importaba el estado de su gente; en esta ocasión Roma necesitaba una provincia pacificada en el corazón de Germania, y para ello, lo mejor era desmoralizar a su enemigo hasta límites inimaginables. Después serían deportados al sur para que cualquier añoranza de reconquista se borrara de la memoria de aquellos pueblos, antes de ser disueltos como esclavos en aquel viento romano que soplaba hacia las cuatro esquinas del Imperio.

Una mujer surgió de entre la multitud y se arrodilló cortándole el paso. Drusus trataba de avanzar hacia el otro lado de la aldea, donde se había levantado el campamento. Una empalizada anunciaba la cercanía de la fortaleza romana, pero en medio de la ruinosa aldea que resurgía de las cenizas, entre vigas carbonizadas de antiguas casas, los legionarios contenían a una multitud amotinada. Los ancianos protestaban contra la captura de esclavos. Drusus había anunciado una amnistía para que los proscritos volvieran de los bosques a repoblar lo que había sido bautizado oficialmente con las órdenes del Senado como la nueva provincia de Germania Interior. Bajo este pretexto habían permitido la llegada de los supervivientes

sugambrios y téncteros, brúcteros y semnonios, pero una vez en las antiguas aldeas los legionarios procedían a la selección de esclavos. Habían pasado algunas semanas desde la llegada de la primavera y la promulgación de la amnistía, la caza y la pesca eran abundantes, y los hombres y mujeres volvían a tener mejor aspecto y esa era la hora de capturar a los esclavos y de castigar a los rebeldes.

Pero aquel día Drusus encontró un tumulto en medio de la aldea. La cohorte vino al encuentro del general y propretor de la nueva provincia, y su caballería pronto lo rodeó. Los esclavos, enfurecidos, sacudieron sus cadenas, mientras los legionarios tiraban de ellas y de sus barbas y los arrastraban por el suelo.

La mujer que se había arrodillado no era joven. Drusus se preguntó si se había detenido para pedirle clemencia por alguno de sus hijos encadenados y la miró a los ojos. Pero ella abrió los brazos y se aproximó sin miedo a la muerte a los caballeros que rodeaban a Drusus. Las lanzas se alzaron, y si tenía que decir algo debía hacerlo a prisa, porque sólo unos instantes separaban de la muerte a quien hacía algo así. En sus ojos brilló un azul de acero, duro y cruel, y Drusus sintió que se le helaba la sangre ante aquel descubrimiento. Había matado a muchos hombres en el campo de batalla y no le había importado ver el odio en sus ojos, pero había concedido un instante de piedad a esa mujer, quizá en un momento lleno de gloria en el que su corazón se había ablandado momentáneamente, y aquella mirada de odio le alcanzó como una flecha.

De pronto, la mujer bárbara sacó un cuchillo y abrió un gran tajo en el cuello de uno de aquellos caballos de batalla. Y con un grito desgarrado maldijo a Drusus:

—*¡Maldito seas y nefasto el día de tu caída, Drusus hijo de Claudio!*

El chorro de sangre manó con fuerza mientras el animal giraba sobre sí mismo y se encabritaba. El caballero romano trató de ensartar a la mujer, pero el animal estaba fuera de control y la multitud se cerró tras su huida. Alanceó y el venablo cayó de lleno sobre el pecho de una niña que presenciaba aquello aferrada a la mano de su padre en la primera fila. Sus ojos se quedaron en blanco mientras la lanza continuaba clavándose en la tierra después de atravesarla.

Drusus se volvió, miró el desorden del populacho, y vio su *paludamentum* púrpura y su coraza de plata salpicados de sangre. La cabeza de la Gorgona, enrojecida mediante aquel sacrificio maldito, se convertía en uno de los peores augurios imaginados por los sacerdotes, pues a fin de cuentas recordaba que Perseo logró decapitarla. Los esclavos encadenados se agitaron de nuevo como una marea que rompería los grilletes. El enorme caballo bamboleó la cabeza entre horribles sonidos guturales y roncós, golpeando y coceando otras cabalgaduras; como una trompa colgante y líquida, el crúor manaba de sus arterias abiertas manchando a toda su guardia personal. Trazó un macabro dibujo encerrándose en un círculo mágico, y el caballo se arrodilló agonizante. Drusus miró entonces al cielo, inquieto, buscando

las nubes que pudieran arrojar el venablo de Júpiter sobre su cabeza. El sol se había puesto detrás de una loma boscosa, pero su luz todavía incendiaba la bóveda de la primavera, y no había nubes oscuras que barruntasen al rayo. La multitud, encolerizada, le gritaba y le miraba a los ojos, y aunque un muro de lanzas le protegía de aquella rebeldía popular, sintió un nuevo miedo que le había sido ajeno durante toda su vida. Sonrió de una manera extraña, como alguien que, aunque no está dispuesto a mostrar inseguridad alguna, es consciente de que ha obrado sin honor, y continuó adelante, seguido de su guardia, abriéndose paso a lanzadas y mandobles a través de la multitud.

Una vez junto a las cohortes, se detuvo y volvió su mirada hacia la aldea. Los gritos no cesaban en medio de un castigo ejemplar que se estaba cobrando muchas vidas. La barbarie continuaba en el interior de algunas chozas, donde los legionarios violaban sin tregua a varias muchachas que hasta ese momento habían tenido que respetar por medio de la tregua. El castigo por semejante afrenta a un cónsul les permitía saltarse todas las reglas de la *pax romana*.

Los aurúspices de Drusus se miraron de soslayo cuando escucharon la noticia. Su augur, Cayo Ænobarbo, se apoyaba en el *lituus*, y miraba extrañado hacia el tumulto desde el altar ardiente en el centro del campamento, en lo alto de la colina. La puerta pretoriana se había cerrado tras la entrada de Drusus y su guardia.

Drusus dio orden de que todos los supervivientes varones de aquel poblado fuesen ajusticiados cercenándoles la mano derecha y arrancándoles lo ojos; a las mujeres debían cortarles la lengua, para que aprendiesen a mantenerla quieta y a no proferir insultos contra las autoridades romanas.

En la tienda, las noticias que su augur le comunicó le hicieron olvidar el momento en que viera aquella extraña aparición en el norte, a orillas del Albis.

—Augusto te concederá en persona el título de *Germánico, Conquistador de Germania*, que heredará tu hijo después de ti, junto al cetro *triumphator*, así como la Corona Gramínea*, y para hacerte entrega de la gloria, se prepara para ti en Roma el más grande tiro triunfal sobre cuadrigas. Tus tesoros ascenderán la colina capitolina sobre los mismos *plaustrum** de la Grecóstasis* que cargaron con los regalos de Julio César a su retorno victorioso de las Galias. Tus esclavos están preparados para desfilar con los carteles de las provincias conquistadas y de las nuevas provincias que vas a entregar al Imperio. Te aguarda una grandeza como pocos hombres han vivido. Roma entera postrada verá cómo el Padre de la Patria te entrega, ante las masas enervadas, su abrazo y su gloria. Una corona áurea se posará sobre tus sienes, que han resistido el asedio de la inclemencia y del sufrimiento. Y tú mismo repartirás las coronas* de oro, las *vallarís* y las *muralis*, entre tus más apreciados vencedores, penderás la *phaleræ* del pecho de tus centuriones veteranos...

—Y los dioses saben que no hay favorito más grande que tú en el alma de Roma,

que el Senado te aclama, y que Augusto te propondrá como digno heredero y aspirante al *Imperator* —añadió Albio Propertio.

—El próximo emperador de Roma se llama Drusus Germánico Octavio Claudio Nerón *Augusto* —afirmó su augur.

XXX

9 a. C., Praderas del Amisia

Los clanes queruscos se unieron a la Alianza de los Ases con cientos de caballos pesados, y siguieron el curso del río Lagina, atravesando el Visurgis por un vado cenagoso al pie de las colinas de Osnengi, que en aquellos tiempos sólo los chasuarios sabían cruzar sin perecer en el intento. A los dos días, a no demasiadas millas del curso del Amisia, a lo largo de cuyas orillas avanzaban las legiones de Tiberio, Segimer sintió que la tierra temblaba y vio una marea de caballos que venía desde el norte. Cuando los régulos amsívaros y angrívaros se detuvieron no muy lejos, con sus pesadas cabalgaduras, con sus ofrendas de hueso, con las cabezas de sus enemigos que, a modo de trofeos, exhibían colgadas de sus cabalgaduras, el régulo querusco se preguntó si no vendrían, como antaño, a desafiar a los queruscos. Había muchas mujeres jóvenes que asistían al combate; llevaban el rostro pintado de azul, y bien sabía que eran excelentes y mortíferas arqueras. Roma había operado un cambio en las salvajes tribus de las llanuras verdes. Los hombres-caballo deseaban combatir las legiones, amenazados en sus propios territorios, y Segimer sabía que, a pesar de la voluble violencia de aquellas tribus, resultaba más ventajoso detener a Roma que dejar que aniquilase a los únicos aliados naturales de los queruscos.

Caucos, catts y camavios se unieron con contingentes no demasiado numerosos, pero fieros. Los jinetes sajones y longobardos eran pesados y manejaban la espada y la maza, protegiéndose con el escudo, mientras que las tribus de las llanuras del este, a pesar de contar con largas espadas, eran capaces de algo que ni los queruscos ni los marcómanos ni los aliados del norte acostumbraban: podían disparar sus arcos, montados a caballo, en pleno galope, con una precisión asombrosa. Eso decidió la forma del ataque.

Tras reunir varios escuadrones de brúcteros, la columna se reunió tras las lomas. Los rastreadores volvieron. Miles de caballos atravesaron las húmedas praderas tachonadas de flores silvestres, buscando el lugar escogido para el asalto.

Segimer se había ocultado entre los alisos y tilos que crecían levantando un muro impenetrable, no muy lejos de los cenagales del Amisia. La hora se acercaba. En las penumbras de los árboles, se inclinó sobre un estanque. Las botas se hundieron en el fango de la orilla, y él se inclinó y se vio a sí mismo reflejado en la superficie especular donde se transfiguraba el mundo conocido. Se preguntó muchas cosas que no tienen respuesta, y hundió sus dedos en el agua, en busca del cieno. Era denso y limoso como una arcilla negra. Dejó que la superficie del agua se calmase de nuevo,

y fue cubriendo la mitad izquierda de su rostro, ojera y párpado incluido, con una negra máscara. En la parte derecha del rostro sólo enmascaró la ceja, el párpado y la parte superior de la ojera. Después se cubrió los brazos de negro, y las piernas. Se recogió los largos cabellos con un cordal y se echó la piel de lobo sobre la cabeza, afianzándola a los costados. Luego montó la gran cabalgadura y fue en busca de la batalla.

Todo sucedió tan rápido, que los queruscos apenas tuvieron tiempo para prepararse. Los escuadrones de los clanes estaban apostados en la parte sur de las lomas, y no pudieron percibir nada, salvo un estrépito ruidoso y un clamor de trompetas. Las ansívaras y las angrívaras iniciaron un falso asalto de esos a los que estaba acostumbrado Tiberio, mas esta vez en un terreno que aparentemente era propicio a las legiones. Los escuadrones del general romano se movilizaron. Las salvas de flechas se cobraban vidas y estallaban entre los armazones de acero de las cohortes. Cuando las amazonas de las mujeres-caballo lo consideraron oportuno, y la refriega se aproximaba a los bosques y las lomas, una de ellas galopó rauda hacia el sur e hizo sonar su cuerno.

Apenas lo había oído, cuando el grito de Segimer descargó la tensión acumulada en la caballería pesada querusca. Se pusieron en movimiento como una marea, como un oleaje. Trotaron en semicírculo, surgieron de los bosques, invadieron el llano y se abrieron, formando un gran frente. Era la posición de la carga. Tras ellos aparecieron los sajones y los longobardos. Las lanzas apuntaron, las largas espadas se alzaron.

El combate de las cohortes formaba un frente contra las tropas a caballo de las mujeres-caballo, que parecían poder atacar sólo con los arcos. Los centuriones se animaron ante la firmeza del terreno y Tiberio autorizó un ataque más contundente. La matanza parecía asegurada, cuando los jinetes arqueros se dispersaron a izquierda y derecha, como un telón que al apartarse mostraba la verdadera y aplastante fuerza de los germanos: un apretado frente de caballos pesados galopaba contra las legiones, dispuesto a cargar como una manada de uros salvajes.

Los legionarios vacilaron, sólo unos pocos formaron en tortuga ante la sorpresa y el escaso tiempo para reaccionar, los gritos de los centuriones causaban más confusión, los caballeros de los escuadrones romanos se dispusieron para el golpe. Tiberio se inquietó.

Los queruscos y los longobardos cabalgaron sobre las cohortes como si fuesen hierba. Segimer sintió la mortal carrera de su caballo. A su alrededor las lanzas queruscas ensartaban las corazas romanas. Una lluvia de *pilla* silbó en el aire. El caballo de Gailswintha saltó por encima de varios romanos para estrellarse contra el muro de acero de una barrera de legionarios. Segimer cayó y apenas tuvo tiempo para recuperar su espada y descargar un golpe a dos manos, cercenando, mutilando y

dando muerte en todas direcciones. La confusión crecía, y las primeras filas de caballería, desmontadas por el choque, debían avanzar si no querían que las siguientes oleadas de los sajones y de los longobardos los aplastasen bajo sus cascos. Vio cómo un jinete sajón, cuya chata nariz ostentaba una cicatriz horizontal, blandía su espada y gritaba, y a su alrededor los legionarios huían como de un demonio.

Y demonios verdes y azules parecieron en verdad los angrívaros y los amsívaros cuando, cubiertos con máscaras rituales, descendieron las lomas en una nueva carga, e irrumpieron en tan grande número y con tanta fuerza, que abrieron una brecha entre las cohortes más próximas al Amisia. Centenares de caballos parecían despedazarse en la carga, mientras otros cientos pasaban por encima de ellos; las largas espadas volteaban y los miembros mutilados de hombres y animales saltaban en todas direcciones. Muchos jinetes lograron cruzar las aguas del río y lanzarse contra las cohortes de Tiberio y contra las mismas máquinas de guerra, en su mayoría escorpiones* y catapultas, con las que habían destruido buena parte de sus castros.

Tiberio ordenó, en la orilla izquierda del Amisia, que las máquinas fuesen protegidas y que fuese iniciado un repliegue de la legión hacia el sur, buscando la ruta más despejada hacia los campamentos de Noviomagnus y Trajectum, en el cauce del Rhenus. Sabía que podía presentar batalla, pero Tiberio desconfiaba de la organización de aquel ataque. No había presenciado nada igual. Temía que en cualquier momento llegase desde el sur una armada brúctera y tubantia, y entonces se encontrarían entre las mandíbulas de un cepo mortal. Por vez primera los germanos le habían demostrado que, además de brazos y piernas, tenían cabeza, y sabían usarla.

Segimer inició la cacería. Con la retirada, los romanos se arrojaron masivamente a las aguas del Amisia, huyendo casi en desbandada. Las líneas de guerreros germanos los apedreaban y alanceaban. Las espadas se descargaban sobre ellos. Los jinetes comenzaron a invadir el río, y la matanza en medio de las aguas tiñó el Amisia de torrentes rojos, y por cientos pudieron contarse los muertos que flotaron río abajo, recorriendo de nuevo hacia el mar el camino que tan orgullosamente habían recorrido.

Segimer se encontraba entre los más adelantados, alcanzó la orilla derecha y galopó junto a Gailswintha contra los legionarios, donde los amsívaros libraban combates de persecución, cobrándose el tributo de la victoria. Atravesaron un campo tachonado de cadáveres y moribundos y se enfrentaron a las cohortes.

Tiberio mandó activar las máquinas de guerra, ahora que su retaguardia se había replegado. Mientras las piedras empezaban a caer tras él, Segimer y otros muchos lucharon contra los vociferantes legionarios. El número era desigual, sin lugar a

dudas, pero *Zankrist* conseguía causar muertes. Por fin atravesó el hombro de un legionario, y un poderoso centurión aprovechó la ocasión para agredirlo. Gailswintha estaba demasiado ocupado salvando su propia vida, cuando una punta de acero se hundió en el ojo izquierdo de Segimer.

Jamás había experimentado un dolor tan agudo, que pareció bloquearle la mente y los miembros. Estaba acostumbrado a recibir heridas y a continuar defendiéndose, pero aquello superaba todo lo que había sentido en un campo de batalla. Gracias a que se derrumbó nerviosamente nada más sentir la punzada y a que se echó las manos a la cara, el centurión erró su siguiente golpe, que sólo consiguió arañarle el costado, en lugar de ensartarlo hasta la empuñadura, como era su intención. Escuchó risas monstruosas alrededor. El centurión se disponía a cargar de nuevo con el gladio, cuando un querusco le hachó el cuello, lo que hizo que se derrumbase muerto sobre su víctima. Las cohortes se alejaban en su rápido repliegue, y Segimer gritaba desesperado, mientras la sangre del ojo vaciado le manaba profusa recorriéndole el rostro y la barba.

XXXI

9 a. C., Teutoburgo

Armin viajaba al sur. El motivo de su visita a los clanes del Lobo Gris le era desconocido: acompañaba, junto a otros niños, a Cerunno y a un grupo guerreros. El hechicero exigía recorrer aquellos caminos. Había pedido que nadie montase a caballo. Las cabalgaduras trotaban cargadas con todo lo necesario para un largo itinerario, mientras los hombres y los hijos de varios régulos caminaban junto a ellos.

Cerunno encabezaba la comitiva apoyándose en un largo bastón. Se había tocado con un raro sombrero recubierto de piel de ciervo para protegerse de las repentinas lluvias primaverales, y a veces ordenaba un alto y desaparecía en el bosque, después de haber olfateado el aire un buen rato. Volvía con un matojo de plantas que incorporaba a la carga de su caballo y reanudaba la marcha. Acostumbraba seguir senderos tortuosos. Los obligó a cruzar las colinas por desfiladeros escarpados, en cuya base se acumulaban estanques oscuros. Después atravesaron un laberinto pantanoso. Por las noches, Armin creía que iba a ser devorado por los insectos. Las nubes de mosquitos comenzaban a zumbar con la llegada del calor y el estancamiento de las aguas del deshielo. Cerunno les aseguró que no encontrarían jamás romanos por aquella ruta, ni tampoco queruscos. Era una región salvaje, deshabitada, inhóspita. Ocultaba la única ruta hacia el sur que nadie se atrevería a seguir.

Días más tarde Armin sintió las piernas cansadas, y después de ocultarse tras un nimbo tormentoso el sol emergió en el mediodía. La gran antorcha ardía en el cielo, pero fue entonces cuando la compañía se adentró en una profunda selva. Dos fresnos de retorcidos troncos parecían mostrarles el portal de la entrada, cual desvencijadas columnas de un templo ancestral. Pocos pasos detrás, la luz del día parecía haber sido borrada por una espesa cubierta de ramas. En las penumbras, los perfiles de unos troncos viejos y anchos se levantaban como pilastras desiguales en un infinito salón crepuscular. A veces caía un rayo solitario en las tinieblas, depositando un parche de luz temblorosa; mas pronto dejó de ocurrir. El brujo les prohibió comer hasta entrada la tarde.

Fue entonces cuando Cerunno encendió un fuego.

—Bienvenidos al Bosque de los Teutones.

Los guerreros intercambiaron miradas desconfiadas.

—Nos pediste que te acompañásemos en un viaje hacia el sur —dijo uno de ellos.

—¿Y quién os ha mentado? —repuso el hechicero—. Vamos hacia el sur, pero antes nos hemos desviado hacia el oeste. ¿O acaso no hay oeste en el sur...?

Continuaremos en la dirección que os prometí a través de este territorio.

—Pero Teutoburgo es sagrado. Nadie debe entrar en él. No hay aldeas querucas cerca...

—Cerunno puede entrar, pues su bastón es guiado por Nerthus. Necesito plantas que sólo crecen en estas espesuras. A veces, hay que viajar muy lejos para obtener unas pocas hojas. Si hay guerras, entonces podré curar muchas heridas merced a esas hierbas y hojas. Ahora nos conviene dormir; continuaremos el viaje antes del amanecer.

El hechicero los despertó en medio de la oscuridad, y volvieron a caminar. Armin nunca había presenciado un amanecer tan extraordinario como aquel. Los sonidos de la profundidad del bosque se multiplicaron, y un gorjeo variado e infinito vibró en el aire con la llegada de las penumbras, mientras la claridad difusa le permitía apagar la antorcha y el miedo se desprendía de sus hombros y de sus rodillas, dejándole caminar con más soltura.

Así transcurrieron varios días. Por fin el terreno se arrugó, al tiempo que la espesa floresta parecía cubrir colinas enteras con su manto enramado y sus columnas retorcidas. Una tarde abandonaron la cómoda ruta que cresteaba sobre las lomas para precipitarse en las inquietantes tinieblas de un bosque de hayas. Armin vio cómo el suelo cubierto por un manto de hojas de años incontables desaparecía en la oscuridad descendiendo una larga pendiente. Sus botas chasqueaban y crujían, hasta que la cubierta de hojas secas le llegó a la altura de las rodillas. Armin estaba seguro de que no había animales en aquel rincón del mundo, de que nadie había pisado aquel lugar. Si pertenecía a los dioses o no, eso no habría podido asegurarlo, pero una quietud absoluta dominada el paraje. Al fondo de la hondonada crecían árboles gigantescos que no había visto nunca, de cuyas ramas pendían barbas enraizadas, musgo, muérdago y plantas enredaderas que buscaban la luz del sol.

Al día siguiente continuaron por aquel umbrío bosque, hasta alcanzar su más ignota profundidad. Armin tenía la sensación de que había dado mil vueltas en las sombras. Allí Cerunno se detuvo. Había un calvero entre los viejos árboles, pero sus ramas impedían la visión del cielo. No obstante, la claridad les permitía vislumbrar con certeza la forma de unos megalitos dispuestos en círculo. Eran como puertas por las que se accedía al círculo, pues sobre cada dos de ellos se suspendía, a modo de frontispicio, otro enorme bloque de relieves. Parecía un anillo de gigantescas piedras que empujaba al bosque alrededor y le impedía que entrase en su interior. En el centro de la imponente construcción se levantaban las rocas de un altar.

No tardaron en descubrir que había varios hombres en el interior del círculo. Si hablaban, no podían percibir los sonidos de sus palabras. Eran viejos cubiertos con mantos y pieles, y sus barbas largas y ralas pendían hasta las cinturas.

—No hemos sido los primeros en llegar —dijo Cerunno.

—¿Dónde estamos? —preguntó uno de los guerreros, llamado Gailswintha.

—En el centro del mundo —respondió Cerunno, despojándose del zurrón en el que había recolectado algunas setas.

—¿Y qué debemos hacer en el centro del mundo? —inquirió de nuevo Gailswintha con marcial insistencia.

—Esperar.

El hechicero aparejó la carga de su caballo y tendió las riendas al guerrero.

—Continuad por esa trocha entre los árboles y la maleza. Llegaréis a un claro, junto al manantial. Deteneos allí y montad vuestro campamento. Y esperad. Podéis encender un fuego y comer, pero nadie debe moverse de ese lugar hasta que yo vuelva, tarde el tiempo que tarde. Aunque oigáis voces amigas, fiesta, aunque veáis luces arder suspendidas entre los árboles. Nada. No debéis moveros ni hablar con nadie que se aproxime a vosotros. Permaneced junto a las aguas, en las que llenaréis los odres y abrevaréis a los caballos; comed y dormid.

Gailswintha se quedó mirándolo. El hechicero se encintó un gran cuchillo ceremonial, tachonado de inscripciones rúnicas, y se alejó entre la espesa maleza de helechos y escaramujos. Después se volvió e hizo un gesto al jefe. Guerreros y muchachos se pusieron en movimiento, y Armin siguió lentamente la trocha húmeda hasta que perdieron de vista aquellas enormes piedras. Por fin apareció el estanque prohibido. Era un lugar fresco. Unos ribazos de hierba crecían alrededor de la hendidura acuosa, y los caballos, una vez descargados, pastaron con gusto y abrevaron largamente entre resoplidos y nerviosos pateos. La primavera no dejaba de producir en ellos extraños comportamientos que a Armin le resultaban familiares.

El muchacho se tumbó en la hierba y se durmió, mientras un vapor de vagas imágenes se suspendía sobre su mente, con rostros de hombres y mujeres a los que nunca había visto y lugares en los que no había estado.

Cuando despertó, no supo cuánto tiempo había transcurrido. Un dolor percutía su cabeza y Cerunno se inclinaba sobre su rostro, escrutándolo. Sintió miedo ante los ojos del brujo, como tantas otras veces, pero el dolor que sacudía su mente era mucho más intenso. Le ofrecieron carne asada, que Gailswintha apartó de las brasas, y su hermano Segifer le tendió un cuerno colmado de agua.

—Debes comer.

—Me duele... la cabeza... los brazos... —dijo Armin, pero no pudo continuar hablando.

—Has pasado mucho tiempo lejos; has volado con las águilas.

Gailswintha sonrió, como si recordase algo que le hubiese divertido.

—Te poseyó un espíritu y te arrastró lejos. Te hizo volar sobre los bosques.

En medio del dolor, Armin se acordó de unas imágenes irreales y vertiginosas, enlazadas con rostros de personas a las que no conocía, o había visto hacía mucho tiempo.

—A veces sucede en este lugar.

Gailswintha rió abiertamente.

—Movías los brazos como si fuesen alas, y saltabas de un sitio a otro; gritabas como un pájaro, y me lanzaste un mordisco cuando intenté contenerte, antes de que te marchases.

El guerrero mostró la herida en su brazo. El cerco de los dientes de Armin había quedado firmemente marcado y el muchacho sintió un espasmo de repugnancia al saberse autor de la fea herida. Cerunno había aplicado un ungüento sobre las incisiones y el brazo parecía muy sano al margen del amarotamiento. Armin se tapó la boca instintivamente. Todos lo miraban risueños, como si se tratase de una novedosa atracción. El introvertido y callado Armin convertido en un ave rapaz, lanzando gritos inconexos, saltando y agitando los brazos; debía haber sido un divertido espectáculo.

—Había humo en el cielo, eso es lo que viste desde el salto del águila —dijo el santón—. La enfermedad de los dioses fluye por la sangre de los animales más nobles, por los torrentes de sus venas mana el dominio.

—¿Qué enfermedad es la de los dioses?

—La ira.

—No lo entiendo, maestro.

—La ira es la virtud de Wuotanc, el guerrero supremo. La ira vence el miedo y forja la victoria, crea al héroe. Pero entre los hombres mortales estalla como un espasmo, como el relámpago que surca el cielo, como el grito de guerra. Por eso lo que al dios es como el aire, al hombre mortal lo abrumba y le asalta como una enfermedad, ajena y superior a toda su fuerza, pues es una posesión de los dioses, un trance, un más allá.

El adivino hizo una pausa en espera de nuevas preguntas, pero no las hubo.

—La reunión de los druidas ha finalizado, y cada cual se marchará por un camino diferente. Nosotros continuaremos nuestro viaje de vuelta fuera de los bosques.

Reunieron el campamento y siguieron al druida. Tras algunas lomas, y fuera de aquel vetusto rincón arbóreo, encontraron la salida a la luz. Armin creía volver al mundo de nuevo. La luz ardía en la bóveda del cielo, y paisajes que nunca había visto se extendían ante su mirada enceguecida. Unas espesas columnas de humo se levantaban en varios puntos del horizonte, que era lo único que parecía interesar a los ojos penetrantes de Cerunno.

—Los combates han finalizado en las tierras de los queruscos. Recorreremos el

camino de vuelta.

Muchas de las aldeas que recorrieron en su camino habían sido totalmente arrasadas. Una incursión de castigo y el paso de las legiones, cuyo cuerpo central se había ramificado desde el este para introducirse como una garra en los valles queruscos, dejaba tras sí el olor de la muerte y de la destrucción. No había prado, ni casa que no hubiese sido incendiado. Habían tomando botín de Germania para Roma y destruido cuanto se hallaron al avance de sus cáligas. Quienes se habían quedado para defender aquellas poblaciones habían muerto en desigual combate. Pero lo cierto es que la mayor parte de la población se había retirado a los territorios del norte, sobreviviendo al meticuloso exterminio que Tiberio había planeado para aquellos inhóspitos territorios. Encontraban piras de jóvenes guerreros que habían sido quemados vivos sin lugar a dudas, encerrados junto a sus provisiones en el interior de las cabañas y casonas que después fueron alimento de las llamas. Otros cuerpos yacían decapitados, y sospecharon que sus cabezas habían sido arrojadas a las ciénagas, pues los romanos se habían enterado de que aquel final sólo estaba reservado, entre los queruscos, para los asesinos, los traidores y los violadores. Para Roma y para el Senado, toda Germania había sido declarada culpable de traición después de que en el año 16 a. C. irrumpiesen en los territorios tréveros y venciesen a la Quinta Legión *Alaudæ*, infligiéndole, por añadidura, la vergonzosa ignominia de robar su estandarte de plata. Augusto procedía ahora con el cálculo de un cazador, y buscaba el quebranto, la aniquilación, la hecatombe de aquellos pueblos rebeldes.

Armin todavía recordaba a aquella joven tendida en los campos años atrás. Aún podía sentir el cálido abrazo del aire soplando sobre los sembrados de Grumber, y cómo la descubrió tendida, durmiendo entre las hierbas altas y amarillas del verano, como rodeada por un círculo de fuego. Su melena rubia brillaba como un torrente de oro que se derramaba sobre sus desnudos hombros lechosos. El mediodía se suspendía sobre su cuerpo, y él sintió una fascinación y un calor interiores. Se había apartado la falda en busca del radiante sol, y recordaba a menudo, no sabía por qué, las formas sinuosas de sus piernas. Idolatraba a aquella adolescente, más mayor que él. No era suficientemente adulto como para darse cuenta de que la deseaba. Sabía que era del sur, y toda la destrucción le recordaba que ella debía estar allí, en algún lugar, o quizá habría muerto o habría sido raptada por aquellos repugnantes romanos. Quizá aquel hombre grande y fornido, que ocupaba todas sus pesadillas y que había poseído por la fuerza a su hermana, también había encontrado a aquella hermosa rubia, aquella diosa de sus sueños, y la había violado con todas sus fuerzas. Entonces su recuerdo se llenaba de horribles presentimientos, y se envenenaba mientras imaginaba que el romano salía de las hierbas altas, y él tenía que ver cómo penetraba a golpes entre las piernas blanquecinas de ella; sujetándola con sus poderosos brazos,

levantaba la falda y se introducía en la joven con todas sus fuerzas. Entonces a Armin se le hinchaban las alas de la nariz, sus mandíbulas se apretaban hasta convertir las sienes en ascuas y la mirada de halcón se cernía sobre su entorno, cargada de un ímpetu iracundo y destructor. Hasta que al fin, preso por uno de aquellos turbadores trances, dio un grito, soltó la rienda del caballo y cargó contra una pila de cadáveres romanos.

Armin, fuera de sí, extrajo su cuchillo y comenzó a golpear maderas y cadáveres, a lanzar tajos y mandobles. El niño estaba poseído por la enfermedad de los dioses, por el síndrome de Wuotanc, por el espíritu de la ira. Varios aldeanos se volvieron hacia allí y Gailswintha fue tras él para intentar detenerlo, pero el hechicero hizo una señal; todos se detuvieron y formaron un círculo alrededor de la colérica criatura. Poco a poco el cansancio venció aquel furor destrozador y belicoso. Después el niño comenzó a llorar, mientras continuaba acuchillando los cadáveres de hombres y animales, dando patadas de frustración. Sus mejillas se bañaron de lágrimas, mas sus ojos continuaron abiertos y ardientes. Luego volvió en sí y descubrió todos aquellos rostros en torno a él, con los ojos clavados en sus ojos. Quiso caer de rodillas y echarse a llorar su amargura, retorciéndose de dolor, pero respiró profundamente mientras se tragaba las lágrimas y aferró la empuñadura de su cuchillo de caza y entonces, respirando profundamente, observó la carnicería que había causado entre los cadáveres romanos. Era la primera vez que hendía la carne humana, y, aunque muerta, se dio cuenta de que hacía falta algo más que el impulso del cazador para atravesarla. Contempló extrañado la obra de su odio y despreció aquellos cuerpos inertes, y de pronto una calma invadió su alma. Entonces alzó los ojos de halcón y los enfrentó a cada hombre y cada mujer que lo observaba, como si estuviese dispuesto a saltar sobre ellos en ese mismo instante. Podía hacer lo que quisiese y no tenía por qué pedir permiso para ello. La multitud empezó a dispersarse, otra vez presa de sus propios sufrimientos, retornando cada cual a sus penurias. Miró el suelo con rabia y enfado, y volvió junto a su caballo.

—La ira es más útil que la desesperación —dijo Cerunno, sin apartar los ojos de Armin.

Reanudaron la marcha, y aquel poblado y aquel valle quedaron atrás.

Tras varios días nublados y lluviosos regresaron a Wulfmunda. La patria estaba intacta. Supieron que las cohortes castigadoras no habían llegado tan al norte. Muchos de aquellos romanos habían caído en una emboscada en el sur, y ninguno de ellos había sobrevivido. Pero el plan de Cerunno al final había quedado descubierto. Consciente de que Roma trataría de destruir aquellas regiones mientras la mayoría de los hombres partían a la batalla del Amisia, el hechicero había reunido a los hijos de todos los jefes y a la mayoría de los jóvenes para salvarlos de una eventual y

traicionera matanza que dejase a su pueblo sin el futuro que aquellos vástagos representaban.

El padre había regresado de la batalla junto a otros supervivientes. Había quedado tuerto tras ser golpeado por un centurión, y el filo de su espada estaba mellado. En el Amisia la batalla había sido secularmente cruel. Tiberio había dispuesto de catapultas, balistas y escorpiones en gran cantidad, pero debido a su desembarco marítimo su caballería no fue numerosa. La terrible caballería querusca, amsívara y angrívara había diezmado las tropas romanas. Los auxiliares ubios, llegados desde Colonia Agrippina en el Rhenus, también habían sufrido el azote de los batallones de infantería sajones, y los longobardos habían conseguido incendiar numerosas de aquellas máquinas infernales. Tiberio se había retirado hacia el sur, buscando el amparo y la cercanía de las legiones que protegían el Rhenus y los recién conquistados y arrasados territorios de los téncteros y brúcteros.

Tirados por bueyes, muchos de los mejores hombres muertos en combate volvieron sobre los carros. Durante varios días tuvieron lugar los funerales, y la mayoría fue trasladada a las tumbas de piedra. Las grandes rocas fueron apartadas, y Cerunno llevó a los guerreros a sus criptas, donde descansarían junto a sus armas

Habían conseguido detener a Roma.

Armin contemplaba el río en la tarde gris. El viento torcía los alisos pelados, las pocas ramas vivas de las ciénagas, más allá del bosque. La marcha fúnebre de antorchas continuaba hacia otra aldea. Recordaba la imagen del dios Wuotanc, el jinete tuerto, a la grupa del caballo de ocho patas, llamado Sleipner, y su anillo de poder entre los dedos que aferraban las tensas riendas, llamado Draupnir, y su hijo, Tor... La imaginación del niño equiparaba a su padre, que había quedado tuerto en la batalla de la que retornaba, con Wuotanc, proponiéndose a sí mismo ser Tor, el hijo invencible.

Se aventuró hasta las sombras del bosque, agitadas por el viento.

Los martillos resonaban en la fragua de Gristmund. Los herreros habían sacado de la tierra unas planchas de hierro, fundidas a base del mineral de las menas de Osnengi. Una vez enterradas y oxidadas, guardaban en su núcleo el mejor metal conocido para forjar las armas más elásticas.

Cerunno apareció de pronto, y pidió a Gristmund que forjasen en su fuego una espada para Armin, adecuada a su altura y peso. Debía ejercitarse en el uso del arma, especialmente a la manera querusca, con largo mango y empuñada a dos manos. También pidió armas para Segifer y otros jóvenes guerreros.

—No olvides grabar en el arma de Armin el símbolo secreto, la runa de fuego.

9 a. C., 17 de julio, *Dia nefas*

Drusus cruzó el Rhenus y siguió la calzada que descendía desde Colonia Agrippina visitando Tolbiacum, Marunnagus, Icorigium, Ausava y Beda, atravesando crecidos labrantíos y quebradas boscosas hasta Augusta Treverorum, a orillas del Mosella. Pero su pausa mas larga llegó en Divodurum. Las nuevas ciudades galas se vestían de honores para su llegada. El paso de Drusus despertaba la expectación en cada colonia del Imperio, y en Lugdunum el nuevo prefecto de la Galia Lugdunensis, el sucesor del irrepetible Sixto Aulio, había ordenado un recibimiento digno del mismísimo César Augusto.

Pero aún faltaban algunos días para ese momento. Divodurum reunió a varios generales y legados que aguardaban las instrucciones de Drusus. Durante su viaje a Roma las movilizaciones continuarían bajo el mando de Tiberio, de vuelta en Colonia Vetera, preparando la romanización de los nuevos territorios de Germania así como la fundación de las provincias. Drusus debía recibir el triunfo, cabalgar ante las masas enardecidas sobre la cuadriga vestido con el atuendo de Júpiter, y luego comparecer ante el Senado y ante el emperador, de los que provendrían las instrucciones precisas, contrastadas con su propia experiencia sobre el terreno. No supo por qué, pero al pensar que tenía que vestir el atuendo de Júpiter sintió un escalofrío recorriéndole la cerviz. El recuerdo de aquellos bárbaros todavía le inquietaba, especialmente el de aquella mujer vetusta y ciclópea.

Marcus Lollius aun recordaba su fracaso ante la Quinta Legión *Alaudæ*, y se presentó en los espléndidos aposentos de Drusus para agradecerle el hallazgo del estandarte de plata que le fuera arrebatado.

—Espero haber respondido bien a todos tus deseos en esta campaña, Drusus Claudio Nerón.

Drusus apuró su crátera de vino y posó su mano en el hombro del veterano.

—Marcus Lollius, me has servido bien y también a Roma, y el Senado lo oirá de mis labios. Nada diré que no sea válido sobre ti.

—Te congratulo por el triunfo que vas a recibir, y considero que estoy en deuda contigo, Drusus Claudio, porque has rescatado mi honor perdido.

—Te lo agradezco, y aún más te conmino a que continúes así durante los meses de mi ausencia. Confío en Tiberio, pero Tiberio no basta para contener Germania. Es un pueblo orgulloso y ha recibido la primera embestida de nuestro poder. Por vez primera experimentan la derrota, y es importante que no consigan reorganizarse nunca más. Teme su alianza, porque no he visto pueblo más violento en el combate ni en la desesperación. Y temer es de sabios, para ser precavido.

—En lo que a mis legiones respecta no tendrás dudas, seguiré todas tus indicaciones y guardaré bien los territorios. Te he preparado un presente para tu viaje.

—¿Un presente? —Los ojos aquilinos de Drusus se clavaron en la mirada servil y condescendiente del general.

—Mira abajo.

Ambos se aproximaron a los cortinajes. Bajo los dinteles y muros de piedra de la torre, una espléndida litera, dotada de techo y cortinajes dorados, aguardaba custodiada por doce etíopes.

—Viajarás cómodo hasta Roma.

Drusus se echó a reír.

—Sería magnífico, pero creo que este furor y las ganas de llegar presto me obligarán a cabalgar.

Al día siguiente, la mayor parte de los legados convocados por Drusus había partido a sus respectivos puestos a lo largo del Rhenus. Con ello quedaba despachada la lista de órdenes para las legiones acantonadas en las orillas de la gran frontera natural que era aquel río. Marcus Lollius salió a despedirlo. Los etíopes y la guardia personal de Drusus se aproximaron. La litera fue alzada.

—Por favor, Drusus, acepta mi regalo.

Drusus miró la litera, sus recamados detalles recordaban al imperio de oriente y al lujo egipcio. Por un momento recordó a Marco Antonio, el padre de su mujer. Pero a él jamás le había agradado todo aquel ambiente africano y orientalista, y por adopción pertenecía a la familia del *pater patria**. Le pareció otro mal augur que no aceptaría, tumbarse en aquella litera para no estar atento y ser raptado, asaltado incluso por los secuaces del propio Lollius, que en aquel entorno tantos amigos tenía. Los esclavos etíopes iban cubiertos con pieles de león y mantenían firmes sus miradas y tensos sus negros y perfectos músculos. Parecían acostumbrados. Posiblemente no habían hecho otra cosa en toda su vida que viajar con aquella litera, transportando a poderosos generales y prefectos romanos a través de Hispania, las Galias o las calzadas itálicas. Drusus supuso que habían sido adquiridos por Lollius junto con la litera.

—No, Marcus Lollius. Acepto tu hospitalidad de buen grado, pero no modificaré mis hábitos para complacerte. Quédate con tu regalo, y disfrútalo. Me trae malos augurios. Seguro que ibas ahí adentro cuando los sugambrios te robaron el estandarte de la Quinta Legión *Alaudæ*. ¡Ave, Marcus Lollius!

Drusus saboreó su momento, montó un caballo fresco y ligero, sin duda veloz, traído de Oriente, y se precipitó hacia delante, seguido por el trote de su guardia y de varios escuadrones de caballeros.

Lollius se quedó mirándolo mientras se alejaba y desaparecía al final de la

calzada polvorienta, a la vuelta de unas casonas galas. Escuchó las risas de varios centuriones que velaban la escena. De pronto sintió que algo se deslizaba por su labio. Se lo estaba mordiendo, y una gota de sangre le resbalaba por el belfo inferior. Dio media vuelta y desapareció seguido por sus soldados y los esclavos etíopes.

Aquel caballo blanco trotaba con la pasión y energía propias de uno de los vástagos de Pegaso. Las calzadas que descendían del norte estaban bien cuidadas, y cada día el viaje le resultaba más cómodo. Por fin la línea recta que trazaba sobre la Galia Cabelluda atravesó los bosques del alto Mosella, pasando al valle del Rhodanus junto a Solimariacum, Noviomagus, Tilcna y Dibio, y estuvieron al fin cerca de Lugdunum. La calzada cruzaba tierras de labranza y campos crecidos, extensiones de hierba. Pasaban junto a numerosas yuntas que tiraban de carros cargados de mercancías. Varios caballeros le precedían cuando, en las cercanías de una población, largas hileras de carros se amontonaban entorpeciendo la marcha. Los legionarios obligaban a los transeúntes a salir de la calzada y aguardaban el paso de Drusus, montado en su caballo blanco, victorioso, con el *paludamentum* ondeando en el viento. El joven generalísimo no quería ser confundido con cualquier viajero anónimo metido en una litera. Quería que lo viesen, alto y erguido, invencible, sobre su caballo, galopando hacia Roma para recibir los honores más grandes a los que pudiese aspirar hombre alguno nacido bajo el sol de aquella época.

A poca distancia de Lugdunum, la calzada ascendió una loma. Drusus sabía que allí detrás se extenderían los llanos verdes, los labrantíos y las fortificaciones que precedían a la colonia imperial de Lugdunum. No muy lejos en el oeste, se hallaba Alesia, la Alesia en la que Julio César escribió un capítulo inolvidable de las campañas de las Galias, donde fue vencido Vercingetórix. Le pareció estar a un paso de Julio César, a un paso de Escipión el Africano. Tan grande como ellos. Tan vencedor como ellos. Tan glorioso como ellos. Un rumor de victorias incontables le hormigueó en el estómago, haciéndole sentir esa extraordinaria ligereza con la que se mueve el viento sobre la tierra. En la cumbre sobre la que pasaba la calzada tendría una magnífica visión, e imaginó la Vía Flaminia, cuando, tras las lomas, dejaba ver el Campo de Marte y, más allá, las Siete Colinas de Roma.

Acicateó su caballo. No quería ascender lentamente la pendiente, sino con la fuerza entre las piernas, con la sensación de que ninguna cuesta arriba fuese suficiente para frenarlo. El corcel reaccionó y galopó. Su manto púrpura se sacudía en el viento, y la cumbre llegó más rápido de lo que esperaba. El vigoroso animal corría ya a galope tendido. Drusus vislumbró las llanuras de Lugdunum y tiró de las riendas. El animal reaccionó rápidamente, pero la calzada torcía tras la cumbre. Los cascos traseros resbalaron, cargó su peso sobre las patas delanteras y perdió el equilibrio. Drusus fue arrojado hacia delante, fuera de la calzada, sobre unas piedras que

coronaban la cima. El animal evitó caer sobre su señor y pareció rodar a media altura, hacia la calzada, evitando, además, que las piedras le abriesen la cabeza. Cojeando y relinchando, se alzó inmediatamente y se alejó dando vueltas de un lado a otro, aturdido.

Drusus sintió un frío gélido sobre las piernas, como si un puñal le hubiese cercenado el abdomen. Maldijo a su caballo y juró que lo degollaría él mismo. Trató de levantarse como lo habría hecho en cualquier otra ocasión. Varios caballeros descabalgaron y trataron de asirlo. Drusus leyó en sus ojos tal preocupación que sintió desprecio por ellos, y los rechazó con una orden tajante.

Trató de moverse, y lo que entonces sintió nunca podrá describirse con precisión, salvo para quienes hayan experimentado algo semejante en carne propia. Ágil y fibroso como era, ordenó Drusus a su cuerpo que se moviese con la celeridad y premura con la que activaba a sus hombres. Pero no pudo mover sus piernas. Entonces una oleada de calor le subió por la espalda, y un dolor como jamás había sentido le mordió cada hueso de la columna interior. El golpe de calor pareció derretirle los miembros, y los brazos le flaquearon. El corazón se le desbocó, latiendo a toda fuerza; luego se volvió débil su pulso, y el agudo dolor le obligó a reclinarse. Un sudor frío comenzó a regarle la piel.

De pronto dejó de prestar atención a su entorno. A su alrededor, varios legados iban y venían y unos gritos se alejaban. Más y más legionarios se reunían. Le parecía que se movían lentamente, o no los percibía con claridad. Levantaron sobre él una tienda, a la espera de los médicos del ejército consular. Trataba de moverse y miraba sus piernas, impotente. Se esforzaba, pero no se movían. La cadera le dolía como si la hubiesen despedazado con un martillo.

Pronto empezó a comprenderlo.

El que hacía unas horas era el hombre más glorioso de la tierra, ahora estaba tendido como un gusano inservible.

Como un gusano que se retuerce para evitar ser pisado por segunda vez...

Había visto eso en algún lugar, no mucho tiempo atrás. Recordó al joven ajusticiado revolcándose en el suelo de aquella aldea, y un extraño dolor le recorrió los órganos internos, su latido se precipitó y las venas del cuello se le hincharon.

Ya no veía nada alrededor, y la maldición de aquella mujer le hizo verter lágrimas. Sintió lástima ante sus víctimas sólo cuando se vio a sí mismo como la más desvalida y miserable de las víctimas. Él, Drusus el Conquistador, había condenado a miles de hombres y mujeres a la muerte. Había sido un semidiós encarnado que galopaba sobre el mundo investido de un poder invencible, blandiendo su ambiciosa y dura determinación contra todo, dejando que su corazón latiese irrigando sueños de oro y gloria, de placeres reservados para unos pocos elegidos... Y ahora, los dioses lo

hundían en la miseria de un solo golpe. Un solo rayo, una patada contra el galope de su corcel, y una piedra contra la que golpear su cadera, despedazándola, lo acercaron a la talla del inservible, grosero, despreciado gusano.

«Ya eres tan grande como un gusano, Drusus...».

Clavó sus dedos en la hierba, llenándose la uñas de aquella tierra húmeda que había conquistado palmo a palmo, aferrándose a ella. Vio el anillo de oro que le entregó Augusto, la esfinge diamantina engastada en la piedra de ágata negra, las trenzas que apresaban la inmarcesible joya, el sello inconfundible de sus pergaminos al comienzo de la guerra, y gritó desesperado.

Tanta humildad de nuevo en sus ojos... Y volvió a ser sólo un hombre.

El que caminaba orgulloso como con pasos de hierro, el que avanzaba como una roca, seguro de su triunfo, el que había entrenado las legiones en Germania con mano inflexible, ahora se retorció de dolor, sudando, extenuado; un trapo inútil, un muñeco abandonado.

Cien batallas amanecieron en su imaginación.

Siglos de guerras remolinearon en su mente febril.

Roma entera se tiñó de púrpura en el ocaso, con sus colinas florecientes de placeres inconfesables, mientras el Circo Máximo emitía un rugido de poder y gloria y los juegos de fieras daban comienzo en su honor. El mundo seguiría adelante sin él. No le importaba morir, jamás había temido a la muerte... pero morir instantes antes de saborear el fruto de todos sus esfuerzos, de todos los pulsos de su ardiente sangre, de todas las voliciones de su mente, destruyendo el deseo de sus antepasados de verlo coronado entre los vencedores...

Los dioses lo destruían y lo humillaban con tal severidad que sólo quería llorar como un niño al que despojan de su más codiciado premio.

Burlado y castigado por el destino...

Fortuna plango vulnera stillantibus ocellis, quod sua michi munera subtrahit rebellis. In Fortuna solio sederam elatus, prosperitatis vario flore coronatus; quicquid enim florui felix et beatus, nunc a summo corruí gloria privatus.

Luego sintió desfallecerse, y la gran sombra veló sus ojos. Los párpados sudorosos se cerraron, la piel amarilleada y blanquecina se empapó de rancio sudor.

La desgracia galopó secretamente en todas direcciones por las calzadas de las Galias. Los nuncios fueron más raudos que el viento. La noticia de la fatal caída de Drusus se propagaba como un fuego en la maleza del Imperio.

La bulliciosa Roma pronto lloraría.

XXXIII

9 a. C., Roma

Tras una larga línea recta, la Vía Flaminia, ribeteada por gentiles pinos y descansos para los bienaventurados que visitaban la ciudad más populosa del orbe, atravesaba los campos consagrados a Marte, al este de la colina Pinciana, dejando atrás los mercados de plantas y los establos de las carreras de caballos, hasta desembocar en una de las puertas de la Muralla Serviana. Junto a la Isla Tiberina, en una orilla dedicada a los juegos navales, Augusto había mandado traer varios trirremes cargados de esclavos para celebrar espectaculares naumaquias con miles de soldados y gladiadores en medio de las aguas. Augusto pretendía mostrar el desembarco de Tiberio al norte del Rhenus y en el Circo Máximo representaría, con los primeros cargamentos de esclavos del norte, las luchas entre Germania y Roma. Los nuncios habían avisado que docenas de fieras nunca vistas serían traídas desde el norte en los próximos meses. Los ciudadanos romanos disfrutarían de combates entre osos y hombres cuyas barbas llegaban hasta los pies. Los buhoneros y mercachifles decían que llegarían, junto a Drusus, por primera vez, los unicornios de las selvas germanas, los gigantes desgreñados y furibundos, y los enanos de las cavernas. La flora y fauna prehistóricas de Germania desfilarían entre el chirrido de los *plaustrums* de la Grecóstasis y el aplauso de las multitudes congregadas a lo largo del Capitolio* y la Vía Sacra; los príncipes y reyes rebeldes vendrían encadenados, y las subastas del Palatinado, la colina de los patricios, ya acumulaban cientos de miles de sestercios acaparando la oferta a cuenta de esclavos y esclavas de aquellos territorios. Se decían que las mujeres eran de una piel blanca y unos ojos azules, que había muchachos pelirrojos, pero que los rubios eran más bellos y exquisitos que los griegos o los egipcios.

Roma empezaba a celebrar su éxito militar con una pasión consumista. De los ríos auríferos del norte se esperaba la llegada de millones de sestercios que Augusto, con su acostumbrada generosidad, repartiría en parte entre los ciudadanos romanos, comprando trigo a los influyentes terratenientes itálicos para distribuirlo después entre la plebe del Aventino, o levantando nuevos mausoleos.

Un mensajero atravesó Roma en posesión de permisos especiales, hasta alcanzar las escalinatas del Senado. El anillo que Augusto entregase a Drusus justo antes de separarse en Lugdunum no dejaba lugar a dudas. Allí mostró sus credenciales. La guardia pretoriana le abrió paso, y recorrió con premura las largas escalinatas. Después desapareció en la sombra de las columnas imponentes, de las figuras divinas

de Júpiter. Sangrientos siglos de guerras descansaban esculpidos en el blanco inmaculado de los relieves de mármol.

Varios senadores y lictores rodeaban al emperador a la llegada del mensajero. Éste estaba sudoroso y cansado, y su aspecto, demasiado humano, desentonaba en la fría serenidad de los aposentos del estado. Custodiado por varios guardias pretorianos que habían desenvainado sus gladios, el mensajero habló. No podía acercarse un paso más al emperador, por obvias razones de seguridad.

—Habla —dijo Augusto. El emperador estaba envuelto en una toga blanca cuyos pliegues transparentaban todavía la obstinada fortaleza de aquel hombre delgado y nervudo.

—Traigo noticias de Tiberio y de Drusus.

El mensajero entregó el pesado anillo de Drusus a uno de los guardias que avanzó unos pasos hasta Augusto. Éste lo observó con detenimiento, y un extraño fulgor, que algunos admiradores atribuían a su idolatrada divinidad, ardió en sus ojos grises.

—Dejadnos solos.

Los senadores y lictores desaparecieron tras las columnas y abandonaron la estancia. Las puertas se cerraron con un leve pero profundo golpe.

Hubo un largo silencio. Era como si Augusto temiese lo peor, y prolongase aquella incertidumbre, considerándola benigna en comparación a la certeza de que algo terrible había acontecido.

—Habla ahora, mensajero.

—Traigo a Roma noticias de Drusus. Ha sufrido una caída del caballo en su viaje a Roma. Está gravemente herido. No mueve las piernas, tiene temblores y fiebre. Los médicos consulares sólo pueden calmar sus dolores con altas cantidades de láudano. Su cadera se ha roto... —El mensajero vaciló al sentir la mirada crispada de Augusto clavarse en sus ojos, convertidos en los ojos de un hombre y no los de un dios, como el legionario había imaginado—. Se ha roto... en muchas partes. Los médicos no ven solución alguna, y Drusus me ha pedido que diga a Roma...

Volvió a detenerse y se tragó la saliva.

—... que no volverá vivo. Desea morir allí. No entrará en Roma de esa manera.

Las facciones del emperador, antes egregias como el mármol de un busto griego, se hicieron añicos, como si a través de una película de fino yeso se abriesen paso las grietas de la muerte. El puro dolor se posó en su rostro, desencajándolo.

—Santos dioses... Dónde y cómo fue, dime ahora.

—Cerca de Lugdunum, descendiendo el valle del Rhodanus. Galopaba muy raudo hacia la ciudad.

El emperador cerró los ojos y sus párpados se comprimieron.

—Corre despacio, Drusus, le dije en Lugdunum, no te precipites, no pises tus propios pasos... Pongo por testigos a todas las Furias de que lo hice.

Volvió en sí y miró al mensajero con dureza.

—Visitaré el Templo de Júpiter Máximo. Luego daré la noticia al Senado. Por todos los altares de Roma, sacrificios a Æsculapius, a Veiovis, a Salus... !Que sacrifiquen gallos y ocas, que los augures hagan llegar las plegarias de los romanos hasta los dioses, que Marte y Bellona se conmiseren de su mejor vástago... y que Cibeles interceda ante las diosas del destino por el mejor hijo de Roma!

Y tú, mensajero, tenlo claro: si esto fuera parte de una mentira o de una traición, entonces desearás no haber nacido entre los hombres mortales. ¡Guardias!, acompañadlo en todo momento y custodiadlo en la Prisión del Pretorio. Que nada le falte, que coma y duerma bien. Pero estará vigilado hasta que regrese una escolta pretoriana, que partirá inmediatamente para verificar el estado de Drusus y para llevarle mis palabras. Livia no será informada hasta entonces. Si así es, mensajero, y no mientes, serás liberado y entrarás a formar parte de las Cohortes Pretorianas.

El mensajero se inclinó devotamente apretando su casco entre los brazos. La guardia se volvió y desapareció en el pasillo por el que había llegado. La angustia descendió al fin sobre el emperador como si el águila del imperio se volviese contra él, y descendiese sobre su rostro, desgarrándolo. Augusto se derrumbó sobre sus rodillas y se miró horrorizado los pliegues de la toga blanca, como si hubiese sido salpicada con la sangre de Drusus.

9 a. C., Lugdunum

Tiberio entró sin protocolo imperial en el palacio de Lugdunum. Sólo pensaba en su hermano. Lo había amado. A pesar de su arrogancia. A pesar de su despiadada ambición. A pesar de su ceguera. Siempre le deseó el ansiado triunfo y la *toga picta*. Al fondo de un pasillo marmóreo, en una de las salas en las que tantas veces se habían reunido con Augusto para el diseño de la campaña del norte y la invasión de Germania, yacía Drusus. Entró en la sala con varios generales, y ordenó que los médicos la abandonasen.

Se detuvo ante la terrible visión del hermano. La luz, que penetraba velada entre las frescas brisas del atardecer galo, acariciaba el rostro blanquecino de Drusus. Los discípulos de Hipócrates habían operado al cónsul en tres ocasiones desde su llegada a Lugdunum. Sus escalpelos habían sajado los músculos lumbares en busca de los huesos rotos de la pelvis, y sus fórceps habían tratado de recomponer la posición de los fragmentos astillados, pero era tal el desastre que los cirujanos desistieron ante lo imposible. Un sacrificio a Bellona, la diosa de la sangre, pareció apaciguar los derrames internos que habían amoratado e hinchado sus piernas, y permitir su drenaje. Con fuertes soluciones de *acetum* y de *opium poppies* acallaron los terribles dolores que descomponían el espíritu del cónsul. Después intervinieron con los catéteres en los conductos de la vejiga, consiguiendo, al menos, deshacer los espesos coágulos que impedían el vertido de los líquidos, lo que trajo, junto a las drogas, el primer alivio de Drusus. Ahora Tiberio lo encontró con los brazos exánimes; su cuello parecía carecer de vigor alguno, y unas sábanas cubrían el resto del cuerpo. Antonia velaba junto a él. No era la joven y bella Antonia que recordaba. Parecía haber envejecido diez años en los últimos diez días. En sus ojos no habitaba la chispa de alegría que, donde quiera que fuese, brotaba y contagiaba a su entorno. Su augur, Cayo Ænobarbo, aguardaba sentado, el rostro sin ánimo apoyado en las palmas de las manos.

Tiberio se adelantó y apretó una de las manos de su hermano con el marcial fervor de siempre.

—Drusus Claudio Nerón, gobernador de Germania y vencedor de Germania. Tu hermano te saluda. Ave.

Drusus esbozó una ligera sonrisa. Las drogas no le dejaban ordenar sus pensamientos ni situarse en las coordenadas de una realidad que pronto abandonaría.

Tiberio continuó:

—Acabaré tu obra con mi mejor mano, y será en tu nombre, y tu hijo Germánico heredará toda tu gloria. Nada se perderá en el camino. Yo me ocuparé de que así sea.

Por fin Drusus consiguió incorporarse trabajosamente. Los generales le ayudaron. Algunos lo conocían bien, y había causado admiración y respeto en ellos.

—Bubona, esa divinidad gala de los caballos, no me quiere —dijo al fin sarcásticamente.

—Pero Apolo te ama, hermano, y te lleva en su cuadriga de fuego por el mundo, siempre vencedor —respondió Tiberio efusivamente.

—Escúchame ahora, Tiberio —dijo—. Nada hay que pueda llevarme, así que sabrás todo lo que hay que saber. Escucha atentamente lo que te digo con las que sé que son mis últimas fuerzas, porque en ello está el destino de Roma y del mundo. Debes reunir a todas las legiones en los próximos años... a todas, Tiberio... y partir contra el Rey de los Marcómanos. Marbolendus es ambicioso y cuenta con la mayor armada al sur de los territorios del este de Germania. Son *istævonios*, y representan un peligro que puede destruir todo aquello por lo que hemos sufrido para llegar hasta aquí... Existe una alianza ancestral entre todos ellos, nunca te hablé de ella. Esa alianza es la que motivó tu derrota en la batalla del Amisia. Es la que salvó a los queruscos del norte y a los sajones... Esta guerra, Tiberio, hermano... y su fruto, Germania, es la obra de los hijos de Livia y de Augusto, es nuestra gloria y nuestro nombre por todos los siglos que vengan. No falles en eso, debes partir con todas las legiones de que dispongas contra el marcómano, sólo así podrás vencerle. Reservaba para mí ese momento glorioso, pero ya sé que los dioses me niegan llevarlo a cabo. Me han mostrado claramente, ante mis ojos mortales, el destino, sin embargo quizá por haber visto tanto, como me advirtió esa divinidad nórdica, me castigan y me privan de su ejecución... ¡Pero esa visión...! Tiberio, no la olvides. Estarás al frente de la mayor armada que Roma haya enviado al norte, y será definitivo. No te dejes distraer, suceda lo que suceda. El destino de ese ejército son las tribus de Germania. Vencer al norte es vencer al tiempo que juega contra Roma y que pretende la caída del Imperio... Júrame que acabarás con él de un golpe... Él cuenta con ochenta mil guerreros, es demasiado poderoso... Ahora, Nona, Morta y Fata reclaman su tributo...

—Serénate, Drusus, serénate... Lo juro por nuestro nombre. Así lo haré, hermano.

Drusus hacía ahora un enorme esfuerzo por hablar, como si luchase contra una fuerza terrible que lo sumergía de nuevo en la inconsciencia dolorosa de la que había despertado, y su mirada se perdía en la nada.

Habló de nuevo dificultosamente:

—... y cuidado con Panonia...

Por fin entornó los ojos, se derrumbó y su respiración se volvió más pesada y tranquila.

—Sé que los ojos de los moribundos ven más lejos que los de los vivos —dijo

Tiberio—. Así que recordaré tus palabras, y se las trasladaré a Augusto.

Antonia rompió a llorar y se derrumbó. Cayó de rodillas, y abrazó las piernas de Drusus sobre la cama.

Las últimas palabras que Tiberio oyó de Drusus le llegaron casi imperceptiblemente, pero las escuchó con claridad:

—Un último deseo. No quiero llegar vivo a Roma... No lo consientas... Mi último deseo es morir aquí. Para mí, ha finalizado el sueño de la vida. Abraza a Antonia... Mi Antonia... Qué terrible destino... santos dioses...

Tiberio sintió que sus ojos se encharcaban. Su interior balbucía la más miserable de las súplicas. Drusus cerró los ojos y apretó los párpados, en los que asomó trasfigurado un último arrebató de la anterior ira de aquel hombre, con la que habría sido capaz de dominar la tierra.

Antonia se aferró a las piernas inertes de Drusus y hundió su rostro enrojecido en las sábanas. Prorrumpió en un llanto descontrolado y terrible y agitó a su marido, presa de la desesperación y el pánico. Los médicos tuvieron que intervenir, y se la llevaron entre gritos histéricos.

Tiberio ya había partido cuando Drusus volvió en sí. Uno de los galenos le administraba un fuerte bebedizo sedante a base de mandrágora y beleño, endulzado con gotas de mirra. El que aguardaba en la tenebrosa antesala que los dioses reservan a los que van a morir, ordenó que viniesen sus mejores legados, y escuchó sin miedo aparente noticias de Germania, donde los levantamientos continuaban multiplicándose: las legiones combatían rebeliones por toda Sugambria, Tencteria, Hermunduria... un espasmo de ira y valentía agitaba al monstruo de sus sueños, al que casi había visto caer abatido, su hidra de cien cabezas. El héroe no es héroe sin su propio monstruo, había pensado una vez.

Supo que la noticia de su caída había encendido las esperanzas de los enemigos de Roma en el norte. Moriría escuchando cómo su obra se resquebrajaba, como un alfarero al que la pieza más perfecta se le seca y se le agrieta ante los ojos, incapaz de evitarlo, bajo los rayos de un sol cegador.

—*La cerámica de mi vida se quiebra, ay de mis vides en los campos itálicos, de mi mujer, de mi hijo, que nunca sean presas del halcón de la envidia que todo desgarrar. Decidles que los he amado...*

Moribundo, escuchó las palabras de Augusto y del Senado que la guardia pretoriana había traído desde Roma. Mientras era pronunciado el discurso inscrito por los escribas de los sagrados padres conscriptos, deliraba atendido por físicos y aurúspices. Hicieron sacrificios en su nombre, y él sólo pensaba en su mujer, en su hijo, en su madre, Livia. Antonia se había repuesto y, ya más serena, abrazó a Drusus; las esclavas del gineceo situaron al pequeño Germánico junto a su padre.

Antonia, hermosa Antonia. Tu recuerdo es lo único que me llevo. Nunca sabe un hombre cuánto quiere ciertas cosas hasta que llega la hora de perderlas. Germánico, hijo, hereda mi gloria, mi nombre, y, si me maldijeron, consume mi venganza...

Quedaba menos de un mes para los *idus* de octubre, que debían decidir el final de las campañas militares, y Germania volvía a agitarse como una hidra de cien cabezas. Apenas cincuenta y dos días después de su caída, el 9 de septiembre del año 9 a. C., Drusus Germánico Claudio Nerón, el favorito de los dioses, ya era un cadáver. Los médicos griegos y egipcios lo embalsamaron para los funerales. La noticia no tardó en llegar a Roma. Las celebraciones fueron suspendidas y hubo numerosos sacrificios en su nombre, hasta que su cuerpo, protegido por las cohortes pretorianas, que habían marchado día y noche, sirviéndose de relevos y sin pausa, cruzó el Campo de Marte y la Muralla Serviana, y entró en Roma.

Era sólo cuestión de tiempo que se supiese en toda Germania. Un sol se había apagado. La energía del conquistador se había extinguido.

El Senado y miles de ciudadanos rindieron homenaje a Drusus Germánico. Se le rindió tributo en el templo de Júpiter Óptimo Máximo. La larga hilera del colegio de los lictores, ataviados con las túnicas negras, precedió a la marcha del Senado, encabezada por Augusto. Hacía muchos años que no se veía un río silencioso de *togas pullas** inundando las vías de Roma. Después su cuerpo permaneció junto a las vírgenes vestales y a los sumos sacerdotes *del flamen dialis** en el Panteón de los Dioses, antes de ser trasladado al Palatinado, donde sus cenizas reposarían junto a las de sus antepasados.

Livia se sentó en la penumbra de la bóveda descomunal, ante el rostro marmóreo de Drusus. Antonia permaneció junto a ella, extraviada, serena, inmóvil como un mármol, cual virgen sacerdotisa esculpida en los rayos de luna que alumbraban los eternos sepulcros del Alto Nilo. La nepenta no parecía haber alejado la profunda desolación de su espíritu. Un extraño haz de luz descendía por la abertura más elevada, y el humo de los inciensos estilaba formas fantasmales a su paso. Augusto había colocado la Corona Gramínea sobre la frente del legado imperial, y había dejado el cetro del *Triumphator** sobre su pecho. Lloró amargas lágrimas en silencio, pero no pronunció palabra alguna. Tomó el anillo de la esfinge que había sido el sello de Drusus, símbolo del *imperium maius*, y lo guardó, pensando en la herencia de su inmenso poder. Le atormentaba la idea de haber quedado desposeído de su hijo, de saberse entregado al azar, cuando él, Augusto, había dispuesto todo tan ordenadamente. El destino de su vida adquiriría un nuevo rumbo, y desconocía el destino.

Después dejó a la esposa y a la madre a solas con su duelo. Livia se inclinó ante su hijo y besó su mejilla. Entonces habló, mientras su rostro egregio y bello se descomponía colapsado por el sufrimiento:

—Los nuncios me lo advirtieron. No habrá plegaria que ablandase a Júpiter... no la habrá. Ahora, Drusus, hijo mío, tú eres su más precioso sacrificio. Él te eligió por alguna razón que no entendemos. Te golpeó con su rayo, y te dejó en el polvo. Me cuesta imaginar peor castigo para un glorioso conquistador. Tú, hijo, que jamás vacilaste ante las armas, que acongojaste a las hordas de enemigos, que protegiste el orgullo de Roma. Lo pienso... ¿acaso sus dioses son más fuertes que los nuestros? Una gran pérdida para Roma, pero una pérdida aún mayor para una madre, pues ambos, hijo y conquistador, eran uno para mí. Lo he perdido todo.

»¡Oh Júpiter...! Tú humillas a los que se esfuerzan. Lo he sabido siempre. Has pisoteado tantos esfuerzos... pero siempre creí que reservabas todas esas amarguras para una revelación final, que mostrabas el camino con esa conducta, que querías mostrarnos que las facilidades no nos permitirían alcanzar el fin más grande, la hora áurea y magna en la que ver coronada nuestra vida. Me has hecho emperatriz... para esto. Mi propio hijo iba a ser el ejecutor maestro, el héroe que otorgase vida y forma a toda mi creación, en la hora más gloriosa. El poder que me entregas es deletéreo. Con las saturnales de la victoria debo celebrar las exequias de mi propio hijo. ¡Qué me importa el mundo! Qué me importa el Imperio... Mi obra carece de sentido para mí, y no me importa, por vez primera, que signifique algo para Roma, o para el mundo, o para la historia.

»Dejadme morir. Pues una parte muere dentro de mí contigo, hijo.

Después, se arrodilló y dejó descansar su cabeza sobre el torso de su hijo, y allí pasó largas horas junto a Antonia.

8 a. C., Colonia Agrippina

Augusto decidió viajar en persona hasta Colonia Agrippina, la *oppidum* más fuerte en la frontera de Germania, junto a Tiberio, en compañía del cónsul edicto Cayo Marcio Censorino. El Senado le había concedido el *Imperium* por diez años más, y quiso huir de la desesperación que le asoló tras los funerales de Drusus. Gélido y estoico, el Octavio que vivía dentro de él, la persona, al margen del poder que representaba bajo el nombre de Augusto, sufría la punzada de aquel cantero que era el destino, y sentía la punta del cincel quebrantando su oculto y frío corazón. No podía haber sido más certero el golpe de los dioses. Por ello se rebeló contra la fatalidad, y huyó al campo de batalla de su hijo, presa a la vez de la ambición y de la melancolía, tratando de honrar la voluntad del que había caído, contemplando su gigantesca obra, o incluso completándola, y no dejando que su desaparición fuera motivo de debilidad para quienes heredaban el fruto de sus esfuerzos.

El escenario de la guerra parecía casi vencido, y Augusto presenció con orgullo la obra de Drusus. La noticia de que se hallaba en Germania se extendió por sus territorios, y algunas de las tribus más desesperadas enviaron embajadas de paz al hombre más poderoso del mundo. Un misterioso y sobrenatural miedo se abrió paso entre los pueblos vencidos, víctimas de los ejércitos y de la superstición. Muchos creyeron que el dios de los romanos se presentaba ante Germania, y que aquello traería su derrota definitiva, pues significaba la hora del ocaso de los dioses. Aprovechando la circunstancia, Augusto llegó a Germania desde el oeste de los territorios bátavos, para provocar todavía más aquel miedo al ocaso divino, apareciendo por el occidente. De modo que enviaron más mensajeros desarmados con objeto de aplacar la ira de aquella terrible divinidad encarnada que gobernaba

Roma. Incluso algunos régulos sugambrios se declararon abiertos a la negociación para llegar al acuerdo de *la pax*, temiendo por el total exterminio de sus pueblos.

Augusto, sin embargo, miró fríamente aquel odioso mapa en el que había perdido a su propio hijo. Mandó que todos los embajadores y mensajeros fueran apresados y enviados a las cárceles galas. A los pocos días llegaron las noticias: la mayoría se había suicidado, para evitar que Augusto pudiera presionar con el secuestro a sus propios familiares y a sus aliados.

El emperador se sintió, una vez más, defraudado e impotente, es más, ridiculizado por aquella terquedad nórdica. Los germanos creyeron que sus embajadores de paz

habían sido asesinados, y los levantamientos se generalizaron de nuevo por toda Germania, como las llamas de un incendio cuyas brasas malditas jamás se consumían del todo, por más que diluviase sobre las húmedas tierras de Germania. Augusto se preguntaba de dónde procedía tanto ardor en aquellos pueblos que moraban los territorios más fríos que conocía.

Una noche, Augusto recibió en su tienda un mensaje traído con urgencia desde Roma. La letra del pergamino era inconfundible: Horacio, el extraordinario poeta que había venido a ocupar el puesto del imperecedero Virgilio en el entorno de la corte imperial, le anunciaba la muerte de Mecenas. Se apagaba otra de las luces de Roma, de la Roma que él, Augusto, había recibido hecha en ladrillo, y que entregaría al final de su mandato convertida en un templo de mármol. Su mundo parecía resquebrajarse y hacerse pedazos. Comenzó a temer los extraños augurios que se anunciaban por todo el Imperio. Rayos que golpeaban las victorias, esculturas conmemorativas que cambiaban de sitio, águilas que se precipitaban, confundidas, en un cielo que, cual solio imperial, había presidido durante centurias el templo de Júpiter Óptimo Máximo.

Cincuenta mil sugambrios fueron deportados y conducidos por Tiberio a la orilla izquierda del Rhenus, en territorios ubicados entre los bátavos y los ubios. Una vez allí, las legiones se cerraron sobre ellos, y los exterminaron.

XXXIII

7 a. C., Germania Inferior

Lucio Domitio Ænobarbo, familiar del augur de Drusus, protagonizó aquel año una fantasmal marcha militar hasta más allá del Albis. Habiendo sido elegido Tiberio cónsul edicto, se ocupó Lucio del frente del Rhenus. Obedeciendo a las órdenes de aquél, avanzó hasta los límites septentrionales por la ruta fortificada del Lupia, atravesó el Visurgis, continuó por el sur de la cordillera de los montes Melibocus, siempre nublados como hoscos gigantes que vigilaban las puertas del norte, y fue obligado a cruzar el Albis, a cuyas orillas, según se decía, Drusus había sido maldicho por la aparición de una divinidad bárbara que caminaba sobre el hielo.

Las legiones avanzaron por la ruta prevista. Pero los mapas parecían no servir ya de nada. Las aldeas no estaban en aquellos emplazamientos, salvo los restos y despojos de unos castros desmantelados por el paso devastador de Drusus. Los legionarios, amedrentados, se preguntaban por qué nadie los perseguía, por qué no había emboscadas, por qué los envolvía aquel silencio expectante en medio de un mundo salvaje y extraño, y Lucio sospechó que una armada, más grande de lo que dedujeron en un principio, los vigilaba, aguardando la hora de caer sobre ellos como el hacha de un paciente verdugo. Ninguna legión romana había llegado jamás tan lejos en el norte. Más allá del Albis, atravesaron praderas vírgenes, vieron rebaños de caballos salvajes, se enfrentaron al enorme uro que pastaba en aquellas tierras, que también fueron su patria, llegaron a las aguas de unos lagos pantanosos, entre los cuales fluían ríos que en el noroeste vertían sus caudales en el Albis. Por la noche, veían luces encendidas en los altos más alejados de las colinas, que les advertían de aquella mal disimulada vigilancia a la que eran sometidos.

Se preguntaba el general qué oscuro dragón yacía aletargado en las profundas ciénagas que sorteaban los territorios inaccesibles entre el Amisia y el Visurgis, por los eriales del río Onestrudis, o, al norte de los montes Melibocus, en las neblinosas landas de los ríos Lagina y Alara. Tierras inciertas todas aquellas. Paisajes velados por el paso raudo de las tonantes tormentas nórdicas. Se preguntaba Lucio si realmente aquello era una victoria, o si sus enemigos simplemente les dejaban pasar de largo, prescindiendo de pérdidas inútiles, conscientes de que se marcharían después sin mayor gloria. Pueblos exangües, diezmados tras decenios de matanzas desde que llegara Julio César hasta el Rhenus, hartos, cansados, indiferentes... pero libres, demasiado libres todavía.

Ænobarbo regresó a los campamentos del Rhenus por otra ruta en la que Tiberio esperaba que encontrase resistencias y enemigos, pero no hubo nada que les recordase que estaban en medio de una de las guerras más largas que Roma

sostendría a lo largo de su historia. Retornó al Rhenus, en busca de los campamentos de Colonia Agrippina, como si nada hubiese sucedido, y los augures sostuvieron que era el peor presagio que podían haber presenciado: los pueblos germanos empezaban a actuar como una sola unidad.

XXXVIII

7 a. C., Wulfmunda

El romano avanzaba a través de las tinieblas del Hades. Un barquero le había retirado las monedas de plata de los ojos; después lo trasladó hasta el fondo del mundo, donde ya regían los legisladores de Minos y Plutón. Mientras recorría el pasadizo, la sombra de Caronte lo obligó a entregar la última moneda, que había apresado con la lengua, contra el paladar. Hechos los pagos de ultratumba, podría ver y oír lo que sucedería: el inevitable destino escrito por encima de toda voluntad mortal.

Una fuerza inconmensurable lo detuvo.

A su alrededor, sombras de niebla y vaho se atorbellinaban. Recuerdos de un pasado indefinido venían a visitarlo. Estaba tendido sobre una losa de piedra.

Bum, bum, bum.

Los timbales retumbaban. Lentos e impasibles. Una voz campanuda se alzó alrededor. La voz de una mujer vieja, rencorosa. Una voz andrógina. Funesta. Divina. Su sombra, henchida con el humo de los seculares sacrificios, se irguió sobre él, murmurando. Su rostro le era desconocido, y dos monedas en sus ojos desvirtuaban la apariencia de ultratumba, de sepulcro y de mortaja que laceraba aquel rostro más horrible que el de Circe. El romano sudaba, pero era incapaz de moverse, tendido como la presa de un sacrificio sobre las aras de Hécate*.

Bum, bum, bum.

Una potente luz se encendió sobre él, como si todas las estrellas del firmamento lo observasen formando un único ojo. El círculo de luz, azulado y frío, se encerraba en el torbellino de las tinieblas. Y la voz de la extraña mujer continuaba murmurando.

Entonces volvió la mirada y se encontró con el rostro de un muerto. Lo miraba con ojos vacíos y desmesurados. Había heridas limpias por todo su cuerpo. Pero su pecho estaba abierto de par en par, como las puertas del infierno, a profundas y evisceradas cavernas. Los ojos de la muerte le herían con su punzante fatalidad.

Al otro lado, descubrió otro rostro terrible en un cuerpo abierto del que no manaba ni una gota de sangre. Miró hacia arriba y descubrió, medidos en tétrico balanceo, otros cuerpos. Colgaban de largas cuerdas, cortando los haces de luz que pugnaban por rescatarlo de la muerte.

Bum. Los timbales de las legiones le abandonaban.

Las lenguas asomaban a las bocas ennegrecidas, pero los ojos le observaban penetrantemente con aquel mudo resplandor. Algunos todavía se clavaban los dedos en sus cuellos, tratando de soltar los mortíferos nudos; otros parecían rígidos y pesados como el plomo.

El aire se llenó de un gorgoteo y de un rumor de aguas perezosas que crecen

alrededor. Luego vio cómo una marea cenagosa se extendía sobre la piedra de los sacrificios. La sucia crecida se elevaba desde los abismos. Hasta que, al fin, comenzó a penetrar en su boca. Trató, una vez más, de moverse y de gritar, de defenderse y de escapar de aquel asco inconmensurable, de aquel horror que fluía ya dentro de sus oídos, de aquel abismo que succionaba su interior.

Entonces la túnica oscura volvió a alzarse sobre él, eclipsando la luz estelar. Una hoja damasquinada descendió con la voz horrible, carente de rostro, y le cercenó las piernas, que vio allí tiradas, separadas del cuerpo, cual inútiles vestigios, y tragadas por el agua y por el lodo.

El barro penetró por nariz, boca y ojos, y no recordó nada más, aparte de un grito que lo asfixiaba, incapaz de escapar del cerco de sus dientes.

Despertó sobresaltado. Se palpó las piernas en la oscuridad. Su corazón latía con fuerza, golpeándole el pecho. Un sudor frío le cubría el rostro, y los ojos todavía veían aquellos horrores que, igual a las manchas que produce el sol en la mirada, continuaban suspendidas ante él, mirase donde mirase.

Pero él no era un romano... no podía ser él quien estaba allí, tendido bajo el cuchillo de la norna*. Había oído que ésta tejía un hilo para cada hombre y para cada mujer, y que si lo cortaban con su cuchillo, se acababa la vida. Las nornas tejían el pasado, el presente y el futuro junto a la Fuente de la Prudencia, en la que los poderosos Ases, la familia de los dioses que regían el mundo y sus fuerzas inescrutables, personificadas en los Vanes, habían prohibido que cualquier mortal se acercase a beber. Por eso habían ocultado la Fuente en las raíces de un árbol, y sólo los conocedores de las runas podían servirse de las puertas secretas y de la escalera que, como una cavernosa espiral entorno a las raíces del árbol, descendía hasta las entrañas de la Tierra, cuyas entradas estaban custodiadas por elfos negros y demonios de fuego.

Al menos eso decían los cuentos del adivino.

Armin se preguntó por qué los dioses eran tan crueles. Impedían que cualquier ser viviente se aproximase a la Prudencia, para que fuesen ignorantes de por vida, y para que cometiesen errores que les trajeran desdichas y muerte. Así lo había oído en boca de Cerunno, el adivino, el portador del rayo, el único sabio que podía leer y escribir las misteriosas runas.

Pero prefirió no contarle nada más acerca de su extraño sueño. Ya no quería que Cerunno supiese cuanto pasaba dentro de su cabeza. Hasta entonces se lo había contado todo, pero empezaba a experimentar la necesidad de guardarse sus pensamientos. Posiblemente había entendido que esa era la primera e indispensable propiedad del ser humano.

Apartó la piel de jabalí con la que se cubría para dormir. El sudor se había secado en su frente. Todos continuaban durmiendo a su alrededor. Su padre, en el otro extremo de la sala. Sus tías y primas, y sus hermanas. Segifer roncaba junto a él, sumido en un profundo sueño. Por los dos ventanucos y por el hueco superior de la puerta, que en verano quedaba abierto, penetraba la luz de la luna, proyectando parches blancos en las tinieblas de la sala. El fuego se había reducido a brasas, cuyo fulgor era ya casi imperceptible. El cielo estaba despejado, y era de ese azul profundo con el que acompaña a la luna en las noches veraniegas.

Podía escuchar el zumbido de los insectos nocturnos, el aleteo de los mochuelos, las correrías de los ratones en busca de restos de trigo y migajas. Pero algo más comenzó a llamar su atención. Eran pasos pesados y decididos que rasgaban la hierba. Demasiado ágiles y pesados como para ser obra de uno de aquellos animales, aunque se hubiese tratado de un tejón llevado por la curiosidad. Se detenían de pronto, en seco. Armin contenía la respiración, y a juzgar por la calma habría jurado que todo era obra de su imaginación. Pero de pronto volvía a moverse alguien allí afuera, con determinación.

Retiró las pieles de jabalí con las que se cubría y se calzó las botas de piel. Mientras aquellos pasos se repetían afuera, él avanzaba lentamente hacia la entrada, empuñando su largo cuchillo. Se aproximaba, fuera quien fuese, a la puerta. Por alguna razón no dio la voz de alarma. Algo dentro de él le obligaba a poner a prueba constantemente su coraje y a vencer el miedo a cualquier precio. Podría ser un espía romano que venía a asesinar a su padre, que era un poderoso jefe querusco... Podría ser un traidor contrario a las decisiones que tomaba para defender a su pueblo... Podría ser un envidioso querusco del sur que hubiese perdido su casa y su familia, y que odiase por ello a Segimer por haber conseguido salvar aquellos valles de las cohortes romanas que arrasaron la región por sorpresa, durante la batalla del Amisia...

Pero no dijo nada, continuó avanzando como lo hacía en el bosque, cuando la máscara de barro cubría su rostro y desvirtuaba su aliento humano entre las bestias asediadas. Inclinado, dio unos pasos más hacia la puerta y se mantuvo oculto bajo su hueco. Allí detrás se ocultaba la respuesta a todas sus preguntas. Aferró su puñal presto al ataque.

Volvió a oírlo. Los presurosos pasos habían llegado hasta la puerta. Detrás de ella, agachado, se ocultaba alguien. «Va a abrir la puerta para entrar y degollarlos a todos», pensó Armin. La visión de tantos horrores en los últimos años había afilado su instinto de supervivencia. Ahora comprendía el sueño premonitor con aquel romano. O quizá no.

Su enemigo tanteó la puerta con unos golpes leves. Se apoyó en ella. La empujó. Armin sintió cómo su corazón volvía a latir como el de un caballo a galope

tendido. Si iba a hacer algo, ése era el momento. Ladeó el brazo y adoptó la posición de ataque, la hoja apuntando hacia delante.

Al tiempo que gritaba como una fiera y se tensaba en un espasmo de miedo y cólera, abrió la puerta. Su mirada se encontró con unos ojos oblicuos y amarillos. El cálido hálito de un rugido brotaba de las fauces de una bestia. El rostro de su enemigo era negro y su cuerpo parecía cubierto con un espeso manto. Abría las fauces tachonadas de colmillos blancos. La larga nariz se erizaba furiosamente. Jamás había oído a hombre alguno gruñir de aquella manera. Gutural y feroz. Bestial.

Ambos se amenazaron por un instante, a punto de saltar mortalmente uno sobre otro para despedazarse.

De pronto los gritos se desvanecieron y el lobo negro desapareció trotando por los prados.

Cuando volvió en sí, se sintió observado. Miró hacia atrás y allí estaba su enorme padre, descalzo, cubierto con una piel y apoyándose en un hacha de doble filo, una bipenne de combate. Excepto Segifer, que gozaba de un profundo dormir, el resto de la familia también se había despertado, y posiblemente en varias cabañas de alrededor la gente se había alarmado.

Segimer, ahora tuerto, lo observaba con cierta curiosidad. Armin se levantó orgullosamente.

Admiraba a su hijo, pero desde hacía algunos años reconocía que ya no era el pequeño con el que jugaba y del que sabía todo. Crecía rápido y tenía un alma compleja, rebotante de un ímpetu y un furor digno de los teutones. No le tenía miedo, pero no sabía cómo tratarlo cuando tenía aquellas terribles reacciones. Según Cerunno, lo mejor era dejarlo en paz, como los animales en el bosque, dejarlo crecer a su manera; y, sobre todo, instruirlo cuanto antes en el arte de la espada.

—Tienes buen oído, hijo —dijo Segimer.

—Era un gran lobo negro.

—Lo sé. Es el señor de los valles.

En ese momento un vecino vino por el camino con una antorcha, y apareció al galope un guerrero que montaba guardia en aquel lado de la colina. Segimer salió a su encuentro, movió los brazos y les gritó:

—¡Era Wulfmund! ¡Era Wulfmund! Marchaos, todo está bien.

—¿Se llama así?

—El gran lobo negro, el señor, se llama Wulfmund, y nos visita en verano. Es el dueño de los valles del clan, y nuestra aldea, la más grande, se llama como él: Wulfmunda. Es un *berserker*, un hombre-lobo, un espíritu antiguo que nos protege, bajo la forma de un lobo negro. Intenta dormir. Mañana comenzaréis a tocar la espada.

La mañana se había levantado tan clara como habrían deseado, pero, después de una frugal comida, las nubes tormentosas vinieron del norte y se arrastraron, dejando que el sol se asomase a intervalos sobre la tierra. Se levantó un viento ondulando las superficies de las charcas, y la hierba galopaba por los lomos de la colina. Segimer, Armin y Segifer llegaron hasta las estacas que indicaban el centro de Wulfmunda, en el prado de reuniones. Otros muchachos se unieron a ellos, y vinieron los hijos de otros jefes del valle. La ceremonia dio comienzo con Cerunno y el ciego Gristmund, cuyos herreros trajeron un atillo de pieles que envolvía un buen montón de espadas cortas recién forjadas. No hubo posibilidad de discusión o disputa por las armas: el maestro herrero las repartía de una curiosa manera. Primero sopesaba el arma y la blandía. Después alzaba el brazo del muchacho en cuestión y lo abrazaba, luego lo apretaba contra su pecho. Cotejando su peso y fuerza, le entregaba un arma u otra, y nadie podía contradecir la decisión del ciego. Cerunno observaba con ojos penetrantes el ritual.

Armin no se sintió defraudado. Tras el incómodo apretón, Gristmund le entregó un arma brillante y ligera. La empuñadura estaba cubierta con tiras de piel de ciervo y había algunas runas inscritas en la hoja de acero. Le pareció perfectamente recta y afilada, como los colmillos de un jabalí. Después les entregaron pequeños escudos redondos de madera con un umbo de metal en su centro, y una lanza a cada uno. Así, armados, los muchachos se sintieron excitados y no dejaron de dar mandobles al aire. No controlaban el peso de las armas, y éstas les arrastraban los brazos, perdiendo el equilibrio, pero les resultaba tan divertido y apasionante, inconscientes de sus faltas y de su peligro, que ninguno cejaba en su empeño de alancear el aire o decapitar el viento.

Segimer les ordenó detenerse, y durante buena parte de la mañana sólo aprendieron a empuñar las espadas y a combinar el movimiento con el escudo, flexionando las piernas y conociendo los pasos del guerrero, que debían quedar inscritos en su mente y en su cuerpo como cuando movían la boca para pronunciar una palabra: debía convertirse en algo que se hacía sin pensar. Los campesinos pasaban por allí y observaban con curiosidad las prácticas de la bisoña horda. Todos sabían manejar las armas básicas como el hacha de dos filos o el venablo, el escudo y la espada, pero los hijos de los jefes comenzaban a ser instruidos a una edad más temprana. La casta guerrera tenía un fin claro en aquella sociedad: defenderla y proteger los intereses de la comunidad germánica. Eso y no un simple rango, era lo que les otorgaba el mando en caso de conflicto o guerra. Y corrían tiempos de guerra.

Durante los días de enseñanza los jóvenes debían prepararse su propia comida en el hogar de la sala de reuniones de Wulfmunda, y a partir de poco tiempo tendrían que dedicar algunos días a la caza, sin compañía de adultos, con el objeto de que se

alimentasen de sus propios recursos. Debían ser autosuficientes y conquistar la fuerza con la que mover sus armas. Aquella mañana Gristmund les entregó un jabato, que Armin supo despiezar y espetar convenientemente. Por la tarde, Segimer les dio los primeros consejos para lanzar el venablo. Primero aprenderían todo a pie, y después comenzaría la instrucción a caballo, más difícil y peligrosa. Colocaron varios troncos gruesos, y comenzaron los lanzamientos. Hacían rondas desde una cierta distancia, y la mayoría fallaba. Algunos no estaban lo suficientemente fuertes como para arrojar la lanza desde aquella distancia; otros, más brutos y fornidos, se pasaban de largo. Cuando estuvieron cansados, Segimer los obligó al combate. Hicieron un círculo, al que entraban de dos en dos, con semejante estatura y peso. Segimer les enseñaba a practicar el mandoble y la defensa con el escudo, a recibir los golpes de espada, a aprender a calcular el ángulo con que movían el brazo, si el golpe procedía de abajo, de un lado u otro, o si era el terrible golpe del halcón, desde arriba. Después uno de los dos arrojaba la espada y debía defenderse con el escudo de cada golpe; el otro arrojaba el escudo y disponía de las dos manos para empuñar con mayor seguridad y arrojar mandobles más terribles, derechos y cruzados, ondeando o desde arriba. Cuando el furor del combate comenzaba a inundar sus mejillas de un ardor rojizo, Segimer los obligaba a detenerse y a obedecer. Esa cualidad era importante. El régulo querusco había aprendido en sus últimas batallas que las armadas germánicas eran excesivamente incontroladas y violentas, y que su ímpetu las enceguecía, mientras que los romanos sabían obedecer al instante, podían detener las espadas en mitad de una aniquilación. Sabía que los ataques de sus tribus habían mejorado, pero, una vez en combate, era difícil que los jefes retomasen el control de sus fuerzas, y no le gustaba ese destino incierto. A menudo, los romanos los dejaban tomar la iniciativa, conscientes de que ellos podrían maniobrar a la vista de sus errores.

Armin había iniciado su turno contra el pelirrojo Rotram. Continuaba siendo más alto que él, pero últimamente se había vuelto más ancho y pesado y miraba a Armin con ojos esquivos, sin duda en recuerdo de su nariz torcida. Primero tuvo que soportar los golpes que el pelirrojo le descargaba empuñando la espada a dos manos. Armin se vio sudando como un perro acosado. Debía mover el escudo con velocidad, porque Rotram parecía haber perdido el respeto al arma y la sacudía con furia. Esperaba que se cansase a tiempo. Segimer los miraba impassible. Los muchachos empezaron a gritar y a sacudir sus escudos, animando el combate. Aquello era parte del entrenamiento; despertar el furor en los contrincantes ayudaba a despertar sus instintos guerreros. Como Rotram no se cansase, Armin comenzó a pensar que su padre lo ponía a prueba. Sabía de sobra que no le daría un trato especialmente benigno. Más bien al contrario. Empezó a sentirse agotado, y la superioridad de Rotram parecía evidente. Este estaba rojo como la grana, y al fin uno de sus golpes melló el escudo de Armin. El muchacho vio pasar el filo de la espada demasiado

cerca de su cara, y en una ocasión se clavó en la hierba, a estrecha distancia de su pie derecho. Rotram empezaba a creerse que aquel juego consistía en acosar sin peligro alguno, y lanzaba los mandobles con tanta fuerza que la espada se quedaba clavada mientras Armin huía a otra posición. Pero en aquella ocasión modificó de táctica. Harto como estaba, el aguilucho sintió ira. Ya había demostrado de sobra que podía esquivar los golpes, ¿qué se proponían? ¿Que se quedase allí agotado hasta que le cortase un pie? La espada volvió a clavarse en la hierba. Y esta vez salió de debajo del escudo como un rayo, con el rostro enfurecido y propinó tal puñetazo a la cara de Rotram que éste perdió el equilibrio, mientras la sangre saltaba, cómo no, de su maltratada nariz. Era la segunda vez que le hacía eso. Como se había inclinado, Armin alzó el escudo y le golpeó de lleno con el umbo en la cabeza. Rotram gritó de dolor. Armin le dio una patada en la mano y la espada cayó en la hierba. Armin la tomó y se la entregó al juez del combate, que era otro muchacho mayor.

Todos se quedaron mirando a Segimer, mientras Rotram gimoteaba con el rostro ensangrentado.

—Eso es lo que intentaba enseñaros —dijo Segimer—. Rotram, tus golpes eran demasiado pesados y poco certeros. No debes confiar jamás en tu enemigo, ni siquiera cuando creas que es tuyo, porque entonces es más peligroso que nunca. No hay nada peor que un enemigo que se ve perdido. Y tú, Armin, te has defendido bien, pero habría bastado con el puñetazo. No era necesario que le golpeases con el escudo. De todas maneras, debéis acostumaros a los golpes. No sintáis rencor, los golpes os harán fuertes, unos días los daréis y otros los recibiréis.

En ese momento, el repentino sonido de unas trompas apartó la atención de los combates. Las llamadas se sucedieron y eran inconfundibles. Forasteros en los pantanos. Pero no eran enemigos. Segimer taponó la herida de Rotram.

—Esto no es nada, muchacho. Espero que sea lo peor que te toque la cara. ¿Ves esta cicatriz? —dijo el régulo querusco mostrándole aquélla que cruzaba su rostro de arriba abajo—. ¿La ves, verdad? Es la caricia de un hacha que pasó muy cerca de mi cabeza. Y fue empuñada por un moribundo... ¿Qué te parece? Cuando más seguro te sientes, al final de una batalla, es cuando más peligro te puede sobrevenir. No bajas jamás la guardia, y piensa antes lo que vas a hacer. No te dejes llevar por el odio, ni siquiera cuando lances tu grito de guerra.

Varios jinetes se acercaron.

—¿Quién viene? —inquirió Segimer.

—Una embajada del rey de los marcómanos pide permiso para reunirse con el *Thing* querusco en Wulfmunda.

—¡Qué honor! Un rey envía mensajeros a Wulfmunda... Que vengan. ¡Pero guiadlos por los pantanos! No quiero que se ahoguen junto a sus caballos y tengamos otra guerra. Juro por Tor que tengo bastante con los romanos.

Segimer se tocó con su alto yelmo de guerra, del que crecían dos grandes alas abiertas de pato silvestre de los pantanos, se encintó la espada envainada y se colgó la capa de pieles de lobo. Sobre el sudoroso pecho desnudo se cruzó el cuero quemado y cerró la fíbula de oro que ceñía el ancho cinturón a su cintura.

—Continuemos ahora. Venid todos. Aprenderéis a entrar en combate a pie.

Colocó la inexperta horda en dos líneas, una con los más bajos y veloces delante, otra con los pesados y lentos, detrás. Les enseñó a sujetar las armas para no dañarse unos a otros. En los desesperados combates y batallas de los últimos años había visto verdaderos desastres. Las armadas de campesinos más inexpertas sufrían accidentes terribles antes incluso de que llegasen a la proximidad de sus enemigos. Los campesinos a menudo no sabían correr hacia el frente sin dañarse unos a otros, mientras sacudían adelante y atrás las hojas afiladas de espadas, cuchillos, hachas, azadones... Era desmoralizante para un jefe como él ver que se producían esos accidentes. Había que formarlos debidamente. Y se había propuesto que aquellos errores no se repitiesen nunca más, y mucho menos entre sus tropas de guerreros.

—Las armas hay que empuñarlas siempre en alto hasta que os encontréis con el enemigo. Así dispondréis de una fuerza a vuestro favor cuando dejéis caer las armas. Aunque parezca incómodo, tenéis que aprender a correr así.

Mandó situar un frente de troncos revestidos de viejas pieles que usaban para los ejercicios de infantería. Los troncos fueron enterrados y clavados firmemente. Entonces Segimer obligó a la horda a formarse en el orden aprendido, según velocidad y peso. Les dijo que un jefe debía conocer perfectamente las cualidades de todos los hombres que capitanea, para hacer un buen uso de ellas. Primero les obligó a gritar con furia. Debían aprender a gritar y extraer todo su furor de sus entrañas antes de saltar sobre su enemigo. El grito de guerra de los germanos era famoso en Roma, y hacía temblar a las legiones. Los obligó a gritar hasta que estuvieron rojos, y después dio la orden de asalto. Corrieron como lobos contra la empalizada. Se arrojaron en desorden sobre los trocos y empezaron a caer unos sobre otros sin concierto alguno. Los escudos resonaron y las espadas fueron descargadas contra la firme barrera. Hubo algunos heridos, y los gemidos y los llantos, amainada la marea de coléricos golpes y gritos, se hicieron notar. Eran heridas leves, pero dolorosas. Algunos se habían cortado con sus propias espadas, otros, tal y como había predicho el jefe, habían tropezado y caído y fueron pateados por el resto. Algunos se habían estampado contra los trocos sin saber controlar su fuerza, se habían golpeado la cabeza contra la madera, o las rodillas. Armin había conseguido arrojar un buen mandoble al enemigo de madera, pero después se había precipitado sin control y se había dislocado el hombro, y por añadidura, por ser de los primeros en llegar, había sentido cómo Brumber e Ingotar le aplastaban el abdomen. Podría asegurarse que de aquel combate contra unos inofensivos trocos desarmados no había salido airoso ni

un solo miembro de la horda de novatos.

Segimer se reía apoyándose en sus rodillas. Se reía rotundamente, a carcajadas. No podía evitarlo siempre que observaba aquellos desastres de principiantes.

—Ofrecéis un aspecto lamentable. Id a que Cerunno os cure las heridas. ¡Ha sido vuestra primera batalla! Habéis sido vencidos por unos palos... —Volvió a reírse—. Espero que aprendáis la lección.

En ese momento algo atrajo su atención y se volvió a largos trancos hacia el centro del claro. Los guerreros queruscos escoltaban a un grupo de seis hombres montados a caballo. Vestían de manera diferente. Los muchachos fueron acercándose a medida que recuperaban el ánimo y las fuerzas, camino del pabellón.

Armin pudo ver que sus ojos eran muy claros, sus barbas y cejas espesas, y sus yelmos no estaban alados. Todos lucían gruesas corazas de cuero y muñequeras de oro, las espadas en tahalíes* a la espalda, y llevaban los cabellos reunidos en largas trenzas y ostentosas coletas de complicados nudos.

—Soy Albod, hijo de Kalbodard, príncipe marcómano. Busco a Segimer, hijo Segismund.

—Estás ante él.

—Nos envía Marbod, el rey de los marcómanos. Traemos noticias para ti y para tus aliados del norte.

—Sois bien venidos. Haré llegar vuestras noticias al rey de los sajones y a los duques longobardos y los jinetes del este. Pero si creéis en mí, debéis dejar vuestras armas aquí para entrar en el *Thing* de los queruscos.

Los guerreros marcómanos se miraron desconfiadamente. Cerunno el adivino habló:

—Ha habido grandes guerras, y nada hemos oído del rey más poderoso entre los *istævonios*. Han muerto muchos sugambrios y muchos semnonios, y la poderosa armada marcómana no fue en su ayuda. Y hemos oído que Marbod, vuestro rey, simpatiza con Augusto. No podéis gozar de toda nuestra confianza. Si no os gusta, podéis decir cuanto tengáis que decir aquí, y volver por donde habéis venido.

Albod miró a Segimer y desenvainó su espada. La dejó caer sin rasgo alguno que evidenciase cólera o descontento. Sus guerreros hicieron lo mismo, y, además, dejaron caer sus puñales. Cerunno recogió las armas.

—Hemos venido a hablar —dijo quedamente Albod. Descabalgó y puso su mano sobre el hombro de Segimer. Una lluvia tenue comenzó a mojarles los rostros.

—Eres bienvenido, hijo de Kalbodard.

Los muchachos heridos eran atendidos por dos de los vigilantes del valle en una parte de la sala del consejo. De cuando en cuando se oía un lamento, un juramento o un grito de dolor, si la carne era cosida por las agujas de bronce. Pero, por lo demás,

sólo el lejano paso de los truenos interrumpía la paz penumbrosa del *Thing*. Las llamas ardieron en el hogar, y Cerunno pidió a Armin y a una joven llamada Hartlinda que hiciesen girar los espetones de carne. Otros muchachos jugaron a dados con muelas de osa o se reclinaron en los bancos, fuera del círculo de luz de las llamas, para dormir antes de la bien merecida cena.

Segimer observaba a sus invitados. Detrás de él, en el muro de piedra que separaba la sala del granero de la comunidad de Wulfmunda, los ojos de ámbar empezaban a centellear en las cabezas disecadas de osos, bueyes y ciervos que permanecían allí colgadas, símbolos de la alianza de numerosos clanes queruscos. Junto a Cerunno, diez guerreros más de Wulfmunda asistían a la reunión: la guardia personal de Segimer.

—Tus hordas están doloridas, ¡oh Segimer! —dijo Albod con una sonrisa—. Veo que eres duro con tus futuros hombres.

—Si yo no lo soy, entonces lo serán los romanos —afirmó Segimer—. Yo intento enseñarles aquello que puede salvarles la vida. Aquí hemos tenido problemas, y que yo sepa, en todos los dominios *ingævonios*. Los hijos de Irminur están en guerra.

El marcómano dejó de sonreír y agachó la cabeza, avergonzado.

—No puedo decir que me guste lo que ha sucedido —admitió, taciturno—. Pero no he venido aquí para hablar en mi nombre, aunque como yo piensan muchos otros nobles marcómanos. Los hombres de guerra se han dividido, pero permanecemos fieles a la alianza de las tribus marcómanas, que es antigua como la tierra. Marbod me envía para felicitar la alianza que os ha salvado.

Segimer clavó su mirada de acero en los ojos vacilantes de Albod.

—Lo dudo. Pero ya te he dicho que eres bien recibido. Marbod ha abandonado a sus familiares *ingævonios* en medio de la ruina. Roma no tendrá con él mejores maneras. Sólo intenta dividir nuestras fuerzas. Cuando haya conseguido lo que se propone, estableciendo la nueva provincia romana en Sugambria y Tencteria, entonces Augusto irá a cortar la cabeza de Marbod. ¿O acaso cree que respetará su poder?

—También yo pienso así, Segimer, por eso escucha. Él es un rey demasiado joven, pero está aprendiendo. Me ha enviado una noticia importante.

Un inquieto silencio se apoderó de la sala, interrumpido por el crepitar de las llamas.

—Drusus ha muerto.

La frase cayó como un rayo. Los ojos chisporroteantes de Cerunno se elevaron de las llamas y se clavaron en el marcómano.

—Importantes nuevas traes, amigo, si ciertas son —dijo ávidamente el brujo.

—Tan ciertas como el salvoconducto que nuestros espías interceptaron a unos mensajeros romanos. Tiberio se ha hecho con el control de todo, y el mensaje iba en

camino de las legiones acantonadas en el norte de Sugambria, junto a las orillas del Albis. ¡Miradlo!

Albod extrajo el pergamino. Estaba gastado, pero para Cerunno no cabía duda alguna. Todos se sorprendieron de que el brujo, además de las infalibles runas de Wotan, también supiese leer las escrituras del emperador de Roma. Cerunno asintió tocando la piel amarillenta y los signos estampados.

—Si Drusus ha muerto, amanece una nueva esperanza para todos los hijos de Irminur —aseguró Segimer quedamente.

—La hay. Porque Tiberio no es ni tan diestro ni tan poderoso como lo fue Drusus. Ni tan terrible. Las legiones se han desmoralizado, no me cabe duda.

—Pero las conquistas de Drusus ya están grabadas en el mapa —objetó Segimer—. ¿Y qué opina Marbod de todo esto?

—Marbod ha interrumpido sus contactos con Roma y ha oído los consejos de sus familiares. Está dispuesto a rehacer lo que ha hecho mal. Para empezar, está armando a los semnonios y a los hermúnduros en las fronteras, pues están recibiendo carros de comida y carros de armas a través de los pasos de los montes Sudeta como jamás habían salido de nuestras fortalezas. El *Thing* de los marcómanos pide que nos armemos, todos, también los queruscos y sus aliados. Un levantamiento dentro de algún tiempo, cuando nuestras fuerzas se hayan regenerado y la destrucción de Drusus haya quedado atrás, podría expulsar de nuevo a Roma hacia el sur, el lugar del que nunca debió haber salido.

—Marbod en la gran Alianza entrar debe —dijo Cerunno—. En la más antigua, la que unía a los *herminonios* con los *istævonios* y los *ingævonios*, a todos los hijos de Tuisto.

—¿Y cuál es?

—La conoces. Antes del fin del mundo, todos unirse deberán. Irminur los guiará a la guerra total que enfrentaría el destino de nuestros pueblos. Alianza de los Ases se llama esa gloriosa hora en la que los hombres dejarán de ser mortales, para beber el sagrado hidromiel, el *medhu* que sólo escancian las valquirias, junto a los dioses. Liberar la tierra, eso harán, entregarán un futuro a sus hijos, no un pasado apesado por el yugo extranjero.

—Pero los hombres... no son dioses —abundó Albod, dubitativo—. Los Ases son los dioses supremos, los familiares de Wotan, de Ziu, Irminur. Son Frigg, Tor y Heimdall...

—No importa. Yo lo contemplé el día en que me fue revelado el Designio, cuando los druidas de Arduena me bendijeron con la sangre de los bueyes blancos, en el sagrado *drumeton*. El mensaje de los dioses está inscrito así en la Columna de Irminur, con las runas que grabaron los rayos: la unión de vuestros pueblos para salvarse, y se llama la Alianza de los Ases. Pues los jefes que venzan serán como

dioses para todos los pueblos liberados. Contra los dioses de Roma, los del sur, se unirán los Ases y los Vanes, los dioses del norte, contra las fuerzas del fuego y de la muerte.

—Que así sea, pues. Trasladaré vuestras palabras al *Thing* de los marcómanos y a Marbod.

—Mis mensajeros partirán de inmediato hacia el norte y el oeste —afirmó Segimer—. Es tiempo de que Roma sienta las fauces del lobo.

—La guerra es el mejor mensajero de la guerra —dijo Cerunno quedamente.

XXXIX

6 a. C., Wulfmunda

Toda Germania sabía que Drusus había muerto. Al cauto silencio que sobrevino tras su desaparición, le siguieron celebraciones especialmente largas con la llegada de la estación de las lluvias. Las tribus agradecieron a los dioses la caída del soberbio. Los vigías romanos no comprendían la presencia de tantos fuegos en los altos de las colinas. Desde los campamentos y puestos de vigilancia, numerosos en las rutas militares de la recién conquistada Sugrambria, junto a los cauces del Moenus, del Rura y del Adrana, empezaban a sentir que la victoria no había servido de mucho. La muerte de Drusus golpeó la moral de las legiones. Las que estaban acantonadas en las orillas del Albis sufrieron cierta congoja, y, a pesar de los esfuerzos de Tiberio, todos sus miembros eran conscientes de que la incertidumbre dominaba la planificación general. De ronda entre los fuegos de campamento, por las noches, los soldados no creían en el buen fin de la campaña germana. Se decía que varias guarniciones habían sido apresadas por cíclopes de piel blanquecina, y después encerradas y quemadas vivas en cestas gigantes, cual despreciables ratas. Muchos augures habían logrado abrirse paso en las cercanías de los campamentos, y desentrañaban todo tipo de bestias en busca de las señales que anunciarían el futuro. Con la cercanía del invierno la premura y agilidad de tantas estrategias se había venido abajo. Muchos mensajeros desaparecían, y los cuestores sospechaban que los sugambrios y los semnonios se reorganizaban en la sombra de los bosques y en los territorios más salvajes. Después de la exhaustiva toma de esclavos a traición durante la primavera, la mayoría de las poblaciones habían quedado desiertas. Los sugambrios habían desaparecido en su mayoría. Sin embargo, los nuevos generales no eran partidarios de ir en su busca con la llegada del riguroso frío. Germania era difícil de encadenar. La mayoría había preferido vivir como animales a ser esclavos en un ergástulo*.

El invierno volvió a ser cruel, pero la población contó con las cosechas de la primavera y los refuerzos que llegaban proporcionados por el rey de los marcómanos. Marbod trataba así de recuperar la confianza de sus vecinos. Los sugambrios volvieron a las grandes cavernas. Allí establecieron sus campamentos, y habilitaron enormes fraguas en las que día y noche centelleaba la canción del martillo sobre los yunques. Las hojas rusientes eran golpeadas con insistencia hasta darles forma, y de nuevo hubo herramientas de todo tipo y miles de armas. Los arcos de tejo zumbaban en el bosque y la montaña, y hubo más caza. Nacieron nuevos niños que no morían de hambre.

Durante aquellos dos años la vida de Armin había cambiado. Vivía en la sala común y cazaba con la horda de novatos. Se alimentaban de lo que cazaban, a excepción del pan y los cereales que les eran dados de las reservas de la aldea. Empezaron a participar en las grandes cacerías de otoño. Pero el manejo de las armas era el principal objetivo de aquella formación. Servían a los jefes y participaban en la vida de la comunidad. Ante todo, debían vérselas cada día con los ejercicios de espada, escudo y lanza. Poco tiempo después habían comenzado a cabalgar, y Segimer añadió a cuanto habían aprendido las técnicas de la caballería. Los queruscos contaban con una de las mejores caballerías de Germania. Sus ejemplares procedían de las llanuras del oeste. Eran recios y de gran alzada, fuertes, resistentes y suficientemente rápidos. Una vez enseñados, respondían fielmente a cada orden de su jinete. Acostumbraban trocarlos por bueyes a sus mejores criadores, los amsívaros. Los espectaculares ejercicios de equitación a menudo costaban caros a los principiantes: trataban de recoger objetos a galope tendido, hacían saltar a las bestias sobre las cercas y entre las piedras, alanceaban sin cesar trotando en círculo sobre los monigotes que representaban al enemigo, blandían las espadas y debían acostumbrarse a guiar las cabalgaduras con las rodillas para servirse de las manos en el combate. Segimer insistía en que un querusco manco a caballo valía más que diez caballeros romanos.

Armin ya tenía doce años, y Cerunno le contó que las calzadas eran una maldición que empezaba a tratar de extenderse por la Germania ocupada. Roma precisaba aquel entramado de líneas cimentadas que empezaba a cubrir el mapa, para permitir que sus legiones avanzasen hasta veinte millas al día. El sistema de señales de los romanos comenzaba a impedir que los movimientos les tomasen por sorpresa. El golpe que librarse a Germania del destino inevitable de la domesticación parecía en aquellos momentos tan necesario como imposible.

—¡El lobo negro peleará con furia! —exclamó Segimer, y clavó a *Zankrist* en la hierba con un violento ademán.

El círculo de antorchas llameaba en el claro y el humo recordaba a Armin que aquella era la señal de una gran conspiración contra Roma. Segimer vestía la coraza y el peto de cuero. Un nuevo parche ocultaba la cuenca de su ojo izquierdo, contribuyendo a la apariencia terrible de su padre, y su único ojo ardía con el fulgor de las llamas. Todos los príncipes queruscos se hallaban reunidos en el fondo de aquel bosque sagrado, situado unas millas al sur de Wulfmunda. Fuera del círculo de luz de las antorchas, cientos de caballos murmuraban en las tinieblas. Sobre sus lomos se apostaba una de las mayores caballerías de Germania, reforzada por varios

cientos de jinetes amsívaros y angrívaros. Los mensajeros entraron en el círculo de antorchas, que encerraba un tétrico calvero de hierba en las profundidades de la floresta.

—¡Segimer! —gritó un guerrero.

—¡Adelante! —respondió.

—Los mensajeros de Sugambria han llegado.

Un hombre de gran estatura descabalgó y se dirigió al querusco. No le cabía duda alguna de que era él, porque había oído hablar del tuerto querusco, del legendario cazador de Wulfmunda que había sido elegido *kuninc* para aquella batalla.

—Traigo la palabra de Guttar: los sugambrios y la gente del Lupia ya están en camino hacia el lugar de la batalla. Todo será como se había decidido.

—Es importante saber que será así, porque si no nos coordinamos toda nuestra fuerza sólo servirá para alimentar con nuestra carne a las máquinas de Tiberio.

—El ataque será grande. Sorprenderemos aquella región y la liberaremos hasta llegar al Rhenus.

Un nuevo jinete descendió de un caballo negro. Traía cinco estacas llenas de incrustaciones y símbolos rúnicos.

—Los cinco bastones de Irminur han recorrido todos los valles queruscos.

—Eso significa que la señal para movilizar a nuestro pueblo está dada.

—Y están en camino —dijo el guerrero—. Yo mismo he visto partir las hileras de queruscos cuando caía la tarde. Todo el norte está en marcha.

—¿Y la caballería marcómana?

Albod se adelantó.

—El rey de los marcómanos me ha enviado con cuatrocientos jinetes y caballos pesados. Estaremos bajo tus órdenes, Segimer.

El querusco dio una señal a los jóvenes portadores de antorchas. Armin lo entendió y marchó hacia sus compañeros. Sus piernas empezaban a entumecerse en el aire neblinoso de la noche. La humedad de aquellos parajes solitarios le resultaba insoportable, incluso vestido con los pantalones de la época invernal. Por fin pudieron moverse. Los antorcheros se agolparon junto a un arroyo y hundieron sus fuegos en el agua. Todos, excepto Armin. Mientras las tinieblas le envolvían, vio el rostro de su padre avanzar hacia él. Tomó su antorcha y se alejó, proyectando un círculo de luz contra las sombras ominosas. La única luz se convirtió en un punto rojo entre los árboles. Después avanzó solitaria, y se esfumó en la oscuridad.

Fue lo único que Armin vio con claridad aquella noche. Sabía que montaba a la grupa de un caballo cargado con varios bultos pesados. Una cuerda lo unía al jinete que iba inmediatamente delante y al que venía detrás. No supo decir si se durmió mientras avanzaban en las tinieblas por los senderos misteriosos que a veces, sólo a veces, conducen a los hombres mortales hasta la gloria.

Tenía el cuello tieso, y un incómodo traspié del caballo lo despertó. Continuaba avanzando, pero la luz azulada de un incipiente amanecer empapaba el ámbar del cielo. Las sombras enmarañadas de los robles se recortaban contra aquel espectáculo celeste. La mordedura del frío le hizo sentir un hambre lobuna.

Poco a poco iba viendo que formaba parte de una hilera de cientos y cientos de caballos. Estaban lejos, en el sur. Mientras devoraba unos pedazos de carne seca que había echado en su zurrón, caía en la cuenta de que aquel bosque sagrado en los valles amisianos, tras el vado sobre el río Lagina, ya se encontraba bajo vigilancia romana. Desde hacía un año los romanos no parecían dominarlo violentamente, pero lo vigilaban, y sus sistemas eran buenos para cubrir largas distancias. Aquella enorme caballería se encaminaba en secreto hacia el sur en busca de algunas de las legiones acantonadas frente al Rhenus. El plan era protagonizar un sangriento levantamiento en armas desde las faldas de los montes Osnengi y las sierras de Teutoburgo, pero los detalles le eran desconocidos. Ni siquiera los régulos sabían exactamente cuáles serían los movimientos de Segimer, que había sido proclamado *kuninc* y gobernaba el asalto de la caballería.

Al día siguiente, el viaje parecía haber finalizado, y durante la noche Armin y los muchos otros jóvenes que asistían por vez primera a una batalla durmieron intranquilos, abrazados a sus espadas. Supieron que Segimer había atacado por sorpresa varias fortificaciones destinadas a vigilar la zona. Las noticias fueron llegando más claras a lo largo de la tarde. Los jefes se felicitaban porque habían conseguido hacer muchos presos romanos, y no habían incendiado los campamentos, aunque sí destruido, desmantelado y saqueado convenientemente. Segimer quería reprimir el ardor guerrero de los hombres, porque si incendiaban todos aquellos puestos no harían sino alertar a las legiones acantonadas en los llanos, donde su movilidad quedaba garantizada. Si los descubriesen, los generales romanos organizarían una cacería introduciendo sus tropas como garras en el terreno frágil por el que descendían hacia el Rhenus, y aunque podrían escapar y vender cara su piel, todo el plan fracasaría, porque las huestes a pie sufrirían las peores consecuencias. Perdida la sorpresa, fracasaría el plan del *kuninc*. Segimer perpetraría su plan con calculadora y fría violencia: quería asestar un duro golpe a las legiones que los librara de Roma en la mayor parte de aquellos territorios del oeste, y que dejara libres a todos los queruscos, haciendo peligrar el bastimento de las cohortes situadas en el Albis y entorpecer la fundación de la nueva provincia romana en Sugambria.

Una llanura verde se extendía tras los últimos grupos de árboles. Los montes habían quedado atrás, en una tierra rugosa de la que procedían multitud de arroyos

que ahora se alejaban encharcando aquellas praderas. Había hilos de humo que trepaban en el aire. Armin supuso que aquello era la civilización romana de la que había oído hablar. Los colonos ubios vivían al otro lado del Río Grande, cuya línea se dibujaba a lo lejos. Allí había ciudades y calzadas que recorrían la tierra, y los romanos construían puentes en los valles agrestes. Hacia el sureste se extendían las colinas de los celtas* tréveros. Pero antes, su mirada se detuvo atraída por algo que estaba mucho más cerca: los campamentos romanos a la orilla del Rhenus, tendidos junto a un largo puente de madera. Aquellas hileras de tiendas le recordaban a los hormigueros. También había empalizadas larguísimas, varios caminos que iban y venían surcando la llanura en su busca, y terraplenes y montículos levantados ante las empalizadas que sin duda habían excavado sus regimientos de zapadores, ya recubiertos por el verdor. Había estacas y torres de madera, cientos de extrañas máquinas, miles y miles de soldados. Como él los había visto. Todos iguales. Uno detrás de otro, sin ninguna diferencia. Armin podría recordar los rostros de cientos de hombres con los que se había cruzado en aquellos extraños días. Vestían y se armaban de distinta manera, incluso hablaban con un acento diferente... sin embargo, a él todos los romanos le parecían iguales.

Armin y Segifer, junto con los otros muchachos, fueron llevados ante Segimer. Allí estaban reunidos los druidas y los régulos, y los mensajeros iban y venían continuamente. Se hallaban a la sombra de un enorme castaño, en el linde del bosque. Muchos observadores ya trepaban a las ramas más altas de los robles que miraban sobre la llanura. El camino que habitualmente tomaban los romanos para desplazarse hacia el interior había sido bloqueado. Un poco más adelante, cientos de sugambrios aguardaban apostados a cualquier partida que tomase la ruta tierra adentro, hacia el oeste o hacia el norte.

—No contamos con demasiado tiempo para prepararnos —dijo Segimer—. Desde los altos de estas colinas las señales van llegando a diario hasta el campamento de las legiones. Los mensajeros van y vienen cada tres días.

—Pero los presos sí que las conocen. Podrían hacerlas para garantizarnos más tiempo —precisó Albod—. Tenemos que reunir las tropas de a pie que van llegando.

—No podemos arriesgarnos —objetó el querusco—. Una pequeña modificación en esas señales, y esas dos legiones ya sabrán que estamos aquí. Si perdemos la oportunidad de sorprenderlos, lo perdemos todo. Queremos causar muchas bajas, destruir el campamento y quemar el puente. Si se enterasen no conseguiríamos nada; tendríamos dos legiones perfectamente organizadas en pie de guerra a lo largo de esa llanura. Y no avanzaríamos ni tres pasos.

—¡Entonces que maten a esos presos romanos! —exclamó un jinete sugambrio.

—Os pertenecen a los sugambrios, después de lo que Drusus causó a vuestro pueblo. Se quedan a vuestra disposición —dijo Segimer.

—Entonces, ¿qué haremos ahora? —preguntó Albod, indeciso.

Segimer miraba fijamente con su único ojo hacia los árboles, cuando unos caballos de gran porte se aprestaron hacia ellos. Iban ricamente enjaezados. A su grupa cabalgaban varios guerreros, pero sólo el rostro de uno de ellos le resultaba familiar. Iba cubierto con un peto de cobre y de su espalda pendía una gran capa negra. Una pesada cadena de oro rodea su cuello ancho y la barba, limpia y peinada, envolvía egregiamente un rostro apesadumbrado en el que los ojos orgullosos brillaban con una extraña luz.

—Segest —habló el jefe querusco—. He oído hablar mucho de ti en los últimos años. El hombre de la frontera. Pareces rico, veo mucho oro colgado de tu cuerpo.

—Sé que se habla mucho y mal de mí, Segimer, pero estoy aquí para prestarte mi ayuda.

—¿Qué ayuda prestarás? Los márseros me han advertido que ya eres un aliado de los romanos.

—Mi hogar y mi pueblo están al lado de los romanos. ¿Qué quería toda Germania? ¿Qué me enfrentase solo con esas legiones? Gracias a mi diplomacia he salvado la piel de mi familia y la de mi gente, la de toda mi gente...

—Que ahora sirve en las *auxilia* de las mismas legiones que han exterminado a los hijos e hijas de tus familiares.

—¡Por Irminur, yo no soy responsable de eso!

—Maldito Segest —imprecó el jinete sugambrio—. Tú y todos los del Rhenus habéis pactado con Roma para que nos aplastasen.

—Roma os odiaba ya antes, y nosotros sólo salvamos nuestras vidas; junto al Rhenus, que lo oiga toda Germania, ya nadie puede ir contra Roma.

El sugambrio se abalanzó contra Segest y le tomó las riendas del caballo; éste desenfundó rápidamente su espada y advirtió:

—Podéis matarme ahora, pero si así lo hacéis, sabed que directamente mis nuncios, al otro lado del bosque, darán la alarma de vuestro ataque a las legiones.

Más espadas centellearon desenfundadas.

—Pero no he venido a que me sacrifiquen como un buey.

—¡Eso es lo que te mereces!

—No soy de la misma opinión. ¡Escucha, Segimer, hijo de Segismund, lo que he de decirte! Puedo ayudaros con valiosa información que no hará sino garantizar el triunfo de vuestra rebelión. Causaréis quebranto a esas legiones... pero comprende que nosotros no debemos participar, ni los romanos deben saber nada de mi apoyo. Porque mi fortaleza y mi hija y mis hijos están allí, y mis tierras, mis esclavos y mis aldeas... y Roma lo destruiría todo en cuanto os marchaseis. Porque vosotros os marcharéis. Claro. Haréis daño y os iréis muy lejos al norte, no dejaréis de cabalgar hasta Wulfmunda. Pero nosotros estamos obligados a convivir con Roma.

—Podrías abandonar vuestras tierras hasta que vuelvan a ser libres —propuso Segimer—. Y luchar.

—Eso es una gran mentira, porque ninguno de vosotros lo haría. ¿O por qué estáis aquí si no? Porque queréis defender vuestra tierra y vuestros árboles, y eso es exactamente lo que hacemos nosotros a nuestra manera y con nuestros recursos. ¿Acaso los queruscos se han marchado como campesinos a los territorios de los sajones? Claro que no.

—¿Y qué hay del comercio? —le reprochó el sugambrio clavando sus ojos en la ostentosa cadena que colgaba del cuello de Segest—. A ti te gusta comerciar con Roma y recibir sus favores.

—¿Y qué tiene que ver eso con aquello? Nada —respondió tajantemente Segest—. Si no comerciásemos con ellos, entonces nos lo robarían todo. ¿Qué te parece mejor? Por supuesto, no dejaré que nos roben lo que tanto esfuerzo nos cuesta obtener.

Segimer vaciló un momento. Después habló:

—Dejadlo —ordenó—. Dejadlo en paz y que hable.

Segest respiró con dificultad, y envainó su espada. El sugambrio dejó las riendas y se marchó enfurecido, abandonando con desprecio la reunión de los régulos.

—Segimer, no te enfrentarás a Tiberio.

—¿Y a quién si no a él?

—A Cayo Sentio Saturnio, uno de sus generales. Tiberio continúa en el norte.

—Su cabeza habría sido el mejor botín de guerra con el que hubiésemos podido contar —dijo el querusco.

—Su cabeza no habría estado ahí, esperándote en una bandeja de oro. Para decapitar al hijastro de Augusto habrías necesitado algo más que suerte y cierta fuerza. Él viaja con tres legiones. Te habrías enfrentado a cinco o seis legiones, y eso es algo que escapa al poder de los queruscos, aunque se hubiesen reunido todos desde los cuatro lados del mundo.

—Supongo que tendrás algo más que decirnos.

—Cayo Sentio Saturnio regresará esta noche al campamento desde Colonia Agrippina. Veréis su litera y las antorchas caminar sobre el Rhenus. Si atacaseis antes, no sería tan conveniente. Además, mis hombres, que aquí os dejo, junto a mi propio hijo, en prenda de mi palabra, os informarán de los turnos exactos de sus guardias. Podrías arrastrarte hasta la empalizada sin que nadie os percibiese, después lanzar el asalto sobre el campamento, y cuando cunda el pánico y las puertas estén abiertas, mandar la carga de caballería. Preparaos para hacer un gran fuego, y habréis causado un gran daño. Necesitarán todo el invierno para reconstruir lo que habréis tirado abajo, y toda Querusquia y los territorios de los márseros estarán libres durante un año más al menos...

—Hablas como un gran estratega, para no participar jamás en una batalla... — dijo Albod.

—Tampoco el rey de los marcómanos ha hecho nada contra Roma, y él tiene la armada más grande de Germania, la única que podría haber hecho frente a Drusus. ¿Nadie ajusticiará a Marbod por ello como queréis ajusticiarme a mí, que no poseo ni tres mil hombres en mis dominios? ¿Qué podría haber hecho con tres mil campesinos frente a Drusus? Montar un circo en medio de ocho legiones...

—Marbod nos ha enviado junto a un regimiento de caballería, y ha alimentado y armado a los sugambrios durante el duro invierno —argumentó Albod.

—Claro, pero aquí está en calidad de mercenario, nadie sabrá que ha participado en esta revuelta, quedará bien con los abados mientras disfruta del beneplácito de Augusto, que le concedió el título de *Rex Marcornanii*; ya entiendo...

—Ya basta, Segest, soy consciente de cuanto dices —sentenció Segimer, mientras ambos hombres se lanzaban miradas de odio—. Pero Albod y otros muchos marcómanos son de otra opinión, contraria a Marbod, y cualquier ayuda será bien recibida en esta batalla. También la tuya. Así que acabemos con los reproches. No es hora de dividirnos. Planifiquemos esa batalla. He venido a vencer, no a discutir.

6 a. C., Tencteria

La espada enfundada le colgaba de un ajustado tahalí cruzado, volteada sobre la espalda. Desde la caída de las sombras nocturnas, Armin asistía mudo al terrible espectáculo que precedía a la contienda. El joven había soñado con una batalla a plena luz, con el sol radiante sobre las praderas verdes, las espadas refulgiendo y los estandartes desplegados. Pero se avecinaba algo mucho peor. Un ataque furtivo en la incertidumbre de la noche. Incendiario. Mortífero.

Los márseros se hacían llamar el *Lobo Rojo*. Quizá porque en su mayoría eran pelirrojos, y cuantos no lo eran, se teñían los cabellos con una tintura extraída del quermes, el piojo de la encina. Habían sufrido el acoso de los romanos durante aquellos años, pero no se había emprendido sobre ellos una acción exterminadora, como en los territorios de los sugambrios; en gran medida porque los márseros vivían más apartados en los inmensos bosques de Hercynia, eran menos ambiciosos y no despertaban la atención del orgullo romano, que deseaba anular cualquier fuerza que mostrase abierta resistencia o personalidad propia. Pero los márseros conocían la danza de las espadas, y eran más numerosos de lo que las prefecturas del Rhenus calculaban, porque pervivía en ellos la costumbre de habitar en el interior de las selvas y no habían acomodado los cultivos a su economía: siempre habían preferido saquear a los ubios, al otro lado del Rhenus, y a otros pueblos galos y germanos, para obtener reservas de cereales, y eran formidables cazadores.

Armin había oído leyendas sobre ellos, y los que caminaban a su alrededor superaban cuanto había atesorado entre los perturbados jirones de su imaginación. Aquellos hombres eran capaces de dar con sus flechazos en el ojo de un pájaro; se afilaban los dientes y comían la carne cruda, sin pasarla por el fuego, y Armin había oído decir a su hermano que los márseros se comían a sus enemigos, si los habían matado ellos mismos. Adoraban a Nerthus, la madre de la tierra. Su santuario se hallaba en el nacimiento del Lupia, en la hondura de unas selvas montañosas al sur de la cordillera de Teutoburgo. Rituales cuyas raíces se sumergían en las tinieblas del tiempo cobraban forma en los ojos grises de aquellos arqueros ágiles que se pintaban el cuerpo entero de rojo. Armin veía cómo preparaban el veneno denso, azulado, con que untaban sus flechas, a base de semillas de hiedra mezcladas con fermentos de insoportable olor. Sus régulos siempre llevaban el rostro cubierto de pintura carmesí y se afeitaban la cabeza, dejando sólo una cresta en el centro que les daba un aspecto horroroso, feroz, casi animal. Fueran o no caníbales, ahora varios miles de márseros

habían llegado silenciosamente, comandados por Melonua, su caudillo, al encuentro de las caballerías que dominaba Segimer el Querusco, y todavía más sugambrios estaban ya ocultos en las sombras. Armin se acordaba de los hormigueros y le parecía que todo aquel bosque estaba abarrotado de hormigas humanas que se subían a los árboles y pululaban por todas partes.

Segimer y Gailswintha, el mejor jinete de Wulfmunda, Wulfila y sus tres terribles hijos, llamados Wulfrund, Wulfsung y Wulfbrandt, todos ellos régulos de los lobos queruscos, Argulf de los longobardos, Galthar, Gerowech y Gunther de los jinetes sajones, que eran hijos del rey del norte, el gigantesco Guntram; Asgard de los jabatos queruscos, Hadubrandt de los ciervos queruscos, Witolt y Wilant de los osos queruscos, Arnult de los clanes catts, Gernot, el zorro rojo de los sugambrios, Helmbrecht de los tubantios, Clodmir de los uros téncteros, Asenbern y Wuldamunt de los brúcteros, Melonua y Cradarich de los lobos rojos márseros, y otros muchos régulos caucos, arqueros y amazonas amsívaras y angrívaras, que ya habían combatido con Segimer en la carga sobre Tiberio, en el río Amisia, y otros tantos príncipes cattuarsos, quemavos y dulghunios trataron de unificar las hordas según las armas que portaban. Especialmente entre los márseros abundaban los arqueros, pero no querían obedecer a ningún otro jefe que no fuera el suyo, Melonua. Segimer los reunió en un solo cuerpo y habló con el hijo de su caudillo, Cradarich, pues era costumbre que sus jefes, por sacrificio a Nerthus, no podían hablar antes de una batalla, salvo a sus propios hijos. Después de acordar el plan de asalto, los druidas repartieron las sacras unciones de barro. Los rostros, los brazos y las piernas eran recubiertos de aquel lodo pegajoso que abundaba en las aguas encharcadas, entre las espesas matas de hierba, aquellos brebajes térreos que la floresta drenaba en las llanuras cenagosas, deformando los territorios situados al pie de las colinas de los márseros, junto a uno de los meandros más amplios del Rhenus.

La noche había avanzado y la aurúspice de los sueños no emergió con su delatora luz. Armin se recubrió de negro a las órdenes de Cerunno. Los más jóvenes, como él, no tomarían parte del asalto, pero aguardarían la retirada para cargar con los heridos, llevar botín a los caballos o mantener la vigilancia del aquel lugar en el que aguardarían las impedimentas de viaje y muchas cabalgaduras de repuesto. Les advirtieron que el retorno sería veloz y que debían estar prestos a partir con las vituallas.

Por fin, una marea más negra que las praderas abandonadas avanzó hacia los campamentos de las legiones. Las luces hormigueaban en las riberas del Rhenus, hileras de antorchas que señalaban la presencia de las entradas a la empalizada. Otras luces titilaban entre las bocanadas de vaho, mostrando el itinerario lineal del puente. Segimer avanzaba a la cabeza junto a cuarenta régulos de otras tribus. Parecía que el

plan había quedado claro: era la sorpresa lo que les garantizaría el resultado, y no el famoso grito de guerra germánico.

Los puntos de luz se volvieron más claros. Una ligera brisa sopló desde el norte y se entretuvo balanceando cencerros, sacudiendo hierba, tintineando en los pequeños objetos metálicos que colgaban de las torres de los vigías.

Continuaron avanzando. Segimer se preguntaba por qué debían hacer tanto ruido entrechocando sus armas, por qué andaban tan unidos unos a otros. Pero ya no había tiempo para nuevas órdenes. Quizá era el deseo de venganza lo que obligaba a todos aquellos miles de hombres a avanzar pisándose los talones en busca de los cuellos romanos.

Las luces llamearon. Sobre las empalizadas se vislumbraban las torres de los centinelas. Oían alguna voz, pero en medio de la noche el más mínimo susurro se convertía en un ruido excesivo y delator. Segimer había visto, tal y como le señalaba el hijo de Segest, cómo Sentio Saturnio había atravesado el puente sobre el Rhenus bien entrada la noche. Al menos no podía haber sido otra cosa lo que motivase aquel despliegue de luces en plena oscuridad, y sabía que los romanos rara vez movían otras mercancías a tales horas. Además, la poderosa escolta de caballería no dejaba lugar a dudas. Si el momento había llegado, sería aquel.

Dio la señal a todos los jefes. Sus emisarios se perdieron en la oscuridad. Después la marea se movilizó. Los arqueros se acomodaron, los más ágiles avanzaron hacia las empalizadas. Varios romanos conversaban en lo alto de una de las torres, mientras otros andaban lentamente y espaciados por un voladizo en el repecho posterior.

La primera lluvia de flechas interrumpió para siempre aquellas risas. Se escucharon golpes secos clavándose en la madera y otros, más esponjosos y sordos, hendiendo la carne de los cuerpos desprevenidos. Hubo algunos gemidos, y uno de los cuerpos cayó pesadamente al fondo del otro lado. A partir de ese momento si el tiempo hubiese podido pesarse, habría valido más que el oro. Los ágiles márseros y sugambrios treparon las empalizadas. Pronto eran cientos los que se encaramaban a las maderas tirando de las cuerdas que tendían los pioneros que alcanzaron el interior. Mientras cierta confusión comenzaba a reinar al otro lado, Segimer miraba desconfiado hacia aquellas torres de vigilancia que esperaban la llegada de los que habían sido abatidos, y suplicaba a todos los Ases que los que ya estaban dentro no perdiesen la cabeza buscando venganza y matando ciegamente, y que se dirigiesen a la toma de la puerta *prætoria**.

Corrió tan rápido como pudo hacia las puertas con otros jefes y numerosos guerreros pesados que se armaban con hachas bipenne de doble filo y largas espadas. Una vez allí experimentó cierto alivio. Un tumulto empezaba a crecer junto a las puertas. Sin duda ya estaban allí. Se oía el entrechocar de los aceros y los gritos desesperados de la muerte. Una sombra se alzó junto a la torreta de las puertas y agitó

una antorcha. Era la señal. Las puertas se sacudieron, el fragor crecía. Por fin se abrieron. El puente de madera cayó salvando el pequeño foso, sobre cuyo terraplén se había levantado la empalizada. Los combates se encarnizaban y aquel sector del campamento empezaba a despertar, pero la alarma todavía no había cundido entre los romanos.

En ese momento la auténtica marea germánica penetró en el campamento destrozando cuanto se ponía a su paso. Miles de guerreros sedientos de venganza avanzaban por las calles de octetos*. Echaron abajo las tribunas y el altar llameante erigido por los augures a Júpiter y a Marte. Los legionarios despertaban cuando lluvias de venablos traspasaban sus tiendas y los ensartaban. Las espadas no encontraron resistencia alguna hasta que las trompas empezaron a resonar con fuerza en las torres más próximas al río. Las cohortes apostadas en la otra orilla y sus campamentos respondieron a la llamada. Las luces se multiplicaron en un instante.

Entonces llegó una de las caballerías más grandes que habían reunido las tribus germánicas durante aquella guerra. Varios miles de jinetes envolvieron los campamentos y se dirigieron hacia el puente. Los pocos grupos de romanos que conseguían salir por la entrada que daba al río se encontraron con espadas furiosas que centelleaban a unos pasos de sus rostros, antes de decapitarlos.

Sentio Saturnio no tardó en salir de un sueño inquieto y ligero. Su intendencia se movilizó inmediatamente, reunió a sus tribunos y ordenó a su guardia personal que cargase con el estandarte de plata; saltó sobre su caballo y maldijo la hora en que había vuelto a aquel lugar. El general agrupó a cuantos hombres pudo y cabalgó hacia el puente a través de la puerta *decumana*, rodeado de un nutrido contingente a caballo. Allí ya se oían los cascos de la caballería marcómana.

La batalla frente al puente fue sangrienta, pero Sentio Saturnio supo sacar partido de sus hombres y a pesar de muchas bajas, consiguió subirse al entablillado y galopar hacia la salvación. Había reconocido a los marcómanos y no tardaría en informar de la traición de Marbod. Varias cohortes pugnaban allí, empujando a lo largo del puente, por entrar en combate con los germanos, y la alarma atraía cada vez a más romanos y a las tropas *auxilia*, formadas éstas por los galos nervios y aduatuacos, así como por los colonos germanos ubios, acampados hacia el este, en la desembocadura de río Rura.

—¡Quemad el puente! ¡Prendedle fuego! ¡Ahora! —gritó la voz de Segimer, que galopaba en medio del caos.

El fuego no tardó en comenzar a devorar la madera de la espléndida construcción. Las cohortes retrocedieron y formaron una cadena de agua, pero ya era tarde cuando llegaron las herradas rebosantes, y el fuego consiguió apresar los pilotes y los lamía con mil lenguas infernales. Los invasores estuvieron a salvo de los refuerzos por

algún tiempo, pero no tanto como hubieran querido. Varias de las embarcaciones que Tiberio utilizaba para moverse por el Rhenus estaban atracadas a ambas orillas. Los romanos no tardarían en recurrir a ellas para desembarcar en busca de combate. Los contingentes en las orillas opuestas cada vez eran mayores y se organizaban para el asalto.

El fuego recorrió el campamento romano. Una gran luz se abrió paso en las tinieblas de la noche y su resplandor iluminó las nubes que comenzaban a arrastrarse sobre el Rhenus, fluyendo hacia el oeste. Los romanos que no consiguieron arrojar a las aguas del impetuoso río, para cruzarlo a nado, fueron exterminados. Los grupos de caballería daban círculos en torno a ellos entre cánticos enloquecidos, como si practicasen la caza en sus poblados, sólo que allí delante aullaban cientos de romanos semidesnudos, desarmados o en pésimas condiciones para defenderse. Pero pronto vieron que los trirremes pugnaban entre los torbellinos del río, y una infinidad de puntos de luz anunciaba que, por aquella misma margen en la que combatían, en breve llegaría una hueste de *auxilia* formada por galos y ubios, tal y como el hijo de Segest les advirtió.

—¡Hundid las naves! —gritaban las voces raucas de los jefes.

Las hordas penetraron en las embarcaciones, les abrieron el pecho a golpe de hacha y prendieron fuego a las velas mientras el agua entraba en sus panzas erizadas. El enfrentamiento se aproximaba y esta vez no contarían con la sorpresa. Segimer deliberaba con otros régulos si cargarían contra los *auxilia* y los refuerzos romanos o si se conformarían con el daño causado. Debían decidirlo rápido, pues la hueste estaba enceguecida y poseída por el furor sangriento, y una vez empezado el nuevo combate, ya no se detendrían hasta que llegase un resultado decisivo.

—¿Y qué ganaremos con ello? —preguntó Wulfila en un rugido, mientras contemplaba complacido las torres de fuego alrededor.

—¡Ya hemos desmantelado media legión, han muerto varios miles de romanos! —exclamó Segimer.

Pero los caudillos sugambrios querían continuar con el baño de sangre, cegados por el odio.

—¡Nuestra gente debe ser vengada...! —exclamó uno de ellos, engarfiando su mano alrededor de la empuñadura.

—¡Estamos librando una batalla, no entregándonos a la imbecilidad! —gritó el caudillo querusco—. Hay que tomar la decisión que más convenga y ninguna otra. Si queremos ganar al romano, debemos aprender a controlar nuestras fuerzas. A partir de este momento tenemos mucho más que perder que ellos... Si nos retiramos ahora, nos llevamos la victoria y ellos se quedan la vergüenza y el miedo, y continuamos preparados para volver a atacarlos. A ellos les queda el trabajo de recoger los muertos y volver a empezar con todo lo que han perdido.

—¡Marchémonos! —gritó Wulfila—. Hay botín de caballos, de armas y oro y plata...

—¡Y mujeres! —exclamó Hadubrandt.

Los ojos del sugambrio permanecían inyectados en sangre, fijos en la mirada del *kuninc*.

—Está bien, sugambrio —dijo Segimer al fin—. Te propongo una solución. Nos retiramos. Todos. Pero si nos siguen hasta los bosques, entonces reorganizamos la emboscada más feroz que hayan visto jamás. Y participaremos todos. Allí volveremos a tener la suerte de nuestra parte.

El sugambrio se tensó de ira, indeciso. Parecía partirse en dos direcciones de las que tiraban dos caballos que habían sido atados a cada costado de su cuerpo.

—Está bien —escupió al fin—. Haced lo que queráis. Yo intentaré convencer a los míos de que nos marchamos, pero no creo que lo consiga...

—Debes conseguirlo... Si queremos vencer a Roma, debemos ser un solo ejército. ¡Adelante!

Los bramidos de los cuernos germanos se abrieron paso entre el estridente trompeteo romano que llegaba desde lejos. Las llamadas tocaban la retirada y la caballería acompañó a los que volvían a pie, victoriosos. Algunos, además de sus armas, cargaban con pesadas ánforas. Otros traían a la rastra exquisitas telas rescatadas de las tiendas, copas de oro y las pertenencias del general. También llevaban muchas mujeres. Eran esclavas galas, en su mayoría, y venían a hombros de los hombres más fornidos. Aceite, caballos, herramientas de todo tipo, docenas de sacos de cereales, un buen número de cerdos, un gran rebaño de bueyes, armas y una nada despreciable cantidad de sestercios de plata y sestercios *auri* completaban el variado festín de mercancías robadas. Se oían risas despiadadas y una efusiva alegría entre los vencedores. Apenas hubo bajas y aquel botín de guerra les alegraba sobremanera. Cuando miraban hacia atrás, les costaba correr, presos de convulsas carcajadas al ver la gran antorcha en que se había convertido el campamento romano.

6 a. C., Colinas del Visurgis

No dejaron de avanzar en toda la noche. Armin no podía recordar una oscuridad más amenazadora que aquella, a pesar de las antorchas, pues en medio de la alegría que impregnaba el ánimo de los guerreros no podía alejar la visión de aquel hormiguelo de luces en la distancia, tan abigarrado y numeroso, que habían dejado en las planicies, junto al Rhenus. Cuál no sería la ira del general romano ante aquella catástrofe. Los hombres se vanagloriaban de la hazaña, y avanzaban comiendo y empujando los carros, azuzando el nuevo atelaje por las trochas barrosas en la dirección del norte. Las noticias de retaguardia reconocieron que los romanos no habían penetrado en los bosques en su busca. De cualquier manera, aquello no habría sido propio de su táctica. Sin embargo, las primeras cohortes que se desplazaron hasta las sombras de los bosques se encontraron emboscadas sugambrias, con gritos furiosos, lanzadas, lluvias de flechas y piedras. Los romanos retrocedieron, y comenzaron en plena noche a levantar una larga empalizada a una distancia prudencial de los primeros grupos de árboles, y formaron en guardia. Detrás, las obras de restablecimiento de los campamentos no se harían esperar.

Todo ello había tranquilizado a Segimer. Al menos de momento. Que las legiones de aquel romano, Sentio Saturnio, no se hubiesen lanzado tras ellos inmediatamente beneficiaba sus planes, pero no significaba demasiado, pues sabía que una auténtica expedición, de haberla, se iniciaría al día siguiente. Con la llegada del nuevo día todo parecía diferente, y Armin tuvo la extraña sensación de que jamás habían estado en aquellos territorios. Los jefes habían modificado el curso del viaje hacia el este, por donde los guías sugambrios y márseros conocían cada valle y cada pantano. Los territorios eran más firmes, había más hierba bajo sus pies y los bosques se sucedían unos a otros, entre anchas manchas verdes sobre la tierra.

Después de haber dejado grupos vigilantes tras de sí, la armada germana se había encaminado por las praderas de los diezmados téncteros y brúcteros. Varias embajadas vinieron al encuentro de Segimer. Aparecieron como fantasmas de hombres, portando un estandarte azul. Les seguía un séquito de ancianos que sin duda eran druidas. Ofrecieron docenas de jabalíes a los jefes como ofrenda y discutieron. Pero trajeron noticias que no sorprendieron a Segimer.

El tuerto abandonó su cabalgadura, se retiró las fauces de lobo que coronaban su testa, y se inclinó para lavarse las manos en un manantial, en cuyas aguas vio reflejado su propio gesto y el de muchos hombres que le miraban alrededor. El agua continuaba alejándose, saltando entre los ribazos verdes. Era fácil distinguir su curso, pues cientos de caballos iban aproximándose a él e inclinando sus cabezas. Segimer

se lavó la cara y se refrescó.

—Dos de las legiones que antes obedecían a Drusus, acampadas en el Albis, se mueven hacia el oeste.

—¡Maldito sea Drusus! ¡Ese hijo de mil cerdas! Los mensajes de Roma han galopado bien raudos —dijo Wulfila arrugando una sonrisa torva. Llenó su escudo cóncavo de agua y lo alzó sobre su cabeza. Después lo inclinó y el agua le corrió por las profundas arrugas del rostro, como ríos secos que de pronto se inundaban y vertían su caudal en unas barbas ralas, sucias e impermeables.

—Buscan la frontera de Sugambria: buscan a los queruscos. La venganza no ha tardado en llegar —murmuró Segimer.

—Pero son muchos los guerreros que se han unido a ti, querusco —dijo un ténctero adelantándose. Había una extraña expresión de sufrimiento que contraía permanentemente su rostro. Le faltaban dos dedos en la mano derecha, pero todavía podía empuñar un arma. El brazo izquierdo ostentaba espantosas cicatrices de quemaduras—. Cuentas con márseros, ansívaros, singlios, sugambrios, veo jinetes marcómanos, y tendrás nuestras fuerzas, aunque no muy numerosas; los brúcteros y los téncteros, y están en camino los usípetos del sur. Si enviases mensajeros a los sajones y a los longobardos y a los angrívaros...

—Los angrívaros están en el oeste del oeste, en las llanuras frente al mar. Temen un nuevo desembarco de Tiberio...

—Esta vez ya no será por sorpresa, pues vigilamos el Rhenus desde las colinas —aseguró otro hombre—. Si Tiberio descendiese, enviaríamos mensajeros a los angrívaros.

—Es difícil... —dudó Segimer. La mirada de Wulfila recorría el linde de aquellos bosques. Ahora eran miles los guerreros que habían surgido de las sombras. El verde ya no dominaba el paisaje: en aquella dirección una alfombra humana se extendía hacia el sur, la forma de una poderosa armada intacta y con la moral muy alta, victoriosa e invicta. Quizá era el momento de luchar de verdad. Segimer lo leyó en los ojos feroces de Wulfila, y en los de otros, aunque aguardaban su palabra, que detentaba el mando, ahora indiscutible tras la victoria de la noche anterior.

—Acercaos —dijo con un gesto imperioso a varios jinetes.

Segimer abandonó la reunión y caminó hacia un montículo verde. Se detuvo en lo alto y divisó su armada otra vez. Ahora le parecía todavía más poderosa y amplia. Cinco mil, diez mil, veinte mil hombres se agolpaban en las praderas. Mil, dos mil, cuatro mil caballos pesados pastaban alrededor. Había rebaños de bueyes y carros de alimentos, carne conservada, antorchas, santones... Si aquel romano quería cargar contra los queruscos ahora, no se les ofrecería un momento más propicio, pues podrían responderle con la gran alianza, y toda Germania deseaba venganza. Sopesó las fuerzas y las encontró equiparadas, con la ventaja de encontrarse en su propio

terreno. Mientras su ojo se clavaba en las multitudes, aquellos miles y miles comenzaron a fijarse en el jefe victorioso. Todavía no habían tenido tiempo de festejar aquella victoria. Muchas armas comenzaron a alzarse y a batirse, el *barditus** germánico fue arrojado por muchas gargantas apretando sus labios contra los escudos redondos, y un rugido de hierros sacudidos y voces comenzó a golpear los árboles, de los que los pájaros huyeron. Después se convirtió en un oleaje. El montículo verde de Segimer quedó envuelto por una muchedumbre abigarrada de guerreros coléricos. El líder querusco movió su cabeza y paseó su único ojo por el oleaje encrespado de las armas. Se retiró la espada de la espalda y la mantuvo desafiante, firmemente extendida. Después la alzó y gritó con furia, mientras su rostro se descomponía dominado por aquel raptó bélico.

Extendió ambos brazos pidiendo silencio y girando sobre sí mismo. Tardó en llegar, pero cuando se hizo, arengó a la multitud:

—¡Hoy nos han dicho que dos legiones se aproximan a nosotros desde el este! — Hizo una pausa y luego su voz volvió a sonar como un trueno—: ¡Las esperaremos!

El clamor se alzó junto a los puños crispados y las armas y el rugido de los escudos.

—¡Esperaremos a los hijos de Drusus! ¡Aquí! ¡Venceremos a Roma!

Al pronunciar el nombre de Drusus, las hordas estallaron y ya no pudo pronunciar una sola palabra más. Luego clavó su espada y allí la dejó, como una estela en la cima del túmulo, custodiada por dos centinelas de Wulfmunda. Solo la extraería en el momento de iniciarse la batalla.

—¡No me importaría morir aquí como el último de los queruscos! ¡Libre!

Poco tiempo después partieron al galope los jinetes que pedirían el apoyo de los caballos sajones y longobardos, hacia el norte, y de los angrívaros, hacia el oeste. Durante un día más avanzaron según las previsiones de los mensajeros sugambrios y téncteros. A todas luces podían elegir el lugar de la batalla exactamente en aquellos valles suaves, que las legiones recorrían hacia ellos en busca de la frontera y el comienzo de los territorios queruscos.

Armin podía imaginar que la maquinaria de Roma avanzaba implacablemente sobre el terreno. Los téncteros habían abandonado algunas aldeas que se encontraban en el camino de las legiones o en su radio de acción. Roma incendiada cuanto aparecía a su paso. Ya veían las columnas de humo, espesas a baja altura, diluirse en el aire de la tarde. Surgían frente a ellos, fantasmales, aproximándose hora tras hora, como los pasos de un gigante invisible que levantara el polvo con cada zancada.

Al pie de los árboles se asaban los jabalíes ofrendados por aquellos pueblos castigados. Segimer dispuso su plan.

—No piensan que somos tantos.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gailswintha.

—Porque no nos vieron. Están enfurecidos porque creen que una partida de bárbaros los asaltó astutamente y a traición, pero nuestra retirada en el Rhenus fue un acierto; nos creyeron mucho más débiles de lo que somos. Si supiesen lo que les espera habrían aguardado, y vendrían hacia nosotros cuatro legiones completas, no dos con los *auxilia*.

—Si tú lo dices... —admitió, con burlón escepticismo, el taciturno Wulfila—. Los romanos vienen confiados.

—Usaremos su soberbia —añadió Segimer, mientras la mirada de su ojo los atravesaba al relampaguear sobre ellos. Quizá porque se atribuía aquella misma ceguera parcial a Wuotanc, el padre de los Ases (debido precisamente al hecho de haber bebido de la Fuente de la Prudencia, custodiada por los elfos negros y los demonios del gigante Mímir), la presencia del caudillo querusco empezaba a suscitar un respeto ciego y sumiso en todos los guerreros que a él se acercaban. Era como si con él la leyenda hubiese cobrado forma, como si el mito se hubiese hecho de carne y de hueso—. Los enfrentaremos con la misma perfidia con la que ellos nos engañaron. Haremos que se ahoguen en su propia sangre.

—Los ríos fluirán rojos por las praderas, y la hierba se volverá como las bayas del tejo —insistió Wulfila, vehemente y feroz.

—Pero les recibiremos sin sorpresas. Se encontrarán exactamente con lo que esperan, una horda de bárbaros desorganizada y no demasiado numerosa —apuntó Segimer—. Armin será el caudillo de los germanos.

Mientras las risas estallaban alrededor, Armin sintió cómo el único ojo de su padre se clavaba en él. Hasta ese momento habían asistido y ayudado a su padre en todo, pero el jefe no parecía verlos. Ni a él ni a su hermano, ni a los otros novatos. A Armin no le importaba en absoluto, era consciente de que la situación absorbía la atención de su padre, pero de pronto se sintió herido por aquella penetrante mirada.

—Así lo haré, si me lo ordenas —contestó orgulloso el joven lobato.

Wulfila continuaba atragantándose con la carne en medio de una risa espantosa, más propia de un ogro que de un hombre.

—Me imagino a ese romano, con su penacho de plumas, avanzando hacia Armin, al frente de una horda de novatos y chiquillos. Creo que me moriría de la risa y estropearía todo tu plan. Por Tor que es una burla magnífica. Ese Cayo Sentio Saturnio se detendría al frente de dos legiones en formación, con esas máquinas para lanzar piedras, y descubriría a los causantes de tanto alboroto. ¡Nuestros hijos enseñándoles el culo! ¡Ese *gallo* Saturnio se marcharía a cantar a otra parte!

La risa se contagió alrededor.

Pero en el entrecejo de Armin comenzó a formarse una línea vertical que hacía sus ojos más aquilinos, una arruga como causada por un hacha. Segimer lo miraba

con su acostumbrada sonrisa, a medio camino entre la diversión y la amenaza.

—Vamos, Armin —dijo el líder querusco—. No nos mires así; empiezas a darnos miedo. ¡Wulfila, no te rías así! ¡No se está riendo de ti, Armin! ¿No ves que Wulfila es un loco?

—Claro que soy un loco, por eso me siento a tu derecha, gordinflón hijo de Wuotanc —dijo el enorme guerrero—. ¿Has visto? ¡También sé reírme de tu padre!

Segimer se preguntaba por qué el niño Armin tenía tan poco sentido del humor. No soportaba que se burlasen de él, a pesar de que era un niño y eso era normal; a fin de cuentas él era su padre y se creía con derecho a hacerle bromas. Pero unas ascuas en el interior de aquel muchacho se revolvían cuando eso sucedía, y de ellas brotaban las llamaradas renovadas de la ira. Poseía un orgullo fuera de toda medida. Su padre advirtió cómo las mandíbulas de Armin se apretaban hasta que las sienes le ardían con el latido de unas venas que empezaban a marcarse por la piel. Estaba conteniéndose a duras penas. Segifer lo miraba complacido. Disfrutaba con los escarnios hacia su hermano. Hacía tiempo que ambos se dirigían poco la palabra. Mientras crecían, el celo por ser mejor que los otros empezaba a distanciarlos, y la momentánea superioridad física de Segifer le concedía cierta ventaja. Sólo aparentemente.

Pero Segifer era estúpido en general, y Armin, aunque incontenible, más inteligente y calculador. Sabía que por todos los dioses no podía golpear en la cabeza a aquel jefe llamado Wulfila, y que, si lo hiciese, su padre podría haberlo desollado allí mismo, y eso en el caso de que, con la gracia de todos los dioses, el propio Wulfila no lo estrangulase con sus manos. Pero su hermano caminaba por terreno cenagoso. Y por fin lo dijo:

—Eso, Armin, ¿por qué no nos enseñas el culo?

Segifer, además de estúpido, era un insensato.

La broma no pudo llegar a causar el efecto esperado, pese a ser burda y carente de agudeza. Armin giró inmediatamente su brazo y descargó el codo en la cara de su hermano, vertiendo allí toda la furia que empezaba a nublarle la vista. Su hermano cayó como un saco abandonado. La sangre le inundaba la boca y gimoteaba como un niño humillado. Lanzó una mirada furtiva al ojo de su padre. Nadie intentó detenerlos, pues a fin de cuentas aquello resultaba divertido.

De pronto, Segifer voló como el proyectil de una catapulta contra Armin. Pero éste siempre practicaba la misma táctica. Una vez asestado el primer golpe con certeza, el enemigo era fácil de subyugar. Se apartó presto y le tendió una zancadilla. Segifer rodó sobre las llamas. Alguien retiró el espetón del asado justo antes de que cayese sobre los troncos y quedase impregnado de ceniza. El joven sufrió leves quemaduras en las manos.

—¡Eres el hijo de una cerda, por eso embistes a traición como un jabato! —gritó

con los ojos enrojecidos por la furia.

Aquello fue el golpe de pedernal del que saltó la chispa. Segifer y Armin no eran hijos de la misma mujer, y Armin odiaba que insultase a su difunta madre. Segifer encajó mal un terrible puñetazo de Armin. Consiguió defenderse, pero apenas rozó el rostro de su veloz adversario. Volvió a ser golpeado, ésta vez en el estómago, y luego sufrió la descarga de una certera patada entre las piernas. Entonces Segifer, inclinado como estaba, se aferró a su puñal y se lanzó contra su hermano. Todos sabían que eso estaba fuera de las reglas. No debía intentar matar a su propio hermano en situación como aquella. Las peleas estaban bien vistas entre los germanos, por supuesto también entre los miembros de una misma familia, pero no los arrebatos a traición y a muerte.

Su brazo se quedó fijo en el aire. Un poderoso puño que le apretaba la muñeca lo detenía. Su padre lo miraba enojado con su único ojo. Segifer se arrodilló dolorido y soltó el puñal. Después se alzó, gimoteando, maldiciendo y lanzando odiosas miradas a Armin, que no apartaba los ojos rapaces de su hermano.

Segimer se puso ante Armin, como una montaña. El niño Armin le parecía una criatura rarísima. Desde luego tenía dotes de mando, y el temple de un régulo. Ni se tragó la saliva, ni pestañeó amedrentado. Segimer, rápido como un rayo, le propinó una fuerte bofetada. El muchacho se cimbrecó del golpe, pero no llegó a caer y se enderezó de nuevo. En ese momento alguien mostró su propio trasero al otro lado de la hoguera, cosechando un enorme coro de carcajadas. Era, por supuesto, Wulfila.

Segimer pidió que prendiesen los fuegos en la llanura abierta, para que los espías ubios, que engrosaban las tropas *auxilia* de los romanos, pudiesen cerciorarse de su presencia. Pero creó un amplio círculo de arqueros y puestos de vigilancia, y todos los caballos descansaron en un calvero dentro del bosque. Se situaron detrás de un arroyo, para servirse de él como foso, y las barreras de robles harían de empalizada natural. Muchos afilaban sus armas en silencio; otros recordaban a sus familias, estaban borrachos, o dormían inquietos.

6 a. C., Colinas del Visurgis

El golpe de los timbales no tardó en dejarse oír, y la tierra parecía temblar con el compás cadencioso de aquella marcha que avanzaría pronto sobre las praderas. Los últimos incendios todavía humeaban, elevando espesas cortinas pálidas en el este, cuando desde las lomas se hizo visible el inconfundible colorido del ejército de Roma. Las trompetas y los vexilarios intercambiaban señales, y las ingentes y organizadas masas se movieron sobre la pradera con fascinante precisión, ocupando con centelleantes parcelas rectangulares y columnas alargadas las extensiones que antes aparecían verdes y monótonas. Se trataba de la Decimosexta Legión *Gallica* y la Duodécima Legión *Fulminata*, cuyos emblemas eran el león y el trueno respectivamente, con una *alæ** de jinetes tracios y otra de galos, y, a su mando, el *primus inter pares* Cayo Sentio Saturnio, uno de los generales de Tiberio, y cónsul pro-pretor de las Germanias durante su ausencia. Se detuvieron ante una línea invisible y comenzaron a formar. Los vozarrones de los centuriones formaban un extraño rumor desde aquella distancia. Catapultas, escorpiones y balistas se abrieron paso arrastradas entre los pasillos de las cohortes centelleantes al sol. El despliegue se abrió y el frente de las legiones, tan perfecto, tan romano, ocupó la cuna entera de aquel valle casi plano que se tendía entre lomas dispersas y manchas de bosques, en las cercanías de las selvas ignotas donde brotaban los manantiales del Amisia.

Armin había oído palabras como cohorte, turma y centuria, pero jamás había imaginado que los soldados pudiesen organizarse de aquella manera tan precisa. Las hileras de legionarios, armados con el *pillum** y el escudo, la cota de malla y la falda de cuero, creaban una barrera como una viviente e infranqueable empalizada. Las maniobras continuaban, y daba la impresión de que su cónsul no tenía en absoluto en cuenta la presencia de las hordas bárbaras a poco más de una milla. Actuaba con la soberbia de quien no necesita intercambiar palabra alguna con su enemigo. La ofensa de aquel levantamiento que había causado la vergüenza de los campamentos en el Rhenus, y de otros muchos *catellum* y puestos de vigilancia arrasados, merecía un castigo ejemplar. Entonces su figura se destacó a caballo por delante de las legiones, junto a los legados que le acompañaban. Brillaba armado con el peto de plata y la capa púrpura. Hubo un largo silencio, seguido de un golpeteo persistente, y los escuadrones de caballería se abrieron paso y desfilaron por delante de las cohortes hasta situarse ordenadamente, en los flancos del metódico ejército.

La trampa resplandecía allí delante, el semicírculo de las legiones se abría ante las hordas germánicas como una gigantesca mandíbula de acero que se cerraría formando hábilmente, después de hostigarlos con proyectiles. Los estandartes de Roma se

erguían con orgullo, y las Águilas Imperiales, las insignias argénteas de las dos legiones, centelleaban como estrellas a cual más ardiente y desafiante.

Quizá fuese aquello lo que los romanos esperaban, la llegada del mediodía, el instante de la sombra más corta, que para los augures romanos era un momento propicio al emprender una campaña. Quizá aguardaban pacientemente a que el ojo del Júpiter ardiente les otorgase la bendición en cuya fe divina combatirían con el recuerdo del sur, con el calor al que sus músculos estaban más habituados. Miles de *auxilia* penetraron en formación creando nuevos conjuntos en los flancos de la disposición romana.

Los timbales retumbaban con creciente énfasis. Golpes rítmicos. Sureños. Impasibles.

Armin gozaba de una visión privilegiada, pues Segimer había extendido la infantería a lo largo de las laderas de aquellas lomas y montículos verdes, y los novatos se hallaban en la retaguardia, en lo más alto de esas elevaciones herbosas. Los viejos hombres-cuervo, los sacerdotes brúcteros y sugambrios, habían dicho que aquel campo de batalla sería propicio, porque la armada se asentaba junto a aquellos montículos. Armin supo entonces que no eran lomas peladas de árboles, ni tampoco colinas abandonadas, las que se alzaban sobre los bosques que cubrían el terreno alrededor, sino túmulos funerarios de una antigüedad fuera de la cuenta de cualquier hombre mortal. Eran tumbas de guerreros anteriores a los brúcteros o los téncteros, las tribus que habitaban la región.

Disponiendo así las hordas de infantería y sirviéndose de la mediana altura de los túmulos, Segimer quería impedir que los romanos pudiesen calcular a un golpe de vista cuál era el poder de su hueste, y así convencerles de que se hallaban efectivamente ante el grueso de sus enemigos, además de contar con la inclinación del terreno, que siempre era una ventaja en el ataque para quienes debían servirse de sus piernas. Armin miraba por encima de aquella variada y tupida alfombra. Los estandartes pendían de las crucetas de largos astiles. Había muchos agitándose y flameando con la forma negra y verde del dragón de las sagas; despleaban al cuervo desollador y al ciervo corneador, al uro cornilargo y al oso rampante, al caballo encabritado, al buitre y al halcón de alas extendidas; también ondeaban discos solares y grandes esvásticas. Veía las cabezas y yelmos de miles de compatriotas, sus variadas vestimentas y armaduras, sus rostros pintados, sus diversos escudos con las más diferentes filigranas y dibujos, sus lanzas encrespadas como las púas en la piel de un gigantesco erizo, y pensó cómo podía Roma crear hombres tan parecidos unos a otros, pues todos sus legionarios parecían ser exactamente iguales. Y sintió miedo ante el poder de su orden y disciplina, y sin despreciar cuanto veía a su alrededor, acabó por despreciarse a sí mismo, y se sintió infame por ello, y cobarde. Finalmente,

el sueño de Armin se iba a hacer realidad. Tendría su soñada batalla, como la había imaginado durante tantos años de relatos e historias: a pleno día, con el disco del sol en lo alto, apretados por un tibio calor y en medio de una gran pradera verde flanqueada por suaves montículos y lomas. Y ahora que su sueño se iba a cumplir, no estaba tan seguro de que lo deseaba.

Un grito furibundo interrumpió sus pesimistas cavilaciones. Wulfila, fiel a sus hábitos, se había adelantado del puesto de los jefes de infantería y había enseñado el trasero a las legiones, causando gran jolgorio. Volvió caminando airadamente junto a su espada, que había dejado clavada en la hierba, y la alzó. El *barditus* estalló en las tribus germánicas como un bramido semejante al de los osos, o el zumbido que levanta una tormenta al azotar las ramas de las encinas. Docenas de trompas de caza resonaban formando una algarabía desconcertante de melodías desacompañadas y variadas que subían y bajaban con los armónicos básicos de aquellos instrumentos. Su sonido, profundo y juguetón, dotaba a la escena de un cierto aire de fiesta, y las muchedumbres comenzaron a gritar enardecidas los nombres de sus jefes; mas entre muchos otros resonaba un atronador *Wulfila*, como entonado por diez mil trolls, aquellos monstruos enormes que Armin había oído respirar, ocultos en el fondo de las cavernas. Wulfila se había convertido en el caudillo favorito de la infantería. Pero al fin más de diez mil voces repitieron al unísono aquella palabra, cuyo eco se arrastraba entre las colinas como las pisadas del dios del trueno, de camino a la contienda: *Wulf, Wulf, Wulf*.

El *furor teutonicus** del que habló Julio César en sus *Comentarios a las Guerras de las Galias*, su particular y megalómano punto de vista sobre la Segunda Guerra (más conocido como *De bello Gallico*), irrumpía como un desafío ante las legiones.

Wulf, Wulf, Wulf.

En aquel preciso momento un enorme caballo negro galopó ante los germanos hasta situarse a la altura de Wulfila. Un hombre se sostenía orgullosamente sobre la bestia de gran alzada, que pateaba nerviosa ante las muchedumbres. Llevaba una capa de piel de oso, pero sobre la cabeza se le cerraba el pellejo de un lobo negro, hocico, mandíbula y colmillos. Era Segimer, vestido con la piel del *berserker*, la piel del mismo Wulfmund, el antepasado de los queruscos, uno de los hombres-lobo de Wuotanc, enviado para crear los reinos de los hombres mortales. Las multitudes lo aclamaron. El querusco se abrió paso entre las tropas hasta lo alto de la loma. Allí se situó ante la espada que todavía permanecía clavada en la tierra, la empuñó y la alzó. Cuando aquel brazo descendiese sería la señal de ataque para todos los jefes que, apostados frente a los guerreros a lo largo del frente, permanecían conteniéndolos a duras penas. El único ojo de Segimer permanecía impasiblemente clavado sobre los campos, contemplando el ejército de Roma. Armin veía a su padre desde lo alto del siguiente montículo, que era algo más bajo, y le pareció, a la manera de una de

aquellas ecuestres esculturas de piedra, la encarnación del mismísimo Wuotanc.

Un viento soplaba hacia el este. Los hombres-cuervo se apoderaron de las cimas de las colinas, agitaron los brazos y emitieron gritos cavernosos. Aquellos horribles viejos decrepitos estaban cubiertos con sagos negros, sus uñas eran largas y llevaban torques y pulseras con plumas y garras de cuervo. Eran los sacerdotes brúcteros y sugambrios que venían a encender las hogueras sacras y a quemar cuervos muertos y carroña. Las voces de los ancianos entonaban unos cantos extraños que Armin nunca había oído. Sonoras ristras de runas. Trozos de mitos arcaicos. Guturales.

Brotaban de sus bocas como murmullos contenidos, o como la larga letanía de una fórmula mágica. Una fétida pestilencia se esparció por el aire, y las fumatas, negruzcas embajadoras de la muerte, se alejaron sobre el campo de batalla visitando con su hediondez a las legiones. Eran los sacrificios para Helia, la diosa que custodiaba el portal de la muerte, y para sus elfos negros, los guardianes de las profundidades. Sus cuervos y buitres vendrían después a devorar muchos de sus muertos, para apartarlos de los dioses romanos.

Las cohortes de Cayo Sentio Saturnio ya se habían puesto en movimiento. Su lento avance era acompasado por el golpe de los timbales. No hubo grandes piedras ni catapultas, ni salvas de lances desde las balistas. Roma asistía a la cita con la soberbia de quien se siente por encima de su enemigo. Posiblemente el general romano ya sabía que aquellas catervas de bárbaros huirían a la sombra de los bosques ante el disparo de las máquinas, excelentes para el asedio de fortalezas y la destrucción de poblaciones enteras, pero poco útiles en aquellas circunstancias. Y ante todo, quería evitar una batalla bajo los árboles. Ya había habido demasiadas circunstancias deshonrosas para los ejércitos de Roma en los bosques de las Galias, y era sabio aprender de la amarga experiencia. Mientras estuviesen dispuestos a enfrentarse en campo abierto, animados por el saqueo de la noche anterior, aquellos estúpidos bárbaros podrían ser fácilmente reducidos a un montón de carne muerta.

—¡Halta! ¡Hida! —gritaba Wulfila, adelantándose unos pasos ante las masas enervadas, poseídas por *el furor teutonicus* del padre de la guerra, con las manos extendidas.

—¡Atrás! —exclamaban los jefes a lo largo del frente germano que debían contener hasta el momento de la señal.

—¡Alto! ¡Esperad! ¡Esperad! —aullaba Wulfila, que ya empuñaba el martillo ceremonial con el que sería anunciado el inicio de la batalla.

Pero las hordas vociferaban y sacudían sus armas contra los escudos cada vez con más fuerza. Usípetos, téncteros y sugambrios se agolpaban en las primeras filas. Allí los cattsos habían situado a sus guerreros más violentos, que ostentaban largas barbas embadurnadas y horribles cejas de oso. Se golpeaban por ser los primeros en saltar sobre los legionarios. La sed de venganza de aquéllos, que habían sido los pueblos más castigados por Drusus, veía llegada la hora de saciarse. Los insultos contra los romanos salían de sí y la barbarie destructora ya había inundado sus ojos, ahuyentando cualquier rastro de miedo en los que aún hubiesen podido padecerlo. La multitud conjuraba la multitud. La hueste era el hogar de la hueste. Todo temor se disipaba en las entrañas de aquel cuerpo, que ya vibraba como un solo hombre dispuesto a morir matando.

Las cohortes continuaban aproximándose a paso decidido. Contenían sus nervios y avanzaban como gigantescos insectos acorazados, pero no daban un paso más largo que otro y las órdenes de los centuriones las mantenían en línea y columna.

Ya habían recorrido la mitad de la distancia que los separaba, y al avance de las cáligas de los legionarios crecía el ímpetu en la hueste germana, un deseo casi incontrolable de saltar hacia ellos; los jefes tuvieron que golpear a algunos exaltados que trataron de salir en desbandada hacia el enemigo. Eso era peligroso, porque podía arrastrar a toda la hueste en el momento menos indicado. El pro-pretor romano los tentaba con su avance, pausado e implacable.

—¡Halta! ¡Esperad! —clamaba Wulfila enfurecido con la difícil tarea, sin apartar los ojos de la figura impasible, ecuestre, de Segimer en lo alto del montículo central. Pero sus propios hombres ya empezaban a empujar. A punto estuvo el caudillo germano de cortarle la cabeza a uno de ellos, con tal de contener al resto.

Un poco más y entonces saldrían como el agua de un dique, cuesta abajo, vertiendo con afiladas puntas su fuerza incontenible en el pecho de Roma. Pero Segimer y Wulfila decidieron que la carrera no fuese demasiado larga y que no alcanzasen exhaustos la línea de combate. Querían que los romanos se acercasen hasta el lugar preciso en el que se enfrentarían con las hordas en su máxima inercia y fuerza, que soportasen la embestida de una energía que a muchos les detendría el corazón en el acto.

Las columnas romanas se reagruparon; se abrieron para confundirlos y dejarlos penetrar entre los erizos, y se cubrieron con los escudos formando en tortuga. Las chirriantes cohortes comenzaron a hallarse a la distancia escogida; ya escuchaban el rítmico paso, preparándose para un choque frontal.

XLIII

6 a. C., Colinas del Visurgis

Zankrist, alzada por Segimer, descendió tajante con un guiño al sol.

En ese momento, Wulfila alzó los brazos sobre su cabeza y blandió el mango del martillo ceremonial de Tor, a dos manos, a la manera de los queruscos, mientras lanzaba un horrísono grito de cólera, descargando un mandoble sobre un vibrante escudo, como si fuese el mismísimo dios del trueno golpeando con su martillo la cabeza de algún incauto gigante. Otros jefes dieron la orden progresivamente, repitiendo aquella esperada señal con sus espadas, y Armin contempló, con el corazón desbocado, cómo una ingente marea humana en forma de punta de flecha brotaba de su pecho y avanzaba contra las legiones a una velocidad vertiginosa. No hubiera sabido describirlo, pero habría dicho que el corazón se le salía de las entrañas cuando vio aquello, que su sangre se le derramaba como si se la succionasen, como si una parte de él brotase y se extendiese por el verdor. La punta avanzó velozmente como un *aries subrolatus**. Todos los hombres de primera y segunda línea cargaban con largas lanzas a modo de pértigas, empuñadas por varios guerreros cada una de ellas, de tal manera que el primer asalto sería mortífero.

La consecuencia de aquel plan resonó como el estallido de un trueno.

Los rostros de los más jóvenes palidieron alrededor de Armin. El joven querusco vio cómo un nada viril chorrillo amarillento resbalaba por las piernas de un niño anonadado. Segifer, a quien su padre había dejado al mando de uno de los batallones de novatos, se hallaba cerca de él; le lanzaba miradas de inconfesable odio, al tiempo que, tras descubrir el orín en las piernas de algunos muchachos, se reía nerviosamente de ellos junto a sus compañeros más mayores y los golpeaba para que volviesen en sí.

La tierra pareció temblar durante aquel momento de confusión e ira. Las lanzas irrumpieron a través de las líneas de escudos. El metal chirrió. Profusa, la sangre brotó alrededor. Muchas de las pértigas afiladas se astillaron y el fervor de las legiones inundó la llanura. Los ojos extasiados de Armin contemplaban aquel espectáculo, a la vez horroroso y gigantesco, sin poder acapararlo del todo, sin ser capaz de comprenderlo en su entera violencia y complejidad. El frente del oleaje de infantería rompía contra las legiones, cuando los flancos de caballería germanos, que se habían situado en los extremos de la armada, se lanzaban al asalto a la vista del avance de los escuadrones romanos. La primera embestida había sido un éxito: las lanzas habían roto la formación romana, y el continuo flujo de germanos había empujado hasta crear una punta que se introducía como una lengua centelleante y marrón en las masas rojizas y aceradas del ejército romano, inundando lo que antes

había sido una pradera verde, en busca de Cayo Sentio Saturnio.

Armin y los novatos habían recibido orden de quedarse en la retaguardia y retroceder auxiliando a los heridos que volviesen arrastrándose del frente, o vigilar para volver junto a los carros de impedimenta y los rebaños de reses, garantizándoles la vida en caso de catástrofe. Pero en medio de aquel caos empezó a perder la noción de lo que debía y no debía hacer. Si querían ayudarlos, tendrían que aproximarse... pero eso era absurdo. ¿O acaso no lo era? No supo decir cuánto tiempo había pasado desde que comenzase el caos, pero volvió en sí al escuchar la voz enfurecida de su hermano, que le ordenaba seguirle.

—¿Vendrás con nosotros, o prefieres mear con tus amiguitas?

Por alguna razón no prestó la menor atención a los sarcasmos de su hermano, y Armin se incorporó al numeroso grupo en medio de la confusión.

Todos eran más mayores que él, más altos y corpulentos, aunque no necesariamente más fuertes, pero galopaban con más seguridad a horcajadas. Segifer había organizado una primera incursión en busca de heridos. El gigantesco frente parecía desplazarse hacia el norte, y en la parte sur se veían montones de hombres dispersos que moteaban la llanura. Debían aproximarse rápidamente, recoger a los heridos que aún pudieran salvarse y retornar a las lomas.

Segifer llevó a su hermano sobre su caballo. Galoparon raudos y penetraron en el campo de cadáveres, en busca de heridos y moribundos. Por fortuna, había más romanos muertos. El rugido de la batalla no estaba demasiado lejos. Desde allí podían distinguir a los romanos combatiendo en grupos que se reorganizaban, pero en aquel flanco los márseros dominaban el combate. Saltaron a tierra y caminaron. La hierba pisoteada parecía haber sido irrigada con sangre casi por doquier. Armin vio que las botas se le oscurecían y se le humedecían al moverse entre los cuerpos muertos, de los que el sol comenzaba a extraer un rancio aroma. Pero encontraron voces que los llamaban. Había miembros cercenados por todas partes, extremidades retorcidas, profundas heridas, rostros desfigurados, bocas abiertas de las que ya entraban y salían las moscas. Armin sintió que el estómago se le comprimía al ver una cabeza abierta y se giró apoyándose en la espada. Vomitó por necesidad, sin mirar dónde lo hacía, y una voz exclamó:

—¡Aparta tu sucia boca, cerdo desdentado!

Mientras los juramentos continuaban, un hombre le aferró la pierna. Armin descubrió que su asco había ido a parar sobre el pecho de un cáuco, en cuyo costado se abría una fea herida por la que se había derramado profusa sangre.

—¡Te llevaré conmigo! ¡Te llevaré al bosque! —gritaba Armin compulsivamente, mientras se movía nervioso en torno al herido. Por fin le tomó por los brazos e intentó tirar de él. Varios muchachos ya habían cargado con algunos heridos y partían al

trote, como quien huye de la misma muerte. Un grito de Segifer le aturdió de nuevo, mientras tropezaba con una cabeza y trastabillaba. En la caída, su mano fue a posarse sobre un brazo amputado regado en sangre. En su anonadado estupor, lo agarró y lo arrojó lejos con un grito de asco. Lo que a continuación vio le hizo olvidar aquel suceso.

Segifer había sido aferrado por un romano herido. El muchacho se había acercado con una sonrisa en los labios para asestarle un golpe de gracia al ver que se retorció en silencio, pero en el peor momento el romano pareció cobrar vida, le dio una patada y el arma fue lejos. Ahora, aunque débil y malherido, el legionario trataba de estrangularlo.

Armin empuñó su espada y saltó hacia allí. Desesperado, leyó el sufrimiento en el rostro de aquel hombre, pero sus brazos envolvían a Segifer, que no dejaba de dar coces como un potro salvaje. El joven Armin sintió más angustia que ira, pero el rostro de su hermano comenzó a adquirir un color lívido y a abrir desmesuradamente los ojos; entonces se adelantó y descargó con un grito horrísono el golpe del halcón sobre las piernas del captor. La hoja se hundió con un chasquido. El alarido le resultó todavía más aterrador que tratar de recuperar la espada, atascada entre los huesos. Mientras los gritos continuaban, el color parecía haber vuelto al rostro de su hermano. Entonces no lo dudó más, apoyó su bota en las piernas y recuperó el arma de un tirón. Aquello pareció ser tan doloroso o más todavía que el primer mandoble. El romano jadeaba y cerraba los ojos, quebrantado, pero sus fuerzas flojearon y Segifer consiguió librarse de él. El muchacho clavó una mirada iracunda en su hermano menor.

—¿A qué esperabas? ¿Querías que me matase, no es eso? —bramó amenazadoramente.

Segifer aferró su espada de nuevo, la alzó a dos manos y decapitó con un solo tajo al romano.

—Ahora ayúdame a subir este herido —rugió el rubio.

Se encaminaron hasta el hombre maltrecho y Armin acercó el gran caballo moteado que les había traído. Parecía muy inquieto, y por un momento leyó el miedo en sus grandes ojos redondos que se inclinaban sobre su nuca. Armin le pasó la mano por el cuello musculoso.

—¿A qué esperas, imbécil? ¡Ayúdame! —le ordenó Segifer.

Consiguieron colocar sobre el lomo a aquel usípeto jadeante. Las manchas blancas del caballo enrojecieron. En ese momento Segifer saltó hábilmente sobre el caballo y lo azuzó. Miró a Armin a los ojos.

—La próxima vez te lo pensarás dos veces antes de golpearme ante todo el mundo. Si la hay, hermano.

El caballo trotó rápidamente a una orden de su jinete, y Armin lo siguió con la

mirada. Todos se habían marchado. El rugido de la guerra continuaba a lo lejos. Miró los ojos abiertos en la cabeza recién cortada del romano y volvió en sí. No había nadie que pudiese sacarles a caballo. Se preguntó por qué su hermano lo trajo a caballo, por qué no le había ofrecido uno a él, que tan bien sabía montar, como a los otros; por qué no estaba con los chicos de su horda, que eran más jóvenes que aquéllos a los que los jefes les habían encomendado la misión de ir retirando a los heridos de las zonas abandonadas del combate... Qué había pasado durante aquellos minutos, horas, bajo el sol de Germania; por qué le retumbaba un clamor en las sienes; por qué estaba agotado y un abatimiento lo derrumbaba al recordar que acababa de salvar la vida a su propio hermano... La lección del rencor y de la envidia, del odio más profundo, empezaba a fluirle por las venas como el veneno de aquellas serpientes de las que le habló Cerunno... a las que jamás debía acercarse, y en las que jamás debía confiar.

Armin se vio abandonado y lejos de las colinas verdes de la salvación. Era sólo un niño, pensaba, sólo un niño en medio de un campo de batalla atestado de hedionda muerte. El sol se había movido en las alturas por la ígnea órbita pactada por los dioses, y sus ojos se quedaron clavados en aquel punto fulminante que coronaba la bóveda del mundo y castigaba la tierra. El ojo de Wuotanc lo miraba, y se sintió como un vulgar gusano que hurgaba entre los despojos de una carnicería.

Volvió en sí y trató de arrastrar al herido que había descubierto al llegar a aquel lugar. El cauco lo miraba entre jadeos y gruñidos. Recurrió a todo su nervio defendiendo su última voluntad, pero era pesado, mucho más pesado de lo que había imaginado. Todavía no entendía por qué quería llevarse consigo a aquel pobre hombre herido que pesaba dos o tres veces más que él. Podría correr y salvarse. No sabía qué era lo que debía hacer. Necesitaba a su padre más que a nada en todo el mundo; necesitaba preguntarle qué debía hacer. Una palabra suya habría bastado para colmar su decisión, pero él, un niño, no podía saber qué era lo que debía hacer. Desde que comenzase aquella funesta batalla no sabía lo que hacía, se sentía como una hoja mecida por un viento huracanado que lo arrastraba de un lado a otro, persuadiéndole del escaso valor de su propia vida. Y un momento después se dio cuenta de que ya no valía nada.

Alzó los ojos llorosos y vio que unos grupos de hombres detrás de él corrían entre el campo de muertos, hacia las lomas, dispersándose como las hojarasca en un viento tormentoso. El horrible frente volvía a agruparse a poca distancia, y entonces se volvió hacia Roma, se volvió hacia Sentio Saturnio, y los vio. Hacia él galopaban varios escuadrones de pesados caballos romanos. Pisoteaban los cadáveres con

soltura y avanzaban a una velocidad vertiginosa. Un pequeño grupo de heridos fue abatido bajo sus cascos. Iban a cabalgar por encima de su cabeza. Lo iban a aplastar. El fin galopaba hacia allí, una escasa distancia le separaba de la muerte segura. Soltó los brazos del herido. Escuchó su voz maltrecha pidiéndole que huyese, que no se quedase allí, pero Armin sabía que ya no podía hacerlo. Fijó los ojos en los caballeros romanos. Vio cómo las lanzas se tendían en punta para ensartarlo. Quizá echándose al suelo en el momento justo podría salvarse, rodando entre las patas de los caballos, exponiéndose a la suerte... Vio en su dedo el anillo que le fue entregado por el *kuninc* de los sajones. Lo había olvidado. Pero recordó al gigantesco Guntram, y la poderosa voz resonó en su interior mientras el sol centelleaba en la piedra roja del anillo, y escuchó aquella frase otra vez, entonada por el coro de bardos y guerreros: *Venció a Roma*.

Lo decidió, y extendió los brazos, como había visto hacerlo a Wulfila y a todos los jefes. Todo su cuerpo juvenil se tensó inundado por un espasmo de ira y gritó con todas sus fuerzas ladeando la espada, con la esperanza de arrojar un último mandoble a las patas y derribar a su verdugo antes de morir. Reunió ambas manos alrededor de la empuñadura.

Su grito aún le desgarraba la garganta cuando la tierra tembló súbitamente tras él, y enormes caballos negros y marrones, manchados de blanco, entraron en su campo de visión. Los cascos levantaban la tierra y la hierba. Casi parecían haber saltado por encima de su cabeza. La caballería querusca emergió como un oleaje que relinchaba y mugía a su alrededor. El galope, la fuerza, la violencia, el retumbar de aquellos cientos o miles de caballos se quedaría impreso en su memoria hasta que llegase el fin de sus días. A poca distancia de él, los caballos que unos momentos antes parecían ir a darle muerte estallaban en una carga, envueltos en un vendaval de acero. Otros cuadrúpedos rodaban ensartados, y muchos, que venían con igual galope, saltaban por encima o se pateaban unos a otros. Si contemplar el choque de los frentes de infantería había sido desolador, el de las caballerías le resultó apocalíptico. Su corazón parecía ir a estallar. Se había salvado de la muerte por unas docenas de pasos.

Un guerrero desmontó ante él. No supo reconocerlo. Parecía un demonio con la mitad del rostro untada de negro cieno; un yelmo con dos cuernos de uro se sostenía sobre la orgullosa testa.

—¡Sube al caballo y vuelve con tu horda! —le ordenó.

—¡Este herido! —gritó Armin—. ¡Ayúdame a subirlo!

Socorrió a Armin al auparse a lomos del animal, descargó detrás al quejumbroso, y después sacudió al corcel una fuerte palmada sobre los cuartos traseros. El caballo tenía un brío terrible y estaba nervioso, pero Armin se supo apoyar en las riendas, evitó la aparatosa caída y galopó en dirección contraria, apartándose de aquella marea de jinetes que comenzaba a inundar la llanura manchada, aquí y allá, de túmulos de

cadáveres, alrededor del frente en el que las legiones y la infantería germánica continuaban despedazándose palmo a palmo.

El hábil corcel saltaba por encima de aquellos obstáculos y en una veloz carrera contra el viento se vio otra vez al pie de las lomas verdes, en el que se reunían multitud de heridos. Los jóvenes lo miraron sorprendidos. No le extrañó. La mayoría lo había dado por muerto.

Los ojos arrasados de Armin buscaban a su propio hermano. Se juró por Tor que le cortaría la cabeza después de estrangularlo con sus propias manos.

6 a. C., Colinas del Visurgis

El caudillo querusco había entrado en el campo de batalla seguido por una inmensa caballería de tubantios, dulghurnios, queruscos, angrívaros, amsívaros, sajones y longobardos. La primera carga contra los caballeros romanos se saldó con el dominio ecuestre del campo de batalla. Cientos de venablos, jabalinas, lanceas, gæsos, soliferros y trágulas* llovieron sobre los legionarios al paso de las oleadas de jinetes, causando un gran quebranto que contaría sus muertes por otros tantos centenares. Mientras la infantería continuaba en plena lucha, las turmas germánicas se reorganizaron tras el primer asalto hostigando a las cohortes, que empezaban a replegarse bajo una nueva lluvia de jabalinas y proyectiles pesados. Segimer prestó su caballo a dos de sus jinetes heridos, a los que cargó a lomos, y después los obligó a abandonar el frente. Se abrió paso hasta el corazón de la batalla, donde Wulfila y los sugambrios se encarnizaban contra los pesados centuriones de la Duodécima Legión *Fulminata*. El régulo querusco se liberó del manto de oso, y a pecho descubierto se abalanzó de frente contra las legiones, prestando apoyo a los esfuerzos que iban conquistando paso a paso el sangriento campo.

Esbelta, mortal en las expertas manos, la larga hoja flagró al cruzar la mirada impassible del sol antes de descargarse contra el centurión cuya cabeza voló tras un corte limpio a la altura del cuello. Apenas aquel cuerpo, que todavía empuñaba el arma, no había acabado de desplomarse, cuando el mandoble a dos manos giró y el aire zumbó segado en contra, al tiempo que un atacante, al que detuvo el brazo armado, era espetado de parte aparte. Mientras la hoja emergía por la espalda con un estallido purpúreo y el grito se perdía en el tumulto que hacía temblar la tierra, ya empujaba la pesada pierna de Segimer para desenvainarla de aquel nuevo invitado a su círculo de cadáveres. Un contrincante más se aventuró contra el insigne jefe, que tomó el hacha de combate abandonada por un compañero caído y la blandió contra el cuerpo del insensato, atravesando la coraza de cuero. Otro empujón y la espada fue alzada fuera de la funda muerta, caliente, bañada en el crúor mortífero. Por un instante, el sol caminó por su hoja propagando un destello aureorojizo. Esta vez fueron dos *hastatii* los que trabajaron por la muerte del régulo, quien consiguió evitar las lanzadas; obligó a uno de ellos a arrodillarse con un puñetazo y al otro le clavó el codo, después alzó la empuñadura y descargó a dos manos un brutal golpe sobre la cabeza del que había caído, que estalló hecha pedazos bajo la piel de acero del casco *Monteferino**. De vuelta, el vuelo exterminador de *Zankrist* chispeó y ganó partiendo la lanza. Las manos del *hastati* se aferraron al escudo, sobre el que Segimer descargó el arma con tanta fuerza como había en su cuerpo. El romano trastabilló, y el segundo

golpe que le alcanzaba le cortó el brazo alzado y después siguió su curso hasta su mandíbula, de la que brotó la acostumbrada salpicadura roja y el grito de muerte.

Se sirvió de unos granos de arena y miró hacia delante, y descubrió con alegría que los batallones romanos continuaban cediendo gracias al mortal acoso de las caballerías. Se hallaban mucho más cerca de la cabeza de Sentio Saturnio, y no habría satisfacción más grande que eliminar por completo aquellas dos legiones. Era la única forma de asegurarse de que no volverían. Sin embargo, también era consciente de que los romanos contaban todavía con innumerables defensas, y que bastaría una retirada a tiempo para que pudiesen retroceder librándose de la derrota absoluta.

No muy lejos, Gailswintha, el del yelmo cornífero, reagrupaba un gran número de jinetes. Habían circulado contra las cohortes como el filo de una rueda dentada que se come el acero con cada vuelta, pero Gailswintha reclutaba voluntarios para una nueva acción a la que sólo se atreverían los más temerarios, los más locos o los más vengativos. Imperó el último de aquellos criterios selectivos y fueron varios sugambrios los que emprendieron su plan. Los sugambrios reían durante la batalla, incluso heridos de muerte. Podía leerse la dolorosa plenitud en los ojos de los que se despedían de la vida desgarrados por los tajos del enemigo, porque al fin podían morir con honor y el recuerdo de tantas penurias y masacres obradas por Drusus contra sus familiares, hijos, amigos, esposas... había tenido, al menos, la oportunidad de ser vengado. Nada había peor para uno de aquellos germanos, amigos de la libertad y moradores de su propia tierra, que verse convertidos en esclavos de la noche a la mañana, que verse humillados y sorprendidos, condenados a inviernos durante los que habían tenido que presenciar la muerte de hambre de sus más allegados supervivientes. Aquella muerte heroica era un tránsito hacia la Sala de los Héroes, en la que disfrutarían de una vida eterna junto a los supremos Ases, a la espera del Ocaso de los Dioses.

Los sugambrios talonearon sus cabalgaduras a una orden de Gailswintha, encabezando aquel escuadrón suicida directamente hacia el frente. Los legionarios escucharon los vozarrones de sus centuriones y se acorazaron agachados bajo el acero de los escudos cuadrangulares. Cazarratas apenas tuvo tiempo para colarse en la fortaleza chirriante, por cuyas rendijas asomaban, como las púas de un erizo, las lanzas de los veteranos *hastatii*.

Segimer se volvió al sentir que la tierra retumbaba alrededor, y contempló la heroica hazaña de Gailswintha, saludándola con un *barditus* que fue coreado por muchos otros guerreros, infundiéndoles un ímpetu renovado. Los caballos saltaron directamente sobre el muro de acero de las legiones. Los primeros en hacerlo fueron ensartados. Las briosas bestias se convulsionaban antes de caer pesadamente agitando las patas, lo que rompía el anillo metálico con el que protegían el repliegue de las

cohortes. Allí, en medio, apareció Gailswintha haciendo molinetes con la larga espada, y junto a él había otros guerreros abriendo una brecha. Pero muchos otros caballos patearon los escudos y no cayeron hasta llegar al otro lado de la formación, penetrando con estrépito en el pecho de las cohortes. Eran docenas de caballos las que se abalanzaban por allí, y pronto la brecha conquistada se ensanchó y un sector de la vanguardia empezó a ser aislado del grueso de las tropas, a lo que Segimer respondió con un funesto ataque de infantería. Las argénteas Águilas del *Imperium* estaban más y más cerca.

Alrededor la caballería seguía el ejemplo de Gailswintha y cientos de sajones y longobardos, que peleaban bajo el mando de un régulo llamado Giselher, primo de Guntram, el *kuninc* de los sajones, bloquearon y ensancharon todavía más la brecha, permitiendo a las tropas a pie penetrar por el centro hasta formar un compacto frente que se había introducido hiriendo mortalmente las defensas y planificaciones de Sentio Saturnio.

Aquel centurión, llamado Cazarratas, se volvió furioso y formó a sus líneas al otro lado de la incursión enemiga. Se preguntaba constantemente dónde se habían metido los caballeros romanos, y escuchó decir a un decurión que habían sido vencidos por los germanos. La situación volvía a torcerse. Recordó aquella fatídica jornada con Marcus Lollius, en la que le arrebataron el estandarte de la Quinta Legión *Alaudæ*. Desde entonces llevaba más *phaleræ* colgadas del pecho, debido a los honores conquistados como capataz de los peores deseos de Drusus, como ajusticiador y ejecutor de los tribunales militares contra los germanos, como captor de esclavas, pero ya nunca más había podido lucir la marcial piel del leopardo y empuñar, henchido de castrense orgullo, el Águila del Imperio, el sacrosanto símbolo de toda legión, y menos aún después de haber sido desplazado a la Decimosexta Legión *Gallica*.

La atroz carnicería avanzaba alrededor. Segimer retrocedió para escuchar nuevas noticias traídas por los mensajeros. Quería saber con exactitud qué estaba sucediendo.

El jinete se detuvo exhausto y el líder querusco le tomó las riendas, mientras el animal piafaba, convulso por la carrera.

—¡Podemos ganar, oh Gran Lobo, podemos ganar esta batalla! Las cohortes están cediendo y ya no cuentan con la caballería.

Una risa atronadora brotó del pecho jadeante de Segimer.

—¿Y en retaguardia?

—Todo está en su sitio, no ha habido rodeos ni sorpresas. Sólo se han perdido algunos jóvenes a los que ordenaste ir sacando a los heridos del campo de batalla...

El único ojo de Segimer escrutó la mirada del mensajero.

—¿Qué tienes que decirme?

—Tu hijo Segifer ha desaparecido.

—Quizá será encontrado más tarde. ¿Y Armin?

—Ayuda a los heridos.

Por un momento, Segimer permaneció dubitativo, pero no creyó lo que él mismo había dicho. Si su hijo había muerto, lloraría amargas lágrimas, pero si estaba cautivo de aquel romano... Y sabía que a los más jóvenes Roma no los mataba, sino que los hacía esclavos y los incorporaba a las tropas auxiliares... ¿Qué hacer...? Si conseguía reducir las legiones, liberaría a su hijo a cambio de una huida pactada de Sentio Saturnio, cambiando su cabeza por las de todos los rehenes, aunque le costase el odio de los sugambrios. Pues parecía una locura retirarse en aquel momento victorioso en el que Roma iba a ser vencida, incluso más que vencida, aniquilada. Pero si su ataque fracasaba, perdería todo rastro de su hijo. Acaso si las trompas germanas tocasen retirada en ese momento, podría pactar con el romano un intercambio de muertos y rehenes. Sabía que los romanos querían dar dignas exequias a sus muertos en combate, y que consideraban un ultraje imperdonable que no les permitiesen recuperar sus cadáveres, o que se convirtiesen en campos de huesos abandonados. Sus dudas lo bloqueaban por primera vez. Pero no podía poner en entredicho el destino de tantos miles y miles de familias sólo por la conveniencia de salvar a su hijo. Ese era su destino como jefe: jamás podía anteponer sus intereses familiares a los de la comunidad *querusca* ni a los de los pueblos y tribus aliadas; ser un jefe significaba, al menos en aquellos tiempos, servir, rescatar, asegurar.

Liberar.

—*Liberator Germaniæ!*

No supo de qué recónditas profundidades brotó aquel grito hasta su boca. Era latín, un cavernoso latín, y posiblemente recurrió a la lengua de sus enemigos porque le resultaba insoportable que aquellos romanos no entendiesen lo que les gritaban. Quizá por ello recurrió a sus escasos conocimientos y lanzó las palabras como una maldición. Muchos otros jefes bramaron las mismas palabras, conscientes de su significado, hasta que fue coreado por las hordas, y la voz no tardó en llegar a oídos de Sentio Seturnio, que se sostenía en retaguardia junto a sus tropas de reserva y las *auxilia* de galos *belgæ* engrosadas por ubios, eburones*, menapios y nervios, incorporadas al combate tras su reciente llegada.

—¡Colgaremos la cabeza de ese romano del estandarte! —gritaba Segimer—. ¡Vamos a por las Águilas de Plata!

Un ímpetu ciego se apoderó de los germanos, que hicieron centellear sus hachas bipenne volteándolas sobre el frente restallante de gladios y *pilla*. El furor por combatir era superior al miedo a la muerte, y la violencia cayó sobre los ejércitos de

Roma.

Sigu, Sigu, Sigu, gritaban los germanos en la lengua antigua. Victoria. Victoria. Victoria.

Cazarratas se apresuró hacia el alto mando, donde se anunciaban cambios de estrategia.

Sigu, Sigu, Sigu.

El horrísono clamor de la barbarie ensordecía las legiones de Roma.

Cayo Sentio Seturnio había cambiado de color con el desarrollo de la batalla, poniéndose casi tan pálido como el resplandeciente peto de plata en el que estaba encerrado. Había preferido esperar ante la irrupción de la gigantesca caballería germana, con la esperanza de que las cohortes se rehiciesen. Pero los últimos movimientos auguraban un oscuro final para aquella batalla. No tardó en llegar a sus oídos, transmitido por uno de sus legados, el grito furioso de aquel jefe que se consideraba el *Liberator Germaniæ*, el Libertador de las Germanias. En cualquier otra circunstancia le habría causado rotunda risa, pero los levantamientos se generalizaban, aquellos pueblos no aceptaban la *pax Augusta**, Drusus había caído, Tiberio no estaba con sus legiones porque los problemas personales de la familia imperial parecían ser más relevantes que el estado de las fronteras, y aquella armada había surgido del oeste como un enjambre de avispas que hostigaba al Imperio, quemando campamentos, hundiendo galeras, destruyendo *castelli*, y ahora la batalla se torcía. No podía perder más prestigio personal del que ya había perdido en los últimos días. Era menester retirarse con las tropas en el mejor estado posible y con las Águilas en su poder. Prefería una derrota moderada, que podría pasar desapercibida para el Senado en la confusión general, que exponerse a una derrota absoluta y convertirse en el blanco sobre el que caerían todos los dardos del desprecio y todas las acusaciones catastrofistas.

Entonces hizo algo que sus legiones jamás habrían imaginado. Algo que le costaría muy caro entre sus hombres, y por lo que perdería todo su favor y credulidad. Pero prefería ser respetado por Roma y el Senado que por un puñado de soldados que sólo estaba allí para morir de una u otra manera, a cual más honrosa, si era por Roma.

—Cazarratas, prepara los *tormenta* —dijo Sentio Saturnio sin mirar a su subordinado—. Que todas las máquinas y lanzaderas estén a punto para disparar sin pausa sobre el frente.

Cazarratas asintió, pero no acababa de comprender el plan. Se volvió.

—Pero... ¿hacia dónde deben apuntar?

—Al frente, deben aplastarlo. —Sentio Saturnio clavó su mirada en el centurión—. Ataque total.

Cazarratas miró de reojo a los legados, en cuyos ojos había una expresión huidiza

y fatalista.

Docenas de catapultas, balistas y escorpiones fueron dispuestos en línea. Los carros cargados de munición, proyectiles, lances y piedras, se detuvieron formando hileras tras las máquinas. Cientos de legionarios y auxiliares las armaron. Rebasado cierto límite, a Roma no le interesaba el honor sino la victoria, por deshonrosa que ésta fuese.

6 a. C., Colinas del Visurgis

Armin había buscado a Segifer por todas partes, pero fue en vano. Su hermano había desaparecido. Las lomas verdes, en cuyas cimas los fuegos de los brujos continuaban ardiendo y elevando fumarolas pestilentes y negras, estaban moteadas por grupos de caballos, montones de heridos, muchachos que iban y venían con pieles, agua, armas, hierros incandescentes que cauterizaban los muñones en que se habían convertido las extremidades de quienes fueron amputados por la furia de la guerra. El día de la ira empezaba a extender un hálito de muerte sobre las praderas. El sol había descendido a la hora decimotercera, y a Armin le parecía que habían transcurrido largos años bajo su luz, durante los cuales había crecido y envejecido. Eran tan sólo unas horas, pero la prueba de fuego para los novatos superaba con creces lo que muchos habían aprendido en años enteros de instrucción, saqueos y cacerías.

Armin se inclinó ante el hombre al que había rescatado del campo. Le tendió un cuerno colmado de agua. Había tenido que ayudar a subir enormes herradas de roble rebosantes de agua fresca, que los brujos vaciaban rápidamente con sus intervenciones al hierro rusiente; se había acostumbrado a mojar los labios sitibundos, a oír los gritos desgarrados de dolor, a contemplar los temblores, las crisis de cólera, los accesos convulsivos ante la muerte inminente, los ataques de ansiedad y la desesperación de sus rostros. Había visto cómo un jinete sajón que había perdido una pierna se mandaba alzar por dos compañeros y se arrojaba sobre su propia espada, entregándose a la muerte. El orgullo de esos hombres era estremecedor. No sabía si aquello era estúpido o la mejor solución para quienes no saben vivir de otra manera. Se miró las manos ennegrecidas. El sudor le caía a chorros por la cara, ribeteando el vivo blanco de sus ojos fascinados e irritados. Decidió lavarse en aquel barreño de agua fresca, pero, al tomar el agua en las palmas unidas de sus manos, advirtió que ésta tenía un ligero tono rosado. No estaba seguro si los caballos habían removido el lecho del arroyo, o si, por el contrario, los deseos se habían cumplido y las aguas ya discurrían enrojecidas por la sangre que se vertía en las praderas. Pero se empapó la cara y se restregó, y se mojó los cabellos, sintiendo un alivio pasajero.

—Pequeño hombre —oyó decir a una voz.

Sólo después de escrutar aquel rostro entendió que se refería a él, señalándolo con la mano. Se trataba de un jinete amsívaro. No supo decir cuáles eran sus heridas, pero estaba pálido bajo la untura negra con la que había cubierto casi por completo el rostro. Espesos grumos granates le manchaban la cara, la frente, el cuello. Junto a él se hallaba tendido su caballo. Al parecer, el animal estaba tan maltrecho como su amo, y resoplaba y cabeceaba. Los amsívaros de las llanuras del oeste jamás

abandonaban sus monturas. Armin fue hacia él y le ofreció agua en el cuerno de madera. Su herido ya había acabado de beber.

—Toma —le dijo.

—No es eso lo que quiero beber —replicó el herido—. Soy un amsívaro, y tengo una costumbre como todos los de mi pueblo. Debes ayudarme. *Gramsûna* está malherido. Quiere darme algo antes de morir que luego correrá otra vez por mis venas. Coge el cuchillo y abre la fuente roja de su cuello, y llena allí el cuenco con su sangre. No debe sufrir más. Después me lo darás.

Armin miró los ojos del caballo. De pronto le vinieron a la memoria recuerdos de un pasado muy lejano, cuando su padre volvía de las cacerías, y se quedaba mirando los ojos de las presas, tendidas en los carros, los ojos muertos, vacíos, tristes, y la voz conminante de Cerunno. «El ojo no debes mirar... pues el ojo de la muerte mira hacia el pasado y hacia el futuro».

Extrajo la espada y se inclinó junto al enorme caballo. No supo cómo acercarse a su cabeza sin sentirse un vulgar asesino. Acarició la recia piel, las atentas orejas, mientras las moscas se levantaban en un enjambre que devoraba una horrible herida. Se había partido una de las patas delanteras, dejando al descubierto los tendones y el hueso blanquecino. Jamás volvería a correr aquel hermoso caballo, digno hijo de Sleipner*. Armin recostó la cabeza del animal contra su pecho, envolviéndola con sus temerosos brazos, y dejó que se apoyase en la hoja de la espada. Después dio un fuerte tirón como si desfundase el arma. El animal se convulsionó levemente. La sangre manaba, y también las lágrimas del muchacho, cuyos ojos, ya enfurecidos, permanecían clavados en los del caballo. Colocó el cuerno en el cuello. Después depositó la cabeza del animal agonizante sobre la hierba, y no lo abandonó hasta que ya no hubo más rastro de vida en sus ojos. Una extraña y poderosa sombra se había posado en el interior de aquellos profundos ojos transfigurados. Se alzó completamente bañado en sangre, chorreando como un carnicero, y tendió el cuerno al amsívaro.

—Has dado una digna muerte a mi compañero. Te deseo una victoriosa vida —dijo.

Tomó el cuerno temblorosamente y bebió su contenido con ritual avidez.

Armin se volvió en busca del arroyo, en cuyas frías aguas se sumergió resoplando, preguntándose por qué los hombres tenían tan extraños deseos al morir. Salió del agua, y con el cejo fruncido se prometió que no volvería a satisfacer jamás el deseo de ningún moribundo si a él no le gustaba la idea. Empezaba a estar harto de respirar el aire de aquella mortandad.

Cuando trepó de nuevo a la colina, descubrió que un nuevo horror sacudía el campo de batalla. Los germanos se dispersaban, retrocediendo hacia él como las olas del mar embravecido.

Segimer blandía su espada contra un legionario al que había desarmado con un terrible mandoble, cuando escuchó un pesado zumbido sobre su cabeza. Erró el golpe con el temblor de tierra que aquello ocasionó un momento después: la enorme roca había aterrizado justo detrás, a pocos pasos, y rodaba a través de una explosión de hierba y tierra, hiriendo a varios de sus mejores hombres. Un nuevo caos se apoderó del frente y los legionarios también miraron hacia arriba, acobardados. Se preguntaron si Marte o Júpiter habían decidido castigarlos a todos, insatisfechos en el Olimpo por el sacrificio ofrecido sobre las aras terrenales, quizá demasiado pálido, cobarde, rancio, para colmar el supremo deseo de las divinidades.

Segimer vio cómo una de aquellas piedras volaba hacia él. Su trayectoria la depositó con un trueno a pocos pasos delante, en medio de una cohorte. Vio cómo varios cuerpos saltaban despedazados en la terrea explosión, y los aullidos de los legionarios y el trompeteo de la retirada inundaron sus oídos. No tardaron en responderle las trompas de los jinetes germanos. En pocos instantes el caos fue absoluto. Las piedras y sacos de arena caían por todas partes. Los aplastamientos se multiplicaban, y la artillería disparaba a discreción contra todo el frente. Las tropas romanas de primera fila, en su mayoría compuestas por auxiliares y extranjeros, estaban siendo castigadas de igual manera por aquella decisión del general. La única forma de frenar el avance de los germanos era destruir el frente. Los muertos empezaban a multiplicarse a su alrededor, cuando un zumbido que procedía de ninguna parte atronó los oídos de Segimer, y en un momento el lance de una balista lo transverberaba por el abdomen en toda su longitud y se hundía con firmeza en la hierba. Cayó *Zankrist* exánime. Así se quedó el régulo querusco durante unos granos de arena, tenso y ensartado, las manos crispadas aferradas al lance, con el ojo absorto en el cielo, respirando con un largo jadeo, hasta que el rugido del campo de batalla comenzó a desvanecerse y el intenso dolor le embargó los sentidos. Wulfila y otros guerreros fueron a socorrerle; lo alzaron mientras perdía el conocimiento y se lo llevaron en vilo hacia las lomas.

La caída de una roca partió la larga espada del querusco, el arma ceremonial de Wulfmund que había quedado allí, abandonada después de ser herido. Alrededor, una estampida general dominaba el campo de batalla. Romanos y germanos habían sido sacrificados en gran número para disolver el frente. Los silbidos de las lluvias de lances saeteaban la hierba pie a pie a lo largo de una franja mortal de la pradera. Las piedras volteaban pesadamente, aplastando los túmulos de cadáveres. Los sacos lanzados estallaban impregnando la zona de un líquido viscoso y negro a base de materias resinosas. Después hubo salvas incendiarias de *fuego griego*, a base de polvo de euforbio, resina de acacia y carbón de madera de viña, y aquellas manchas negruzcas ardieron levantando un muro de llamas y densos borbotones de un humo

asfixiante. Los germanos huían desconcertados, y las cohortes se reorganizaban al otro lado del telón de fuego, preparándose para la retirada hacia los campamentos de Mattium, hacia la ruta fortificada del río Adrana, en territorio sugambrio.

Segimer, ya moribundo, yacía sobre las anchas parihuelas, en el interior de una tienda cubierta con pieles de oso. En torno a él, muchos héroes aguardaban la última hora del *kuninc* entre los vivos. Un humilde fuego palpitaba cerca.

—¿Sabéis dónde está Segifer? —inquirió el caudillo querusco con gran dificultad.

Armin, que observaba a su padre absorto, inclinó la cabeza. Ingomer, su tío, depositó su mano encallecida sobre el hombro del muchacho.

—Segifer retornó del campo de batalla con un herido y volvió a partir en busca de otros. Pero lo perdimos en la confusión del asalto, cuando llegaron las caballerías longobardas y sajonas.

Armin clavó su mirada en el suelo. Recordaba tan vívidamente cómo su hermano lo abandonó en medio de aquel campo de muerte después de salvarle la vida, que no podía dedicar ningún pensamiento benigno a su destino. Pero guardó silencio. No quiso ensuciar su memoria, por respeto a su padre. Prefería que aquel gran hombre muriese orgulloso de sus hijos. Porque iba a morir. Esta vez no se salvaría.

—En busca de otros... —repitió Segimer entornando los ojos.

—Pero no hemos encontrado su cuerpo, tampoco en los bosques de alrededor.

—Segifer era ya un hombre y murió como un hombre —dijo Segimer.

—Podría haber sido capturado —se oyó una voz.

Todos se volvieron a la entrada de la tienda. Sobre un retorcido cayado se apoyaba Cerunno, el santón de Wulfmunda, el profético hombre-rayo de los queruscos. Los guerreros se apartaban a su paso vacilante, siempre al acecho. Al fin se detuvo.

—He venido para aliviar a los muertos y a los que van a morir —dijo—. También para ayudar a los que sangran a que dejen de hacerlo, soplando en sus heridas. Segifer podría haber sido capturado, como muchos otros que han desaparecido.

El adivino se cubría con el sago blanco de los nacimientos, y a Armin le pareció que había más brazaletes de oro enroscados en torno a sus nervudos brazos que en otras ocasiones.

Oír aquello fue para Segimer como sentir que le traspasaban con otro acero.

—A los audaces ha pertenecido la victoria. La fortaleza del querusco es su ciénaga; sus empalizadas, los bosques; la lluvia y la niebla, la capa con la que se hace invisible —volvió a hablar inclinándose sobre el lecho del régulo—: Tendréis que ser cieno y árbol para vencer en el futuro, pero ya sé que a los queruscos y a otros pueblos les aguarda una libertad por cierto tiempo. Gracias a hombres como tú la existencia de estos pueblos no se extinguirá y desaparecerá para siempre, perdida en las fosas del Tiempo en las que sólo entran los desperdicios. Hay que ser duro para

escribir un nombre en el mármol de la historia, y tener uñas de hierro que arañen el bronce del que se forja la gloria. Y el tuyo ya está escrito. Descansa en paz, Segimer, hijo de Segismund, régulo de los lobos negros, pues has cumplido el designio de los dioses. Tu felicidad será eterna. Tu viaje a finalizado. Has encontrado la muerte que deseabas, pero digna y grande, por ello ahora Wuotanc te llama. Has vencido. Los destinos se desentraman en busca del fin. Ve junto a Vercingetórix, junto a Ariovist, junto a Teutobold... Te aguarda una última cabalgata hasta los brazos de la valquiria, antes de penetrar en la Sala de la Guerra. Desde allí, nos contemplarás en adelante, más allá de los círculos de este mundo.

—¿Y Segifer...?

—Tú ya lo sabes, Segimer. Lo sabes. Te dije cuanto vi, y lo vi con claridad.

—¿Qué será de él en Roma?

—Roma gusta de esos esclavos, y Segifer es un buen jinete. Puede entrar en las *auxilia*, y crecer allí —insistió el santón. Puso sus dedos sarmentosos sobre la frente atormentada del moribundo y dijo con voz cavernosa—: Segifer no ha muerto.

—Algún día puede que vuestras espadas se crucen, Armin —jadeó su padre—. Si es así...

Un nuevo dolor amenazaba con robarle la presencia de ánimo.

—Si es así... debéis reconciliaros, y rescatar a tu hermano de las garras de los brujos romanos...

Una fuerte tos sacudió al tuerto, postrándolo con terribles dolores.

—Enséñale tu tésera, y comprueba que es él... —consiguió decir con la mirada perdida. Con gran esfuerzo, se desató un cordal de la muñequera y se lo entregó a Armin. Allí pendía la pieza de oro que pertenecía al régulo querusco en la gran cadena de la Alianza de los Ases.

Después hubo una larga pausa. Pero al fin abrió los ojos y buscó con la mano a Armin. Éste se aproximó a su padre y puso sus manos sobre él, mientras aquél lo abrazaba con sus últimas fuerzas. Armin recostó su cabeza sobre su pecho y cerró los ojos. Podía escuchar débilmente los impulsos que empujaban el vigor de su padre irrigando todos los rincones de su cuerpo, como había visto años atrás, cuando retornara herido tras su misteriosa desaparición y la muerte de su madre. ¿Cómo habría sido ella...? Tan hermosa como él le había dicho, tan orgullosa como las lobas y muy altiva. Su padre la había querido, y ahora estaba allí también él, en el tálamo de muerte. De pronto sintió una extraña ansiedad y no supo por qué. Pero algo le faltaba que lo ahogaba. Respiró entrecortadamente y miró a su padre, mientras los ojos se le desbordaban, y entonces lo supo. Aquel golpeteo ya no penetraba en su cuerpo. El latido se había apagado. El rostro de su padre estaba relajado en una suave y satisfecha sonrisa que jamás había visto antes en él, y sus últimos sudores le resbalaban por los regueros de unas mejillas succionadas y blanquecinas.

Wuotanc había partido, y con él, el último régulo victorioso de la confederación de las tribus, el último querusco.

6 a. C., Colinas del Visurgis

Los vencedores de aquella matanza sólo habían prendido fuego a sus propios muertos sobre los montículos verdes del otro lado. Desde la llanura, podían ver los calveros negruzcos rodeados por la hierba que descendía tapizando las laderas. El aire se les pegaba a las gargantas con un gusto ázimo. La avanzadilla romana debía dar digno funeral a sus muertos.

Cazarratas se detuvo ante una marea de carne inmóvil. Aquel pudridero en que se había convertido la carnicería de la batalla hedía de tal manera que incluso un veterano como él sentía náuseas. Los túmulos de cadáveres se elevaban entre ribazos de hierba aplastada. Millares de buitres descarados desollaban la carne muerta, indiferentes al paso de los legionarios vivos. Parecían demasiado ocupados en sus propias rencillas por saquear la carne. Negros augures se formularon en las mentes de los asqueados visitantes. Cazarratas se abalanzó contra una pertinaz bandada que le cortaba el paso. Extrajo el gladio, furioso, y con el vaivén de la hoja levantó montones de plumas y degolló docenas de aquellos pajarracos. Había tantos, que algunos parecían querer volver y arrancarle los ojos. No renunciaban a su festín.

—¡Malditos! ¡Fuera de aquí! ¡Por Sísifo, apartaos de mis legiones! ¡Apartaos de mis legiones! —gritaba, tropezando con los cadáveres romanos.

Regueros ennegrecidos recorrían la pradera que había sido verde. Las huellas del fuego habían calcinado buena parte del frente y se alejaban hacia el sur, como los pasos de una divinidad destructora y terrible que ya había devorado sus sacrificios.

Restos de panoplias romanas. Gladios mellados, hachas, venablos. Largos lances de balista. Rocas desmenuzadas. Escudos desvencijados. Extremidades desperdigadas. Vientres tumefactos. El hedor de la muerte.

Sentio Saturnio los enviaba para dignificar sus muertos. Las cohortes habían supuesto que los germanos se desperdigaron en busca de sus propias aldeas en el norte, satisfechos de la victoria y otra vez seguros de las fronteras.

Un hálito de hedionda fetidez comenzó a dominar el aire. Primero la racha pasó y los abandonó, pero después se detuvo sobre el campo de batalla. Cazarratas ordenó que acumulasen cuanto antes todos los vestigios del ejército, cuerpos y armas, en túmulos, que los augures hiciesen su sacrificio, y que prendiesen la hoguera funeraria.

El humo se levantó en densos borbotones negros, y las cohortes abandonaron otro escenario de la vergüenza.

En Roma, Tiberio anunció al emperador y suegro que se exiliaba voluntariamente a la isla de Rodas, en busca de los maestros estoicos. Tras la muerte de su hermano, esa era su manera, pasiva y diplomática, de renunciar a los escándalos de Julia y de poner fuera de peligro a su anterior esposa e hijos, a los que había tenido que abandonar para satisfacer los deseos del emperador de Roma. La noticia fue recibida con inquietud en toda Roma, pues con él desaparecía de la vida política y militar el último de los hijos de Livia Drussila, lo que, tras la muerte de Drusus, no fue interpretado sino como otro signo oscuro y decadente de la familia imperial. Muchos senadores republicanos sonrieron en privado, imaginando el desmoronamiento del poder absoluto con el que Augusto había envuelto al poder político del estado, desviándolo, con gran disimulo, mas sin caer en la descarada instauración de la monarquía ni de la dictadura, hacia sus propios herederos.

Las derrotas de Germania despertaron en Tiberio un sombrío presagio, como la estela ominosa que epilogaba la muerte de Drusus.

6 a. C., Querusquia

La marcha fúnebre recorrió la antigua ruta del oeste. Se introdujo en los bosques de Teutoburgo, cruzó las aguas del Alisio y del Amisia, ascendió los pasos de la cordillera de los montes Melibocus. En cada aldea que la ruta visitaba eran cientos, miles, las personas que se aproximaban a contemplar la llegada de los ejércitos, pero saludaban con devoción al héroe caído, cuya gloria crecía entre los mortales, pronunciando el nombre del libertador. Segimer viajaba sobre las anchas parihuelas de fresno, cargado a pie por doce héroes, vestido con sus mejores cueros y muñequeras guarnecidas de acero, la fíbula de oro al cinto, tendido con la capa de oso: sobre la cabeza asomaban las fauces del lobo. Atravesaron bosques negros y ríos espumosos que bajaban encrespados de las colinas rocosas en las inmediaciones de Holgarna y de Molda, abandonaron los dominios de los cattos, y se introdujeron en los territorios de los clanes queruscos. Las caballerías sajona y longobarda tomaron los desolados caminos del norte, amívaros y angrívaros se desviaron hacia sureste, y los supervivientes queruscos penetraron en sus tierras. Pero la hueste no se repartió entre las diversas aldeas, pues viajó con todos sus muertos hacia Wulfmunda, para celebrar allí los sagrados ritos funerarios de los héroes. Los senderos se llenaron de mujeres, ancianos, de niños y niñas que caminaron o viajaron con sus carros hacia la principal aldea del clan dominante de Querusquia.

Apareció la estela de piedra en el alto que se asomaba sobre las llanuras cenagosas de los queruscos, indicando con su cruz gamada el sentido transitorio del universo y la fuerza del círculo de fuego solar. La gran cabeza de lobo tallada en la piedra advertía a los intrusos del peligro.

Armin tuvo una extraña sensación cuando penetraron en el valle sinuoso, y cada charco de aquellas ciénagas le resultó familiar. Caía la noche, y cientos de antorchas habían sido encendidas. Contempló la hilera de luces rojas parpadeando entre los bosques ariscos del otoño. Un viento extraviado visitó el valle y sacudió los cencerros, las ramas, las vestiduras y los cabellos que encontraba a su paso. Miles y miles de queruscos se congregaban en Wulfmunda para la celebración de los funerales de los héroes.

Unos bueyes viejos con retorcidas cornamentas tiraban de los carros en los que viajaban los muertos, pero también llegaba gran parte del botín que había quedado en manos de los queruscos, fruto de las victorias de Segimer al frente de la alianza de las tribus germánicas.

Segimer fue introducido en la sala del *Thing*. Armin abrazó a sus hermanas, que lloraban en silencio, e introdujo a las tres en la sala del consejo tomando sus manos entre las suyas.

Aquél era el sentido más elevado para un hombre como ellos: morir en victorioso combate.

El cuerpo desnudo del padre fue tendido por Cerunno en el suelo, rodeado por un círculo de piedras. Su carne lívida había sido embalsamada días atrás por el brujo, y desprendía un extraño olor que no era desagradable. Armin y sus hermanas lo miraron entristecidos. Había otros hombres detrás, quietos como sombras de piedra. Wulfila, Giselher de los sajones, Hadubrandt de entre los ciervos queruscos, Gailswintha, Cradarico de los márseros. El hechicero murmuraba unos cantos como preso de un raptó rabioso y contenido; rechinaba los dientes haciendo temblar su testa, sobre la que reposaba la cornamenta de ciervo. Otros santones llevaban yelmos con cuernos retorcidos. Cantaban con las bocas cerradas como en una letanía.

El hechicero tatuó por completo el cuerpo del héroe con inscripciones rúnicas, hasta el rostro y la parte posterior de la espalda y de las piernas. Escribía sus hazañas sobre la piel y las fórmulas mágicas que atraían las llamas de Surtur, el dios del fuego, para que así consumiese el cuerpo de un solo soplo. Lo hacía pacientemente, con una tintura hecha con virutas de fresno y tejo, sangre de lobo y sangre del propio difunto. Ahora volvería a su espíritu lobuno, al espíritu del gran lobo negro, del primer querusco, que había sido uno de los hombres-lobo de Wuotanc en la mañana del mundo.

Luego lo vistieron de nuevo y lo cargaron rodeado de antorchas. Había varias piras de leña levantadas, formando un círculo. Miles de queruscos abarrotaban la aldea, apretándose en el prado de reuniones, de cuyos astiles pendían los estandartes que habían vuelto de la guerra. Pero no se escuchaban voces victoriosas ni gritos alegres, aunque muchos barriles de *medhu* estaban siendo escanciados en los cuernos, para que todos bebiesen a la salud de sus muertos. Todos aquellos hombres iban a partir hacia las salas de Wuotanc, hacia el palacio cuyas bóvedas están cubiertas de escudos, donde sólo los caídos en combate tienen permiso para entrar después de la muerte. Los llantos de las mujeres, de los niños, de los padres, se conjugaban con la gratitud que sentían por haber sido librados de la invasión romana.

Aparecieron los doce jefes con las parihuelas de Segimer. El héroe fue alzado sobre la pira funeraria del centro, formada por un fresno sagrado que había sido troceado para la ocasión. Alrededor habían sido levantadas docenas de montones de leña, unos junto a otros, extendiéndose en círculo alrededor del cuerpo de Segimer, cuya pira era más elevada. Como no habían hallado su espada, *Zankrist*, en el campo de batalla, extendieron sobre su pecho el hacha de combate. Los muertos estaban

cubiertos con sus yelmos, ricamente vestidos con sus mejores guarniciones y defensas.

Las trompas de caza emitieron lánguidos aullidos que se perdieron en los ámbitos de la noche.

Armin contemplaba a su padre entre las antorchas, junto a sus hermanas y su tía, que mantenía, al contrario que las mujeres más jóvenes, un gesto a la vez triste y duro. Detrás estaban situados varios de sus parientes, entre otros, su tío Ingomer, que había acompañado el cadáver de su padre desde el campo de batalla.

El muchacho se preguntaba lo que no tiene respuesta. Su mirada pasaba de su padre a Cerunno, a las antorchas y la leña que consumirían su último recuerdo. Pero así, con los ojos abiertos, las terribles imágenes que habían inundado por completo su mente continuaban desbordándose por las rendijas de su conciencia. Los gritos resonaban, todos los horrores ardientemente dolorosos lo entumecían cobrando vida, cada momento de aquella batalla se había convertido en su segunda vida, una vida que había vivido y que no tenía mucho que ver con todos los años que la precedían; era un breve fragmento cuya identidad y fuerza devastadora habían desplazado todo dentro de su cabeza. Cada noche se despertaba con nuevas pesadillas, a cual más horrible. Y por la mañana debía participar en la marcha fúnebre por los contornos crepusculares del fin del mundo, en dirección al ocaso, y había visto al sol desvanecerse en un aura de fuego sobre los horizontes negros en los que la compañía iba sumergiéndose lenta y pesadamente.

Una voz que había oído antes le arrancó de su ahondamiento.

—Armin —oyó.

Pero al inspeccionar su entorno vio a una niña hermosa que lo miraba con grandes y dulces ojos compasivos. Se quedó mirándolos un tiempo, sin saber cuánto. El blanco de aquellos ojos le fascinaba, y el contorno era tan agradable que no supo qué decir. Junto a la niña había un bulto mucho más grande.

Era un hombre de mediana estatura, pero ancho y robusto. Le caía en la espalda un amplio manto. Sobre la cabeza lucía un yelmo cónico con piedras engastadas, y una enorme fíbula áurea brillaba en el cinto. Pero la cadena de oro, pesada y gruesa, le resultó inconfundible, y luego reconoció la mirada penetrante de aquel hombre.

—Segest —dijo Armin.

—Me reconoces. —Ante las hoscas miradas de muchos jefes, el hombre genuflexionó una pierna y tomó la mano del muchacho. Allí se quedó hasta que dijo —: Te entrego a ti y a tu familia el dolor que sentimos por la muerte de tu hermano y de tu padre. Fue un gran régulo. —Después se alzó—. Se harán sacrificios en su nombre en mis dominios, y por la deuda que tengo con él, has de saber que mi casa y mi hogar están abiertos para ti y para los tuyos, donde seríais atendidos como mis

propios hijos.

En parte abrumado por el ofrecimiento, Armin asintió. Pero no quiso hablar con nadie. Segest e Ingomer cruzaron una mirada, se saludaron, y después el recién llegado volvió junto a su hijo, Segmund, que aguardaba cerca. Y allí se quedaron los tres, a la espera del sacrificio a los dioses.

Armin volvió a clavar la mirada llorosa en el suelo, pero aquellos ojos se habían quedado suspendidos en su imaginación. Se giró en su busca, y su mirada tropezó con el rostro de aquella niña, en el que había una sonrisa. No supo qué hacer ante aquella mirada de comprensión, y por ello se sintió extrañamente intimidado.

Cerunno había vaciado sus pócimas sobre los cuerpos de los muertos. Un aceitoso olor se extendió por el aire, fresco, fuerte y penetrante como la presencia de las resinas. Después el brujo pareció penetrar en un trance. Comenzó a gritar y a extender los brazos y a sacudirse, como un muñeco que gruñía y aullaba. Entonces apresó una antorcha y prendió fuego a una de las piras. Las lenguas de fuego se agitaban tímidamente entre las ramas, como un nido de centelleantes víboras. La hoguera creció por la base, y de pronto el fuego se extendió con una conflagración hasta alzar una enorme llama que obligó a todos los presentes a retroceder al ser tocados por la ola de calor. El fuego brotó y empezó a consumir su pasto. Armin ya no podía distinguir el perfil de su padre en lo alto de la pira, y el torbellino de llamas crujió y se levantó sacudiendo su ardiente cabellera.

Numerosos guerreros iniciaron la danza de las espadas alrededor del fuego, haciendo molinetes con sus armas, tras la sombra de Cerunno, que canturreaba inmerso en un raptó divino. Los cuernos de caza emitieron nuevas melodías que en los oídos del joven Armin tenían una cadencia amenazadora.

La pira iba derrumbándose y desvaneciéndose, reducida a cenizas y chispas. Ya no había rastro alguno de su padre. Los héroes muertos habían desaparecido. Una angustia le atenazó el estómago y le enrojeció los ojos, que, con ansiedad, recorrían las formas incandescentes en las entrañas de la hoguera. Pero en vano. Se habían marchado. También su progenitor, dejándole al fin solo en un mundo que no entendía. La muerte se paseaba por su vida raptando cuanto él apreciaba, rozándolo a unos pocos pasos.

La niña se aproximó a Armin y le sonrió tímidamente. Armin no se atrevió a clavar sus ojos en los de ella, pero soltó la empuñadura de su espada corta, que aferraba firmemente, tragó saliva y tomó lo que ella le ofrecía. Era una flor de los pantanos. Una de aquellas hermosas composiciones de pétalos que se abrían sobre tallos frágiles y que hundían su tallo de raíces en el cieno negro. Parecía mentira que algo tan hermoso pudiese crecer en el lodo mortal de aquel enorme pudridero sobre el que se asentaba el mundo. De igual manera estaba ella ante él, como una flor solitaria

y luminosa en el pantano de su vida. La niña volvió junto a su progenitor. Armin la siguió con la mirada. Después se cruzó con los vigilantes ojos de su padre, Segest, y volvió a poner su atención en las cenizas.

El humo de la pira funeraria de Segimer se perdió en la vasta noche del mundo, en busca de aquellos confines sagrados donde luz y tinieblas celebran sus bodas. Hasta allí fue arrastrado por vientos ciegos y nocturnos.

Los contornos de las nubes enlutadas se incendiaron de pronto con oro y rojo al amanecer; luego el cielo se volvió azul sobre nubes blancas.

Ráfagas huracanadas soplaron otra vez sobre los penachos de vapor enceguedo y el sol apuntaba tras altas montañas, cuyas moles trepaban en la imposible inmensidad, más allá de los techos borrascosos bajo los que malviven los mortales.

Por fin el primer rayo alanceó aquella vastedad que sólo está a merced de los héroes, y la estrellada aura incendiaria eclipsó el mundo; a él, y sólo a él, vinieron al fin los brazos abiertos, la sonrisa invencible, los ojos todopoderosos de la valquiria...

Epílogo

EL PRESAGIO DE ARMINIUS



6 a. C., Wulfmunda

Armin no había podido despedirse de Thusnelda, pero no dejó de pensar en ella desde que la viera. La noche había sido larga, y Cerunno lo obligó a presidir el funeral, la danza y los sacrificios en honor a su padre, así como a escanciar el *medhu* en los cuernos de los jefes. Para cuando pudo estar libre de sus deberes, la niña se había retirado con sus familiares al campamento de Segest, ubicado a las afueras de Wulfmunda, que por otra parte estaban llenas de campamentos de quienes habían asistido a los funerales.

Pero a la mañana siguiente muchos habían partido antes de que el sol se despertara, y Segest había sido de los más madrugadores. Temía los caminos nocturnos, y le aguardaba un largo viaje hacia el sur. Armin se preguntaba por qué aquel hombre viajaba en compañía de su joven hija, aunque algo pareció responderle, y aunque hubiese querido nombrarlo, no se habría dado cuenta de que su suspicacia e inteligencia empezaban a ganar terreno por los entresijos tormentosos de su pensamiento. Y se dijo que si él tuviese una hija así, tampoco la dejaría sola, ni siquiera con sus familiares. Segest era posesivo, y muy protector.

Cerunno se aproximó a él, caminando despacio entre la hierba alta de la pradera. Se detuvo a su lado.

—La doble diplomacia de Segest —dijo de pronto, clavando sus ojos en el horizonte—. No va a la batalla, pero asiste a los entierros... Comercia con Roma y reverencia a los héroes caídos...

Tocó con un sarmentoso dedo índice la frente de Armin, dándole unos golpecitos suaves.

—En adelante, utiliza *esto*.

Como le había pedido Cerunno, Armin fue en busca de los monumentos megalíticos de los alrededores, de las grandes piedras que pusieron allí sus antepasados, los gigantes capitaneados por Mannu, aquellos que vinieron del lejano norte, guiados por los hombres-lobo de Wuotanc. Después de haber visto a las legiones romanas en formación, los extravagantes cuentos de Cerunno empezaban a resultarle difíciles de creer. Jamás se lo habría dicho. Hubiese preferido pasear con Thusnelda, enseñarle sus árboles favoritos, o contarle sus aventuras el día en que Rotram trató de matar a aquel formidable perro de Grumber, llamado *Grungnir*. Habría sido mucho mejor que la compañía del vetusto hechicero, cuyo carácter hosco y malhumorado no cejaba en su empeño por formar a Armin. Decía que aquello debía

ser hecho por el hijo de todo jefe. Tomar sus armas y partir solo en busca de las viejas y gigantescas rocas, el cementerio de los teutones.

Pero mientras deambulaba por las landas de un solitario paraje, compensaba el recuerdo de su padre rememorando cada momento que había transcurrido con aquella niña. Un extraño silbido lo sacó de sus ensoñaciones. Se parecía al canto de un pájaro, pero nunca lo había oído, tan largo y lastimero era. Barruntó pesadas tormentas y regresó a Wulfmunda. Desde aquel día sus sueños empezaron a ser visitados por infames pesadillas y seres que le anunciaban mensajes cuyo significado le resultaba incomprensible. La cabeza de un hombre muerto se deformaba rodeada de gritos y silbidos. De ella brotaban los gusanos de la podredumbre y el hedor de la muerte. Sus ojos se desvencijaban y todo su rostro convulso se tensaba, al tiempo que los huesos occipitales y parietales se alargaban, y un espeso vello le cubría el rostro tenso de furia. Ronquidos y colmillos remolineaban en sus fauces, y una llama blanquecina se encendía en los ojos negros y oblicuos. Transformado en un lobo, el visitante de sus sueños se abalanzaba sobre él. Armin despertaba preso de horribles convulsiones.

Las lluvias torrenciales de aquella época del año se volvieron más furiosas de lo habitual. Una noche nublada decidió visitar la Columna de Irminur. Caminó en la oscuridad; mientras ascendía la colina podía guiarse por las luces parpadeantes en las casas de la aldea. Le gustaba aquella visión porque le recordaba que podía ser como uno de aquellos animales que vagaban al amparo de las tinieblas.

Las enormes encinas se agitaron en el perímetro del calvero. Se sentó entre la hierba y escuchó la noche. Los aullidos de los lobos se perdían en una distancia inconmensurable. Manadas de lobos que se buscaban unos a otros, como su tío y su padre, como sus amigos de otras aldeas, como los hombres y mujeres que conocía... lanzaban sus aullidos. Todos los hombres y mujeres le parecieron lobos perdidos en la vasta noche de los mundos. Manadas acosadas, fugitivas, y, como los mismos lobos, también le parecieron vulnerables. Sintió cómo en las mejillas heladas se le tensaba una desconfianza hacia todo. ¿Había dejado de ser un niño? ¿Tan pronto? De hecho, todavía lo era... O quizá el niño acaba cuando se hace consciente del peligro que lo amenaza, de las necesidades de las que depende, cuando comprende su entorno. Pues *comprender es igualar*. Con la muerte de los primogénitos a temprana edad nace una soledad que no puede ser reemplazada por nadie, una desconfianza natural, una desconocida cólera interior. «Nadie te protegerá como lo haría tu padre, nadie te cuidará como lo haría la mujer que moriría por ti al traerte al mundo», piensa el damnificado.

Armin se encontraba solo en el mundo. Estaba allí, ante él, entero, tan grande como quisiera imaginar. Soplaban con indiferencia un viento helado, y agitaba árboles

gigantescos alrededor.

Un extraño deseo se apoderó de su imaginación. Mientras sentía el viento azotando su cuerpo rígido, un nuevo placer brotó de las profundidades del alma del muchacho. Se llamaba *sigu*, victoria, y era un deseo tan fuerte como la ira que a veces amenazaba con desgarrarle el pecho. Presentía su significado. *Sigu*, lo presentía con todo su cuerpo, y era más que una convicción votiva. Era un mandato que dejaba su mirada audaz suspendida sobre el oscuro horizonte, sin verlo, con ojos inquisidores, rapaces, y todos los nervios de su cuerpo estaban a punto de obedecer a un impulso, como un pequeño ejército que no se resistiría jamás a las órdenes de ese deseo. Borraba de su mente todo dolor, y ello le hacía sentir un extraño placer. Como cuando dio caza al gran *keiler** entre las malezas de la selva, como si por un momento hubiese vencido aquel sufrimiento de ver a su padre inerte, ausente, frío como la tierra.

La Cara Blanca se asomó entre los nimbos tormentosos. A la luz de su rayo, las nubes evanescentes se desgarraron contra las colinas de Germania, mientras descendían hacia el horizonte del sur. El claro de luna se colaba por las rendijas del cielo tormentoso. El viento soplaba sobre Armin.

Las lluvias habían desbordado los arroyos del valle y los torrentes se despeñaban entre las rocas. La gran inundación había avanzado por encima del dédalo de ciénagas. Había arrastrado consigo el barro, las cercas, los árboles más jóvenes. El fondo del valle brillaba a la luz de la luna como un solo mar erizado por el gélido rugido del viento. Las nubes tormentosas, pesadas, fantasmales, se demoraban todavía sobre las estribaciones del Bosque de los Teutones, donde moraban los espíritus de sus antepasados. Mientras contemplaba aquellos yunques nublados, a veces creía distinguir rostros deformados, le parecía percibir, medio disipados en el rugido del viento, los lamentos de sus ancestros.

Se sintió escrutado desde las sombras. Quizá había permanecido demasiado tiempo absorto en lejanos pensamientos, y una fiera se había fijado en él. No tardó en descubrirla. Unos ojos de ámbar brillaban cerca. Impasibles. Penetrantes. El enorme lobo de aquella noche, ya lo recordaba, aunque había algo en él que le resultaba secularmente familiar. El animal salió al claro, sin apartar su desconfiada mirada de Armin, y trazó un gran círculo olisqueando receloso el aire. Armin aferró su espada corta, aunque presentía sólo curiosidad en el animal. El lobo se detuvo. Alzó el hocico en busca de algún olor. Fue en ese momento cuando, a lo lejos, las manadas rompieron en aullidos tétricos al otro lado del valle. De manera inexplicable, el lobo había desaparecido.

El cielo se desgarró sobre el valle de Wulfmunda y la luna derramó su resplandor entre los contornos neblinosos. Los nimbos de tormenta se apartaron, arrastrados por

un poderoso viento que sacudió los cabellos de Armin. El ancho mar en que se habían convertido las ciénagas brilló rizado por el rugido del viento. El joven observó en la falda de la colina una extraña y gran sombra que trepaba hacia allí. «Berserker», pensó. Y la temida palabra le heló la sangre. Aquello se movía como hombre, erguido, pero tenía el cuerpo contorsionado, fibroso, velludo de una bestia humana, y en verdad de talla más que humana. Jaurías enteras de lobos se aproximaban detrás, saludando a la luna. Aquellos ojos oblicuos y ambarinos, aquellas fauces roncadas, las ágiles sombras, venían a su encuentro.

Huyó aterrorizado, confuso, fascinado.

¿Era acaso Wulfmund el que se encarnaba entre las manadas bajo la luna llena? ¿El hombre-lobo, el ancestro de los ancestros queruscos a quien veía moverse erguido sobre sus garras, arañando la tierra y rugiendo con una voz gutural que se levantaba por encima de los aullidos en las fauces abiertas?

Llegó corriendo hasta la casa paterna, se despojó de sus cargas y se echó en el jergón. Recordó el gran jabalí al que abatió siendo más pequeño, recurriendo a todo el coraje que cabía en su corazón. Y pensó que ahora tendría que abatir a un enemigo más grande. No era un oso, tampoco un uro, ni aquel centurión que violara a su hermana. Era Roma.

Roma entera.

Wulfmund.

¿Lo había visto, o sólo era presa del terror que en él despertaban las jaurías nocturnas que saludaban la luna, recorriendo los valles queruscos? Decidió no decir nada a Cerunno, pues era consciente de la obsesión del adivino por los acontecimientos que seguían a la muerte de un régulo.

Y se durmió repitiendo aquella palabra, que resonaba como un latido entre sus sienes: *Wulfmund, Wulfmund, Wulfmund...*

6 a. C., Biunderrup

Ocurrió en el Monte del Oso, un lugar al que los teutones habían llamado *Biunderrup* en la lengua antigua. Muy al norte, lejos, el ritual de la caza había sido emprendido contra la voluntad de los dioses, que parecían ponerlos a prueba. Una tormenta había estallado con tal furia que la mayoría de los jóvenes guerreros tenía dificultades para obligar a sus caballos a continuar avanzando.

Armin se cubrió con la piel de jabalí. El agua caía a chorros por su rostro, y era tal la cortina de lluvia y tan fuertes las rachas con las que el cielo castigaba la tierra embarrada, que no pudo ver más allá de los caballos que le precedían en la marcha. Allí cabalgaban también Rotram y Ortwin, entre los más jóvenes, y el nuevo régulo de Wulfmunda hasta que llegase la hora de la próxima elección tras la muerte de Segimer. Era Gailswintha, el del yelmo cornífero, a quien tras la batalla contra Cayo Sentio Saturnio habían considerado el favorito de las valquirias por sus victoriosas y temerarias proezas al frente de las mortíferas caballerías germánicas, de las que, milagrosamente, había salido incólume. Se rumoreaba que había visto a una de las hijas de Wuotanc en pleno campo de batalla, y que en el furor de la lucha le había conminado a saltar de lleno sobre las cohortes romanas. Era tal, decía él, la belleza de aquella mujer armígera, tan vastos los ríos de oro de sus cabellos y tan alto el yelmo alado sobre su frente, tan sonoro el clangor de sus armas, había tanto brío en los lomos de aquel caballo tormentoso a cuya grupa cabalgaba portando a los héroes caídos... que desde entonces había perdido el interés por cualquier otra mujer mortal, a pesar de que muchas le profesaban su admiración y su devoción. Gailswintha había consultado a Cerunno y el adivino le comunicó que las fortalezas de Wuotanc no eran accesibles por los vivos, y que debía conformarse con el recuerdo de aquellos ojos tan luminosos que lo habían cegado en el corazón. La valquiria le había entregado la victoria para que continuase luchando junto a su pueblo, no para que se volviese loco de amor, lo que Cerunno consideraba una grave enfermedad. Pero Gailswintha supo, tras mucho insistir, que las nórdicas y lúgubres elevaciones de Wuotanc se alzaban más allá del Mar de los Teutones, en el inefable norte de donde procedían todas las tormentas, y desde entonces se empeñó en conducir a las cacerías más y más lejos, hacia aquellos eriales septentrionales del río Alara, donde los sajones les permitían el paso gracias a la reciente y revitalizada alianza.

Aquel día, Armin había intuido que el insistente goteo de los cielos desembocaría en un torrente. Pero tras zigzaguear entre las colinas pedregosas por pasos insufribles, alcanzaron, bajo la furia de Tor, los bosques de la solitaria montaña que los sajones llamaban el Monte del Oso. Y Gailswintha les ordenó continuar adelante por sus

fragosas laderas.

Adelante. Siempre adelante. Ésa era su convicción.

Recorrieron las entrañas de la floresta amedrentados por la caída de los rayos, cuyo paso fulminante se anunciaba con la catastrófica destrucción de inmensos árboles. Brotaban fuegos divinos que el agua se encargaba de sofocar inmediatamente, y las centellas depositaban tal luz en las tinieblas que podían ver por un instante mejor que a pleno sol un día de verano. Los lomos del inhóspito monte se arrugaron, y se abrieron estrechas gargantas bajo las patas de los temblorosos caballos, por las que fluían aguas torrenciales golpeando las piedras espumosas. Saltaron por encima con gran dificultad y continuaron. El abetal se hizo más alto y oscuro, y a su vez, más frondoso. Ahora los troncos eran tan viejos y robustos que los rayos tenían que conformarse con abatir las ramas más altas.

Por fin no hallaron rastro alguno de presas, y decidieron protegerse de la ira de Tor en las anchas fauces de una cueva abierta en un escarpado desnivel del monte. Armin miró los rostros taciturnos de sus compañeros. Estaban calados hasta los huesos, y el fuego tardaría en prender, dado que no encontraron nada combustible que no estuviese tan mojado como ellos.

Gailswintha extrajo un hatillo y lo desenvolvió. Cerunno se lo había entregado. Eran antorchas con bolas de sebo y resina. Poco a poco, la luz de las llamas fue iluminando el antro, cuya hondura no habían adivinado en las penumbras. La caverna se retorció y penetraba en el interior de la montaña.

El régulo se recogió los cabellos mojados y volvió a ceñirse el yelmo cornífero, depositando una desconfiada mirada en la profunda caverna. Las cimas del monte arañaban el vientre de las unas nubes bajas, negras, iracundas, que descendían ocupando el espacio entre los espesos abetos como si de una repentina bruma se tratase.

La luz del relámpago los encegueció, al tiempo que una estampida los echó por tierra. Los caballos relincharon fuera de sí. Armin todavía conservaba en la mirada la marca tortuosa que el rayo había trazado, cuando trató de incorporarse. Mirase donde mirase, su visión quedaba ocupada por aquel fognazo impreso en sus ojos.

Ortwin yacía entre las impedimentas, fulminado. Junto a él, una de las grandes hachas bipenne se había convertido en un mango retorcido y ceniciento que humeaba. Mientras trataban de tranquilizar a los caballos, Gailswintha se cercioró del portentoso acontecimiento: Ortwin respiraba en su inconsciencia.

—Es un hombre-rayo —aseguró el nuevo régulo, con los ojos muy abiertos.

Nadie lo pronunció, pero todos pensaban en una sola persona: Cerunno. Hacía años y años que no se producía un hecho tan notable, y para los germanos el hombre-rayo nacía el mismo día, en el momento en el que era alcanzado por el primer

relámpago. Nadie se atrevió a tocarlo, tampoco a moverlo; el miedo a que atrajese otros relámpagos estaba firmemente asentado en la mentalidad popular.

—Estamos cerca de los dioses. El martillo de Tor golpea las peñas. Pelea con algún ogro en el norte —aseguró Gailswintha, pensativo.

Miles de murciélagos se agitaron en nubes alrededor de los hachones encendidos. Gruñían como las ratas, y pasaban rozando sus rostros y sus cabellos. Armin se cubrió con la cabeza de jabalí con más celo que cuando se hallaba bajo el castigo de la lluvia. Al cabo de un tiempo decidieron dormir. Cesó el acoso de los murciélagos, y se echaron en torno a un fuego. Armin miraba pensativo el cuerpo de Ortwin, aún tendido en la entrada de la cueva. Los relámpagos habían cesado, de modo que se aproximó a él y lo arrastró fuera de las rachas de lluvia que golpeaban las paredes de roca. Al comprobar que todos yacían dormidos, Armin encendió una antorcha y se aventuró en la negrura de la caverna.

Avanzó rápidamente, como atraído por la enorme oscuridad que, caminase cuanto caminase, siempre abría sus fauces más allá del parpadeante círculo de luz. Perdió de vista a sus compañeros, y se adentró en el vientre de la montaña. Pensó que, al igual que las mujeres, la madre Nerthus, diosa de la tierra, guardaría allí sus secretos panteones. Miró hacia arriba, y descubrió pinturas a lo largo de las paredes: siglos y siglos de leyendas remolineaban sobre su cabeza aturdida. Extrañas runas que jamás había visto. Alfabetos enteros en hileras ahumadas. Formas de arqueros. Madres orondas, fértiles. Grandes dioses fecundadores. Animales salvajes, como el uro, el oso. Y otros que nunca había visto, o que se habían extinguido en la sombra de los milenios. Bestias ingentes, peludas, de las que colgaban unos cuernos helicoidales. Líneas que parecían caminos. Iconos de montes. Aguas que fluían... Un mundo entero, a pesar de indescifrable, aparecía ante los ojos del iniciado, tentando su imaginación.

El osario por el que caminaba parecía tan antiguo como las pinturas que veía, testigo de una horrenda masacre. Vapores procedentes de huesos putrefactos entenebrecían la cripta subterránea. Un agujero en el suelo atrajo súbitamente su atención. «Debajo se extenderá otra tumba anónima», pensó. Y escudriñó el profundo interior. Tinieblas.

Aquel santuario descendía al infierno.

Siniestramente acertada, la expresión le obligó a caminar a tientas entre el estupor y el pánico. Las puertas del mal mundo estaban guardadas por los elfos negros, divinidades a las que Cerunno nunca supo dar aspecto. Acaso monstruosos murciélagos. Ciegas cavidades oculares que visitaban sus sueños de adivino. Garras engarfiadas. Voces andróginas. Ásperas.

De pronto, se atrevió a formular su pensamiento sin ambages. Sabía por qué

encadenaba los pasos uno tras otro en aquella dirección descabellada.

Era el momento de una gran revelación, la hora de la agnición de un misterio palpitaba ante él con el ir y venir de las llamas.

Un lobo muerto yacía a sus pies. Cuando volvió en sí, sombras aladas, fugitivas, remolinearon al compás de su antorcha, infundiéndole el más odioso terror. Volvió a fijarse en el animal. Parecía haber muerto en medio del sueño, pues ninguna herida rasguñaba su espléndida piel. Armin aproximó la luz, amedrentado y confuso. Pasó la mano por encima de aquel pelo terso, brillante, negro; abrazó el cuerpo y lo alzó a duras penas sobre su espalda. Así, encorvado, emprendió el camino de regreso. Abandonando la idea de buscar a su padre más allá de las puertas del infierno, decidió seguir viviendo y volver al reino de los mortales.

6 a. C., Wulfmunda

Con el retorno del grupo a su aldea natal, Cerunno se ocupó de los extraños acontecimientos. Ortwin pasó a convertirse en su ayudante. La ceremonia lo reconoció como hombre-rayo, y se le vistió con el sago blanco de los nacimientos. En adelante aprendería no sólo a manejar la espada, sino la hoz de oro en las noches de plenilunio, para cortar las hojas de muérdago, y sabría de venenos y de serpientes, de semillas y de pócimas. Cerunno desolló el lobo y preparó la piel para Armin. Todos pensaron que Segimer y Wulfmund reconocían en el joven al sucesor en el mando de los clanes. Cerunno escribió con runas las hazañas de sus antepasados sobre el reverso de la piel del lobo, engastó piedras de ámbar en sus ojos, y limpió sus colmillos. Los habitantes de la aldea dijeron que era la piel de Segimer, el espíritu de su padre. Murmuraban al verlo cubierto con ella; muchos lo saludaban como a un legítimo jefe.

Un día volvió Ingomer, su tío. No lo había vuelto a ver tras el final de los funerales de su padre. Apareció con varios guerreros en busca de su herencia. Montaba un caballo blanco.

Ingomer reclamó a Cerunno, ante el consejo de los clanes, que el último deseo de Segimer era que él, su hermano, se ocupase de sus hijos y de sus bienes.

Los guerreros de Wulfmunda se opusieron, pero Ingomer repuso:

—Renuncio al oro de mi hermano, que permanecerá entre los queruscos de Wulfmunda, pero reclamo el derecho sobre sus hijos.

—Segifer ha desaparecido —repuso Cerunno—. ¿A cuál de ellos escoges?

—No escojo, sabio Cerunno, reclamo a los hijos. A todos. Le di la palabra a mi hermano en el lecho de muerte y la cumpliré.

—Armin es el último de su estirpe. No puede abandonar Wulfmunda —aseguró el adivino—. Armin se queda.

Ingomer miró al muchacho.

—Él tendrá que elegir. Ya es lo bastante mayor.

Armin sintió cómo todas las miradas se clavaban en él. Los ojos de Cerunno, los feroces ojos del hechicero, lo apresaron una vez más. No recordaba ningún momento de su vida en el que no hubiese visto aquellos ojos, penetrantes y negros, bajo sus cejas de oso. Siempre imponían su criterio, sabios como eran. Pero en la mente de Armin lució un sur lleno de vida, lejos de las ciénagas del norte, e imaginó praderas verdes, lejos de todo lo que había visto, árboles en los que gorjeaban los pájaros y un

agua clara. En Wulfmunda sólo habitaba el pasado, y los recuerdos le hacían sentirse trastornado e impotente. Imaginó aquella muchacha en el funeral de su padre, Thusnelda. Todavía guardaba la flor que le había regalado. Imaginó sus ojos sinceros y cariñosos, y en el lugar donde aparecía el mandato del viejo y decrepito Cerunno, en el lugar en el que se suspendían sus ojos inquisitivos, Armin vio los ojos claros de Thusnelda e imaginó otra vida mejor, lejos de la ruina y la oscuridad de su infancia.

De pronto alzó la voz y dijo:

—Marcharé con tío Ingomer. Lo he decidido.

Una chispa de ira ardió en los ojos de Cerunno, y de pronto una leve sonrisa llena de decepción. Por primera vez en sus vidas, muchos guerreros vieron al inflexible consejero decaído y roto, como un árbol partido por el rayo.

—Si es la decisión de Armin, deberá ser respetada —dijo Ingomer, temiendo una explosión de furia en el enigmático anciano—. Debemos respetarla, Cerunno. Todos nosotros.

—Dos lobatos en las garras del Águila de Roma... y no me refiero a Rómulo ni a Remo —murmuró para sus adentros el abatido anciano—. Así sea, pues. No discutiré. Está en edad de tomar su propia decisión, y si me opusiese, haría más mal que bien. Y el mal se hará, por lo que veo, de una u otra manera. ¿Y las hijas de Segimer, qué deciden?

Las hermanas de Armin se miraron y negaron con la cabeza. Ilfraud, la mayor, fue la que habló:

—Nosotras nos quedamos aquí.

—Por mi parte, el consejo finaliza.

Y diciendo eso el viejo Cerunno no volvió a dirigir la mirada a ninguno de los presentes y avanzó hasta la entrada. Allí se detuvo, lanzando una última mirada a Armin, y dijo solemnemente:

—Te quise como a un hijo y como a un hijo te pierdo. Pero no olvides dejar aquí la piel del lobo que encontraste. A donde te diriges no harán falta esas cosas. Y todos debéis saber que con él se marcha el último querusco. Pues dentro de algún tiempo ya no seréis queruscos, sino romanos, y habréis sido los últimos eslabones de una cadena que se remonta muy atrás en el tiempo.

Se volvió y desapareció en la noche.

Al día siguiente, en la fragua de los herreros, Cerunno depositó una caja de madera sobre el yunque. Gristmund, el ciego, tanteó las piezas de metal que yacían en su interior.

—Es *Zankrist* —dijo el anciano.

—Rota, Gristmund —añadió el adivino.

—Despedazada.

—¿Quién la forjará de nuevo, herrero?

—No podremos forjar a *Zankrist*. Es el arma de Wulfmund. Sagrada. Sólo las manos que pudiesen empuñarla unirían los pedazos otra vez... Caído el último caudillo querusco, sin cabeza anda el lobo de las ciénagas.

Cerunno se inclinó sobre los pedazos resplandecientes del arma.

—Forjada habrá de ser de nuevo, la que a Germania liberará del dragón romano. Hasta entonces, en las ciénagas oculta dormiré. A la Alianza de los Ases comandará el héroe invencible que anuncian los rayos de las tormentas desde las primeras luces de mi infancia. Tuve sueños extraños en la mañana de mi vida, Gristmund, vi el yelmo con las alas del águila, y la espada que destruía los dragones de acero. La encarnación del padre de la guerra... Estallaban los rayos en torno a él. La furia, eso vi en el albor de mi vida. A la gran furia, que todavía no había caminado sobre la tierra vi yo blandir un arma contra los dragones que amenazan a todos los pueblos del norte...

La figura taciturna de Cerunno, arrebujado en su espeso sago, se alejó en el indistinto azul del crepúsculo que cubría las ciénagas azotadas por el viento, arrastrando los despojos de una tormenta sobre las colinas.

—Sólo somos olvido, Gristmund —dijo a través del zumbido del aire, encorvado como un árbol que lucha contra la inevitable tempestad—. Pero también una voluntad más poderosa que los favoritos de los dioses romanos...

Los abuelos de los árboles se agitaban como gigantes amenazadores mientras Cerunno desaparecía bajo sus sombras ominosas.

—Hoy ha comenzado el fin del mundo. He perdido al último querusco.



5 a. C., Roma

Aumenté los límites de todas las provincias del Imperio Romano con las cuales colindaban pueblos contrarios a nuestra civilización.

Pacifiqué la provincia de las Galias y las Hispanias, así como también la Germania, en área que bordea el océano de Gades hasta la desembocadura del Albis.

Pacifiqué los Alpes en la región cercana al Mar Adriático hasta el Tusco, sin llevar a ningún pueblo a la guerra injusta.

Mi flota navegó por el océano, desde la desembocadura del Rhenus, vía Oriente, hasta el límite de los Cimbrias, lugar hasta donde por tierra o por mar no había llegado antes ningún romano.

Y los Cimbrios, Queruscos, Semnonios y todos los pueblos germanos, por medio de embajadores, pidieron sin mayor resistencia mi amistad y la del Pueblo Romano.

Suplicante

*Se refugió ante mí Tiridates, rey de los Partos,
y después Fraates, hijo del rey Fraates,
Artavasdes de los Medos, Atrasares de los Adiabenos,
Dumnobellaunus y Tincomnius de los Britanos,
Melonus de los Sugambrios,
y Marbolendus,
rey de los Marcómanos y de los Suevos...*

Res Gestæ Divi Augusti

Augusto se reclinó en la silla curul, frente al escritorio de su *tablinum*. A través de la ventana contempló con ojos luminosos y absortos el cielo crepuscular, otra vez teñido por el viento con el púrpura de mil hecatombes. Las tinas de alabastro colmadas de agua reflejaban el espectáculo cual ojos repletos de un fuego áureo y rojizo, ocultos entre las frescas sombras del jardín adyacente. Siempre imaginaba en momentos así que su vida transcurriría sin más sobresaltos, como el curso del sol, convencido de que sus años de gobierno se prolongarían hasta el día de su muerte. No imaginaba más sorpresas, quizá porque en su carácter no había espacio para la duda. Tras pergeñar los párrafos trascritos, soñó con su propio ocaso, con la sombra del poder de Roma alargándose sobre el mundo conocido, y vio el nombre de quien extendió hasta

los límites la forma de ese poder inscrito en columnas de mármol, desde Atenas hasta Gades, desde Alejandría hasta Eburacum, junto al memorial de su obra, que poco a poco y con estilo tan parco, tan estoico, tan romano, describía su mano en los pergaminos.

Con las conquistas de Drusus y el mantenimiento de los contingentes militares, Augusto veía llegada la hora de pacificar Germania y Britania paulatinamente, ofreciendo a sus habitantes la oportunidad de ser civilizados. Las resistencias opuestas no le preocupaban en exceso, y al dejar escritas esas palabras, como la hábil e inamovible ley del futuro y el sueño de su vida victoriosa, no imaginaba la vergüenza que Roma tendría que sufrir unos pocos años más tarde. A pesar de su deseo de pacificación dominadora, bajo la rúbrica de su sagrado e impoluto gobierno, tendría lugar, al norte del Rhenus, el desastre militar más afrentoso y terrible de toda la historia de Roma.

La semilla del odio estaba plantada, y el hijo de la ira, el último descendiente de los príncipes queruscos, que había crecido soportando las reas lanzadas del imperialismo octaviano, ya venía en camino.

El verdadero destino no estaba escrito en las actas secretas de un emperador, sino puesto en manos de una voluntad más fuerte que los sueños de este mundo.

GLOSARIO

Ad bestias. *A las fieras.* Condenación a morir devorado o descuartizado por fieras durante la celebración de unos juegos. Los cristianos fueron condenados a menudo de esta manera en Roma.

Ad Urbe condita. Expresión latina que significa *desde la fundación de la ciudad.* Tomaba el punto de referencia histórico en el año 753 a. C., momento en el que se supone que Rómulo trazó con su arado el círculo que rodea la colina del Palatinado. Se atribuye a Terencio Varrón la imposición de tal modelo temporal entre los romanos.

Aduatucos. Aquellas tribus que habitaban los valles donde las aguas del Sabis desembocaban en las del Mosa, en la Galia Cabelluda; pertenecían al conjunto de los *belgæ*, pues reclamaban su origen más germano que celta, al considerarse parientes de los teutones.

Ænus. Actual río Inn que atraviesa Baviera.

África. En lugar de referirse a todo el continente, tal y como hoy lo entendemos, los romanos de la República y del Imperio aplicaban normalmente el vocablo *África* a la parte de la costa norte, en torno a Cartago, en la actual Tunicia.

Agger. Concretamente, se denominaban así las dobles murallas que defendían y fortificaban a Roma por su lado más débil, el *campus esquilinus*, formando parte de la muralla Serviana. Por extensión, se denominó así al terraplén levantado con la arena que los zapadores y legionarios extraían al excavar el foso y sobre el que eran clavadas las empalizadas de estacas que protegían los campamentos.

Agri cultura. Literalmente, *ciencia de los cultivos.*

Alæ. Cada tropa auxilia de caballería que apoyaba una legión romana.

Albis. El actual río Elba.

Alejandro Magno. Rey en el norte de la antigua Grecia, concretamente de Macedonia. Fue el tercero que heredó tal nombre. Nacido en el 334 a. C., fue sucesor de su padre Filipo V a la edad de veinte años. Gran detractor de los persas, asumió el deber de eliminar para siempre la amenaza de que pudieran invadir Europa. Cruzó con su ejército el Hesoponto y desencadenó una increíble odisea de victorias que le llevó a convertirse en uno de los referentes conquistadores más grandes de todos los tiempos, llegando hasta el río Indus del actual Pakistán. Cuando murió, el imperio no le sobrevivió y el inmenso territorio conquistado, que comprendía Asia Menor, Egipto, Siria, Media y Persia, se dividió entre sus generales, que fueron conocidos como reyes helénicos.

Alesia. Importante ciudad en la baja Arvernia, lugar en el que fueron sitiados y vencidos por Julio César los ejércitos del héroe galo Vercingetórix.

Alianza de los Ases. Término con el que se alude a la confederación de pueblos

germánicos que trajo consigo el inicio de la tercera guerra de Germania; los antiguos lazos de unión entre los *herminonios*, los *istævonios* y los *ingævonios*. Se desconoce, aunque parece probable, si realmente ésta fue la misma confederación que, en un estado más primitivo, motivó la multitudinaria migración de los teutones y de los cimbrios hacia el sur, motivando la Primera Guerra entre germanos y romanos.

Allec. Restos sólidos de la elaboración del *garum*, según Catón en *De agri cultura*.

Almadía. Conjunto de tablones o troncos unidos unos con otros mediante cuerdas para poderse servir de ellos en el cruce de un río o lago a modo de balsas.

Alóbroges. Tribus celtas que habitaban los montes al sur del lago Lemanna, al pie de los Alpes occidentales y el Ródano hasta el río Isara, en el sur. Fueron enemigos fieros de los romanos y combatieron su ocupación.

Ambarres. Una de las ramas de aquel conjunto de tribus celtas que fueron denominadas eduos, habitantes de la zona central de la Galia Cabelluda, cerca del Arar (hoy río Sena).

Ambrones. Una de las tribus de los pueblos germánicos conocidos en conjunto bajo el nombre de *teutones*; todos ellos fueron exterminados en Aqua Sextiæ en el 102 a. C. (Véase también *Teutones*).

Ambrosía. Comida fabulosa que en la mitología clásica se consideraba sustento de los dioses, la cual les otorgaba juventud eterna. En el panteón nórdico, la ambrosía era el *medhu*, el sagrado hidromiel escanciado por las valquirias, así como los frutos dorados que Freia cultivaba en los jardines de Asgard.

Amisia. El actual río Ems. Nace en Alemania, en los altos de Teutoburger Wald, y atraviesa Holanda.

Amsívaros. Pueblo germánico que habitaba los territorios comprendidos en torno al curso bajo del Rin, en su margen derecha, al oeste del lago Flevo.

Ánfora, ánforæ. Recipiente de cerámica, alargado, con estrecho cuello, dos asas y terminado en punta. Era utilizado para el transporte de vino, trigo, aceite, y, gracias a su punta, que le permitía estibarse fácilmente en el serrín de las grandes arcas en las que solían acumularse, no podía romperse, viajando segura de un lugar a otro por mar o tierra, impidiendo que los continuos vaivenes del oleaje o los baches del camino sacudiesen las vasijas unas contra otras y las rompieran. Por otro lado, en tareas de carga y descarga masivas, se podía girar fácilmente por el suelo sin necesidad de cargar a peso con ellas, lo que agilizaba su movimiento. Su capacidad aproximada solía ser de unos veinticinco litros.

Anglos. Pueblo germano que habitó al norte del río Elba, en el Quersoneso Címbrico, estrechamente emparentado con los queruscos y con los cattsos.

Angrívaros. Pueblo germánico que habitaba los territorios comprendidos al norte del lago Flevo, más allá de las desembocaduras del Ems y hasta las del Weser.

Aníbal. Príncipe púnico, el más glorioso de cuantos dirigió ejércitos contra Roma.

Nacido en el 247 a. C., invadió la península itálica merced a un ataque relámpago, en el que, magistralmente, atravesó los Alpes sobre elefantes por el Montgénévre, sorprendiendo a Roma. Se pasó dieciséis años campando a sus anchas por la Galia Transalpina e Italia. Derrotó en sucesivas ocasiones a los ejércitos de Roma, en Trebia, Trasimeno y en Cannas, donde protagonizó la más terrible victoria que había sido inflingida a los ejércitos romanos, aniquilando ochenta mil hombres, un total de diez legiones, contando él tan sólo con cincuenta mil. Quinto Fabio Máximo Verrucosis Cunctator fue el ideólogo militar y estratega que consiguió vencerlo, dedicándose a desgastar con continuos ataques el ejército cartaginés, pero sin entablar batalla. Con Fabio Máximo siempre tan cerca, no se atrevió a caer sobre Roma, fue traicionado por sus aliados itálicos y debió dirigirse hacia el sur, abandonando Campania. Perdió Aníbal Tarento y su hermano Asdrúbal, en Umbría, sufría la derrota en el río Metaurus. Se vio acorralado en el apéndice de la península italiana llamado Bruttium, desde donde evacuó a su ejército ileso hacia Cartago en el 203 a. C. Fue derrotado en Zama por Escipión el Africano, y después trabó alianza con Antíoco el Grande, de Siria, siempre obsesionado con vencer a Roma. Tras la derrota de Cartago, buscó asilo en la corte Siria, pero, implacable, Roma lo persiguió y logró someter este estado. Aníbal volvió a huir, esta vez a la corte del rey Prusias en Bitinia. Roma exigió la entrega de Aníbal en el 182 a. C., y éste, finalmente, se suicidó. Roma siempre lo consideró un gran enemigo, y, a pesar de su pragmática persecución, lo admiró hasta el último momento.

Anonna. Entrega gratuita de cereal que en Roma se hacía para contentar a la plebe, con fines propagandísticos y políticos en virtud de los cuales los gobernantes se garantizaban la simpatía de las masas.

Appia, vía. Construida en el año 312 a. C. Era una de las más antiguas y recorría la península itálica hacia el norte.

Aqua Sextiæ. La actual Aix-en-Provence. Ciudad famosa por sus balnearios, en la provincia de la Galia Transalpina. En ella Cayo Mario venció a los teutones en 102 a. C.

Aquileia. En sus comienzos fue una colonia de derecho, ubicada en el confín de la Galia Cisalpina, un bastión que debía proteger las rutas comerciales que se dirigían hacia los Alpes Cárnicos desde Noricum e Ulyricum. Fundada en 181 a. C., se convirtió en punto neurálgico de varias calzadas que la unieron a Ravenna, Verona, Patavium y Placentia, transformándose en la ciudad más influyente del norte del Adriático.

Aquilifer. Creado por Cayo Mario durante sus reformas del ejército, cuando concedió a las legiones las Águilas de Plata, era, junto al *primus pillus*, el mejor soldado de la legión y el portador del sacro símbolo central del ejército. Iba revestido con una piel de lobo, de león o de leopardo. Puesto de gran estima y alto honor, fue, a

su vez, peligroso, pues los ejércitos enemigos codiciaban las águilas de Roma. No hubo afrenta mayor para un general o legado que perder el águila de su legión. Augusto recuperó varias águilas perdidas en el transcurso de las campañas contra los cántabros, y Drusus recuperó el estandarte de la Quinta Legión *Alaudæ* durante sus invasiones de Germania. Arminius, sin embargo, será el enemigo que más águilas arrebató a las legiones de Roma en un solo enfrentamiento, durante la Batalla de Teutoburgo.

Aquitania. Extensión ocupada por la confederación de tribus celtas llamada de los aquitanios. Su *oppidum* más importante fue la de Burdigala, a la izquierda de la desembocadura del río Garona, y se extendió al sudoeste de la Galia Cabelluda, junto al río Carantonus, al norte de los Pirineos.

Ara Pacis Augustæ. *Altar de la Paz Augusta.* Símbolo del Principado de Augusto; es un monumento de planta cuadrada, a cielo abierto, con un altar en el centro, levantado en el Campo de Marte en el año 12 a. C. y fundado en el año 9 a. C., cerca del propio mausoleo del *princeps*, para conmemorar el final de sus guerras contra cántabros y astures, y las campañas contra los galos.

Arausio. Actual Orange. Situada en la orilla oriental del Ródano, en la Galia Transalpina.

Arduenna. Actual bosque de las Ardenas, en el norte de Francia. En los tiempos de Augusto sus extensiones cubrían desde el Mosa hasta el Mosela y era un bosque profundo e intransitable, centro de cultos druídicos.

Arélate. Actual Arles, emplazamiento muy probablemente fundado por los griegos, adquirió importancia cuando Cayo Mario decidió la construcción del canal del delta del Ródano.

Argentorate. La ciudad de Estrasburgo.

Argentum. Entre los romanos, plata, y, a su vez y en un sentido más general, dinero.

Aries subrolatus. Ariete provisto de ruedas, o, en su defecto, ariete que se hace rodar sobre un conjunto de troncos.

Armin (Erminer, Erminmer, Irminer, Hermino...). Al igual que otros nombres actuales como Arnold (Arnauld, Arnaldo), por cercanía con el germano *aar*, estaría vinculado con *águila*; *armin* vendría a significar algo así como *aguilucho*, *pollo de águila*, denominación que no parece descabellada, tratándose de un hijo varón que no es el mayor de la prole, y que por tanto no puede heredar, en el momento del nacimiento, el derecho a la raíz dominante de la línea genealógica, que a través de su abuelo Segismund y de su padre Segimer recae por ello en su hermano mayor Segifer, todas ellas formas nominales derivadas de la composición de la raíz germánica *sigu*, victoria. Arnulf y Argilulf son nombres longobardos del siglo V y VI d. C., y también conservan intacta, aunque abreviada, la raíz *aar*. Pero lo más probable es que el origen germano de este nombre quede sobradamente justificado

por su relación con las palabras *Hermino*, *Irmine*, *Erminer*, todas ellas variantes más o menos dialectales de *Irminur*, uno de los nombres con los que se referían a la deidad primordial de la guerra en la edad de hierro prerromana. Ver *Arminius*.

Arminius. Desde mi punto de vista, versión latina del nombre germano *Armin*. Algunos historiadores han sugerido que el famoso caudillo germano hubiese sido adoptado por miembros de la familia romana patricia del clan *Arminia*, tras su ingreso en el ejército romano como importante jefe de caballería. A mi parecer, esta teoría es muy poco probable y demasiado especulativa. Ver *Armin*.

As. Ases. Traducción del germánico *ase*, *asen*, *æsir*. Familia de los dioses que ya eran personificaciones mayores de las fuerzas de la Naturaleza. Su nacimiento es posterior al de los Vanes, las fuerzas en sí mismas carentes de humanización o representación, como la fertilidad o los cambios de las estaciones del año. Muy al contrario, los Ases fueron encarnaciones concretas en el ideario colectivo, cuyas siglas de identidad se repiten entre los celtas, los griegos o los romanos. El dios de la guerra guarda parentesco con el Tor nórdico, el Tutatis celta-galo y el Marte romano. Arqueólogos de gran prestigio como Ernest E. Jung o Hachmann sostienen que los Vanes tuvieron su origen en el pensamiento arcaico-mágico de la Edad de Piedra, mientras que los Ases nacieron con la revolución espiritual y el concepto individual de la Edad de los Metales, dominada por un pensamiento mítico-mágico.

As. Moneda romana, la unidad básica en su escala. En época de Augusto, pesaba once gramos y era de cobre; dieciséis ases equivalían a un denario.

Asciburgius. Nombre latino dado a los montes que hoy se conocen en alemán como Riesengerbirge (Montañas de los Gigantes).

Atrium. Recibidor de las mansiones romanas. Se componía de una gran abertura rectangular en el techo y de un estanque, el cual era usado en un principio para disponer de agua de uso doméstico, aunque después degeneró en elemento ornamental, al que solían añadirse peces.

Audax Iapeti genus. *La audaz raza de Japeto*. Horacio (*Odas*, I, 3, 27) designa con este nombre a Prometeo; por extensión, se aplica a la condición de la lucha humana por la supervivencia frente a la fatalidad del Destino.

Augur. Sacerdote romano. Su función era la adivinación. Cada augur era miembro del Colegio de Augures, repartido en Roma a partes iguales entre patricios y plebeyos. Después de la *Lex Domitia de Sacerdotiis* en el 104 a. C., promulgada por Cneo Ænobarbo, los augures fueron elegidos públicamente y ya no por los propios miembros del Colegio. Por lo que sabemos, el augur no procedía a su antojo, sino que examinaba ciertos objetos o signos acontecidos en su entorno, de los cuales extraía pseudoconclusiones, a menudo más arbitrarias que reales. Estos signos podían representar o no la aprobación de los dioses ante el inicio de una empresa, fuese de índole política, personal o militar. Existía un elaborado manual de interpretaciones,

por lo que los poderes psíquicos no eran necesarios en el elegido a tales efectos. Curiosamente, da una idea bastante clara al respecto el hecho de que el estado romano no gustaba de aquellos que ostentaban poderes sobrenaturales, prefiriendo atenerse al texto, entendido como una especie de ley arbitraria y más precisa, muestra de que hasta la muy extendida superstición debía atenerse a las leyes propias del espíritu de Roma. Los augures vestían la *toga trabea* y portaban el *lituus* (véanse en este mismo glosario ambas voces).

Augusta Treverorum. Actual ciudad de Tréveris.

Augusta Vindelicorum. Actual ciudad de Augsburgo.

Auxilia. Auxiliares. Tropas pagadas por Roma a través de sus ejércitos, con las que engrosaban los contingentes de ciudadanos de las legiones; no eran, por supuesto, ciudadanos de pleno derecho.

Ave Cæsar, morituri te salutant. *Salve César, los que van a morir te saludan.* Palabras que, según Suetonio (*Claudio*, 21), pronunciaban los gladiadores romanos al desfilar por delante de la logia imperial.

Aventino. Una de las siete colinas sobre las se asentaba la ciudad de Roma.

Barditus. Grito de guerra que, según Julio César (*De bello Gallico*) y Tácito (*Germania*), emitían los bárbaros del norte de Europa para intimidar a sus enemigos; lo describen como una especie de zumbido producido al soplar con los labios contra la parte posterior de los escudos.

Basílica, basílica. Importante edificio destinado a uso público, propiedad del estado. Podía contener tribunales, despachos, salas de reuniones o comercios. Eran erigidas por nobles ciudadanos de reconocido prestigio público, habitualmente consular, y estaban iluminadas por una lucerna cenital. La primera de las basílicas fue erigida por Catón el Censor, en el Clivus Argentarius. Después llegaron muchas otras como la Æmilia, Sempronia y Opimia, albergadas en el Foro.

Bátavos. Pueblo de origen germánico que habitaba en las desembocaduras del Mosa, al sur del Rin. Fueron aliados de Julio César y de Augusto. Sin embargo, protagonizaron junto a las tribus marcómanas una importante invasión del *limes* durante el mandato de Marco Aurelio, quien, desplazado a la zona, contrajo una peligrosa enfermedad que causó su muerte. En torno a este hecho se ha especulado si su salvaje y por lo demás antagónico hijo Cómodo fue el verdadero causante de la muerte, suficientemente lejos de Roma y ansioso de poder absoluto, a la vez que consciente de la desaprobación con que su padre, fiel al estoicismo, veía los excesos del primogénito.

Belgæ. Unión de tribus, de temible renombre, que dominaban los territorios al noroeste de la Galia Cabelluda en las proximidades del Rin. Su origen racial era mixto, y fueron probablemente mucho más germánicos que celtas. Entre ellos se contaban las tribus de los tréveros, los aduatucos, los condrusos, los belovacos, los

menapios, los arribates y los bítavos. Todos ellos fueron dominados por Julio César durante la Segunda Guerra de Germania.

Belovacos. Pueblo celta-germánico perteneciente a la confederación de los *belgæ*.

Berserker. Palabra islandesa de profunda raigambre germánica. Podría traducirse como *transfigurado, cambiado, trocado, metamorfoseado en animal*. Su origen reside en las primeras prácticas chamánicas y en la creencia popular según la cual, entre los germanos, se daban transformaciones en los animales a los que veneraban. Posiblemente, su existencia demuestra que las prácticas chamánicas fueron comunes entre los primeros pueblos germánicos de la Edad de Piedra y de la de Hierro, merced al uso de drogas naturales. A su vez, la mitología recuerda numerosos casos de *berserker* entre las aventuras de los Ases, como Loki, a quien se consideraba padre de Fenrir, el gran lobo, y de otros monstruos infernales. También induce uno de los conceptos guerreros más ancestrales, el de la transformación en el espíritu del animal que domina o da nombre a un clan, con objeto de despertar la furia en aquel sujeto que, al invocarlo, se enfrenta a un combate o participa en una batalla.

Bibracte. Importante centro galo. Localizado en la actual Borgoña, se cree que el emplazamiento original de su fortaleza se hallaba en los altos del monte Beuvray.

Biga. Carro de guerra tirado por una pareja de caballos.

Birreme. Entre los romanos, nave con dos órdenes de remos.

Bohuslän. Provincia del sur de Suecia, famosa por sus hallazgos arqueológicos tanto germánicos como vikingos.

Boiohamum. La actual Bohemia, en Checoslovaquia. Región habitaba por las tribus germánicas eduas, marcómanas y suevas.

Bonna. Actual ciudad de Bonn. Entonces sólo se trataba de uno de muchos campamentos próximos a Colonia Agrippina.

Bononia. Actual región de Bolonia.

Breno. Rey celta. En el año 390 a. C. saqueó Roma. Casi llegó a apoderarse del Capitolio durante su asedio, de no haber sido por los gansos sagrados de Juno, que graznaron hasta despertar al consular Marco Manlio. Tras descubrir el punto de las murallas por el que los galos escalaban, consiguió rechazarlos con sus tropas. Viendo su ciudad reducida a humo y escombros y sin provisiones, los defensores del último bastión decidieron comprar sus vidas, lo que fue pactado a cambio de mil libras de oro. Breno aceptó y llevó unas pesas trucadas al Foro. Allí los romanos se quejaron y Breno pronunció la famosa frase, *Væ victis!* (véase más adelante). No teniendo tiempo para matar a los romanos por su audacia, un ejército romano irrumpió en Roma, dirigido por el nombrado dictador Marco Furio Camilo, quien venció a Breno y los asaltantes en un primer combate en las calles de Roma. El segundo combate tuvo lugar a ocho millas de la ciudad, en la Vía Tiburtina, donde finalmente la leyenda transmitida por Livio dice que los invasores fueron aniquilados. Camilo

consiguió, además, gracias a un discurso, que los plebeyos no abandonaran la ciudad para asentarse en Veii, y por todo ello fue considerado segundo fundador de Roma. No sabemos qué fue del rey Breno, aunque es probable que consiguiese huir hacia el norte con buena parte del botín.

Britania. Nombre que dieron los romanos a lo que hoy es Inglaterra.

Brúcteros. Pueblo germánico que habitaba al este del curso bajo del Rin. Sufrieron las invasiones de Julio César y demostraron desde el comienzo una abierta indisposición y rebeldía contra Roma. Por ser de aquellos pueblos que habitaron en las cercanías del *limes*, sufrieron por partida doble la crudeza de los ejércitos de Roma.

Brundisium. La actual ciudad llamada Brindisi. Uno de los puertos más importantes del sur de la península itálica. Fue convertido en el 244 a. C. en colonia de pleno derecho.

Burgundios. Pueblo germánico que Tácito, en su *Germania*, ubica más allá del cauce del Visurgis, en las llanuras norteñas que descienden al encuentro del mar del Norte.

Cætra. Escudo redondo de origen celta, mucho más pequeño que el usado por las legiones de Roma, habitualmente provisto de un umbo de metal en su centro. Normalmente son descritos como muy coloridos. Era un arma adecuada a la lucha ágil y de gran movilidad a la que estaban acostumbradas las hordas celtas.

Calceus. Distintivo en forma de media luna, tallado en marfil, que acostumbraban lucir en sus calzados los senadores romanos.

Caledonia. Nombre que dieron los romanos a la actual Escocia. Fue una región montañosa habitada por pueblos indómitos, y Roma renunció a su dominio desde el comienzo. Resulta interesante la idiosincrasia de sus moradores primitivos, cuyo origen está todavía poco esclarecido, aunque en el ideario colectivo nos han quedado los apócrifos relatos gaélicos sobre Ossian y su padre, el mítico Fingal, así como las hazañas de su abuelo, el temible Tremnor.

Cáliga. Calzado que usaban como norma general los legionarios. Especie de sandalia bien ceñida y atada con correas a la pantorrilla. Durante la Edad Media el término pasó a designar el calzado de los obispos.

Calzada. Camino empedrado con grandes losas planas sobre una serie de estratos de morteros primitivos a base de gravillas y piedras de diversos tamaños (llamados, desde el más profundo al más superficial, *statumen*, *rudus* y *nucleus*), que los romanos usaban para facilitar el transporte de mercancías y el movimiento de ejércitos. Las calzadas fueron al Imperio Romano en la antigüedad lo que a la civilización occidental y al Imperio Británico en África, Asia, Norteamérica y Sudamérica el empleo de las líneas de ferrocarril.

Campo de Marte. Estaba ubicado al norte de la Muralla Serviana, limitado al sur por el Capitolio y al este por la colina Pinciana, en su parte restante encerrado por la

curva del río Tíber. Era el lugar en el que acampaban los ejércitos cuando iba a ser entregado un triunfo, también se realizaban en él prácticas militares y se celebraban los Comicios de los Centuriones. Era cruzado por la Vía Flaminia, que partía de Roma hacia el norte.

Canícula. Nombre dado a la estrella Sirio en el Can Mayor. Por extensión, se llama así también al tiempo en el que Sirio nace y se pone con el sol. Suelen ser los meses más calientes del año.

Capite censii. Censo por cabezas. Ciudadanos romanos tan pobres que no pertenecían a ninguna de las cinco clases, razón por la que carecían de voto en las asambleas. En su mayor parte pertenecían a las tribus urbanas, concretamente cuatro de las treinta y cinco que existían. Por ello carecían de muy poco peso en las reuniones de la plebe, de las tribus o del pueblo romano.

Capitolio. La colina que en su mayor parte estaba reservada a edificios públicos y religiosos. En su altura no hubo nunca residencia privada alguna; sin embargo, en sus laderas se alzaron algunas de las más fastuosas villas de la ciudad de Roma.

Carinæ. Fue una de las áreas residenciales más lujosas de Roma. Se hallaba en la cumbre norte la colina Opiana, extendiéndose entre el Velia, el Foro Romano y el Clivus Pullius. Calle principal que descendía la colina Opiana por el lado norte hasta el pie de la colina Cispiana, donde desembocaba en el Clivus Suburanus.

Carnutos. También nombre de la confederación más amplia entre las tribus celtas de las Galias. Se extendía a lo largo del río Liger, entre la desembocadura en el mismo del río Caris y la ciudad de Lutecia.

En su bosque sagrado se hallaban las escuelas drúidicas y los nemeton de culto más importantes del mundo celta continental.

Carnutos, Bosque de los Carnutos. Bosque legendario de la tradición drúidica, cuya ubicación exacta no ha sido aclarada hasta el momento por los hallazgos arqueológicos. Se sabe por diversas fuentes latinas que allí los druidas del mundo celta continental acostumbraban celebrar extraordinarias reuniones y multitudinarias peregrinaciones, hasta que el emperador Claudio persiguió y abolió los ritos del druidazgo así como sus prácticas, considerándolos un bárbaro anacronismo de las Galias.

Caronte. Dios infernal del panteón latino. Su función consistía en regir los infiernos junto a Minos.

Castellum, castelli. Fortín romano rodeado de diversas defensas que se construía normalmente en la cercanía de una frontera. A diferencia del campamento, en el *castellum* había guarniciones permanentes de control y vigilancia.

Castellum Mattiacorum. Campamento anexo a la actual Maguncia, entonces Moguntiacum.

Castra Batava. La actual ciudad de Passau.

Castra Regina. La actual Regensburg.

Cattos. Conjunto de tribus germánicas consideradas de gran poderío por Tácito en su texto *Germania*. Habitaron el corazón de los montes Taunus y Hercynia, y Tácito refiere muchas anécdotas sobre su estricto código de guerra.

Caucos. Pueblo germánico que habitó los altos del río Wesser.

Caveant cónsules! Debellare superbos... ¡Cuidado, cónsules! Derribar a los soberbios... Expresión compuesta por dos conocidas frases latinas. La primera, *caveant consules ne quid detrimenti república capiat* (cuidado cónsules, que la república no sufra menoscabo), era una fórmula con la que el Senado romano invitaba a los cónsules para que designasen un dictador, en un momento de crisis o ante una gran amenaza. Unida a *debellare superbos* (derribar a los soberbios), palabras de Virgilio (*Eneida*, VI, 5, 853), argumentan una contradicción intencionada por parte del personaje que la formula, a fin de cuentas un senador a favor de la república y en contra de la forma imperial de Augusto, demasiado cercana a la odiada monarquía de la que huyó el modelo posterior a los primeros y sangrientos siglos de Roma. Se entiende el mordaz cinismo del senador al trazar una parábola de causalidad entre una idea puramente republicana y un verso de la *Eneida* de Virgilio, que a fin de cuentas estaba dedicado a la familia de Augusto, y que trataba de legitimar, con un origen divino, su forma de poder, por tanto atacando a la *monarquía* con un verso *monárquico*.

Celtas. Denominación actual para una raza de bárbaros que emergió en la Europa central durante los primeros siglos del primer milenio a. C. Racialmente distintos de los germanos, empleaban lenguas semejantes al latín en sus formas. Lograron asentarse hacia el año 500 a. C. en España, Galia, Galacia, Macedonia, Tesalia, Illyricum, Moesia y Anatolia Central; no ocurrió así en Italia ni en Grecia.

Centurión. *Centurio*. Oficial al mando de ciudadanos romanos o tropas auxiliares. No se debe equiparar al suboficial moderno, dado que los centuriones del ejército romano eran verdaderos profesionales. Un general romano no se preocupaba por la pérdida de tribunos, pero se rasgaba las vestiduras si el número de centuriones muertos en una refriega era demasiado elevado. La jerarquía en el interior de la legión situaba a los más veteranos centuriones en altos puestos de intendencia, hasta llegar al *primus pillus*, el soldado más importante, que ordenaba y recibía órdenes directamente del general o del cónsul al mando.

Cimbria. Quersoneso Címbrico. Actual península de Jutlandia. Patria de los cimbrios, junto a los archipiélagos del sur de Scandia. Se sospechaba que al sur de los territorios de Cimbria habitaban los restos del antiquísimo pueblo de los teutones, al que la mayoría de las tribus germánicas ubicadas al sur consideraba como los padres de todos clanes. Véanse *Tuisto* y *cimbrios*.

Cimbrios. Pueblo germánico de gran fama entre los romanos. Vasta confederación de

tribus que en un principio habitaron del norte del Quersoneso Címbrico. En el 120 a. C. iniciaron, junto a la gran confederación germánica de los teutones, una migración épica hacia el sur. Se desconocen las causas de este éxodo. Este traslado ocasionó la cruenta primera guerra de Roma contra Germania. Fueron finalmente masacrados por Cayo Mario en dos decisivas batallas.

Cínico. Seguidor de las enseñanzas propias de la escuela filosófica fundada y propugnada por Diógenes de Sinope. En un principio, los cínicos creían en la sencillez y la libertad como la base de un modo de vida que negaba los grandes ideales, intangibles para el placer del ser humano, desconfiando de los deseos y de las ambiciones mundanas.

Cloaca máxima. Sistema de alcantarillado que recorría la Subura, el Capitolio, el Foro Romano, el Velabrum y el Esquilmo Superior, para desembocar en el Tíber, entre los puentes Sublicio (de Madera) y Emilio. El río Spinon era el río que fluía por el primer alcantarillado.

Cohorte. Unidad táctica del ejército romano. Cada cohorte estaba formada por seis centurias. Cada legión constaba de diez cohortes. La potencia de un ejército romano a menudo se refería por el número de cohortes que lo componían, en lugar del número de legiones.

Colonia Agrippina. La actual ciudad de Colonia. Fue fundada por Marcus Vipsanius Agrippa tras la deportación y posterior reubicación de los germanos rendidos a Roma llamados ubios, expulsados de sus asentamientos en las márgenes derechas del Rin por los suevos y los marcómanos.

Cónsul. La más alta magistratura romana dotada de *imperium*, el escalón más elevado del *cursus honorum*. Cada año se elegían dos cónsules, cuyo mando se turnaba de acuerdo a un sistema de poderes vigilado por el Senado. El *imperium* del cónsul no tenía límites, anulando, si hubiese *contradictio*, el *imperium* de cualquier gobernador proconsular. Su poder se extendía sobre cualquier ejército.

Coronas honoríficas de Roma. *Cívica*, estaba entrelazada con hojas de encina, se entregaba al soldado que había salvado la vida de un compañero sin abandono del campo de batalla. *Gramínea*, también llamada Corona de Hierba, era un altísimo honor para aquel que hubiera salvado de la derrota a una legión o a un ejército. *Vallaris*, corona de oro que para el primer valiente que asaltara las defensas de un campamento enemigo. *Áurea*, corona de oro, entregada por haber matado a un enemigo en combate singular, o presenciado por gran parte del ejército. *Muralis*, corona dentada de oro que era otorgada al primero que hubiera escalado los muros de una ciudad durante un asalto. *Navalis*, corona de oro entregada por hazañas durante una batalla naval.

Cuatorviro. Cada miembro de un conjunto de cuatro al que se le había encomendado el gobierno de una ciudad, especialmente la administración general y la ejecución de

obras públicas.

Cunnus. Vocablo obsceno; epíteto aplicado al órgano sexual femenino.

Cursus honorum. *Curso de honor.* Etapas que debía cubrir el aspirante a cónsul. Primero ingresaba en el Senado, luego servía como cuestor, después debía ser elegido pretor y, finalmente, podía presentarse a la elección consular.

Curul. En la cultura romana, silla creada sobre piezas de marfil. Por extensión, tribuna de algún alto cargo del estado.

Danuvius. Nombre romano del actual río Danubio, Donau o Dunarea.

Delenda est Germania. *Destruída sea Germania.*

Denario. Unidad del sistema monetario romano. Era de plata pura. Contenía 3,8 gramos de dicho metal. Cada denario equivalía a dieciséis ases. Su tamaño era igual a la actual moneda de diez centavos americana, o bien la de tres peniques inglesa, o la de diez céntimos de euro. El talento, por ejemplo, se componía de 6.250 denarios.

Dia nefas. *Día nefasto.* El más temido era el 17 de julio. Conmemoración del día en el que Breno invadió Roma. Estaba prohibido emprender viajes o empresas peligrosas en tal fecha, y los augures realizaban diversas prácticas religiosas como plegaria por Roma hacia los dioses.

Dies Sanguinis. *Día de la Sangre.* Se trataba de la jornada dedicada a Bellona, la esposa de Marte, diosa de la sangre. Tenía lugar el 24 de marzo.

Divitio. Otro de los campamentos romanos ubicados en las cercanías de Colonia Agrippina y del Rin.

Domus. Vivienda aislada urbana que pertenecía a una sola familia o a una sola persona.

Druidazgo. Cultura religiosa de los druidas, forma de los cultos celtas. Su creencia se extendía por las Galias, Britania e Ivernia. En las Galias, sus principales centros de culto estaban en la Galia Cabelluda, en los territorios de la confederación de los carnutos. Culto naturalista y místico, nunca fue visto con buenos ojos por los romanos, que lo consideraron bárbaro y salvaje.

Eber. En alemán, nombre dado al jabalí macho adulto, especialmente al de gran tamaño. Se ha recurrido a su incursión en el relato, junto a la voz *keiler*, para añadir cierta variedad descriptiva en la presencia de un animal de gran importancia en la cultura germana.

Eburones. Pertenecientes a las tribus galo-célticas de los *belgæ*, se sospecha también que fueron tribus semigermánicas. Fueron vencidas por Julio César.

Editor. Aquél que encargaba la celebración de unos juegos, financiándolos a su nombre, con dinero propio, del erario público o de otros financieros romanos en posesión de grandes fortunas.

Eduos. Tribus germánicas vecinas a los boios y marcómanos, y bajo su dominio. Habitaron territorios de los Montes Sudeta, en la actual Checoslovaquia, así como

territorios de la Galia Cabelluda. Fueron romanizándose en la medida en que los ejércitos consulares destruyeron a sus enemigos tradicionales, los arvernos, con Vercingetórix a la cabeza.

Égloga. Entre los antiguos, composición poética de género pastoral. Virgilio escribió muchas imitando el estilo de Teócrito.

Elisazo. Actual ciudad de Elsass.

Encytum. Variedad gastronómica romana recogida por Catón en su obra *De agricultura* de la siguiente manera: «Mezclar queso y harina de farro a partes iguales. Tomar un embudo ancho y distribuir la masa sobre manteca hirviente. Dar al resultado forma de espirales, cubrir con miel y dejar enfriar. Servir con miel o con mulsum».

Ennio. Poeta romano considerado bárbaro en la época de Virgilio, por su potente uso de las rimas y su ritmo poco labrado y demasiado abrupto.

Epityrum. Variedad gastronómica romana. Al parecer se trataba de una especie de paté de aceitunas trituradas descrito por Virgilio en su obra *Appendix Vergiliana*.

Equites. Ordo equester. Orden romano de la alta sociedad. Para pertenecer a esta selecta capa era requisito imprescindible que el aspirante poseyese una renta anual de 400.000 sestercios. Originalmente fueron la caballería romana, pero paulatinamente devino sociedad de alto nivel económico sin obligaciones militares específicas, dado que las caballerías de las legiones fueron en su mayor parte engrosadas por mercenarios, especialmente germánicos, sármatas y galos.

Ergástulo. Recinto en el que durante la noche los esclavos domésticos eran encerrados. Por otro lado, a veces sucedía que el grado de confianza entre el amo y sus esclavos era tal, que muchos de ellos disponían de sus propias habitaciones en la casa.

Escorpión. Máquina de guerra basada en la técnica de torsión de las catapultas; era una lanzadera de largos lances a modo de las grandes balistas. Se cuenta que fueron de terrible precisión, y que sus lances podían transverberar una veintena de hombres antes de detener su vuelo mortal.

Estadio. Medida romana de longitud. Equivale a unos 175 metros. Estiria. Región alpina que hoy compone uno de los estados de Austria. Su capital es Graz.

Falcata. Arma de los celtíberos. La hoja de la espada era ligeramente curva, apta para el mandoble y para el golpe en punta.

Fasciæ. Especie de espinillera metálica que componía una parte de la panoplia de ciertos gladiadores.

Felatrix. Prostituta que practica la felación. Masc., *felator*.

Fenrir. Monstruo gigantesco de la mitología germánica, especie de can o lobo nacido del incesto entre Loki y una de las gigantas infernales. Era invocado en la guerra. Se creía que Wotan había conseguido encadenarlo a una montaña en el este con ayuda de

su hijo Tor, manteniendo al mundo a salvo de su ruina. Las profecías del Ocaso de los Dioses anunciaban que Fenrir se liberaría de sus cadenas y que, en compañía de todas las criaturas contrarias a los Ases, acudiría a la batalla final, donde daría muerte a varios de los dioses.

Flamen dialis. Sacerdote de Júpiter. Fue el más antiguo de entre los quince *flamines* que componían, junto a las dieciocho vírgenes vestales, los dieciséis pontífices y el *Rex Sacrorum* (Rey de los Sacrificios), el Colegio de los Pontífices de Roma.

Flevo, lago. Gran superficie lacustre que se extendía al norte de las desembocaduras del Rin, junto a las praderas fluviales de los frisios y de los amsívaros. Fue desecado por los habitantes de los Países Bajos y convertido en territorio habitable con el transcurso de los siglos. Se han hallado en sus cercanías numerosos yacimientos arqueológicos de origen germánico.

Framea. Véase *gæso*.

Francos. Más tarde se recurrió en historia a este término para denominar la fusión o conglomerado de diversos pueblos germánicos y galos ubicados en aquella zona geográfica de la Galia Bélgica. Se duda que en los tiempos de este relato existiese pueblo alguno que ostentase tal nombre.

Frigg. Divinidad femenina del panteón germánico. Esposa de Tor, se le atribuía gran belleza, cierta frivolidad y turgentes senos.

Frisios. Pueblo germánico que habitó en la costa sur del lago Flevo, al norte de la desembocadura del Rin.

Furor teutonicus. Expresión atribuida a Julio César, anotada por sus escribanos durante el dictado de su famosa obra dedicada a las conquistas galas, *De bello Gallico*. Expresión con la que definía la actitud denostada y de loco heroísmo con el que, al principio, se enfrentaron las tribus germanas contra los ejércitos de Roma. Como los galos, César anota que los germanos combatían a pecho descubierto por razones rituales, se pintaban el rostro con diversas tinturas naturales, y lanzaban horriblos gritos para amedrentar y desorientar al enemigo.

Fürst. En alemán moderno, *príncipe*. Pero no debe confundirse con el *princeps* latino, pues en su origen definía al caudillo que gobernaba las tropas germánicas por sus propios méritos en el campo de batalla, razón por la cual las hordas le mostraban su respeto y le juraban la *devotio* de fidelidad. Su uso era variado, entre el atributo de la nobleza y el honor otorgado por la comunidad debido a sus cualidades como líder. Véase *herzog*.

Gades. Actual ciudad de Cádiz.

Gæsatos. Del céltico *gaison*, del germánico *gaizaz*, ambos se traducen por *lanza*. Los *gæsatos*, *los lanceros*, *armados con lanza*. No se han hallado más referencias a este pueblo a parte de la mención en los anales de Roma, que data de una batalla que tuvo lugar en la Galia Transalpina en el año 222 a. C.

Gæso. Pesada barra de hierro, provista de una punta afiladísima, que los germanos blandían en defensa a corta distancia, o que arrojaban a caballo contra las huestes armadas. También conocido como *framea*, según Tácito (*Germania*).

Galacia. Provincia romana oriental, al norte de Siria. Fue fundada por las tribus celtas de los tolistobogios, los trocmi y parte de los voleos tectosagos, cuando, muerto su caudillo, cruzaron el Helesponto y se establecieron en Asia Menor, en una extensión llamada, pues, Galacia. Su pacificación y anexión al Imperio se debe a Marcus Lollius.

Galia Cabelluda. Véase *Galia Comata*.

Galia Comata. También conocida como Galia Cabelluda. Se aplicó el pseudónimo latino, *cabelluda*, debido a que sus moradores eran los galos de largos cabellos. Incluía los territorios de las actuales Francia y Bélgica, y fue para los romanos una vasta extensión de ricas tierras con enormes recursos agrícolas sin explotar e irrigada por numerosos ríos de gran caudal. Durante la administración de Augusto, estaba dividida en cuatro Galias: Lugdunensis, Aquitania, Bélgica y Narbonensis. Sus moradores eran los galos (con un total de cincuenta y siete tribus), mezclados en la franja norte próxima al Rin con otras tribus germánicas que habían dado lugar a los híbridos de la confederación de los *belgæ*. Los galos nunca buscaron el contacto con los romanos, salvo cuando no tuvieron más remedio que aceptarlo, en las zonas fronterizas, y vivían, al estilo rural, de la agricultura y de la ganadería en pequeñas aldeas o alquerías fortificadas que preservaban la libertad de sus clanes, el tesoro de sus jefes y el trigo de la comunidad. Cuando no se hallaban demasiado mezclados con los germanos, los galos vivían bajo la influencia de sus druidas. Es importante reconocer que los galos de largos cabellos no eran amantes de la guerra y que, a diferencia de los germanos, no la veneraban como *modus vivendi*, pero llegada la ocasión de combatir se convertían en fieros guerreros. Bebían más cerveza que vino, sobre todo hacia el norte, comían más carne que pan, preferían beber leche y usaban la mantequilla para cocinar en lugar del aceite de oliva. Físicamente nos han sido descritos por los historiadores romanos como altos y fornidos, generalmente rubios o castaños, de ojos azules o grises.

Galia Itálica. Nombre simplificado elegido para la provincia de la Galia Cisalpina, de este lado de los Alpes. Incluía los territorios de los ríos Amus y Rubico en el lado italiano de las montañas alpinas que separaban a Italia y la Galia Itálica del resto de Europa. De este a oeste se hallaba biseccionada por el río Padus (el actual Po).

Galias Transalpinas. Las provincias romanas al otro lado de los Alpes según la administración de Augusto. Ver Galia Comata.

Garum. Salsa de pescado a la que se atribuye una terrible pestilencia, muy codiciada por los romanos. De cualquier modo, los estudiosos modernos de la gastronomía romana han deducido, a partir de las recetas recogidas por Apicio y de otras

investigaciones, que el *garum* no debía ser tan insoportable al gusto moderno como se ha creído hasta la fecha, pues se considera que metían los peces sin eviscerar en sal durante 65 días, aderezados con 16 especias diferentes, en un proceso de maceración.

Gens. Clan. Familia en un sentido amplio, comprendiendo los grados de parentesco más alejados.

Gépidos. Tribu galo-germana perteneciente a la confederación de los *belgæ*.

Gladio. Gladio hispano. Espada corta de uso común entre los legionarios. A diferencia de la *falcata*, carecía de protección en torno a la empuñadura y su hoja era perfectamente recta.

Glassum. Versión latina, según Tácito (*Germania*), del término germano *glas* con el que las tribus del norte se referían al ámbar. Los romanos también empleaban los términos *electrum* y *sucinum*.

Godos. Pueblo germánico de gran renombre en la historia. Habitaron en los territorios de la actual Polonia. Vivieron en paz con la frontera de los sármatas debido al miedo que se tenían mutuamente ambos pueblos, y en los tiempos de este relato no se vieron amenazados por Roma, por estar sus dominios demasiado al norte. Más tarde desempeñaron un papel decisivo en la caída de Roma, cuando Alarich, rey de los ostrogodos, capitaneó la invasión definitiva que echó abajo las fronteras en el año 411 d. C.

Goteborg. Ciudad sueca. Se hallan emplazamientos germánicos desde la Edad de Piedra en sus alrededores.

Græculus. Nombre despectivo con el que los romanos se referían a los esclavos y libertos de origen griego. A menudo se dedicaban a tareas relacionadas con la cultura y la educación, como la gramática, la oratoria, la filosofía, las artes del cálculo o la ingeniería, así como la música o las artes escénicas.

Grammaticus. A diferencia de lo que se piensa, no se trataba de un maestro de gramática, sino del arte de la retórica. Muchos de ellos eran de procedencia griega.

Grecóstasis. Edificio ubicado en Roma, dedicado a la recepción de embajadas extranjeras.

Gustaticium. Degustación de varios platos; menú.

Hastatii. El cuerpo de los legionarios más pesados de una legión. Usaban la lanza. Habitualmente componían las cohortes más resistentes, y se utilizaban en el movimiento de la legión con objeto de resistir las embestidas del enemigo. Los *hastatii* estaban entrenados para proceder como unidades ágiles que se abrían y cerraban, lo que lograba fragmentar las hordas enemigas y reducirlas a grupos cada vez menos numerosos. Las mayores matanzas de los *hastatii* sucedían por alcance, no por ataque.

Hékate. Diosa de la muerte, venerada por los griegos. Junto a Minos, el legislador de los infiernos, velaba por los designios de ultratumba.

Heimdall. Dios germano perteneciente a la familia de los Ases. Se le consideraba el guardián de la morada de los dioses, las montañas de Asgard, y esperaba al pie del arco iris, el puente por el que se accedía al Walhall, el salón de las tormentas.

Helia. Diosa infernal en la mitología germánica. Su culto estaba extendido entre algunas de las tribus del norte.

Herminonios. Pueblos germanos que adoraban a Herminon, hijo de Mannu, dios de la guerra. Eran mayoritariamente las tribus del interior: cattos, hermúnduros, queruscos, anglos, brúcteros, vindélicos, marcómanos, usípetos, téncteros, márseros.

Hermúnduros. Pueblo germánico que habitaba en el curso medio del Elba, en Hermunduria.

Herzog. La palabra *herzog*, que traducimos hoy del alemán como *duque*, contiene las raíces de *herr*, señor, y *zog*, una de las formas del verbo irregular *ziehen*, *tirar*, *arrastrar*, y por ello está unido a una idea primigenia de *movimiento*, en el sentido que implica *actividad*, *dominio*. Es una palabra que encierra y propone el significado de *líder*, si tenemos en cuenta que los historiadores romanos mejor documentados, como es el caso de Tácito en su texto *Germania*, nos describe, a la *cabeza*, de las hordas germánicas, a hombres en posesión de estos títulos, junto a la palabra *príncipe*. Tácito dejará escrito que Arminius era *un príncipe querusco*, es decir, un líder querusco, de la casta guerrera, hijo de un duque querusco. A diferencia del concepto medieval de la palabra alemana para príncipe, *fürst*, su origen mantiene intacto y con claridad lo que designaba en su fase primitiva. Dentro de la estructura de las castas guerreras de los germanos, *fürst* está emparentada en su raíz con la anglosajona *first*, *primero*, *único*, y describe tanto los derechos como las obligaciones de ese título: articular la defensa del pueblo, y a su vez ser el *primero*, el *líder*, el que dispone de la orden de asalto y de la capacidad de decisión. Hasta tal punto el concepto de lucha está presente entre los germanos, que sus dioses reflejan esa concepción de la guerra como padre de todas las cosas, recordando a un presocrático Heráclito. Wotan, también conocido como Odín, proviene de *wuoden*, antecesora de *wüten*, *rabiar*, *encolerizarse*, unido al modo de pelear. La lucha, una necesidad para sobrevivir y mantener el dominio de los recursos naturales, una obligación ineludible para cualquier tribu desde el origen del hombre, continuaba siendo entre los germanos un rasgo muy marcado, más que en otros pueblos de su entorno, como los galos celtas o los nómadas de las estepas orientales. El *Walhall*, otro símbolo de su mitología, será para ellos el paraíso, la sala (*Hallê*) de la guerra (*wal*, ant. Germ.) donde Wotan, Ziu o Herminon-Irminur, el Supremo, recibe a los héroes caídos en las guerras, y el *Ragnarök*, el ocaso del mundo, será la caída de los dioses en una apocalíptica batalla final. Extenuados por las luchas tribales e intestinas, sólo cuando un enemigo común amenace la libertad de los germanos se verá provocada en ellos la necesidad de unirse unos a otros, de salir de la concepción tribal, más estrecha, en

busca de una conciencia más amplia del propio *pueblo*, ya en el sentido de *estado*.

Impluvium. Apertura en el techo de las casas romanas, por las que accedía la luz con la que se iluminaba el *atrium*, dotando de privacidad a las ventanas interiores, y por donde se acumulaba el agua de las lluvias, que revertía en los aljibes y en el estanque.

Ingævonios. Las tribus de la costa, que se atribuían al dios Ingaavon. La oscura diferenciación que realiza Tácito en su *Germania* habla de dos grandes conjuntos de tribus germánicas. Por así decir los del interior y los de las costas.

Insulæ. Casa urbana romana de varios pisos. Llegaron a una altura de seis u ocho plantas, y fueron objeto de terrible especulación inmobiliaria. Eran construcciones de malísima calidad, y era habitual que los edificios se viniesen abajo o ardiesen debido a la mala disposición de los fuegos en su interior, donde los subarrendatarios dejaban que fuesen docenas las personas que ocupaban una sola cámara. Cuando las leyes se endurecieron, exigiendo muros más anchos que soportasen el peso de aquellos edificios, se ha descubierto que muchos de ellos eran levantados con muros falsos, cuyo interior era relleno con cascotes de la propia obra. El resultado era una estructura insegura que no tardaba en derrumbarse. Las leyes de Augusto prohibieron que se alzasen edificios de más de seis plantas, aunque los senadores, verdaderos especuladores de la ciudad de Roma, no parecieron hacer demasiado caso, pues el negocio de poseer *ínsulæ* en Roma era uno de los más lucrativos del momento. La situación vivió una de sus peores crisis en el año 33 d. C., cuando Tiberio ya era emperador. El «crac del 33» fue ocasionado por una sucesión alarmante de derrumbamientos e incendios, así como por un auge exhaustivo de los intereses exigidos por los prestamistas. La gente ya no podía pagar sus casas y llegó una fiebre vendedora. Como no había liquidez, la demanda era mucho inferior, con lo que los precios cayeron en picado. La situación de caos fue resuelta por el propio Tiberio, quien tuvo que intervenir en la economía con su propia fortuna, recurriendo a un método poco ortodoxo: confiscó las minas de oro de Sierra Morena, en Hispania, bajo una falsa acusación contra su administrador, un tal Mario (multimillonario de la época al que se le debe el nombre de *Sierra Morena*) y acuñó gran cantidad de moneda con la que rescató a Roma de la preocupante situación, pagando muchas de las deudas y frenando la espiral de la depreciación.

Irminur (Herminur, Herminon). Uno de los más primitivos nombres del dios supremo de la guerra entre los germanos, junto a Tuisto y Ziu. Hijo de Mannu y nieto de Tuisto. Le veneraban los germanos del interior, identificados todos ellos bajo el nombre general de *herminonios*. Su forma de veneración consistía en una suerte de bloques megalíticos en forma de columnas, en torno a las cuales alzaban círculos de piedras. Estos altares recibieron el nombre de *Iminsûl*, Columnas de Irminur, pues suponían que sostenían el cielo y que ponían a los hombres mortales en contacto con la divinidad. La última de ellas, convertida en un gran centro de culto, fue destruida

en Ehresberg por Carlomagno a finales del siglo VIII durante las guerras contra los sajones. Esta creencia en el significado totémico de la presencia de los megalitos se remonta a la Edad de Piedra, cuando estaba prohibido tocar los monumentos, por considerarlos puertas que se abrían al más allá. Un aprovechamiento brillante de esta visión tan primitiva como estimulante lo encontramos, paradójicamente, en una película futurista, en el guión de Arthur C. Clarke para *2001: Odisea en el espacio*; cuando el cosmonauta toca el misterioso monolito desenterrado en la Luna, sufre un estado de shock, acompañado de alucinaciones, y, en la segunda ocasión, al aproximarse a él en medio del vacío cósmico, experimenta un *salto al infinito*.

Irrumatrix. Literalmente, *succionadora*. Masc., *irrumator*. Calificativo muy peyorativo para hombres, efebos, prostitutas o mujeres lascivas, ninfómanas, o adúlteras. Se consideraba de peor condición moral que la *felatrix*.

Istævonios. Según la oscura división de los pueblos germánicos legada por Tácito en su obra *Germania*, con esta palabra se refería a los semnonios, suabos, tungrios, turingios, ubrios, eduos, eburones, vangiones, sugambrios, amsívaros, longobardos, bátavos, sajones, rugios, vándalos, gépidos, burgundios, godos y ostrogodos.

Iugula. *Degüéllalo*.

Ivernia. La actual Irlanda.

Keiler. En alemán, palabra de origen germánico que describe a un jabalí especialmente violento, provisto de afilados colmillos. También hace alusión a un cierto gusto o tendencia por las peleas, como lo demuestra la extendida palabra *keilerei*, *refriega*, *escándalo violento*. A diferencia del *Eber*, no tiene por qué ser un macho viejo de gran tamaño.

Kuninc. Vocablo germánico que significa algo así como *rey*, *líder supremo*, el más alto cargo de un pueblo germánico cuyos clanes y tribus están unidos bajo una casta guerrera organizada. Era, por así decir, el jefe de jefes, a menudo elegido entre las familias de jefes, o porque se trataba del líder que contaba con un mayor número de guerreros. A diferencia del *könig*, palabra moderna alemana que se traduciría a su vez por *rey*, el *kuninc* podía ser elegido por el consejo de las tribus, teniendo o no carácter hereditario. Disponía de una guardia personal que le seguía a todas partes y que estaba obligada a luchar hasta morir por salvarlo durante una batalla; a menudo se desplazaba en carro en las ocasiones solemnes, sobre su propio escudo, en pie, mientras dos o más yeguas necesariamente de pelo blanco tiraban del conjunto.

Laserpicium. Condimento muy apreciado por los romanos que se extraía de una especie de hinojo gigante silvestre que crecía en el norte de África.

Lauriacum. Actual ciudad de Lorch.

Legario. Monolito que se usaba en las calzadas galas. Aparecía tras la longitud equivalente a una legua gala, es decir cada 2.222 metros.

Legatus imperialis. Legado imperial. Cargo que no existió hasta la época de

Augusto. Era el portador del *imperium* militar en el desarrollo de una misión concreta para la que era escogido «a dedo» por el Emperador en persona.

Lenos. Proxeneta. *Ver palæ.*

Libum. Especialidad culinaria romana, especie de hogaza citada por Catón en su obra de gastronomía *De agri cultura*.

Lictor. Funcionario tradicional al servicio del Senado. Perteneían a un colegio de lictores. Proveían de escolta a todos aquellos que poseían o gozaban de *imperium* tanto en Roma como fuera de ella. Ciudadanos romano de pleno derecho, no pertenecían, a diferencia de los del colegio de sacerdotes, a las clases altas, porque se sabe que su sueldo no era demasiado alto y que dependían de la grandeza y generosidad de aquellos a los que debían escoltar. Dentro de Roma vestían una sencilla toga blanca, pero fuera vestían otra carmesí cerrada por un cinturón oscuro guarnecido con piezas de latón. Sólo en los funerales, vestían la toga negra.

Limes. Frontera; nombre que los romanos dieron a la línea que recorría los límites de sus dominios.

Lituus. Bastón de los sacerdotes romanos, de la altura de un hombre, o incluso más, y curvado en la parte superior.

Loki. El más controvertido e interesante de los dioses del panteón germánico. As del fuego y de la mentira, Loki también es el mejor orador del conjunto, atribuyendo al significado de la palabra el de sofístico engaño. Son numerosas las sagas o cuentos en los que interviene el dios Loki, causando múltiples y variados quebrantos al resto de los Ases, poniéndolos en serios apuros, o dejándolos en absoluto ridículo. Las leyendas le atribuían una alianza primigenia con Wotan-Odin, el dios supremo entre los ases, aunque su sentido no está clarificado; quizá una alusión velada en el interior del *corpus* mitológico que daba al poder supremo una inevitable vinculación con la mentira o la demagogia.

Longobardos. Pueblo germano que habitaba en los territorios septentrionales, más allá del curso del Elba y del Visurgis. Tácito refiere varias de sus costumbres de culto matriarcal en su texto *Germania*.

Losso de Cuma. Maestro de la escuela de los estoicos. Se desconocen sus obras.

Ludi gladiatorii. *Juegos de gladiadores.*

Lugdunum. La actual Lyon.

Lugios. Pueblo germánico, vecinos de los godos.

Luna, Bosques de Luna. Enormes extensiones selváticas que crecían en la orilla derecha del Rin, en lo que hoy son los territorios del Odenwald.

Lupia. El actual río Lippe.

Lura. Trompa ceremonial de los germanos. Se trataba de un instrumento forjado en bronce, cuya longitud oscila entre 1,22 y 2 metros, según los diferentes hallazgos arqueológicos. Su sonido era grave y metálico, bien diferenciado del que producían

las populares trompas de caza o de guerra, hechas a partir de cuernos de animales como bueyes o uros, y su uso debía de ser sagrado o sacerdotal, reservado a las ocasiones especiales de cada consejo.

Lutecia. La actual París, ya entonces un próspero centro de intercambio económico y mercantil, una de las capitales de la confederación celta de los carnutos.

Mannu. Dios germánico. Hijo de Tuisto.

Marcómanos. Importante pueblo de Europa central. La discrepancia sobre su raigambre germánica o celta continúa siendo discutida, pero lo cierto es que siempre fueron aliados de los boios bohemios. Habitaban en el curso alto del Elba, donde hoy se halla Checoslovaquia. Participaron en la primera guerra tras unirse a los cimbrios y a los teutones en el séptimo año de la gran migración, hacia el 113 a. C. Pueblo independiente y en posesión de una de las armadas más numerosas, fue durante cientos de años uno de los peligros latentes de Germania, y aunque siempre adoptó una posición de conveniente sumisión hacia los emperadores romanos, acabó por protagonizar una de las peores revueltas en los tiempos de Marco Aurelio.

Márseros. Tribus germánicas que habitaron en los bosques del sur de Teutoburgo, así como las selvas de Hercynia. El arqueólogo Ernst F. Jung se refiere a ellos como los *lobos rojos*.

Medhu. Vocablo germánico del que procede la palabra alemana *Met, hidromiel*, una especie de cerveza dulce fermentada que fue la bebida favorita de los germanos. En este relato he optado por usar, además de la más usual, la forma germánica más antigua.

Melibocus. Monte situado a los pies de la actual Zwingenberg.

Menapios. Tribus galo-germánicas pertenecientes al conjunto de los *belgæ*.

Mentulæ. Plural de pene, en su vocablo latino más obscuro.

Miliario. Poste o hito que se colocaba junto a las calzadas cada milla.

Milla. La milla romana medía un kilómetro y medio.

Modio. Medida antigua de grano equivalente a seis quilos.

Moguntiacum. Actual ciudad de Mainz.

Monteferino, macedónico. Uno de los tipos de casco romano usados en la época de Augusto y tras la incorporación del escudo cuadrangular en lugar del oval.

Moretum. Según Catón en su obra culinaria *De re coquinaria*, una especie de pastel de queso con carne.

Mosa. Actual río Mause en Francia (en Alemania, Maas).

Mosella. El actual río Moselle.

Mulsum. Combinación de vino blanco y miel con la que los romanos, según Apicio, gustaban de cocer ciertas carnes previamente doradas al fuego o a medio asar.

Nemeton. Importante término del druidazgo céltico, que la tradición celta ha transmitido hasta nuestros días con el significado de *centro del mundo*, punto de unión

entre lo divino y lo humano. También conocido como *belnemeton*, nemeton en honor a Belenos.

Nerthus. Diosa de la Tierra entre los misterios primitivos germánicos y madre de todos los vanes, las fuerzas primigenias del mundo y sus primeras manifestaciones divinas tras la Edad de Piedra. Su culto estaba muy extendido y poseía numerosos santuarios en los grandes bosques. Se cree que gozaba de tributos sacerdotales matriarcales semejantes a los druidas, así como de sacrificios blancos.

Nervios. Tribus galo-germánicas pertenecientes al conjunto de los *belgæ*.

Nidhogg. Uno de los monstruos de la mitología germánica engendrados por Loki. Era una especie de serpiente gigantesca que habitaba en las profundidades de los mares y, que en la cosmovisión original, roía eternamente las raíces del Árbol de la Vida, la Columna viviente de Irminur que sostenía la bóveda del cielo y que impedía que éste se cayese sobre los moradores del mundo. La mitología le reserva un papel decisivo y funesto en el fin del mundo.

Nitimur in vetitum. Nos lanzamos en lo prohibido. Verso de Ovidio, escogido por Sixto Aulio como santo y seña para acceder a sus orgías.

Nodgnir. Nombre de valquiria, recogido en los *Eddas* por el islandés Snorri Sturlusson.

Nómitos. Tribus galo-germánicas de los *belgæ*. Habitaban la zona interior de Germania Superior.

Noricum. Provincia alpina romana, fronteriza al norte con Germania Magna y al suroeste con las Galias Transalpinas. Se extendía sobre el Tirol oriental y los Alpes yugoslavos. Su población central era Noreia y sus habitantes eran los tauri celtas.

Norna. Divinidad germánica a la que se atribuía poderes sobre el tiempo. Eran tres, Urd, Werdandi y Skuld, pasado, presente y futuro respectivamente. Se creía que tejían los hilos del destino y eran representadas como ancestrales mujeres sin rostro. Comparaban la vida de cada ser a un hilo, que, al ser cortado, traía el fin y la muerte.

Octeto. Desde los tiempos de Julio César, los campamentos romanos adoptaron las tiendas de campaña que albergaban ocho soldados, razón por la que fueron conocidas con ese nombre.

Oppidum magna. *Gran fortaleza.* Superlativo de un típico asentamiento galo.

Optimates. Facción de senadores romanos procedentes de familias que mostraron mayor oposición a la familia Julia desde el comienzo de su ascenso al poder.

Oratio. Cada fase del discurso retórico en que se apoyaba una exposición oral.

Ordo equester. Orden patricio. Ver *Equites*.

Ostrogodos. Pueblo germánico, parte de los godos que habitaban hacia el este, en las fronteras con Sarmatia.

Ovatio. Literalmente, *ovación*. Estrechamente vinculada con la entrega de un *triumfo*.

Ovitavia. Campamentos romanos al norte de Noricum, hoy Austria.

Palæ. Prostituta romana que no podía elegir entre sus clientes. Trabajaba habitualmente para un *lenos* o proxeneta.

Palatinado. Una de las colinas de Roma, zona muy cara en la que habitaron los personajes más ilustres. Contiene parte del legendario muro que levantara Rómulo, así como su choza redonda.

Paludamentum. Manto púrpura que portaron primero los cónsules de la república, después los legados imperiales de Augusto y los propretoreos de las provincias.

Panecio de Rodas. Maestro de la doctrina filosófica estoica.

Pannonia. Provincia romana ubicada al este de los Alpes, en los territorios de Yugoslavia.

Pater patriæ. Título honorífico entregado por el Senado por vez primera a Augusto. Significa *padre de la patria*. Curiosamente, los germanos llamaron a Wotan padre de la guerra y padre de los pueblos.

Pax Augusta. Pacificación política y militar de las provincias del Imperio.

Phaleræ. Insignias honoríficas en bronce, plata u oro, con rostros y personificaciones, que portaban los centuriones veteranos sobre las corazas pectorales.

Picta. Véase *toga picta*.

Pie. Medida de longitud romana equivalente a 1,50 metros.

Pillum. Especie de ligera jabalina que arrojaban los legionarios sobre sus oponentes en combate.

Plaustrum. Gran carro de cuatro ruedas que se usaba en Roma para las procesiones, sobre el que se mostraban trofeos de guerra o que portaban a las vírgenes vestales.

Podex. Obscena expresión latina referida al orificio del ano; por extensión, cualquier imbécil o idiota.

Pollice verso. Puño cerrado con el pulgar apuntando hacia abajo. Indicaba la muerte de aquel que se encontraba a merced de la elección.

Præfectura morum. Magistratura desde la que se vigilaba el modo de vida romano, así como la calidad moral de las costumbres.

Præfectus fabrum. Responsable mayor frente a un general de legión en campaña.

Primus pillus. El mejor soldado de una legión, habitualmente un centurión veterano. Portaba la lanza honorífica cuya asta era de plata. Junto al *aquilifer*, ostentaba el mayor rango de honor castrense entre las tropas.

Proletarii. Clase baja de la sociedad romana, pobres, que entregaban a Roma sus hijos, su prole, de ahí la palabra. Las masas, diríamos hoy, que no tenían derecho al voto y cuya única opción era ingresar en las legiones. Sin embargo, los políticos se preocuparon de mantenerlos contentos y distraídos, gracias a los juegos y las *annonas* de grano. Roma siempre reconoció el peligro de la revolución; sin embargo, descuidó el peligro de la revolución religiosa, que sí triunfó con el Cristianismo.

Puerta prætoria. Puerta principal de un campamento romano o de un *castellum*.

Pytheas de Massilia. Geógrafo y navegante griego, alcanzó el mar del Norte.

Queruscos. Pueblo germánico que alcanzó gran relevancia durante la Tercera Guerra de Germania, que se relata en esta obra, debido, fundamentalmente, a la fama del caudillo germano conocido entre los historiadores romanos como Arminius. De las tribus queruscas nació el libertador de Germania y uno de los peores enemigos de Roma. Antes, los queruscos se unieron a la confederación de los teutones junto a los helvecios ligurinos y los marcómanos, para luchar contra Roma en el año 102 a. C. e invadir el norte de Italia por la zona este del frente que va desde Noricum hasta Aquileia, pero habiéndose reunido en los Alpes se enteraron de los exterminios ocasionados por los ejércitos romanos de Cayo Mario, y retrocedieron a sus emplazamientos originales. Paradójicamente, tras la muerte de Arminius los clanes queruscos encuentran un oscuro final. Tácito refiere que, a falta de enemigos, los queruscos sucumbieron ante sus vecinos germanos con la desaparición del linaje de Segimer, continuado por su nieto Italicus, hijo de Flavus, nombre latino de Segifer en este relato, el hermano mayor de Arminius.

Querusquia. Patria de los queruscos, cuyos límites inciertos recorrían las ciénagas norteñas entre los cursos medios del Wesser y del Elba.

Ragnarök. Expresión islandesa que define el fin del mundo según la mitología germánica y la tradición vikinga.

Re coquinaria. Literalmente, asunto o cosa culinaria; hoy diríamos *gastronomía*.

Rex Sacrorum. Ver *Flamen dialis*.

Rhenus. El actual río Rin. Se consideraba tan ancho, veloz y hondo, que fue imposible construir puentes hasta que Julio César lo consiguió a mediados de la primera centuria anterior a Cristo. Los puentes fueron construidos con la técnica del contrapeso, apostando vigas de refuerzo contra la corriente para permitir que la estructura clavada en el lecho de río resistiera.

Rúgios. Pueblo germánico referido por Tácito (*Germania*). Habitaba las orillas del Vístula.

Sajones. Antiguo pueblo germánico. Habitaban originalmente al norte del Elba, en Sajonia. Son conocidos desde la antigüedad por su fiereza y su carácter indomitable.

Sala. Actual río Saale.

Saltus Teutoburgensis. Literalmente, *Sierras de Teutoburgo*. Nombre dado por los geógrafos romanos a las elevaciones existentes entre los ríos Ems y Wesser, así como donde tiene su nacimiento el Lippe, afluente del Rin. Territorios escabrosos y de austera orografía. En la actualidad conserva el mismo nombre en alemán: *Teutoburger Wald*. Muchos nombres de lugares en sus inmediaciones hacen pensar que la mención del siglo X a lo que anteriormente se denominaba Lippischer Wald es acertada, dado que algunos lugares reciben nombres como Winnefeld, *Campo de la*

Victoria, o *Knochenbahn*, *Campo de huesos*, o *Mordkessel*, *Desfiladero de la Muerte*, que indudablemente demuestran que la geografía del entorno quedó impregnada por las secuelas de la decisiva e histórica batalla protagonizada por Arminius al frente de la armada germánica en septiembre del año 9 d. C.

Scandia. Nombre dado por los romanos a Escandinavia.

Secutor. Tipo de gladiador al uso entre los espectáculos romanos.

Sestercio. Valor del sistema monetario romano. En época de Augusto, era de latón, pesaba entre 25 y 30 gramos y equivalía a cuatro ases.

Signifer. Cada portador de un estandarte de señalización en las legiones romanas.

Skuld. De las tres nornas mitológicas, la que mira el futuro.

Sleipner. En la mitología germánica, nombre del caballo de Wotan. Tenía ocho patas, era furioso y galopaba rodeado de temibles tormentas.

Spintrias. Se desconoce si estos sirvientes cortesanos en la alta sociedad romana nacieron con anterioridad al mandato de Calígula, pero es seguro que a partir de este emperador comenzamos a tener notas históricas concretas. Al parecer, tenían la misión de organizar espectáculos para las orgías de sus señores, inventando todo tipo de cópulas monstruosas y de actividades lascivas, llegando a extremos horribles que involucraban el uso de niños y niñas en los baños.

Stibium. Cosmético negro empleado por los romanos a base de polvo de antimonio. Era usado para las cejas y para las pestañas, tanto por hombres como por mujeres. Era algo así como el rímel de la época romana.

Subligar. Taparrabos de la indumentaria romana.

Sudeta, Monte. Los actuales montes Sedetes en Checoslovaquia.

Suevos. Pueblo germánico emparentado en el este con los marcómanos. Su caudillo más famoso fue Ariovist, vencido por Julio César.

Sugambria. Nombre creado para los territorios habitados por los *sugambrios*, en las fuentes del Lippe y del Rura.

Sugambrios. Pueblo germánico. Todas las notas históricas que sobreviven acerca de ellos hablan de grandes matanzas y opresiones sobre sus gentes desde las invasiones de Julio César hasta la llegada de Varus. Resulta curioso observar como, a pesar de ello, nunca fueron dominados definitivamente, y esperaron la ocasión para levantarse en armas contra Roma. Odiaban profundamente al Imperio.

Surtur. Divinidad masculina de la familia de los vanes, habitante del fuego, gobernador del mítico sur que la imaginación de los germanos concibió como un mundo de fuego y gas ardiente.

Tablinum. Habitación del *pater familias*, especie de despacho provisto de armarios y cama.

Tahalí. A diferencia de la *falcata* o el *gladio latino*, la espada empleada por los germanos y gran parte de las tribus galas era mucho más larga, su técnica de manejo

pasaba por el empleo de las dos manos, y para ser transportada requería el *tahalí*: una suerte de cinturón de cuero cruzado sobre los hombros que permitía a la espada permanecer cruzada pendiendo del mismo sobre la espalda del guerrero.

Tanfana. Uno de los muchos nombres dados a *Nerthus*.

Taunus, montes. Nombre latino que ha sobrevivido hasta la actualidad en las inmediaciones de Schwarzwald.

Téncteros. Pueblo germánico ubicado al oeste del curso del Lupia, en Tencteria, en la Edad de Hierro prerromana.

Teutoburgo. Literalmente, la ciudad de los teutones. Se desconoce la razón por la que los geómetras romanos denominaron a esta región de esa manera. Todo hace suponer que pensaron que en aquellos bosques, sierras y ciénagas habitaron en algún momento los teutones, quienes en los tiempos de este relato, en torno al año cero, estaban establecidos mucho más al norte, al sur del Quersoneso Címbrico.

Teutones, *Bosque de los Teutones.* Véase *Saltus Teutohurgensis*.

Teutones. Gran pueblo germánico que protagonizó, junto a los cimbrios, la Primera Guerra de Germania entre los años 120 y 102 a. C., invadiendo suelo romano (Galia Cisalpina) hasta el valle del Po y desplazándose después hasta el norte de los Pirineos, atravesando a sangre y fuego las Galias. Fueron vencidos por Mario en Aqua Sextiæ y en Arausio. A su posterior fragmentación se atribuye el nacimiento de las numerosas tribus germánicas de los ingveones, aunque no existe todavía consenso entre los arqueólogos sobre esta cuestión.

Thing. Palabra que los germanos usaron para referirse al *consejo* de una tribu, ubicado en un lugar preeminente o sagrado, al que también se referían con el mismo nombre. En Islandia, el *Thing* continuó como forma política hasta el año 1... Forma política federal. Confederación de una o diversas tribus con un hermanamiento u origen común en la adoración de un dios, en la convivencia de vecindad, o en el dominio sobre territorios colindantes.

Thorsberg. Acantilados suecos con una altura de más de mil metros sobre el nivel del mar. Son considerados por la tradición uno de los altares del dios Tor.

Thule. Isla mítica entre los pueblos germánicos, de la que encontramos referencias veladas en los navegantes latinos y griegos. Podría tratarse de Islandia, aunque esto no ha sido demostrado.

Tiberis. Actual río Tíber.

Tíbocos. Pueblo de la confederación de los galo-germanos *belgæ*.

Toga picta. Véase *triunfo*.

Toga pulla. Toga del luto, tejida con una lana teñida de negro.

Toga trabea. Toga que vestían los *augures* (véase voz) y los pontífices. Tenía una orla púrpura y rayas alternas de color rojo y púrpura. Cicerón la llamaba la toga de los «colorines».

Toga virilis. *Toga de la virilidad.* Se trataba de la toga alba o pura, que era blanca y lisa, aunque probablemente tenía un color tirando a amarillo, que la diferenciaba de la *toga candida*, la toga que vestían los *candidatos*, blanqueada al sol y espolvoreada con cal.

Tor. Thor. Divinidad a la que se atribuía el poder del trueno y del rayo. Perteneciente a la familia de los ases, ha quedado caracterizado como un guerrero pelirrojo de fuerza descomunal cuyo martillo, *Mjölnir*, era capaz de abatir cualquier objetivo tras ser lanzado por su señor. Se consideraba que el rugido de las tormentas era el ruido de las ruedas de su carro, tirado por inmensos machos cabríos a los que podía asar y devorar, para volver a resucitarlos después a su antojo.

Tormenta. En latín, vocablo que definía un conjunto de máquinas de guerra que acompañaban a ciertas legiones en aquellos asedios o incursiones que así lo requerían. Comprendían el conjunto de balistas, catapultas, escorpiones y onagros de toda índole.

Trágula. Pequeño venablo impulsado por un látigo que era capaz de lanzarlo a gran distancia.

Tréveros. Pueblo de la confederación de los galo-germanos *belgæ*.

Triari. Tipo de legionario.

Tribulus. Suerte de estacas aserradas en punta y endurecidas al fuego que se colocaban en fosos cubiertos por enramadas, con objeto de proteger una frontera o un campamento de los ataques de caballería.

Triclinium. Comedor, sala habilitada a tales usos.

Trirreme. Antigua nave romana con tres órdenes de remos.

Triunfo. En Roma, el más alto honor que concedía el Senado a un general victorioso. Después de haber sido aclamado *imperator* por las tropas, debía solicitar el *triumfo* al Senado, pues sólo él podía aprobarlo, aunque a veces tenía potestad para aplazarlo sin justificación. Consistía en un impresionante desfile con un itinerario bien trazado de antemano desde la Villa Pública del Campo de Marte pasando por la Porta Triumphalis, el Velabrum, el Forum Boarium y el Circo Máximo, y dirigirse más tarde por la Vía Sacra del Forum hasta concluir en el monte Capitolino, a los mismos pies de la escalinata del Templo de Júpiter Optimus Maximus. El triunfador entraba vestido con la *toga picta*, que era completamente púrpura, ribeteada en hilo de oro y a veces con dibujos bordados que sugerían las gestas del vencedor, seguido por su escolta de lictores, y ofrecía al dios supremo los laureles de la victoria. Más tarde daba comienzo una gran fiesta que, según las ocasiones, podía incluir buena parte del pueblo romano.

Triumphator. General por el que se celebraba un *triumfo*, o que lo obtenía.

Tuisto. El más antiguo nombre del principal dios germánico.

Turma. En el ejército romano, unidad básica de caballería compuesta por treinta y

dos jinetes bajo el mando de un decurión.

Ubios. Pueblo germánico deportado por Roma, con el que fundó Colonia Agrippina, hoy conocida como Colonia.

Uro. Bisonte europeo. Prácticamente extinguido en la actualidad, sólo habitan algunos ejemplares en el Cáucaso. Los historiadores latinos escriben que en los tiempos de Augusto estaban muy extendidos por Hispania, Galia y Germania. Destacaban su combatividad, que para algunas tribus bárbaras se convertía en seña de identidad. Los combates a caballo y la caza del uro formaban un ritual iniciático obligatorio para la casta guerrera de ciertas tribus germánicas y celtas.

Usípetos. Pueblo germano emparentado con las stirpes sugambrias y brúcteras. Habitaba las orillas del Ems.

Væ victis! ¡Ay de los vencidos! Famosa frase atribuida a Breno, régulo de los galos que sitiaron Roma durante seis meses en el año 390 a. C. Breno acuñó esta expresión cuando los romanos se quejaron de que las pesas con las que se calculaba el rescate, fijado en mil libras de oro, estaban falsificadas, a lo que el galo respondió con la popular frase añadiendo su espada sobre las pesas. Con ésta se quiere decir que el vencido no está ya en posición de negociar con el vencedor y que ha de respetar sus reglas, por desventajosas que le parezcan, así como mostrarse agradecido por no tener que lamentar mayores quebrantos. Véase *día nefas*.

Valquiria. Divinidad germánica o mujer de origen noble o preeminente entre las tribus germánicas, escogida por Wotan para acompañarlo en el campo de batalla. Vienen a ser una proyección de la voluntad absoluta, o el arbitrio simbólico del dios supremo. Era su cometido avistar a quienes debían morir en la lucha, y los trasladaban una vez caídos sobre sus corceles nubosos hasta el paraíso de los guerreros. Allí amenizaban la eterna reunión y escanciaban el hidromiel sagrado, algo así como el equivalente a la ambrosía y el néctar jovianos del panteón nórdico.

Vándalos. Pueblo germano en el este, emparentado con los godos. Vivían en los valles del actual río Oder.

Vanes. Germ. *Vanir*. Familia de divinidades cuyo culto era anterior al de los *ases*, y por lo tanto carentes de personificación humanizada. Se les atribuye a cada una el poder de alguna fuerza de la naturaleza en sentido abstracto o muy general. La tierra, la fertilidad, el cielo, las nubes, los bosques... Poco a poco se convertirán en el escenario de fondo mítico-mágico sobre el que se proyectarán las humanizaciones divinas propias de las edades de los metales.

Vangiones. Pueblo perteneciente a la confederación de los galo-germanos conocidos como *belgæ*.

Vélites. Legionarios romanos más ligeros y jóvenes, y también más inexpertos, que cargaban con el *pillum* y el gladio.

Vellum. Conjunto de telas bastas con las que se cubrían las gradas de los anfiteatros

durante la celebración de espectáculos.

Venatio. Espectáculo en forma de cacería que se ofrecía a los públicos de Roma. Las *venatio* eran la expresión más antigua de los juegos y trataban de simular batallas y cacerías. Con el paso del tiempo, las *venatio* se convirtieron en auténticas matanzas y exhibiciones de violencia.

Vercellæ. Actual ciudad de Vercelli.

Vestales, vírgenes. Vesta, la diosa del fuego y del hogar, disponía de un importante templo en el Forum de Roma que era regido por el colegio de sacerdotisas conocidas como vírgenes vestales. Eran dieciocho, y sólo después de treinta años podían casarse, lo que suponía un alto honor para los elegidos. Vivían en la misma casa pública que el pontífice máximo, en una zona aparte. Eran seleccionadas entre los tres y los diez años de edad. Disponían de privilegios tales como una mayor independencia que las mujeres normales, puestos privilegiados en la celebración de los juegos, moverse en litera por la ciudad y administrar sus propios bienes sin la *pater potestas*. Entre sus obligaciones estaba la de cocer el pan sagrado para las ceremonias más importantes, así como tomar parte activa en los sacrificios del estado. Eran inviolables, y su sangre jamás debía ser vertida, pues se considerada signo de gran fatalidad; por ello si alguna de ellas rompía su voto de castidad era muerta por estrangulación, evitando que derramase su sangre, en el Campus Sceleratus, tras la Muralla Serviana, o bien era encerrada en una cámara subterránea tapiada. Al amante se le azotaba hasta la muerte en el Comitium.

Vetera Castra. Actual ciudad de Xanten.

Viadrus. El actual río Oder (vocablo derivado del eslavo *odra*).

Vicessima galliarum. Modalidad de impuesto cobrado por Roma en las Galias durante el mandato de Augusto.

Vindélicos. Pueblo de la confederación de los galo-germanos conocidos como *belgæ*.

Vindobona. La actual Viena.

Vindonissa. Actual ciudad de Windisch.

Visurgis. El actual río Wesser.

Vomitorium. Habitáculo provisto de cubas o de agua corriente que, en las villas de la alta sociedad romana, era usado para uso de los comensales que asistían a un gran banquete, con objeto de forzar el vómito y recuperar el hambre, y así poder continuar comiendo hasta una nuevo estado de saciedad. Hubo varias leyes, como la Licinia, que trataron de prohibir esta corrupción de las buenas costumbres antiguas, pero el auge de la riqueza y la influencia de oriente eran tales, que fue imposible poner freno a los excesos de Roma.

Walhall. Según la mitología germánica, la gran sala sobre los montes de Asgard en la que Wotanc cobijaba a sus héroes. Se decía que sus techumbres estaban recubiertas de escudos, y que las valquirias servían el hidromiel a los héroes que aguardaban el

Ocaso de los Dioses.

Wotan (Wottan, Wuotanc, Wodden, Wodan). Del verbo germánico *wuodden*, *rabiar*, *encolerizarse*. Nombre del dios supremo de la guerra, ídolo de los seres humanos, y patriarca de los Ases. Filológicamente J. Grimm lo emparentó en su *Mitología alemana* con la cualidad más apreciada del guerrero: la cólera. Véase *furor teutonicus*.

Wulfmunda. Aldea natal de Arminius. Es un nombre creado por este autor, a partir de la raíz germánica *wulf* (*lobo*), y del alemán *mund* en su forma antigua germ. *mundo*, (*boca*, *guardia*, *protección*, *cercos*: *boca del lobo*, *cercos del lobo*), por ser el centro de reuniones de los clanes del lobo negro, de los que procedía Arminius y, en mitología, la estirpe familiar de Sigfrido. De cualquier modo, a este destino venían a confluír muchas razones mitológicas. Se considera que Arminius fue el referente histórico del que surgió el cuento mitológico de Sigfrido, y a la familia de Sigfrido se le atribuía un origen divino y se le conocía en las sagas relativas como la familia de los *Welsingos*, o *Volsungos*, en alemán *Wolfsungen* (*los lobatos*, *los cachorros del gran lobo*), que vendría a ser el progenitor de toda la estirpe, Wotan-Odin. No es de extrañar que muchas tribus germánicas se atribuyesen un origen espiritual-natural (ver *Berserker*) en el lobo, el oso, el ciervo... todos ellos animales cazadores-recolectores, en igualdad de condiciones económicas que el hombre en la Edad de Piedra, época por lo demás incierta en la tuvieron origen todos estos oscuros mitos.

Yugurta. Rey de Numidia (160-104 a. C.). Durante varios años sostuvo una guerra contra Roma, en la que resultó vencido.

Zankrist. Es nombre inventado por el autor. A partir del alemán *zank*, *disputa*, *pendencia*, y de *rist*, *rüst*, *armadura* (*Waffenristung*), *coraza* (*Ristung*), que a su vez en germ. ant. significa *tumulto*, *estruendo*. *Zank+Rist*.

Ziu. Nombre antiquísimo de la tradición mitológica germánica. Jacob Grimm, en su *Mitología alemana*, lo emparenta con Irminur a modo de divinidad del cielo. Hermano de Tuisto, a veces es confundido con él. Junto a éste, forma la primitiva unidad votiva del arquetipo Wotan-Odin.



ARTUR BALDER (Alicante, 1974). A principios de los años 90 se trasladó a Valencia para emprender estudios de historia, filología germánica y periodismo, además de continuar la formación musical en el conservatorio de la ciudad. Fue allí donde empezó a trabajar como redactor de cultura en el diario Las Provincias. Colaboró como crítico de música clásica en revistas especializadas como Scherzo y otras publicaciones de la Generalidad Valenciana dedicadas al Palau de la Música de Valencia.

Es el autor, entre otras novelas, ensayos y escritos poéticos, de la Saga de Teutoburgo, la obra de ficción más extensa que se ha dedicado al líder germano Arminio el Querusco. Autor y cineasta de renombre internacional, su obra literaria ha cruzado las fronteras con numerosas traducciones. Su trabajo como ensayista ha encontrado fiel reflejo de su concepción del heroísmo en sus obras narrativas, dedicadas a figuras históricas semilegendarias, nunca exentas de una intensa reflexión sobre la naturaleza humana y la condición de la libertad, características esenciales de su concepción de la historia.

Artur Balder ha recibido el premio “Obra de Arte Total 2013” de la Asociación Wagneriana otorgado a su conjunto de novelas “Tetralogía de Teutoburgo”, y también ha recibido el “Premio Bicentenario Richard Wagner 2013” en reconocimiento a su carrera.

En el año 2008 emigró a los Estados Unidos, estableciéndose en la ciudad de Nueva York. A partir de este momento su producción literaria fue complementada

con estudios de cine y producción, proceso de formación que finalizaría en el año 2010 con la realización de los documentales sobre la emigración española a la ciudad de Nueva York, con películas como *Little Spain: a Century of History* y *Little Spain: 14th Street Tales*. El documental *Ciria pronounced Thiria* será estrenado el próximo 29 de mayo de 2013 en Estados Unidos por el Museum of Modern Art (MoMA) de Nueva York en 2013.

Notas

[1] El significado de las palabras con asterisco está en un glosario al final del libro. <<